



# Karen Chance

*Ama  
de la  
muerte*

«Karen Chance tiene un puesto reservado junto a Laurell K. Hamilton, Charlaine Harris, MaryJanice Davidson y J. D. Robb.» —*SFRevu*

Lectulandia

Dorina Basarab es una dhampir: medio humana, medio vampira. La mayoría de ellos llevan vidas cortas y violentas, pero Dory ha conseguido mantenerse cuerda desatando su rabia sobre demonios y vampiros que merecen morir.

Tras la desaparición de su tío Drácula, Dory espera recuperar la paz. Pero recibe dos visitas: una amiga quiere que la ayude a buscar una reliquia mágica fey y el atractivo vampiro Louis-Cesare está como loco por encontrar a su antigua amante, Christine.

Cuando el vampiro al que Christine está ligada, el mismo que está en posesión de la reliquia, aparece muerto, ambos se dan cuenta de lo que hay en juego: alguien se dedica a matar a los miembros del Senado de los vampiros y quizá ellos sean los siguientes.

**Lectulandia**

Karen Chance

# **Ama de la muerte**

**Dorina Basarab - 02**

ePub r1.0

Maki 31.08.14

Título original: *Death's mistress*  
Karen Chance, 2010  
Traducción: Isabel Blanco González  
Diseño de cubierta: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Editor digital: Maki  
Fuente/scan: maperusa  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



No había ningún símbolo en la iglesia abandonada, pero alguien había tachado las dos primeras letras de la palabra «Oremos» escrita encima de las puertas dobles de la entrada y había garabateado encima «Cacemos». Yo, como católica no lo aprobé, pero como persona acostumbrada a salir en busca de presas me pareció exacto, aunque extraño.

Empujé las pesadas puertas de madera y entré. Había hecho bien al vestirme con ropa de trabajo guay para salir esa noche. En la iglesia transformada en garito nocturno había un grupo minoritario de góticos y unos cuantos tipos con aspecto de turistas, pero la mayor parte de la gente que abarrotaba el local parecía recién sacada de la industria del infierno.

Yo encajaba bastante bien en aquel ambiente con la camiseta de tirantes de seda azul que acababa de sudar de arriba abajo en los últimos cinco minutos y una falda corta negra. El color de la camiseta pegaba con el de las mechas que me había hecho en la melena corta castaña; el de la falda con los ojos. Pedí una cerveza en la barra y di una vuelta en busca de problemas.

No tardé en encontrarlos. Aunque el dueño era un vampiro, el local más que nada estaba lleno de humanos. Todas las noches pasaba por allí un grupo de no muertos ultramodernos para zamparse todo lo que podían del bufé, y por lo que parecía el propietario también cenaba pronto.

Tenía a una morena en una esquina. Le estaba metiendo la mano por debajo de la falda y le hincaba los colmillos en el cuello. Ése era el tipo de conducta que el Senado de los vampiros, el cuerpo rector de los vampiros de Norteamérica, no aprobaba; preferían beber sangre más discreta y sutilmente. No obstante aquel tipo ya había dejado claro que el punto de vista del Senado le traía sin cuidado. Y no solo en ese tema, sino también en muchos otros. Por eso precisamente estaba yo allí. Pretendían darle una lección y además querían que fuera memorable.

La mujer estaba de cara a la multitud. Cuando llegué yo, el vampiro se las había ingeniado para desabrocharle el vestido de arriba abajo. Tampoco es que la chica llevara gran cosa debajo, a menos que uno contara un único pedacito de encaje negro, dentro del cual él tenía metida la mano. El vampiro le hizo algo y ella se puso a jadear rápida y sonoramente y a mover las caderas de manera involuntaria. Uno de los mirones soltó una carcajada.

Había como una docena, todos ellos vampiros, y al menos unos cuantos de ellos eran maestros. Yo había planeado pillar al propietario solo o, en el peor de los casos, con dos o tres más. No esperaba aquel espectáculo que lo complicaba todo.

Él tiró del vestido por los hombros hasta el suelo y éste se deslizó sobre una piel

ultrasensible en la cual el menor movimiento era una tortura. Ella comenzó a jadear, a respirar sonoramente por la nariz y a temblar como si tuviera fiebre. El vampiro no se había molestado en nublarle la mente porque cuando la chica no está aterrorizada la cosa ya no tiene gracia. Y porque además sus chicos tenían ganas de juerga.

La habilidad de los vampiros para proyectar pensamientos es limitada. Debido a mi herencia genética, yo los capto mejor que la mayoría de la gente. Ella no se atrevía a mirarlos a los ojos, no se atrevía siquiera a levantar la cabeza. Pero sabía a la perfección qué estaban pensando por las imágenes que le enviaban los mirones constantemente y a propósito.

La estaban bombardeando con imágenes de su propio cuerpo desde una docena de perspectivas distintas: su cuerpo sedoso y brillante bajo los focos, los ríos de sudor grabados a lo largo de la piel de gallina, el último pedacito de ropa que una mano le arrancaba de entre las piernas. Las imágenes le llegaban en estéreo junto con cada uno de los sonidos que había emitido su propia garganta, aumentados, Y las sensaciones de los mirones también eran fáciles de adivinar: excitación, expectación y sobre todo una lujuria creciente por la sangre.

Esto último en especial era cierto del monstruo que la estaba dejando seca. Y no obstante ella se retorció y se apretaba contra él. Nada más comenzar el a recorrer su piel sudorosa con las manos, ella se puso a gemir con desesperación. Estaba atrapada en el incesante bucle de sensaciones que se produce siempre durante el proceso de beber sangre. Es mejor que una droga porque te recorre las venas, te excita, te pone los pezones tensos y te acelera la respiración, pero te arrebató la vida.

Me figuré que con tantos donantes a su disposición él decidiría no vaciarla del todo. Deshacerse de un cuerpo es un engorro, lleva tiempo y además da lugar a investigaciones que él, sin duda, tenía motivos para evitar. Sin embargo, debió de gustarle el sabor en concreto de la chica porque al ver que sus piernas cedían y caía redonda al suelo la siguió.

Interrumpir a un vampiro cuando está bebiendo es una locura porque es cuando más vulnerable y más letal resulta. Pero hace siglos que yo no estoy en mi sano juicio. Le pise la muñeca con la punta de la bota y le aparte el brazo de la chica,

—Ven a bailar conmigo —le dije con voz alta y clara mientras él se daba la vuelta gruñendo.

Probablemente ningún no humano lo había tratado jamás con tanta caballerosidad, y no obstante la invitación no le gustó. Y todavía menos le gustó el hecho de que algunos de sus vampiros lo vieran. Sin embargo, el asunto también lo intrigó. De pronto me convertí en un plato más sabroso que la chica que estaba tirada en el suelo, jadeando como si fuera un pez al que hubieran sacado del agua y con el vestido de terciopelo hecho un higo bajo el cuerpo.

—¿Sabes? Me está pareciendo que sí —accedió él, que entonces me lanzó una

cautivadora sonrisa apenas capaz de ocultar un fuerte sentimiento de triunfo.

Yo hice caso omiso de esa emoción latente en su gesto y cerré el puño sobre su camisa para no tener que tocarlo. Lo arrastré hasta la pista de baile. Él no trató de escabullirse, sino que me siguió. Sus ojos lanzaron un destello de advertencia: la promesa de un futuro dolor.

No se hacía idea.

Sonrió y bajó la vista a mis caderas, que yo comencé a mover al ritmo de la música.

—Parece que estás caliente.

Por desgracia yo no podía decir lo mismo de él. Tenía los ojos fijos sobre mis pechos, pero quizá fuera porque quedaban justo en su línea de visión. Yo mido un metro cincuenta y siete a lo que hay que sumar los casi ocho centímetros de tacón de las botas, pero a pesar de todo él no parecía haber captado el elemento crucial del estereotipo de la chica alta, morena y guapa. Daba igual, porque de todos modos él no había captado nada de nada.

Aunque no parecía darse cuenta.

—Gracias —contesté yo.

Él se echó a reír.

—Lo que quería decir es que me ha parecido que te vendría bien una copa.

—Si la tomamos a solas.

—Eso puede arreglarse —dijo él, alzando una ceja rubia.

Me tomó de la mano y se abrió camino por el suelo pringoso de la pista de baile, dispersando a la multitud que se fue apartando como si fueran campesinos ante la realeza. La analogía me hizo gracia teniendo en cuenta que él era el hijo bastardo de un cerdo granjero. Aunque tampoco es que yo fuera quién para hablar. Yo soy la hija ilegítima de una sirvienta y un vampiro. No podía caer más bajo.

Por supuesto los dos habíamos andado mucho camino desde nuestros poco favorables comienzos. Por aquel entonces él se hacía llamar Hugo Vleck y dirigía una discoteca de éxito. Eso cuando no vendía droga fey ilegal. En cuanto a mí... Bueno, yo resuelvo problemas de vampiros y Vleck le estaba causando muchas preocupaciones a mi jefe. Mi trabajo consiste en alegrarle la vida un poco. Y el hecho de que de paso me divierta es solo un incentivo más.

La gente se agolpaba de tal modo delante de la barra que era imposible llegar, pero a nosotros no nos costó nada que nos sirvieran. No me sorprendió teniendo en cuenta que mi pareja era el dueño de la discoteca, pero él me lanzó una mirada por encima del hombro para comprobar si yo había quedado debidamente impresionada. Le sonreí y él colocó la mano justo encima de mi culo.

—Cristal para la dama —le dijo al joven vampiro barman al mismo tiempo que me daba el primer achuchón.

—¿Va usted a tomar algo, señor?

Vleck sonrió enseñando los colmillos.

—Más tarde.

Los dos intercambiaron una mirada cómplice. Yo fingí que no tenía ni idea de que la mayoría de los vampiros prefieren tomar el alcohol directamente de las venas de sus víctimas. Según dicen, aumenta el subidón de beber sangre y es el único modo de sentir cómo se quema el alcohol en el metabolismo. Era evidente que Vleck estaba calculando cuantas copas tenía que darme para emborracharme. Yo podría haberle dicho que no hay alcohol suficiente en el mundo, pero ¿para qué echarle a perder la noche?

Al fin y al cabo le quedaba muy poca.

El barman dejó una copa de champán sobre la barra. Vleck sacudió la cabeza y dijo:

—Me llevo la botella. Envuélvemela.

—¿Adónde vamos? —pregunté yo.

—A mi casa. No está lejos.

¡Uau! Debía de estar planeando hacer verdaderas guarradas. Enrollé un brazo en su cintura y apoye la barbilla sobre su hombro.

—No me apetece esperar. ¿Es que no hay ningún sitio por aquí adonde podamos ir?

—¡Qué va! Mi despacho es demasiado pequeño. No podrías ni darte la vuelta.

—¿Y qué? Tú eres el jefe. Que te hagan sitio —dije yo con una sonrisa seductora, arrastrándolo lejos de la barra.

Como ocurre en la mayor parte de las discotecas guarras, los servicios estaban al final de un pasillo largo y oscuro. Me lo llevé al de caballeros y le quité la camisa de un tirón.

Él se rió y se soltó de mí por un momento para sacar a una pareja de tíos del cubículo de un retrete y echarlos de allí. Uno de ellos llevaba los pantalones enrollados en las rodillas. Me apoyé sobre un lavabo mientras él le ordenaba al vampiro gorila de la puerta que informara a todo el mundo de que los baños estaban temporalmente fuera de servicio. Entonces se giró hacia mí y me agarró por la cintura.

—Vamos a ver qué tienes ahí.

—Creí que nunca me lo preguntarías —contesté yo con una sonrisa, cerrando al mismo tiempo la puerta de una patada.

Cinco minutos más tarde salí del servicio. Me faltaba el aliento, pero dadas las circunstancias no me encontraba mal.

El gorila se fijó en mí. Pareció sorprendido. Quizá porque seguía viva. Pero sonrió.



—¿Te ha gustado?

—Cada cachito.

Fui a pedir mi cheque a la central de los vampiros, más conocida como la oficina de la Costa Este del Senado de los vampiros de Norteamérica. Por lo general son los vampiros los que se ocupan de la escoria como Vleck. Cada maestro es responsable del comportamiento de sus siervos. Pero el sistema no es tan perfecto como pretenden hacerles creer a los humanos.

Los vampiros se emancipan del control de sus maestros cuando alcanzan cierto nivel de poder que los libera de la obligación de obedecer. Otros permanecen bajo el control de maestros de nivel sénior de otros Senados que no siempre son tan meticulosos con las reglas establecidas como lo es el norteamericano. Y después están los resucitados, en los cuales algo falla durante el proceso de cambio y al final terminan por no hacer caso a nadie más que a sus propias mentes retorcidas.

Cuando cualquiera de esos especímenes comienza a dar problemas interviene el Senado. Por suerte para mí, la guerra actual que tiene lugar en el seno de esta sociedad sobrenatural está acabando con el personal. Últimamente las cosas les van tan mal, que incluso están dispuestos a contratar como empleados de la limpieza a los dhampirs: ese odioso cruce entre un vampiro y un humano, Pero siempre me da la sensación de que desinfectan la oficina cada vez que me marchó.

Las puertas del ascensor se abrieron ante un escenario de una elegancia digna del mundo antiguo. Brillantes pilares de madera de cerezo delimitaban una sala en la que las motas de luz de la exquisita lámpara de cristal suspendida del techo incidían sobre una mesa reluciente con flores exóticas. Diversas piezas de mármol en cálidos tonos dorados y ámbar dibujaban en el suelo un sol de largas puntas perfectamente encuadrado en el escenario. La sala habría resultado bonita de no ser por la pintura, de un blanco dañino, de las paredes.

De inmediato un vampiro vino a bloquearme el paso. Delgado y de aspecto irascible, llevaba una chaqueta ajustada, pantalones cortos de terciopelo azul oscuro hasta la rodilla y tacones dos o tres centímetros más altos que los míos. Tenía el pelo rubio largo y tieso como un palo y lo llevaba recogido a la espalda en una coleta. Y además llevaba un auténtico pañuelo de caballero al cuello, Parecía recién sacado de una película antigua de esas en las que no se cortan ni un pelo con el vestuario. Y por su expresión, parecía que algo le olía muy mal,

—¿Quién te ha dejado entrar?

Siempre era la misma historia, cada vez que cambiaban al portero de la puerta. Y cuanto más anciano fuera, peor. Sin duda recordaban los viejos tiempos en los que a un dhampir se lo mataba nada más verlo. A ser posible lentamente. Me cabreó su actitud porque llevaba ya más de un mes trabajando allí y además la escena de la

discoteca me había dejado con ganas de pelearme de verdad. En realidad Vleck no había sido ningún reto para mí.

Pero maldita sea, le había prometido a cierta persona que me portaría lo mejor que pudiera.

—He venido a ver a Mircea —le contesté al portero en lugar de perforar el precioso brocado del papel pintado de la pared con su cabeza.

—Lord Mircea.

—Lo que sea. Tengo que hacer una entrega —añadí yo, pasando por delante de él. Me agarró del brazo con tanta fuerza que sin duda iba a dejarme un moratón.

—Espera en el callejón junto con el resto de la basura hasta que yo mande a buscarte.

—Estoy cansada, tengo hambre y llevo una cabeza en esta bolsa —le advertí—. Así que no me jodas.

Me soltó tal bofetada, que eché la cabeza hacia atrás. Así que yo le clavé la mano a la pared con un cuchillo. Al tirar para soltarse el solito se la desgarró, pero se curó al instante y volvió a lanzarse sobre mí. Acabó tirado en el suelo como un pobre cachorrillo vagabundo.

—¿Y eso es lo mejor que sabes portarte? —preguntó entonces alguien.

Alcé la vista y vi el agradable rostro con barba de chivo, pelo oscuro y rizado, y ojos marrones y brillantes del senador Kit Marlowe. Su amable expresión no le impidió apretarle el cuello al tipo tirado en el suelo con la suficiente fuerza como para saltarle los ojos de las cuencas. Y eso solo para ayudarlo a ponerse en pie.

Como Marlowe me detestaba solo un poco menos que a la peste bubónica, pongamos por ejemplo, esa sonrisa me puso nerviosa. Hacía tiempo que sospechaba que era esa precisamente la razón por la cual él sonreía, y sin embargo siempre le surtía efecto. Me encogí de hombros.

—Bueno, no le he clavado el cuchillo en el corazón,

—Puede que hubiera sido mejor —contestó Marlowe afablemente al tiempo que abría la mano.

El vampiro cayó de pie al suelo, se levantó de un salto y se lanzó de nuevo sobre mí a la velocidad del rayo. Así que finalmente yo lo agarré del cuello y taladré el precioso brocado del papel pintado con su cabeza,

—¡Tráela aquí, Mikhail! —se oyó que gritaba una voz por la derecha.

Mikhail debía de ser el que tenía la cabeza taladrada en la pared porque nadie se inmutó. Lo solté y sacó la cabeza. Sus ojos pálidos brillaban llenos de odio. Sonreí. Siempre es todo mucho más fácil cuando los vampiros con los que trato me desprecian. Son los que fingen otra cosa los que me confunden y me ponen enferma. Mikhail y yo nos comprendíamos el uno al otro: él me mataría a la menor oportunidad y yo simplemente me aseguraría de que no lo consiguiera. Fácil.

—Yo la llevaré —dijo Marlowe.

Mikhail se quedó mirándolo.

—¡Milord, me ha atacado!

—Si eres tan tonto como para lanzarte sobre la hija de lord Mircea estando él presente en su despacho, entonces te mereces todas las palizas que te lleves —le contestó Marlowe escuetamente.

Yo alcé una ceja.

—¿Estando él presente en su despacho? —repetí yo.

Marlowe volvió a esbozar aquella inquietante sonrisa suya, solo que con más ganas.

Atravesamos otro salón y entramos en un despacho con más de lo mismo: molduras talladas a mano, un techo que llegaba hasta el cielo y un mural lleno de querubines gordos que bajaban la vista con suficiencia para mirar a los invitados.

También había una mesa. Era una enorme pieza maestra antigua de caoba con esto tallado aquí y lo otro original allá, pero a pesar de todo no conseguía llamar la atención tanto como la persona que había sentada detrás. A diferencia de Vleck, el senador Mircea Basarab sabía cómo cubrir su bello, moreno y alto cuerpo de espécimen. Aquella noche iba vestido todo de blanco y de etiqueta. Resplandecía desde la coronilla de la bruñida cabeza hasta la punta de los zapatos impecablemente brillantes.

—Sólo te falta la capa forrada de rojo —le dije yo en un tono agrio, dejando caer mi sucio petate de lona encima de la mesa.

La bolsa hizo un ruido como de chapoteo. Mircea hizo una mueca.

—Me vale con tu palabra, Dorina —me informó él mientras yo metía la mano hasta el fondo del petate para sacar el resto—. No necesito una prueba material a menos que quiera interrogarlo.

—Lo recordaré la próxima vez.

Vleck goteaba sobre el bonito suelo de mármol, así que lo dejé encima de la mesa. Pero tampoco fue buena idea. Rodó y Marlowe tuvo que correr a salvar unos papeles antes de que quedaran arruinados. Yo miré a mi alrededor, pero no había ninguna papelería a mano. Así que lo clave en el pincho que servía para ir amontonando los papelitos con las anotaciones diarias de las cosas que había que recordar. Seguía goteando, pero al menos ya no iría a ninguna parte.

Alcé la vista y vi a dos vampiros que me miraban con una expresión poco feliz.

—Bien —dije yo—, a mí me da lo mismo. Sólo quiero mi cheque.

Mircea sacó un talonario de cheques encuadernado en piel y comenzó a escribir. Marlowe se quedó pensativo mirando a Vleck y por fin preguntó:

—Siempre me he preguntado cómo consigues salir.

—¿Qué?

—De la discoteca, de la casa o de donde sea —continuó él, sacudiendo la mano—. En el mismo instante de morir un vampiro maestro sus hijos lo captan. Lo sienten aquí —añadió, tocándose el pecho—. Aunque sean mayores y poderosos y estén emancipados. Es como una sacudida. Y sin embargo, tú consigues matar vampiros y escapar del lugar de los hechos con toda la tranquilidad del mundo sin que tu cabeza acabe clavada en lo alto de una pica. Así que volveré a preguntártelo: ¿cómo consigues salir?

—Andando.

—Te estoy hablando en serio. Me gustaría saberlo —añadió el con el ceño fruncido.

—Sé que te gustaría —contesté yo con sarcasmo.

Mircea arrancó el cheque del talonario. Marlowe dirigía la agencia de inteligencia del Senado y sin duda habría preferido mantener asuntos como el de Vleck en manos de sus propios pelotones de la muerte. Pero en tiempos de guerra no podía permitirse el lujo de mandarlos a una misión que no fuera estrictamente esencial.

El conflicto entre el Círculo Plateado de los magos de la luz y sus enemigos, los magos de la oscuridad, había estallado hacía ya tiempo y solo para complicar un poco más las cosas y confundir a todo el mundo, los vampiros habían decidido aliarse con la luz. Sin embargo, eso estaba acabando con sus huestes y por otro lado parecían tener más problemas para terminar con todos los Vleck de este mundo de los que tenía yo.

Y a mí me venía estupendamente que las cosas siguieran así. Estaba ganando más pasta que nunca.

—Todos los vampiros de esa discoteca captaron el instante justo en el que su maestro murió, y sin embargo tú dices que saliste de allí andando —repitió Marlowe con resentimiento, resistiéndose a olvidar el tema.

Yo puse cara de inocente, cosa que a él parecía molestarle tanto como a mí su fastidiosa sonrisa.

—Sí, supongo que tengo suerte.

—¡Pero es que siempre te sale bien!

—Es que tengo mucha, pero que mucha suerte —insistí yo, alargando la mano para coger el cheque.

Mircea lo retuvo en la mano.

—¿Por casualidad no habrás visto últimamente a Louis-Cesare?

—¿Por qué?

Mircea suspiró.

—¿Por qué jamás respondes ni siquiera a la pregunta más sencilla?

—Puede que sea porque tú jamás haces preguntas sencillas. ¿Y para qué puede necesitar me el favorito del Senado europeo a mí precisamente?

A pesar de pertenecer al mismo desastroso y disfuncional clan familiar, Louis-Cesare y yo no nos habíamos conocido hasta muy recientemente. No era de extrañar teniendo en cuenta que pertenecíamos a estatus opuestos dentro del mundo de los vampiros. Yo soy la hija dhampir de una familia patriarcal, la mancha ignorada y casi desconocida de una descendencia por lo demás inmaculada. Por razones obvias los vampiros temen y aborrecen al mismo tiempo a los dhampirs, y la mayor parte de las familias que dan nacimiento a uno, entierran su error cuanto antes. Para mí seguía siendo un misterio por qué Mircea no lo había hecho. Quizá porque de vez en cuando yo le resultaba útil.

Louis-Cesare, en cambio, pertenecía a la realeza de los vampiros. Era el hijo único del extrañísimo hermano pequeño de Mircea, Radu, y desde su mismo nacimiento no había hecho otra cosa que batir récords. Había pasado a la categoría de maestro cuando ni siquiera llevaba medio siglo muerto, y eso a pesar de que muchos vampiros jamás alcanzan ese rango en toda su larga vida. Un siglo después había sido elevado al estatus de primer nivel, quedando por tanto en pie de igualdad con los competidores más importantes del mundo de los vampiros. Y solo una década más tarde se había convertido en el favorito del Senado europeo y era celebrado por su atractivo, su riqueza y su habilidad en el duelo, habilidad que lo había sacado de muchas situaciones peliagudas.

Hacía un mes que los caminos del príncipe y de la paria se habían cruzado por el hecho de que ambos teníamos algo en común: a los dos se nos daba bien matar a esas cosas. Y si alguna vez una de esas cosas merecía de verdad morir sin duda era Vlad, el hermano loco con ojos de bicho de Mircea. Nuestra colaboración, no obstante, había tenido un comienzo difícil: a Louis-Cesare no le gustaba recibir órdenes de una dhampir, y a mí no me gustaba tener a mi lado a ningún compañero de armas. Y punto. Al final, sin embargo, solucionamos esos problemillas e hicimos el trabajo. Él incluso aprendió modales antes de acabar con la tarea. Y yo por un momento llegué a pensar que era..., digamos agradable tener a alguien que me cubriera las espaldas para variar.

A veces puedo llegar a ser una completa imbécil.

—Radu dijo que entre vosotros dos había surgido cierta... amistad —mencionó Mircea con mucho tacto.

—Radu se equivoca.

—No has contestado a la pregunta —observó Marlowe—. ¿Has visto o has tenido algún contacto con Louis-Cesare durante las últimas semanas?

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Nada. Aún.

—Vale, ¿qué teméis que pueda hacer?

Marlowe volvió la vista hacia Mircea y ambos mantuvieron una de esas

conversaciones silenciosas que los vampiros sostienen a veces entre ellos y de las que se supone que yo no sé nada,

—Simplemente me gustaría hacerle una pregunta a propósito de un asunto familiar —contestó por fin Mircea tras una pausa.

—Tal y como tú me dices siempre, yo soy de la familia. Dime de qué se trata y quizá pueda ayudarte. ¿O es que eso de ser de la familia vale solo para cuando me necesitas?

Mircea respiró hondo para demostrarme hasta que punto me consideraba una verdadera lata. Cosa que no habría hecho ninguna falta.

—Es sobre su familia, Dorina, y yo no soy quién para contártelo. Y ahora contesta, ¿lo has visto?

—No se nada de él desde hace un mes —respondí yo con toda la sinceridad del mundo.

De pronto me había cansado del eterno juego. No necesitaba que me recordara una vez más que por lo que se refería al tema de la familia yo siempre sería considerada de segunda clase.

—Apreciaría mucho que me lo comunicaras si lo vieras —añadió él.

—Y yo apreciaría que me dieras el cheque. ¿O es que habías pensado sostenerlo en la mano durante toda la noche?

Mircea elevó una ceja, pero no lo soltó.

—Puede que tenga otro encargo para ti mañana.

Deslizó una carpeta por encima la mesa con cuidado para no mancharla de sangre.

—¿Puede?

—Todavía hay que tomar una decisión, ¿estarás libre?

—Veré qué puedo hacer.

—Y Dorina, en caso de decidir seguir adelante con este asunto, esta vez lo necesitaré vivo.

—¿Te vale si te lo entrego en tamaño portátil?

Dependiendo de su nivel de poder un vampiro maestro podía vivir hecho pedacitos desde una semana hasta un mes, siempre y cuando no le clavara una estaca en el corazón. Y evidentemente resulta mucho más fácil sacar a hurtadillas una cabeza en una bolsa que un cuerpo entero. Además la decapitación tiene algo de especial: hacía que hasta el más inflexible de los vampiros pareciera un bocazas,

—Sí, con eso bastará —contestó Mircea, lanzándole una mirada cínica a Vleck.

El exvampiro tenía la boca abierta y sacaba la lengua. Pero al menos no babeaba, pensé yo, aprovechando la oportunidad para arrebatarse el cheque.

¡Dios, cómo me gustaba el dinero fácil!



Durante los últimos días habíamos tenido un tiempo gris y esa mañana no fue distinta, sin embargo conseguí llegar a casa antes de que comenzara a llover. Aparqué la última mole oxidada que me había comprado en el ancho camino que daba a un lateral de la casa. Se trataba de un Camaro que una vez había sido azul, pero que en ese momento parecía pintado con motas grises. Estaba metiendo la llave en la cerradura de la puerta justo cuando comenzaron a caer las primeras gotas.

El cielo plomizo le confería ala destartalada y vieja casa victoriana un aspecto mucho más ruinoso que de costumbre. La había construido un marinero, un capitán retirado, allá por la década de los ochenta del siglo XIX justo cuando Flatbush comenzaba a convertirse en la nueva y flamante zona residencial de las afueras de Brooklyn. La casa seguía estando en una buena zona con árboles antiguos y crecidos, pero sus días de gloria ya habían pasado. La pintura se estaba descascarillando, el suelo del porche estaba combado y a la decorativa moldura de madera le faltaba algún que otro pedazo. Y esto último hacía que la casa pareciera una persona mayor a la que le faltara un diente. Pero era mi casa y se alegraba de verme.

Tras un instante, un escalofrío de bienvenida me recorrió el brazo y la puerta se abrió. Salté por encima del agujero que había en el suelo, deje un par de bolsas sobre la encimera de la cocina y encendí una lámpara pasada de moda especialmente diseñada para cuando hay huracanes. Cuando tiramos de la electricidad a plena potencia los hechizos de protección provocan que la energía venga y se vaya. Y aunque sigue quedando electricidad para las cosas importantes, me da vértigo que las luces no dejen de parpadear.

Saqué una cerveza de la nevera y me quedé de pie junto a la encimera, bebiendo mientras le echaba un vistazo al correo. Alguien había sido tan atento como para dejar las cartas encima de la mesa, quizá porque en su mayor parte eran facturas. Claire, que en otros tiempos había sido mi compañera de piso, había heredado la casa de su tío, pero al marcharse para ocuparse de asuntos más felices y trascendentales la había dejado a mi cuidado. Y lo cierto era que necesitaba muchos cuidados.

Lo más importante de todo era un tejado nuevo. En el techo de mi dormitorio había una inquietante mancha que al principio tenía aproximadamente el tamaño de Rhode Island, pero que en ese momento se parecía ya más a Carolina del Norte. Unos cuantos días más de lluvia y sería igual que Texas. Y después ya no se parecería a ningún sitio más porque aquellas viejas piedras comenzarían a caérseme en la cabeza.

Guardé las facturas en su sitio habitual, la panera, y comencé a sacar las cosas de la bolsa. Y justo entonces oí un trueno encima de mi cabeza. Sonó igual que el estallido de una granada y bastó para que toda la casa temblara. Me quedé helada y

con el corazón en un puño.

*¡Oh!, ¡por favor, por favor!*, rogué en silencio mientras escuchaba con la mayor atención.

Durante un largo rato no oí más que los ruidos producidos por el viento y el retumbar de mi pulso. Pero luego escuché un llanto trémulo y ligerísimo que se filtraba desde el piso de arriba. Se me heló la sangre.

En cuestión de segundos el lamento se intensificó como si fuera una orquesta *in crescendo*. El vaso sucio que había en el fregadero de la cocina comenzó a temblar hasta que se rompió al mismo tiempo que lo poco que quedaba íntegro de mis tímpanos. Coloque la cabeza sobre la encimera y pensé en la posibilidad de echarme a llorar.

A lo largo de mi longeva vida he padecido guerras, hambre y enfermedades. Pero soy una mujer joven. Soy un guerrero, Y no obstante jamás había tenido que enfrentarme a nada como esto.

Sentí verdaderos deseos de destruir, pero no tenía a nadie a mano.

No podía hacer más que recoger los pedazos de cristal rotos y tirarlos a la basura. Aquel horrible lamento que tronaba por cada una de las ventanas de la casa cesó durante un segundo, quizá dos. Yo respiré aliviada pero con cautela, y de inmediato comenzó de nuevo con renovado vigor. Dejé la cerveza y me dirigí al armario de las bebidas para servirme un *whisky*.

Estaba maldiciendo a mis compañeros de piso que se habían dedicado a vaciar el armario en mi ausencia cuando oí el ligero crujido de una pisada en el pasillo. Hubiera debido de resultarme imposible oírlo con tanto barullo incluso a pesar de tener un oído tan fino, pero a veces la desesperación despierta el instinto. Quizá porque no era un sonido habitual en la vivienda.

En aquellos momentos convivía con un montón de criaturas que caminaban pesadamente por la casa pisando fuerte sobre las viejas tablas de madera a cualquier hora del día o de la noche. Pero no había ninguna criatura que diera un paso y se quedara parada. O al menos ninguna a la que yo hubiera invitado a entrar.

Sentí los músculos tensándose bajo la piel, listos para estallar en cuanto me pusiera en marcha. Comencé a respirar aceleradamente y una gota de sudor me entró en el ojo. Podía tratarse simplemente de un ruido del viejo edificio, me repetí con severidad mientras echaba mano hacia el cuchillo de cortar la carne. No debía de ponerme nerviosa.

Entonces volvió a sonar otra vez ese imperceptible ruido procedente de una de las tablas del suelo del pasillo al mismo tiempo que otra lastimera protesta en un tono de voz agudo. Me animé. Quizá después de todo si encontrara algo que matar.

Atravesé la cocina hasta la puerta y agarré el pomo de cristal verde, pero no lo gire. Por lo general siempre dejábamos la puerta de la cocina abierta porque los



goznes chirriaban cada vez que se abría o cerraba. Sin embargo alguien la había cerrado de modo que yo no podía pasar sin anunciar mi presencia. Tendría que quedarme esperando a que el intruso se acercara por el otro lado.

Podía averiguar muchas cosas de ese intruso sin verlo siquiera. Por ejemplo, su peso por la fuerza de la pisada, su altura por el suave susurro del aliento y quizá incluso el sexo si es que llevaba colonia. No obstante cuando agudicé los sentidos lo que percibí fue el susto del contacto de mi cuerpo al rozarse contra otro.

Aparte la mano del pomo, pero seguí sintiendo esa sensación de agitación en cascada a lo largo de la piel que era como una especie de pinchazo eléctrico, No era ni dolorosa ni punzante, y no parecía peligrosa. Más bien era como si unos dedos acuosos me acariciaran con suavidad, derritiéndome al contacto y produciéndome una sensación de tranquilidad y confianza.

Y eso a mí me ponía la carne de gallina.

No quería que nadie tratara de inspirarme confianza cuando había un peligro en mi propia casa. No podía permitirme el lujo de relajarme y perder la tensión. Aunque sentía como se desvanecía, como mi corazón latía más despacio, mi respiración se calmaba y el sudor que había recorrido mis brazos momentos antes se enfriaba con el aire de la noche.

Más preocupante aún era el hecho de que la casa misma no reaccionara. Por lo general los hechizos de protección disfrutaban haciéndoles perrerías a los intrusos. Pero la cocina estaba a oscuras y en silencio, y lo único que se movía era la llama del interior del farol.

Su luz fluctuaba sobre la fila de cuchillos de cocina de la pared, sobre las viejas cacerolas de cobre colgadas del estante de rejilla para los cacharros y sobre la escoba con su sólido palo de madera en un rincón. Cualquiera de aquellos utensilios me habría servido para defenderme de un amplio abanico de criaturas, pero probablemente ninguno me sería útil contra una criatura que había engañado tan completamente a los hechizos de protección de la casa. Y lo mismo podía decir de todo lo que llevaba encima.

Estaba pensando en la posibilidad de escabullirme fuera y hacer el impresionante numerito de Spiderman para subir a mi habitación, donde guardo un alijo de armas mucho más horribles, cuando el chillido de la planta de arriba cesó. No disminuyó de volumen: cesó por completo en cuestión de un segundo como si una mano estuviera estrangulando aquella pequeña garganta. Entonces me olvidé de las sutilezas, de las tácticas y de la estrategia. Abrí la puerta y entré en el oscuro pasillo con el cuchillo en alto y a punto de soltar un grito.

Pero acabé machacada contra la pared después de sentir cómo me crujían todas las costillas.

Rodé por el suelo para ponerme en pie y le arrojé una mesita a mi enemigo, pero

primero me tomé un segundo para tratar de adivinar contra quién estaba luchando. No hubo suerte. Por un instante vi unos ojos enormes y luminosos con pupilas horizontales como las de una cabra, pero entonces me llegó volando una bola de fuego que no sé de dónde salió y que redujo la mesa a cenizas, formando sombras onduladas que subieron por la pared. Salté hacia delante buscando un punto vulnerable que atacar y entonces un enorme pie con garras cubierto de brillantes escamas me aplastó con la fuerza de un martillo.

Caí de espaldas al suelo y encaje el cuello entre dos talones curvos de la longitud de dos dagas. Mi propio cuchillo estaba clavado en el centro de una de aquellas pezuñas, entre dos escamas que se superponían, sujetándome a mí también al tablón del suelo. Sin embargo dudo que para aquella enorme criatura supusiera algo más que una espinita clavada en el pie. Retorcí el cuchillo tratando de sacarlo, pero solo conseguí hincárselo más en la gruesa piel.

Entonces alguien soltó una maldición.

—¡Sácalo ya de una vez!

Al oír aquella voz completamente humana me quedé parada, pero seguía sin ver nada. Entonces una estrecha cinta de fuego salió disparada de la oscuridad y encendió de golpe toda una fila de velas que había en la pared. El truco fue estupendo, pero en aquel momento yo no estaba en situación de admirar nada. Estaba demasiado ocupada contemplando al enorme dragón apretujado en el estrecho pasillo.

No parecía muy cómodo. Tenía las pequeñas alas negras aplastadas contra el techo, las enormes piernas vueltas hacia arriba enrolladas alrededor del cuello, y el hocico alargado le sobresalía de cualquier modo por en medio. Lo único que parecía capaz de mover eran los pies, de los cuales salía un río de sangre negra.

—¡Duele que es la leche!

El animal inclinó la enorme cabeza un poco más para examinarse la herida.

Yo me quedé mirándolo.

La multitud de escamas de color plomizo que cubría su cuerpo quedaba interrumpida por una cresta de un tono amatista brillante que le recorría toda la espalda de arriba abajo. Tenía dos cuernos del color del cristal fundido a los lados de un mechón de pelo de un absurdo color lavanda. Le hacía juego con el color de la pupila de los ojos, que resultaban de lo más chocantes, pero el iris era del color de los pétalos de los pensamientos.

Una membrana nictitante se deslizó por delante de uno de los enormes globos oculares y después del otro mientras el dragón se examinaba el pie herido. Instantes después esa mirada de alienígena se trasladó hacia mí y el anillo de escamas que le cubría las mejillas adquirió un vago tinte púrpura.

—¡Me has apuñalado!

—Tú has entrado en mi casa —contesté yo despacio, completamente incrédula.

Había visto un montón de cosas extrañas en Brooklyn, pero jamás a un dragón.

—¡Eso no es verdad!

El enorme hocico hizo una mueca y mostró una enorme cantidad de dientes. Pero la voz era melodiosa y hasta hipnótica, y parecía casi como si me inyectara una droga suavemente en las venas. Por mucho que yo tratara de impedirlo me serenaba el pulso acelerado hasta volver a ajustarlo a una velocidad normal. Necesitaba toda la energía de mi ira para luchar, pero de repente mi cuerpo parecía estar pensando en la posibilidad de echarse una siesta y quedarse más flojo que un fideo.

—No tengo por costumbre discutir con un dragón dispuesto a matarme —dije yo, luchando por reprimir un bostezo—, pero sí que es verdad.

—¡Es mi casa!

Entonces un pliegue de la piel que hasta entonces había estado doblado y aplastado contra la espalda de la criatura se abrió. Se extendió de repente hacia arriba como si fuera un abanico translúcido que coronara el largo hocico.

—¿A qué estás esperando? —preguntó en tono exigente el animal—. ¡Sácame eso ya!

Supuse que se refería al cuchillo, así que volví a tirar de él.

—Me sería de gran ayuda si me dejaras levantarme —dije yo un minuto después.

—¿Vas a arrojarme algo más?

—¿Vas a comerme tú?

Los ojos de la criatura volvieron a hacer ese chocante gesto de parpadear de lado en lugar de arriba abajo. Yo comencé a preguntarme si ése era el equivalente del dragón del gesto humano de poner los ojos en blanco.

—¡No seas ridícula, Dory! ¡Sabes perfectamente que soy vegana!

El dragón levantó el pie y yo salí de entre las gigantes uñas de sus dedos. Las tenía negras en el nacimiento y se iban tornando de un gris cada vez más claro hasta terminar en una punta de un tono parecido al de los cuernos. Excepto por unas pocas motas de un rojo brillante. Por el parecido sospeché que se trataba de laca de uñas, y entonces decidí dejar de pensar por completo.

Por fin saqué el cuchillo y justo en el instante en el que aquella gruesa piel se vio libre de él, una fría luz de un color blanco azulado comenzó a salir por entre sus escamas como si aquel enorme cuerpo quisiera dejar de interpretar un desgraciado papel. Y entonces una explosión de luz me golpeó igual que si fuera un puñetazo, lanzándome algo más de un metro más atrás. Aterricé de golpe sobre el descolorido papel pintado de la pared y tiré un espejo. Cayó al suelo y se rompió, y entonces comenzaron de nuevo los chillidos del piso de arriba.

—¡Dios!, necesito una copa —dijo una voz con ansiedad.

Justo lo que yo estaba pensando.

Me incorporé y me senté mientras alguien empujaba la puerta de la cocina y se

dirigía al armario de los licores. Apoyé las manos y las rodillas en el suelo y asomé la cabeza por el dintel, pero solo vi a una pelirroja alta, desnuda, de pie delante del farol que yo había encendido. Rebuscaba por el armario de los licores vacío.

—¡No me digas que ahora eres abstemia!

—No —negué yo con prudencia, observando aquella nueva figura de arriba abajo.

Se parecía a Claire, mi antigua compañera de piso. El espejismo era perfecto hasta en los más mínimos detalles que los hechizos suelen pasar por alto. El pelo era una bola enmarañada roja tal y como se le ponía siempre a Claire cuando el tiempo estaba lluvioso; las pecas de la nariz formaban un dibujo muy similar y la criatura cruzaba los brazos sobre el pecho con una postura habitual en ella que expresaba insatisfacción.

Pero también había ciertas notas discordantes. Esta Claire tenía ojeras de un morado oscuro, no dejaba de dirigir la vista nerviosamente de un lado a otro por la cocina y además mostraba cierta palidez enfermiza a pesar de las pecas. Tenía los labios blancos y apretados fuertemente el uno contra el otro y parecía como si no hubiera dormido durante una buena temporada, como si estuviera de los nervios.

Y lo realmente decisivo era que Claire jamás habría aparecido sola en medio de la noche, descalza y con esa mirada de loca. Cuando yo la conocí tenía un trabajo mal pagado en una sala mágica de subastas. Necesitaba algo más de dinero, y por eso buscaba una compañera de piso. Aunque todo eso fue antes de que apareciera un auténtico príncipe fey en una de las subastas, la enamorara locamente y se la llevara a Fantasía. Y desde entonces vive allí, supuestamente feliz, comiendo perdices como sueña todo el mundo.

—Resultas de lo más seductora —comenté yo. Me preguntaba cómo se desahucia a un dragón con forma momentáneamente humana de una cocina—. Pero para la próxima vez, te informo de que Claire no tiene por costumbre andar por ahí desnuda. Ni siquiera en su propia casa.

—¡Llevaba ropa! —exclamó la criatura, que inmediatamente sacó un delantal de un cajón. Era un delantal de esos antiguos que más bien parecen un vestido. Al menos tendría un aspecto decente mientras no se diera la vuelta—. Pero ahora, cada vez que cambio, estallo la ropa. Mi yo dragón ha llegado a la adolescencia y crece como la marihuana.

Desvié la vista desde el cajón donde guardábamos los delantales, que yo ni siquiera sabía que teníamos, hasta la mujer que se encogía de hombros luciendo uno de ellos.

—¿Tu yo dragón?

Ella se apartó unos cuantos mechones de pelo lacio de la frente con el dorso de la mano antes de contestar:

—Soy a medias fey de la oscuridad, Dory. Y tú lo sabes.

—Sí, pero..., nunca me dijiste qué tipo de fey eras.

—Ni yo misma lo sabía hasta hace poco. Y además, de todos modos, no es el tipo de asunto del que uno vaya hablando por ahí en cualquier conversación.

Por fin encontró una caja de aspirinas en un cajón y se la acercó a los ojos para leer la etiqueta haciendo el típico gesto de un miope. Aquellos preciosos ojos verdes siempre habían visto mal de cerca, y me imagino que el hecho de cubrirse de escamas era una putada a la hora de llevar gafas.

Me puse de pie lentamente. La cabeza me daba vueltas.

—¿Eres Claire?

—¿Y quién creías que era? —preguntó ella—. ¿Atila el huno?

Claire fijó la vista en el cuchillo de cortar carne que yo seguía sosteniendo en una mano y del que chorreaba sangre negra no humana por el suelo de baldosas de la cocina. La sangre de dragón es corrosiva, cosa que posiblemente explica por qué la mitad del filo del cuchillo había desaparecido y por qué parecía como si un ratón hubiera estado mordisqueando las baldosas. Me llevé lo que quedaba del cuchillo al fregadero, lo lavé y volví a dejarlo en su sitio.

Eso pareció tranquilizarla porque entonces ella sacó algo que tenía escondido detrás de las piernas y lo sentó torpemente en una silla de la cocina. Debía de tenerlo oculto en la espalda cuando estábamos en el pasillo porque yo ni siquiera lo había visto. Me acerqué despacio a la mesa y contemple aquella nueva complicación con suma cautela.

La pequeña criatura que viajaba siempre a cuestas parecía humana. Me figuré que era un niño por la ingeniosa túnica azul que llevaba puesta. Supuse que debía de tener alrededor de un año, pero a pesar de ello me miró con calma y con una especial tranquilidad teniendo en cuenta la escena de la que acababa de ser testigo.

—¿Quién es este niño? —pregunte yo, observando cómo babeaba sobre la túnica.

Claire se tragó la aspirina sin agua y luego respondió:

—El heredero del trono de Fantasía.

—El heredero del trono de Fantasía acaba de regurgitar.

—Lo hace mucho. Está echando los dientes.

Yo parpadeé.

—¿Echando los dientes? ¿Echa los dientes y regurgita?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Qué otra cosa esperabas?

Yo sacudí las manos.

—¡Eso!

—¿Te refieres al ruido?

—¡Sí! Me refiero a ese horrible ruido que está venga dale que te pego.

—¿Eso es un bebé?

—Sí, un bebé duergar. Bueno, solo medio duergar —me corregí yo—. La otra mitad es brownie, o al menos eso me dijeron. Aunque empiezo a pensar que en realidad es banshee, Ya sabes, hijo de una de esas mujeres irlandesas cuyo espíritu vaga como un alma en pena según cuenta la mitología.

—¿Estás hablando de esa cosita que recogiste en la subasta?

Por fin Claire encontró una caja de tiritas y se estampó una en el dedo del pie. Y vale, el asunto del delantal podía haberle salido bien de chiripa, pero no había mucha gente que supiera de dónde había sacado yo mi nueva afición. La subasta mágica había sido por completo ilegal y estrictamente confidencial. No era de extrañar si tenemos en cuenta que vendían híbridos ilegales de criaturas sobrenaturales y que algunas de ellas eran bastante peligrosas, Ni siquiera yo sabía que esa subasta iba a celebrarse hasta que entramos allí por casualidad.

Por extraño que pareciera, aquella criatura era Claire.

—Sí —le dije yo.

La cabeza me hervía de preguntas. Hacía más de un mes que no la veía. Y según parecía, ella había adquirido unas cuantas habilidades durante su ausencia.

—Pero si el bebé ya tenía dientes —objetó Claire, frunciendo el ceño al ver la nevera vacía.

—Eran los dientes de leche. He estado encontrándome los tirados por toda la casa. Ahora le están saliendo los dientes de mayor y... Claire, creo que me estoy volviendo loca.

—No te estás volviendo loca.

—¡Acabo de verte transformada en un dragón!

—¡Bueno, no haberme asustado! —exclamó ella a su vez. Claire abrió la panera y se quedó mirando el montón de papeles—. ¿Pero es que ya no hay nadie que coma en esta casa?

—Me apañé con la comida rápida para llevar.

Los ojos de Claire se fijaron entonces en las enormes bolsas blancas que despedían un aroma a pollo al sésamo, a verduras *chow mein* y a arroz frito por toda la cocina.

—Parece que has traído comida suficiente para tres —comentó ella sin perder la esperanza.

—Sí, pero no sé cuándo podremos comérmolo. ¡Con tanto susto!

Claire frunció el ceño y por un momento me pareció idéntica a su *alter ego*.

—¿Dónde está ese bebé tuyo?

Yo sonreí.



Subí las escaleras y Claire me siguió con su tranquilo y manso fardo pequeño. El nivel de decibelios aumentaba con cada escalón que ascendíamos. Yo estaba convencida de que las paredes se resquebrajarían. Abrimos la puerta de mi viejo despacho e incluso Claire, que hasta entonces había permanecido inmutable, hizo una mueca.

Ella entró y de repente los chillidos cesaron bruscamente. De un lecho de edredones colocados debajo de la cama asomó una cabecita peluda que se quedó mirándola con unos enormes ojos verdes. La criatura parecía un cruce entre un mono y un hombre diminuto pero viejo: tenía los miembros largos y peludos, el rostro pequeño y aplastado, y el pelo desbaratado como el de los teleñecos.

Las lágrimas que aún no había derramado y que vibraban en sus pestañas parecían destilar la luz de la luna que se filtraba a través de las cortinas, y por un momento le confirieron un brillo a sus iris como el del metal pulido. Parpadeó y las lágrimas resbalaron por sus mejillas, y de nuevo comenzó el estridente sollozo. Pero entonces Claire se acercó con calma y lo tomó en brazos.

La criatura abrió la boca para soltar otro chillido, pero la cerró nuevamente después de un hipo. Dirigió una mirada suplicante a Claire y se aferró a los volantes del delantal con su diminuta mano de dedos como palitos. Se comportaba como si yo hubiera estado tratándolo a patadas o algo así.

—¿Por qué está debajo de la cama? —exigió saber Claire.

—Le gusta estar ahí —contesté yo a la defensiva—. Los duergar viven bajo tierra. Creo que se siente vulnerable si duerme en un espacio abierto. Lo coloqué encima de la cama, pero él siempre se lo lleva todo ahí debajo.

Claire no pareció demasiado convencida con la explicación, pero lo dejó pasar.

—¿Qué le das para el dolor?

—De todo. Pero es como yo: las medicinas no le funcionan y el *whisky* sólo lo embota un rato y luego...

—¿*Whisky*? —repitió Claire horrorizada—. ¡Dime que no acabas de admitir que has estado emborrachando al bebé!

—¡Sólo le he restregado las encías un poco! —exclamé yo ofendida—. Fue él el que se llevó la botella entera.

—¡Pero si no es más que un bebé! ¡Pobrecito mío!

—Eso ya lo sé, aunque no te creas que el alcohol le hace mucho efecto —dije yo con cierta amargura.

—¡Dory!

—¡Sé lo que estás pensando! ¡Esta historia de la maternidad es un verdadero

asco!

El hecho de que en el momento de hacerme cargo de *Apestoso* ni siquiera se me hubiera ocurrido pensar que era un bebé no arreglaba nada. Habían estado a punto de matarlo y como yo me había opuesto, él automáticamente había pasado a ser mío.

En ese momento el asunto no me había preocupado en absoluto porque en realidad yo pensaba en él como en una mascota. Sin embargo, la experiencia me había demostrado que sí había intervenido una inteligencia inequívoca, por mucho que yo prefiriera no pensarlo a causa del terror que me producía.

—Eso no es verdad, y además en realidad tú no lo piensas —contestó Claire con paciencia—. Le salvaste la vida y le diste un hogar. Solo necesitas un poco de tiempo para acostumbrarte, eso es todo.

—No creo que pueda.

Claire sonrió.

—Todo el mundo piensa lo mismo al principio. ¡Los bebés son tan pequeños y tienen esos ojos tan grandes y tan confiados! Tienen plena confianza en que nosotros lo sabemos todo cuando la mayor parte de las veces no tenemos ni idea de nada.

Sí, eso era lo que me preocupaba. Yo más o menos me había criado sola, y ahí estaba el resultado. No quería cagarla con él también, aunque el pobre tampoco parecía tener ninguna otra alternativa.

Dado que los dhampir solo podíamos ser concebidos en un corto lapso de tiempo después de que un hombre iniciara el cambio, apenas había ninguno. Porque a pesar de lo que las películas querían hacer creer al público, los vampiros recién transformados no pensaban en el sexo. Pensaban en la sangre.

Mircea era un tanto distinto porque era el resultado de una maldición: no había sido creado. En su momento, durante una semana, había sido incapaz de comprender lo que le había hecho la vieja gitana que había estado pegándole voces. Hasta que unos cuantos nobles trataron de matarlo y él no murió. Sólo que mientras tanto él había seguido con sus costumbres de *playboy* de siempre, y el resultado había sido el robusto y abominable bebé que había nacido nueve meses más tarde.

Yo podía contar con los dedos de las dos manos el número de dhampirs que conocía y que seguían vivos en ese momento. E incluso me habrían sobrado dedos. Pero por lo poco que sabía, no había absolutamente ningún otro híbrido de duergar y de brownie aparte de *Apestoso*. Él solito constituía por sí mismo un género, y yo por experiencia sabía muy bien lo que eso significaba.

Nada bueno.

Claire me dio unas palmaditas en el hombro.

—¿Tienes niñera por lo menos?

Hice un gesto en dirección a una figurita pequeña acurrucada en una esquina que trataba de esconderse detrás de una mecedora.



—Vale, Gessa, ya puedes marcharte.

Dos diminutos ojos marrones ocultos tras un montón de rizos castaños me dirigieron una mirada miope por un segundo. Acto seguido Gessa se puso de pie de un salto y se escabulló por la puerta. Apenas medía un metro de alto. Y jamás había que decirle dos veces que podía marcharse.

—Antes estaba Olga —dije yo, refiriéndome a la competente secretaria que tenía desde hacía poco tiempo—, pero está otra vez tratando de sacar adelante su negocio y ya no puede quedarse aquí toda la noche. Y en cuanto a los ocupas que viven abajo, salen disparados en cuanto bajo a ver si...

—¿Qué ocupas?

¡Uy!

—Eh... bueno, en cuanto se enteraron de que Olga iba a mudarse aquí, algunos de sus empleados decidieron venir también. Y como son parientes suyos, se sintió incapaz de decirles que no.

—¿Estás tratando de decirme que tenemos una colonia de troles viviendo en el sótano?

—Supongo que debería de habértelo dicho con más diplomacia.

—Al menos eso explica el olor.

—No, el olor es por *Apestoso* —dije yo—. Está convencido de que tiene que hacer honor a su nombre.

—¡Vale, pues ponle otro!

—Sí, ya lo intenté. Pero es que no hay colonias de brownies por aquí cerca y aunque encontré a unos duergars que viven en Queens, me dijeron que ése era un buen nombre para él.

—Pero él es un híbrido —dijo Claire con tristeza, metiendo los dedos por el pelo de la criatura— Puede que por eso a él no le guste.

—Me contaron que entre su gente la costumbre es ganarse el nombre. Hasta entonces funcionan con un simple apodo.

—¿Cómo que ganarse el nombre?

—Eso no me lo dijeron, y según parece son los mayores los que tienen que concederles el nombre a los pequeños. Así que imagínate las probabilidades que tenemos en este caso. He pensado que cuando se haga mayor dejaré que él mismo decida cómo quiere llamarse —dije yo. Levanté la ventana y dejé que entrara la brisa de la noche—. Además cuando te acostumbras al olor ya no te parece tan mal...

De pronto me interrumpí. Por segunda vez aquella noche vi algo que me hizo preguntarme si me había vuelto loca. Quiero decir preguntármelo con más seriedad de lo que tenía por costumbre.

Los árboles del jardín son en su mayor parte los originales que había en el terreno, y el ancestro de todos ellos crece justo al pie de esa ventana: se trata de un

viejo álamo que no era más que un joven árbol cuando se construyó la casa. El zumbido del viento mecía sus hojas en forma de lágrima en dirección a la casa, provocando un caleidoscopio de verdes, plateados y negros, y por un momento, con el contraste de la luz y de las sombras, me pareció ver...

—Dory... —dijo Claire, tocándome el hombro. Yo me sobresalté. Ella frunció el ceño—. ¿Qué pasa?

—¿Has visto... algo... en el árbol? —pregunté yo, tratando de mantener un tono de voz bajo.

Ella miró por la ventana.

—¿El qué? ¿Te refieres al nido de la ardilla?

Yo tragué.

—Creo que necesito una copa.

—Bueno, eso es precisamente lo que te estaba diciendo —suspiró Claire—. ¿Es que no hay alcohol en esta casa?

—Puede que se me ocurra algo.

—Fantástico. Pero sentémonos en el porche. No me vendría mal un poco de aire fresco.

Claire fue a su antigua habitación a buscar algo de ropa y yo a la cocina a por un par de vasos del escurrer platos. Estaba abriendo la trampilla del pasillo donde guardo las botellas especiales cuando ella bajó por las escaleras con gran estrépito. Llevaba una camisa verde a juego con los ojos y unos viejos vaqueros, y sobre cada una de las caderas sostenía a un bebé.

—No sé cuánto tiempo vamos a poder quedarnos en el porche. Parece que va a haber tormenta —dijo ella. Entonces captó mi expresión—. ¿Qué?

—¿Has conseguido vestir a *Apestoso*?

La velluda pierna que colgaba de su cadera izquierda llevaba puesto un pantalón corto de deporte azul chillón como si tal cosa. La última vez que yo había conseguido ponerle algo de ropa había sido prácticamente sentándole a Olga encima.

—Se lo ha puesto él solito.

Le dirigí una mirada malévola. Vale, por fin quedaba claro que él pretendía hacerme quedar mal.

Agarré un par de botellas del pequeño escondite, cerré la trampilla y volví a colocar cuidadosamente encima la alfombra.

—No sabía que tuviéramos un agujero para guardar el contrabando —dijo Claire, que me siguió por el pasillo.

—Hay compartimentos ocultos por toda la casa. Creo que tu tío los usaba para almacenar mercancía.

Pip, el difunto tío de Claire, había sido contrabandista y el negocio le había ido muy bien. Al morir el capitán había comprado aquella casa y enseguida se había dado

cuenta de que le había tocado el premio gordo. Dos caminos prehistóricos se cruzaban exactamente bajo sus cimientos: caminos que no eran sino los ríos de poder que se generan cuando dos mundos colisionan a un nivel metafísico. El resultado es algo muy poco común, conocido con el nombre de abismo de caminos prehistóricos, y es un lugar que genera un enorme poder mágico.

Es como el equivalente de la electricidad, pero gratis, para la vida de hoy en día. Solo que en lugar de encender lámparas y neveras, Pip había usado esa energía para poner en marcha hechizos de protección y portales, y entre estos últimos un portal de entrada a Fantasía completamente ilegal. Ese portal le permitía saltarse toda la amplia legislación del sistema comercial que relaciona ambos mundos y sobre el que pesan fuertes impuestos. Y no precisamente con un producto tradicional cualquiera. Pip había ido directo al producto más valioso y había comenzado a traficar con una sustancia volátil conocida con el nombre de vino fey.

Las fuerzas policiales de la sociedad mágica jamás lo habían pescado porque nunca utilizaba los portales oficiales. Y los feys no le habían prestado mucha atención dado que no compraba el vino directamente sino solo los ingredientes, y casi con toda seguridad en sitios distintos. Una vez que lo tuvo todo, montó una destilería en el sótano y comenzó a hacer magia.

—¿Pero por qué lo usas? —preguntó Claire—. Hay sitio de sobra en los armarios. Yo la miré por encima del hombro.

—¿Has visto alguna vez beber a un trol?

Ella se echó a reír y de pronto se pareció a Claire; me refiero a la Claire de verdad, no a la extraña de los labios apretados.

—¡Por la corte no aparecen mucho!

—Bueno, pues si alguna vez aparecen, esconde el alcohol.

Abrí la puerta de atrás de un golpe con la cadera y salí fuera, donde reinaba el sonido de los grillos y el olor de la lluvia inminente.

Me detuve un momento para observar el jardín porque no soy propensa a tener alucinaciones. Pero lo único que no era normal era el tiempo. En el pedacito de cielo que se veía por encima de los árboles que limitan el lado derecho y posterior del jardín las nubes colgaban muy bajas y amenazadoras, y parecía como si emanaran brillo desde dentro. Y por encima de la valla del vecino de la izquierda, cerca ya del horizonte, una capa de lluvia gris vacilaba mecida por el viento como una cortina ondulante.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntarme Claire con los ojos fijos en la oscuridad igual que yo.

Rizos pelirrojos azotaban su rostro y caían sobre los cristales de las gafas que no sé de dónde había sacado.

—Aún sigues necesitando eso a pesar de... —dije yo al tiempo que hacía un

gesto hacia el pasillo para referirme al enorme animal.

Ella cambió de postura, delatando su incomodidad.

—Sí. Al menos cuando tengo esta forma. Con mi otro... bueno, del otro modo, de hecho, veo mejor de noche.

A mí también me ocurría igual, aunque en ese momento no parecía que me sirviera de mucho. Me incliné sobre la barandilla del porche para alzar la vista hacia las ramas del enorme álamo. Algunas de ellas colgaban sobre el porche, pero lo único que pude ver fueron las susurrantes hojas. Me concentré en la visión periférica, más sensible, y presté especial atención a los cambios de luz o a cualquier cambio de forma. Pero el resultado fue exactamente el mismo: nada.

—¿Qué estás buscando? —volvió a preguntarme Claire con un poco más de insistencia en esa ocasión.

—Todavía no lo sé.

—Si crees que hay algún problema podemos volver dentro.

—Los hechizos de protección protegen el porche tanto como el interior de la casa. Dentro estaríamos igual de seguras que aquí.

—No hay ningún sitio más seguro que éste —declaró ella amargamente.

—Cuidado. Empiezas a hablar como yo.

Hice una pausa para escuchar, pero mis oídos también fallaron. Oí cómo el viento rajaba la lona que habíamos colocado sobre el agujero del tejado, oí el rechinar de la veleta y el chirriar de las cadenas del balancín del porche. Pero no oí nada más.

Claire se agarró los antebrazos con las manos.

—A veces me asustas.

—Y eso lo dice una mujer que acaba de tumbarme.

—No me refería a que tú me des miedo, sino a que tengo miedo por ti —explicó ella con impaciencia—. Parece como si estuvieras planeando hacerte cargo de un ejército tú sola.

—¿Esperas que te ataque una tropa?

—Aún no —musitó Claire.

—Bueno, ya es algo.

Decidí dejar que los hechizos de protección hicieran su trabajo para concentrarme en arreglar el porche de modo que pudiéramos vivir civilizadamente.

Yo lo había amueblado teniendo en cuenta más la comodidad que el estilo. A la izquierda había un viejo balancín con la pintura blanca descascarillada y las cadenas oxidadas; a la derecha un diminuto sofá de dos plazas que Claire había traído de su viejo apartamento y que se había quedado ahí porque la casa no permitía que entrara por la puerta. Y junto a la puerta, contra la pared posterior de la casa, un banco para poner plantas.

Dejé las botellas y los vasos sobre el banco y entré otra vez a por la comida para

llevar. Al volver me encontré a Claire examinando con el ceño fruncido una botellita azul y a los niños inclinados sobre un tablero de ajedrez que habían sacado mis compañeros de piso. Estaban muy contentos, tumbados boca abajo cerca de las escaleras, observando cómo las diminutas figuritas se comían las unas a las otras.

El tablero era de Olga. A un lado las piezas eran trols y al otro eran ogros, e iban todos equipados con armas en miniaturas: espadas, hachas y unos artefactos que parecían catapultas y que estaban medio escondidas detrás de algunos árboles. El juego se desarrollaba en un tablero de lo más elaborado que incluía un bosque, cuevas y cascadas. A mí me parecía que no guardaba absolutamente ninguna relación con el juego del ajedrez humano, pero Olga sostenía que yo decía eso porque siempre perdía.

—Si quieres puedo hacer té para las dos —se ofreció Claire al verme dejar las bolsas en la mesa improvisada—. He visto que hay té en el armario.

—No me gusta el té.

—¿Y sin embargo te gusta esto? —preguntó Claire, alzando la ancha botella que contenía el brebaje de contrabando de su tío.

—Me gustan algunos de sus efectos.

Le quité la botella de las manos y me serví una generosa cantidad en el vaso.

—Creía que te dedicabas a apartar este tipo de cosas de las calles —comentó ella en tono de reproche.

Yo sonreí.

—Te aseguro que he estado apartando todo lo que he podido.

—Pero no creo que la idea consistiera en que lo almacenaras para ti. Es ilegal porque vuelve loca a la gente, Dory.

—Pero a los que ya estamos un poco locos nos vuelve más cuerdos.

—¿Cómo? —preguntó Claire, parpadeando.

Alcé el vaso. El contenido cristalino reflejó las luces del pasillo, lanzó rayos por todo el porche y obligó a *Apestoso* a taparse los ojos.

—Es el mejor antídoto contra los ataques que he encontrado jamás.

Una de las cosas más divertidas de mi vida son los frecuentes desmayos producto de los ataques de ira. Pueden durar desde unos cuantos minutos hasta unos cuantos días, pero el resultado es siempre el mismo: sangre, destrucción y un alto coste para mi cuerpo. Se supone que son normales para la gente como yo: son el resultado del cruce del metabolismo humano y el instinto asesino del vampiro, y son una de las razones principales por las que hay tan pocos individuos de mi especie vivos. Y como se trata de un problema genético, no tiene cura.

Aunque tampoco es que nadie la haya buscado muy a fondo. Al igual que a la mayor parte de las empresas farmacéuticas humanas, a las familias mágicas que se especializan en la curación les gusta sacar un beneficio. Pero poco beneficio se puede

extraer elaborando un fármaco para ayudar escasamente a un puñado de personas.

Claire abrió inmensamente los ojos y se quedó mirando mi vaso.

—¿En serio te ayuda con los ataques?

—Los detiene en seco. Y a diferencia de los medicamentos humanos, funciona siempre.

Claire tomó la botella y olió con cautela el contenido. Hizo una mueca.

—Huele peor de lo que recordaba.

—Es bastante fuerte.

Era tan fuerte, que a Claire se le saltaron las lágrimas. De hecho se usaba como disolvente para la pintura, razón por la cual se solía combinar. Pero yo no lo tomaba por su sabor.

—En realidad no es vino —me dijo ella, dejando la botella en el banco—. Es el producto de la destilación de una docena de hierbas, bayas y flores, la mayoría de las cuales jamás han sido probadas científicamente en ningún laboratorio. Y no me gusta la idea de que te conviertas en un conejillo de Indias.

—Se me ocurrió presentarme voluntaria.

Claire descendía de una de las casas mágicas más antiguas de la tierra: una casa especializada en las artes curativas. Había estado trabajando en la sala de subastas únicamente a causa de una disputa sobre una herencia, debido a la cual había tenido que salir huyendo de un primo avaricioso. Antes de eso se había especializado en la investigación y lo último en lo que había estado investigando eran las plantas fey. Quería ayudarme a superar mis ataques.

—¡Pero eso era distinto! Yo sabía qué había en todo lo que te recetaba. Eran cosas fiables...

—Pero no me producían ningún efecto.

Claire frunció el ceño.

—Ahí puede haber cualquier cosa. No tengo ni idea de qué ingredientes usaba Pip. La receta difiere enormemente de una familia a otra, y ésa es la razón por la que hay tantas variedades de este tipo de vino. Y Pip jamás dejó ninguna nota por ahí.

—Es una lástima.

—No, Dory, no lo comprendes. Las drogas, y desde luego se puede afirmar que ésta es una de ellas, tienen un efecto acumulativo. Hasta los feys pueden experimentar algún suave efecto colateral de vez en cuando...

Yo me eché a reír.

—Puede que para ellos el efecto sea suave. Pero yo no soy fey.

—¡Eso es precisamente lo que estoy tratando de explicarte! Esta sustancia está controlada en la tierra porque hace brotar las habilidades mágicas latentes en los humanos. ¡Pero para luego hacerlos adictos y volverlos locos, claro!

—Pero yo tampoco soy humana.

—Lo eres a medias.

—Razón por la cual tengo cuidado.

Claire entrecerró los ojos: debía de haber captado algo por mi tono de voz.

—¿Qué es lo que has estado experimentando?

—Tal y como tú has dicho, solo algunos suaves efectos secundarios.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Sobre todo que mis recuerdos son ahora más intensos. Con sensaciones más definidas, sonido en Dolby Surround, todo.

—¿Como alucinaciones?

—Como recuerdos más intensos, Claire. No es para tanto.

Pero ella no parecía convencida.

—¿Y puedes controlarlos? ¿Puedes dejar de recordar en el momento que quieras?

—Sí —respondí yo tranquilamente—. Y ahora, ¿vas a comer, o vas a seguir regañándome?

Por su forma de mirarme estaba claro que el asunto no había terminado. Pero su estómago rugió, imponiéndose por un momento a su cabeza. Yo me dejé caer en el sofá y fui pasándole cajitas de ostras, platos de papel y palitos de cerdo que iba sacando de las bolsas.

—¡Dios, cuánto he echado esto de menos! —exclamó ella minutos después con la boca llena de *chow mein*.

—¿El qué?

—La grasienta comida humana para llevar.

—¿Es que no hay nada parecido en Fantasía?

—No. Ni tampoco tienen televisión, ni películas, ni iPods, ni vaqueros —enumeró ella, acariciándose el raído vaquero por encima de la rodilla—. ¡Demonios, cuánto he echado de menos los vaqueros!

Me eché a reír.

—Creía que te gustaba que te lo dieran todo servido.

—¿Y que los sirvientes te sigan a todas partes y vestirte de punta en blanco todos los malditos días y que todo el mundo ceda ante ti, pero que en realidad nadie hable contigo? —preguntó Claire mientras ponía los ojos en blanco—. ¡Oh, sí! ¡Es genial!

—Pero Heidar habla contigo, ¿no? Y Caedmon, ¿no es así?

Heidar era el prometido de Claire, enorme y rubio. Caedmon era el padre de él, el rey de una de las ramas de los feys de la luz.

—Sí, pero Heidar está fuera casi todo el tiempo, vigilando la frontera, y Caedmon se esconde en reuniones de alto nivel en las que tiene que decidir Dios sabe qué mientras yo estoy dando vueltas por allí, supuestamente haciendo punto o algo así.

—A mí no me gusta hacer punto.

—Pues yo he estado tan aburrída, que incluso he pensado en la posibilidad de

aprender.

—Parece que necesitas unas vacaciones.

Claire masticó los fideos sin decir nada.

Yo me quité las botas y las arrojé junto a la puerta. Me gustaba sentir el contacto de las viejas y lisas tablas de madera en las plantas de los pies. A lo largo del día absorbían mucho calor y durante la noche iban soltándolo a un ritmo constante, de modo que la temperatura del suelo contrastaba agradablemente con la de la brisa, más fresca. Unas cuantas polillas se agitaban alrededor del farol de barco que, suspendido sobre nuestras cabezas, se balanceaba ligeramente azotado por la brisa.

—¿Vas a contarme qué te pasa? —pregunté yo por fin al ver que Claire se había terminado el *whisky* y seguía sin decir nada.

Claire había estado contemplando la noche con una mirada absorta, pero en ese momento dirigió sus ojos como esmeraldas hacia mí.

—¿Cómo sabes que me pasa algo? Quizá simplemente haya decidido tomarme esas vacaciones de las que hablabas tú.

—¿De repente, a medianoche?

—Tú también a veces haces cosas a horas extrañas...

—¿Sin zapatos, sin equipaje y sin escolta?

Claire frunció el ceño y por fin cedió.

—No quiero involucrarte en esto. He venido aquí porque no tenía elección. Los portales oficiales están todos custodiados desde la guerra.

—Los que nosotras conocemos —convine yo.

—Me refiero por el lado fey —puntualizó ella como si fuera evidente que su gente trataría de impedirle marcharse.

—Vale, espera. Vuelve atrás. Has entrado por el portal que hay en el sótano porque...

—Porque nadie lo conoce. El tío lo usaba para introducir mercancía de contrabando, así que lo mantuvo en secreto.

—¿Y tenías que escaparte de allí en secreto porque...?

—Ya te lo he dicho, no quiero involu...

—Ya estoy involucrada —señalé yo—. Estás aquí. Y es evidente que tienes un problema. Voy a ayudarte te guste o no, así que será mejor que me lo cuentes.

—¡Yo no quiero tu ayuda!

—Eso no me importa.

Claire se quedó mirándome. Tenía uno de esos semblantes que solo pueden apreciarse de verdad cuando demuestran pasión. Tez pálida como el marfil, perfil de nariz aguileña humanizada por una estela de pecas y mandíbula prominente, suficientemente destacada ya cuando estaba en calma. Pero con aquellos ojos como esmeraldas de un color brillante y echando chispas, con aquel glorioso pelo formando



una pelambreira alrededor del rostro al azotarlo el viento, estaba espléndida.

Y además era una de las pocas personas que conocía con más temperamento incluso que yo. Era la mar de sencillo conseguir que te dijera la verdad. Bastaba con enfadarla.

—He venido aquí para salvar a mi hijo, ¿vale?



Contemplé al niño pequeño. Tenía las típicas mejillas sonrosadas y las piernas regordetas como todos los bebés, que yo sepa. En ese momento le daba golpecitos a dos figuritas del ajedrez, tratando de conseguir que se enzarzaran y se pusieran a pelear.

Los había sacado fuera del tablero y los había puesto sobre el círculo construido con el fondo de mimbre de una mesa. Los observaba con avidez a través de la abertura del cuadrilátero provisional de combate, esperando que se produjera el caos. Pero las figuras no le complacían. Una de ellas se había agachado para sacudirse la espada y el otro estaba echando un cigarrillo. Por un momento los anillos de humo cubrieron su cabeza antes de que el viento se lo llevara.

—Son amigos —le dije yo al niño.

Por casualidad había cogido dos trols en lugar de una figura de cada bando.

El niño alzó la vista hacia mí con una expresión confusa.

—Son aliados —le explicó Claire con voz severa.

Una expresión de comprensión cruzó su semblante. Luego una mano regordeta hurgó por el juego y sacó un ogro con sus pequeños colmillos brillantes tras la visera metálica del casco que le cubría el rostro. El niño lo puso en el cuadrilátero e inmediatamente los dos trols se lanzaron encima. El ogro frunció el ceño y echó a uno de los trols fuera, con lo cual el combate fue más igualado.

—¿Es que no conoce la palabra amigo? —pregunté yo un tanto horrorizada.

—En Fantasía hay aliados y enemigos —contestó Claire, que se puso en pie para volver a servirse otra copa—. Los amigos ya son mucho más raros.

*Apestoso* se había unido al pequeño príncipe. Los dos tenían las cabezas juntas: la una de un rubio dorado y la otra de pelo castaño enredado y con trocitos de rollito de huevo. Yo fui quitándoselos mientras Claire volvía a sentarse con lo que parecía un *whisky* doble.

—Pues a mí me parece que tiene un aspecto sano —comenté yo—. ¿Qué es lo que le pasa?

—¡Nada! Y así va a seguir.

—¿Y por qué no iba a seguir así?

—Porque ha tenido la mala suerte de nacer chico —contestó Claire con amargura.

—¿Cómo?

—Los feys no permiten reinar a las mujeres. Al menos nuestra rama no lo permite. Así que una chica no habría supuesto ninguna amenaza.

—¿Amenaza para quién?

—¡Piensa un poco! Todo el mundo en la corte ha tenido cientos y cientos de años

para hacer sus planes, convencidos de que el rey no tendría hijos jamás. Y de pronto, hace un siglo, tuvo a Heidar, aunque eso a nadie le preocupó porque él no puede heredar el trono.

Yo asentí. La madre de Heidar era humana y él había heredado de ella su estructura corporal más pesada y su sólida musculatura. Y esa misma sangre garantizaba que él jamás ocuparía el trono. Según la ley el rey tenía que ser fey en más de un cincuenta por ciento, y Heidar apenas lo era en un cincuenta por ciento.

—Pero entonces llegué yo —continuó Claire después de un tonificante trago—. Y yo soy fey en algo más de un cincuenta por ciento. Así que cuando Heidar y yo anunciamos que estaba embarazada, todo el mundo echó cálculos y se asustó. Los cortesanos que esperaban que sus hijas pescaran al rey se dieron cuenta de que al tener un heredero a través de su hijo, Caedmon ya no necesitaría casarse. Las hijas en cuestión, los parientes masculinos que esperaban heredar si él moría sin heredero legítimo, la gente que había gastado una fortuna haciéndole la pelota a todos esos parientes... ¡todos estaban furiosos!

—Pero asesinar...

—Los «accidentes» comenzaron nada más nacer él —dijo Claire con el rostro lívido.

—¿Qué clase de accidentes?

—Sólo en el primer mes estuvo a punto de ahogarse en la bañera, se le echaron encima un montón de perros cazadores y se le derrumbó encima el tejado del dormitorio. Y después las cosas fueron de mal en peor.

—¿Y Heidar no hizo nada?

—Eché a la niñera, sacrificó a los animales y apuntaló el techo, pero nada de eso evitó que mi hijo siguiera rodeado de un puñado de asesinos.

Por un momento estuve dando sorbos a mi bebida, tratando de pensar en un modo diplomático de decir lo que quería decir. Pero no era fácil. La diplomacia era el punto fuerte de Mircea, no el mío.

—¿Crees posible que al menos algunos de esos accidentes lo fueran realmente? —pregunté yo por fin.

—¡No estoy loca ni estoy alucinando! —soltó Claire, que sacudió el hombro y puso toda la espalda tensa.

Mi intento de mostrarme diplomática había sido un fracaso.

—Ni yo he dicho nunca que lo estés. Quieres proteger a tu hijo y por lo general el instinto de una madre jamás falla. Pero tú has nacido aquí. Heidar nació allí. Si él cree que realmente no hay ningún problema...

—¡Por supuesto que él sabe que hay un jodido problema! ¡Después de lo de esta noche lo sabe ya todo el mundo!

—¿Qué ha pasado esta noche?

—Que han vuelto a intentarlo. Y esta vez casi lo consiguen.

Yo me erguí en el asiento.

—¿Qué ha ocurrido?

Claire respiró hondo con la evidente intención de calmarse.

—Yo iba a cenar, pero en el último momento decidí ir a ver a Aiden. Estaba muy alterado... como está echando los dientes, a veces se pone imposible y salir a caminar lo calma un poco. Así que me lo llevé a dar un paseíto corto y al volver... ¡Dios, Dory! ¡Qué de sangre! ¡En su habitación!

—¿Sangre de quién?

—De Lukka —susurró Claire—. Me la encontré tirada en el umbral de la puerta del cuarto del niño. Le habían cortado el cuello y el charco... corría por las baldosas y se metía por todas las ranuras. Estaba casi todo el suelo chorreando.

—¿Lukka es su niñera?

Claire asintió. Tenía los labios blancos.

—¡Era tan joven! Cuando me la trajeron por primera vez me dio un poco de reparo, pero fue realmente buena con él. Los feys adoran a los bebés y ella no podía... —Claire tragó—. ¡Ella lo adoraba! —añadió con sencillez—. Y a pesar de que el niño ni siquiera estaba allí, la asesinaron.

—¿Quién la mató?

—¡No lo sé! —exclamó Claire con un gesto de cansancio—. Puede haber sido cualquiera. Hay mucha gente que piensa que los feys estarían mejor si Aiden jamás hubiera nacido.

—Pero tiene que ser alguien a quien Lukka pudiera identificar porque en caso contrario no habrían necesitado asesinarla.

—Sí, me di cuenta después. En el momento de descubrirlo simplemente me di la vuelta y eché a correr. Y no paré hasta llegar al portal del tío...

—Y por eso es por lo que apareciste descalza.

Al menos uno de los misterios había quedado resuelto.

Claire asintió.

—Está a más de kilómetro y medio de palacio, en medio de un espeso bosque. Perdí los zapatos por el camino.

—¿Pero el palacio no tiene su propio portal?

—Sí, pero en ese momento no pensaba con claridad. Además, de todos modos, tenía planeado venir aquí y supongo que era como una idea fija que tenía metida en la cabeza, porque no me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta no haber recorrido la mitad del camino.

—¿Pensabas venir aquí?

—Sí. Lo decidí ayer, cuando descubrimos lo de la *Naudiz* —dijo Claire como si yo tuviera necesariamente que saber a qué se refería.

—No me gusta eso de hacerte miles de preguntas sin parar, pero...

Claire se puso en pie y comenzó a recorrer el porche arriba y abajo.

—Es una runa. Ni siquiera está bien tallada; no es más que un pedazo de piedra con unos cuantos arañazos groseros. Caedmon me la enseñó una vez y me dijo que era parte de un conjunto que hoy en día se ha perdido en su mayor parte. Parece que nadie sabe de dónde procede. Cuando le pregunto a la gente, simplemente me contestan que viene «de los dioses» —explicó Claire, haciendo una mueca—. Pero eso es lo que dicen siempre los feys cuando no saben algo.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—Porque la han estado usando para... bueno, más o menos para lo de siempre, que yo sepa: para proteger al heredero del trono. Se supone que el heredero debe recibirla durante una ceremonia que se celebra en su primer cumpleaños o en todo caso en el momento en el que sea capaz de resistir la magia de la piedra. Según la leyenda, la persona que la lleve jamás podrá ser asesinada.

—¿Y es que ha desaparecido?

Claire asintió.

—Aiden solo tiene nueve meses, pero es un bebé muy grande. Así que pedí que adelantaran la ceremonia. Hubo murmuraciones porque mi petición no encajaba con el protocolo, pero dado el número de accidentes conseguí que me hicieran caso. Y entonces, justo a la noche anterior, descubrimos que la reliquia había desaparecido de la cripta familiar.

—¿Quién tiene acceso a esa cripta?

—La entrada está protegida con un conjuro. No puede entrar nadie que no sea un pariente cercano de sangre.

—¿Y cuántos parientes tienen acceso?

—Por lo general solo dos: Caedmon y Heidar. Ni siquiera yo podía entrar a menos que fuera con uno de los dos.

—¿Cómo que por lo general?

—Me refiero a antes de que llegara Efridís a la corte —explicó Claire con vehemencia—. Es la hermana de Caedmon, pero ya ves... hubiera debido de imaginármelo. ¡Es la madre de Ásubrand!

Traté de reprimir un estremecimiento. Ásubrand era el príncipe fey con una vena sádica que había estado a punto de asesinarme la última vez que nos habíamos visto, jugando a lo que él consideraba un divertimento sencillo y sin importancia. Yo me había curado rápidamente; ésa era una de las ventajas de ser como era. Y no obstante todavía tenía la marca de una mano, una sutil cicatriz, grabada igual que una quemadura en el estómago. La marca de su mano.

A los feys, por supuesto, les importaba un bledo porque para ellos una vida humana, que era como me consideraban a sus ojos, apenas tenía valor. Pero sí les

importaba y mucho que *Æsubrand* hubiera tratado de asesinar a Caedmon. El padre de *Æsubrand* era el rey de una banda rival de los feys de la luz y me imagino que su intención era lograr unificar algún día las dos tierras bajo un solo gobierno. O puede que *Æsubrand* simplemente estuviera cansado de esperar a que su padre se decidiera a dar el primer paso y hubiera resuelto conquistar el país por su cuenta. De un modo u otro, desde luego a Caedmon no le había hecho ninguna gracia.

—Dime que ejecutaron a esa mierdecilla.

Claire sacudió la cabeza en una negativa.

—El *Domi*, o sea el consejo de los ancianos quería hacerlo, pero Caedmon vetó la decisión. Fantasía está ahora mismo al borde de la guerra y él tenía miedo de precipitar las cosas y de que se produjera un gran caos al ejecutar al heredero de los *svarestris*.

—Pero entonces, ¿qué ha sido de él?

—Lo metieron en prisión, si es que te parece que tener unos veinte sirvientes a tu disposición y un castillo para ti solo puede llamarse así.

—¿Pero qué diablos...?

—De hecho es un pabellón de caza, pero es igual de grande que un maldito castillo.

—¿Y por qué no está en una sencilla celda en cualquier parte? —exigí saber yo.

Preferentemente en una en la que hubiera ratas.

—Porque los feys no tienen prisiones tal y como nosotros las conocemos. El agresor pasa un pequeño lapso encarcelado, esperando el juicio, y luego es castigado o ejecutado. En realidad no saben qué hacer con él.

—¿Y por eso no le hacen nada? ¡Trató de matarte!

*Æsubrand* había atacado a Claire con la intención de eliminar a su rival antes incluso de que hubiera nacido. Él había fracasado y nosotros habíamos vencido. Así que naturalmente era él quien estaba sentado rodeado de lujos mientras yo trataba de reunir dinero para arreglar el tejado.

—Lo azotaron en público y me vi obligada a presenciarlo como parte ofendida. Estuvo mirándome todo el tiempo con esa sonrisita suya —dijo Claire con un estremecimiento.

—Lo azotaron —repetí yo con amargura—. Estoy convencida de que fue un tremendo...

Me interrumpí porque el porche desapareció en un suspiro. Y con él desaparecieron Claire, el jardín y el suave chirrido del balancín. Por un momento no hubo nada más que un hirviente vacío negro. Era como el color de las nubes tormentosas contra el cielo negro. Pero de repente surgió una escena recortada en fosforescencia, en tonalidad y en extraños sonidos y olores, y yo estaba de pie en medio de un campo abierto.

Era un día deslumbrante de pura luz en el que el sol parecía un carbón ardiente sobre nuestras cabezas. Antes de que consiguiera siquiera orientarme, unas brucas manos me empujaron por unos escalones de tosca madera hacia lo alto de una plataforma. Acababan de terminar de construirla. Lo sé porque todavía olía a serrín en el aire y se veían motas de madera en la hierba seca, más abajo.

Ante mí había tribunas llenas de gente sentada bajo toldos relucientes. El aire permanecía inmóvil y el sol caía con fuerza, empapándonos de un pegajoso calor. Y sin embargo nadie se movía ni siquiera para abanicarse. No había ni murmullos, ni codazos, ni gente hablando, ni el típico comportamiento estridente que se produce cuando se reúnen personas y que yo siempre he visto.

Aunque también es cierto que yo jamás había visto a una multitud compuesta únicamente de feys.

*Lo habían dejado con la misma ropa con la que lo habían capturado. Llevaba ya dos semanas sucio y repugnante, manchado de sangre. Por fin le quitaron la ropa y lo dejaron desnudo ante la multitud. Como a un criminal común que estuviera a punto de escuchar la sentencia.*

*Le habían soltado las muñecas de detrás de la espalda y se las habían sujetado a la parte superior de una reja en forma de equis. Tensaba y ondulaba los músculos de los brazos al sacudirse inútilmente contra la reja. Sentía la ira bullir en su interior otra vez; una furia que ningún grito habría podido ahogar por fuerte que chillara. Que fuera él el que estuviera allí, así, mientras esa cosa estaba sentada en la tribuna...*

*Tenía las piernas separadas y sujetas a la parte inferior de la reja. La madera era tosca y no estaba perfectamente lisa, asique las astillas se le clavaban en la carne. Los mosquitos no hacían más que zumbear alrededor de su cara y pegársele a la piel, y él no podía hacer nada por matarlos o apartarlos. Y justo delante de la reja, colocado sobre las tablas del suelo de modo que él pudiera verlo bien, yacía el látigo enroscado como una serpiente de piel, esperando para azotarlo.*

*Hizo caso omiso del látigo y contempló la escena. Entrecerró los ojos para evitar que la luz lo deslumbrara y buscó entre la multitud. No fue difícil encontrarla. Sentía como se le quemaba la piel pálida y desnuda, pero al menos él no estaba sudando como la mestiza esa en el palco de la familia, sentada junto al híbrido de su marido. El toldo que tenía encima no llegaba a cubrirle todo el vestido verde pálido. Se movió incómoda, mirando a todas partes menos a él, retorciendo los dedos en el regazo.*

*El engendro ese en medio de la corte era el testimonio del ansia insaciable de poder del rey supremo: una mancha en la línea genética que socavaba su poder. Y el resultado era que un príncipe con sangre fey de la luz al cien por cien estaba a punto*

*de ser azotado delante de una criatura abominable medio humana, medio fey de la oscuridad. Era obsceno.*

*Los soldados custodiaban la plataforma para evitar cualquier posibilidad de huida. Las armaduras de sus hombros y brazos, las espadas sujetas a los costados, las viseras de sus cascos; todo brillaba con la resplandeciente luz del sol. Los pendones y las banderas colgaban flácidas en aquel asfixiante cielo azul y dorado, esperando igual que los demás.*

*Los tambores comenzaron un lento y medurado redoble que resonó como el eco a lo largo y ancho de los silenciosos prados. Un desfile de hombres surgió desde el otro lado de la colina que separaba aquel escenario del castillo. Los nobles de la corte, lores y ladys vestidos con sus mejores galas, entraron en escena, caminando en fila, detrás de una figura alta con el cabello de un rubio plateado sobre el que ostentaba la corona dorada del poder.*

*El rey se detuvo delante de las tribunas para hablar a la multitud. Un gesto sin sentido. Todos sabían por qué razón estaban allí. Pero su voz siguió sonando con una monotonía semejante al ruido que hacían los insectos en los oídos de la audiencia. Él prefirió no hacer caso y mirar los pedazos de carne putrefacta que adornaban las esquinas de las tribunas: lo único de lo que podía alardear aquel tribunal en cuanto a su fortaleza y su voluntad de actuar.*

*Junto con él habían capturado a Vítus, pero él no era un príncipe. Ninguna guerra dependía de su destino ni había nadie tampoco que fuera a hablar en su favor. Su familia había salido huyendo como las ratas que eran, agachando la cabeza, arrastrándose y suplicándole al rey por su vida, sus tierras y sus títulos. Habían abandonado a Vítus a merced del rey.*

*Él había sido testigo de esa graciosa merced del rey mientras su vida seguía pendiente de un hilo. Lo habían obligado a ver cómo el rey desenvainaba una sencilla espada de guerra con una hoja como un espejo de puro reluciente, muy afilada. Un rayo de sol había incidido por un segundo sobre aquella hoja, que lo había reflejado sobre sus ojos como una dolorosa y radiante Hecha. Pero él se había negado a cerrarlos, se había negado a apartar la vista un solo instante, temiendo que lo tomaran por un gesto de debilidad.*

*Así que había visto cómo la espada descendía y seccionaba el cuello en dos: cómo un manantial vibrante de pura sangre fey brillaba en medio del aire como si se tratara de una fuente de rubíes. Por un instante todo había quedado realzado con aquel encendido rojo: el tajo en su imaginación, la imagen ardiente en su memoria. Le había recordado al brillo de la puesta de sol justo antes de desaparecer en el horizonte. La diferencia entre el día y la noche, entre lo que era y lo que sería.*

*La multitud había ahogado un grito ante una ejecución que para muchos era la primera. Pero volvieron a mantener el orden otra vez al acercarse el rey al cuerpo de*



Vítus y detenerse después delante de Ölvir. A Ölvir lo habían esposado de rodillas porque las heridas de guerra de ambas piernas le impedían permanecer de pie durante mucho rato. Tenía las manos atadas por delante con un frío hierro negro enganchado a unas pesadas cadenas. El metal le extraía la fuerza y podía acabar por quemarle la piel si se lo dejaban ahí mucho tiempo.

*Pero el hierro no iba a estropear su piel.*

Ölvir se había erguido al caer la sombra del rey sobre él: primero la espalda, luego el cuello y por fin la mirada orgullosa. El cabello negro enredado le caía por los hombros y se le pegaba a las mejillas. Las heridas de su rostro eran feas y solo se le habían curado a medias. Ya pesar de que no tenía más que un ojo lo suficientemente abierto como para verla escena que se desarrollaba ante él, se había quedado mirando al rey sin parpadear.

*Él no había rogado por su vida ni había pedido compasión.*

*Ni le habían ofrecido ninguna de las dos cosas.*

Por fin el rey supremo terminó su banal discurso y los nobles ocuparon sus puestos en el círculo de asientos colocados especialmente para ellos delante de las tribunas. Allí habían estado sentados también durante las ejecuciones celebradas con anterioridad; el rey quería ver que volvían a casa con sus finos ropajes manchados con la sangre de la traición. El mensaje quedaba claro; como si a alguno de aquellos cobardes le hiciera falta.

El rey se quitó la camisa, la dobló cuidadosamente y la dejó sobre la espesa hierba dorada junto a la plataforma. Sobre ella colocó la corona del gobierno. Se alisó el pelo del cráneo y se hizo una coleta con un rápido y pulcro movimiento para mantenerlo apartado de la cara. Finalmente subió las escaleras de la plataforma y se detuvo delante de la reja.

Se inclinó y recogió el látigo por el mango, dejando que se desarrollara él solo al estirarse. La piel trenzada se deslizó sobre la madera con un ruido seco como de escamas. Se colocó a la distancia requerida sin decir una palabra y dio un paso atrás. El látigo resquebrajó el aire y produjo un chasquido. Sería el primero de muchos otros.

La sangre se derramaba por la espalda y las piernas del prisionero y rezumaba de las muñecas fuertemente sujetas, formando un dibujo nuevo con las manchas marrón rojizo del suelo a sus pies. El Domi había presionado para que le aplicaran la pena máxima, o eso al menos había oído decir él: quinientos latigazos, que fácilmente podían resultar mortales incluso para un fey. Pero el rey había negociado y había conseguido rebajárselos a doscientos: seguía tratando de impedir una guerra.

Era un estúpido. Era evidente para todo el mundo menos para él. La guerra ya había comenzado.





Alguien me dio una bofetada. Parpadeé y la brillante y bien iluminada escena se rompió en mil pedazos y se desvaneció. Me quedé absorta mirando una telaraña del techo del porche. Yo estaba despatarrada en el sofá y Claire estaba de pie delante de mí, agarrándome de la muñeca. Ella estaba pálida y parecía asustada. Levantó la otra mano, pero yo la detuve a tiempo. Ya me picaba bastante la mejilla.

—Estoy bien.

—¿Bien? —repitió ella con un chillido—. ¡Estabas pálida! ¡No podías hablar! ¡Pero si apenas respirabas! ¡Durante más de un minuto, Dory!

—He visto...

—¡Seguro! ¡Tienes suerte de que no haya sido lo último que has visto! —exclamó Claire, que alzó la botellita de su tío—. ¿Cuánto has bebido?

—No tanto.

Me erguí y me senté. Tenía demasiado calor y una ligera sensación de náusea. Todavía podía oler la sangre caliente en el aire, oír el inquietante silencio de la multitud, sentir el agudo mordisco de los latigazos que jamás me habían dado. Pero no fue eso lo que me impulsó a ponerme en pie.

—¡Siéntate! —ordenó Claire, tratando de empujarme para atrás—. Voy a traerte agua y vas a bebértela toda.

—He visto cómo azotaban a Ésubrand —afirmé yo.

Me puse en pie y me acerqué a la barandilla.

—Puede que esa cosa te haga ver visiones si bebes demasiado...

—Tú ibas de verde. Llevabas un vestido verde manzana. Hacía calor y estabas sudando. Daba la impresión de que no querías estar allí.

Claire se quedó mirándome. Su pelo de un rojo ardiente brillaba con la luz procedente del pasillo.

—¿Cómo has...?

—Veo recuerdos, Claire.

—¡Pero tú no estabas allí! Dory, ¿estás diciéndome que puedes ver los recuerdos de otras personas? ¿Dices que has visto mis recuerdos?

—No eran los tuyos los que he visto —le dije yo.

Comencé a buscar por el jardín. Me concentré en la lluvia distante, en su olor metálico, en su susurro seductor y ambiguo. Y justo detrás atisbé su presencia.

Claire frunció el ceño.

—¿Los de quién, entonces? Porque Aiden no estaba...

—¿Los de Ésubrand?

El nombre salió de mis labios como un suspiro, curvándose al final con el tono de

una pregunta.

Claire se aferró a mi brazo.

—¡Dory! ¡Él está en una prisión de Fantasía! ¡No está aquí!

—No he visto los latigazos desde tu perspectiva —le contesté yo con aspereza—. Los he visto desde la perspectiva de él. Y eso sólo me ocurre cuando esa persona está cerca.

—¿Cómo de cerca?

—Muy cerca.

Era difícil adivinar qué podía haber ahí fuera, en el jardín, en la oscuridad, un poco más atrás. Teníamos la tormenta casi encima y el viento soplaba cada vez más fuerte. Observé al viento recorrer un circuito en el jardín sobre los árboles, deslizándose por debajo de las hojas verdes para darles la vuelta de modo que los reversos más claros captaran la luz de la luna. El viento comenzó a girar cada vez más llevándose las hojas a lo largo de la valla hasta que todo el jardín se convirtió en una enorme bandera plateada desplegada contra el verde oscuro de las nubes tormentosas.

Pero si había una persona involucrada en todo ello, yo no la vi.

Claire sacudió la cabeza.

—Nadie vendrá aquí al menos hasta dentro de un par de días como pronto, te lo prometo. Aunque haya logrado escapar de algún modo, es imposible que haya venido aquí.

—La línea del tiempo fey es tan distinta de la nuestra que no hay modo de saber cuánto tiempo ha transcurrido allí desde que tú te marchaste. Puede que lleven semanas buscándote.

—No, imposible.

—¡Claire! ¡Yo te vi hace un mes y ni siquiera se notaba que estuvieras embarazada! ¡Y ahora tienes un niño de un año...!

—Nueve meses.

—Lo que sea. El asunto es que...

—Que el tiempo aquí ahora mismo transcurre más deprisa, y eso me da ventaja.

Dejé de mirar en dirección al jardín y dirigí la vista hacia ella.

—¿Cómo dices?

—Los feys tienen programadas las variaciones de la línea del tiempo. Es una de sus grandes ventajas frente a nosotros. Siempre saben exactamente dónde y cuándo van a llegar cuando aparecen en nuestro mundo mientras que nosotros en cambio nunca lo sabemos.

—¿Cómo demonios se puede programar algo como el tiempo?

Claire le dio un empujoncito a sus gafas. El viejo gesto de nerviosismo de siempre. O quizá lo hiciera simplemente por el calor. El aire estaba denso a causa de

la lluvia, mohoso caliente como un gran manto. Sofocante. Como el día en que Æsubrand recibió doscientos latigazos sin aprender nada más que a odiar.

Como si él necesitara esa lección.

—Caedmon tiene una sala en el palacio desde donde lo controla —dijo Claire, que volvió a sentarse—. Hay una cosa enorme en la pared. Es como una especie de mapa con dos ríos. El uno es nuestra línea del tiempo, el otro la de ellos. Y cada uno tiene su cauce, ¿comprendes? A veces corren paralelos, pero otras uno de los dos se tuerce y forma un enorme ángulo, y luego le cuesta mucho tiempo volver junto al otro.

—¿Entonces a veces el tiempo corre más deprisa aquí y otras más deprisa allí?

—Sí. Ayer lo comprobé y les costará bastante seguirme hasta aquí.

—¿Cuánto?

—Eso depende del tiempo que tarden en darse cuenta de que he podido venir aquí. La curva actual del río, si es que quieres que la llamemos así, no es muy grande. Así que todavía les costará unos pocos días. Con un poco de suerte una semana.

Giré la vista hacia el jardín con escepticismo.

—¿Entonces por qué tengo la sensación de que nos observan?

—Probablemente porque te observan —contestó ella agriamente—. Los feys tienen espías por todas partes y no todos ellos son humanos.

—¿Qué quieres decir?

—Que utilizan elementos de nuestro mundo para espiarnos. Los *blarestris* son descendientes de los dioses de la fertilidad, de los Vanir. O al menos eso afirman ellos. Eso les permite conectarse con plantas, con animales, con ese tipo de cosas.

—¿Y los *svarestris*?

—Son descendientes de otros, de un grupo rival de dioses: los Esir, que tienen influencia en cosas como el clima —explicó Claire, que entonces arrugó la frente—. No estoy segura de qué cosas pueden hacer. No era un tema del que se hablara mucho en la corte.

—Comprendo perfectamente por qué.

Claire sacudió la cabeza.

—No es sólo por la ambición de Æsubrand; la cuestión viene de mucho más atrás. Hubo una guerra hace mucho tiempo entre dos grupos de dioses. Esir venció y sus seguidores gobernaron Fantasía durante siglos. Pero un día de pronto desaparecieron sin previo aviso y sin dar ninguna explicación. Y la gente tuvo que solucionar sus problemas por su cuenta. Así que claro, hubo otra guerra.

—Y los *svarestris* perdieron.

—No... no exactamente. Aquella vez en realidad no ganó nadie. Iban tan igualados que fue una verdadera masacre. Yo no sé mucho de eso porque ninguno de los ancianos feys que vive allí quiere hablar del asunto. Pero de todos modos después

de un tiempo los *svarestris* y los *blarestris* se establecieron cada uno en el territorio que habían conquistado y desde entonces siguen odiándose.

—¿Y a pesar de todo Caedmon permitió que su hermana se casara con uno de ellos?

Claire puso los ojos en blanco.

—No con uno cualquiera sino con el rey. Y no sé si se lo permitió. Efridís estaba decidida a no casarse por debajo de su rango y como era princesa, todos los pretendientes de la corte estaban por debajo de su rango. Caedmon se lo permitió porque pensó que ese matrimonio mejoraría las relaciones entre las dos partes, fomentaría la buena voluntad y todas esas cosas.

—Pero no ha sido así.

—¡No hay nada que pueda mejorar las relaciones entre ellos! A los *svarestris* sólo les preocupa recuperar el poder. Es como si estuvieran obsesionados. Creo que consintieron en ese matrimonio porque pensaron que si Caedmon fallecía sin dejar descendencia, su príncipe reinaría sobre todo el territorio. Solo que ahora ha aparecido Aiden.

—Y los *svarestris* se revuelven.

—¡Pero no tienen ninguna razón...! ¡Tienen a Efridís!

Claire se puso en pie otra vez. Parecía incapaz de permanecer quieta. Ella siempre había sido la más tranquila de las dos y sin embargo en ese momento su nerviosa energía recorría el porche como un rayo distante.

—No comprendo cómo esa mujer puede ser la hermana de Caedmon. Es una condenada *svarestri*; es tan fría como ellos. Y te lo aseguro, Dory, si viene a por mi hijo la mataré con mis propias manos. ¡Te juro que lo haré!

—¿Por qué crees que ella es...?

—¡Porque robó la runa! Quiere que su malvado hijo herede el trono y para eso es necesario que Aiden muera. Ésa es la verdadera razón por la que vino a la corte. Le dijo a todo el mundo que era para visitar a *Ésubrand*, pero era solo una excusa. Quería la *Naudiz* y sabía que nadie más que ella podía conseguirlo.

—¿Cómo consiguió salir de la cripta con la runa? —exigí saber yo—. Si sólo dos personas tienen acceso, la cosa no tiene mucho misterio.

—¡No tiene absolutamente ningún misterio! El guardia de la cripta sospechó de ella cuando apareció por allí como por casualidad, sin anunciarse antes y sin escolta, pero no pudo negarle la entrada. Nada más marcharse ella comprobó que no faltara nada, pero la *Naudiz* ya había desaparecido.

—¿Entonces todo el mundo sabe que fue ella?

—Sí, pero nadie sabe qué ha hecho con la piedra.

—¿Es que no la cachearon?

Claire soltó una risa amarga.

—¡Pues claro que la cachearon! ¡Y ni te imaginas el follón que se montó por eso! Pero Caedmon insistió, solo que naturalmente no le encontraron nada encima. Ni tampoco entre sus pertenencias. Así que ella se marchó corriendo toda enfurruñada, diciendo que no pensaba quedarse en un lugar en el que la habían insultado de ese modo. Y a las pocas horas de marcharse, cuando ya estaba en la maldita frontera, descubrieron cómo lo había hecho. Le había dado la piedra a un guardia de Caedmon; un traidor que salió huyendo y que probablemente era uno de los bastardos que habían intentado matarlo. Jamás averiguaron quiénes habían participado realmente en el atentado.

—Y ella se encontró después con ese traidor que le devolvió la piedra. Inteligente.

—Exacto —confirmó Claire.

Claire se apoyó sobre la barandilla del porche. El viento le alborotaba los rizos alrededor del rostro. Su cabello pelirrojo brillaba con el reflejo de la luz procedente de la casa. De pronto, enmarcada contra aquel furioso negro verdoso de las nubes, su aspecto me pareció un poco como de otro mundo.

—Sólo que ese traidor no fue.

—¿Cómo?

—No se reunió con ella. Ni tampoco le llevó la piedra a Ésubrand, si es que ése era el plan. Caedmon cree que lo más posible es que lo fuera. Una persona que no puede morir puede escapar de cualquier parte; incluso de la prisión mejor custodiada.

De repente sentí deseos de invitar a aquel guardia a una cerveza.

—Entonces, ¿adónde fue?

—Los guardias del portal más cercano dicen que tienen registrado su pase alrededor de una hora antes de que se descubriera que faltaba la piedra. No tenía autorización para salir, pero conocía a un par de guardias de la frontera, y de todos modos era un compañero de trabajo. Así que lo dejaron pasar.

—¿Un portal que conducía adónde?

—¡Aquí! ¡A Nueva York! —se apresuró a revelarme Claire—. Caedmon cree que va a intentar vender la runa con la que le tendió la trampa a Efridís. Vale una fortuna, así que supongo que simplemente le resultó demasiado tentadora.

—Pues eso ha sido una suerte.

No quería ni pensar en la idea de que Ésubrand pudiera hacerse invencible. Era ya demasiado poderoso como para estar tranquila.

—¡Sí, pero Aiden sigue sin protección! La *Naudiz* está aquí, en alguna parte, y yo tengo que encontrarla antes que los *svarestris*. Es el único modo de asegurarme de que...

Claire se interrumpió porque de pronto, en cuestión de un instante, la temperatura cayó en picado como si súbitamente hubiéramos entrado en una nevera. Bajé la vista

y vi el dibujo que formaba el hielo en el umbral de la puerta y sobre los tablones de madera del suelo. El calor que habían absorbido durante el día los había mantenido suaves y cálidos al contacto del pie, pero de pronto estaban duros, fríos y escurridizos a causa del hielo.

Bastó con un vistazo al jardín para ver cómo la nieve se arremolinaba al caer desde aquel cielo negro. Los copos brillaban y reflejaban la luz de la casa. Me puse en pie y bajé los escalones para extender la palma de la mano y coger uno de esos copos. Se derritió inmediatamente con el calor de mi mano, quedando reducido a unas cuantas gotas de agua. Las olí, solo para asegurarme. Agua, hielo.

Eran días de verano y de mucho calor en Brooklyn, pero estaba nevando.

Unos cuantos copos aterrizaron en mis labios. Suaves como plumas. Muchos más cayeron en la parte descubierta del porche y sobre el pelo y las pestañas de Claire, que lanzaron destellos de un dorado brillante.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Entra en casa —le dije yo con el corazón acelerado.

—Pero antes has dicho que eso no importaba, que los hechizos protegían el porche igual que la casa —protestó ella, que no obstante comenzó a recoger a los niños.

—Los hechizos están hechos para detener la magia, no el mal tiempo.

Un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío me invadió de arriba abajo. Como para recalcar precisamente lo que yo había dicho, una piedra de granizo de un tamaño considerable golpeó en ese momento el tejado metálico del porche y lo atravesó como si se tratara de una canasta de béisbol. Fue a parar justo sobre los escalones que tenía delante, contra los que se rompió en mil pedazos que salieron volando en todas direcciones. Varios trozos más largos que mi dedo se incrustaron en la barandilla del porche, el lateral de la casa y mi pierna.

—¡Dory!

Se me clavó en la pierna. Me salía una astilla del tamaño de una navaja de la rodilla y de la herida manaba sangre.

—¡Vete! —grité yo.

No vi si Claire me hizo caso o no porque al segundo siguiente una ola de viento helado cruzó el porche. Rompió todas las ventanas y me obligó a tirarme al suelo. Aunque eso me dio igual y al menos me sirvió para proporcionarme algo a lo que sujetarme cuando al instante siguiente el porche se desdibujó a causa de una repentina ventisca de deslumbradora nieve blanca en pleno verano.

Durante un minuto no vi nada, pero luego conseguí agarrar algo frío y duro con la mano. Tardé un segundo en identificarlo porque el hielo solidificado lo había transformado, pero era la cadena del balancín. Tiré de ella para llegar hasta el asiento, me di la vuelta y desde allí me dirigí hacia el lugar en el que calculé



aproximadamente que estaba la puerta. Y entonces el viento me lanzó contra ella y me obligó a perforarla.

La puerta se abría hacia fuera y no hacia dentro, pero la fuerza del temporal bastó para hacerme atravesarla y dejar un agujero con la forma de mi silueta que rompió tanto la madera como el cristal y que permitió la entrada del temporal dentro. Me di contra la pared y después me resbalé sobre un charco de nieve y hielo que ocupaba la mitad del pasillo. Evité salir disparada por la puerta delantera de la casa otra vez hacia fuera agarrándome a la barandilla de las escaleras que daban al segundo piso.

Por un momento el viento helado que entraba por la puerta de atrás logró casi soltarme de la barandilla, pero logré sujetarme y ponerme en pie. Entonces miré a mi alrededor buscando desesperadamente algún rastro de Claire y de los niños. Gritar sus nombres era inútil, pero a pesar de todo lo hice. Debido al ruido que producía el viento y a su forma de hacer crujir toda la casa ni siquiera yo conseguí oír mi voz.

Pero sí oí el golpe ensordecedor que se produjo cuando una bola de hielo enorme atravesó el tejado de la casa con sus tres pisos para venir a parar a mi lado y destrozar los últimos escalones y el suelo. Tras la bola comenzó a entrar un voluminoso remolino de nieve que fue bajando los tres pisos y amontonándose en el pasillo formando un rectángulo que iba creciendo en dirección a la puerta trasera.

No sólo se trataba de una tormenta poco natural, sino que aquel frío tampoco tenía nada de normal. El aire olía raro; como si soplara hacia arriba desde lo más hondo de un profundo barranco oscuro y estancado. Sentí el aire helarse poco a poco a mi alrededor, vi cómo mi aliento iba transformándose en niebla cada vez más densa y noté que mis músculos se tensaban y por último se helaban y aflojaban. Y sólo había transcurrido un minuto.

Me escurrí sobre el hielo y acabé en la cocina, que era como una caja azul, fría y vacía, con todas las encimeras y ventanas cubiertas de hielo crujiente. La puerta que daba al exterior había aguantado, pero los paneles de cristal se habían roto a causa de la presión, cediendo el paso a cuatro serpientes de hielo que habían entrado haciendo eses.

Saqué una linterna de un cajón y volví tambaleándome al pasillo para subir al piso de arriba. Tenía que encontrar a Claire y a los niños y además necesitaba armas. No podía luchar contra el tiempo, así que tendríamos que huir. Y no me cabía duda de qué encontraríamos fuera.

Sólo había un grupo, que yo supiera, que pudiera controlar el tiempo de esa forma; que pudiera manejarlo a su voluntad para utilizarlo como arma. Hubiera debido de figurármelo al ver aquel rostro fuera, pero lo cierto es que el rostro no era humano. Ni siquiera era un rostro de carne y hueso: no era más que una colección de hojas de árbol que, al soplar el viento, habían formado una extraña cara perfectamente reconocible. O más bien, como comprendía yo por fin, a causa de la

magia fey.

La linterna no me resultó útil en absoluto. Apenas se veía nada a través de la cortina blanca que caía a mi alrededor como la lluvia, silbando por el aire con una intención mortal. Pero, por lo poco que podía ver, las escaleras estaban casi intransitables.

Las tuberías, incapaces de resistir el brusco cambio de temperatura, habían estallado dentro de las paredes y habían comenzado a derramar hilillos de agua como telarañas por las escaleras. El agua se había helado al instante, formando un río de obstáculos mortales en forma de puntas y abanicos. Me quedé mirándolo incrédula. Era como si en sólo cinco minutos padeciéramos los efectos de una extraña ventisca de cinco días. Yo no tenía ni idea de cómo luchar contra algo así. Ni siquiera había oído decir nunca que pudiera ocurrir algo semejante. Pero una cosa sí era segura.

Si no conseguíamos salir de allí, pronto nos congelaríamos.

Logré atravesar el tinglado gracias a la barandilla, que rompió unos cuantos pedazos de hielo de los más gordos delante de mis narices. Me saqué más trozos de hielo de las piernas sin dejar de maldecir a la falda, me arrastré por el agujero y entré en lo que parecía un campo de batalla.

Los tres pisos de la casa se estaban convirtiendo en uno solo a marchas forzadas, a fuerza de bolazos de granizo que iban agujereando más y más el tejado y los distintos suelos y techos. Giré al llegar al pasillo del segundo piso y fui abriendo las puertas que no habían salido disparadas al estallar las bisagras con la fuerza del viento. El aire había revuelto papeles y ropa, y todas las lámparas se balanceaban. Con tanto revuelo era difícil estar segura, pero creo que Claire no estaba en ninguna de las habitaciones.

No había nadie en el segundo piso, así que me dirigí al tercero. Solo que las escaleras casi habían desaparecido. Me agarré a un armario que se había caído de lado y me subí encima. Estaba apoyado contra la pared así que trepé por los estantes como si fueran una escalera. Cada vez me costaba más respirar, tenía los dedos de los pies entumecidos y los sentía como si estuvieran prisioneros en guantes. Pero lo conseguí: me arrastré por un lado de la escalera y llegué al desierto helado.

La tercera planta de la casa estaba hecha pedazos. Al menos no tendría que preocuparme más por el tejado, pensé con cierto cansancio mientras contemplaba los agujeros del tamaño de un coche por los que se veía el cielo negro y los remolinos de nieve. Todo era hielo: desde el suelo hasta lo que quedaba del techo y las paredes. Había estalactitas heladas colgando de todos los viejos accesorios que aún quedaban sujetos a las paredes y al techo: eran como cristales, como barbas que colgaran de la barandilla de la escalera, y todo estaba profundamente congelado. Todo el tercer piso era una extensión blanca sin interrupción que reflejaba la luz de la linterna.

La tormenta cesó durante el tiempo que estuve allí. Cesó con tal brusquedad que

me dejó los oídos silbando. Una última ráfaga de viento desgarró la casa con un suspiro repentino. Luego nada. No más piedras de hielo, no más cacharros rotos ni vasos temblando, no más viento. Todo se quedó en un completo silencio.

Pero por alguna razón eso no me hizo sentirme mejor.

—¿Claire?

Mi voz apenas resultó audible y tampoco hubo respuesta.

El frágil hielo crujió bajo mis pies mientras yo seguía ahí paralizada. No quería moverme hasta no estar convencida de que era seguro. Me dirigí al baño porque era lo que estaba más cerca. La bañera estaba repleta; era como si alguien la hubiera preparado para darse un baño. Había un avión de juguete medio atrapado en un témpano de hielo, flotando en la superficie. Entré en mi habitación pero estaba exactamente igual: la cama y el armario congelados y medio enterrados bajo un montón de nieve que llegaba a la altura de la rodilla.

Me di un golpe y alcé la vista. Vi mi aliento en el aire y el cielo oscuro. Había un enorme agujero en el techo que ocupaba quizá una cuarta parte de la habitación. Eso explicaba la enorme masa blanca. Pero no era nieve lo que me caía por la nuca.

La extraña tormenta había cesado, pero lo peor iba a ser la lluvia porque continuaba después del vendaval como si nada hubiera ocurrido. El manto blanco que cubría mi habitación comenzaba ya a convertirse en un charco. Gotas de agua golpeaban y derretían las montañas de nieve y repiqueteaban contra mi pelo helado y tirante. Me abrí paso hasta el armario.

La puerta había impedido que entrara dentro la nieve. Me puse un par de botas y saqué todas las armas que pude. El problema era que la mayor parte de ellas estaban diseñadas para luchar contra los habitantes de este mundo en sus variadas formas y además seguíamos sin saber exactamente cuántos eran los feys. Sin embargo yo sólo disponía de lo que tenía.

Bajar las escaleras fue mucho más fácil que subirlas. Había muchos agujeros entre los que elegir. Me dejé caer por uno de ellos hasta el segundo piso. Fue estupendo golpear aquellas superficies resbaladizas con una suela adherente para variar. Apenas me había puesto en pie cuando capté un movimiento a un lado; fue como un breve y pálido parpadeo. Me giré y apunté con la pistola. Era Gessa.

Ella se llevó un dedo a los labios y me hizo señas. Yo me acerqué a su lado lo más silenciosamente que pude. Gessa estaba de pie en una amplia zona a la que le faltaba el suelo. Miraba para abajo. Estábamos a la altura de la mitad del pasillo de la planta baja, de cara a la puerta principal de la casa. El vestíbulo principal apenas se usaba jamás: la puerta estaba atrancada y la casa almacenaba un montón de muebles en esa pieza simplemente porque le gustaba. Hacía mucho tiempo que todos nos habíamos dado por vencidos y o bien entrábamos por la puerta de la cocina o bien por la de atrás.

Pero alguien se dirigía a la puerta principal.  
O digamos más bien algo.



Las enormes ventanas de la fachada de la casa permitían ver el jardín solo borrosamente y con las rayas que trazaban las gotas de agua al caer. Pero yo me había equivocado al creer que era una lluvia natural. Observé con un sobresalto que me dejó paralizada cómo las gotas que colgaban del saliente del tejado comenzaban a doblarse, a coagularse y a sobresalir hasta formar la imagen de la cabeza de un hombre.

El perfil era nítido y se dibujaba con precisión contra la calle oscura. Todo era de un claro cristalino excepto el agua que se filtraba del tejado, que estaba sucia por el alquitrán. Dibujaba el semblante de un fantasma y le confería la apariencia de una estatua antigua y vieja. Y el hecho de que estuviera hecho de gotas no contribuía a evitar la fuerte impresión.

Ni hacía que resultara menos aterrador.

Por el rostro y cuello comenzó a caer agua con más abundancia, espesándose hasta formar lentamente dos poderosos hombros, dos musculosos brazos y un fuerte torso. La figura en sí misma parecía hecha de mercurio a la luz de la luna, pero todavía podía verse el jardín más allá: la pálida silueta del camino, las pinceladas oscuras de los árboles, el brillo de la lluvia cayendo. Detrás de ella los cumulonimbos iban creciendo en altura y oscuridad, y su luz interior les proporcionaba una belleza aterradora.

Maldije en voz baja. Detestaba la magia que no conocía. La que conozco ya es bastante mala: hay magos que se pasan el tiempo inventándose formas nuevas de matarme. Pero al menos cuento con una oportunidad medio decente de contraatacarles utilizando mi propio catálogo de trucos. Los que no he visto nunca, en cambio, me producen dolor de cabeza.

—¿Qué diablos es eso? —susurré yo.

—Manlíkan —contestó Gessa, apretando con ambas manos un hacha de guerra tan pequeña que parecía de juguete—. Magia fey de la luz.

—Sí, pero ¿qué es?

Gessa arrugó todo el diminuto semblante al tratar de buscar las palabras para definirlo. Era una recién llegada relativamente hablando y estaba aprendiendo inglés. Pero como mi vocabulario trol seguía reducido aproximadamente a unas doce palabras y la mitad de ellas eran tacos, tendríamos que conformarnos.

—Los *svarestris* controlan los elementos. Usan ese poder para construir guerreros —explicó Gessa, que se metió el mango del hacha debajo del brazo para hacer un gesto extraño con las manos.

—¿Construir guerreros con qué?

—Con el poder. Los elementos.

Gessa volvió a hacer el mismo tipo de movimiento con las manos como de envolver. Yo tragué. Esperaba haberla malinterpretado, pero estaba casi convencida de que no.

La cascada había comenzado a gotear más abajo, solidificándose hasta formar una espalda firme, unas piernas musculosas y unos pies que dejaron una huella acuosa en el suelo del pasillo al entrar. La figura se había saltado los hechizos de protección como si no existieran; era evidente que la leían como si fuera agua y que por tanto la consideraban inofensiva.

—¿Envuelven su poder alrededor de un elemento y forman una sombra o doble con él? —pregunté yo con un susurro.

Gessa simplemente me miró.

—¿Un doble? ¿Crean un doble?

Ella asintió y afirmó:

—Crean un guerrero.

Maravilloso.

Por la calzada trepó la luz halógena blanca y fría de los faros de un coche. Un vecino que llegaba más tarde de lo habitual. El dibujo del cristal emplomado de la puerta principal se deformó y estiró hasta englobar a la criatura entera, realzando todo aquel cuerpo casi transparente. Era increíble hasta qué punto el agua resaltaba todos los detalles de aquella cosa: los músculos del pecho, la arruga del codo, la zona hundida alrededor del ombligo y el rostro pálido, por completo helado y aterradoramente silencioso, mirando a su alrededor.

La luz del suelo se fue estrechando hasta convertirse en una rendija y se deslizó por la pared según el coche pasaba por la calle. Finalmente el pasillo quedó de nuevo en sombras. Yo tenía un problema. Jamás había visto nada ni remotamente parecido. Y lo que era aún peor: no sabía cómo matarlo.

Decidí que lo que tenía que hacer era experimentar. Saqué un arma y le disparé media docena de balas a aquella cosa. El sonido resultó ensordecedor en medio del silencio de la casa. Los disparos dejaron un olor acre. Pero era el único modo de disparar que yo conocía. Las balas atravesaron aquel cuerpo insustancial igual que las piedras atraviesan un estanque: salieron por el otro lado para quedar incrustadas en la pared del vestíbulo. La criatura alzó la vista. Aquellos ojos inquietantes y sin color siguieron el curso del techo hasta toparse con los míos.

Buena idea.

—¿Cómo lo matamos? —le pregunté a Gessa en un susurro sin dejar de mirar aquella nada que sin embargo me miraba fijamente a mí con un brillo de hielo salvaje.

—No vivo —contestó Gessa, encogiéndose de hombros.

Eso ya me lo había figurado. No olía ni como una persona ni como un animal; más bien olía como una piedra mojada, ligeramente orgánica y con la acidez de las hojas cargadas de humedad. Pero la mano que había girado el pomo sí que tenía que estar viva.

—Entonces, ¿cómo lo detenemos?

—Hierro frío —dijo Gessa, que alzó su diminuta arma.

Bien, Dory: ya podía ir soltándolo, me dije a mí misma con severidad. Hubiera debido figurármelo. Los feys tienen una fuerte aversión al hierro en todas sus formas. Pero por desgracia mis cuchillos eran de acero ennegrecido y mis balas eran de plomo y plata. Y ya había visto de qué servían con esa cosa.

Giré la vista a mi alrededor en busca de inspiración. Por la rendija de la puerta vi el borde de la cornisa de la chimenea de la habitación de Claire. Y sin duda allí tenía que haber un atizador de hierro fundido medio enterrado bajo la nieve derritiéndose. Fui por él y volví justo a tiempo de ver cómo las cosas iban de mal en peor.

Claire había salido por la puerta que daba al cuarto de estar. Había perdido las gafas en alguna parte y con la escasa luz no veía a la figura transparente del manlíkan, de pie junto a la pared. Las borrosas rayas del envejecido papel pintado solo se distorsionaban ligeramente detrás del cuerpo de agua, que alzó muy despacio una mano.

Entonces Gessa se lanzó por el agujero del suelo, chillando y con la diminuta hacha levantada. Golpeó a la criatura en la coronilla y la partió en dos de arriba abajo, desintegrando el «cuerpo» y provocando una ola. Claire se giró y alargó una enorme pezuña que, por suerte, no rebanó más que el aire por encima de la cabeza de Gessa.

Yo salté tras ella y fui a caer junto a Claire. Poco faltó para que no me rebanara a mí también.

—¡Claire! ¡Soy yo!

Claire me agarró con la mano aún cubierta de escamas como si se tratara de la armadura para la batalla. Sentí que podía romperme los huesos con un leve movimiento de muñeca, así que me quedé muy quieta. Hasta que esas garras me apretaron el brazo y comenzaron a zarandearme.

—¡Dime que están contigo!

—¿Quiénes? —pregunté yo, sintiendo que se me caía el estómago a los pies.

—¡Los niños! —gritó ella con desesperación—. Los he perdido con la tormenta, y no están ni en el cuarto de estar, ni en la biblioteca, ni en el sótano...

Claire se interrumpió y se quedó mirando algo por la ventana. Un solo vistazo me bastó para comprender que se trataba de lo que yo esperaba: una docena o más de feys, de pie en el jardín delantero como manchas pálidas contra la noche.

Me había imaginado que debían de estar cerca para poder poner en marcha un hechizo como ése, pero no esperaba que estuvieran allí mismo y al descubierto. Y eso

no era nada bueno. Porque significaba que tenían plena confianza en su propio poder y eso a mí no me gustaba nada.

Claire echó a andar en esa dirección con el rostro lívido, pero yo la detuve.

—¡Ellos no los tienen, Claire! ¡Si los tuvieran ahora no estarían atacándonos!

—¡No pueden atacarnos! —soltó Claire a su vez—. La tormenta no ha logrado derribar los hechizos de protección y no pueden entrar. Y ni siquiera todos ellos juntos tienen tanto poder como para montar el mismo truco dos veces seguidas. Pero los niños se han asustado con la tormenta y han debido de salir corriendo de casa y...

Claire retrocedió y vio el charco de agua del suelo que había dejado el manlíkan tras desaparecer. De la lluvia surgió una mano de cristal que la agarró por el tobillo.

—¿Qué es eso? —chilló Claire al tiempo que sacudía el pie.

Atravesé la muñeca de cristal con el atizador del fuego y la mano se desmoronó. Por un momento.

—Gessa lo llama manlíkan. Yo no sé qué...

El charco se levantó de pronto; en esa ocasión comenzó a manar hacia arriba exactamente al contrario que una cascada. Aquella cosa se formó solo a medias, pero alzó una de sus poderosas piernas y me dio una patada tal que me lanzó volando contra lo que quedaba de las escaleras. Me clavé un trozo de la barandilla rota en el muslo, pero lo peor de todo fue tener que tirar para sacármela.

La herida era fea y tenía que vendármela, pero no había tiempo. Otras dos cosas más entraron juntas por la puerta y una de ellas vino directamente hacia mí. Traté de rajarla con el atizador, pero lo esquivó y no conseguí más que arrancarle un brazo. Y cuando se arregló ella sola lo que le creció en el lugar del miembro perdido fue un pedazo de hielo largo y afilado como una lanza que usó para intentar clavármelo.

Lo esquivé mientras Gessa le cortaba las piernas a la otra criatura que invariablemente volvía a formar miembros nuevos cada vez. Claire dio un portazo, cerró con llave la puerta principal y se marchó a la cocina. Segundos después volvió con una sartén en una mano y una tapa grande de una olla en la otra. Le lanzó esta última a modo de platillo volador a otra criatura que no había hecho más que entrar por la rendija inferior de la puerta. Se resquebrajó limpiamente en dos por la mitad; se desintegró y provocó una ola que se estrelló contra la pared.

La lanza de hielo que me perseguía golpeó la pared del cuarto de estar y la atravesó de arriba abajo para luego caer sobre el escalón en el que yo había estado de pie segundos antes. Volvió a formarse casi al instante, aprovechando la nieve amontonada alrededor que le proveía de un material nuevo y rápidamente moldeable. Yo eludí varias docenas de golpes, pero aquella arma reluciente y salvaje me conducía poco a poco hacia arriba, hacia el callejón sin salida de las escaleras. Se me da bien luchar con un arma de hoja afilada o con una reproducción de una calidad razonable, pero apenas podía ver el atizador que tenía en la mano.



Y la tenue o nula luz tampoco ayudaba mucho. No me bastaba con el débil reflejo de la luna que entraba por el tejado destrozado, el pálido brillo de la farola de la calle principal y el rayo dorado de una lámpara que alguien se había dejado encendida en el cuarto de estar. La transparencia de aquel ser a excepción del brazo congelado sumado a la escasa luz hacía que fuera imposible seguirle la pista en movimiento. Y raramente se quedaba quieto.

Lo golpeé y lo partí, evité estocadas de mercurio y conseguí darle aquí y allá, pero más por suerte que por otra cosa. Porque cada vez que uno de mis golpes le arrancaba un trozo, inmediatamente le crecía otro. Y enseguida comprendí que entrar en contacto directo con él no era una buena idea.

Planté un pie sobre su extraño pecho para empujarlo y tirarlo por las escaleras, pero mi pie siguió resbalando dentro de él. Atravesé su interior de hielo hasta meter la rodilla. Unas cuantas gotas se derramaron por su espalda. Y entonces el cuerpo se solidificó a mi alrededor, me atrapó y me lanzó contra la pared.

Me di tal porrazo que estuve a punto de soltar el atizador. No sé cómo conseguí sujetarlo y rajar a la criatura con la improvisada arma, y me figuro que tuve la suerte de darle esa vez en la cabeza porque cuando por fin pude enfocar la vista, no quedaba nada más que una cascada de agua bajando por las escaleras y bifurcándose en riachuelos para evitar los charcos de agua sucia. Gessa, sin embargo, no tuvo tanta suerte.

Estaba justo debajo de mí, luchando contra una criatura que era tres veces más grande que ella y que se le lanzaba encima con los puños por delante. Fluía por encima y alrededor de ella como un sudario de agua, envolviendo su diminuto cuerpo por entero. Cubrió su rostro en cuestión de segundos y de pronto solo pude verla a través de las bandas ondulantes de agua.

Gessa cayó de rodillas. Era evidente que no podía respirar. El hacha sobresalía de toda aquella masa acuosa, pero solo el mango de madera tocaba a la criatura. Yo eché a correr por las escaleras, pero entonces el charco que tenía delante empezó a coagularse y las gotas se apresuraron a juntarse como si las uniera el magnetismo. Antes de que pudiera parpadear la criatura se había formado a medias, así que le arrojé el atizador a la cosa que tenía atrapada a Gessa.

Vi cómo el atizador golpeaba el hielo y vi a la criatura caer desplomada a los pies de Gessa, que abrió la boca desesperadamente para respirar. Y entonces eché a correr escaleras arriba gritando. Mi criatura de hielo me pisaba los talones.

Fui a poner el pie en un escalón al borde de un agujero. Hasta ese momento había estado cubierto por una fina capa de hielo que yo rompí con mi propio peso. Metí sin querer el pie en el agujero y sentí que todo mi cuerpo era arrastrado hacia abajo. Y gracias a la destrucción que había provocado la tormenta seguí cayendo y cayendo.

Me estrellé contra lo poco que quedaba de suelo debajo de las escaleras y llegué

al sótano. Aterricé sobre uno de los apestosos montones de alfombras que mis compañeros de piso usaban a modo de cama. Di un traspié y me pegué contra la pared justo a tiempo de ver bajar un río de agua por la mohosa pintura verde para volver a formar enseguida un brazo que me agarró por el cuello con fuerza.

Traté de agarrarlo con ambas manos para evitar que me partiera el cuello, pero la sustancia que intentaba asir no era carnosa. Cuanto más me acercaba más escurridiza me parecía y más cargada de energía estática la notaba al contacto: como la superficie de un hechizo. Y es que eso era precisamente, comprendí mientras la mano me apretaba como una sogá.

Los feys utilizaban su poder para construir un hechizo alrededor de un elemento, en este caso el agua. Eso les otorgaba el cuerpo que necesitaban para atacar y les garantizaba que su poder estaba bien oculto, de modo que nuestros hechizos de protección no pudieran interpretarlo correctamente. Por lo general un hechizo siempre es peligroso, pero particularmente si es fey porque son muy difíciles de romper. A menos, por supuesto, que haya por allí un neutralizador por proyección por pura casualidad.

El trabajo de Claire en la casa de subastas consistía en calmar a los a menudo temperamentales objetos a la venta para asegurarse de que no estallaran llevándose por delante a la mitad de la clientela. Para ella la tarea era fácil porque era una bruja neutralizadora: una persona con la habilidad innata de absorber la energía mágica de su alrededor para dispersarla sin provocar daños. Claire podía echar abajo cualquier conjuro creado sin demasiado esfuerzo.

Siempre y cuando lo viera, claro.

De pronto me asaltó un terrible mareo y la habitación empezó a dar vueltas a mi alrededor con fuerza. Tenía que escapar de aquella situación, subir las escaleras y hablarle a Claire del hechizo. Pero comenzaba a verlo todo negro y golpear aquel brazo de cristal no servía absolutamente de nada.

Solté una mano para buscar a tientas por el cinturón. Un atisbo de pánico me embargó al sentir que me apretaba la garganta más y más. Disponía de las armas suficientes como para matar a un pelotón, pero no tenía absolutamente nada que pudiera siquiera herir en lo más mínimo a un manlíkan; cosa que, por otro lado, tampoco era de extrañar ya que yo jamás había oído hablar de semejantes cosas hasta esa noche.

Pero se me acababa el tiempo. Ante la completa oscuridad de mi visión comenzaron a surgir puntos de todos los colores, pero ninguno de mis esfuerzos sirvió para apartar aquella mano ni un milímetro. O me hacía con algo de hierro, o pronto estaría muerta. Cualquier cosa me serviría. Entonces vi un mango recubierto de tela que sobresalía por debajo del montón de alfombras apiladas una encima de otra.

No pude ver qué objeto era, pero tiré de él con el pie. Se trataba de una maza enorme de aspecto medieval cubierta de pinchos y con algunos calcetines sucios enganchados y atravesados. La saqué de debajo de las alfombras y deslicé el dedo gordo del pie por el estrecho hueco entre el mango y la pesada bola de hierro. La sacudí bruscamente y la agarré con la mano antes de que convirtiera mi cara en una hamburguesa.

Había perdido casi toda la fuerza, mi ángulo de disparo era pésimo y tenía tantas posibilidades de golpearme a mí misma como a la mano de hielo. Pero no me importaba. No podía pensar en otra cosa más que en respirar, en inhalar aire aunque solo fuera una vez más. Golpeé la mano que me asfixiaba con la porra una y otra vez y sentí una aguda espina de dolor al ver el golpe de reojo. Pero después oí el crujir del hielo. De pronto me vi libre y me desplomé de rodillas en el suelo.

Jadeaba y estaba mareada. Traté de ponerme en pie, pero tenía las piernas tan flojas e inútiles que estuve a punto de abirme la cabeza contra la esquina de un baúl. Así que decidí que lo mejor era reptar y apartarme de la pared y del charco de agua que había al lado cuanto antes. El suelo de cemento estaba cubierto por una capa de hielo pulido. Había recorrido la mitad de las escaleras cuando sentí que algo me agarraba.

Mi cuerpo cayó hacia abajo con tal violencia, que ni siquiera rocé ningún escalón. Salí disparada de vuelta contra la misma pared de antes y aunque aquella cosa me arrastró hasta ponerme en pie, me golpeé la espalda contra los ladrillos con tanta fuerza que me quedé aturdida. Y de nuevo otra vez comenzó a apretarme, pero en esa ocasión concentró la presión sobre mi muñeca derecha. Sentí un dolor agudo y oí cómo el hueso se me rompía. Y entonces la maza salió rodando por el suelo con estrépito.

Tenía las dos manos de aquella criatura clavadas en la cabeza. Se acercaba poco a poco a mí con un movimiento continuo y serpenteante que ningún ser de carne y hueso habría podido imitar. Sus ojos pálidos, sin color, me miraban fijamente. Reflejaban la escasa luz que entraba por las estrechas ventanas del sótano y por un momento emitieron un brillo plateado. Pero no fue eso lo que me puso la carne de gallina.

Hasta ese momento el rostro había sido bastante amorfo: no tenía más que dos vagas hendiduras en lugar de ojos, un bulto por nariz y un tajo a modo de boca. Sin embargo los rasgos que comenzaban muy despacio a formarse ante mí eran perfectamente nítidos. Los reconocía.

—Se supone que estás en prisión —dije yo mientras observaba un rostro de una belleza helada que había esperado no tener que volver a ver.

—Y se supone que tú estás muerta —contestó la «boca» de la sombra de Ésubrand sin moverse siquiera. Sus palabras, no obstante, vibraron en el aire a mi

alrededor. Eran una proyección de su poder exactamente igual que su cuerpo—. Según parece, a ninguno de los dos se nos da bien seguir los planes que los demás han trazado para nosotros.

—¿Cómo has conseguido salir?

No hubo respuesta. En lugar de contestar me agarró ambas manos con una de las suyas y me molió los huesos de las muñecas. Tuve que morderme los labios para evitar gritar. En cambio a él, el esfuerzo no pareció rebajarle en absoluto la fuerza. Luché, pero dudo que él se enterara siquiera; de pronto tenía los brazos insensibles como palos, como si fueran los de un maniquí.

Una mano translúcida y brillante como el agua me levantó la camiseta de tirantes. Desnudó mi torso y descubrió la estrecha cordillera de sensible piel que va de la costilla que hay debajo del pecho hasta el ombligo. Quería ver su marca, que jamás había desaparecido del todo.

Recorrió con un solo dedo el trazado dejando un rastro de agua congelada a su paso. Eso resaltó la diferencia entre el tono ligeramente más rojizo de piel de la quemadura y el resto.

—¿Sabes qué es esto, dhampir? ¿Alguna de tus amigas feys de la oscuridad se ha atrevido a explicártelo?

—Es una cicatriz —solté yo medio escupiéndolo.

Recordaba con claridad el dolor atroz que me había causado. Creí que iba a morir, que toda mi carne iba a quemarse hasta los mismos huesos. Pero él necesitaba sonsacarme cierta información así que dejarme morir habría sido contraproducente.

De modo que se había conformado con hacerme desearlo.

—Es algo más que eso. Cuando un animal nos proporciona una caza especialmente placentera lo marcamos y lo soltamos para volver a cazarlo otra vez. Esto es una señal para que los de mi especie sepan que tú eres mi presa.

—¡Qué honor! —exclamé yo, que me negué a ceder al pánico que me agarrotaba la espalda.

—Sí que deberías sentirte honrada —confirmó él. El dedo atravesó mi pecho hasta rodear el pezón. Su punta congelada como el hielo acarició la piel cálida—. Dame lo que quiero y quizá vuelva a cazarte algún otro día.

—¡Vete al infierno!

Él sonrió y me agarró el pecho con unos dedos que estaban tan fríos, que me quemaron.

—Tú primero.

Inclinó la cabeza los últimos centímetros que nos separaban y yo me quedé paralizada al sentir el primer contacto de su boca, fría y mojada. Una lengua resbaladiza recorrió deliberadamente mi labio inferior antes de empujar para penetrar mi boca. Yo estaba demasiado atónita como para pensar siquiera en negarme. Algo

grueso y helado atravesó mis labios.

Era increíblemente largo y estaba tan frío que no era humano. Me helaba la lengua al enroscarse alrededor en una parodia de pasión. Torcí la cabeza y sentí que se me revolvían las tripas del asco, pero él desvió la mano que tenía sobre mi pecho hacia la mandíbula y me giró la cara para que volviera a mirarlo. Por un momento aquel terrible rostro dejó de besarme, se quedó mirándome a escasos milímetros y hundió los dedos en mi carne.

—Última oportunidad.

Me quedé mirando aquellos extraños ojos inhumanos y supe que no estaba fanfarroneando. Ésubrand jamás había sentido más que desprecio por los humanos. Al igual que por casi todos los feys. Tampoco había bromeado al hacer ese comentario acerca de que yo era su presa. Yo no era más que eso para él, y sin duda me habría matado igual que a un ciervo, sintiendo exactamente la misma culpabilidad.

De repente me alegré profundamente de no saber dónde estaba Aiden.

—¿No tienes nada que decir? —se burló él.

—Que espero que Caedmon te mate lentamente.

Él se echó a reír.

—¿Sabes?, casi me da pena tener que acabar con tu vida.

Le daba pena, pero no tanta como para no matarme. La presión sobre ambos lados de mi mandíbula se incrementó hasta obligarme a abrir la boca. E inmediatamente aquella asquerosa protuberancia volvió a penetrarme.

Era babosa, fría y esponjosa y no se parecía en nada a la carne humana. Y todo lo que tocaba lo congelaba. Tenía una parte del pecho duro y frío como una montaña de hielo allí donde él había posado la mano; sentía los labios entumecidos y la lengua pastosa dentro de la boca, demasiado pesada como para hablar o gritar.

Me retorcí, pero él se apretó contra mí y aplastó sus caderas contra las mías mientras la serpiente helada de su lengua se enrollaba alrededor de la mía. Al mismo tiempo iba engrosándose dentro de mí; él se vaciaba en mí, descendía por mi garganta amenazando con asfixiarme. Vi detrás de los ojos una estrella con los rayos de un violeta sanguinolento al tiempo que la ira iba tomando posesión de mí, impulsándome a moverme, a actuar, a atacar.

Pero era incapaz de moverme con aquella masa helada descendiendo como un palo de hielo en dirección a mi corazón. Aunque el objetivo no era el corazón, comprendí entonces vagamente cuando de pronto se licuó. Una humedad de granito me llenó la boca y la nariz, y me salió a borbotones por los pulmones hasta que no pude ni ver ni oír nada excepto los latidos frenéticos de mi corazón.

De repente lo sentí estallar a mi alrededor; me soltó y el resto de su silueta me empapó de agua helada. Sentí que me derrumbaba, sentí mi cuerpo medio congelado

golpear el suelo de cemento y caer sobre el charco helado de su sombra. Y luego nada más que oscuridad.



Recuperé la conciencia cuando alguien comenzó a golpearme con fuerza la espalda para que expulsara el agua de los pulmones. O lo que tenía dentro. Me despegué del hielo sobre el que estaba tumbada boca abajo y rodé hasta ponerme de lado. Tosí y vomité un líquido teñido de rosa.

Durante un rato seguí tratando de respirar entre arcada y arcada, pero solo lo conseguí la mitad de las veces. Entonces mi estómago decidió intervenir. Una mano me sujetó el pelo para apartármelo de la cara mientras vomitaba, me atragantaba y tosía.

Por fin alcé la vista y vi a Claire en medio del haz de luz que se derramaba por las escaleras que subían a la planta de arriba. Su pelo rojizo, rizado y revuelto, lo invadía todo y se le pegaba a la nuca y a la piel. Aún tenía la mano y el brazo derechos armados con las escamas iridiscentes como si se le hubiera olvidado cambiarse de ropa. Me apretaba la mano con tanta fuerza como para romperme los huesos.

Moví los labios, pero por un momento no salió ningún sonido de mi boca. Sentí como si tuviera una goma en la garganta que me apretara. O una mano.

—¡Dory! —exclamó Claire. Se inclinó sobre mí y sus rizos cayeron sobre mi rostro—. ¡Dory, di algo!

Me aclaré la garganta.

—No me des una bofetada.

Eso fue lo que dije. Me preocupaba la garra de su enorme pata. Y entonces vomité otro poco más.

Claire me atrajo hacia sí y me apretó con tanta fuerza que casi no podía respirar. Y comenzó a sollozar y a murmurar cosas que yo no comprendí del todo. Gessa estaba allí. Tenía un corte en la frente del que le chorreaba una sangre negra hasta los ojos, pero sonreía. Me dibujó una línea en la cara untándome con esa sangre y después subió escaleras arriba.

—Entonces, ¿hemos ganado? —pregunté yo con la voz cascada.

—Se han ido —afirmó Claire en un tono de triunfo, enjugándose los ojos con una mano—. Creo que formar la tormenta les supuso un enorme gasto de energía y al no poder entrar...

Claire me estrechó con fuerza.

—Por favor, no me estrujes —dije yo con torpeza.

Ella me soltó y yo me dejé caer por un momento en el suelo. Quería saber si mi estómago tenía planeada una repetición de la jugada. Lo tenía helado, pero lo sentía sólido; como una superficie dura posada sobre la espalda. Y más valía que siguiera así. Había dejado de dar esas horribles vueltas y vueltas para transformarse en algo

por completo...

—Supongo que hay una razón para que no estemos todas muertas, ¿no? — pregunté yo, interrumpiendo mis propios pensamientos.

—Los manlíkans no son más que hechizos revestidos de un elemento —contestó Claire distraída—. En Fantasía los usan para jugar a la guerra, como dobles y... — Claire movió las manos con desesperanza—. ¿Pero por qué demonios estoy siquiera hablando de esto? ¡Les he desbaratado todo el conjuro!

Puse los ojos en blanco y la miré.

—No pretendo mostrarme desagradecida, pero ¿no podías haberlo hecho antes?

—Pensé que si los atacaba se desbaratarían también los hechizos de la casa. Y entonces en cuestión de minutos se volvería a iniciar todo el ciclo y los *svarestris* volverían a entrar y...

—Ya estaban dentro —afirmé yo. Pero inmediatamente deseé no haberlo dicho porque ella rompió a sollozar—. No importa. Todos estamos bien, ¿verdad?

—¡No encuentro a los niños! —contestó ella con voz temblorosa—. ¡He mirado por todas partes! ¡Han debido de llevárselos...!

—No lo creo.

Me incorporé hasta reclinarme, apoyándome en la muñeca que me quedaba sana. Gessa bajó trotando las escaleras. Llevaba una manta y una botella de agua, y yo acepté ambas y le di las gracias. Me enjuagué la boca y escupí en el suelo porque, la verdad, no podía estar más sucio. Después me enrollé la manta y traté de sentarme.

Mi estómago seguía más o menos donde se suponía que debía estar, pero algo crujía debajo de mi culo. Metí la mano en el bolsillo del pantalón y pesqué los restos de una galleta de la suerte. Leí el diminuto pedacito de papel que había dentro: «Han mandado a tu ángel de la guarda a freír espárragos».

¿En serio?, me pregunté. E inmediatamente me eché a reír a pesar del daño que me hacía.

Alcé la vista y vi a Claire mirándome boquiabierta y horrorizada, abriendo inmensamente los ojos. Me calmé, me limpié los labios y me puse en pie. La habitación comenzó a dar vueltas a mi alrededor de un modo alarmante, pero Claire me sujetó por la cintura.

—Arriba —le dije yo.

Me agarré a la barandilla de la escalera.

—¡Arriba no están! ¡He mirado por todas partes! He venido al sótano en último lugar porque ya había estado aquí. Por eso es por lo que he estado a punto de no llegar a tiempo de encontrarte...

—Pero me has encontrado —le recordé yo. Por fin el sótano dejó de dar tantas vueltas—. Y además creo que sé dónde pueden estar.

Claire me arrastró escaleras arriba fingiendo que era yo la que hacía el esfuerzo.



A mí no me hacía ninguna falta revalidar mi ego, pero el brazo para apoyarme fue un bonito gesto. Me ardía la garganta, me temblaban las piernas y estaba calada hasta los huesos. No se nos había ocurrido nada mejor, pero al menos teníamos una idea.

El aspecto del cuarto de estar resultaba extraño de puro normal. Quizá porque todavía conservaba el techo. Era más de lo que podía decirse del pasillo, donde había agujeros en el viejo papel pintado, una pequeña cascada en donde antes estaban las escaleras y tres pisos de completa destrucción. Todavía seguía lloviendo. Un ligero calabobos se filtraba dentro y nos mojaba el pelo y salpicaba las tablas del suelo empapado. Un pedazo de nieve medio derretida cayó de pronto siguiendo el mismo camino. Fue a parar a mis pies.

Me arrodillé y tanteé la madera con los dedos hasta dar con la ranura de la trampilla. Estaba cubierta por una fina capa de hielo exactamente igual que otras muchas hendiduras del suelo en donde se habían formado charcos. Lo rompí con la mano y la pieza de madera se soltó con un fuerte chasquido.

Al levantar la trampilla formé una inundación en miniatura que se deslizó hacia la pared. Miré dentro. Y enseguida tuve que apartarme en cuanto asomó una diminuta y peluda cabeza. Unos enormes ojos grises parpadearon somnolientos, mirándome, y por último el rostro esbozó una sonrisa a medias.

—¡El agujero de contrabando! —exclamó Claire, que se arrodilló y sacó a Aiden de las profundidades del pequeño hueco para abrazarlo bestialmente.

El niño seguía aferrado a la pieza de ajedrez, que entonces cayó al suelo y salió corriendo por el pasillo lo más rápidamente que le permitieron sus diminutas piernas.

—Me pareció que era una buena idea. Acababan de verlo.

Claire no hizo caso de las protestas de su hijo por lo fuerte que lo estrujaba. Al parecer conseguir que lo soltara podía costarle una amputación.

—¡No puedo creer que hayáis estado ahí metidos durante todo este tiempo!

—Yo no me preocuparía por sus recuerdos —comenté yo con cinismo mientras observaba cómo *Apestoso* trataba de salir del agujero escalando.

Por lo general *Apestoso* tenía por costumbre ir saltando por encima de los muebles y por toda la casa como un acróbata en miniatura, pero ese día no. Estiró un pie de larguísimos dedos hasta el borde del hueco y ahí lo dejó. Se quedó mirándolo como si le sorprendiera, como si no estuviera seguro de qué podía ser esa cosa nueva. Luego movió los dedos del pie y estalló a reírse a carcajadas; primero sofocadamente y sin poder evitarlo hasta el punto de que se cayó de espaldas contra las filas de botellas que todavía no había vaciado.

—Me parece que no se han hecho daño —le dije a Claire.

Claire echó un vistazo al desastre en el que se había convertido la casa antes de girar los ojos hacia mí y puntualizar:

—Por ahora.

—Nos conformamos con por ahora.

Se quedó mirándome un momento y después asintió. Seguía estrujando a su hijo, que luchaba por soltarse y que arrugó la cara en medio de sus esfuerzos. Por un momento me recordó vagamente a *Apestoso*, pero no porque tuviera cara de miedo. Buscaba el modo de escapar, pero no comprendía a qué venía tanto jaleo.

Dejé a los niños con Claire y me dirigí a echar un vistazo a toda la casa para valorar la situación.

Tal y como sospechaba, la casa era inhabitable, pero los hechizos se habían mantenido en pie, incluyendo el conjuro del glamour que ocultaba su destrozo ante cualquier peatón que casualmente pasara por allí. Vista desde la calle la casa conservaba un aspecto perfectamente normal o, al menos, no parecía más destartada que de costumbre. A excepción del jardín delantero, que a esas alturas se estaba convirtiendo ya en un pantano debido al metro veinte de nieve que la casa estaba expulsando fuera.

Observé cómo el agua iba derramándose sobre la calle previamente mojada para ir a parar a una alcantarilla en la que de momento no cabía ni una gota. Sopesé las alternativas. En realidad no había ninguna. Los feys no parecían haber quedado muy impresionados por los hechizos humanos, y sospechaba que la única razón por la que al final no habían podido entrar eran las recientes mejoras que había hecho Olga.

La casa disfrutaba de una combinación de conjuros de protección fey y humanos que habría sido difícil de igualar en cualquier otra parte. Puede que no fuera más que un montón de escombros, pero era un maldito montón de escombros muy bien protegido. Y tendríamos que sacarle el mejor partido, nos gustara o no.

Volví a entrar. El cuarto de estar y la cocina eran las únicas habitaciones de la planta baja que podían considerarse habitables. Claire estaba en el cuarto de estar, pero no acostando a los niños tal y como yo suponía.

Debía de haber subido arriba porque se había cambiado de ropa. Se había puesto unos vaqueros y una camiseta negra seca. A su lado tenía una maleta. Cuando entré estaba intentando ponerle a Aiden un poncho para la lluvia. Pero el niño no lo quería y luchaba con sus dedos gorditos mientras ella empujaba para abajo para metérselo por la cabeza.

—¿Qué estás haciendo?

Claire alzó la vista. Su rostro expresaba culpabilidad y decisión a partes iguales.

—Salir de aquí antes de que te maten.

—¿Y conseguir que te maten a ti? —pregunté yo, agarrando la maleta.

Claire me la quitó.

—¡A mí es difícil matarme!

—¡Y a mí también!

Ella sacudió la cabeza.

—No te has visto ahí abajo. No podías... ¡No pienso ser responsable de eso!

—Ya soy mayorcita, Claire. Soy responsable de mí misma.

No creo que Claire me oyera siquiera. Continuó hablando:

—Todo esto... No debería de haber sucedido nada de esto. Lo tenía todo planeado. Contaba al menos con un par de días antes de que todo se fuera a la mierda. Pero entonces Lukka murió y...

—La vida no suele obedecer nuestros planes —le dije yo con cinismo.

De hecho la vida siempre parecía disfrutar cuando echaba por tierra los planes que hacía yo.

—¡Pues a la vida que le den!

Claire echó a caminar hacia la puerta. Arrastraba a Aiden tras de sí, que seguía luchando contra la prenda de plástico de la que se sentía prisionero.

Apoyé la espalda contra la puerta, cosa que era una estupidez. Claire podía apartarme de allí cuando quisiera. A mí y a lo que quedaba de pared si se le antojaba. Pero parecía que la idea de que yo muriera le molestaba, así que aproveché la oportunidad pensando en que no iba a aplastarme como a un bicho.

—Vale, entonces ¿cuál es el plan? ¿Salir corriendo en plena noche a buscar a los enemigos de siempre?

Claire me dirigió una mirada desesperada y llena de frustración y se apartó el abundante pelo rojizo de la cara. Con tanta humedad en el aire se le había puesto como una enorme bola revuelta.

—No soy tonta, Dory. Han gastado mucha energía con esa tormenta y todavía más creando esas malditas cosas. Están agotados. Por eso es por lo que tengo que irme ahora.

Claire trató de pasar por delante de mí, pero yo no cedí.

—Pues hasta hace unos minutos parece que todo les había salido bien. Y si vuelven a formar esas cosas y tú no estás nos dejarás a todos sin defensa.

Claire me lanzó una significativa mirada. Sabía de sobra qué pretendía yo, pero no estaba dispuesta a ceder.

—No pueden volver a formar esas cosas. Por lo menos ahora mismo. El hierro solo interrumpe la escena. Les lleva tiempo volver a construirla. Y no fui yo quien hizo todo eso. Yo solo les quité el poder que necesitaban para crear a esas criaturas.

—Entonces una vez que se han ido, ¿ya está?

Ella asintió.

—Por lo menos hasta después de que descansen. Y teniendo en cuenta la cantidad de energía que han tenido que usar para crear esa tormenta, me imagino que les llevará tiempo.

—Eso suponiendo que *Æsubrand* haya utilizado a todo el mundo para el ataque, cosa que no sabemos —puntalicé yo—. Puede que se reservara algunos de sus

hombres con la esperanza de que te entrara el pánico

—¡Yo no voy a dejarme vencer por el pánico!

—... y salieras huyendo, cosa que les facilitaría mucho el trabajo.

—Pero para eso habría sido necesario que *Ésubrand* pensara en la posibilidad de que su ataque inicial fallara, y él es demasiado arrogante como para eso.

Eso era cierto y sobre ese punto no cabía discusión, así que cambié de táctica.

—Así que huyes. Bien. Y luego, ¿qué?

—Tengo muchos contactos en la sala de subastas —dijo Claire con cierto rubor—. Si la runa sale a la venta, antes o después alguien se enterará. Tengo que averiguar quién la tiene antes de que acabe en la colección privada de alguien y desaparezca.

—Muy bien. Pero eso no puedes hacerlo con el heredero del trono de Fantasía encaramado a la cadera.

—Los feys no conocen este mundo...

—¡Pero mucha otra gente sí! Y no hay nada más fácil que contratar a un puñado de mercenarios.

Yo precisamente debería saberlo; era uno de ellos.

Claire parpadeó como si jamás se le hubiera ocurrido la idea.

—No creo... no creo que hagan eso. Los feys se ocupan siempre de sus problemas.

Sin embargo no parecía estar segura.

Y yo me aproveché de su duda.

—Vale, dejando eso a un lado, ¿sabes cuánto pueden pedirte de rescate por Aiden?

—Mañana, en cuanto abran las tiendas, lo vestiré de niño humano. Nadie tiene por qué enterarse de que...

La interrumpí poniendo una mano sobre su brazo y dije:

—Mira.

Aiden se había quitado el poncho y se había hecho un ovillo sobre la alfombra. *Apestoso* apoyaba la cabeza sobre el culo del príncipe y miraba a su amigo con ojos líquidos que reflejaban un suave brillo dorado. La luz se derramaba sobre los colores desvaídos de la vieja alfombra persa y resaltaba los tablones del suelo como si se tratara de una lámpara. Pero no era una lámpara.

—Los niños humanos no derraman luz sobre las alfombras —dije yo en voz baja.

Observé la expresión del rostro de Claire y vi cómo se derrumbaba.

Se llevó una mano temblorosa a la frente. Por primera vez probablemente en muchos meses demostraba la tensión constante a la que había estado sometida.

Casi parecía demacrada.

—¿Qué voy a hacer? ¡Van a matarlo, Dory! ¡Van a matar a mi pequeño, y yo no puedo impedirlo!

—No, no van a matarlo —negué yo. Puse un brazo a su alrededor, pero me sentí extraña porque yo no soy pegajosa. Sin embargo ella parecía verdaderamente necesitada de un abrazo—. Los hechizos de la casa siguen funcionando a pesar de todo. Y ésta ha sido una buena prueba. Yo hablaré con Olga mañana, a ver qué más se puede hacer. Lo cuidaremos, Claire. Y estará a salvo hasta que encontremos esa runa tuya entre las dos.

—¿Entre las dos?

—Bueno, es un tema que ahora me interesa.

Claire se quedó mirándome por un momento, pero enseguida rompió a reír de una forma histérica.

—¡Estás loca! —exclamó al fin, enjugándose las lágrimas de los ojos.

Yo le guiñé un ojo.

—¿Y ahora te das cuenta?

No creo que lograra convencerla, pero lo cierto es que parecía a punto de desplomarse. Buscamos por la casa y finalmente encontramos unas sábanas que milagrosamente seguían secas en el armario del pasillo, así que las usamos para acostar a los niños en el sofá. *Apestoso* se puso a roncar casi inmediatamente y Aiden ni siquiera llegó a poner un pie en el suelo durante el traslado. Luego fuimos a comprobar el estado en el que se encontraba la habitación de Claire.

Estaba más o menos como la mía, solo que los agujeros del tejado no estaban justo encima de la cama, y el somier y el colchón se habían mantenido bastante secos. La ayudé a bajar el colchón a la planta baja, cosa que en realidad consistió en tirarlo por el enorme agujero del techo. Se mojó un poco cuando cayó sobre el río de nieve derretida que recorría el pasillo, pero no creo que a Claire le importara mucho.

Lo arrastramos entre las dos hasta el cuarto de estar, le colocamos unas sábanas y Claire se tiró encima.

—Hay sitio de sobra para las dos —musitó ella.

Yo apagué la lámpara que alguien se había dejado encendida y contesté:

—Gracias. Enseguida vuelvo.

Al salir cerré la puerta.

Volví a mi habitación a rescatar el alijo de armas. Estaba de pie delante del armario, preguntándome si debía de coger las espadas o si era mejor dejarlas en sus vainas, cuando comencé a sentir que las piernas me fallaban. Me senté un momento en el colchón empapado y de pronto ahogué un grito.

Al principio pensé simplemente que me salía sangre. La herida del muslo me había sangrado con profusión y me había manchado toda de un color rojo que comenzaba a ponerse oscuro. Fui al baño a por el botiquín de primeros auxilios y me miré al espejo. A primera vista tenía la piel tan pálida como la cera, los ojos y los labios oscuros como si los tuviera magullados y la piel alrededor de la boca cubierta

con una capa de algo extraño, blanco y escamoso.

Me lavé y me senté al borde de la bañera para vendarme la pierna. El muslo había dejado de sangrar aunque la rodilla todavía goteaba un poco cuando la movía. Y como la herida estaba en una articulación dolía a rabiar. Pero las había tenido peores y además, con mi metabolismo, probablemente al día siguiente estuviera curada. Y sin embargo, por alguna razón, me temblaban las manos mientras me vendaba la rodilla y mis pulmones inhalaban más oxígeno del que necesitaba.

Lo mismo me había ocurrido al bajar las escaleras. Era como si mis pulmones creyeran que iba a producirse otra vez esa escasez de aire y quisieran almacenarlo. Pero en ese instante era peor aún, porque llegaba hasta el punto de marearme. Tardé un momento en darme cuenta de que estaba hiperventilando. Me quedé ahí sentada, tratando de calmarme y preguntándome qué diablos me estaba ocurriendo.

Muchas otras veces, incluso más de las que podía contar, había estado tan cerca de la muerte o más cerca aún que esa noche. Y la mayor parte de esas veces esos momentos habían sido mucho más dolorosos y confusos. Me había despertado después de un ataque cubierta de sangre, sangre mía y de otros, con huesos rotos que todavía no habían terminado de fusionarse o con carne quemada que aún se estaba mudando. Y después estaba el memorable incidente aquel cuando recuperé la conciencia justo a tiempo de interrumpir el banquete de los buitres, que me habían confundido con un cadáver.

Todavía a veces recordaba algunos detalles: las plumas acariciando mi cuerpo, las uñas hurgando en mi carne, los picos desgarrando. Y sin embargo yo solita me los había quitado a todos de encima. Y después había recuperado las armas y le había robado el caballo a uno de los hombres que había tratado de sacarme las tripas para salir corriendo a ocuparme de mi siguiente encargo. Estaba acostumbrada a enfrentarme a los terribles sobresaltos que se producen inevitablemente durante una pelea: al sabor de la sangre, a la fragancia de la muerte en el aire y a la quietud que le sigue siempre.

Pero quizá no estuviera tan acostumbrada al desastre mismo como me creía. La mayor parte de las veces yo estaba fuera de mí misma cuando se producía el caos: un hecho que siempre había lamentado. Nunca antes me había dado cuenta de hasta qué punto dependía de ello.

Saber que para mí la muerte significaría simplemente que algún día no despertaría de una de mis peleas resultaba aterrador a la vez que extrañamente reconfortante. Porque era como saber, cada vez que oía aquella palpitación en mis oídos, que quizá esa vez fuera la última. Pero también significaba que yo no vería acercarse el final. Y sin embargo, esa noche había estado a punto de verlo.

¿Era así como me enfrentaría a él?, me pregunté, molesta conmigo misma. ¿Quinientos años y eso era todo lo que había aprendido a hacer? ¿Asustarme porque

me habían fallado las armas, porque por fin había encontrado a un adversario al que no sabía cómo matar?

Me puse en pie, furiosa con mi cuerpo a causa de su debilidad y conmigo misma por no haber adivinado con anticipación lo que iba a ocurrir; por no haberme dado cuenta, después de que un fey me diera una patada en el culo por primera vez, de que podía volver a ocurrir. Yo no conocía su magia, no comprendía sus armas. Para mí un arma era un peso reconfortante en la mano: una espada, una maza, una pistola. ¿Cómo diablos podía luchar contra una gente que tenía a la misma tierra y al cielo de su lado?

No lo sabía, pero sí sabía una cosa. Si Ésubrand estaba vivo, entonces es que podía morir. Y yo estaba deseando que muriera.



Me desperté con el olor del café recién hecho y del beicon frito, cosa que me pareció imposible. Pero como de todos modos tenía que levantarme, salí rodando de la cama. Me caí al suelo, un metro más abajo. Me di un golpe que ni me quitó la tortícolis, ni le hizo ningún bien a los nudos de mi espalda, producto del agarrotamiento.

Me puse bizca y entonces vi un par de enormes calcetines malolientes. Olían tan mal que habrían servido como sales de baño. Me senté ya completamente consciente y entonces me golpeé la cabeza contra la parte inferior de la mesa.

Ante mí se extendía una ruina que identifique vagamente como el cuarto de estar. Había sábanas y edredones viejos tirados por todas partes, ropa y bolsas de objetos personales apilados en un montón junto a la puerta del sótano, y el rastro de huellas de unos pies grandes y llenos de barro que llevaban desde allí al pasillo. Habían arrasado la alfombra, pero habían respetado el colchón empapado.

Cada una de las huellas tenía tres dedos, cosa que era normal entre los trols, así que me relajé. Supuse que las habían dejado los enormes bultos acurrucados en la pareja de sillones orejeros frente a la chimenea, que roncaban a pleno pulmón y con tanta fuerza como para tirar lo que quedaba del techo. Me olvidé de ellos por un rato y me puse en pie. La espalda me crujió como si fueran los nudillos de la mano de un viejo.

El borde del edredón llegaba hasta la superficie de la mesa, y eso me hizo recordar qué había estado haciendo yo ahí encima. La noche anterior, al volver a la planta baja, Claire estaba despatarrada en medio del colchón y me había dado pena moverla. No había encontrado ningún trozo de suelo seco, así que me había preparado la cama sobre la superficie de fieltro de la mesa que usábamos para jugar al póker. No tenía más que un metro veinte de diámetro, lo cual explicaba los nudos que se me habían formado en la espalda, y además tenía un reborde de unos cinco centímetros que era el causante de mi tortícolis.

Después de estirarme, cosa que me hacía mucha falta, revisé el estado de mi cuerpo. Las heridas del muslo y la rodilla se habían puesto de color púrpura y verde con los bordes amarillos. Además tenía la rodilla hinchada y sensible al tacto, y se infló al quitarme la venda igual que la masa del pan al meterla en el horno. No obstante las dos heridas estaban ya cerradas, y por otro lado no sentía como si algo me asfixiara desde dentro de la garganta. La muñeca me seguía doliendo la muy cerda, pero vistas las cosas con calma otras veces me había levantado en peores condiciones.

Di una vuelta por el cuarto de estar y eché un rápido vistazo a ver quién era el bulto debajo de la primera sábana. Un pequeño ojo verde se abrió y me miró molesto.



—Perdona, Sven.

Sven gruñó y siguió durmiendo. No miré debajo del otro bulto, pero supuse que probablemente se trataría de Ysmi, su hermano gemelo. Eran un par de chicos que había traído Olga, sus primos segundos o algo así, y su papel en el negocio era el de fortachones. Según parecía se había corrido la voz de que quizá nos hiciera falta algo de protección.

Salí bostezando al pasillo. Las escaleras se habían convertido en astillas y faltaban más escalones de los que de hecho había; el papel pintado, víctima de la humedad que por fin había disminuido, no era sino colgajos descoloridos; en cambio, el techo tenía mejor aspecto de lo que recordaba.

Todavía era posible ver el camino de subida al último piso, pero adivinar el agujero por el que habíamos tirado el colchón el día anterior fue más difícil.

Ninguno parecía lo suficientemente grande como para que cupiera un colchón doble, y menos aún el colchón de reina de Claire. Pero lo mejor de todo era que parecía que ya ni siquiera entraba la lluvia.

Encontré a Claire en la cocina, peleándose con los viejos fogones. Tenía el pelo flácido pero revuelto alrededor del rostro ruborizado y las gafas se le escurrían por la nariz sudorosa. La casa tenía aire acondicionado, pero con los hechizos a pleno rendimiento no funcionaba mucho mejor que las bombillas. Debía de haber unos treinta y dos grados centígrados.

Los niños estaban sentados a la mesa. Aiden había extendido el juego de ajedrez en su lado y parecía como si estuviera intentando secarlo. Les había quitado las armaduras a los soldados y los había colocado en fila sobre un papel de cocina, y en ese momento luchaba por quitarle la ropa mojada a un ogro. El ogro no parecía muy feliz, pero como no tenía armas no podía hacer más que dar puñetazos al aire con sus puños diminutos.

*Apestoso* estaba enfrente, durmiendo. O al menos eso me pareció hasta que oí el lamento que salió del velludo bulto que formaba sobre la silla. Me acerqué para examinarlo, pero él mantuvo los ojos cerrados.

—Ha vomitado dos veces desde que se ha levantado —me dijo Claire con una expresión de preocupación—. Y no quiere comer nada. Le he dado una aspirina, pero no parece que le esté haciendo mucho efecto. Estaba a punto de despertarte para preguntarte si quieres que llame a un curandero.

Tiré de la cabeza de *Apestoso* hacia arriba y se la despegué del mantel de tela. Se le quedó el dibujo de los cuadritos marcado en la mejilla, pero a pesar de eso eran evidentes su palidez y sus ojeras. Lo observé por un momento y enseguida fui a por un trapo de cocina que llené de hielo.

—Siéntate —le dije a *Apestoso*.

Pero él sólo abrió un ojo hasta formar una ranura en medio del enmarañado bulto

de pelo. No hizo ningún movimiento para alzar la cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Claire.

—No está enfermo.

Tiré de él y le coloqué el trapo con hielo sobre la frente. *Apestoso* protestó hasta que el frío comenzó a hacerle efecto. Entonces gimió de placer y volvió a bajar la cabeza.

—¿Es resaca? —preguntó Claire un tanto horrorizada.

—Teniendo en cuenta que anoche acabó con la mayor parte de las botellas del brebaje de tu tío sí, yo apuesto a que lo más seguro es que sea resaca —contesté yo. Me puse en cuclillas junto a la silla de *Apestoso*—. ¿Duele, eh? —pregunté. Él gimió y asintió—. ¿Prometes que te vas a mantener apartado de mi alijo de ahora en adelante?

*Apestoso* asintió con más energía. Y acto seguido gimió con más fuerza. Entonces yo decidí que ya lo había castigado bastante.

—¿Has visto mi móvil? —le pregunté a Claire sin dejar de mirar el cargador con la somnolencia de costumbre a esas horas de la mañana.

Siempre he envidiado a la gente que en cuestión de segundos se levanta de la cama con los ojos bien abiertos y la mente lúcida. A mí me lleva una buena hora, y eso con la ayuda de una importante dosis de cafeína.

—No. ¿Por qué?

—Se me ha ocurrido que, ya que aún van a tardar varios días en mandarnos refuerzos desde Fantasía, podía llamar a Mircea para pedirle protección.

Claire apartó la vista de los fuegos y me miró frunciendo ligeramente el ceño con una expresión interrogativa.

—¿A qué tipo de protección te refieres?

—El Senado anda corto de gente últimamente, pero seguro que no les importa mandarnos a unos pocos maestros...

—Quieres decir vampiros —afirmó Claire lisa y llanamente.

—Es el Senado. ¿Qué otra cosa iban a mandarnos?

Entonces Claire frunció el ceño de mal humor.

—He estado pensando en lo que dijiste anoche, en cuánto podrían pedirme de rescate por Aiden. Y creo que cuanta menos gente sepa que él está aquí, mejor.

—A mí me preocupa más la gente que de hecho ya sabe que él está aquí —objeté yo con sarcasmo—. Los conjuros de la casa deberían de bastar para detener a toda esa gentuza.

—Nada de eso haría falta si nadie supiera que él está aquí.

—Le diré a Mircea que sea discreto.

—Yo preferiría que los feys se encargaran de los asuntos de los feys.

—Los chicos de Olga son capaces de resistir todo tipo de magia, incluida la

magia fey —añadí yo mientras registraba la panera—. Y Dios sabe que son fuertes. Pero solo son dos, y no se puede decir que sean grandes cerebros. Y Ésubrand puede ser muchas cosas, pero no es tonto.

—Ni yo. ¡Pero te aseguro que no voy a confiar en un vampiro!

No podía culparla por ser precavida. La última vez que se había desmandado, Vlad la había secuestrado. Claire tenía una buena razón para desconfiar de esas criaturas.

—No todos son iguales —alegué yo incómoda.

Louis-Cesare, por ejemplo, parecía decidido a volverme loca. Constantemente ponía en duda mis prejuicios acerca de qué era cómo se comportaba por lo general un vampiro. Era solo una de sus muchas formas de complicarme la vida.

—¿Y dices eso a pesar de que tu trabajo consiste en matarlos? —exigió saber Claire.

—Mi trabajo es cazar a los resucitados... —dije yo. Al ver su expresión de confusión, expliqué—: Son los vampiros a los que algo les ha ido mal durante el cambio.

—¿Y entonces no deberían de... quedarse muertos simplemente? —siguió preguntando Claire, haciendo un gesto con la espátula.

—La mayor parte se mueren. Pero de vez en cuando alguno sobrevive en el plano físico, porque en el plano mental... Digamos simplemente que no están ahí. Los resucitados atacan a cualquier ser que se interponga en su camino, ya sea humano o vampiro. Y como están locos, no se puede razonar con ellos. Hay que derribarlos.

—¿Y tú jamás has matado a ningún vampiro normal que no fuera uno de esos resucitados? —preguntó Claire con escepticismo.

—A veces cobro comisiones por cazar a vampiros que de un modo u otro han violado una ley del Senado, pero no voy por ahí matando vampiros sin ton ni son. No estaría aquí de haberlo hecho, y da igual quién sea tu papá.

—No me parece que haya una gran diferencia —comentó Claire con el ceño fruncido.

Pensé en la expresión que esbozaría Mircea si supiera que acababan de meterlo en el mismo saco que a Vleck y al puñado de bestias babeantes con apenas más cerebro que un animal.

—Será mejor que no expresas esa opinión delante de un vampiro —le contesté yo secamente.

—No tengo intención de conocer a ninguno.

La negativa había sonado rotunda.

—Deberías reconsiderarlo —insistí yo seriamente—. Es fácil desconfiar de una cosa que te ve como su comida, pero ahora mismo...

—No quiero que esas cosas se acerquen a mi hijo, ¿de acuerdo? ¡Estoy cansada

de los guardias en los que no puedo confiar!

—Te estoy hablando de vampiros con nivel de maestro que mandaría directamente el Senado. No van a comerse a nadie de aperitivo.

—¡Ya sé que no van a comerse a nadie sencillamente porque no van a venir! —afirmó Claire, que al ver mi expresión suspiró—. Piénsalo, Dory. ¿Qué podrían haber hecho anoche, aparte de dejarse trinchar a cachitos?

—Puede que te sorprendiera saberlo.

—Muy bien, pues no pienso dejarme sorprender. Ya he visto de qué es capaz un guerrero fey.

—Y yo he visto a un vampiro maestro en acción.

Claire me lanzó una mirada de desesperación.

—Si Ésubrand pudiera atravesar los hechizos de protección, habría entrado aquí en persona mucho antes de recurrir a crear esas cosas.

—Cosa que sí puede volver a hacer.

—Pero él ahora sabe que yo puedo derrotarlo. Sería una pérdida de tiempo.

—Sí, pero ¿qué se le ocurrirá la próxima vez?

—Hoy no va a venir con ningún invento nuevo —afirmó Claire.

Eso era lo que ella esperaba, pensé yo. Pero no lo dije en voz alta. Habría sido una pérdida de tiempo. Claire era excesivamente cabezota cuando estaba convencida de que tenía razón, lo cual le ocurría con frecuencia. Y el hecho de que a menudo la tuviera no contribuía precisamente a que se mostrara más flexible. Pero esperaba que esa vez no fuera una excepción y que tuviera razón.

Dejé de buscar el teléfono y busqué en su lugar una taza. No había ninguna en los lugares habituales: dispersas por encima de la mesa, amontonadas sobre la encimera, molestando por cualquier parte o en el lavaplatos, que alguien había instalado allí por la época en la que los electrodomésticos de color verde oliva eran el último grito. De hecho no funcionaba, pero de todos modos la gente a veces metía cacharros allí. Sin embargo estaba vacío.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Claire, observándome.

—Estoy tratando de encontrar las tazas. Han desaparecido.

Claire puso los ojos en blanco y abrió un armario. Y ahí estaban: varias filas de tazas blancas brillantes, todas perfectamente alineadas. Claire incluso les había quitado las manchas. Debía de tratarse de magia fey, me dije mientras me servía mi brebaje de la mañana.

Cogí mi café y me lo llevé escaleras arriba a mi habitación. Lo encontré sospechosamente limpio: no había ni hielo, ni nieve, ni tan siquiera agua. Golpeé con el talón una de las viejas tablas de madera del suelo y me pareció que seguía sólida y bien pegada. Tenía algunas manchas, pero estaba seca.

Mmmm...

Por supuesto la luz no funcionaba, pero los agujeros del techo permitían la entrada de luz natural además de dejar pasar a un par de pájaros que andaban por allí, husmeando las nuevas posibilidades de construir un nido. Yo no les hice caso y me fui a buscar el cepillo de dientes. Lo encontré antes de acordarme de que las tuberías habían estallado. De todos modos y por si acaso abrí el grifo. Un chorro de agua sucia y llena de óxido comenzó a caer a borbotones en el lavabo. Me quedé perpleja mirándolo un rato. Y luego me encogí de hombros y me lave los dientes.

La ducha también parecía funcionar, así que aproveché la oportunidad y me lavé la sangre y el sudor de aquella mañana. Hacía calor en casa y, gracias a la lluvia que nos cayó, todo estaba lleno de barro. Estaba terminando de secarme con la toalla cuando un pequeño cuadrado azul de cerámica me llamó la atención.

En algún momento durante el jaleo de la noche anterior debía de haber saltado de la pared de baldosines para ir a aterrizar en el extremo opuesto de la encimera en la que estaba instalado el lavabo. En ese instante se movía. Lo observé deslizarse por el linóleo y saltar de nuevo a su posición exacta y pegarse a la argamasa amarillenta.

Salí con cautela de la ducha sin quitarle la vista de encima y entonces algo tropezó con mi pie. Retiré el pie y bajé la vista. Un montón más de baldosines que habían saltado sin permiso maniobraban tratando de volver a su lugar. Se deslizaban por el suelo. Uno de ellos lo estaba pasando mal porque se había enredado con la alfombra de pelo de la ducha. Finalmente logró surcarla y librarse de ella, se apresuró por el suelo y subió por la pared como atraído por una fuerza magnética.

Entonces comencé a prestar más atención y noté muchos otros detalles que delataban cambios: manchas en el suelo que iban reduciéndose muy poco a poco; una raja en el papel pintado que se cerraba ella solita como si fuera una herida que se curara; un par de grietas en el espejo del baño que volvieron a fundirse para dejar la superficie como el hielo dentro del agua. Me apresuré a ponerme unos vaqueros y una camiseta de tirantes, me cepillé el pelo y recogí una chaqueta para ocultar el arsenal de armas no del todo legal. Luego bajé las escaleras sin hacer ruido.

—Está ocurriendo algo muy extraño —le susurré a Claire.

Ella alzó la vista y puso los ojos en blanco.

—¿Cómo se ha delatado?

—Te lo digo en serio. Creo que la casa se está arreglando sola.

—Ya lo sé —dijo ella, que enseguida señaló la puerta de la nevera con la espátula, donde unas cuantas abolladuras se enderezaban una a una, produciendo un ruidito metálico.

—Pero ¿cómo?

—¿Es que no sabes que la casa nunca nos deja mover ni tirar nada?

Yo asentí. Habíamos perdido mucho tiempo nada más mudarme yo allí, tratando en vano de acomodar la casa a nuestro estilo de vida. Porque cada vez que tirábamos

algo, al día siguiente volvíamos a encontrarnoslo en su lugar. La casa podía llegar a mostrarse muy vengativa con esa extraña especie de conciencia mágica que adquirían los objetos para ella con el transcurso del tiempo. La última vez que Claire había tratado de renovar la casa se había encontrado la mitad de su ropa tirada en el jardín delantero.

—Creo que Pip hizo un conjuro para que la casa se mantuviera siempre tal y como estaba. Así no tenía que molestarse en reparar nada —explicó Claire—. Lo que pasa es que el abismo de caminos prehistóricos tiene tanto poder que tiende a magnificar los hechizos, de modo que...

—¿Quieres decir que se muestra demasiado entusiasta en su tarea?

—Más o menos, sí.

Desvié la vista hacia el agujero del suelo junto al umbral de la puerta que había estado ahí desde poco después de mudarme yo a la casa y puntalicé:

—Pero no todo se arregla para volver a ponerse como estaba.

—Es un hechizo de ama de casa —dijo Claire—. No creo que mi tío lo diseñara para reconocer la sangre de demonio. Supongo que sólo arregla los estropicios más normales.

—Y entonces, ¿por qué no lo pone todo mejor?

Yo seguía viendo la misma raya de polvo a lo largo de la parte superior de la puerta de la nevera, los mismos armarios retorcidos encima del horno y los mismos rayones en el viejo y polvoriento entarimado del suelo.

—Porque está diseñado para mantenerlo todo exactamente tal y como estaba cuando Pip hizo el hechizo. Y no creo que a él le preocupara mucho la decoración.

—Así que esa mancha del techo de mi habitación...

—Seguirá ya para siempre allí, sí. Eso suponiendo que el resto del tejado se repare solo —contestó Claire, que alzó la vista—. Yo tengo esperanzas, pero el destrozo de anoche fue enorme.

Alcé la vista y pensé en todas las armas que podría comprar de no tener que pagar un tejado nuevo. Por supuesto el hechizo también significaba que jamás podría librarme de los muebles horribles, del espantoso papel pintado ni de los adornos pasados de moda. Pero el mundo no era perfecto.

—Supongo que pronto lo averiguaremos —dije yo, que acto seguido asomé la cabeza por encima de su hombro para ver qué era lo que olía tan bien. Parpadeé incrédula—. ¡Eso es carne!

Claire me lanzó una mirada malévola.

—Ya lo sé. No empieces.

—¿Es que vas a comer carne?

Eché un vistazo furtivo a ver qué había en la fila de platos cubiertos con una servilleta de papel junto a los fuegos y descubrí un montón de beicon, huevos y

tostadas. Teniendo en cuenta que por lo general ella desayunaba copos de trigo integral y leche de almendras, aquello fue un susto. Un buen susto. Mangué una loncha de beicon y retiré la mano antes de que pudiera darme un tortazo.

Claire frunció el ceño.

—¡No!

—Esto tiene algo que ver con las escamas, ¿verdad?

—¡Tiene que ver con mi otra mitad, que me está volviendo loca! —exclamó Claire mientras pinchaba el resto del beicon—. No hace más que tratar de influir en mí.

Después de algunos de los comentarios que había hecho la noche anterior, a mí me parecía que ya había influido en ella. Pero no para mal. Si había una situación en la vida en la que verdaderamente hacía falta un poco más de crueldad, no cabía duda de que era la suya, con un puñado de asesinos feys persiguiendo a su hijo.

—He tratado de llegar a un compromiso —continuó ella, quejándose—. He intentado comer pescado y huevos.

—¿Y te ha servido de algo?

Claire hizo una mueca.

—No. No quiere pescado. No le gustan los huevos.

Quiere montones de carne y cuanto más cruda y más grasienta, mejor. Él preferiría seres vivos y atemorizados a los que pudiera matar primero, pero sabe que más le vale no pedirlos. Por eso me tortura soñando con filetes, salchichas y costillas tostándose al fuego.

Yo sonreí.

—Entonces, ¿para qué cocinas todo esto?, ¿para torturarlo tú a él?

—Los niños tienen que comer. Y quería que hubiera comida suficiente para los gemelos y para que todos comierais algo luego. No sé cuánto tiempo tardaré.

—¿Tardarás en qué?

—En hacer averiguaciones sobre la *Naudiz*. No es un tema sobre el que pueda hablar por teléfono. Tengo que ir en persona.

—No —negué yo, robando otra loncha de beicon. Era de las buenas: gorda, picante y con ese brillo como de miel—. Tú te quedas aquí con Aiden. Iré yo.

—Tú no tienes mis contactos —protestó Claire.

—Tengo a Olga.

Claire me lanzó una mirada escéptica.

—¿Tu secretaria?

—Su difunto marido era muy conocido en el mercado de las armas sobrenaturales. Y además Benny no era muy puntilloso acerca de dónde salía la mercancía.

—¿Y eso es una ventaja?

—Lo es si lo que estás buscando es una runa fey de guerra recién robada. No creo que ese guardia vaya a dirigirse a los canales legales. Es más probable que la gente de Olga sepa algo.

—¡Pero yo no puedo quedarme aquí sin hacer nada! ¡Me paso la vida así!

—No es cierto que no hagas nada. Eres la guardiana de tu hijo. Y sinceramente, das mucho más miedo que yo.

Claire me dirigió una mirada irritada.

—¡Vaya, gracias!

—Ya sabes a que me refiero. Yo no puedo hacer lo que haces tu, Claire. Así que déjame hacer lo que sé hacer, ¿vale?

—Eres una buena amiga, Dory.

Claire me había dicho esas palabras de corazón al tiempo que me daba un pringoso abrazo zalamero. Yo la abracé a mi vez con torpeza y con las manos llenas de salada y de grasienta bondad. No pude recordar la última vez que me habían abrazado tantas veces ni con tanta fuerza en solo veinticuatro horas.

Ella se echó atrás parpadeando y yo fingí que no me daba cuenta.

—¿Quieres algo antes de marcharte? —preguntó Claire, señalando hacia los fuegos—. Hay comida de sobra.

—Creía que en la nevera sólo había cerveza y mayonesa. Y yo no me fiaría de la mayonesa. Hace unos días pillé a un trol con la cabeza metida en el tarro, comiéndosela como si fuera caramelo.

—Olga ha mandado comida como para un regimiento junto con los gemelos.

Claire sacó un tarro de la nevera y lo miró frunciendo el ceño.

—Todavía no los has visto comer. Eso era probablemente solo para el desayuno.

—¿Y cuánto más crees que tengo que cocinar? —preguntó Claire, mirando los platos sobre la encimera junto a la cocina.

—¡Y yo qué sé! En realidad yo jamás he visto que se quedaran llenos. Tengo que irme antes de que se movilice toda la gente que conozco.

Me terminé el café y me marché sin darme tiempo a preguntarme por qué el tarro de mayonesa tenía marcas de lengüetazos.





Encontré el petate en el coche con el móvil dentro, así que todo parecía ir bien. El Camaro tenía algunas abolladuras nuevas bastante importantes y olía un poco a moho, pero pude arrancar, así que lo consideré una victoria. Diez minutos más tarde lo aparqué junto a un diminuto mercado de Brooklyn que por fuera parecía idéntico a cualquier otro.

Y también lo parecía por dentro, al menos por la parte frontal. Los clientes podían merodear entre tenderete y tenderete, todos ellos desiertos, para comprar un perrito caliente de plástico, conseguir tarjetas que rascar a ver si habían tenido suerte o adquirir objetos de perfumería a precios desorbitados. Y todo ello mientras los empleados no les hacían ni el menor caso. Al final la gente del barrio se había cansado del desastroso servicio y se había ido a comprar a otra parte, que era precisamente el objetivo. Corría el rumor de que el mercadillo era la tapadera de la mafia, que se dedicaba al tráfico de droga y/o al juego.

Pero la verdad era algo mucho más extraña que eso.

Para acceder a la sala de atrás había que entrar por un corto pasaje y llamar a una puerta. Me incliné y golpeé la puerta con los nudillos porque la mirilla quedaba más o menos a la altura de mi ombligo. Un diminuto ojo verde se asomó y me miró con suspicacia.

—¿Qué?

—Abre. Soy yo, Dory.

—¿Y cómo puedo estar seguro de que eres Dory?

—¿Porque me estás viendo?

—Enciende la luz.

Yo suspiré.

—Está encendida.

Había media docena de bombillas en la lámpara que tenía encima; sumarían en total unos ciento cincuenta vatios. Suficiente para sentir cómo me freían lentamente el cerebro. Pero eso daba igual. La vista de los trols es en general terrible, y no he oído hablar de ningún hechizo capaz de mejorarla.

Oí una conversación en voz baja al otro lado de la puerta.

—No hace falta que susurres. No hablo trol —dijo yo.

—Pues deberías aprender —dijo una voz que conocía desde el otro lado de la puerta, que inmediatamente se abrió.

Yo seguí agachada, cosa que me proporcionaba una buena vista del brillante cuero negro en el que estaban embutidos dos espléndidos muslos. Un leve movimiento del ojo hacia abajo me mostró dos sandalias de tacón que le añadían

otros siete centímetros y medio a una altura ya importante. Por la punta del pie sobresalían tres dedos retorcidos, el número habitual en un bergtrol o trol de las montañas. Aunque la mayor parte de ellos no llevan las uñas pintadas de rojo superbrillante.

O eso había pensado yo siempre.

Continuando el trayecto hacia arriba vi un pecho natural y bien entallado dentro de un chaleco de un rojo vivo que en su mayor parte quedaba oculto tras una barba castaña desbordante. Del mismo color era el pelo que enmarcaba un rostro ancho. Lo llevaba cardado, corto y con reflejos de color platino. Me miró inquisitivamente.

—¿Por qué te agachas así? —exigió saber Olga.

Como estaba sorprendida, no le contesté: «Por nada en particular».

Me erguí y ella se echó atrás para cederme el paso. El diminuto trol de la montaña que había contestado en primer lugar volvió a su taburete, lo empujó a un lado y trepó para subirse encima y fumarse un cigarrillo tranquilamente. Había sido también el portero del establecimiento con los anteriores propietarios, cuando era un antro de juego y siempre estaba abarrotado. Supongo que al final se llenaba tanto, que lo habían sustituido por un salón de belleza.

—¿Nuevo *look*? —pregunté yo, tomando asiento en una banqueta vacía.

Olga se dejó caer en una silla frente al puesto de la manicura. La silla crujió, pero se mantuvo en pie y la especialista en manicura reanudó su trabajo con aquellas uñas gordas y curvas.

—Deberías probarlo tú también —dijo Olga, echando un vistazo desdeñoso a mis uñas cortas y a mi pelo al natural—. Pareces un chico.

Yo alcé una ceja.

—Pues a los chicos no se lo parece.

—No veo tú casada.

—Antes se congelará el infierno —afirmé yo, que estaba de acuerdo en eso con ella.

Olga soltó un bufido.

—¿Qué ha sido de ese vampiro?

—¿Cuál de ellos? Últimamente he visto a más de los que hubiera querido.

Aunque, por supuesto, como preferiría no ver nunca a ninguno, eso tampoco era difícil.

Olga estiró sus enormes manos, las giró hacia arriba y movió los dedos. Yo sonreí pensando en la cara que pondría Louis-Cesare si alguna vez descubría que su nombre sonaba exactamente igual que la palabra en lenguaje trol con la que ellos decían «culo apretado». Aunque tampoco es que eso le pegara. En muchos sentidos.

—Hace tiempo que no lo veo.

—Lo verías más si... —Olga se interrumpió, alzó la vista y preguntó—: ¿Cuál la

palabra?

—¿Si fuera más coqueta? —sugirió la chica de la manicura, mirándome y haciéndome un gesto de aprecio—. Estarías estupenda con reflejos.

—Con reflejos parezco una mofeta.

Era la maldición de las morenas.

—A ti lo que te pasa es que no te las han hecho bien —continuó la chica—. Yo soy un lince con los colores. En cuanto termine aquí podemos...

—Puede que otro día.

Acababa de ponerme mechas azules.

Le expuse el problema de la piedra a Olga mientras terminaban de hacerle las uñas.

—No estamos seguros de si ha venido aquí para venderla, pero me parece lo más lógico.

La guerra que estaba teniendo lugar en el mundo sobrenatural había elevado los precios de los hechizos de protección. Y se suponía que esa piedra era la mejor protección de todas.

Olga asintió y después se quedó simplemente ahí sentada. A diferencia de los humanos, a los trols no les molestan los silencios. Y no son grandes charlatanes. Y como yo también he mamado eso, lo encuentro relajante.

Le eché un vistazo a unas cuantas revistas, salí a la acera de enfrente a por un refresco, volví a entrar y examiné el nuevo arsenal de armas de la sala de atrás. En aquella estantería había armas de fuego suficientes como para volar todo Brooklyn, aparte de los frascos de agua oxigenada y las bolsas de extensiones de pelo. Olga necesitaba un lugar barato donde comenzar de nuevo el negocio y el propietario del local necesitaba una tapadera y cierta seguridad, así que ambos habían llegado a un trato. Por eso se podía entrar a comprar un champú y salir con el equivalente mágico de un bazuka.

De la mayor parte de esas armas yo ya contaba con un par, pero había una bonita selección a la que yo antes jamás me había molestado en echarle un vistazo. Eran armas pesadas que carecían de la gracia y de la flexibilidad del acero. No había nada de elegante en ellas: ni hojas ceremoniales brillantes como un espejo, ni empuñaduras con incrustaciones, ni preciosas vainas hechas a medida. Eran armas brutales por su misma fealdad, hechas para guerras feas y brutales.

Levanté una espada corta que era más bien como una porra y tanteé su peso con la mano. Estaba bien equilibrada aunque tenía una superficie deslustrada y ligeramente picada. Nadie la vería venir en una noche oscura. Elegí también un par de cuchillos y un mazo que debía de pesar algo más de veinte kilos y me lo llevé todo al salón de belleza.

Olga me observó al entrar.

—¿Qué haces tú?

—Necesito armas.

—Tienes ya.

—Sí, pero no funcionan muy bien con los feys. Y puede que hayas oído que anoche tuvimos una visita. A propósito, gracias por los gemelos.

Olga inclinó la cabeza.

—¿Qué tú hacer con esas armas?

Me pareció una pregunta extraña.

—¿Lo que suelo hacer con ellas?

—No vas por Æsubbrand.

Había sido una afirmación más que una pregunta, pero de todos modos contesté:

—Esta vez yo no fui tras él, sino al revés. Y además, ¿cómo sabes que ha estado aquí?

—La gente habla.

—¿Y qué más dicen?

Olga se encogió de hombros antes de contestar:

—Él venir aquí para causar problemas. No sé qué problemas. Tú no te acerques.

—Ya te lo he dicho, él vino a por mí.

Olga entrecerró los ojos sin dejar de mirarme.

—¿Y tú no ir de caza?

—¿Qué estás tratando de decirme, Olga? ¿Que no me vendes las armas si son para ir a por Æsubbrand? —pregunté yo. Olga siguió mirándome sin decir nada—. ¿Por qué?

—Tú buena luchadora. Para ser pequeña mujer. Pero ser poquita cosa para él. Te va a matar.

Olga lo había dicho en un tono de voz tan serio y con tanta convicción, que no pude evitar sentir un escalofrío.

—Bueno, pues alégrate. Porque no estoy planeando ir a buscarlo. Pero si vuelve otra vez, me gustaría tener algo un poco más mortífero que unos reflejos en el pelo.

Por fin llegamos a un acuerdo. Le dejé la maza al portero y lo arreglé con él para que me la llevara a casa. No estaba dispuesta a cargar con ella durante todo el día. El resto de las armas me las guardé en el petate. Pesaba mucho más de lo normal, pero era inevitable. No volverían a pillarme en bolas.

Me giré y vi que Olga se ponía en pie.

—Ven.

Olga me llevó por una puerta trasera hasta un pequeño aparcamiento donde tenía una furgoneta muy especial. Se sentó en el asiento del copiloto. El eje que sujetaba el asiento crujió. Ciento ochenta kilos de trol son muchos kilos de trol. Por mucho que ella se encuentre guapa y menudita para su especie.

La sociedad sobrenatural de Nueva York está dividida en razas que se corresponden más o menos con las secciones de la ciudad: los vampiros prefieren Manhattan; los magos tienen su base de la Costa Este en Queens y los lobos viven en su mayor parte en las áreas rurales del norte del estado. Brooklyn, por otro lado, es territorio fey. Para ser más exactos es la fortaleza de los feys de la oscuridad: por allí pululan y tratan de sobrevivir las criaturas que pueblan las pesadillas de los habitantes de la tierra.

Una considerable minoría de esos habitantes son los trols, que es la palabra que usan los humanos para designar a una amplia variedad de feys de la oscuridad que tienen unas cuantas similitudes evidentes entre sí. En realidad los «trols» surgieron de docenas de especies distintas, muchas de las cuales eran enemigas en Fantasía. Pero una vez dentro del extraño paisaje del mundo humano se unieron y formaron una sociedad de lazos estrechos. El difunto marido de Olga ni siquiera le llegaba a la cintura.

La lluvia provocaba que todo fuera más lento. Nos quedamos atascados en el puente de Brooklyn, en medio del tráfico.

—Detesto Manhattan —dije yo cuando en realidad estaba deseando llegar allí.

Olga asintió con un gesto simpático.

—En Fantasía pensamos que la Tierra es la dimensión infernal.

—Eso no lo sabía.

—Sí —confirmó Olga, que captó mi expresión—. El infierno de aquí arriba —añadió, tratando de rebajar la ofensa.

—Quizá.

El tráfico comenzó a avanzar otra vez. Entramos en la ciudad en caravana. No había ningún aparcamiento cerca de nuestro destino, así que Olga se bajó y yo me fui a buscar un sitio donde dejar el coche. Al volver me la encontré en un restaurante escasamente iluminado y decorado con botellas de vino envueltas en rafia e imágenes de Italia que parecían pintadas siguiendo una serie de instrucciones numeradas.

El restaurante lo dirigían los feys, lo cual significaba que Olga podía dejar su hechizo de glamour en la puerta como quien se quita un abrigo; el camuflaje del restaurante garantizaba a todos los clientes un aspecto más o menos humano. Y en su mayor parte casi todos lo eran, pero vi las siluetas borrosas de al menos tres de los otros en el bar y había otra pareja más comiendo espaguetis a la boloñesa en una mesa de una esquina.

—Lucas —llamó Olga al camarero, que llevaba un glamour a juego con la decoración del local: pelo negro, un diminuto bigote perfecto, una ligerísima panza y los comienzos de una calvicie.

Nadie sabía cuál era su verdadero aspecto o qué era en realidad. Yo era capaz de captar un glamour a menos que fuera muy, muy caro. Pero no podía ver a su través y

adivinar el verdadero aspecto.

Después de todo se trataba precisamente de eso.

El hombrecito nos llevó hasta una mesa en la que un distinguido caballero de pelo cano y de unos setenta años disfrutaba de un plato de pollo a la cacciatore. En la cara tenía unas arrugas tan imperceptibles como las discretas rayas de su traje de cuatro mil dólares y de sus brillantes mocasines de Prada. A mi juicio su aspecto era humano, pero no parpadeó ni siquiera una vez durante todo el tiempo en que Olga tardó en explicarle lo que queríamos.

—Compruébalo —terminó por pedirle Olga al caballero mientras llamaba al camarero con un gesto regio.

—Mi querida dama, no me hace falta comprobar nada —le contestó él mientras se limpiaba una mancha de salsa de la barbilla—. Puedo asegurarte que en Nueva York ahora mismo no hay nada así a la venta.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le pregunté yo mientras Olga pedía la carta.

—Porque mi trabajo consiste en saberlo.

—¿Y cuál es tu trabajo?

—Buscar objetos poco comunes para los compradores entendidos, poner en contacto a los vendedores de esas exquisiteces con los compradores que saben apreciarlas. Conozco los inventarios de todas las casas de subastas importantes e incluso de buena parte de las pequeñas.

—Pero no de todas. Quiero decir que solo en este país debe de haber cientos de...

—Mi querida y jovencísima dama —me interrumpió el caballero con seriedad—, ninguna casa de subastas sin importancia podría manejar un objeto como ése. La *Naudiz* es uno de las pocas runas que, según se dice, talló el mismo Odín. Su valor sería... Bueno, en realidad no tiene precio. Si saliera a la venta, provocaría un terremoto en el mundo. Sería como si saliera a subasta el diamante Hope en el mundo de la joyería.

Yo le di un mordisco a un palito de pan y pensé en ello.

—No, sería como si robaran el diamante Hope y luego alguien tratara de encontrar el modo de venderlo. Vender una joya pequeña no tiene dificultad; puede hacerse en cualquier sitio. ¿Pero vender el mismísimo diamante Hope?

—Bueno, pero un diamante siempre puede volver a cortarse —dijo él, que comenzó a comerse un enorme helado—. Aunque en el caso de una piedra preciosa tan famosa, no creo que fuera necesario. Lo más probable es que se organizara una venta discreta a un coleccionista privado siempre y cuando el ladrón no fuera un perfecto novato. Pero es una pobre analogía, porque los objetos mágicos no pueden dividirse ni partirse.

—Entonces, ¿cómo lo haría? Me refiero a si alguien quisiera dividir un objeto como ése.

El caballero alzó una ceja de un modo extraño.

—Nadie dividiría un objeto de esa calidad.

—Pero entonces, hipotéticamente hablando, ¿qué es lo que hace uno con un objeto como ése?

El caballero se encogió de hombros antes de contestar:

—Organizar una venta privada, tal y como te he dicho, o una pequeña subasta solo para unos cuantos invitados seleccionados. La subasta es un poco más arriesgada, pero probablemente los beneficios finales también serían mucho más cuantiosos.

Acepté una copa del vino que le había pedido Olga al camarero y comencé a dar sorbos mientras reflexionaba sobre el asunto.

—Digamos que el ladrón es un principiante. Es la primera vez que roba. Quiere el máximo de beneficio, así que prefiere organizar una pequeña subasta privada entre invitados elegidos. ¿Quién podría ocuparse de algo así por encargo?

—Muchas personas. Me temo que en nuestro negocio hay mucha gente sin escrúpulos. Y muchos otros se dejarían persuadir equivocadamente a hacerlo movidos por la importancia de la comisión.

—¿Y cómo podría yo ir descartando candidatos hasta dar con él?

—¿Sabes si alguna vez ese individuo ha tenido tratos con casas de subastas, y en ese caso con cuáles?

—No, no ha tenido tratos con ninguna, que yo sepa.

—¿Tiene algún contacto en ese mundo, conoce a alguien que haya podido sugerirle alguna idea?

—No lo sé.

Los *blarestis*, el grupo de los feys de la luz del que formaba parte Claire, no se aventuraban a entrar en nuestro mundo muy a menudo, pero tampoco tenían leyes que lo prohibieran. El guardia podía haber entrado todas las veces que hubiera querido ya fuera oficial o extraoficialmente, y no había ningún modo de saber a quién había visto.

—Mmm...

El caballero se puso a reflexionar sobre el asunto mientras Olga metía la mano en una fuente de aperitivos que empujó hacia mí. ¿Qué diablos?, me dije yo para mis adentros. Me había terminado otra copa de vino y había comido *prosciutto* en cantidad suficiente como para matar a una persona normal cuando por fin el caballero hizo un gesto de asentimiento.

—Si tú no puedes ir descartando candidatos por ese lado hasta dar con él, lo único que puedes hacer es descartar candidatos por mi lado hasta dar con él.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que en los tratos que se hacen con casas de subastas sin escrúpulos se

producen numerosos fraudes, y por lo general el comprador toma precauciones. Nadie intentaría siquiera vender algo así sin proporcionar una prueba irrefutable de su legitimidad. Y una prueba tal requiere de medios para convencer al posible comprador de que el objeto es verdaderamente lo que la casa de subastas dice que es.

—¿Y quién hace ese tipo de valoraciones?

—Tiene que estar siempre a cargo de una autoridad incuestionable, en este caso probablemente un fey dado que el objeto lo es; alguien de probada discreción y de una reputación intachable.

—¿Conoces tú a alguien así?

—Por supuesto —afirmó el caballero, que golpeó la cuchara contra la copa se reclinó sobre el respaldo de la silla con un suspiro—. Eso suponiendo que reconozcas la señal.

El pesado y viejo bloque de madera y metal, reliquia de la era de la prohibición de los años veinte, crujió al abrirlo.

—¡Cierra la puerta! —gritó el típico coro con su saludo de siempre.

Entré y la cerré de un empujón.

Al otro lado quedó la luz del día, así que tuve que bajar las escaleras escasamente iluminadas con mucho cuidado. El gorila, un enorme trol de agua situado al pie de las escaleras, alzó una mano sudorosa a modo de saludo al verme entrar en el enorme sótano. Allí dentro resultaba mucho más fácil ver, y no sólo debido a los faroles distribuidos por el local.

A lo largo de las paredes había pintadas: líneas doradas que se ondulaban al tropezar con los huecos entre ladrillo y ladrillo. Las que estaban situadas cerca del techo estaban dibujadas en negro y permanecían inamovibles y tan estáticas como si estuvieran pintadas con pintura en lugar de con magia. El resto, sin embargo, flotaba por las paredes y por el suelo de cemento, curvándose y rescribiéndose constantemente conforme cambiaban las apuestas.

Allí se apostaba por todo: desde carreras de perros y *jai alai* hasta ping pong y golf. Y no porque a los feys les hiciera falta ningún deporte para apostar. Había un par de enanos en el bar apostando a ver cuál de las gotas de la condensación de sus jarras caía primero sobre la barra. El barman, que además era el propietario del local, los miró de mal humor. Prefería que las apuestas se hicieran contra él que entre clientes. Aunque al menos el ganador invitaría a otra ronda.

Una de las pocas características esenciales de los feys es su pasión por los juegos de azar. Abrían salas de apuestas antes que tiendas de ultramarinos y eran capaces de apostar por cualquier cosa. Y a pesar de su pésimo gusto para la decoración, Pin's era uno de los mejores sitios de Brooklyn donde hacer una apuesta.

—¿Qué quieres decir con eso de que no lo sabes? —le pregunté yo a Pin—. ¡Pero



si tú conoces a todo el mundo!

—Conozco a todo el mundo en Brooklyn —me corrigió él mientras saltaba del cajón de leche para prepararme una copa.

Fin era un skogstrol, que en noruego quiere decir un trol del bosque aunque, que yo sepa, él no ha salido en toda su vida de Brooklyn. Sin embargo tenía la nariz de un skogstrol, aunque solo midiera unos treinta centímetros porque todavía era joven, y tenía que subirse a una caja para poder ver por encima de la barra del bar.

Volvió a trepar al cajón y deslizó otra botella de cerveza de cuello largo por encima de la barra del bar hacia mí.

—El tipo al que quieres ver trabaja en Chinatown. En Manhattan, el territorio de los vampiros. Pero eso ya lo sabes.

—Y entonces, ¿qué hace un fey allí?

Fin se encogió de hombros antes de contestar con otra pregunta:

—¿Es chino?

—Es fey —insistí yo, haciendo una pausa para vaciar la mitad de la botella.

Fuera hacía un calor infernal y yo llevaba todo el día de un lado para otro cargando con una tonelada de hierro. Y lo único que había sacado en limpio era un palpitante dolor de cabeza y un par de ampollas. ¡Qué buena idea ponerme ese día la chaqueta de cuero!, pensé mientras la observaba con resentimiento.

—Sí, pero los luduans abandonaron Fantasía hace mucho tiempo y la mayor parte de ellos se instalaron en China. Los emperadores chinos los usaban en sus interrogatorios.

—Eso lo sé —contesté yo con cierta irritación.

En el mundo humano se usaba el triopentatio de sodio y los detectores de mentiras; en el sobrenatural a los luduans, si es que uno conseguía encontrarlos. Pero al luduan al que yo andaba buscando lo habían despedido, no estaba en su apartamento y hacía dos días que nadie lo veía por los sitios que solía frecuentar.

Un trío de trols que iban pisando fuerte y montando una gran algarabía surgió del punto central frente a un enorme espejo de pared. De hecho el espejo reflejaba las pruebas clasificatorias del alocado deporte de los magos de las carreras de los caminos prehistóricos. Muy pronto se celebraría en Nueva York el campeonato mundial, y la gente no pensaba en otra cosa. Incluyendo a Fin, que estaba ganando todas las apuestas.

Esperé mientras él le sacaba el dinero a una merrow, que por supuesto había apostado por un conductor irlandés. La merrow agarró la pinta de cerveza con la mano palmeada extendida sobre la jarra y se alejó de la barra. Yo me incliné hacia delante.

—Estoy desesperada, Fin. No tengo tiempo; no puedo esperar ni semanas, ni tan siquiera un día a que aparezca ese tipo. Lo he buscado por todas partes, y es como si

hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

Fin se encogió de hombros antes de contestar:

—Yo lo único que sé es que hizo un par de apuestas conmigo hace una semana y aún no ha venido a pagarme. Así que mandé a los chicos a buscarlo.

Los «chicos» eran un par de trols de las cavernas bajitos y rechonchos como el resto de su especie, pero con los brazos largos y las manos grandes como palas, ideales para cavar en las grandes extensiones de tierra. Esas mismas manos eran perfectas también para abofetear a los apostantes que no pagaban sus deudas; tanto, que Fin apenas tenía ningún problema.

—¿Y lo encontraron? —le pregunté yo.

Él hizo un gesto de mal humor antes de contestar:

—Aún no. Fueron a su trabajo, pero no estaba allí.

—Ni volverá. El jefe lo despidió en cuanto se enteró de lo de sus deudas. Creo que tenía miedo de que desapareciera con parte de la mercancía.

Fin dejó de hablar conmigo por un momento para servir a otro cliente el tipo de cerveza de melaza que les gusta a los trols. Yo reprimí una mueca de asco. Esa cosa se puede comer con cuchara.

—Tú te refieres a la casa de subastas en la que solía trabajar —me dijo Fin concluyendo—. La semana pasada consiguió otro trabajo en un garito de juego que está en la parte de atrás de la farmacia que hay por allí.

Yo saqué un bloc de notas.

—¿Qué farmacia?

Fin sacudió la cabeza.

—No te molestes. ¿No te he dicho que mandé a los chicos?

—No pretendo faltarle al respeto a tus chicos, pero dímelo de todos modos.

Un rayo de luz interrumpió la algarabía montada alrededor de la enorme pantalla de televisión instalada en una mugrienta pared; entorpeció la visión de la carrera de caballos que estaban retransmitiendo.

—¡Cierra la puerta! —gritamos todos.

La puerta se cerró de golpe al instante.

—El propietario tuvo algunos problemas hace unos meses con unos magos que entraron y se lo llevaron todo utilizando un conjuro para engañar —me dijo Fin.

—Hay hechizos contra ese tipo de cosas.

—Sí, pero son caros y hay que renovarlos con regularidad, y él no estaba precisamente haciendo el agosto. Así que decidió colocar a un luduan permanentemente para que cuando llegara alguien haciéndole un pedido importante, el luduan lo interrogara. Quería que se asegurara de que realmente era un golpe de suerte.

—Suena razonable.

—Sí, y funcionó bien. Hasta que esa maldita cosa dejó de ir. El propietario dice que anoche no fue a trabajar, ni la noche anterior tampoco. Y tampoco apareció en todo el día.

—Genial.

O bien se había largado, en cuyo caso seguirle la pista podía costar semanas, o bien uno de sus corredores de apuestas había decidido que se merecía una lección un poco más permanente. De un modo u otro estaba jodido.

—Tengo que hablar con ese tipo. Si es que sigue vivo. Y tengo que hablar con él hoy.

La única respuesta que obtuve fue una sonrisa amable, nada más. Y eso no resultaba nada prometedor. Todo el mundo acudía al local de Fin y él siempre mantenía las orejas bien abiertas. Él era siempre mi primera parada en la mayoría de los encargos en los que estaban implicados los feys, aunque ese día había sido el último porque primero había tenido que ir a Manhattan y, de paso, había empezado la búsqueda por allí. Si Pin no sabía nada, entonces nadie sabía nada. Excepto una persona.

Llamé por teléfono a Mircea de camino a casa.

—Necesito que me hagas un favor.

—¡Qué coincidencia!

Tardé un segundo en comprender.

—Quieres que te haga esa recogida.

—Sí.

Miré a mi alrededor y por fin encontré la carpeta que sobresalía por debajo del asiento, medio oculta bajo un par de bolsas arrugadas de comida para llevar y las zapatillas de tenis. Así que era ahí donde me las había dejado. Las arrojé al asiento de atrás y revisé el expediente.

Se trataba de otro sórdido propietario de discoteca que tenía por costumbre hacer contrabando, solo que éste prefería las armas a las drogas. Más de lo mismo.

—Muy bien —le dije a Mircea—. Yo necesito encontrar a un luduan. No sé el nombre, según parece los luduans no usan nombres, pero se supone que es el único que ronda por Manhattan.

Le di todos los detalles que sabía.

—Muy bien. Haré averiguaciones.

—Lo necesito para mañana como muy tarde, Mircea.

—Y yo necesito a ese vampiro vivo.

—Sí, ese detalle ya lo dejaste bastante claro. Te llamaré cuando lo tenga.

Colgué. El trabajito no me llevaría demasiado tiempo.



Todo iba bien hasta el momento en que le corté la cabeza.

Ese tipo de hechos suele provocar un sobresalto tal que la gente se queda muda, pero en esa ocasión no fue así. El vampiro siguió agitando los brazos inútilmente, sus mocasines de piel de cocodrilo dejaron rayas en el suelo del baño y su cabeza separada del cuerpo gritó «salvaje asesina». Genial.

Le metí un montón de toallitas de papel en la boca y me apresuré a salir por la puerta. Por suerte parece que el ritmo del pinchadiscos sonaba tan fuerte que ensordecía incluso los oídos de los vampiros, porque ninguno de los gorilas vestidos de negro corrió a auxiliar a su jefe. En el corto pasillo que conducía al baño solo había una pareja montándose y un tipo esperando para entrar.

—Éste es sólo para los empleados —le dije yo—. Hay otro para los clientes a la entrada.

—Sí, pero hay cola. ¿Es que no podéis iros a una habitación o algo así?

—Lo siento.

El tipo trató de asomar la cabeza por la rendija de la puerta.

—Me ha parecido oír un grito.

—Es que me estoy portando mal con él.

Entonces se fijó en mis pantalones de cuero negro, mi corpiño y mi chaqueta corta escogida especialmente para tener soltura durante las limpiezas, y esbozó lentamente una sonrisa.

—No me importaría que te portaras mal conmigo también.

—¿Sabes? Estoy convencida de ello.

Volví dentro y vi que el cuerpo estaba tanteando el suelo con las manos, tratando de localizar la pieza que le faltaba. Pero yo no podía permitirle porque las partes recién cortadas de un vampiro a menudo pueden volver a unirse. Recogí la cabeza agarrándolo por los pelos negros de punta y la arrojé al lavabo.

Durante el forcejeo se me había caído el cuchillo al suelo, un bowie de veinticinco centímetros de largo. Lo limpié tranquilamente, concediéndole tiempo al vampiro para que fuera haciéndose a la idea de la nueva situación. Había terminado cuando él consiguió por fin escupir el montón de toallitas de papel.

—¡Me has cortado la cabeza!

En sus ojos azules había sorpresa e ira a partes iguales.

Los dos contemplamos sus restos, que aún se retorcían. Por supuesto que al cuerpo le faltaba la cabeza, pero era extraño porque también carecía de sangre y vísceras. Los corazones de los vampiros no laten a menos que estén tratando de parecer humanos, así que por suerte no les sale nada a borbotones. Yo tenía unas

cuantas gotas de sangre en la chaqueta pero no se notaban mucho al ser de piel. Casi todo el resto de la sangre formaba un charco bajo el cuerpo, con lo cual la escena tenía un aspecto extrañamente prístino.

Eché otro vistazo al lavabo y me di cuenta de que la cabeza me miraba de mal humor. Según parecía el sentimiento de ira había vencido.

—¡Eres una hija de puta y estás loca! ¡No puedes entrar en mi discoteca así, sin más, y...!

—Me llamo Dory.

—¡... y cortarme la cabeza! ¿Tienes idea de quién soy?

—Por supuesto.

—Porque cuando te... —continuó el vampiro, que entonces parpadeó confuso—. ¿Qué?

Saqué el expediente de mi petate.

—Siempre me alucina que todo el mundo piense que mato por placer.

—¿Y no es por eso?

—Bueno, no es solo por placer.

Doblé la portada del expediente para enseñarle la foto que había sujeta con un clip a los papeles que había dentro.

El vampiro tuvo que forzar la dirección de la vista para enfocar la imagen de su propio rostro enjuto, de su enorme nariz y de su expresión hosca.

—¿Te han pagado para que me mates?

—Si fuera así ahora estarías muerto.

—Y entonces, ¿cómo cojones llamas a esto?

—Un inconveniente temporal. Un maestro de quinto nivel puede sobrevivir una semana sin cabeza.

—¿Y cómo sabes que yo soy maestro de quinto nivel? —siguió preguntando el vampiro con arrogancia.

Probablemente había estado contándole a la gente que era de tercer nivel o algo así. Hay algunos casos en los que los vampiros pueden ocultar su verdadero nivel y fingir ser más fuertes o más débiles de lo que son. Pero no era el caso de aquel gracioso.

—Porque está en el expediente —le contesté yo con paciencia—. Eso por no mencionar que un maestro sénior no estaría mirándome de mal humor mientras se desangraba. Estaría...

Súbitamente el cuerpo sin cabeza dobló la pierna izquierda formando una uve, me tiró al suelo y me agarró por el cuello con una mano. Yo le clavé un cuchillo en el pecho por debajo de las costillas y lo dejé sujeto al suelo de linóleo. En lugar de tirar del arma e internar clavármela a mí, las manos cayeron al suelo, a los lados, como si fuera un pez al que hubieran sacado del agua.

Sin duda era de quinto nivel.

Abrí el expediente.

—Raymond Lu. Nacido en 1622, fruto de un revolcón en la playa entre un marinero holandés cachondo y la indonesia más tonta del pueblo.

—¡Fue una unión por amor!

—Claro —confirmé yo, mientras daba un paso atrás para evitar que se me mancharan las botas de sangre—. A duras penas te ganaste la vida a partir de entonces formando parte de la banda de piratas más inepta que ha surcado jamás los mares, y te transformaste en vampiro porque se te ocurrió robarle al tipo que no debías.

La cabeza dijo algo, pero resultó indescifrable porque se había escurrido por el lavabo y había acabado con la nariz contra el desagüe. La saqué y la coloqué junto al grifo. Su forma de darme las gracias consistió en tratar de darme un mordisco en el pulgar.

—Hoy en día te haces pasar por un respetable hombre de negocios chino a pesar de que ni eres respetable ni eres chino, y tu negocio consiste en hacerle los recados a la versión no muerta de la mafia de Hong Kong.

—Es mi forma de ganarme la vida.

—No por mucho tiempo. Has sido un chico muy malo, Raymond. El Senado quiere tener una charla contigo.

—¡Espera! ¿Trabajas para el Senado?

La cabeza esbozó una expresión casi de alivio. Era extraño, porque por lo general el Senado solía hacer temblar a todos los vampiros.

—Trabajo como *free lance* —le informé yo.

—¡Pero tú eres una dhampir!

—Tal y como tú has dicho, es mi forma de ganarme la vida.

—¡Bien! Creía que... No importa.

Abrí la cremallera del compartimento principal de mi bolsa.

—Vamos a ir a ver al senador que está a cargo de los asuntos relacionados con los feys. Tiene que hacerte unas preguntas sobre ese portal ilegal a Fantasía que has estado dirigiendo.

—No sé de qué estás hablando.

—Seguro que no. La gente entra y sale sin parar y algunos de ellos se marchan con armas feys muy feas. Tú nos cuentas dónde está ese portal, nosotros lo volamos y todos felices.

—¡Pero yo seguiré sin cabeza!

—Hay personas que pueden arreglar eso... suponiendo que tengas todas las partes necesarias. Yo voy a dejar el cuerpo aquí. Estoy segura de que tus chicos cuidarán bien de él. Y mientras tú sobrevivas, tú y tu cuerpo podréis reuniros felizmente dentro

de un par de...

De pronto un joven y guapo chico asiático entró por la puerta, a la que le dio tal golpe que le reventó el pestillo. Vestía unos vaqueros negros, botas y la camisa de gorila, pero esta última la llevaba suelta por detrás para ocultar un arma a la espalda. Abrió la boca para decir algo, pero al final se quedó callado y boquiabierto. Sus ojos se desviaron del cuerpo que estaba en el suelo a la cabeza colocada sobre el lavabo y por último, de nuevo, al cuerpo.

—¡No te quedes ahí! —farfulló Raymond—. ¡Mátala!

El vampiro se sobresaltó al oír una voz procedente de la morbosa cabeza. Sus ojos volvieron a hacer toda la ronda, buscando el objetivo al que tenía que atacar. Pero pasaron por encima de mí sin hacer siquiera una pausa. Me vio, pero supuso que yo era humana, lo cual me colocaba en la misma categoría que el portarrollos del papel higiénico.

Le hice un gesto con la mano.

—Soy dhampir —añadí amablemente.

Él parpadeó y finalmente se fijó en mi rostro. Captó la delicadeza de los rasgos heredados de mi madre humana, los hoyuelos de origen incierto dentro de mi acervo genético y mi altura, que no es nada del otro mundo.

—¡Imposible! —gritó él, casi ofendido.

—No, en serio.

—¡Pero no pareces una dhampir!

—¿Has conocido a alguna?

—No, pero... una dhampir tendría que ser más alta. Y deberías tener cola.

Por un segundo sus ojos se desviaron hacia abajo y pareció casi desilusionado al ver el aspecto humano de mi culo.

—Eso es un mito —le dije yo amablemente.

Él seguía demostrando escepticismo, así que le enseñé por un instante mis colmillos. En mi especie son solo un vestigio porque nosotros no bebemos sangre, pero logró hacerle llegar el mensaje. Abrió los ojos inmensamente, dio un paso atrás y por fin comprendió.

—¡Eres una dhampir!

—Por curiosidad, ¿quién creías que había decapitado a tu jefe? —pregunté yo mientras él echaba la mano hacia atrás para sacar el arma.

Yo había estado esperando ese gesto, así que saqué la mía antes que él. Lo de los reflejos no es un mito, porque si no a estas alturas yo ya estaría muerta.

Él se quedó mirando mi Glock. Es una 45. Él sacó una diminuta 22.

—El tamaño sí importa —observé yo.

Él hizo un gesto de mal humor.

—¡Oh, por...! ¡Ve a buscar ayuda! —ordenó Raymond.

El vampiro dirigió la vista de nuevo hacia su maestro, y una vez más apareció en su rostro parte del miedo que había mostrado al principio.

—¡Pero, señor, lord Cheung está aquí!

—¿Cómo? —preguntó Raymond, que súbitamente parecía mucho más asustado que en el momento en que yo lo había decapitado—. ¡Pero si no tenía que llegar hasta mañana a media noche!

—Creo que su avión se ha adelantado —contestó el vampiro, cuyos ojos seguían desviándose de una a otra parte de su jefe como si no estuviera muy seguro de a cuál de ellas dirigirse. Por fin decidió hablarle a la cabeza—. Ha ordenado que te presentes ante él inmediatamente.

—¡Oh, mierda, mierda! —exclamó Raymond, y entonces fue él quien se puso a mirar de un lado para otro desesperadamente.

—¿Qué está haciendo tu maestro aquí? —exigí saber yo.

Pero Ray no me escuchaba.

—Si ha venido antes de lo esperado eso significa que... ¡Oh, mierda!

Su cuerpo dio un repentino tirón y se levantó del suelo, pero solo consiguió pegarse contra el lavabo, escurrirse con la sangre derramada y volver a caerse.

—¿Significa qué?

—¡Que has llegado tarde! ¡Que él va a matarme antes que el Senado!

—¿Y por eso estabas aquí escondido en el baño?

Por una vez no había tenido que andar dando vueltas para perpetuar el crimen. El vampiro ya estaba en el baño en el momento de llegar yo. Me había parecido una circunstancia de lo más oportuna, y sin embargo me había extrañado. Porque no se puede decir que los vampiros utilicen el baño muy a menudo.

Él me lanzó una mirada llena de odio.

—¡No me estaba escondiendo! Sencillamente necesitaba un lugar tranquilo para poder reflexionar. Para pensar de qué modo...

Sus labios quedaron sellados de pronto y sus ojos de color pálido se fijaron en mí.

Yo suspiré. ¿Por qué tenía la sensación de que aquel estupendo y sencillo encargo acabaría siendo un verdadero churro?

—¿Y tu maestro quiere matarte porque...?

—Porque puede que haya habido un pequeño... malentendido... a propósito de cierta mercancía.

—¿Le has robado a la mafia de los vampiros? —insistí yo en preguntar.

—Cierta mercancía fue colocada erróneamente, ¡y no fue culpa mía!

—¡Por supuesto que no!

—Escucha, tú lo único que necesitas saber es que... —comenzó a decir el vampiro, que entonces se interrumpió y miró más allá de mí, hacia el gorila—. ¿Qué estás haciendo?



El gorila dirigió la vista hacia el arma con la cual me apuntaba directamente a la cabeza.

—¿Matarla? —preguntó el gorila.

Raymond puso los ojos en blanco.

—¡Oh, por el amor de...! ¿Podrías al menos intentar enterarte de algo alguna vez?

El vampiro bajó el arma y se quedó ahí de pie con una expresión incómoda.

—¿Qué es lo que quieres contarme? —solté yo.

—Que no hay un solo portal —se apresuró a decir Ray—. Hay toda una red, y yo sé dónde están. Bueno, la mayor parte de ellos. Más de los que tú encontrarías si te pusieras a buscar, eso sin duda. Tú me sacas de ésta y yo hablo. Pero si me dejas morir aquí, no creo que encuentres a nadie dispuesto a cantar.

Genial. Debería de haberme imaginado que Mircea no me daría dos trabajitos fáciles seguidos. El que tenía entre manos iba a ser un verdadero infierno. Para empezar no podía dejar el cuerpo allí tirado tal y como tenía planeado. Y Ray ya estaba decapitado, así que a su maestro le bastaba con clavarle una estaca en el corazón para librarse de él. Pero ocultar un pesado cuerpo me resultaría mucho más difícil que ocultar una simple cabeza, a la que siempre podía meter en el petate.

Y en segundo lugar estaba Cheung. El trabajito consistía en secuestrar a un vampiro de quinto nivel que la había cagado, no en enfrentarse a un maestro de primer nivel y quién sabía cuántos subordinados más. Lo más inteligente era desearle suerte a Ray y salir de allí a toda leche.

Y eso exactamente habría hecho, de no haber estado convencida de que a Mircea no iba a gustarle nada que me presentara con las manos vacías. Yo necesitaba los trabajos que él me ofrecía y necesitaba su ayuda. Así que tenía que buscar una solución.

El cuerpo del vampiro seguía con mi cuchillo clavado en el pecho. Lo saqué y miré al gorila.

—Si me ocupo de distraerlos, ¿crees que podrías sacar el cuerpo de tu jefe a hurtadillas de los hombres de Cheung?

El vampiro no respondió, pero Raymond frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso de mi cuerpo? ¿Por qué no puedes llevarte todo mi...?

—Porque no confío en ti. Te sacaré de aquí, pero el trato es el mismo que antes. Tu familia se lleva tu cuerpo y yo me hago cargo de la cabeza. Si no me tomas el pelo, las dos partes podrán volver a unirse. En caso contrario...

—¡Está bien! ¡Está bien! —exclamó Raymond, que miró al gorila que seguía ahí de pie, parado. Suspiró y chasqueó los dedos de la mano del cuerpo—. ¡Vamos, respóndele!

—*Sir*, lord Cheung me ha ordenado personalmente que te lleve ante él.

—¡Pues dale largas!

—*Sir*, no puedo. Ordenó que te lleváramos ante él de inmediato.

Era evidente que lo decía en sentido literal. De pura tensión le sobresalían los tendones a los lados del cuello como si se tratara de cuerdas, tenía la cara toda colorada y sudaba pequeñas gotas de sangre. Las órdenes contradictorias hacían estragos entre los vampiros jóvenes, y aquel pobre debía de llevar muerto un par de décadas como mucho.

—¿Quiénes?

—La familia. Nos ordenó que fuéramos a buscarte en cuanto entró y...

—Y como maestro de tu maestro, él puede darte órdenes —dije yo, terminando la frase por él.

Vaya mierda, pensé, utilizando la palabra favorita de Ray.

—¡Lucha contra esa orden! —le ordenó Raymond.

Como si el pobre chico no estuviera intentándolo. El gorila asintió, pero al mismo tiempo se detuvo, recogió el cuerpo de su jefe y se lo cargó al hombro.

Una sangre espesa y fangosa se derramó por las baldosas del suelo.

—¿Qué estás haciendo? —le exigió saber Raymond en un tono ensordecedor.

—Lo siento, señor.

El vampiro tenía un aspecto lamentable y le temblaba la voz, pero a pesar de todo echó a caminar en dirección a la puerta.

—Él ni siquiera es maestro —señalé yo—. ¡No puede luchar contra una orden, Ray!

—¡Mierda!

La palabra no sirvió absolutamente de nada, así que yo agarré al vampiro pequeño del cinturón. No obstante él consiguió abrir la puerta, de modo que yo lo adelanté para cerrarla de golpe y me di la vuelta para apoyarme contra ella. Al mismo tiempo el cuerpo de Ray alargó un pie y se agarró a la rodilla del gorila. El tipo se escurrió con la sangre y ambos cayeron juntos al suelo.

Nada más aterrizar, Ray comenzó a golpear al vampiro en la nuca, le pegó un rodillazo en la ingle y luego le soltó. Después corrió al cubículo del retrete y echó el pestillo. ¿Por qué? No lo sé. Los laterales eran del típico metal verde feo con pintadas hechas a toda prisa, pero igualmente podían haber sido de papel de arroz a juzgar por lo poco que resistieron. El gorila se puso en pie e hizo un agujero en la puerta con el puño.

Yo me acerqué a ayudar, pero no tuve oportunidad. Durante un minuto se produjo un violento y sonoro forcejeo y por último se oyó un ruido como de rasgar. Por fin la puerta se abrió y apareció el cuerpo de Ray sin camisa, que inmediatamente comenzó a soltar golpazos a todo lo que tenía a su alcance.

Su objetivo estaba lejos. Evidentemente le resultaba difícil luchar con los ojos en el extremo contrario del baño, pero compensaba la dificultad con su empeño. El dispensador de condones salió volando por los aires, uno de los urinarios recibió tal golpe que se separó de la cañería, la cual comenzó a lanzar agua por todo el baño. Con un golpe de suerte Ray lanzó al joven vampiro hacia mí, y yo aproveché la oportunidad para agarrarlo del cuello.

Tratar de ahogar a un vampiro no sirve realmente de mucho porque ellos no necesitan respirar. Pero él era tan joven que me agarró los brazos instintivamente, intentando en vano de que lo soltara. No le dio resultado, lo cual pareció sorprenderlo.

—¿Hay alguien que no haya oído la orden de Cheung? —exigí saber yo mientras él luchaba y tosía, pero no me decía nada.

Por fin cayó en la cuenta y me dio un codazo en las tripas. Y yo perdí la paciencia. Lo empujé y volví a sacar el cuchillo bowie de la bolsa. De nuevo él se lanzó sobre mí y entonces yo lo clavé a la pared.

Él bajó la vista y se quedó mirando el mango de hueso del cuchillo, abriendo los ojos enormemente lleno de incredulidad.

—No es de madera. Sobrevivirás —le dije yo, tensa.

Era más de lo que podía decirse de Ray y de mí como no nos marcháramos de allí inmediatamente. Cogí la cabeza del lavabo, la envolví en unas toallas que llevaba y la guardé en el petate.

—¿Qué demonios estás haciendo? —exigió saber Ray indignado.

—¿Cómo creías que pensaba sacarte de aquí? —le pregunté yo a mi vez mientras me quitaba la chaqueta.

Le eché la chaqueta por encima al torso y di un paso atrás para ver el efecto resultante. El aspecto era el de un cuerpo sin cabeza con una chaqueta por encima. Hice una bola con una toalla y se la metí por debajo, tratando de aparentar más o menos una cabeza. Seguía pareciendo una víctima a la que quería ocultar más que un borracho tambaleante, pero tendría que servir. Agarré el petate, coloqué un brazo alrededor de la cintura del cuerpo y abrí la puerta de una patada.

Aparte del baño, en donde había una luz fluorescente, en el resto de la discoteca reinaba una penumbra azul como la que se instala en los servicios públicos para evitar que los yonquis se encuentren la vena. Esa luz le daba un tono plateado a los grafitis de las paredes de ladrillo y le confería un tono cadavérico a mi blanca piel. Pero nos ayudó a mezclarnos con el mar de cuerpos que giraban como una masa vibrante sobre el suelo del viejo almacén.

Comprobé con un rápido vistazo por toda la sala que había sombras flotando por las paredes, bloqueando las puertas laterales y cruzando la sala por en medio de la multitud como tiburones. La metáfora era de lo más apropiada porque el olor de la

sangre los atraería hacia nosotros en cuestión de segundos a pesar de la mezcla de perfume, alcohol y sudor humano que reinaba en el ambiente. Según parecía Cheung había decidido ponérselo difícil.

Me dirigí a la salida más cercana tan deprisa como nos lo permitieron los pies de Ray, que no hacían sino tropezar. Pero enseguida tuve que parar. De pie junto a la puerta había dos largas sombras. La primera de ellas tenía el bulto de un arma bajo el elegante abrigo negro; de la otra se diría que llevar un arma habría sido un insulto a la gran mole de su masculinidad. Sin embargo probablemente era más rápido de lo que aparentaba. No todos los gigantes son torpes; al menos no cuando son también vampiros maestros.

Mi instinto me urgía a atacar, pero lo cierto es que mi instinto siempre me urge a atacar. Y en ese preciso momento no habría sido inteligente. Yo sola habría podido con dos de ellos incluso aunque fueran maestros. Pero no estaba sola. Y la pelea no habría servido sino para que toda la familia se presentase allí al instante.

Oí algún taco que otro entonado con una voz amortiguada procedente del la bolsa. Le di un puñetazo.

—¡Cállate!

—¡Déjame salir! ¡Aquí dentro me estoy ahogando!

—Imposible; no tienes pulmones.

—¡Voy a vomitar!

—Tampoco tienes estómago —le dije.

Conduje al cuerpo hacia la pared. Abrí la cremallera del petate. La enorme nariz asomó fuera.

—¡Buaj! ¿Qué demonios llevas aquí dentro?

—Es mi bolsa de gimnasia.

—¡Huele como si llevaras a un muerto!

—Es que algo va a acabar muerto como no consigamos salir de aquí —le contesté yo seria—. Las salidas principales están custodiadas. Dime que tienes una salida secreta.

—¿Tienes idea de cuánto costaría eso?

Por supuesto. Tenía que secuestrar precisamente al único vampiro tan estúpido como para escatimar con las cosas más necesarias.

—¡Pues una puerta trasera, entonces!

—Detrás del bar hay un patio, pero no es más que un pequeño hueco entre varios edificios. No hay salida.

—Está a punto de haberla.

Retrocedimos y volvimos a cruzar toda la sala, penetramos la multitudinaria muralla de gente que se agolpaba delante de la barra y abrí una puerta. El almacén resultó ser un claustrofóbico rectángulo con paredes de ladrillo llenas de estanterías y

sin ninguna ventana. Por el estrecho pasillo entre estante y estante se colaba una suave brisa procedente de la puerta trasera entornada.

La abrí y me encontré en un estrecho patio en el que había palés rotos, bolsas de basura y un par de gatos que me miraron por un instante con ojos brillantes antes de salir corriendo por la escalera de incendios. Los edificios se alzaban altos y negros por los cuatro costados. Estábamos atrapados, tal y como Ray había dicho. El más bajito de todos tenía tres pisos. Yo podía escalarlo sola pero no remolcando a un vampiro medio muerto.

Según parecía la única salida era la que habían tomado los gatos.

Tiré de la escalera. Me preguntaba cómo conseguiría que el mullidito culo de Ray subiera por aquellos cuatro tramos de escalera. Y después, al oír cómo la escalera chirriaba y se negaba a bajar, me pregunté si en realidad lograría subirlo. Décadas de óxido quedaron pegadas a mis manos al tiempo que una nube de hojarasca roja salía flotando por el aire. Probablemente nadie había tocado aquella escalera desde el momento en que se erigió el edificio, quizá un siglo antes.

Finalmente la escalera bajó, pero no era lo suficientemente ancha como para que yo subiera tirando de nadie a mi lado y de todos modos resultaba dudoso que fuera a soportar el peso de dos adultos. Así que mandé al cuerpo por delante. Su coordinación era más o menos la que se podría esperar de alguien a quien le falta la cabeza, y el hecho de que la escalera vibrara con cada escalón que él subía no suponía precisamente una ayuda. Pero por sorprendente que pueda parecer, me dio la impresión de que tanto la escalera como el cuerpo se sostendrían.

Por supuesto, el universo no tardó en castigarme por ese nanosegundo de optimismo. A medio camino hacia el segundo descansillo se oyó el chirrido del metal en tensión, que resonó como un eco por todo el patio, y acto seguido un montón de viejos pernos comenzaron a caer a toda velocidad como si fueran granizo. Un trozo de la escalera de incendios se separó de la pared del edificio y se quedó colgando en el aire.

El cuerpo se detuvo, temblando de miedo. Un simple vistazo al rostro de Raymond me bastó para comprender por qué. Era evidente que ambas partes mantenían cierta comunicación, porque de otro modo el cuerpo no habría podido moverse. Pero en ese instante lo único que se transmitía la una a la otra era terror.

Así que le di una bofetada en la cara.

Unos furiosos ojos azules se giraron hacia mí.

—¿Es que no te basta con haberme decapitado?

—¡Muévete! O te quedarás sin cabeza para siempre —le dije con un tono de voz malévolo, siseando.

Ray giró los ojos hacia su otra parte, que colgaba medio inerte como el cuerpo que era. De ahí que se le estuviera cayendo mi chaqueta. Me adelanté para cogerla, y

gracias a eso evité por muy poco quedar ensartada en un tubo metálico que cayó en ese momento del edificio. En lugar de pincharme a mí se llevó el toldo de la puerta trasera y rompió los pesados brazos de aluminio como si fueran de papel antes de caer al suelo con estrépito.

Ray gritó del susto, pero el sobresalto volvió a poner en marcha su cuerpo. Y esa vez no se hizo ningún lío con las escaleras. La libertad nos esperaba unos cuantos escalones más arriba y él corría hacia ella y subía con ansiedad los últimos tramos de la escalera de incendios, que se iba derrumbando a su paso. Con la última vibración saltó en el aire y se agarró al borde del tejado vecino; se quedó ahí, colgando precariamente.

Yo no esperé a ver si lo conseguía. De los viejos ladrillos se desprendían constantemente trozos de metal oxidado que iban a estrellarse contra las piedras del suelo como si fueran metralla. Caían en todas direcciones, y producían una atronadora cacofonía que habría bastado para despertar a los muertos. Incluso a los muertos que andaban buscándonos.



Cogí la bolsa y atravesé el patio a la carrera, salté por encima de los hierros caídos y traté de evitar los que seguían lloviéndome encima. Recibí un golpe en el hombro derecho que fue como un martillazo, pero no me detuve a examinar la gravedad de la lesión porque no tenía tiempo. Volví sobre mis pasos por el almacén y abrí bruscamente la puerta de la discoteca justo en el momento en el que media docena de vampiros se agolpaban ante ella.

Volví a meterme dentro y cerré de un portazo. Era una robusta puerta de roble viejo, probablemente una reliquia de cuando la discoteca era una fábrica; eso nos concedería unos cuantos segundos. Quizá los vampiros no nos hubieran visto, me dije con cierta histeria, dejando que un débil rayo de esperanza me embargara por un segundo mientras echaba el cerrojo.

—¿Has visto eso? —preguntó Raymond, cuya voz sonó vagamente maravillada—. ¿Has visto lo que he hecho?

—¿Qué hay al otro lado de esta pared? —le pregunté yo, apenas sin aliento.

—He estado igual... igual que Superman o algo así. He volado casi...

Ray se interrumpió cuando la puerta vibró al recibir un fuerte golpe. Adiós a mi esperanza de que no nos hubieran visto.

—¡Ray! ¡Necesito saber...!

—Mi despacho. Eso es lo que hay al otro lado de esta pared. ¿Por qué?

—Porque vas a tener que volver a decorarlo.

Saqué una bola de masilla explosiva de uno de los compartimentos laterales de mi petate y traté de desenvolverla.

—¿Qué es eso?

—Una cosa que pensaba utilizar en el portal.

Era lo último, diseñado específicamente para utilizar la energía del abismo contra sí mismo. Pero sin duda el resultado sería óptimo en esa pared también.

Separé un trozo pequeño y lo pegué.

Ray se quedó mirándolo con sus ojos diminutos enormemente abiertos.

—¿Me estás tomando el pelo? Éste es un edificio antiguo. ¡Vas a derribarlo y se nos va a caer encima! —exclamó Ray. Luego hizo una pausa—. ¡Y es lo único que me queda!

—No he puesto tanta cantidad.

Tiré de la chaqueta y volví a ponérmela para resguardarme un poco. Me retiré a la pared contraria, alcé un brazo para taparme la cara y saqué la Glock. Pero al instante sentí que alguien me aplastaba la pierna y me tiraba el arma al abrir la mitad inferior de la puerta.

Así que saqué la Smith & Wesson que llevaba siempre de repuesto y vacié el cargador sobre el vampiro, pero aparte de hacerle jirones el pantalón no conseguí ningún otro efecto. Su cuerpo absorbió las balas como si estuviera hecho de agua y acto seguido las expulsó otra vez. Las heridas se cerraron casi al mismo tiempo que se las hice. Evidentemente era un maestro, y lo único que conseguí fue cabrearlo.

Me lo demostró al instante al hacer un agujero del tamaño de una pelota de baloncesto en la parte alta de la puerta. Por primera vez no sentí deseos de quejarme por mi baja estatura. De haber sido unos cuantos centímetros más alta, Raymond no habría sido el único que habría perdido la cabeza.

Entonces comenzó a entrar una cascada de balas de una ametralladora por el agujero de la parte superior de la puerta como si el arma se negara a aceptar que el ser alto no fuera una ventaja. Raymond se puso a gritar a pesar de que yo me había tirado al suelo para evitar que nos dieran. No conseguí detener el río de balas pero sí llegar hasta la puerta, agarrar a nuestro atacante de la pierna y tirar de él.

El vampiro cayó al suelo y yo tiré de él a través del hueco inferior. Saqué una estaca de mi chaqueta, pero no me hizo falta utilizarla; una de las astillas que se habían desgarrado de la puerta hizo el trabajo por mí. Un segundo vampiro dio un fuerte tirón del primero para apartarlo, utilizó su cuerpo para terminar de romper los trozos de madera que quedaban y se coló por el agujero recién hecho a toda velocidad como si acabara de engrasarlo.

Yo me puse en pie de un salto pero él me hizo caer de nuevo al suelo con un movimiento como de barrido con la escopeta. Trató de sentarse sobre mi cabeza pero yo me eché a un lado, puse un pie sobre su esternón y lo empujé. Él se tambaleó hasta llegar a la pared del otro extremo y entonces yo aproveché para lanzarme a por mi Glock. La cogí justo en el instante en el que oía el inconfundible ruido del percutor. Alcé la vista y vi que el vampiro me apuntaba a mí y que sonreía.

—Es mía —le dijo el vampiro a los otros, que maniobraban buscando una buena posición ante la nueva tronera abierta en la puerta. El vampiro vio mi pequeña arma y sonrió. Extendió los brazos y añadió—: Adelante. Apunta lo mejor que puedas y dispara.

Y eso hice.

Un segundo más tarde el almacén estaba atestado de humo, yo tenía la chaqueta embadurnada de pedacitos de vampiro y había una fisura de unos noventa centímetros en la pared de ladrillo. La bala había atravesado el centro del pecho del vampiro y había ido a dar justo sobre la masilla; el resultado había sido el equivalente a medio cartucho de dinamita. Observé al resto de vampiros, que miraban mi arma con la boca abierta.

—Vale. El tamaño no siempre importa.

No contestaron nada y tampoco ninguno intentó abrir la puerta. Recogí el petate y



me colé por el agujero sin hacer caso de los bordes puntiagudos que me cortaron. Solo después capté los baldosines blancos, los cubículos cerrados de los retretes y a una mujer que tenía los labios con el perfil mal pintado y que se había hecho una raya negra que le llegaba hasta la oreja.

—¡Uuups! —exclamó Raymond.

La mujer dejó de mirar el agujero y desvió la vista hacia mi petate.

—Se te sale algo... algo de la bolsa.

Bajé la vista y vi la nariz de Ray, ya muy familiar para mí, asomando hacia fuera. ¡Maldita sea! Me había hecho un agujero en la bolsa a base de mordiscos.

—Yo no veo nada.

—¡Está ahí!

—Con uno ya basta, ¿eh? —pregunté yo amablemente, poniéndome de su parte.

Empujé a Raymond dentro.

—Yo no bebo —aseguró la mujer.

—¡Pues ya va siendo hora de que empieces! —gritó Raymond mientras yo salía disparada hacia la discoteca—. ¡Tengo que ganarme la vida!

Fuera había más humo, pero era del de mentira; de ese que se usa en Halloween y que sale de las calaveras de plástico y de los faroles con rostro humano. El humo permitía crear un escenario espectral de luz azul con rayos láser en medio de la oscuridad. Y me impedía ver algo. Pero el sentido que me dice cuándo tengo cerca a un vampiro no necesita de la visión. Es como si notara el tirón de la marea en la sangre; es enérgico y elemental. Y en aquel momento me hacía vibrar con más violencia que el mismo pulso.

En la discoteca había más vampiros todavía que antes. Parecía que Cheung había llamado a más refuerzos. ¿Y no era eso justo lo que me hacía falta?

De pronto las puertas principales se abrieron de par en par y entraron otra docena de vampiros. No creo que la mayor parte de los clientes habituales se diera cuenta, excepto aquéllos que tuvieron que echarse a un lado para dejar pasar a los recién llegados. Sin embargo el poder que emanaba de ellos me hizo casi desmayarme.

Eran todos maestros. De tercer nivel, me imaginé; de los que fácilmente tenían una corte cada uno. Y por eso resultaba un tanto ridículo que todos ellos persiguieran a un único dhampir solitario. Quiero decir que yo soy buena, pero tampoco es para tanto. Fueron entrando en la discoteca y yo no lo dudé ni un instante. Me di la vuelta y eché a correr.

El ritmo de la música latía a la misma velocidad que el pulso de mi corazón: rápido y con desesperación. Corrí por el suelo pegajoso hasta la cabina elevada del pinchadiscos y trepé hasta aquella estructura vibrante de metal. La pésima visibilidad no era un problema para los vampiros, pero para mí ya era otra historia. Yo necesitaba una posición estratégica.

El pinchadiscos era otro tipo asiático joven con un mechón de pelo largo y de un rubio decolorado. Y además era humano a juzgar por la mancha oscura que le recorría la camiseta de tirantes en vertical.

—He perdido a mi cita —le grité.

Él asintió al ritmo de la ensordecedora música.

—¿Cómo te llamas?

Fingí que no lo oía y aproveché para examinar la discoteca. Era evidente a simple vista que la planta al nivel de la calle no me serviría. El almacén era de los horribles viejos tiempos en los que a nadie le importaba cosas tales como la luz natural o la ventilación cuando se reúnen las masas. No tenía ni una sola ventana a la vista que no hubiera sido tapiada hacía mucho tiempo. Sin embargo sí había una pasarela colgante en la que estaba el antiguo despacho del director.

Y yo estaba dispuesta a apostar a que él sí tenía luz natural.

Comencé a bajarme de la cabina y el pinchadiscos me agarró de la chaqueta por detrás.

—¡Eh, eh, eh! —exclamó por el micrófono—. Si alguien ha perdido a su dama, está aquí haciéndome compañía. Pero no vengáis corriendo a reclamarla, ¿vale?

Giró un foco para iluminarme y la mitad de la gente que había en la discoteca además de todos los vampiros dirigieron la vista hacia mí. Yo encendí las luces estroboscópicas, golpeé al pinchadiscos en la cabeza con el petate y salté el metro ochenta hasta el suelo. Aterricé de mala manera y casi me torcí un tobillo, y además derribé a un tipo que llevaba una bandeja llena de chupitos de gelatina con alcohol. Al caer sobre toda aquella masa de gente lo vi todo negro, luego todo blanco y por último de todos los colores, pero me puse en pie y me dirigí a la pasarela.

No lo conseguí.

Alguien se precipitó hacia mí desde un lateral, me rompió la correa de la que colgaba el petate y salió volando. Yo cambié de dirección para seguirlo y vi desaparecer el petate por el pasillo junto a la barra. Cuando llegué allí estaba vacío, pero vi que la puerta que había al lado de la del servicio de las damas se cerraba. La abrí de una patada y eché un rápido vistazo a mi alrededor: una mesa, una silla, un ventilador que colgaba del techo con manchas de goteras... De pronto un violento vampiro me agarró de las muñecas y me clavó en la mesa con su cuerpo.

Traté de liberarme, pero no conseguí nada. Incrédula, lo intenté por segunda vez porque soy más fuerte que un vampiro excepto si es un maestro sénior. En esa ocasión él me soltó, pero solo para volver a agarrarme de las caderas. Me balanceé hacia arriba y él volvió a clavarme contra la mesa después de pasar un brazo por encima para despejarla. Papeles, un portátil, unas gafas y algo de metal; todo salió volando y la mitad de las cosas se hicieron añicos contra la pared.

Conseguí sacarme un cuchillo de la bota, pero él me lo quitó antes de que pudiera

clavárselo. Lo lanzó volando y fue a incrustarse en el panel de madera falso que cubría la pared. Le metí un codo en un lugar sensible, pero él me clavó la muñeca a la mesa. Apretó los labios con fuerza contra los míos y juró en susurros con un tono de voz perverso:

—¡Si salimos vivos de esta voy a matarte!

Por un momento me quedé atónita y dejé de luchar. Hice una pausa y lo miré. No había mucha luz en aquella habitación pero sí entraban unos cuantos pálidos rayos azules desde la discoteca. Producían reflejos en su abundante cabello castaño que, como siempre, llevaba recogido en la nuca con un pasador dorado, y le conferían a su rostro un aspecto escultórico de elegante perfil, sedosa piel y sombras. Le hacían parecer más peligroso de lo que yo recordaba, que ya era bastante.

Pero al menos ya sabía por qué no podía moverme. Un metro ochenta y dos centímetros de músculos que no le hacían falta y que apenas lograban ocultar los vaqueros negros ajustados y el suéter de cachemira a juego. Louis-Cesare era maestro de primer nivel y podría haberme mantenido clavada a la mesa con la fuerza de un solo dedo meñique; fuerza que él ni siquiera habría echado en falta.

—Hace cuatro siglos que no estás vivo —señalé yo mientras él me arrancaba la chaqueta. Las armas que llevaba ocultas cayeron al suelo, seguidas de cerca por la camiseta de tirantes y el sujetador, por ese orden—. ¡Eh!

—Ya han visto lo que llevas.

—¡Y pronto verán que no llevo nada!

—Exacto.

Tiró de mi cinturón, rasgó las trabillas y saltó los botones del vaquero, todo con un solo movimiento. Lo agarré del brazo.

—No va a funcionar. ¡Nos van a oler!

—No, no nos olerán.

—¡Tengo una cabeza sanguinolenta en la bolsa!

—Y yo tengo talentos ocultos.

Y otros no tan ocultos, pensé mientras él se bajaba los vaqueros. Pero no lo dije. Fue lo único que se molestó en quitarse justo antes de empujarme con la espalda contra la mesa, que estaba fría al contacto de la piel desnuda. Igual de fría que el acero del cuchillo que utilizó para romperme el tanga.

Iba a preguntarle si los vampiros habían visto también de qué color llevaba las bragas, pero él se tragó mis palabras cuando comenzó a besarme y metió los dedos brusca y expertamente por entre mis muslos. Después de un momento dejó de besarme, supongo que para darme tiempo a respirar. Pero lo que yo necesitaba no era aire. Yo sabía que él estaba tratando de engañar a los chicos de Cheung y de hacerles creer que teníamos una cita secreta, pero hacía un largo y ardiente mes que no lo veía y, ¡maldita sea!, lo había echado de menos. Me aferré a su suéter con ambas manos

para tirar de él y devolverle el beso con brutalidad.

Su sabor era dulce, teñido con el leve toque amargo del alcohol, y su olor era todavía mejor. Y no llevaba nada debajo de los vaqueros. Deslicé las manos hacia abajo por aquella espalda marcadamente musculosa hasta los tensos montículos donde terminaba, en los que hundí profundamente las uñas.

Sin lugar a dudas Olga tenía toda la razón, me dije vagamente mientras notaba que un estremecimiento lo recorría de arriba abajo. Él alzó la cabeza para mirarme.

—Eso era completamente innecesario.

—¡Ah, sí que era necesario! —dije yo, deseando haber podido hacerlo con los dientes. Pero no habría podido llegar tan lejos. Entonces él hizo algo con los dedos que me cortó la respiración, y yo solo puede ordenarle a gritos—: ¡Más, más, hijo de puta...!

Él me complació a pesar de que la mesa no estaba realmente construida para esa actividad, y yo dejé caer la cabeza y los hombros. No es que me quejara. Ni siquiera cuando hundió los colmillos, ¡maldito sea!, en la tierna carne que sus dedos habían estado atormentado. Arqueeé la espalda con una mezcla de dolor y placer tan intensa, que ni siquiera me di cuenta cuando alguien abrió la puerta de golpe.

Hasta que él se giró, gruñendo.

—Lo siento —dijo una voz grave.

La puerta volvió a cerrarse otra vez.

Él inhaló un aire que no necesitaba. Tenía los labios brillantes y ligeramente hinchados. Yo me pregunté cómo habían llegado a ese estado y lo miré a los ojos.

—Si paras ahora yo te mataré a ti —le dije alto y claro.

La amenaza no tuvo aparentemente ningún efecto, pero un estremecimiento lo recorrió por entero cuando de pronto yo lo agarré y tuve en mis manos la evidencia de que él tampoco había estado fingiendo por completo.

—¡Dorina...! —dijo él en un tono amenazador.

Pero a mí me daba absolutamente igual.

Empujé un poco de modo que todo su enorme cuerpo sintiera un leve escalofrío.

—Louis-Cesare. Me alegro de tenerte por fin en mis manos.

Él hizo una mueca, no sé si por el juego de palabras o por la sensación, y me apretó el muslo con la mano derecha. Tenía ocupada la izquierda con el petate, que sacó de debajo de la mesa en cuanto se cerró la puerta. Yo encontré el gesto muy revelador teniendo en cuenta que ni siquiera se había molestado en subirse primero los pantalones.

—No me tienes.

—Más o menos —dije yo. Era un chico grande. Todo él era grande—. Aunque no acabo de comprender por qué me has robado el petate.

—Era el modo más fácil de apartarte de la pista sin pelear.

Me quedé mirándolo incrédula. Louis-Cesare era campeón de duelo del Senado europeo. Jamás abandonaba una pelea; disfrutaba con ellas. Supongo que es cierto eso que dicen de que uno solo es capaz de pensar con una cabeza a la vez.

—Entonces, ¿por qué sigues con la mano en la bolsa? —pregunté yo con dulzura.

—No soy yo el único que muestra un carácter posesivo —contestó él, que bajó la vista hacia mi mano con sus ojos azules brillantes—. ¿Tienes pensado hacer algo con eso?

—Lo estoy pensando. ¿Vas a decirme tú qué estás haciendo aquí?

—Eso no es asunto tuyo.

Me quedé mirándolo medio maravillada, medio histérica. Louis-Cesare era el hijo de un rey desde su misma cuna y ninguno de los siglos transcurridos desde entonces había conseguido acabar con un ápice de su arrogancia. Yo tenía su picha en la mano pero él seguía actuando como si lo tuviera todo bajo control.

—Muy bien.

Le hice una caricia experimental. Se trataba de una técnica de interrogación completamente novedosa, pero creo que con muchas posibilidades.

—¿Qué te parece un intercambio? Devuélveme mi propiedad y yo te devuelvo la tuya... en perfecto funcionamiento.

Él no pareció demasiado impresionado. Así que cambié de técnica. Como recompensa obtuve un meneo de caderas y una fuerte presión sobre la palma de mi mano. Él cerró los ojos con fuerza por un momento. Cuando volvió a abrirlos, estaban más oscuros. Pero seguía sin estar dispuesto a admitir que estaba en mis manos.

Vampiro cabezota. La evidencia era... excepcional... a mi favor. Retomé el ritmo y me pregunté si debía de hacerlo suavemente para prolongarlo o era mejor hacerlo con fuerza para ver hasta qué punto podía volverlo loco. Sentí la reacción ondular todo su cuerpo y oí un siseo entre los dientes fuertemente apretados.

Ahí tenía mi respuesta.

Sin embargo un segundo más tarde sentí que me apretaba la muñeca con una mano de acero.

—El vampiro no te pertenece.

Yo me encogí de hombros.

—Entonces devuélveme la propiedad del Senado. Y ya que estamos, dime por qué de repente está todo el mundo tan interesado por un perdedor como Ray.

—¡Eh!

El grito de protesta había salido del petate.

Pero la única respuesta que obtuve de Louis-Cesare fue la caricia de la yema de su dedo, que trazó la silueta de un bulto de mi mejilla. Era una herida sin importancia que me había hecho quién sabía dónde. Su caricia me resultó inesperadamente

delicada; algo en ella me hizo temblar. De pronto sentí como si mi piel estuviera excesivamente sensible. Tanto, que ni siquiera sabía si aquel leve contacto me hacía daño o me gustaba. Pero sí sabía que sentía.

No hacía mucho había creído que eso era algo que había olvidado cómo hacer. Sin embargo últimamente la gente no hacía más que recordármelo, y Louis-Cesare era el primero de la lista. Solo que yo seguía sin saber si eso era bueno o malo.

Él bajó la vista hacia mis pezones, que se habían puesto como piedras con el aire frío. Cogió uno de mis pechos firmemente y sin vacilar, como si tuviera algún tipo de derecho sobre él. Le llenaba la mano como si yo no fuera pequeña. Él pareció disfrutarlo a juzgar por su forma de apretarlo. Y Dios sabe que me hizo sentir... algo increíble.

Bajó la cabeza y su pelo sedoso me hizo cosquillas en la piel mientras pasaba la lengua húmeda y áspera por la tensa punta. Aquel leve contacto me resultó increíblemente excitante. Todo mi cuerpo comenzó a sudar. Envolví las piernas alrededor de sus muslos y lo apreté contra mí cuando comenzó la excitante y húmeda succión. Sentía deseos de cerrar los ojos, quería dejar de perder el tiempo con preguntas, quería...

—Lo necesito, Dorina —murmuró él contra mi piel.

Vale, ya estaba segura.

Moví el dedo pulgar unos centímetros; lo justo para acariciar su sensible punta, y dije en un tono tranquilo:

—No intentes ese juego conmigo.

Al instante me encontré otra vez de espaldas contra la mesa, en esa ocasión tumbada a lo largo, de modo que él tenía espacio suficiente para ir trepando poco a poco por mi cuerpo.

Me sujetó las manos por encima de la cabeza y con ojos ardientes preguntó:

—¿A qué juego te refieres? ¿Al tipo de juego que te manda tu padre a provocar?

—¿De qué estás hablando?

Una larga risa como un resoplido salió de él, aunque más exactamente fue como si inhalara aire porque el gesto no parecía contener el menor sentido del humor.

—¿Es que crees que soy estúpido? Despotricas contra él, lo amenazas, juras que lo odias, pero cuando él chasquea los dedos, acudes a la llamada corriendo.

—¡Chorradas! Mircea ya tiene suficientes tipos que le dicen a todo que sí; ése es en parte su problema. Pero yo no soy uno de ellos, y tú lo sabes muy bien.

Sus ojos de color zafiro examinaron mi rostro. Con la luz adecuada podían parecer desde azul cobalto hasta azul aguamarina; sin embargo su expresión siempre era vigilante. Solía olvidarme de ese detalle en mis fantasías.

—No puedo creer ni una palabra de lo que dices —me dijo bruscamente, aunque más bien parecía que estuviera hablando consigo mismo.

—¿Y desde cuándo no puedes creer una sola palabra de lo que digo? —exigí saber yo, dolida.

La última vez que lo había visto, los dos estábamos sucios, cubiertos de sangre y medio muertos. Y habríamos acabado muertos del todo de no haber aprendido a confiar el uno en el otro.

—Desde que te he visto aquí esta noche... —contestó él, agarrándome de ambos brazos. Su cuerpo irradiaba un cúmulo tal de emociones, que yo me sentía incapaz de desentrañarlas—. Debería haberme imaginado que él te enviaría aquí.

—¿Y por qué diablos no iba a enviarme? —pregunté yo, confusa y enfadada—. Soy...

—Así podrás decirle que nada va a distraerme de mi tarea; que no importa qué tentaciones se interpongan en mi camino.

—¡Díselo tú! —exclamé yo, nuevamente dolida. Y pensar que había echado de menos a semejante bastardo—. ¡Y a mí no me hables de tu tarea! Desapareces un mes y de repente te presentas para...

Mi mente comenzó a tropezar y a tartamudear al sentir todo su cuerpo deslizarse arriba y abajo placenteramente a lo largo del mío. Era una caricia sensual maravillosa con un deliberado propósito de distracción. Y funcionó, ¡maldita sea! Mi corazón comenzó a latir más deprisa, mi respiración se aceleró y surgió el deseo. Inaplazable.

Un estremecimiento lo recorrió a él por entero. Comenzó a besarme apasionada y vorazmente. Me gustó que su lengua entrara en mi boca, me gustó sentir el calor que irradiaba de su ropa e incluso el contacto de sus vaqueros contra mis piernas desnudas. Pero el maldito suéter era ya demasiado. Era fino, suave y sedoso, y contrastaba perfectamente con el duro cuerpo que tapaba.

Louis-Cesare envuelto en cachemira contaba con una ventaja completamente injusta. Tiré del suéter y se lo saqué por la cabeza, pero el embriagador contacto de piel contra piel fue todavía peor. Sobre todo cuando él tiró repentinamente de mí con un suave movimiento y me sentó a horcajadas en su regazo.

Él estiró las piernas al tiempo que separaba las mías. Enterró una larga mano en mi culo y después la subió hacia arriba para presionar mi hombro contra aquel calor y aquel duro músculo. La otra la deslizó por entre mis piernas para comenzar a mover el dedo pulgar adelante y atrás. Lo movió a propósito muy despacio, como si se tratara del balanceo de la cola de un gato.

Me las arreglé para reprimir un gemido de placer, pero no hubo modo de evitar que mi cuerpo se sacudiera y se me pusiera la carne de gallina. Y sin embargo él solo me acariciaba.

—Deja de calentarme —le dije siseando—. ¿O es que no lo encuentras?

Su lengua recorrió mi nuca hasta la oreja; sentí su aliento cálido sobre mi piel, sus dientes mordisqueando el lóbulo de mi oreja. Me mordió de pronto, justo en el

instante en el que me embestía con el nudillo profundamente y alcanzaba el punto culminante con la primera maldita intentona. Mi cuerpo se arqueó hacia él, se apretó desesperadamente, y hundí los dientes en su hombro para reprimir un gemido.

—Creo que puedo encontrarlo —dijo él en un tono divertido.

—¿Pero vas a saber qué hacer con él? —pregunté yo, jadeando, después de un rato.

Sí sabía.

En cuestión de minutos yo estaba temblando; mis músculos se estremecían y vibraban, planeando sobre el frágil filo... hasta que un movimiento más fue suficiente para proporcionarme ese pequeño toque final y todo estalló en una llamarada de oro. Apreté las tensas manos contra sus hombros sudorosos y me mordí los labios para tragarme el grito que luchaba por salir a borbotones de mi garganta.

Él se aferró a mis caderas y me sujetó con fuerza mientras las brillantes olas de conmoción se sucedían unas a otras, irradiando hacia fuera de mi piel como si mi cuerpo fuera un cable vivo que no dejara de vibrar de placer. Dejé caer las manos por un momento; me sentía demasiado débil como para sujetarme. Él me posó de nuevo sobre la mesa, me besó la nuca sudorosa bajo el pelo. Cerré los ojos de pura satisfacción y suspiré.

—Si eso era una bienvenida, vas a tener que marcharte más a menudo —le dije yo con voz temblorosa.

No hubo respuesta. Después de un momento me erguí y me senté; quería ver cómo me miraban aquellos ojos siempre cambiantes. Pero en lugar de ello vi cómo se cerraba la puerta.

Tardé un desorientador segundo en comprender que estaba despatarrada sobre una mesa, desnuda y sola. Louis-Cesare se había marchado y un breve vistazo al suelo bastó para comprobar que se había llevado mi petate. ¡Hijo de puta!

Me dejé caer al suelo de golpe, me tambaleé porque tenía las piernas flojas y abrí la puerta de un tirón. El pasillo estaba vacío a excepción de un tipo que estaba echando un cigarrillo a escondidas. Por alguna razón me resultó extrañamente familiar. Él me vio y casi se tragó el cigarrillo.

Miré para abajo y entonces me di cuenta de que me había olvidado de un pequeño detalle. Volví dentro y cerré la puerta de un portazo, pero un rápido vistazo a mi alrededor me demostró que lo que me temía era cierto. Me había dejado las armas, pero ese taimado, triple hijo de rata bastarda se había llevado mi ropa. Toda.

Me miré en el espejo que había en una pared y comprobé que tenía los labios hinchados, el pelo pegado a las mejillas sudorosas y varios mordiscos enrojecidos en los pechos. Poca cosa era capaz de avergonzarme, pero hasta yo prefería no salir con ese aspecto.

Abrí la puerta otra vez. El tipo no se había movido. Le eché un vistazo por



encima y de pronto caí en la cuenta.

—¿Sigues queriendo que sea mala contigo?

El tipo abrió los ojos inmensamente.

—¡Sí!

—Bueno, pues entonces ven.

Un minuto más tarde yo tenía una camiseta varias tallas más grande que me servía de vestido, un cinturón en el que guardar las armas y una chaqueta de piel excesivamente larga para echármela por encima y taparlo todo. Salí al pasillo dejando al tipo atado a la silla en ropa interior. A juzgar por su expresión, acababa de aprender una lección muy valiosa acerca del hecho de fastidiar a una mujer desconocida.

Era una lección que yo tenía intención de enseñarle también a cierto vampiro maestro en cuanto pudiera agarrarlo por su precioso culo de ladrón.



La sala principal de la discoteca seguía repleta, pero no vi a Louis-Cesare entre la gente que bailaba. Yo no había tardado más que unos minutos en salir de la parte de atrás, pero a una persona capaz de moverse tan rápido como el viento le basta con eso. Además probablemente tenía una ruta de escape previamente preparada.

La sorpresa fue que los hombres de Cheung parecían haberse ido también, probablemente para iniciar una persecución inútil. Los pocos vampiros que quedaban arremolinados alrededor de los chicos de Raymond parecían confusos y perdidos, y ninguno de ellos trató siquiera de impedirme que me marchara. No parecían ni saber que ése era su deber.

Supongo que todavía no habían comprobado el estado del baño.

Fuera, la lluvia que había estado cayendo durante toda una semana había convertido la calle en un brillante espejo negro que reflejaba las manchas rojas de los faroles instalados al borde del tejado del edificio de la discoteca, la señal electrónica verde de la tienda de al lado y el Buda amarillo intermitente de la acera de enfrente.

Pero yo no era una completa estúpida, así que había marcado a Louis-Cesare cuando estábamos en la discoteca. Según mi encantamiento él estaba a tres calles de allí y se movía a toda prisa. Pero yo me moví más deprisa y alcancé el encantamiento en una esquina... atado al collar de un perrito perdido.

—¡Muy gracioso, listillo! —musité yo, volviendo sobre mis pasos.

Los olores me resultaron tan poco útiles como la vista o la magia. Había demasiados aromas compitiendo los unos con los otros: los del jengibre y el ajo de un tipo que vendía alitas de pollo, el olor del incienso que salía de una tienda flotando por el aire, el de un motor caliente y el de la basura. Y para empeorar un poco más las cosas seguía llovisnando pero solo por algunos sitios, de manera que algunos trozos del paisaje estaban brumosos como si alguien hubiera estado utilizando una goma de borrar.

Después de quince minutos tuve que admitir mi derrota. La mayor parte de los dhampirs tienen los sentidos muy finos, y desde luego mi sentido del olfato es considerablemente más agudo que el de los humanos. Pero no podía seguir a Louis-Cesare a través de la mezcla de olores de Chinatown. Él se había marchado sin dejar rastro, y la culpa era mía. Lo había dejado salir por aquella maldita puerta sin tratar de detenerlo siquiera.

Me incliné sobre una puerta ondulada y esperé a que el ritmo de mi corazón se hiciera más lento. Pero no pareció dispuesto a hacerme caso. ¡Maldita sea! Yo jamás me había colado por un tipo, ni siquiera recordaba la última vez que había sido tan estúpida.

No, o sí. Claro que me acordaba de la última vez que me las había visto con el jodido Louis-Cesare.

Fruncí el ceño de mal humor. Louis-Cesare podía ser un príncipe en Europa, pero aquél era mi territorio, los alrededores de mi casa. Y no tendría más remedio que aprender por las malas que no podía llegar aquí y follar conmigo sin atenerse a las consecuencias. Raymond en comparación tendría buen aspecto cuando terminara con él.

Aunque por otro lado quizá no. Porque el pobre Ray tenía un aspecto un tanto desagradable cuando por fin logré localizar su cuerpo, acurrucado en posición fetal y encaramado todavía sobre el tejado del edificio junto a la discoteca. Había perdido la camisa y un zapato, y tenía los pantalones sucios y manchados de sangre. Y por un segundo casi olvidé que también había perdido la cabeza.

No me oyó llegar, cosa que no era de extrañar teniendo en cuenta que a esas alturas sus oídos debían de estar ya probablemente en la otra punta de la ciudad. En cuanto le puse una mano encima dio un brinco y comenzó a balancearse violentamente. Yo agaché la cabeza, pero por supuesto él no me vio y simplemente siguió. Y eso fue un problema porque estaba a un paso de caerse del edificio de tres pisos.

Coloqué una mano en su cinturilla y tiré de él para apartarlo del precipicio antes de descubrir hasta dónde llegaba la resistencia del cuerpo de un vampiro. Cayó de golpe sobre mí y yo volví a empujarlo al otro lado del tejado. Entonces él captó algo.

—¡Basta ya! A menos que quieras perder unas cuantas partes más de tu cuerpo —le dije yo.

Pero inmediatamente me acordé de que no podía oírme.

Él sacudió las manos como si se hubiera quemado y después se quedó completamente quieto.

Yo también me quedé quieta. Se me acababa de ocurrir una idea completamente nueva.

—Siéntate —le dije a Raymond.

El cuerpo me obedeció amablemente. Dobló las rodillas y aparcó el trasero al borde del tejado. Las piernas le colgaban al vuelo sobre el patio igual que si fuera un niño pequeño. Un niño pequeño sin mucha cabeza y bañado en sangre y vísceras, pero un niño.

Aunque había otras explicaciones, me dije a mí misma en silencio. Puede que él hubiera dejado de manosearme al darse cuenta de quién era; puede que se hubiera sentado simplemente porque se sentía débil después de perder tanta sangre. Quizá yo estuviera malinterpretando por completo la situación.

—Levanta el brazo derecho si me oyes —dije yo.

El brazo se alzó amablemente en respuesta.

O quizá no.

Le di unos golpecitos a mi chaqueta prestada, pero solo encontré algo de dinero suelto, unas cerillas y medio paquete de cigarrillos. Sin embargo Ray llevaba un móvil en el bolsillo, aunque no parecía muy dispuesto a prestármelo.

—¿Por qué? —le pregunté, pegándole en las manos—. No es que tú vayas a usarlo.

Él me sacó el dedo corazón, levantándolo hacia arriba.

Yo no le hice caso y marqué un número que no venía en su agenda. Tardé un minuto en conseguir hablar porque al otro lado estaban celebrando algún tipo de fiesta. Y porque los empleados me odian.

—Con el senador Mircea Basarab —repetí por cuarta vez varios minutos más tarde.

—Lord Mircea no desea ser molestado —me informó otra arrogante y desdeñosa voz—. ¿Quieres dejar un mensaje?

—Sí. Dile que su hija está al teléfono. Y que si no atiende a mi llamada, voy a tirar el cuerpo que él quiere al río.

Oí murmullos de fondo, pero no hubo respuesta. Sin embargo el vampiro número cuatro todavía no había colgado. Más ruidos de fiesta: música, risas y el repicar amortiguado del cristal fino. Y después una voz que resultó más bella que las otras cuatro.

—Dorina, ¿estás bien?

Era de lo más injusto lo que los vampiros podían hacer con la entonación de la voz. Sobre todo este vampiro en concreto. Lo expresaba todo: cariño, preocupación, amor. Todo en una sencilla frase que no era más que una mentira. Estaba contento porque pensaba que yo tenía a Ray. Pero cuando se enterara de que la parte de Ray que yo tenía no hablaba, entonces cambiaría de humor.

—¿Y por qué no iba a estarlo? —pregunté yo.

Mi propia voz me sonó estridente en comparación.

—Llamas con un teléfono cuyo número no consta en nuestros archivos como tuyo.

—Sí, bueno, ha habido una pega.

—¿Necesitas ayuda?

—Lo que necesito son respuestas. Según parece hay unas cuantas cosas que ni siquiera yo sé acerca de los vampiros.

—¿Como por ejemplo?

—Digamos, por ejemplo, que hay un maestro de quinto nivel que ha perdido la cabeza...

—Supongo que lo dices literalmente hablando —me interrumpió él con una voz seca.

—... y digamos que dicho apéndice ya no está por esta zona...

—¿Se ha perdido?

—Estaré encantada de hacerte un informe más tarde. Ahora necesito saber por qué un cuerpo sin cabeza sigue oyendo y obedeciendo órdenes.

—No debería.

Los ruidos de fiesta cesaron, así que me figuré que él se había marchado a otro sitio más íntimo para hablar. Bien. Puede que incluso estuviera dispuesto a desembuchar un par de cosas o tres para variar.

—Bueno, puede ser, pero la evidencia empírica sugiere lo contrario.

Por un momento guardó silencio mientras reflexionaba. Dudo que sintiera ninguna vergüenza por haber engendrado a un monstruo que iba matando a los de su especie, pero solo porque ese sentimiento en particular no formaba parte de su repertorio. Y sin embargo evitaba contarme cualquier circunstancia que pudiera facilitarme el trabajo. Probablemente tenía miedo de que algún día yo utilizara esos conocimientos contra él.

Era un hombre inteligente.

—El cuerpo de un vampiro está conectado a un nivel físico igual que el humano —me dijo él por fin—. Pero también tenemos una conexión metafísica con nuestra forma corporal que no es tan fácil de cortar.

—Así que, metafísicamente hablando, ¿todavía tiene cabeza?

—Sí. Por supuesto su percepción sensorial habrá disminuido mucho y cuanto más tiempo pase, peor. Sin embargo es posible mover los brazos y las piernas y obedecer órdenes durante un tiempo a pesar de estar separado de...

—Eso ya lo sé —lo interrumpí yo. Tenía que saberlo. A lo largo de los años me habían atacado bastantes cuerpos sin cabeza—. Lo que necesito saber es si el cerebro puede enviarle al cuerpo algo que no sea simplemente unas cuantas señales a un grupo de músculos. ¿Puede transmitirle información, como por ejemplo dónde está?

—Eso es lo que estoy tratando de decirte —dijo Mircea, cuya voz sonó ligeramente molesta. Ningún vampiro se atrevía a interrumpirlo como yo. Yo era un verdadero tormento para él—. El lazo metafísico se tensa en exceso si falta el lazo físico. Y antes o después acaba por desvanecerse por completo, por lo general en torno a una semana después con ese nivel de poder...

—¡Eso también lo sé! ¡Lo que yo quiero saber es si puede dibujarme un jodido mapa!

—... y lo primero que deja de funcionar son las funciones cerebrales superiores.

¡Mierda!

—Así que nada de mapas.

—Estando como está me sorprende que pueda moverse. Sin embargo puede que todavía nos sea de alguna utilidad. La conexión será tanto más fuerte cuanto más

cerca estén las dos partes seccionadas. El cuerpo funciona como una especie de contador Geiger; su fuerza y coordinación te informa acerca de la proximidad de tu objetivo.

—¿Entonces cuanto más cerca, más energía tendrá el cuerpo y cuanto más lejos, más aletargado?

—Básicamente. ¿Cómo está de animado?

Bajé la vista hacia Ray, que me había confiscado los cigarrillos. Se las había arreglado para encender uno sin hacer una barbacoa consigo mismo y en ese momento se lo estaba fumando a través del agujero del cuello. Comprendo que a veces uno siente la necesidad de un relajante nervioso, pero...

—Está bastante animado.

—Entonces la parte que le falta sigue estando en Manhattan. Dame tu dirección. Te mandaré a un equipo de rastreo.

No respondí porque en ese momento tres vampiros entraron en el patio y comenzaron a mirar a su alrededor. No eran gente de Ray; pude sentirlo por la energía que desprendían incluso a la distancia a la que estaba, lo cual significaba que eran maestros. Peor aún: al menos dos de ellos eran sabuesos.

Los dos que estaban situados de frente comenzaron a olisquear el aire con la boca abierta de un modo casi cómico, ganándose el mote por un momento. Pero el asunto en realidad no tenía ninguna gracia. Los sabuesos, esos vampiros con un sentido del olfato tan extraordinario, eran de las pocas criaturas que tenían alguna posibilidad de seguirle la pista a Louis-Cesare a través del paisaje de olores de la ciudad.

O de descubrir el rastro de la otra mitad de Ray.

Casi como si me hubiera oído, el vampiro jefe alzó la cabeza y olió profundamente el aire. Un segundo más tarde unos brillantes ojos negros me miraban directamente a las pupilas.

—¿Dorina? —me llamó Mircea.

Su voz fue como un cosquilleo estático en mi oído.

—No hay tiempo.

—¿Qué ocurre?

—Sabuesos.

Cerré el teléfono de sopetón y remolqué a Ray por todo el tejado. El otro lado del edificio daba a la calle, que en ese momento estaba vacía. No seguiría así mucho tiempo. Aunque por otro lado, para cuando consiguiera bajar el tambaleante cuerpo los tres tramos de escaleras, los tendríamos a todos encima.

Según parecía al final sí que íbamos a tener que comprobar hasta qué punto llegaba la resistencia del cuerpo de un vampiro.

Esperé a verlos salir al patio por la puerta de la discoteca y desaparecer dentro del edificio sobre el que estábamos nosotros. Debían de haber dejado a alguien en la

calle, quizá a unos cuantos. Pero eran solo tres y a esas alturas tenían que saber quién era yo.

De vez en cuando las leyendas son útiles.

—¡Eh!, Ray, el próximo paso va a ser un gran paso —le pronostiqué yo.

Acto seguido lo tiré del tejado.

Aterrizó sobre el techo de un antiguo Impala de color tostado aparcado en la curva. Rompió la ventanilla y le hizo un agujero al techo con una pierna. Fue una suerte, porque yo no tenía tiempo para forzar la cerradura. Yo aterricé con un fuerte golpe en la acera a su lado, reprimí un gemido al sentir que me torcía el tobillo, tropecé con el coche y ayudé a Ray a sacar la pierna de allí de un tirón.

Alcé la vista y vi tres rostros furiosos, mirándonos desde el tejado. Se preparaban para saltar mientras Ray rodaba por el techo del coche e intentaba desesperadamente abrir la puerta de su lado. Yo metí un brazo por el agujero del techo y abrí la cerradura de mi puerta. Estaba a punto de abrir la de él, cuando Ray rompió su ventanilla y entró a través del bosque de cristales rotos.

Cada cual a su modo.

No es que a mí me faltara destreza en el delicado arte de robar coches. Ni siquiera bajo la tensión del estrés. Siempre y cuando tuviera las herramientas apropiadas, claro. Había cargado con ellas solo por si acaso, pero las llevaba en el petate junto con el resto de las cosas. Mientras me esforzaba como una loca por arrancar el coche, le añadí otra marca mentalmente al nombre de Louis-Cesare en la columna de las deudas pendientes.

Una bala taladró el asiento junto a mi oído izquierdo. Saqué la Glock, le coloqué un cargador nuevo y la puse en las temblorosas manos de Ray.

—Trata de no dispararme a mí o al coche —le dije mientras agachaba la cabeza por debajo del salpicadero.

Los vampiros debieron de aterrizar directamente en formación alrededor del coche, formando una uve, porque comenzaron a llegarnos balas desde tres direcciones distintas al mismo tiempo. Ray les devolvía el fuego con brutalidad, pero a tenor de cómo iban saliendo las cosas, debía de estar acertando en varias bolsas de basura, en el parabrisas del coche de la acera de enfrente y en la farola. Dudo que eso hiriera en lo más mínimo a los vampiros, pero no obstante se echaron atrás, esperando a que se acabaran las municiones. Puede que las balas no maten a los vampiros, pero a nadie le gusta que le disparen. Y supongo que pensaban que tampoco íbamos a ninguna parte.

En realidad ése era un punto de vista que yo comenzaba a compartir con ellos. Manipulaba cables sin las herramientas apropiadas y trataba de no electrocutarme. Entonces Ray comenzó a darme manotazos. Alcé la vista y vi cómo me decía por señas que necesitaba otro cargador. Sacudí la cabeza.

—¡Están en la maldita bolsa!

Él volvió a darme un manotazo de pura rabia y luego empezó a tirar cosas por el agujero del techo. El coche debía de servir de almacén y puerta trasera de una de esas infames tiendas de Chinatown, porque en el asiento de atrás había varios estuches con copias de DVD, bolsos falsos de Gucci y una enorme caja con pipas de agua de cristal. Ray lo lanzó todo por el agujero y arrojó también un buen trozo del mismo asiento, pero no bastó. Uno de los vampiros atravesó el parabrisas con el puño y agarró a Ray.

El vampiro trató de sacar a Ray a través de la ventanilla rota, pero yo lo sujeté por la cinturilla y tiré de él en sentido contrario. Entre los dos estirarnos los pantalones caqui de diseño de Ray, que finalmente se desgarraron de arriba abajo justo por el centro como si fueran los pantalones de un estriper profesional; nos quedamos cada uno con una mitad mientras Ray mostraba su bóxer de satén rojo en cuya entrepierna ponía «¿Es hoy tu día de suerte?».

—Pues realmente no —dije yo.

Le di un puñetazo al vampiro en la cara.

Se tambaleó hacia atrás, pero los otros dos ya se habían dado cuenta de que nos habíamos quedado sin municiones. Me refiero a municiones de todo tipo. Así que se lanzaron sobre nosotros. Uno de ellos se introdujo por el agujero del techo y agarró a Ray, pero esa vez por los brazos. Y yo tuve que luchar por desbloquear el eje de la dirección del coche con una sola mano y con un simple cuchillo, nada menos, mientras con la otra retenía a Ray agarrándolo del vello de una pierna.

Todo habría sido más fácil si él no se hubiera revuelto como un loco, temiendo acabar exactamente igual que sus pantalones. Yo recibía patadas constantemente en la cabeza, lo cual tampoco contribuía a mi concentración. Y para colmo las cosas empeoraron otro poco más al abrirse de golpe las puertas de la discoteca y comenzar a salir vampiros a borbotones.

Sólo que en lugar de atacarnos a nosotros se lanzaron sobre los hombres de Cheung. Según parecía, el gran jefe había olvidado ordenarles a los chicos de Ray que no lo ayudaran, y una de las prioridades fundamentales de todo vampiro es proteger a su maestro. No es que fueran contrincantes comparables con aquellos vampiros sénior, pero sí se las apañaron para superar a uno de ellos simplemente por la fuerza del número. Solo que por desgracia no fue al que tiraba de Ray.

Por fin conseguí desbloquear la dirección, pero no podía arrancar el maldito motor del coche y seguir sujetando a Ray al mismo tiempo. Entonces alguien le empotró el gato en la cabeza al dichoso vampiro, que comenzó a tambalearse hacia atrás. Arranqué el coche y cuando el maestro volvió a lanzarse sobre el parabrisas por segunda vez, lo atropellé.

Pero por supuesto eso solo sirvió para cabrearlo. Vi a otro de los vampiros correr



hacia un Mercedes cupé azul oscuro aparcado al final de la calle. Los chicos de Ray no conseguirían retenerlo durante mucho tiempo sin quedar hechos picadillo.

—Abróchate el cinturón —le dije a Ray al tiempo que aceleraba a fondo.

Me concentré en alejarnos lo más posible de la discoteca. Ray hurgaba por la guantera. Arrojó una linterna por la ventana y luego hizo lo mismo con un indicador de la presión de las ruedas. Sin embargo se quedó con un bolígrafo. Patiné en una esquina al llegar a la calle Canal y entonces él comenzó a pincharme con el bolígrafo en la pierna. Con fuerza.

—¡Deja ya eso! —exclamé yo.

Traté de quitárselo, pero él echó la mano hacia atrás y comenzó a moverla y a dar vueltas con ella. Tardé un segundo en darme cuenta de que hacía los movimientos que se hacen al escribir.

Se me ocurrió esa extraña idea y comencé a buscar un papel, pero no había ninguno a mano. Sin embargo encontré un mapa antiguo de Nueva York en el bolsillo trasero del asiento. Se lo di para que se pusiera a hacer garabatos mientras trataba de borrar nuestro rastro y alejamos lo más posible. Me aferré a la vana esperanza de que él rodearía con un círculo el lugar en el que estaba la parte que le faltaba.

Ray apuñaló el mapa con toda la coordinación que se puede esperar de un niño de dos años. Y por fin me ofreció su obra maestra cuando nos detuvimos ante un semáforo en rojo. Las líneas serpenteaban y se inclinaban como si las hubiera dibujado un diestro al que le hubieran obligado a escribir con la mano izquierda. Pero sin duda se trataba de palabras.

Le quité el mapa de las manos y lo alcé delante del parabrisas. «Te odio».

—¿Puedes escribir?

Me quedé mirándolo incrédula. Ya podía estar esperando a que Mircea me revelara secretos comerciales.

—¿Y entonces por qué no me dices dónde estás?

Ray cogió el reverso del mapa y laboriosa y artísticamente escribió otra frase en el margen: «¡No lo sé!».

—¿Qué quieres decir con eso de que no lo sabes? ¡Tendrás que ver algo! ¡Un cartel de una calle, un nombre de una tienda, algo!

«Está oscuro».

—¿Qué narices quieres decir con que está oscuro? ¡Eres un vampiro! ¡Puedes ver de noche!

«¡No dentro de una bolsa de lona!».

—Una bolsa con un agujero —le recordé yo con impaciencia—. ¡Mira a tu alrededor!

«¿Para ver qué? ¡Estoy en un maletero!».

Pruncí el ceño.

—¿Un maletero de un coche? ¿Te estás moviendo?

«NO».

—Entonces dime qué oyes. Qué hueles. ¡Algo!

«No hay ruidos. ¡Y lo único que huelo son tus calcetines sucios!».

Genial. No había muchos lugares que estuvieran en un silencio total para el fino sentido del oído de un vampiro, ni siquiera para un vampiro mutilado. Así que estaba en un garaje cerrado y probablemente bajo tierra. Lástima que en Manhattan solo hubiera alrededor de mil garajes de éstos.

—¡Inténtalo otra vez! —insistí yo—. Disponemos de una semana, ¿te acuerdas? Luego tú y yo estaremos...

El coche que teníamos detrás tocó la bocina y Raymond y yo respondimos simultáneamente sacándole el dedo corazón levantado hacia arriba. Un segundo más tarde el interior del Impala se iluminaba con una llamativa luz estroboscópica. Miré por el retrovisor y confirmé que sí, acababa de hacerle un gesto insultante con el dedo a un policía. Al menos llevábamos los cinturones de seguridad, pensé mientras pisaba a fondo el acelerador.

El poli salió del coche antes de que yo despegara, lo cual me concedió unos segundos mientras él volvía a su vehículo. Invertí ese tiempo en llamar por teléfono.

—¿Te acuerdas de esa ayuda que me ofreciste? Pues ahora sería un buen momento —dije yo cuando, milagro de entre los milagros, Mircea contestó personalmente al teléfono.

—¿Dónde estás?

—Me dirijo al sur por Mott. Con un poli pegado a los talones.

—¿Un policía humano?

—¡Sí!

—¿Y eso constituye una emergencia?

—Lo es si atrae la atención sobre nosotros —siseé yo.

Un Mercedes cupé oscuro dio una vuelta de ciento ochenta grados para cambiar de sentido bruscamente y seguir al poli.

Detestaba tener siempre la razón, pensé mientras aceleraba a fondo.

—Ya me inventaré algo —dijo Mircea con una voz que comenzaba a crisparse—. No pierdas la comunicación.

El poli encendió la sirena al entrar yo a toda velocidad en Hester. Él también tomó la curva muy cerrada, sin duda porque estaba llamando por radio para pedir refuerzos. Y por si me cabía alguna duda de quiénes iban en el cupé, el coche no se despegó del trasero del poli. Por fin Mircea volvió a llamar por teléfono y me dio una serie de direcciones tan complicadas que logró desorientarme en menos de cinco minutos. Mis perseguidores, en cambio, no se perdieron.

—Ahora oigo varias sirenas —señalé yo.

—No por mucho tiempo.

Apenas había terminado Mircea de decirlo cuando se oyó el rugido de una enorme furgoneta que salía de una avenida. Yo conseguí patinar sobre la acera aunque sacrificué el parabrisas frontal al golpear una boca de incendios. El poli no tuvo tanta suerte. A juzgar por el ruido que hizo debió de pisar el freno, pero a pesar de todo chocó directamente contra un lado de la furgoneta. El cupé lo golpeó por detrás y las fuerzas unidas de ambos empujaron la furgoneta contra la acera y se llevaron por delante una tienda de caramelos.

—De haber sabido que eras tan eficiente te habría pedido ayuda antes —le dije yo a Mircea.

—Tú no sueles necesitarla —dijo él en un tono de voz suave, que no obstante sonó a reproche.

—¡Ni tampoco suele atacarme la familia!

—¿Quién te ha atacado? —preguntó Mircea bruscamente.

—El chico de ojos brillantes de Radu. Podías haberme dicho que LouisCesare estaba implicado en este asunto.

—No estaba informado.

La voz de Mircea parecía sugerir que alguien iba a pagar caro ese pequeño lapsus.

—Aquí están pasando muchas cosas —añadí yo tensa.

—¿A qué te refieres en concreto?

—No creo que sea una coincidencia que tres maestros de primer nivel de tres Senados diferentes estén de repente profundamente interesados en hablar con...

—¡Dorina!

—... cierta persona precisamente la misma noche. Aquí ocurre algo que tú no has querido molestarte en contarme.

Aunque tampoco es que eso fuera ninguna novedad.

—Se suponía que era un trabajo fácil. No hacía falta que te enteraras de nada.

—¡Ah, no! ¡No, no, no! ¡No es así como trabajo yo! Si voy a cortarle la cabeza a un friki, quiero saber por qué. Si quieres obediencia ciega, manda a uno de tus chicos.

De pronto se me ocurrió preguntarme por qué no había mandado a uno de sus chicos en lugar de a mí.

—Tú haces trabajos como *free lance* para mucha gente —dijo Mircea antes de que yo pudiera formular la pregunta—. Por eso no podían relacionarte conmigo tan fácilmente como a cualquiera de mi establo.

—Detesto que hagas eso —dije yo.

—¿Hacer qué?

—Contestar a mis preguntas antes de que te las haga. Hace que parezca como si nuestras conversaciones estuvieran planeadas de antemano y tú estuvieras simplemente esperando a que yo me pusiera al día.

—Si fuera así, no acabaríamos discutiendo la mayor parte de las veces.

—Pero la mayor parte de las veces discutimos por este tipo de cosas. Empieza a confiar en mí y a decirme la verdad, o llama a otra persona.

—Te explicaré la situación después, si quieres —contestó Mircea. Traducción: es tan fea y complicada, que no quiero hablar de ella por teléfono—. ¿Mencionó Louis-Cesare qué interés tenía él en este asunto?

—No estaba muy charlatán. Pero probablemente el mismo interés que tú. Sea cual sea.

Mircea se quedó en silencio por un momento y finalmente dijo en voz baja:

—Espero sinceramente que no.

Era realmente alucinante lo que podían hacer con las voces, pensé yo mientras sentía cómo se apoderaba de mí un escalofrío. No era capaz de traducir aquel tono de voz en particular porque no lo había oído antes jamás. Pero sonaba bastante a algo así como: «detesto tener que matar a alguien de la familia».

—¿Cómo?

—Aparca el coche. Mis hombres te localizarán y te ayudarán en la búsqueda.

Traducción: tengo lacayos leales que se harán cargo del asunto y encontrarán a Louis-Cesare, porque puede que a ti no te guste lo que tengo pensado hacer con él.

Me quedé mirando el aparato telefónico un momento. Le debía una reprimenda a Louis-Cesare y tenía toda la intención de echársela. Pero una cosa era eso y otra muy distinta echarlo a los leones. Aquel asunto era personal y mientras nadie se molestara en darme una razón en contra, el asunto seguiría siendo personal.

—Lo siento, pero no te he entendido —dije yo.

—¡Dorina! Aparca el coche a un lado y espera a que...

—Volveré a llamarte —le dije yo.

Tiré el móvil por la ventana para que no pudiera utilizarlo para localizarme.

Según parecía estábamos solos.



Un rápido vistazo por el retrovisor me demostró que el cupé volvía a la carga con el parabrisas delantero abollado, pero aparentemente sin ningún otro daño. Y además se había echado un colega, un sedán negro. Pasó por delante del accidente a una buena velocidad, luego por delante del cupé y por fin se acercó a nosotros deprisa.

Ray meneó una mano desesperadamente y me enseñó el mapa. «Está en el club. He reconocido la alfombra».

—¿En el *night's club*? ¿Y por qué iba a volver a...?

El sedán chocó con nosotros por detrás. El golpe fue bestial. Salimos disparados dando vueltas hacia la intersección y no le dimos a un motorista por poco. Pero sí le dimos a una farola. Por suerte el Impala era de la era en la que todavía se construían los coches como si fueran tanques. Y más suerte aún fue que la farola fuera a caer encima del sedán al tratar de seguirnos por la calle Leonard; el parabrisas se le llenó de grietas blancas. Las cosas comenzaron a irnos mejor. Hasta el momento en el que el cupé derrapó por detrás de nosotros y nuestra rueda delantera izquierda comenzó a desinflarse.

Yo no sabía si es que habíamos pisado un cristal o si la rueda había estado hecha polvo desde el principio, pero de un modo u otro estábamos jodidos. Entonces una bala pasó zumbando por el aire como si se tratara de un signo de exclamación que quisiera resaltar mi pensamiento. Se llevó por delante el espejo retrovisor del conductor. Ray volvió a ponerme el mapa delante de la cara.

El mapa se agitaba con la brisa y tampoco había demasiada luz. Pero a pesar de todo conseguí ver el círculo que había dibujado alrededor de una calle cinco o seis manzanas más adelante.

—Mira el mapa —le dije con impaciencia—. Ésa es una calle sin salida.

Ray volvió a quitarme el mapa y escribió la palabra «portal». Reescribió varias veces cada letra.

—¡Eso no nos sirve para nada! ¡Si paro nos matarán antes de que llegemos a cualquier sitio!

Por no mencionar que los portales me producían escalofríos, y eso cuando sabía adónde conducían.

Ray sacó un puño y aporreó el lugar del mapa repetidamente. De haber tenido cabeza sin duda estaría gritando.

—¡Ya lo pillo! —grité yo, apuñalándolo también con el dedo—. ¡Pero no puedo parar y los coches no pueden atravesar los portales!

Volvieron a golpearnos por detrás antes de que él pudiera responder y además perdió el bolígrafo, que salió volando. Aunque en realidad Ray ya no lo necesitaba.

Yo no sabía cuántas posibilidades teníamos de sobrevivir con el portal, pero seguro que más que quedándonos allí.

—Más vale que tengas razón —le dije yo.

De inmediato viré con brusquedad a la izquierda.

No hay muchas calles sin una verdadera salida en Manhattan, pero ésta no la tenía. A cada lado se alzaban edificios altos y las aceras eran estrechas, y de frente más de lo mismo. Había un callejón lateral con una acera solo para los peatones que atajaba hasta la calle paralela, pero no era lo suficientemente ancho como para que cupiera un coche. Aunque tampoco importó porque Ray arrancó los paneles de contrachapado que recubrían la fachada del restaurante de la esquina con la rueda.

Seguimos adelante a unos sesenta y cinco kilómetros por hora, que no es mucho excepto si vas arañando una pared de madera. Y según parecía el contrachapado de la fachada era de madera de verdad, porque se hizo astillas y salió volando en todas direcciones. Igual que el cristal, el ladrillo y el yeso que salió de la sólida pared del lado contrario. Y debía de haber también un portal en funcionamiento en alguna parte por allí, porque yo sentí las típicas náuseas al alcanzarlo.

Jamás había oído decir que estuviera permitido pasar con un vehículo por un portal, y en ese momento comprendí por qué. De pronto la carretera dejó de existir, no había ningún camino ni arriba ni abajo, no había nada más que una mancha de color y un estruendo de ruido; un instante fuera de control. Nos vimos arrojados por aquel largo esófago, retorcidos violentamente y por fin lanzados a una tranquila calle a la sombra de los árboles. Pero boca abajo.

Caímos de golpe contra el suelo. Terminamos de destrozar lo que quedaba del techo del coche y rompimos las ventanillas que todavía estaban enteras. Dimos dos vueltas de campana. Entonces chocamos contra algo que había en la carretera y que nos hizo echarnos a un lado, hacia la curva y hacia un árbol enorme que había más allá. No pude hacer nada: el motor se había parado y, de todos modos, tampoco tuve tiempo. Así que me preparé para el impacto.

Pero no se produjo ningún impacto. En lugar del golpe, el coche siguió rodando con una ola de chispas hacia el lateral de la carretera mientras un montón de trocitos de metal iban haciendo agujeros en la calzada. En parte fueron aminorando nuestra velocidad, pero a pesar de todo llegamos a la curva con la suficiente fuerza como para salirnos de la carretera. Y así seguimos rayando toda la cuneta hasta que por fin paramos al filo del arcén. Allí se quedó el coche, balanceándose durante un largo rato como si estuviera decidiendo si entregar o no su alma al diablo. Entonces soltó una especie de aullido metálico y lentamente volvió a posarse sobre las cuatro ruedas.

Me aferré al volante con manos firmes, preguntándome por qué no estaba hecha mil pedazos cuando el coche había botado y rebotado arriba y abajo como una barca en un mar tempestuoso. Finalmente tragué y desvié la vista a un lado. Ray se

agarraba al asiento. Se aferraba al respaldo, rodeándolo con una pierna y temblando desde el tronco descabezado hasta la punta del pie.

—Te dije que te abrocharas el cinturón —le dije con voz temblorosa.

Ray me habría sacado obscenamente el dedo corazón levantado hacia arriba si eso no le hubiera exigido moverse, pero el asiento y él parecían haberse convertido en un solo ente. Y eso era un problema, porque todavía seguíamos metidos en un berenjenal. Si nosotros habíamos podido usar el portal, entonces los vampiros también podían usarlo. Solo tenían que averiguar dónde estaba. Y no tardarían en descubrirlo porque no hay tantas formas de desaparecer.

—Vamos, Ray —le dije, tirándole de la manga.

Pero él no estaba dispuesto a escuchar. Se aferraba al asiento como si fuera un salvavidas; enterraba profundamente los dedos en la mullida piel.

—¡Tú sabes que no podemos quedarnos aquí!

Nada.

Traté de arrancarle los dedos de allí manualmente, pero en cuanto lograba soltar uno, ¡zas!, volvía a clavarlo al asiento.

—Es como una montaña rusa, Ray. Si no sales, te dan la vuelta otra vez.

Eso funcionó. Salió trepando de los restos del coche. Pero entonces el portal se activó otra vez y yo tuve que arrastrarlo dentro de nuevo. El coche no iba a volver a arrancar o si lo hacía, desde luego no andaría. Pero yo de todos modos lo arranqué porque era todavía más improbable que dejáramos atrás a un grupo de vampiros maestros a pie.

Por increíble que parezca, el motor arrancó. Solté un grito de incredulidad y pisé el acelerador. Por un segundo no ocurrió nada. Entonces las ruedas más desinfladas aplastaron el asfalto con un ruido como de aleteo, y lentamente salimos rodando hacia delante. Habíamos recorrido más o menos media manzana cuando el cupé surgió desde la nada por la carretera por detrás de nosotros.

Aterrizó en un extremo de la calle con un golpe tan fuerte, que dio un salto mortal en el aire antes de caer aplastado de nuevo casi encima de nosotros. De haber sido humanos los ocupantes habrían muerto, pero para los vampiros el accidente no supuso ningún inconveniente de importancia. Comenzaron a salir del coche y uno de ellos nos vio. Tres siluetas negras borrosas echaron a correr entonces por la carretera hacia nosotros. Pero súbitamente desaparecieron.

Tardé un segundo en caer en la cuenta de que los había alcanzado el sedán, que debía de haber surgido lanzado por el portal a más de ochenta kilómetros por hora para caer justo encima de ellos. Después chocó contra un árbol y estalló en llamas. Yo me quedé ahí sentada un segundo. Me ardían las mejillas, observaba cómo volaban los trozos del coche por el aire y trataba de comprender cómo es que habíamos tenido tanta suerte.

Y entonces comencé a ver luces reflejadas en la piedra caliza y roja de los edificios a lo largo de toda la calle, que no parecía tener un tráfico intenso y mucho menos de nuestra sospechosa variedad. Probablemente en ese momento había ciudadanos preocupados, llamando a la poli y ofreciéndome otra razón más para huir. Pisé el acelerador y despegamos, pero solo conseguimos alcanzar unos treinta kilómetros por hora.

Me mordí el dedo pulgar preguntándome de cuánto tiempo dispondríamos. Me figuré que no sería mucho. Quizá los vampiros implicados en el accidente múltiple hubieran quedado fuera de servicio, pero eso no importaba porque habían tenido tiempo de sobra para llamar y pedir refuerzos durante la persecución. Y con dos ruedas pinchadas, un motor que aullaba y algo que parecía como si se hiciera migas peligrosamente bajo el salpicadero, de ninguna manera podríamos dejarlos atrás. Teníamos que volver a la tierra, solo que en cuanto lo hiciéramos los sabuesos nos encontrarían.

Por esa razón detestaba las afueras, pensé mientras contemplaba las piedras de arenisca rojiza tan bien colocadas de las casas de los ricos. Guardaban sus coches en lujosos garajes con aire acondicionado. Eso por no mencionar que probablemente eran todos últimos modelos a los que yo no habría podido hacer un puente aunque hubiera tenido las herramientas de las que ni siquiera disponía. Yo era una chica preparada para sobrevivir en el centro de la ciudad, y aquél era un territorio extraño.

Apreté los dientes para reprimir lo que sospechaba que habría sido una cadena de obscenidades que habría durado una hora entera. Porque no disponía de una hora. Tenía que pensar, me dije. ¡Vamos! Yo había vivido allí durante años. Tenía que haber alguien a quien...

Vi de refilón el cartel de la calle siguiente y pisé el freno a fondo. Saqué la cabeza para estar segura. Dejé el Impala en el centro de la carretera, arrojé la chaqueta sobre el muñón de Ray y lo arrastré conmigo. Pensándolo bien, sí conocía a una especie de tipo que vivía en las afueras.

Sólo esperaba que estuviera en casa.

«Casa» para un maestro sénior que tiene por costumbre viajar fuera de su territorio puede significar muchas cosas. Para los que trabajan para el Senado por lo general significa cualquiera de las muchas propiedades del Senado a lo largo y ancho de este mundo. Pero si viajan por placer o si sus intenciones no son buenas y no quieren que sus compañeros del Senado se enteren, entonces suelen alojarse en casa de un subordinado. Pero ¿y si no tienen ningún esclavo en la zona? Entonces se dirigen al equivalente para un vampiro de un hotel: van al club.

El club es una propiedad de los vampiros que cuenta con la aprobación del Senado y que tiene sucursales en la mayor parte de las ciudades importantes.



Proporciona una estancia con todo tipo de lujos a los maestros que están de visita y lo más importante de todo: les ofrece seguridad. Pero si alguien no figura en la lista oficial, no entra. Y por supuesto yo no estaba en esa lista.

Por suerte sí estaba en la lista de alguien que figuraba en la lista oficial.

—Raymond Lu quiere ver al príncipe Radu Basarab —le dije al diminuto calvo pintarrajeado que hacía de empleado tras el mostrador.

No me respondió. Estaba demasiado ocupado quedándose con la boca abierta ante el cuello vacío y sanguinolento de Ray. Durante la loca carrera para llegar hasta allí se le había escurrido la chaqueta y hasta yo tenía que admitir que su aspecto resultaba asqueroso. Sin embargo había dejado por fin de sangrar y eso ya era algo.

—Eh... es que...

—Radu Basarab —repetí yo muy despacio—. Está aquí, ¿verdad?

El vampiro tragó. Su mano había desaparecido por debajo del mostrador y no dejaba de mover el hombro repetidamente para apretar el botón de emergencia. Miré por encima del hombro y deseé que el encargado de seguridad llegara cagando leches. Pero entonces fue ya demasiado tarde.

Se oyó el rugido de un camión acercándose por la calle. Iba cargado de hombres. Iban todos sentados en la parte de atrás en dos bancos, el uno frente al otro, igual que un puñado de soldados que se dirigieran al frente, lo cual resultaba un tanto fuera de lugar en aquella zona. Y sin embargo la descripción era bastante exacta, según pude comprobar un segundo más tarde, al incidir la luz de una farola sobre un rostro conocido.

Era el rostro de uno de los chicos de Cheung: el tipo con el que me había peleado en el almacén. Debía de ser un maestro de nivel sénior porque de otro modo el disparo lo habría matado. Pero en lugar de estar muerto solo estaba lívido y tenía un par de cicatrices en forma de cruz que le fruncían el semblante para desaparecer por debajo del cuello de la camisa limpia y recién puesta. Probablemente se la había quitado a un subordinado porque le estaba demasiado pequeña y tenía una depresión enorme a la altura donde debía de haber estado el estómago. Se curaría con el tiempo, por supuesto, pero mientras tanto su aspecto era un tanto malhumorado.

Caramarcada me espío con la boca abierta por el cristal emplomado de la puerta principal. Pero sólo durante una décima de segundo, mientras me apuntaba con su escopeta. Yo me eché a un lado. El cartucho hizo un agujero en la puerta y entró en el vestíbulo. Se habría llevado la cabeza de Ray si la hubiera tenido, pero en vez de eso destrozó el caro panel de madera de detrás del mostrador.

—No importa. Yo misma lo encontraré —le dije al recepcionista.

Arrastré a Ray.

Corrimos por el vestíbulo y fuimos a encontrarnos directamente con el grupo de seguridad, que iba bien armado.

—¡Oh, Dios mío, mirad lo que han hecho! —grité yo señalando a Ray que, para complacerme, se dejó caer contra la pared.

El guardia de seguridad se asustó y se echó atrás. Después se puso serio, y él y el resto del equipo pasaron corriendo por delante de nosotros en dirección al vestíbulo.

Ray y yo seguimos adelante por el pasillo. Escuchamos el eco de los disparos, de los cristales rotos y de los juramentos. Un camarero que salía en ese momento de la cocina con una bandeja llena de vasos vio a Ray y lo dejó caer todo al suelo.

—¿Has visto al príncipe Basarab? —le pregunté yo.

El camarero se quedó ahí parado, se llevó la bandeja al pecho y la apretó con fuerza sin decir nada. Así que lo empujé con un dedo. Dio un salto del susto y se quedó mirándome.

—¡Radu! —repetí yo.

Señaló las escaleras, y Ray y yo las subimos de dos en dos. Por todas las puertas de ese piso asomaron cabezas de vampiros, pero como ninguna era la de Du, seguí adelante. Sin embargo al terminar de subir el siguiente tramo de escaleras vi a un hombre joven y guapo vestido con un pijama azul claro que en ese momento salía de una habitación y cerraba la puerta. Creí reconocerlo, y desde luego él me reconoció a mí porque sonrió.

—Dorina, ¿verdad?

—Sí, esa soy yo.

El chico era uno de los humanos de Radu, y le servía de aperitivo entre otras cosas. Yo no me acordaba de su nombre, pero eso no importó. Dudo mucho que ninguno de los vampiros se acordara de su nombre tampoco.

El chico se retiró el pelo rubio sudoroso de la nuca y añadió:

—Eso me ha parecido. Siempre resulta todo mucho más... divertido... cuando tú estás cerca —afirmó, mirando entonces por encima de mi hombro—. Radu se estaba preguntando qué era todo ese ruido, pero supongo que ahora que estás aquí, tú se lo contarás, ¿no?

—Puedes apostar a que sí.

Miró a Ray e hizo una insignificante mueca de asco.

—¡Vaya con el fin de semana tranquilo! —exclamó, lanzando un suspiro para recalcar sus palabras.

Entré en la habitación de la que él acababa de salir, cerré la puerta y me volví. Allí estaba el progenitor de Louis-Cesare, sentado en la cama. Radu Basarab era moreno y tan atractivo como su hermano, cosa que en ese momento resultaba notoria porque según parecía no llevaba nada encima más que la sábana. Tiró de ella para taparse hasta el pecho como si fuera una mujer recatada y se quedó mirándome con sus ojos azul turquesa y una expresión molesta.

—Dory, tú no puedes estar aquí. Y lo sabes. En serio que no puedes.

—¿Por qué no? Éste es un club para vampiros —dije yo. Acto seguido le di un codazo a Ray y añadí—: Y él es un vampiro.

—No tiene cabeza.

—Bueno, es un vampiro casi entero. Y tú dijiste que cuando vinieras a la ciudad, estaríamos juntos.

—Dije que iría a verte —me corrigió él con enfado—. ¡Que es una cosa muy distinta! Además, ¿qué estás haciendo?

Había dejado a Ray sentado en un sillón orejero de color beis. Alcé la vista y contesté:

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con él?, ¿ponerlo contra la pared?

Radu alzó ambas manos al aire, pero al final dejó de quejarse. Se enrolló la sábana alrededor del torso y se dirigió descalzo al baño. Salió un momento después vestido con una gruesa bata acolchada naranja y me arrojó una toalla.

—Toma, para que se la ponga en el cuello. No tienes ni idea de lo que te cobran aquí por este tipo de incidentes. Es un escándalo.

—Y entonces, ¿por qué no te has quedado con Mircea?

Radu hizo una mueca.

—Por culpa de esas malditas carreras...

—¿Carreras?

—¡El campeonato mundial, Dory!

—¿El campeonato mundial de qué? —seguí preguntando yo mientras extendía la toalla por el respaldo del sillón de Ray.

La toalla no le hacía ninguna falta, pero discutir con Radu no tenía sentido. Su estilo de argumentación desafiaba cualquier lógica excepto la suya propia. Y de todos modos en cuestión de segundos nos interrumpirían.

—Carreras de caminos prehistóricos. Ya sabes, el deporte favorito de los magos.

—No las sigo de cerca —dije yo.

Seguía escuchando los golpes, roturas y gritos procedentes de más abajo.

—¡Bueno, yo tampoco! ¡Ése es el problema! Hace semanas que planeé este viaje y por supuesto di por sentado que me quedaría con Mircea. Solo que al final me dijo que ya tenía muchos huéspedes y que estaba al completo.

—¿Y la central de los vampiros?

—Si te refieres al cuartel general de la Costa Este del Senado, allí también lo he intentado. Pero me han contado la misma historia. Les dije que no necesitaba mucho espacio. Aunque teniendo en cuenta todo lo que hago por ellos, creo que deberían haberme buscado un lugar adecuado. Incluso les dije que estaba dispuesto a quedarme en una habitación individual...

—¡Qué horror!

Deambulé por la habitación hasta un chifonier de palo de rosa que podría haberse

convertido en algo interesante.

—... pero insistieron en que no tenían nada disponible. ¡Reducirme a esto! ¡A mí, con todas las cosas que he hecho por la familia...!

—¿La familia?

La puerta se abrió de golpe. Tres oficiales de seguridad entraron apresuradamente. Pero Radu no les hizo caso. Se quedó mirando mi mano con el ceño fruncido. Yo sostenía una botella polvorienta.

—Dime que eso no es el Louis XIII.

Bajé la vista hacia la etiqueta del exquisito coñac que acababa de servirme.

—Eh...

—¿Tienes idea de lo que van a cobrarme por eso?

—Deberías decirles que te invitaran. Y también a la estancia. Si yo fuera el malo, a estas alturas ya estarías hecho pedacitos.

Radu dirigió la vista hacia el guardia que estaba al mando, que estaba atónito observando a Ray y no se dio cuenta. Ray se había puesto otra vez a fumar. Supongo que era lo justo porque al fin y al cabo no podía tomarse una copa. Sin embargo no por eso su aspecto resultaba menos horrendo.

—¿Es necesario que haga eso? —exigió saber Radu. Como era de esperar, Ray le sacó el dedo corazón levantado obscenamente hacia arriba. Radu dirigió la vista hacia mí—. ¡Dorina!

—¿Qué quieres que haga yo?, ¿le doy una zurra?

—Ésa es una idea excelente —declaró Radu. El guardia y yo lo miramos sin comprender—. Creo que voy a tener que hablar con el director.

El guardia esbozó una expresión de desagrado. Había cometido el error de tratar de seguir el proceso lógico mental de Radu.

—¿Está usted bien, señor?

—¡Por supuesto que estoy bien, aunque no gracias a ti! —le contestó Radu con severidad.

—Habríamos subido antes a su habitación pero es que ha habido un incidente en el...

—¡Pero es que aquí, con estos precios, no debería de producirse ningún incidente! Me aseguraron que éste era un lugar tranquilo. Sí, aquí lo tengo —dijo Radu, que cogió una hoja de propaganda de la mesilla—. «Un mar de paz y tranquilidad en el corazón de una de las ciudades más cosmopolitas del mundo». ¡Cosmopolita! —exclamó Radu—. ¡Vaya, supongo que en eso sí que han dado en el clavo! ¡El caviar es americano, el vodka es británico y me temo que las cañerías son rusas!

—Pero si a ti no te hacen ninguna falta las cañerías —le recordé yo.

—¡Yo me baño, Dory! —soltó Radu—. Y además está Gunther.

—Y Gunther es tu...

—Mi guardaespaldas.

—¿Es así como se les llama hoy en día?

—Hoy en día, desde la guerra, todo el mundo tiene que llevarlos. Me refiero a los sénior, claro.

—¿Para hacer de la necesidad virtud?

—¿Virtud? —repitió Radu mientras examinaba el bordado de su puño—. Bueno, eso sería una novedad.

El guardia había estado mirándonos alternativamente al uno y al otro mientras hablábamos, pero por fin pareció decidir que ya tenía suficiente.

—Señor, he...

—¡Y por lo que estoy pagando, deberían haberme asignado un guardia permanente solo para vigilar mi habitación! —exclamó Radu, volviéndose contra él. Luego hizo un elegante gesto con la mano, señalando las cortinas drapeadas en color crema azul hielo, la alfombra Aubusson a juego la enorme zona dedicada a salón con su chimenea de mármol antigua, y añadió—: Aunque no se puede decir que aquí haya mucho sitio.

Casi todos los guardias de seguridad comenzaron a mirar al guardia al mando con cierta aprensión. No creo que muchos de ellos se presentaran voluntarios para sustituirlo.

—Señor, informaré al director de sus... eh... quejas —dijo el guardia que estaba al mando, retirándose lentamente marcha atrás hacia la puerta.

—¡No olvides hacerlo! Naturalmente, yo comprendo que cuando sale uno de casa siempre se presentan ciertos inconvenientes, ¡pero aquí parece que es que creen que todos vivimos como salvajes!

La puerta se cerró nada más terminar de pronunciar Radu la última palabra. Entonces él se dejó caer de nuevo sobre las almohadas y se abanicó con la hoja de propaganda. Yo incliné la botella hacia él, que asintió agradecido.

—Más te vale que esto funcione, Dory, o la próxima vez puede que tenga que quedarme en tu casa —dijo él mientras yo le tendía la copa.

—Por eso no te preocupes, Du. Tú eres un Basarab. Probablemente le pondrán tu nombre a esta habitación.

—No, si sigo haciendo visitas como ésta. ¿Has provocado muchos daños?

—Yo no he provocado ninguno. Pero los chicos que me seguían, sin embargo...

—Sí, bueno. Esperemos que les echen la culpa a ellos. Aunque sería más fácil si tú no estuvieras aquí cuando viniera a verme el director.

—¿Estás tratando de librarte de mí, Du? —le pregunté yo, pensativa.

—¡Sí! ¡Pues claro que sí! No es nada personal, Dory, pero es que tu condición de...

—Soy una dhampir. No es contagioso.

—Pero difícilmente va a contribuir a la buena reputación del club, ¿no crees? La mayor parte de los huéspedes que hay aquí vienen a sitios como éste precisamente para evitar cosas como tú.

—No pueden verme con la puerta cerrada —señalé yo mientras hacía girar el líquido ámbar alrededor de la copa.

—Verte no. Pero olerte...

—Huelo como una humana.

Me bebí la copa de un trago, más deprisa de lo que un licor de semejante calidad merecía. Pero habría sido una vergüenza despreciar aquel coñac.

—Quizá —dijo él enfadado—. Pero ya ves cómo están las cosas.

—Sí, empiezo a comprenderlo.

Dejé la delicada copa de cristal con mucho cuidado sobre la mesa y salí de la habitación antes de que Radu pudiera detenerme.

Había sólo tres habitaciones más en esa planta, así que tenía bastantes probabilidades. La de la derecha del pasillo, frente a la de Radu, estaba vacía y evidentemente sin alquilar. Una fina capa de polvo cubría las antigüedades. La que estaba a continuación de la de Radu estaba ocupada por el humano rubio, que en ese momento yacía sobre la cama, hojeando una revista.

—Me has decepcionado —me dijo—. La última vez que viniste a visitarnos fue todo mucho más teatral.

—Aún no he terminado.

Me dirigí a la última puerta, que se abrió antes de que yo pudiera poner la mano sobre el picaporte.

—¡Merde!

—Sospechaba que la familia habría alquilado la planta entera —le dije a Louis-Cesare.



—¿Cómo me has encontrado? —exigió saber él.

En sus iris, de un azul cristalino, se reflejaba la ira. Sus ojos hacían juego con el azul de la camisa limpia que se había puesto con un pantalón gris marengo impecablemente planchado. El tejido de la camisa formaba finas rayas con los distintos tonos satinados del azul que no reflejaban la luz por igual, del mismo modo que su perfecto y brillante cabello. Mi pelo, en cambio, estaba revuelto, y llevaba una camiseta prestada empapada en sudor que olía a cigarrillos y a cerveza. Y ni siquiera había sido yo quien se había bebido esa cerveza.

Hice un gesto de mal humor.

—Te refieres a después de que me dejaras desnuda e indefensa en...

—Tú jamás estás indefensa, y te dejé tus armas.

—... una discoteca llena de vampiros...

—Monté un buen escándalo antes de irme. ¡Fue a mí a quien siguieron los hombres de lord Cheung!

—¡Ah, vale! Entonces no hay ningún problema.

Él frunció el ceño.

—¿Cómo me has encontrado? —repitió.

—Porque soy así de buena —mentí yo—. Y ahora deja que diga esto por las buenas. ¡Devuélveme la jodida cabeza!

—¡Ahora no podemos dedicarnos a hacer esto! —exclamó él, que trató de empujarme y de pasar por delante de mí.

Como si eso fuera a resultarle fácil.

Lo agarré de un brazo, lo hice girar y lo golpeé con fuerza contra la pared. Una cascada de fotografías enmarcadas, espejos pequeños y un florero que había sobre la mesa del pasillo cayeron al suelo.

—¡Pues claro que podemos!

Él hizo un gesto de mal humor y se apartó de la pared.

—Vete a casa, Dory.

—¡Dame lo que quiero y me iré!

Entonces apareció Radu en el dintel de la puerta de su habitación.

—Sé que la pregunta es estúpida incluso antes de hacerla, pero ¿no podríamos discutir esto como personas civilizadas?

Louis-Cesare lo miró por encima del hombro y luego dirigió la vista hacia mí con el ceño fruncido.

Dio un paso atrás y estiró un largo dedo del que colgaba mi petate, balanceándose.

—Ven a por él.

Me quedé mirándolo y dije:

—¡Ah, no!, no lo has traído aquí.

—Ah, sí, me ha traído aquí. ¿Vas a cogerlo o no? —preguntó Raymond desde las profundidades de mi petate.

—¿De verdad quieres hacer esto? —exigí saber yo—. Porque yo no pienso jugar limpio. Tú lo sabes, ¿verdad?

La respuesta de Louis-Cesare consistió en agarrarme por sorpresa de ambas rodillas y lanzarme a esquiar sobre la espalda por el suelo de madera del pasillo. Después de aterrizar de golpe primero, claro.

Sonreí. *Vale, muy bien, entonces.*

—Eso me figuraba —suspiró Radu.

Yo había acabado al borde de las escaleras, con las rodillas levantadas y con Louis-Cesare encima. Así que por supuesto lo empujé. Salió volando por encima de mi cabeza, pero no cayó muy lejos, porque los de seguridad estaban de vuelta otra vez. Aterrizó sobre un par de guardias que por un segundo lo sujetaron y lo retuvieron, hasta que se dieron cuenta de que era uno de los huéspedes. Eso me concedió unos instantes para ponerme en pie de un brinco y derribar un reloj de péndulo de pared.

Cayó por las escaleras repicando hasta que Louis-Cesare le dio tal golpe para apartarlo a un lado, que quedó convertido en un montón de rítmicas astillas. Y lo mismo le ocurrió a una escultura de mármol, a un cuadro con un pesado marco dorado y a una enorme planta en una maceta. Los trastos que se fueron amontonando de ese modo en la escalera provocaron los traspiés y las caídas de unos cuantos vampiros, así que yo aproveché para sacar de mi bolsa la esfera desorientadora, con lo cual todos se quedaron parados, mirándola llenos de perplejidad.

A excepción de Louis-Cesare, que con un solo movimiento fluido e inhumano llegó a lo alto de las escaleras y volvió a cogerme de ambas rodillas y a lanzarme de vuelta a patinar en sentido contrario por el pasillo, solo que esa vez sobre la larga alfombra. Estaba clavada al suelo, así que no se movió. Fui yo la que acabó con toda la espalda quemada.

—¡Aaauuuujjjj! —grité.

—Todo esto no habría sido necesario si tú hubieras... —comenzó a decir Louis-Cesare. Entonces olió la sangre, me dio la vuelta y me levantó la camiseta—. *Dieu!* ¡Nunca sé qué hacer contigo!

—¿Por qué no pruebas a decirme la verdad?

—¿Y cómo ibas a saber tú si te estoy diciendo la verdad o no? —preguntó él con la severidad y la dureza de un cuchillo, capaz de cortar el acero.

—Inténtalo.



Pero en lugar de ello él me pasó la mano suavemente por la espalda, tratando de aliviarme, calmarme y curarme.

—La verdad es que tu padre ya no tiene vela en este entierro —dijo él. Sentía su aliento en el oído porque él estaba inclinado sobre mí, escudándome de las miradas de los guardias—. Él ha perdido. Puede que no esté acostumbrado, pero de todos modos es...

—¡Por última vez, no sé de qué me estás hablando! —exclamé yo, desesperándome.

—Y entonces, ¿qué haces aquí?

Sentí deseos de hacerle exactamente la misma pregunta yo a él y de decirle, por ejemplo, que este asunto no era problema suyo. Pero si quería que él me diera respuestas, probablemente yo también tendría que soltar prenda. Y por otro lado tampoco es que se tratara de un tremendo secreto.

—Trabajo como *free lance* para la Agrupación de Fuerzas contra el Contrabando. Ya sabes, esa a la que se suponía que tú debías de ayudar. Y no porque Mircea haya chasqueado los dedos. Da la casualidad de que me gusta la idea de que la guerra se acabe cuanto antes y de que los fabricantes de armas se mueran sin un duro.

—¿Y eso es todo?

—¡Sí! ¡Eso es todo!

Louis-Cesare frunció el ceño y dejó las manos quietas sobre mi culo.

—¿Y por eso es por lo que quieres al vampiro? ¿Porque sospechas que se dedica al contrabando?

—¡Pues por el placer de su compañía no es, desde luego!

—¡Lo mismo te digo! —se oyó desde el saco, que había ido a aterrizar junto a la pared.

—¿Por qué?, ¿tú para qué lo quieres? —pregunté yo entonces, profundamente confusa en ese momento.

—¡Para intercambiarlo por Christine!

Parpadeé. Vale, jamás se me habría ocurrido esa posibilidad en primer lugar. Christine era la antigua amante de Louis-Cesare, a quien habían secuestrado para hacerle chantaje. Un vampiro acostumbrado a salirse siempre con la suya le había pedido a Louis-Cesare que se batiera en un duelo por él. Uno de sus subordinados lo había desafiado, y si perdía el duelo no solo perdería su posición, sino también su vida.

Ese tipo de sustituciones eran habituales y estaban admitidas dentro de las leyes de los vampiros, y Louis-Cesare había luchado en sustitución de otras personas muchas veces. Pero en esa ocasión el vampiro en cuestión era Alejandro, el director del Senado latinoamericano: un sádico reconocido como tal y que a menudo hacía cosas que hacían palidecer incluso a los mismos vampiros. En general en ese

momento en concreto todos los vampiros estuvieron de acuerdo en que nadie lo echaría de menos si le ocurría algo, y yo supongo que Louis-Cesare debió de pensar lo mismo porque le contestó que se enfrentara él solito a sus propias batallas. Y eso era lo que había hecho Alejandro: había secuestrado a Christine y había jurado devolverla solo cuando su enemigo estuviera muerto.

A diferencia del resto de los vampiros, Louis-Cesare parecía tener escrúpulos a la hora de asesinar fríamente a alguien. Había derrotado a Tomas, el subordinado que había desafiado a su maestro, pero se había negado a matarlo porque decía que el único crimen que había cometido era intentar librar al mundo de un monstruo. Así que Alejandro se había negado a soltar a Christine. Era el típico caso de costumbres vampíricas brutales de las cuales los juzgados estaban llenos y en las cuales las vidas que se arruinaban eran consideradas como insignificantes siempre y cuando se alcanzara el objetivo deseado. Yo misma había apoyado con ímpetu tales costumbres y en general me habría mostrado compasiva con la víctima.

De no haber sido porque todo esto había ocurrido hacía ya un siglo.

—¿Y eso es lo que has estado haciendo? —exigí saber yo, abochornada.

Louis-Cesare me permitió darme la vuelta, pero no me dejó ponerme en pie. Cosa que habría estado bien si no hubiéramos tenido una audiencia de guardias mirándonos y si yo no hubiera estado lívida.

—¡Estamos librando una guerra y tú todavía estás con...! ¡Dios! ¡Pero si lleva secuestrada un siglo! ¿Qué puede importar un par de años más...?

—Ella no dispone de un par de años más.

El jefe de los guardias parecía haberse recobrado porque puso una mano sobre mi brazo.

—Señor, ¿quiere usted que me...?

Louis-Cesare le apartó la mano de mi brazo. Yo aproveché el instante de distracción para colocar una rodilla en su punto sensible y cuando él retrocedió, salí rodando de debajo de él. Cogí mi saco, me puse en pie y salí corriendo por el pasillo en dirección contraria a las escaleras. Estábamos en un primer piso, así que podía saltar con bastante facilidad.

Louis-Cesare agarró la cinta del saco y tiró, pero yo esperaba que hiciera ese movimiento. Tenía ya un cuchillo en la mano y corté la cinta de nylon. Él dio un paso atrás y yo saqué un pie por la ventana. Casi conseguí que saltara por los aires.

—¡Malditos sean!

—¿Y ahora qué? —exigió saber Louis-Cesare.

—Los hombres de Cheung. Creí que se habrían marchado.

Él miró discretamente por la ventana y se ganó una segunda salva de disparos por parte de los vampiros acampados en la acera de abajo. Entró dentro y se volvió contra los guardias de seguridad.

—¿Por qué no los habéis echado de aquí?

—¡Señor! —comenzó a decir el guardia que estaba al mando, que comenzaba ya a dar muestras de tensión—. El director pensó que era mucho más preocupante que hubiera una dhampir aquí dentro que...

—¿Que un grupo de mercenarios en la calle, disparando por las ventanas?

—Con el debido respeto, señor, ellos disparan hacia la ventana porque la han visto —contestó el jefe, lanzándome una mirada despectiva.

Yo le enseñé los colmillos.

Louis-Cesare no parecía tampoco muy feliz. Miró el reloj.

—Radu, te ofrezco mis disculpas. Pero tengo que...

—Sí, sí, tranquilo, aquí estaremos bien. Vete —le dijo Radu, haciéndole un gesto con la mano en señal de que se marchara.

—¿Huir otra vez? —pregunté yo.

—No tengo elección.

—Explícamelo —dije yo, dando un paso atrás.

Dejé el saco en el suelo, entre la pared y yo. Ray sacaba la nariz justo por encima de mi culo, pero de ninguna forma estaba dispuesta a que Louis-Cesare volviera a quitármelo de las manos.

—Dorina...

—Es mucho más fácil y rápido si tratas de convencerme que si te peleas conmigo.

Él dijo algo en francés en un tono demasiado coloquial como para que yo lo tradujera, pero de todos modos supongo que daba igual. Porque él solito pareció llegar a la misma conclusión.

—Alejandro juró que Christine seguiría viva mientras Tomas no supusiera una amenaza para él —soltó Louis-Cesare bruscamente—. Durante un siglo me vi forzado a mantenerlo bajo mi yugo, o bien conmigo en persona o en todo caso virtualmente prisionero en mis propiedades. Pero hace un mes él consiguió escapar y por mucho que lo he buscado, no logro encontrarlo.

—Mircea dice que se esconde en Fantasía —repicó Radu desde el umbral de la puerta.

Al instante Radu entró en su habitación y cerró la puerta para evitar otra descarga de disparos, que terminaron por llevarse los últimos retratos que quedaban en la pared.

—Lo cual significa que está fuera de mi alcance —añadió Louis-Cesare con la mandíbula tensa—. Y para empeorar todavía más las cosas, Alejandro se enteró de que Tomas se ha escapado y me ha informado de que tengo treinta días para volver a garantizarle que está a salvo.

—Por eso te marchaste tan bruscamente el mes pasado —dije yo.

Había estado preguntándome la razón. Nuestra relación no había durado mucho,

pero sí había sido... intensa. Y no habría estado mal que nos despidiéramos.

—Sabía que si no encontraba a Tomas cuanto antes, la vida de Christine estaría en peligro.

—¿Y es que Ray sabe dónde está Tomas? —pregunté yo, confusa.

No terminaba de comprender dónde encajaba exactamente el propietario de una sórdida discoteca en todo aquel asunto.

—No. Pero puedo intercambiarlo por ella.

—¿Cómo?

Alguien decidió lanzarnos en ese momento una granada. Louis-Cesare la cogió al vuelo y volvió a lanzarla, pero estalló a medio camino y rompió lo que quedaba del cristal de la ventana. Y por el ruido que hizo, creo que rompió otras ventanas que había cerca. Los guardias que estaban con nosotros decidieron que después de todo quizá yo no fuera la amenaza más importante. Salieron corriendo escaleras abajo. Momentos después el ruido de la lucha en la calle aumentó y enseguida se unió el de las sirenas distantes.

—Alejandro sabía que yo tendría a gente observando cada uno de sus movimientos —continuó explicándome Louis-Cesare a toda prisa—. Y tenía miedo de que comprara la lealtad de su propia corte. Así que envió a Christine con Elyas, que es del Senado europeo. Alejandro tiene tratos con él.

—¿Y no pudiste encontrarla antes de que comenzara todo esto? Tú eres su maestro.

—Ahora ya no. Alejandro rompió mi lazo con ella y estableció el suyo.

Por supuesto, debería habérmelo imaginado. De vez en cuando los vampiros maestros comerciaban con sus siervos. O los perdían en los duelos y los recuperaban cuando esos maestros morían. Y una de las primeras cosas que hacían con cualquier nueva adquisición era establecer su control sobre el siervo, reemplazando la sangre del vampiro maestro con la suya.

—¿Y cómo descubriste tú que la tenía él?

—No lo descubrí. Él se puso en contacto conmigo anoche y me ofreció un trato.

Tardé un minuto en comprenderlo porque el asunto era realmente absurdo.

—¿Elyas quiere cambiarte a Christine por Raymond?

—En cierto sentido. Lo que él quiere es uno de los objetos que Raymond ha pasado de contrabando recientemente desde Fantasía. Elyas estaba implicado en una riña por la puja por ese objeto, y perdió.

—Ya, deja que adivine. No lleva bien eso de perder.

—Bueno, en ese sentido me recuerda mucho a tu padre.

—¿Mircea también está implicado en la subasta? —pregunté yo con el ceño fruncido.

—Sí, pero él no podía presentarse personalmente y dar la cara. Habría resultado

muy raro que el director de la nueva agrupación de fuerzas se beneficiara públicamente del contrabando. Así que mandó a un representante.

Louis-Cesare dirigió la vista entonces más allá de mí, hacia su padre, que de nuevo se asomaba por la rendija de la puerta de su dormitorio.

Los ojos azul turquesa de Radu expresaban preocupación. Había deshecho la mayor parte de las borlas de seda de la bata.

—Bueno, yo no lo sabía —dijo Radu, enfadado—. Él simplemente quería que yo pujara por él.

—¿Y eso no te pareció raro? —le exigí saber yo.

—¿Por qué iba a parecérmelo? Lo he hecho antes miles de veces. Siempre suben los precios cuando descubren que un senador está interesado en un objeto.

—Vale, así que fuiste en representación de Mircea a la subasta, pero no conseguiste el objeto.

—¡No fue culpa mía! Yo seguí pujando y pujando, pero el precio no hacía más que subir y subir. ¡Era sencillamente ridículo!

—Así que Mircea también perdió —dije yo, volviendo la vista hacia Louis-Cesare—. Y entonces tú te figuraste que me había mandado a mí... ¿para qué?, ¿para robar lo que no había podido comprar?

—Es imposible robar algo a menos que sepas dónde está. Y Raymond es quien dirigía la subasta.

—¡Hijo de puta!

Odiaba que jugaran conmigo, y sobre todo que lo hiciera mi propio padre. Quizá porque había ocurrido ya demasiadas veces.

—Mircea me mandó a buscar a Ray, pero no me contó qué era lo que tenía que preguntarle. Me figuré que era por ese anillo de portales que hemos estado buscando.

—Y no me cabe duda de que al final el tema habría surgido, pero solo después de que lord Mircea hubiera conseguido su objetivo principal.

—Le dije que era mejor que lo dejara —intervino Radu—. Mircea me dijo que no reparara en gastos, ¡pero estábamos hablando del coste de un pequeño estado! Y no era más que una runa vieja. ¡Tiene una perra con ella!

Sentí una especie de grito en mi cerebro.

—¿Una runa vieja?

—Sí, una cosita pequeña y fea.

—¿Tenía nombre? —seguí preguntando yo, a propósito.

Louis-Cesare entrecerró los ojos.

—Has dicho que querías al vampiro por el contrabando —dijo Louis-Cesare.

—No, ésa es la razón que me dio a mí Mircea. Yo acepté el trabajo por Claire.

—¿Tu amiga fey?

—Claire está buscando una cosa pequeña que han robado recientemente de la

casa real de los *blarestris*.

Nadie había acusado jamás a Louis-Cesare de ser lento a la hora de captar las cosas. Sus ojos azules se cerraron formando dos ranuras de duro lapislázuli.

—¡No!

—¡Sí! ¡Es de su propiedad!

—¡Es la vida de Christine!

Louis-Cesare me robó la bolsa con un solo movimiento tan rápido, que hasta yo tuve problemas para seguirlo. La tenía yo, pero al instante siguiente estaba en sus manos.

Conseguí agarrar la bolsa, pero él no la soltó.

—¡La vida de Aiden está en peligro si no recupero esa maldita cosa!

—¿Aiden? ¿Quién es...?

—¡El hijo de Claire! La mitad de los feys quieren matarlo y la otra mitad no está muy segura de que no sea una buena idea. ¡La runa es su única protección!

—¡Él tiene un ejército para protegerlo! ¡Christine no tiene a nadie!

Lo miré a los ojos y tiré de la bolsa con tanta fuerza, que la lona comenzó a rajarse.

—Si tanto quieres a Christine, lucha con Elyas por ella.

—El Senado ha prohibido los duelos entre maestros mientras haya guerra.

—Entonces cómprala.

—¿Crees que no lo he intentado? —preguntó Louis-Cesare soltando la bolsa tan bruscamente, que me di con la espalda contra la pared—. ¡Le he ofrecido dinero, mi voto en todos los asuntos del Senado y hasta mi espada para batirme en todos sus duelos! ¡Pero solo está dispuesto a cambiarla por la runa!

—Podríamos intentar involucrar al Senado...

—El Senado no intervendrá en un asunto particular entre dos senadores.

—A tu cónsul, entonces.

Quizá lográramos persuadir al vampiro sénior al mando del Senado para que ayudara a uno de sus miembros más valiosos, y sin duda la habilidad de Louis-Cesare con la espada constituía una gran ventaja.

—¡Dorina! ¿De verdad crees que no he pensado en todas las opciones? Me dijeron confidencialmente que como se me ocurriera mostrarme tan irresponsable como para hacer de esto un problema político, ellos alargarían las deliberaciones hasta después de la muerte de Christine. ¡Christine les da igual! ¡Lo único que les importa es su preciosa alianza!

Bien, vale, eso también lo veía yo. Los Senados habían unido sus fuerzas recientemente para luchar contra un enemigo mayor, y después de siglos de desavenencias y desconfianza mutua esa alianza no era precisamente la más sólida. De ningún modo estaban dispuestos a ponerla en peligro por un solo vampiro. Pero

eso no alteraba ni lo más mínimo mi posición.

—Pero a mí sí me preocupa un niño pequeño que merece la oportunidad de crecer.

Louis-Cesare se quedó mirándome por un momento. Después se apartó y soltó un grito de frustración y angustia.

—¿Qué quieres que haga yo? —me preguntó en tono exigente, girándose para mirarme a la cara otra vez—. ¡Soy responsable de la mujer cuya vida arruiné! ¡Tengo que arreglar lo que hice!

—Tú no le arruinaste la vida. Tú la salvaste.

Louis-Cesare había convertido a Christine en una vampira para salvarle la vida. Y por lo que yo había oído decir, ella se había mostrado muy poco agradecida.

Vi cómo le latía el pulso perceptiblemente en una vena del cuello.

—No se puede salvar a una persona que no quiere que la salven. Ella cree que está condenada por mi culpa. Yo no puedo cambiar el pasado, pero sí puedo intentar evitar que pague el precio de otro de mis errores.

—No si eso implica...

Me interrumpí y dejé de hablar. Radu estaba en el pasillo, sacudiendo nerviosamente las manos.

—¡Acaban de llamar de recepción! ¡Lord Cheung se marcha!

Me lamí los labios. Louis-Cesare sería castigado si infringía la prohibición del Senado. Y probablemente con severidad. Pero él prefería infringirla antes que ceder. Era más cabezota que nadie y tenía orgullo para dar y tomar.

—Lo compartiremos —le ofrecí yo.

—¿Y cómo vamos a compartirlo?

—¿Cuándo tienes que encontrarte con Elyas?

—Ahora. Iba a marcharme cuando has llegado tú.

—Entonces iremos juntos. Tú le has prometido la información, así que se la darás. Pero yo estaré allí para oírla al mismo tiempo que él.

—Pero a ti eso no te garantiza nada.

—Ésta es mi ciudad, estoy en mi terreno. Tengo contactos que él no puede siquiera imaginar, y no tengo intención de jugar limpio. Llegaré antes que él.

Por la cara que puso Louis-Cesare habría jurado que quería decir algo más, pero entonces oímos ruidos de botas subiendo por las escaleras. No había tiempo.

—De acuerdo.

Gunther apareció en el dintel de la puerta de su habitación con una Luger en la mano y un cartucho en la cintura. Su aspecto era un tanto incongruente vestido con la bata de satén azul.

—Vale, lo retiro —me dijo, dirigiéndose hacia las escaleras—. Sí sabes cómo montar un buen escándalo.

—¿De verdad eres guardaespaldas?

—Me gusta la variedad.

Miré su arma y añadí:

—¡Pero si van a hacerte trizas!

—No voy a luchar con ellos. Voy a preguntarles qué quieren y así vosotros conseguiréis unos minutos más. Te sugiero que los aproveches.

Gunther desapareció por las escaleras y Radu salió volando de su habitación y corrió por el pasillo, arrastrando a Ray del brazo con él. Me empujó a mí para que entrara en la habitación de Louis-Cesare y al mismo tiempo me puso algo en la mano con fuerza.

—Es nuevo. En parte he venido a la ciudad a por él. Por favor, por favor, ¡Dios, por favor, no lo rayes!

—¿Y tú?

—Ahora, con la tregua, lord Cheung no se atreverá a hacerme daño, y de todos modos si vosotros dos os vais, no tendrá ninguna razón para atacarme.

Radu abrió la pesada y antigua puerta del armario, apartó la ropa y me empujó a mí dentro. Yo estaba a punto de preguntarle qué era lo que creía que estaba haciendo cuando él volvió a empujarme y comencé a caer.

Me deslicé de espaldas con la cabeza por delante por una especie de tubo de lavandería, pero caí sobre un suelo de cemento con un fuerte golpe. Y un segundo más tarde llegó Ray, que me sacó todo el aire de los pulmones al caer con sus rodillas encima de mí. Me habría gustado quedarme allí tumbada un ratito, tratando de recuperar la respiración, pero entonces llegó Louis-Cesare. Aterrizó de pie, el muy bastardo, y me ayudó a incorporarme. Pero solo para quitarme las llaves.

Estábamos en un garaje situado en la planta del sótano, repleto de vehículos fabulosos. No había duda de cuál era el de Du. Teníamos prisa, pero a pesar de todo me tomé un par de segundos para admirarlo. El Lamborghini Murciélago descapotable se los merecía. Maldita sea, me dije mientras notaba cómo iba surgiendo una inevitable sonrisa en mi rostro. Y luego eché a correr hacia aquella nueva y cotizada aventura.





Llegábamos tarde aunque no teníamos que ir muy lejos. Me quedé mirando el edificio de piedra caliza tan conocido para mí con su arquitectura de principios de siglo y sus vistas sobre Central Park.

—Debes de estar tomándome el pelo.

—Elyas acaba de comprar el ático —me informó Louis-Cesare, torciendo los labios.

—¿Se ha vuelto loco? De todos los sitios en los que podríais haberos encontrado, ¿se le ocurre citarte aquí?

—Le gusta correr riesgos.

Y también le gustaba ser un imbécil. No se le había ocurrido otra cosa más que comprar el ático situado dos pisos por encima del apartamento que había adquirido recientemente Mircea. Yo sospechaba que había elegido precisamente ese piso con el único propósito de fastidiarle. Era el tipo de comportamiento engréido y estúpido al que solían dedicarse con regularidad las criaturas más poderosas de este mundo, que jamás hacían nada útil.

El encargado se acercó a paso rápido y Louis-Cesare salió del coche. Era él quien había conducido porque no habíamos tenido tiempo de pelearnos por las llaves. Yo hice el gesto de seguirlo, pero al ver que él daba la vuelta al coche me detuve.

Entonces él me abrió la puerta.

Me quedé mirándolo con los ojos como platos al ver que me ofrecía la mano. Era un gesto de lo más extraño, pero tras unos instantes me agarré a él. Me ayudó a salir y después se giró hacia el encargado, que se había echado atrás al ver a Ray. Louis-Cesare le tiró las llaves y le dijo:

—No lo dejes conducir.

—Muy gracioso —le dije yo. Abrí la puerta de atrás y saqué a Ray—. No podemos dejarlo aquí.

—¿Piensas llevar a un vampiro sin cabeza a una reunión social?

—No, pero cabe una posibilidad remota de que los hombres de Cheung nos hayan seguido, y no quiero que nos lo roben mientras nosotros estamos dentro.

Louis-Cesare esbozó una expresión penosa. Ray estaba aún más sucio que yo. Se le había hecho una raja en los calzoncillos rojo chillón que le atravesaba el culo y permitía ver un velludo carrillo cada vez que se movía. No se podía decir que fuera un bonito trofeo.

Entramos resueltamente bajo la marquesina con Ray, pasamos por delante del horrorizado portero y nos dirigimos hacia el ascensor recubierto de paneles de madera de cerezo. Apoyé a Ray sobre la pared, saqué el móvil del saco y llamé al

teléfono fijo del apartamento de Mircea. Contestó el que había sido el tutor de Mircea y que desde hacía ya años era su mayordomo.

—¿Cómo? —preguntó con voz quejumbrosa.

Horatiu nunca había aprendido a contestar al teléfono correctamente a pesar de haberlo intentado. A Mircea le importaba un pito porque la mayor parte de la gente que lo llamaba por esa línea pública lo hacía para arrastrarse ante él, y él era el único que tenía algún control sobre el viejo vampiro. Aunque yo no creo que tuviera mucho control.

—Soy Dorina —grité yo porque él nunca oía nada.

—¿Quién?

—¡Dorina!

—¡Bueno!, no hace falta que grites.

—¿Está Mircea?

—No, no. Todo el mundo se ha ido —dijo él con impaciencia—. Es medianoche, ¿no?

—¿Volverá pronto?

—No creo que vuelva hasta dentro de unas cuantas horas. ¿Por qué?

—No importa. Voy para allá.

Louis-Cesare alzó una ceja extrañado mientras yo colgaba.

—Necesito darme un baño —dije yo antes de que él pudiera preguntar. Él se quedó mirándome—. ¿Qué?

—Eres una dhampir. Vas a una fiesta de vampiros. ¿Y te preocupas por tu aspecto?

—No —negué yo a la defensiva al mismo tiempo que él comenzaba a esbozar una sonrisa—. Eras tú el que quería aparcar a Ray en alguna parte.

—Muy cierto.

La sonrisa entonces fue abierta y auténtica; curvó sus labios por completo y le iluminó los ojos. Yo parpadeé al verla. No era un gesto muy habitual en él y resultaba ridículamente atractivo.

—No acabo de comprender por qué Elyas te ha implicado en todo esto —comenté yo mientras se abrían las puertas del ascensor—. Si lo que quería era hablar con Ray, podía haber ido él mismo a verlo o podía haber mandado a alguno de sus hombres. No se puede decir que Ray sea un tipo muy difícil de encontrar.

—Lord Cheung es famoso por su gran competencia como duelista. Elyas, en cambio, no. La tregua durará únicamente lo que dure la guerra y una vez que se rompa, lord Cheung estará en su derecho de exigir una satisfacción por su pérdida y por la indignidad perpetrada contra su siervo. Y Elyas prefiere que sea yo quien se enfrente a ese problema cuando llegue el momento.

—¿Pero por qué no ha comprado la runa sin más? —seguí preguntando yo,

confusa—. Cheung es un hombre de negocios. Si Elyas le ofreciera una suma lo suficientemente...

—Fue Ming-de quien salió ganadora de la subasta —contestó Louis-Cesare con sencillez.

No hizo falta que me explicara nada más. Ming-de era la poderosa emperatriz china, la versión china de un cónsul. Sería raro que un vampiro quisiera arriesgarse a romper su promesa de lealtad hacia ella, y desde luego jamás lo haría ninguno que viviera en su territorio. Ella podía aplastarlo como si se tratara de un mosquito. Y probablemente lo haría si el vampiro le daba motivos de enfado.

—Así que la venta está hecha y no hay vuelta atrás.

—La subasta fue ayer. Elyas se ha pasado las últimas veinticuatro horas bombardeando a lord Cheung con ofertas, ruegos y amenazas. Pero ha sido inútil.

Salimos del ascensor en la planta del apartamento de Mircea y yo llamé a la puerta.

—Si la subasta fue anoche, ¿por qué Elyas no hacía más que molestar a Cheung? —pregunté yo—. ¿No tenía ya la runa Ming-de?

—El fey propietario de la runa se negó a traerla aquí hasta que la venta no estuviera acordada. Tenía que llegar anoche después de la subasta, y entonces se llevaría a cabo la valoración. Si la runa era auténtica, se haría la entrega y el pago. Yo sospecho que ésa es la razón por la que lord Cheung está aquí. No me cabe duda de que su intención era entregarle la runa ala emperatriz personalmente.

—Sólo que ahora no puede —comprendí yo—. Evidentemente no sabe dónde la ha puesto Ray porque en caso contrario no estaría persiguiéndonos por todo Nueva York.

Louis-Cesare asintió.

—La subasta tuvo lugar aquí porque la mayor parte de los que participaban en ella habían venido ya antes para las carreras. Sin embargo lord Cheung tuvo que quedarse en Hong Kong hasta hoy por negocios. No estaba aquí cuando el fey atravesó el portal y por lo tanto no sabe dónde se guardó la runa. Y que nosotros sepamos, solo hay una persona que disponga de esa información.

Claro, entonces no era de extrañar que Ray fuera un chico tan popular.

Por fin un diminuto vampiro con una nariz que podía rivalizar con la de Ray y un mechón de pelo de un blanco plateado abrió la puerta. A diferencia del resto de los vampiros del planeta, Horatiu no me odiaba. Quizá porque no tenía del todo claro lo que soy. Sus ojos de un azul acuoso no terminaban de ver bien y hacía siglos que ni siquiera distinguía su propia mano cuando se la ponía delante de las narices. Lo cual puede que explique por qué ni siquiera retrocedió un paso al abrir la puerta y encontrarse con una dhampir manchada de sangre de arriba abajo y a un tipo sin cabeza.

—Pero entonces, ¿quiénes son los que vienen contigo? —exigió saber Horatiu.

—Éste es Raymond —dije yo al tiempo que lo empujaba dentro.

Horatiu entrecerró los ojos a pesar de llevar gafas.

—Sí que tienes un aspecto raro, sí.

Ray le sacó el dedo corazón hacia arriba pero por supuesto Horatiu no lo vio, así que no pasó nada.

—Y este es Louis-Cesare —añadí yo.

—¡Ah, sí! ¡El Murmurador!

—Me niego a gritar cada palabra que pronuncio —explicó Louis-Cesare con ironía.

—¡Ya está otra vez! —exclamó Horatiu, olfateando el aire. Volvió a olfatear y en esa ocasión hizo una mueca—. Jovencita, necesitas un baño.

—Lo sé. Y Ray también.

—Utilizad el dormitorio del amo —ordenó Horatiu—. Las habitaciones de los invitados están todas ocupadas. Yo me llevaré a esta... persona... a mi habitación.

Horatiu se llevó el cuerpo de Ray y Louis-Cesare y yo recorrimos la residencia discretamente opulenta.

Mircea acababa de adquirir el piso para no tener que hacer algo tan vulgar como ir a un hotel cuando estaba a Nueva York. La compra era tan reciente que el apartamento todavía seguía tal y como lo había comprado, decorado en suaves tonos de beis y arena con apenas unos toques personales sobre el insulso fondo. Las únicas excepciones eran unos pocos cuadros postmodernistas bastante llamativos sobre las paredes. Eran nuevos y le conferían a la residencia la energía que tanto se echaba de menos la última vez que yo había estado allí.

Louis-Cesare se detuvo en el salón para hacer una llamada telefónica y yo di un rodeo por la cocina. La noche anterior me había saltado la cena y mi estómago estaba protestando, y de ninguna manera estaba dispuesta a comer nada dos pisos más arriba. En las fiestas de los vampiros los aperitivos se sirven a sí mismos.

La cocina resultó ser una estancia brillante y funcional, toda de madera de color miel con mármol veteado a juego y tan nueva, que parecía como si nadie la hubiera usado nunca. Lo cual, teniendo en cuenta quién vivía allí, puede que muy bien fuera el caso. Abrí la nevera y, tal y como sospechaba, la oferta era muy limitada. Sin embargo una de las personas que vivía allí me quería, porque había cerveza. Saqué una, me bebí la mitad y luego me quedé ahí un minuto, dejándome bañar por el aire frío que salía del electrodoméstico.

Me dolía la cabeza. Y pensándolo bien también me dolía el cuello, el hombro izquierdo, la parte izquierda de la caja torácica, el tobillo y la mano derecha. En cambio el culo lo tenía perfectamente, quitando el leve hormigueo producido por las manos que alguien me había puesto justo encima.

Entonces esas mismas manos comenzaron a deslizarse por debajo de la camiseta para acariciar mi piel, y todo mi cuerpo comenzó a sentir ese mismo hormigueo.

—Creía que teníamos prisa —dije yo, agarrando el tirador de la nevera con fuerza.

La mezcla de calor por detrás y de frío por delante me produjo un ligero vértigo.

—Elyas no nos espera hasta dentro de una hora.

—Una hora, ¿eh?

Yo podía hacer muchas cosas en una hora.

Y según parecía Louis-Cesare también, aunque no era eso exactamente lo que yo había esperado. Me apartó de la nevera, me tumbó sobre la encimera de mármol y enterró los dedos sobre los tensos músculos de mi espalda. Yo gemí.

Comenzó por la base de la espina dorsal, soltando los nudos de mi espalda con la misma habilidad que había demostrado ya una docena de veces antes. Mi cuerpo reconoció la aspereza de sus conocidas manos callosas. Un lento y pesado calor comenzó a extenderse por mi espalda. Él hizo una pausa para quitarme la camiseta por la cabeza y yo no me resistí.

Al llegar a los hombros que yo tenía tensos desde hacía muchas horas él apoyó más parte del peso de su cuerpo, extendió las palmas de las manos e hizo lentos círculos a lo largo de los contornos de los músculos. Cuando por fin quedaron más o menos de la consistencia de la gelatina pasó al cuello. Me dejé llevar involuntariamente por cada caricia y mi cabeza rodó conforme él se llevaba la tensión acumulada sobre la base del cráneo.

Cuando terminó ya no me dolía nada aunque era posible que me hubiera enamorado loca e irreversiblemente de las manos de Louis-Cesare. Puede que dijera algo al respecto porque él soltó una carcajada y rozó mi nuca con sus labios abrasadoramente cálidos.

—Vístete.

—Estoy pensando en ello.

No estaba del todo segura de que pudiera moverme.

Con unos dedos suaves como plumas peinó las puntas de mi pelo corto.

—Vístete antes de que llame a Elyas y le diga que mejor nos vemos mañana.

Ése sí que me pareció un buen plan.

—Y antes de que me tome esa pose tuya como una invitación.

Giré la cabeza y me lo encontré allí mismo, con el aliento sobre mi rostro y las pestañas rozándome las mejillas. No hubo ninguna decisión consciente. Puse una mano en su nuca, tiré de él hacia mí y mis labios encontraron los de él sin problema alguno, de forma natural, como si eso lo hiciéramos todos los días. Su sabor era sugerente, como de almizcle, e increíblemente dulce como los caramelos de mantequilla y azúcar justo antes de que se derritan en tu boca.

Un estremecimiento profundo lo sacudió por entero, hasta los huesos. Louis-Cesare me agarró por la nuca y me devolvió el beso profunda y vorazmente. Su piel ardía al contacto; su boca quemaba todavía más, húmeda y de pronto teñida con cierto sabor a sangre. La ternura había desaparecido, pero yo no la eché de menos. Aquello era mejor, era perfecto; una sensación que iba creciendo en espiral hasta quedar fuera de control para convertirse en descarado deseo.

Alargué las manos para enredarlas en la espesa mata de su pelo, enrollé la pierna a su alrededor. Él se aferró a mi culo con una mano y me apretó contra sí. Su cuerpo estaba ya duro bajo la fina tela de los pantalones. Uno de los dos gimió, no estoy segura de quién. Entonces él acercó los labios a mi oreja.

—Por favor, vístete —dijo él con voz ronca.

Tardé un segundo en comprender, pero cuando por fin lo capté me aparté y recogí la camiseta de mal humor.

—¡Decídate de una jodida vez! —le grité mientras me la ponía—. Primero me desnudas y luego me dices que me vista. Me metes la lengua hasta la garganta y al instante siguiente me sueltas un grito. ¿Sabes siquiera qué es lo que quieres?

—Por un lado están las cosas que queremos y por otro las que podemos tener —contestó él tenso—. Y la cordura reside en conocer la diferencia.

—Vale, ¿te importa traducírmelo?

Esperé, pero él no dijo ni una sola palabra más y su postura resultaba tan poco reveladora y tan poco atractiva como la de una estatua.

O como la de un tipo que acaba de acordarse de que su amante está esperándolo dos pisos más arriba.

*Hay que joderse*, me dije con amargura. Era exactamente igual que la vez anterior, solo que entonces yo no me había echado atrás. Había dejado que él tomara mi rostro entre sus manos y me había dejado llevar por sus caricias hasta caer, caer y seguir cayendo. Y todo para que al final me abandonara sin decir una palabra para ir en busca de su amante.

La misma mujer a la que iba a salvar esa noche. Una vez que la salvara todo terminaría. Él se marcharía y yo no podría esperar. Enganché la botella que me había dejado a medias y el saco abandonado en el suelo y me dirigí al dormitorio sin pronunciar una palabra más, con un amargo sabor a frustración en la boca.

Era la cerveza, me dije firmemente a mí misma.

El dormitorio de Mircea seguía siendo la aburrida extensión gris que yo recordaba. Igual que el resto del apartamento era de estilo ultramoderno, lustroso y minimalista; como una pieza trasplantada de una de esas torres de acero y cristal. No acababa de encajar con el vampiro encantador de otro mundo, pero tampoco encajaba el cegador baño blanco.

Sencillamente había cosas que no estaban hechas para estar la una al lado de la

otra, me dije cruelmente mientras entraba en la ducha. Abrí el grifo a tope y me negué a pensar en nada que no fuera el infatigable caer del agua y la envolvente corriente. Pero no funcionó. Aunque por otra parte no hubiera debido de sorprenderme. La táctica llevaba un mes sin funcionar.

Él era un vampiro. Yo era una dhampir: había nacido para detectar al monstruo dentro de su bonito envoltorio. Y hasta ese momento tenía el récord: apenas me había equivocado. Pero en su caso todo me fallaba: el instinto, el entrenamiento y la experiencia. Cuando miraba a Louis-Cesare no veía a ningún monstruo.

Parte del problema residía en su talento único para aparentar que era humano. Yo jamás había conocido a ningún vampiro que reuniera en sí tantos pequeños detalles sin hacer esfuerzo alguno: que respirara como si de verdad necesitara respirar; cuyo corazón se acelerara nada más verme entrar en la habitación; que se ruborizara de pasión. De no haber sido por el escalofrío que me recorría la espina dorsal cada vez que nos encontrábamos, Louis-Cesare podría haberme engañado incluso a mí.

Pero no era su apariencia lo que me tenía tan confusa. Muchos vampiros parecían enteramente humanos y sin embargo no se comportaban en absoluto como tales. Desde los bebés recién transformados hasta los cónsules de edad, cada uno de aquellos malditos seres ponía de relieve el mismo interesado egocentrismo, el mismo frío sentido práctico y la misma inexorable crueldad.

Todos excepto el jodido Louis-Cesare.

Él no vivía según el código de los vampiros; tenía el suyo propio. Era clasista, le daba mucha importancia al precepto «nobleza obliga» y a menudo me producía fuertes deseos de darle un puñetazo, pero a pesar de todo seguía un código de conducta moral. No actuaba siempre según su propio beneficio, y el lío en el que se había metido con Alejandro era un claro ejemplo de ello.

Cualquier otro vampiro de los que conocía, de haber considerado a Tomas una verdadera amenaza, o bien habría sacrificado a Christine o bien habría matado a Tomas y habría recuperado a la chica. Unos cuantos le habrían hecho pagar después a Alejandro por el insulto, pero ninguno se habría molestado en considerar ninguna otra opción. Probablemente ni siquiera habrían visto que pudiera existir ninguna otra opción.

Los vampiros se emancipan cuando alcanzan el nivel de su maestro y a veces antes, porque cuanto más poderosos son más difíciles resultan de controlar. Llega un momento en el que mantenerlos como siervos acaba por traer más problemas que beneficios. Me imagino la cara que pondría Mircea si alguien le sugiriera que cediera buena parte de su poder personal durante más de un siglo solo para retener bajo su yugo a un vampiro que, por otra parte, no le fuera en absoluto de ninguna utilidad. Y sin embargo eso era exactamente lo que estaba haciendo Louis-Cesare.

Los vampiros de primer nivel no son todos iguales, sino que difieren según su

poder, y era evidente que Louis-Cesare era más fuerte que Tomas. Pero a pesar de todo, el coste debía de haber sido enorme y constante; debía de haber supuesto un esfuerzo al que no era posible verle un fin. ¿Y para qué? ¿Por el beneficio de tener a un siervo al que ni siquiera conocía? Era el tipo de comportamiento que me producía dolor de cabeza porque contradecía todo lo que yo había aprendido siempre sobre el instinto egoísta e interesado de los vampiros.

Aunque daba igual. Fuera cual fuera su aspecto y se comportara como se comportara, Louis-Cesare era un vampiro. Y eso no debía olvidarlo.

Además tenía que buscar qué diablos ponerme. Mi intención no era tratar de competir: las fiestas de los vampiros no son más que una ocasión para eclipsar a los rivales, desarmarlos y dejarlos boquiabiertos, y mi armario jamás habría estado a la altura aunque lo hubiera tenido a mano. Sin embargo, tampoco quería llevar una camiseta vieja y apestosa que ni siquiera era mía.

Por suerte, Mircea mide poco más de un metro ochenta y dos y yo un metro cincuenta y siete, así que sus camisas me sirven de vestido y me llegan fácilmente a la mitad del muslo o más abajo. Y sin duda él puede permitirse el lujo de prestarme una. Mircea tiene el armario más grande que yo haya visto jamás: si a lo largo de los años no ha tenido una colección inagotable de amantes, entonces no lo entiendo.

Me había decidido ya por una camisa enorme y quizá hasta un fajín a modo de cinturón cuando vi una cosa de seda negra colgada de una percha detrás de la puerta al salir de la ducha. Era un vestido o algo así. Por arriba apenas tenía nada más que tirantes: el diseño estaba hecho de tal modo que enseñaba más de lo que tapaba, y sin embargo conseguía que la persona que lo llevara no pareciera una puta. La falda era todavía más problemática: era larga y negra y tenía una raja tan grande, que el hecho de que no llevara nada debajo iba a resultar un problema.

—Hay bragas y cosas encima de la cómoda —dijo Ray desde dentro del petate.

Lo había dejado aparcado en el suelo junto a la puerta. Lo recogí y miré por el agujero.

—¿Me estás espiando?

—¡Joder, sí! Sácame de aquí.

—¿Por qué? ¿Para que puedas verme mejor?

—Para que podamos hablar mientras te vistes.

—No voy a vestirme —le dije mientras me enrollaba una toalla alrededor y salía del baño.

El dormitorio estaba oscuro y vacío a excepción de la luz que salía del baño, así que me dirigí al salón. Louis-Cesare estaba en un sofá con las luces apagadas, contemplando las vistas sobre Central Park.

Alcé el vestido y pregunté:

—¿Qué es esto?



Él levantó la vista. Sus ojos estaban oscuros a la escasa luz de la estancia.

—He mandado que te lo suban.

—¡Es la una de la madrugada!

—El conserje —respondió él con sencillez como si hubiera descolgado el teléfono para pedir una simple pizza.

—Y también hay unos zapatos —añadí yo, que me había tropezado con un par de zapatos de satén negros de tacón al salir del baño.

—Querías vestirte para la ocasión

—Dije que quería darme un baño.

—... y se me ocurrió complacerte. Y complacerme a mí también. No te he visto nunca con un vestido.

Me crucé de brazos y me quedé mirándolo.

—¿Cómo sabías mi talla?

Él sencillamente se me quedó mirando. Bueno, sí, vale, yo también podía adivinar la suya con bastante exactitud. Eso no era difícil. Y tampoco es que importara.

—No voy a ponerme esto.

Él no apartó la vista de mí, en silencio durante un rato.

—¿Quieres pelearte conmigo, Dorina?

—¡Sí!

En ese momento eso era precisamente lo que deseaba.

—Si eso te complace —dijo él, parpadeando.

Lo había dicho con el típico tono de voz carente de interés que utilizan todos los vampiros jóvenes que aún no han aprendido a manipular con sutileza las cuerdas vocales. Sólo que Louis-Cesare jamás cometía semejantes deslices.

Los faros de un coche que pasaba iluminaron su cara por un instante. Su expresión tensa y vacía me produjo un desagradable sobresalto. Por primera vez me pareció un vampiro: el bello rostro, pálido y frío, como si estuviera esculpido en mármol; el pecho inmóvil, carente de respiración; los ojos fijos que no parpadeaban. Sentí un escalofrío recorrer toda mi espalda.

El hombre al que yo conocía era arrogante, impaciente, exigente, apasionado. No una sombra vacía. No aquella cosa.

—¿Qué demonios te ocurre? —exigí saber yo.

—Nada —respondió él con el mismo tono indiferente, inexpresivo, muerto.

Sí, eso resultaba convincente.



Me acerqué arrastrando el vestido por el suelo. Me senté al borde de la mesita que había delante del sofá porque seguía chorreando.

—Prueba otra vez —le dije.

Él no dijo nada.

—Pensé que estarías contento —señalé yo—. Vas a recuperar a Christine.

—Lo que estoy es aliviado —dijo él después de un momento—. Elyas es un sádico, se deleita observando cómo sufren los demás. No me gusta pensar que está con él.

—¿Crees que le ha hecho daño?

—No. Me ha asegurado que no le ha hecho daño.

—¿Y tú le crees?

—Sí. Disfruta más del miedo que provoca en sus víctimas que de su sufrimiento, y Christine... Como me dijo ella una vez, una vez que una persona ha perdido el alma, ¿qué más puede temer?

—Ella no ha perdido el alma —dije yo con impaciencia—. ¡Demonios!, hasta Mircea es más religioso que yo.

A mí no me hacía mucha gracia ir a misa, pero la confesión me resultaba condenadamente molesta. Incluso los confesores sobrenaturales que el Vaticano tenía siempre a mano se ponían un poco... nerviosos... cuando aparecía yo. Y, la verdad, jamás había avemarías bastantes en el mundo para mí.

—Pero ella cree que sí —contestó Louis-Cesare con sencillez—. Su familia era muy devota. Durante un tiempo incluso creyeron que ella iba a hacerse *religieuse*.

Yo alcé las cejas.

—¿Y cómo una persona se transforma de futura monja en vampiro y amante?

—Christine es uno de esos extraños individuos que nacen con habilidades mágicas a pesar de no proceder de una familia mágica. Jamás se había entrenado y por lo tanto no sabía nada acerca de su don hasta que comenzó a manifestarse al llegar a cierta edad.

—Debió de llevarse un buen susto.

—Lo malinterpretó. Creyó que se trataba de un milagro. Por aquel entonces era novicia y la gente acudía en tropel al convento para ver cómo hacía levitar la hostia o cómo encendía las velas con un simple toque. Ella se creía depositaria de la gracia de Dios porque no encontraba ninguna otra razón para explicar el hecho de que pudiera hacer todas esas cosas. Pero el poder mágico es como todo lo demás en este mundo: requiere de cierto entrenamiento para funcionar con una relativa seguridad, y ella carecía por completo de ese entrenamiento.

—Me está dando la sensación de que esta historia no va a llegar a ningún final feliz.

—No. Una noche se llevó un susto tremendo al ir a encender las velas que había delante del altar. El hechizo se malogró. En cuestión de minutos la capilla ardió en llamas, los travesaños del techo se derrumbaron y muchas de las monjas murieron. La madre superiora sobrevivió, pero sufrió quemaduras graves y se convenció de que habían acogido a un demonio en la congregación. Mandó azotar a Christine, que se vio obligada a huir sólo con lo puesto para salvar la vida. Unos cuantos días después mis vampiros la encontraron medio muerta a causa de la deshidratación y de las quemaduras aún sin curar, tambaleándose por la carretera que hay cerca de mi propiedad.

—Y se dieron cuenta de lo que era en realidad.

No debió de ser tan difícil. Un vampiro de cualquier edad puede ver incluso a ciegas las diferencias entre un humano, un lobo, un mago y un fey sólo por el olor.

—Sí. La trajeron ante mí y yo la cuidé hasta que se curó. Durante su recuperación ella y yo... llegamos a estar muy unidos. Pero yo no era un mago. No podía ofrecerle el entrenamiento que ella necesitaba. Se me ocurrió ayudarla poniéndola en contacto con otros de su especie en cuanto estuviera bien. Contacté con un mago solo por ella; un hombre al que conocía desde hacía años y del que sabía que me podía fiar.

La mano con la que Louis-Cesare sostenía la copa de pronto se puso tensa; era el primer síntoma de emoción que veía en él durante esa charla.

—Adivino que no lo era tanto —sugerí yo, incitándolo a seguir hablando al ver que se quedaba callado.

—Yo había mantenido tratos con él durante mucho tiempo, pero por aquel entonces él había amasado una gran cantidad de deudas. Estaba desesperado por encontrar el modo de deshacerse de ellas, y yo se lo proporcione. Llevé a Christine ante él en mi propio carruaje.

—Y él la vendió —afirmé yo.

Esa parte de la historia al menos sí la conocía. Radu me había contado cómo Christine había llegado a convertirse en el objetivo de los miembros más infectos de la sociedad sobrenatural. Los magos de la oscuridad ardían en deseos de aumentar su poder. ¿Una bruja sin una familia mágica que la protegiera? El plan no podía ser mejor.

—Para cuando me di cuenta de mi error era ya demasiado tarde. La encontré, pero estaba al borde de la muerte y ningún médico podía salvarla.

—Así que la hiciste dar el salto.

Me sorprendía que hubiera resultado. A menudo no funciona cuando el sujeto está al borde de la muerte. Pero lo cierto es que Horatiu estaba en el lecho de muerte cuando Mircea lo convirtió.

Por supuesto, el verdadero éxito de la transformación es algo discutible.

—Mi intención era otra vez la de ayudarla. Pero solo conseguí empeorar las cosas una vez más.

—¡Le salvaste la vida! —señalé yo.

—Sí, pero a Christine la vida ya no le importaba nada. Lo único que le preocupaba era su alma. Algo que ahora cree que está total e irreversiblemente perdido para siempre.

—Pues no comprendo por qué. Ella era una bruja desde antes. ¿Por qué iba a estar menos maldita como bruja que como vampiro?

Louis-Cesare torció los labios.

—Para ella la magia era simplemente algo que hacía, algo que requería de un esfuerzo consciente por su parte y que por lo tanto podía dejar de hacer en el momento que quisiera. No se consideraba una maga.

—Pero eso es una estupidez. No es lo mismo un humano mágico que un...

—Pero ella no lo ve así. Sus padres, sus hermanos; todos eran humanos. Por supuesto que tiene que haber sangre de mago en su herencia genética, claro, pero según parece no se había manifestado en ningún otro miembro más de la familia. Por eso ella creía que sus nuevas habilidades eran el medio que utilizaba el demonio para tentarla y que podía superarlo a fuerza de rezar y de hacer buenas obras. ¿Pero el vampirismo? —continuó Louis-Cesare con una sonrisa irónica—. Eso no era algo que ella pudiera hacer o deshacer; es algo que se es y que no se puede deshacer una vez que la transformación es completa.

El razonamiento tenía cierto sentido si uno conservaba la mentalidad de finales de la Edad Media.

—¿Y sin embargo decidió seguir siendo la amante del hombre que la condenó?

Louis-Cesare dirigió la vista hacia la ventana, aunque tampoco es que hubiera mucho que ver. A aquellas horas de la noche además no había mucho tráfico, y sin los faros de los coches al pasar yo no podía verla expresión de su rostro. Eso suponiendo que su rostro expresara algo.

—El lazo entre un vampiro recién transformado y su maestro es muy fuerte —dijo él al fin.

—¡Pero muchos de ellos no son amantes!

—Ella hubiera preferido que no lo fuéramos. Pero mi comportamiento la privó del amor de su familia, del solaz de su religión y de la comodidad de vivir en un mundo que comprendía. Yo destruí su vida. Y era responsabilidad mía proporcionarle una vida nueva.

—¿Y ahora?

Él no dijo nada, cosa que sirvió igualmente como respuesta.

—¿Cuántos años tiene ahora? —exigí saber yo—. ¿Unos cuantos cientos? Creo

que ya es hora de que su vida sea responsabilidad suya.

—Tú sabes que no funciona así.

—Yo lo que sé es que los vampiros se emancipan.

—Cuando alcanzan cierto nivel de poder, sí. Pero Christine jamás ha avanzado más allá de lo que era el día en que despertó como vampiro por primera vez. No sé qué podría haber llegado a ser, pero su aversión por nuestra especie le ha impedido madurar. Ha permanecido como una niña desde entonces.

—Los niños crecen.

Louis-Cesare cerró los ojos.

—Los niños humanos crecen. Pero a veces los de nuestra especie... simplemente permanecen igual.

—¡Entonces quizá necesite un empujoncito un poco más fuerte! Los vampiros no son humanos, pero sí forman parte del mundo natural. Y el mundo natural prospera con el cambio.

—Pero precisamente en eso es en lo que nosotros somos distintos, ¿no es así? —preguntó Louis-Cesare, abriendo mucho los ojos. Brillaba en ellos una emoción que yo no pude identificar en absoluto, pero que contrastaba fuertemente con la expresión mortecina de su rostro—. Los vampiros no envejecemos. No morimos. Somos tan inmutables como las montañas.

—Las montañas también cambian, Louis-Cesare —contesté yo con severidad, poniéndome en pie—. Simplemente tardan más. Y los vampiros mueren constantemente. Te lo digo yo, créeme.

Volví al baño.

Ray había sacado la larga nariz por fuera del petate para poder quedarse mirándome. Le arrojé una toalla y comencé a secarme el pelo.

—¡Quítame esto de encima! —se quejó él.

—¡No creo que te ahogues por una toalla! —solté yo.

—No, pero tenemos que hablar.

No le hice caso. Preferí acariciar con los dedos la suave tela del vestido. Lo había arrugado al llevarlo de un lado para otro, así que lo extendí sobre la mesa con cuidado de que no hubiera ninguna gota de agua. La seda era tan delicada y pesaba tan poco, que estaba dispuesta a apostar a que al ponérmela me sentiría como si no llevara nada. ¿Y por qué diablos no iba a permitirme el lujo de descubrirlo?, me pregunté enfadada. Ese bastardo me debía un vestido.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Ray en tono exigente.

—¿Hablar de qué?

—De Elyas.

—Hablarás con él dentro de un minuto —le dije yo mientras examinaba un par de medias de las que llegan hasta los muslos y que terminaban con un encaje negro

como el ébano.

Había también unas bragas a juego, pero no había sujetador porque no se había inventado ninguno que encajara bien con ese vestido.

—Ése es el problema, que no voy a hablar con él —susurró Ray con los ojos fijos en la puerta cerrada del baño—. En cuanto me dejéis allí me matará.

—¿Y por qué iba a hacer una cosa así? Te necesita para saber dónde está la runa.

—Él ya sabe dónde está. La robó después de matar a Jókell.

—¿A quién?

—¡Al fey!

—¿Qué fey?

—El fey que me trajo la runa. ¡Y ahora no me vengas con que qué runa, por favor!

Fui yo entonces quien se quedó mirando la puerta. Estaba cerrada y yo había cerrado de golpe la del salón al volver de allí, pero dos puertas y la anchura de una suite grande no son mucho para el fino oído de un vampiro. Ray abrió la boca para decir algo más, pero yo lo hice callar, me enrollé una toalla para taparme y lo arrastré fuera de la ventana.

La barroca escalera de incendios de hierro forjado daba a un callejón pequeño situado entre dos edificios. Soplaban el viento suficiente como para sacudir las copas de los árboles ornamentales que había plantados más abajo, y todavía quedaba algo de tráfico por la Quinta Avenida. Lo bastante como para disimular una conversación mantenida en voz baja.

O eso esperaba.

Salí, cerré la ventana y abrí la cremallera del petate. Unos ansiosos ojos azules se giraron hacia mí.

—¿Quieres explicarme de qué estás hablando, Ray?

—Muy fácil. Jókell era *blarestri*. Los *blarestris* son una de las tres casas principales de los feys de la luz.

—¿Sé quiénes son.

—Sí, bueno, pero no todo el mundo lo sabe. El caso es que él estaba en lo que supongo que —se podría llamar el ejército de los *blarestris*, y le tocaba hacer un turno de guardia regularmente en uno de los portales principales que dan paso a nuestro mundo.

—Deja que adivine. A veces permitía que pasaran algunas cosas.

—Muchas cosas. Teníamos un buen trato. Él buscaba a gente en su mundo que tuviera cosas por las que prefería no pagar arancel, y yo me encargaba de venderlas a este lado. Bueno, el caso es que hace una semana me llamó y me dijo que tenía una cosa muy especial. Me dijo que organizara una subasta en privado e incluso me dijo con quién tenía que ponerme en contacto. ¡Y vaya lista de contactos! Me puse

nervioso porque yo normalmente no manejo negocios tan importantes, y se trataba de gente con la que yo no quería quedar mal. Pero el jefe me dijo que adelante.

—Pero algo salió mal.

—¡Todo salió mal! Para empezar, el fey no quería darme la runa hasta que no hubiéramos hecho la venta. Le dije que yo no trabajaba así, pero él me dijo que o lo hacíamos así, o no había trato. No me gusta vender una cosa que no tengo en la mano, pero el jefe me dijo que lo hiciera. Y hasta ahí la cosa fue bien. Mi jefe consiguió su adelanto y otro poco más, y después de la subasta le mandé un mensaje y él me dijo que llegaría en un par de horas.

—¿Y no apareció?

—Sí, llegó por el portal tal y como estaba previsto, pero eso fue lo último que salió bien.

—Y ese portal, ¿dónde está?

—En la discoteca. Arriba, en la antigua oficina del director...

—¿En la...? ¿Pero tú estás loco? ¡Distribuyes desde allí! ¡Lo sabe todo el mundo!

—Y por eso precisamente es perfecto —dijo la cabeza pirada de Ray, sonriéndome—. Sois tan idiotas que estuvisteis buscando por todas partes, hasta por mi apartamento... Sí, claro que me enteré... Buscasteis por el almacén y por la tienda de té de mi propiedad, pero a nadie se le ocurrió buscar en el lugar más evidente.

—¡Porque es un sitio de lo más estúpido!

—Tan estúpido como un zorro —afirmó Ray, que entonces frunció el ceño—. No, espera...

—¿Qué ocurrió?

—¡Ah, sí! Bueno, yo había llamado a un luduan para que diera testimonio de la autenticidad de la pieza antes de que se realizara el pago, pero el luduan llegó tarde. Y esas cosas a mi me ponen nervioso.

—¿Los luduans?

—Los feys —me corrigió él, haciendo una mueca—. O no se mueven, o se mueven de un modo muy extraño; no lo sé. Pero el caso es que a mí me dan repelús. Así que le dije a Jókell que se pusiera cómodo y bajé a preparar unos refrescos. Y no volvía subir corriendo, ¿me comprendes? Me puse a charlar con algunos de los chicos del bar y le recordé a Ken, el pinchadiscos, que a algunos de nosotros nos gusta oír otra música que no sea tecno de vez en cuando.

—¡Ray!

—Sí, ya. Así que un cuarto de hora más tarde volví a subir con una bandeja. Abrí la puerta. El fey no estaba, pero no me entró el pánico porque me dije que incluso un fey tiene que ir al baño de vez en cuando, ¿no? Entonces sentí que algo me agarraba del tobillo, miré para abajo y era esa mano sanguinolenta. Y fue cuando lo encontré, aplastado entre la pared y la mesa. Es decir, lo que quedaba de él.

—¿Y Elyas no estaba?

—No, pero pude olerlo, así que me figuré que debía de haberse marchado instantes antes.

—¿Y cómo sabías cómo huele Elyas?

—Puede que porque había estado en la discoteca esa misma tarde —respondió Ray con sarcasmo—. Trató de sobornarme para que le diera la runa antes de la subasta y llegó a ponerse realmente pesado. Al final le dije que yo no la tenía y que la entrega no se haría hasta después de la subasta, así que se podía largar con la música a otra parte.

—¿Le dijiste eso?

—Bueno, no esperaba que viniera a matar al tipo, ¿comprendes? —contestó Ray enfurruñado—. Y además se supone que los feys son difíciles de matar. Y me figuro que si utilizan la magia, debe de ser cierto. Solo que a este lo destriparon. Debió de tardar en morir apenas un par de minutos después de eso.

—Y la runa había desaparecido —afirmé yo sin molestarme en entonar la frase como si se tratara de una pregunta.

—Eso lo primero. Al llegar llevaba una cosa de oro colgando del cuello. Era de primera calidad y tenía un dibujo de una estrella con puntas. Era demasiado llamativo, y tenía pinta de caro. Aunque él dijo que no valía nada, que no era más que un estuche para llevar la runa. Me lo enseñó y la runa encajaba perfectamente en el hueco que había dentro. Pero cuando volví a subir no lo llevaba.

—¿El qué, la gargantilla o la runa?

—Ninguna de las dos cosas.

—Entonces, esa mercancía que me dijiste en el baño que habías colocado erróneamente...

—Sí, era la runa. Llamé a Elyas en cuanto me calmé y le dije que o devolvía esa maldita cosa, o lo identificaría como el asesino del fey. Y ya sabes cómo son los feys con eso de la venganza.

Se lo tomaban de una forma personal.

—¿Y se negó a devolvértela?

—No. Bueno, quiero decir que se puso bastante desagradable, pero al final accedió. Solo que para entonces era ya casi de día, y yo no quería que viniera cuando todos mis chicos estaban durmiendo. Así que le dije que me la mandara hoy por la noche. Pero no apareció y no conseguí que me contestara al teléfono, ¡y mi jefe iba a llegar en cuestión de horas! Comenzaba a asustarme, ¿comprendes? El jefe iba a venir en un avión especial solo para recoger la runa y llevársela a Ming-de esta misma noche, ¡y yo ni siquiera la tenía!

¡Sabía que me mataría!

—Sí, supongo que efectivamente te mataría —convine yo.



Así era como funcionaba la jerarquía de los vampiros, incluso en las familias más legales. Si tu maestro quedaba mal por tu culpa, lo más probable es que tú también salieras perdiendo. Solo que tú perdías mucho más que él.

—Elyas jamás tuvo intención de presentarse —confesó Ray, que volvió a ponerse nervioso—. Lo único que quiere es verme muerto y ha engañado a ese tipo francés para que le haga el trabajo sucio.

—¿A Louis-Cesare? ¡Podías haberlo dicho antes! —señalé yo.

—¡Sí, no sé cómo no se me ocurrió fiarme de la friki que me ha cortado la cabeza!

—Bueno y entonces ahora, ¿por qué confías en mí? ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Lo que ha cambiado es que tú le has dicho a Louis-Cesare que quieres la runa. Bien, pues a Elyas no vas a conseguir sacársela. Él no va a ceder, y si es cierto que la runa funciona y que le hace invencible, entonces tampoco puedes matarlo. Tu única oportunidad es hacerle chantaje. Yo puedo contarle a todo el mundo lo que he visto si él no la suelta.

—Pero para eso tú tienes que estar vivo —concluí yo, viendo adónde quería llegar a parar.

—Sólo que en cuanto él me ponga las manos encima, yo ya no seguiré vivo.

Me quedé mirando los árboles sin comprender. Las hojas se movían, las copas se mecían al son del refrescante viento. El cielo que se alzaba sobre nosotros era gris y turbio, lleno de nubes negras que presagiaban otra tormenta. Perfectamente a tono con mi estado de ánimo.

Por un lado, si Ray me estaba diciendo la verdad y Elyas había matado al fey, eso abría ciertas posibilidades interesantes. Puede que Elyas fuera invencible, pero su familia y sus propiedades no lo eran. El asesinato del fey podía arruinarlo si el chantaje iba más allá de una mera amenaza. Con un poco de suerte, quizá pudiéramos conseguir la runa y recuperar a Christine.

Pero por otro lado yo tenía que convencer a Louis-Cesare de que no aceptara la oferta de Elyas, y eso no iba a resultarme nada fácil. Louis-Cesare estaba a punto de conseguir a Christine; no tenía más que entregar a Ray y ya era suya. Con todas las garantías. El chantaje, por otra parte, implicaba ciertos riesgos: Ray podía estar mintiendo y Elyas podía negarse testarudamente a ceder, confiando en que la palabra de un miembro del Senado valía más que la del propietario de una discoteca.

No. Louis-Cesare no se arriesgaría. No cuando podía terminar por fin con todo el asunto en un momento, simplemente subiendo una escalera.

Tenía que huir y mantener a Ray vivo y dispuesto a hablar. Ése era el plan. Bajé la vista hacia el destartado callejón. Podía salir del edificio por la escalera de incendios con la mayor facilidad. Excepto por un pequeño problema. El resto de Ray estaba en alguna de las habitaciones de invitados y yo no sabía ni siquiera en cuál.

—Si me estás mintiendo para salvar la vida, lo descubriré —le dije a Ray mientras volvía a entrar por la ventana, arrastrándolo a él—. Y yo seré diez veces peor contigo que Elyas.

—¡Sí! ¡Como si yo hubiera podido inventarme toda esta historia...!

Ray se interrumpió a mitad de la frase porque alguien había llamado a la puerta del baño.

—Dorina, ha pasado ya media hora —dijo Louis-Cesare—. ¿Estás lista?



Ray y yo nos miramos el uno al otro.

—Casi —me apresuré yo a contestar—. Espera a que... eh...

Terminé de trepar al interior del baño, dejé el saco encima de la mesa y comencé a hurgar dentro. Llevaba cosas con las que podía matar a una persona de quince maneras diferentes, pero en cuanto a alternativas menos letales andaba ya mucho más escasa. Había entrado en una discoteca de vampiros y no todas esas armas me habían dado el resultado esperado.

Y eso era especialmente cierto en relación a los maestros de primer nivel. Me negaba a usar las esposas mágicas: Louis-Cesare se las quitaría en cuestión de cinco segundos. El spray de defensa personal probablemente ni siquiera lo notara. Y en cuanto a la esfera desorientadora, yo sabía de antemano que era un desperdicio de recursos. La verdad es que tenía que admitir que no contaba con nada con lo que pudiera engañar a Louis-Cesare para mantenerlo prisionero durante un tiempo razonable.

—¿Dorina?

—¡Voy!

Comencé a ponerme el vestido, o al menos a intentarlo. Pero la parte de arriba escapaba al entendimiento de un maestro en puzles.

—¿Dónde estás? —le pregunté a Ray moviendo solo los labios.

Ray me observaba con ansiedad.

—¿Te refieres a mi cuerpo? —preguntó él a su vez del mismo modo.

—¡Pues claro! ¿Dónde está?

—En la bañera.

—¿Qué?

—Ese viejo me ha metido en la bañera y no ha vuelto.

Típico. Horatiu probablemente se había olvidado de que lo había dejado allí.

—Sal por la puerta principal, por favor.

Los diminutos ojos de Ray echaron chispas.

—¿Yo solo?

—¡Sí! Ve al coche.

—¿Qué?

—¡Que vayas al coche! Yo me ocuparé de darle largas.

Me pasé un peine por el pelo todavía mojado y traté de solucionar lo de los tirantes, pero fue inútil. Estaban retorcidos y revueltos de tal modo que no había forma de colocarlos con cierta lógica.

—Dorina, ¿ocurre algo?

Abrí la puerta.

—No consigo colocarme los tirantes —dije yo.

Louis-Cesare se quedó ahí de pie, con la mano alzada, a punto de golpear de nuevo la puerta. Su rostro tenía esa expresión que tienen siempre los hombres cuando una mujer tarda tres veces más en vestirse de lo que había prometido. Pero tampoco le costó mucho cambiarla. Vale, pensé yo mientras observaba cómo se dilataban las pupilas negras de sus ojos azules. Quizá el vestido tuviera mejor aspecto de lo que yo me creía.

—¿Me ayudas? —pregunté yo.

Él vaciló por un momento, pero por fin dio un paso y se situó detrás de mí. Hizo unos pocos ajustes y sus dedos callosos rozaron levemente la suave seda. Milagrosamente el vestido cayó en su sitio, y cada uno de los brillantes tirantes quedó perfectamente pegado a mi piel.

Me giré frente al espejo. Decidí que no estaba tan mal. Era un vestido simple pero bien diseñado en el que la clave estaba en el corte y no en los adornos. Y sentaba a la perfección, excepto porque era quizá unos pocos centímetros demasiado largo. Sin embargo los sencillos zapatos de tacón solucionarían ese problema.

Una mano acarició mi costado. La caricia era completamente innecesaria. La mano permaneció ahí, en el lugar en el que acababa la cintura y comenzaba la cadera, quemándome la piel a través de la fina seda, produciéndome un estremecimiento en la boca del estómago.

—Elyas nos está esperando —dijo él con voz ronca.

—Deja que espere.

Me senté en el banco que había a los pies de la cama y saqué una de las medias. Era de un tejido delicado y tan vaporoso como las telarañas. Nada práctico, y probablemente en cuestión de unos minutos se les habrían hecho carreras. Pero eran como un sueño.

Estiré las puntas de los dedos y me puse una. Me sentí completamente decadente al saborear aquella sedosa y sensual caricia hasta la cinta de encaje del muslo. Me puse la otra media y luego aparté la falda para admirar mis preciosas medias nuevas.

En aquellos días resultaba raro encontrar medias de seda pura, pero desde luego aquéllas lo parecían. Eran ligeras como una pluma y tenían el acabado de una perla sobre el que se reflejaba la luz. Atraía sutilmente la atención sobre los puntos que debía, haciendo que mis piernas parecieran increíblemente largas y mejor torneadas de lo que estaban. Doblé una pierna y disfruté al sentir cómo la seda se deslizaba sobre mi piel.

Alcé la vista y vi que Louis-Cesare me observaba. No podía quejarme de que su rostro permaneciera inexpresivo en ese momento. Parecía un hombre muerto de hambre ante un banquete del que no podía disfrutar. Una vez más la idea me puso

furiosa.

Él apartó la vista.

—Ese vestido te sienta bien.

—Tú tienes buen gusto —contesté yo severa y directamente.

Para algunas cosas.

Recogí las delicadas cosas negras llenas de tirantes de satén que pretendían hacerse pasar por zapatos. Como para confiar en un hombre, me dije con pesimismo. Los tacones debían de medir quince centímetros y eran tan finos, que sin duda se romperían al ejercer sobre ellos la más leve presión. Me los puse y me quedé mirándolos. Fuera quien fuera quien los hubiera diseñado, tenía que tratarse de un sádico. Porque sin duda me rompería un tobillo a la menor oportunidad.

—Esto lo has hecho a propósito —le acusé yo.

—Puedo ordenar que te traigan otra cosa si lo prefieres —dijo Louis-Cesare.

Sus ojos azules brillaban provocativos.

Yo fruncí el ceño.

—No, estos están bien.

Me puse de pie lentamente. Me sentía como si llevara zancos. Hacía años... décadas en realidad que no me ponía tacones, y de pronto recordé por qué. Mi tobillo izquierdo cedió, pero enseguida corregí el movimiento mientras miraba para abajo. Si podía correr a lo largo del borde de un tejado sin tropezar ni una sola vez, entonces podía andar con aquellos malditos zapatos.

Y lo hice. Durante alrededor de un par de pasos. Entonces comencé a tambalearme, tropecé y acabé con el culo encima de la cama.

Uno de los zapatos salió volando. Louis-Cesare lo recuperó y se arrodilló delante de mí. Sus ojos expresaban cierta comicidad.

—Esto requiere de cierto arte.

—¿Y tú cómo vas a saberlo?

—Yo solía llevarlos.

—¿Cómo dices?

—En la corte de Francia. Estuvieron de moda... para los dos sexos... durante un tiempo.

Traté de imaginarme a Louis-Cesare con su metro ochenta y dos centímetros de altura de puro músculo calzado con zapatos de tacón. Y a pesar de todo, me eché a reír.

—¿Te importaría enseñarme cómo se hace?

—No creo que esos zapatos sean de mi talla —dijo él mientras me cogía de la pantorrilla con una larga mano.

Sentí que se me quedaba la boca un poco seca.

Por un momento sus dedos me parecieron cálidos sobre el arco de la pierna,

mientras él deslizaba el zapato de nuevo en su sitio. Louis-Cesare alzó la vista.

Sus ojos de pronto estaban serios.

—Supongo que es inútil que te pida que te quedes aquí mientras yo me encargo de esto.

Por toda respuesta yo simplemente me quedé mirándolo.

—Me va a resultar difícil protegerte sin romper la tregua.

En momentos como ése era cuando yo me preguntaba si él comprendía realmente qué era una dhampir.

—Yo no necesito protección.

—¿No necesitas protección frente a algunos de los vampiros que va a haber allí esta noche? —preguntó él con la mandíbula tensa—. Sí, sí la necesitas.

—Me portaré lo mejor que pueda —prometí yo con el semblante serio.

Él sonrió ligeramente.

—¿Por qué eso no me hace sentir más seguro?

Louis-Cesare tiró de mí hasta ponerme en pie y enlazó mi mano a su brazo con un solo movimiento fluido y natural, sin vacilar ni un segundo. Yo no conocía a ningún otro vampiro soltero, incluyendo a los de la familia, que no se pusiera ligeramente tenso cuando yo estaba así de cerca. Y sin embargo a Louis-Cesare jamás le había importado estar tan cerca, y así me lo había demostrado desde el primer día en que nos conocimos. Al contrario: se había aprovechado de todas las excusas posibles para aproximarse a mí.

Era un comportamiento extraño para un vampiro que supuestamente languidecía lejos de su amante.

Aunque puede que quizá yo simplemente estuviera disponible; puede que yo no fuera más que una conquista fácil, una criatura a la que importaba un bledo si ofendía o no porque nuestra relación natural de todos modos era hostil. En realidad yo no sabía qué sentía él, si es que sentía algo. Sólo sabía qué sentía yo.

—Entonces quizá debemos hacernos primero un seguro —dije yo, dejándome caer de rodillas.

Él pareció confuso hasta el momento en el que mis dedos se dirigieron al botón de sus pantalones. Noté el instante en el que él captaba el movimiento, sentí cómo se quedaba por completo inmóvil, sin respirar siquiera. Y entonces me cogió de las manos.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees?

—¿Por qué?

Lo preguntó en un tono de voz bajo, con urgencia; yo jamás lo había oído hablar así.

—Porque me ayuda a relajar un poco la tensión —dije yo. Él pareció no

comprender mi respuesta—. Soy una dhampir —le recordé—. Nos dan rabieta, ¿no te acuerdas? Desmayos inducidos por la ira después de acabar con todo lo que se nos pone por delante.

—¿Y sólo con esto te basta para controlar las rabieta? —preguntó él incrédulo.

—Yo no he dicho que las controle así. Solo he dicho que me calma, más o menos igual que un buen porro. Pero todavía puedo saltar si alguien me provoca. Aunque no tan fácilmente. Y ahora tranquilízate. ¿O es que solo tú puedes tocar?

Eso parecía, porque él tiró de mí para ponerme en pie y siguió agarrándome las dos manos. Las de él eran fuertes, cálidas y estaban llenas de callos, pero yo las conocía bien. Sentí cómo se me aceleraba la respiración al recordar lo que esas manos podían hacer.

Algo de lo que estaba pensando debió reflejarse en mi rostro porque él se sonrojó.

—Me habían dicho que habías encontrado una cura.

—Es genético. No tiene cura.

—Lord Mircea dijo que...

—¿Le has preguntado por mí?

—Él lo mencionó de pasada.

Fruncí el ceño, pero al final dejé pasar el comentario.

—He encontrado algo que reduce el número de los ataques, disminuye la frecuencia con la que me dan y controla algunos de los síntomas. Pero tiene problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

Suspiré. Para ser francés, Louis-Cesare era el hombre más difícil de seducir que había visto jamás.

—Despierta las habilidades mágicas latentes en los humanos.

Fue entonces Louis-Cesare quien frunció el ceño.

—¿Estás hablando del vino fey? No me digas que aún sigues tomando ese mejunje.

—Vale, pues no te lo digo.

—¡Es peligroso!

—¡Y yo también soy peligrosa si no lo tomo!

—¿Y crees que por eso merece la pena arriesgar tu vida? Es que no sabes que...

—Hace semanas que no tengo un ataque en toda regla. Y la última vez que me dio estuve consciente —dije yo. Por su expresión resultó evidente que no comprendía—. ¡Estuve consciente, Louis-Cesare! —repetí, luchando por encontrar las palabras que pudieran hacerle comprender lo que eso significaba.

Pero no había tales palabras. Él jamás había tenido que preocuparse por el hecho de poder desmayarse y permanecer inconsciente durante días, para despertar después en un lugar completamente desconocido, cubierto de sangre y rodeado de cadáveres.

Él jamás comprendería el inquietante y constante miedo de que la próxima vez yo pudiera matar a alguien que no fuera un enemigo. A que la próxima vez me despertara con las manos en la garganta de un amigo.

Algo debió de reflejarse en mi rostro, porque por fin su dura mirada se ablandó.

—Creía que tu amiga estaba buscándote una cura.

—Sí, la estaba buscando. La está buscando. Pero de momento no ha habido suerte.

—Hay otros médicos. ¿Has ido a ver a otros médicos?

—No los necesito. Tengo algo que me funciona.

—De momento. Pero no tienes ni idea de cuáles pueden ser los efectos secundarios a la larga.

—¡Sean los que sean, te aseguro que merece la pena!

Louis-Cesare puso tensa la mandíbula y esbozó de nuevo aquella expresión cabezota tan típica suya.

—Tiene que haber alguna otra alternativa.

—La hay —dije yo, deslizándose deliberadamente las manos por su pecho.

—Dorina...

—No. No digas nada.

No quería seguir hablando. No quería pensar. Quería volverlo tan loco como me tenía él a mí, quería verlo perder el control, verlo sentir algo en el momento en el que yo me marchara.

Tomé su rostro entre las manos y lo besé. Su cuerpo era como una tensa pared de músculos, tan inflexible como una roca. Pero sus labios estaban cálidos y suaves al contacto con los míos. Ni pedían ni prohibían nada; se rendían a mi deseo como yo sabía en lo más profundo de mí misma que lo harían.

Sabía a *whisky* ahumado y a Louis-Cesare: un sabor dulce y esquivo que me había perseguido durante semanas en los momentos más extraños. Lo atraje más cerca de mí y enrollé la pierna alrededor de él. Sentía cómo crecía el deseo al profundizar en el beso. Sentí una oleada de pura satisfacción cuando él me rodeó con los brazos. Colocó una mano sobre mi nuca y la otra sobre mi barbilla y me acarició con el dedo con una increíble suavidad.

Me resultaba muy fácil perderme a mí misma así, en las penetrantes caricias de su lengua, en la sedosa presión de sus labios. Recorrí con las manos las anchas planicies de su espalda, acaricé suavemente con las puntas de los dedos la dureza de los huesos de su espalda, sentí la suave presión y la flexión de sus fuertes músculos bajo la fina tela de la camisa. Era tan cálido...

Y tan peligroso... Una dhampir tan cerca, dentro de su línea de defensa, agarrada a su cuello, lo suficientemente cerca como para besarlo o para matarlo. Él tenía que notarlo. Yo lo notaba: sentía esa sensación de hormigueo que siento siempre ante la



presencia de un vampiro, una sensación que me pone todos los nervios en estado de alerta.

Y sin embargo, su único movimiento fue para atraerme más hacia sí, para deslizar las manos por mis costados y cogerme de las caderas. Sentí que los dos estábamos cerca, muy cerca. Más cerca de lo que yo lo había estado jamás de nadie, más cerca de lo que podría llegar a estar nunca de nadie porque estar así de cerca significaba siempre violencia, miedo; implicaba la muerte para uno de los dos. Siempre había significado violencia y muerte, y siempre sería así, y jamás podría ser de ninguna otra maldita manera. Y no obstante él seguía a mi lado, duro y excitado, y tan cerca...

La fragancia de ella tan cerca, salvaje y reconfortante al mismo tiempo, envolviéndolo por entero a él. Tenía que detener esto, tenía que abandonar. Si se sumergía en esa fragancia, si comenzaba a depender de ella, a necesitarla, lo mataría de deseo cuando ella desapareciera.

Demasiada voracidad de esa fragancia sentía ya.

*Cállate*, pensé yo con brutalidad. No quería que uno de los muchos recuerdos de Louis-Cesare nos interrumpiera, y menos aún si se trataba del recuerdo de otra mujer. No allí, no en ese momento. Aquel instante era mío.

Me dejé caer deliberadamente hacia atrás, sobre la cama, arrastrándolo a él encima de mí.

—Dorina...

—Te cuesta respirar.

—Los vampiros no respiramos.

Me apreté contra él y él contuvo la respiración.

—Supongo que tienes razón —dije yo mientras lo hacía rodar.

La larga raja de la falda me facilitaba sentarme a horcajadas encima de él. Y eso hice. Después pasé las manos por encima de su torso hasta llegar otra vez a la cinturilla de sus pantalones. Le saqué la camisa. Me gustaba la forma en que me cogía de los brazos con las manos mientras yo le desabrochaba el cinturón; la deliciosa forma en que me apretaba mientras yo metía los dedos por dentro de sus pantalones.

Él no hizo nada por ayudarme. Abrazó mi cintura y acarició con suavidad mi piel a través de la suave seda. Aunque tampoco me detuvo. Recorrí sus caderas, mis dedos buscaron los hoyuelos en la base de su espalda.

Eran un detalle frívolo en semejante cuerpo, igual que el abundantísimo cabello que a él le costaba tanto mantener en orden o que las pestañas increíblemente largas en un rostro de rasgos angulosos; era como si su cuerpo supiera que aquel hombre iba a ser un cúmulo de contradicciones, y cada uno de esos detalles se hubiera entretejido en él, piel, huesos y carne. Acaricé las pequeñas curvaturas con suavidad, sintiendo cómo se tensaban los músculos que iba tocando ante mi amorosa exploración antes de

continuar.

Una caricia de pecaminosos y ricos latigazos sobre la piel de pálida luna. Una mirada tímida, un destello de dientes blancos al ritmo al que ella iba bajando por el cuerpo de él. Él tenía que terminar con esto. Pero ella lo estaba tocando y él se sentía increíblemente bien. Sólo con esto. Incluso con esto. Sólo una pizca más lo mataría, pero él lo deseaba. Vorazmente.

Louis-Cesare me miraba como si estuviera hipnotizado mientras yo me inclinaba lentamente sobre él hasta estar tan cerca, que él podía sentir mi cálido aliento. Y sin embargo él no se movió, no trató de detenerme. Decidí que eso equivalía a una invitación; que no obtendría de él otra invitación. Los pantalones oscuros y sueltos se calentaron con mis labios al inclinarme, al besar la suave tela y sentir la dureza que había justo debajo.

Él no llevaba nada debajo de los pantalones. La lana era tan fina que parecía seda y la sentí más como una invitación que como una barrera. Tracé el perfil de su cuerpo con la lengua y observé con una especie de fascinación cómo los pantalones se tensaron de una forma impresionante. Aquello era una especie de poder adictivo: sabía lo que le estaba haciendo, estaba moldeando su cuerpo tal y como yo quería. Le di un levísimo mordisco y él emitió un agudo y sobresaltado gemido al tiempo que daba un salto hacia mí.

—Dorina —me llamó con voz un tanto estrangulada.

—No me metas prisa —le advertí—. Tú has tenido tu turno.

Él respiró profundamente.

—¡Sólo trataba de relajarte!

—¡Ah!, ¿era eso lo que pretendías? —pregunté yo un tanto divertida.

—¡Sí!

—Bien —contesté, dejando que mintiera y que se saliera con la suya—. Pues ahora cállate y déjame que te devuelva el favor.

Quería atormentarlo un poco más, pero él estaba tan terriblemente cerca... Mi boca ardía en deseos de él; mi lengua ansiaba la intimidad de su carne. Tiré lentamente de la cremallera y aparté la lisa tela hasta liberarlo. El sonido que él emitió al sentir el azote del aire frío fue casi insoportablemente sensual. Pero no tanto como verlo, ancho y largo, recto y perfecto.

Él estaba lo suficientemente cerca de mí como para que su fragancia llenara mis sentidos; una fragancia profunda y rica a musgo que me hizo tumbarme sobre él, vorazmente hambrienta de pronto. Deslicé la mejilla contra aquella seda pura. Suspiré tumbada sobre él, observándolo enderezarse sin poder evitarlo.

Los segundos caían como gotas de miel. Ella se inclinaba cada vez más cerca, con los dedos sobre los huesos de mis caderas. Él tenía todo el tiempo del mundo para apartarse. Pero no lo hizo. Estaba demasiado ocupado observando los soñadores ojos

de ella, medio cerrados, observando cómo iba desapareciendo su habitual expresión burlona para convertirse en algo más suave, en algo esbozado solo para él.

Me lamí los labios con la lengua y él inmediatamente pasó de estar tenso a estar rígido. Alcé la vista y vi sus ojos cambiar a un color plata pulido cuando yo ni siquiera lo había tocado. Decidí que había llegado el momento de rectificar ese desliz. Acaricié lentamente con una mano su cadera mientras arrastraba la otra por toda su piel hasta envolverlo por entero.

Un débil rubor oscureció sus mejillas, su respiración se paralizó y se le aceleró el pulso, que pasó de rápido a frenético. Lo sentí en la mano: un rápido golpe de staccato, que parecía seguir el lento deslizamiento de mis dedos. Igual que el rubor de su piel, rosa y dorada, que se encendía y bajaba a mi antojo.

Yo sabía qué quería, qué anhelaba su cuerpo, pero deliberadamente se lo negaba. Prefería jugar con él, ofrecerle leves toques de mariposa muy suaves, muy lentos, hasta que sus muslos se hicieron de granito y cerró los puños a los costados. Estaba bello así. El guerrero más grande del Senado, impotente en mis manos.

A esas alturas Ray estaría ya a salvo, pero eso me daba igual. Quería ver cómo Louis-Cesare perdía el control aunque solo fuera una vez; quería observar cómo se vaciaba la tensión de aquellos rasgos orgullosos; quería recordar el momento. Era un juego peligroso, murmuró una voz inconexa en el fondo de mi mente a la que yo inmediatamente arrinconé. Él volvió a saltar y esa vez yo lo tomé en mi boca.

Un largo y estremecedor aliento pasó por mis labios. Él echó la cabeza hacia atrás.

Curvé una de mis manos alrededor de su tenso trasero, rodeé con la otra el cálido satén mientras el sólido y liso cuerpo de él se deslizaba contra mi lengua. Él se mostraba firme y ligeramente resistente, cálido y un tanto salado y con sabor a Louis-Cesare. Delicioso.

Hice lentos círculos con la lengua alrededor de su punta, acariciándolo suavemente, dejando que se retorciera. Lamí el dulce punto con la lengua una vez, dos, y luego recorrí el lateral. Retrocedí con la mano hacia abajo, tracé un sendero de plumas hasta los globos de terciopelo presos contra su cuerpo. Lo toqué y atormenté, lo acaricié y amasé mientras mi lengua giraba lánguidamente a su alrededor.

Ráfagas de intensa sensación se extendían por su espalda y se enrollaban en su vientre, primero regulares como el tictac del reloj y después deliberadamente arrítmicas porque ella había decidido acariciarlo y torturarlo de otro modo. Él se estremeció con aquel débil rastrillar a propósito de los dientes; el peligro agudizaba el deseo. *Dieu!*, un hombre podía morir de esto, morir sin importarle...

Los pensamientos de él iban escapando por retazos, pero a mí ya no me preocupaba el hecho de que fueran recuerdos. No, ya no. Estaban demasiado en sintonía con los gestos que revoloteaban por aquel rostro de expresión cambiante. Los

dos habíamos compartido antes algo parecido a esto; una conexión emocional que yo no comprendía, que era casi como la conversación mental que mantienen los vampiros. Sólo que yo jamás había sido capaz de hacerlo con nadie más.

En cualquier otro momento me habría intrigado, pero en ese instante no me preocupó.

Tragué y lo tomé por entero, profundamente dentro de mi, y cerré los labios con fuerza a su alrededor. Sus caderas se alzaron de un modo reflejo, tratando de no embestir, tratando de mantener el control cuando claramente ya no estaba en su poder. Gemí deliberadamente, ansiosa por ver hasta qué punto podía volverlo loco, y él me recompensó con otro gemido que me aceleró el pulso.

Me eché hacia atrás y lo fui soltando con una lentitud exasperante, dejando que él sintiera la caricia de mi lengua a lo largo de todo su cuerpo. Hice una larga pausa sosteniendo solo la punta entre los labios, disfrutando al sentir cómo se estremecía en mis manos. Dejé que imaginara lo que iba a ocurrir mientras lo acariciaba suavemente solo con la punta de la lengua.

—¡Dorina, por favor...!

Es extraño, pero sonó a súplica.

Dejé que siguiera retorciéndose otro poco más durante unos segundos. Adoraba oírle suplicar en susurros y gemir cuando era yo la que conseguía lo que quería. Y entonces, sin previo aviso, súbitamente volví a deslizarlo todo entero dentro de mí.

El sonido que emitió en ese instante fue realmente muy satisfactorio.

Incliné la cabeza unas cuantas veces hasta que por fin encontré una especie de apacible ritmo y comencé a beberme los suaves gemidos que emitía él. Todo parecía afectarlo: el suave roce de mi pelo contra el muslo le producía escalofríos; el tacto de mis dientes, arañándolo muy suavemente a lo largo, lo hacía gemir; ver cómo me lo comía por entero le ponía los ojos enfebrecidos.

Pero de pronto mi deseo comenzó a crecer en espiral y a envolverme hasta hacerme incapaz de pensar. Oí el momento en el que él finalmente cedió, cuando gritó mi nombre, cuando se agarró a la cama con tanta fuerza que creí que la rompería. Pero lo oí de un modo distante.

Alcé la vista. Él tenía los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás y la expresión más vulnerable en el rostro que yo hubiera visto jamás en él. Me quedé mirándolo durante un largo rato, ansiosa por memorizar ese semblante. Por una vez no se trataba de una imagen sacada del conjunto de sus recuerdos, de un momento fugaz de placer robado a otra persona. Se trataba de algo que habíamos hecho juntos, de algo nuevo y únicamente mío.

Minutos más tarde estaba al pie de la escalera de incendios con Ray, a punto de echar a correr en busca del coche y con el corazón retumbándome en los oídos.



No pretendía acabar borracha en un sórdido antro. Al fin y al cabo es la reacción típica, pero hay momentos en los que lo único que se puede hacer ante las pequeñas ironías de la vida es emborracharse. Y si aquella no era la ironía más grande de la mía, entonces yo no sabía qué era.

Hay un bar en el centro de Nueva York tan conocido por sus parroquianos, que no necesita ni de cartel. Mejor, porque se llama como su dueño y jamás cabrían tantas sílabas en ningún letrero. Dejé el cuerpo de Ray en el asiento de atrás del coche porque si Cheung lo encontraba en el bar, adiós Ray. El garaje lo custodiaban un par de diablos a los que les gustaban, y mucho, los ladrones, a ser posible con un chupito de tequila.

Me llevé el petate conmigo. Después de todo lo que había pasado por su culpa no estaba dispuesta a perderlo de vista. Nunca más.

Me senté en mi banco de siempre, al fondo, debajo de la televisión que había suspendida de la pared y que reflejaba una luz azul sobre la mesa. Estaban poniendo una de las telenovelas que tanto le gustaban al barman. Se acercó lentamente después de un minuto y dejó sobre la mesa mi cerveza de siempre.

—Bonito vestido.

—Saca la reserva, Leo —le dije de mal humor.

No había nada en el menú habitual que pudiera hacerme arder el estómago como yo necesitaba que me ardiera.

El barman alzó sus peludas cejas enmarañadas, pero no dijo nada. Simplemente recogió la botella y se marchó arrastrando los pies.

Claire iba a preocuparse. Hacía ya dieciséis horas que me había marchado de casa, así que tenía que llamarla. También tenía que dar el primer paso con Elyas.

Iniciar el tanteo. O al menos intentarlo. Pero no quería hacer ninguna de las dos cosas. No quería pensar en absoluto. Solo quería beber y beber hasta que me tambaleara de tal modo que no pudiera ni recordar lo estúpida que había sido.

Pero no estaba muy segura de que Leo tuviera tanto alcohol en el almacén.

El barman volvió y dejó una botellita azul sobre la mesa delante de mí. Bebí directamente de la botella, al mismo ritmo que un tío de la barra se chutaba tres cigarrillos uno detrás de otro en cadena, hasta que comencé a sentir cierto ardor.

Entonces fui más despacio y me quedé mirando la televisión sin ver nada.

Era por la novedad, me dije a mi misma. Para mí, un vampiro que no se comportaba como si yo fuera a tirarme a su cuello en cualquier momento era toda una experiencia nueva. Y mucho más si se dirigía a mí de persona a persona, si me sujetaba como si yo fuera frágil y además me compraba ropa suave y ridícula como si

estuviera interesado en saber cómo le sentaba esa seda a mi cuerpo y a mi piel...

Decidí que después de todo, el plan de no pensar en absoluto había sido el mejor.

Un par o tres de centímetros más de alcohol y dejé el vaso de cristal de golpe sobre la mesa. Se cayó y rodó hasta el borde. Leo se sentó frente a mí.

—¿Quieres hablar?

—No. Quiero echarme a perder.

Traté de recoger el vaso errante, pero solo conseguí golpearme la frente contra la rígida mesa.

—Creo que ya estás echada a perder —me dijo él, apartándome el pelo de los ojos. Tenía los rasgos angulosos y la cara llena de cicatrices, pero sus labios eran suaves y sus ojos evaluaban mi estado sin juzgarme—. De haber sido cualquier otra persona, yo diría que se trata de un problema con un hombre.

—Él no es un hombre.

Ya no lo era.

Leo alzó aquellas cejas de oruga suyas.

—Algunos lobos pueden ser realmente majos.

—No es un lobo tampoco.

Bebí directamente de la botella y me pregunté por qué no me había marchado a casa a emborracharme. ¡Ah, sí! No quería ir conduciendo hasta tan lejos.

—¿Estás saliendo con un demonio? —preguntó Leo, inclinándose hacia delante—. ¿De qué tipo? ¡Y no me digas que es un maldito íncubo de éstos! ¡Se llevan a todas las chicas guapas!

Leo no era más que la primera sílaba de un nombre que se tardaba en decir media hora, pero le pegaba. Era un demonio con rasgos vagamente leoninos y siempre llevaba el pelo rubio rojizo largo. Y como cualquier otro barman, podía llegar a ser excesivamente charlatán aunque por lo general solía tener más tacto del que estaba demostrando esa noche.

—Déjalo ya, Leo.

—Lo sabía. Es un íncubo. ¡Esas malditas cosas inútiles...!

Dejé la botella de golpe.

—No es un maldito demonio, ¿vale? ¿Me dejas, por favor, que me emborrache en paz?

—No es un... ¡Ah, no! —negó él, que parecía sobresaltado—. No puedes estar saliendo con un fey. No se puede confiar en esos bastardos, Dory. Pregúntaselo a cualquiera.

—Sólo porque te cobran de más por tu suministro de...

—¡Me cobran un ojo de la cara! —me interrumpió él, hablando con resentimiento—. Ellos saben que esa mierda no puede hacerla nadie más que ellos, así que le ponen el precio que les da la gana y nosotros nos tenemos que aguantar ¡Ni se te

ocurra hacer tratos con ellos!

—Es gracioso... ellos dicen lo mismo de los demonios. Además, no es fey.

Leo arrugó su enorme frente.

—¿No es humano, no es lobo, no es demonio, ni es fey? ¿Pues qué queda?

—Eh, una vez que te haces vampiro, ya no hay vuelta atrás —comentó Ray desde las profundidades de mi petate.

Leo dio un salto.

—¿Qué demonios...?

Algo vibró contra mi cadera. Era el móvil que llevaba dentro del petate, pero estaba apretujado justo contra mí. Estuve a punto de no contestar pero era Mircea, y pensé que antes o después iba a tener que hablar con él. Y teniendo en cuenta lo mal que me iba cuando estaba sobria, decidí que por una vez podía probar a hablar con él estando borracha.

—¿Estás saliendo con un vampiro? —preguntó Leo con una expresión de sorpresa.

—No, solo botando un poco —dijo Ray.

—Yo no estoy..., ¿qué es eso de estar botando? —dije yo, e inmediatamente apreté el botón de «hablar» del teléfono.

—¿Dorina?

Esa vez Mircea no hacía grandes esfuerzos para que su voz sonara dulce, me percaté yo de inmediato.

—¿Sí?

—¿Dónde estás?

—En el centro. En Leolintricallus... no sé qué. La palabra sigue.

—Por cada siglo que vivimos nos añadimos otra sílaba al nombre —explicó Leo, frunciendo el ceño—. Aunque jamás pensé que viviría para ver algo como esto. ¿En qué cielos estabas pensando para enrollarte con un vampiro?

—No estaba pensando.

—Eso está claro.

Guay. Sólo había una cosa peor que enamorarse de un vampiro, y era que Leo le contara a todo el mundo que yo me había enamorado de un vampiro.

—Escucha, Leo, no es lo que tú...

—¡Dorina! —gritó la voz de Mircea.

—Pareces cabreado.

—¡Y no será porque no tenga motivos! —exclamó Mircea.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunté yo con cautela.

—Punto número uno —contestó él serio.

—Espera. ¿Cuántos puntos hay en total?

—¡No me digas que te persiguen los sabuesos y que después volverás a llamarme

si luego no vas a llamarme! ¡Llevas casi toda la noche sin responder al teléfono!

—Pero es que llevo casi toda la noche sin...

—Punto número dos: tienes libre acceso a mis propiedades, ¡pero te agradecería que en el futuro mi cama quedara fuera de tus límites!

—¡Uau! ¿Has estado botando en la cama de tu papá? —preguntó Leo, levemente impresionado.

—¡Deja ya de escuchar las conversaciones ajenas! —exclamé yo.

—¿Me tomas el pelo? Por lo que cuentas, tu vida últimamente es bastante más interesante que las telenovelas —se defendió Leo.

—¡Dorina...!

La voz de Mircea sonó como si estuviera apretando los dientes.

—¿Es que hay un punto número tres? —pregunté yo—. Porque estás interfiriendo aquí con mis copas.

—Sí. Si no te supone un grave inconveniente, me gustaría hablar con Louis-Cesare.

—Lo siento. Se te ha escapado.

—Pero Horatiu dice que se marchó detrás de ti, siguiéndote.

—¿Siguiéndome? —repetí yo con un repentino mal presentimiento.

Abrí el saco y ahí estaba, vibrando muy levemente. Me quedé mirándolo incrédula por un momento. Louis-Cesare me había puesto un rastreador. El hijo de puta me había tratado con el mismo maldito encanto con el que lo había tratado yo.

—Voy a tener que llamarte luego —le dije yo seria a Mircea.

Al instante cerré el teléfono y me levanté de un salto.

Pero me topé de lleno con un par de ojos azules airados.

—¡Oh-oh! —musitó Ray.

Louis-Cesare no dijo nada, a menos que uno contara la respiración pesada como una forma de expresión.

—Escucha, no es lo que tú piensas —me apresuré a decir yo mientras agarraba el saco con fuerza—. Quería llevarme a Ray para que pudiéramos hablar...

—No hay nada de qué hablar. Vas a devolverme al vampiro. Ahora.

Se podía decir que me hablaba exactamente como un rey habla a su siervo. Eso me puso furiosa.

—Yo no soy una de tus siervas —solté yo—. No puedes darme órdenes. Y si me escucharas un momento, sabrías por qué tú no quieres en realidad llevar a Ray ante Elyas.

—Sé exactamente lo que quiero hacer.

—Vale, pues entonces, mientras estás ahí de pie, puedes preguntarle qué estaba haciendo Elyas en la discoteca justo antes de que encontraran muerto al fey —dije yo con sarcasmo—. Y por qué piensa Ray que es él quien tiene la runa y que su



intención es quedársela además de quedarse con Christine. Y ya de paso pregúntale también por qué Elyas te está tomando el pelo.

Por un momento se hizo el silencio.

—Una idea excelente —dijo Louis-Cesare al fin en voz baja.

Acto seguido desapareció.

Me quedé ahí de pie un segundo, mirando boquiabierta el espacio repentinamente vacío. Yo había visto a los vampiros moverse rápidamente, pero aquello era ya sencillamente ridículo. Entonces cogí el saco y me dirigí a la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —exigió saber Ray al verme atravesar corriendo el garaje, aporreando sin parar las llaves en el llavero con el dedo pulgar.

—Volver.

—¿Te has vuelto loca?

—Ahora mismo no.

Subí al asiento del conductor, arrojé a Ray sobre el asiento de al lado y arranqué, todo con un solo movimiento fluido. Louis-Cesare iba a pie; con un poco de suerte si no había mucho tráfico, quizá tuviera una oportunidad.

—¡Genial! ¡Casi me lo trago! —exclamó Ray mientras salíamos del garaje, quemando la goma de los neumáticos—. Cuando dos maestros de primer nivel están decididos a hacerse pedazos el uno al otro, lo mejor es apartarse de en medio.

En términos generales yo habría estado de acuerdo con él. Pero Louis-Cesare no podía ganar ese combate de ninguna de las maneras: si Elyas tenía la runa Louis-Cesare estaba perdido; y si no la tenía y Louis-Cesare lo mataba, entonces habría violado la prohibición establecida por el Senado. Y los castigos del Senado en ese caso eran draconianos incluso cuando no había guerra.

Cinco minutos más tarde frené tan de golpe delante del edificio, que la parte de atrás del coche se zarandeó de lado a lado. Salté del coche, agarré el saco en donde llevaba casi todas mis armas y me dirigí a la puerta principal.

—¿Y el resto de mi cuerpo? —chilló Ray.

—¡Quédate en el coche!

—¿Y si aparece el maestro?

Le arrojé las llaves y grité:

—¡Huye y déjalo atrás!

Lo último que vi antes de girar en el primer recodo de las escaleras fue su velludo culo al inclinarse para buscar las llaves por el suelo.

Subí las escaleras de tres en tres con la esperanza de llegar a tiempo. Pero no fue así. Apenas había alcanzado el vestíbulo cuando capté la ola de poder que irradiaba del apartamento y que atravesaba a cada uno de los vampiros que había allí y que habían probado alguna vez la sangre de Elyas.

Marlowe tenía razón: la muerte de un vampiro supone un duro golpe para sus

hijos, y jamás es tan cierto como cuando quien muere es un maestro de primer nivel. Los vampiros sacudían la cabeza, la confusión y el miedo atenazaba a los más jóvenes, y uno de ellos incluso gritó y se desmayó del impacto. Pero en el apartamento había maestros suficientes como para reagruparse, y con rapidez.

Por todas partes se cerraron puertas y ventanas, incluyendo las que iban quedando detrás de mí. Yo apenas me di cuenta. Pasé por encima del portero que se había desmayado y corrí por las escaleras en dirección a la ráfaga de poder.

Al llegar a lo alto de la escalinata el largo pasillo se dividía en dos. Al final de uno de los extremos había una puerta abierta. Seguí en esa dirección. La sala del fondo resultó ser una enorme biblioteca con una chimenea, un par de sillones de piel de color granate, una mesa de madera de cerezo y un hombre muerto.

Tenía la cabeza inclinada sobre los brazos casi como si estuviera durmiendo. Los rizos rubios le caían sobre la chaqueta de terciopelo verde, a juego con las cortinas y los complementos de mármol del escritorio. De no ser por el cuchillo que le sobresalía de la espalda y por el empalagoso olor a sangre, quizá yo no hubiera caído en qué era lo que no cuadraba.

Aunque también es cierto que el vampiro que estaba de pie a su lado, aferrado a otro cuchillo con una hoja lustrosamente roja de sangre, podía haberme dado una pista.

Por un momento me quedé ahí, mirando. Teniendo en cuenta que a los vampiros maestros no se les da bien obedecer órdenes, yo esperaba encontrarme con una pelea o quizá con un duelo. No se me había ocurrido que me encontraría con un asesinato a sangre fría.

Salí de mi estado de perplejidad y cerré la puerta.

—¿Lo has matado?

—*Non.*

Louis-Cesare alzó la vista hacia mí. Tenía los ojos negros a causa de la conmoción.

—Entonces, ¿qué demonios...?

—Vine aquí a exigirle que me devolviera a Christine. Y me lo encontré así.

—¿Estaba ya así cuando yo llegué? ¿Ésa es tu coartada? —soltó Ray desde dentro del petate.

—¡Yo no necesito ninguna coartada! —le gritó Louis-Cesare tenso—. ¡No he hecho nada!

—¿Pero sostienes un cuchillo en la mano porque...? —seguí preguntando yo.

—El cuchillo estaba en el suelo y la sangre que le caía encima procedente de la herida lo estaba cubriendo. Lo recogí para quitarlo de en medio, y justo cuando yo me agachaba él murió.

Me quedé mirándolo incrédula. Si ésa era su historia, la había cagado. Entonces

oí pisadas que se acercaban corriendo por el pasillo y me di cuenta de que en realidad daba igual. Louis-Cesare podía tener la mejor coartada de toda la historia de las coartadas; ningún vampiro se molestaría en escucharla al ver a su maestro recién asesinado.

Teníamos que salir de allí. Ya nos ocuparíamos después de las consecuencias. No había más que una ventana en la biblioteca. Mejor dicho, no quedaba ninguna. La energía liberada al morir Elyas la había volado por los aires. La brisa entraba en la biblioteca y revolvía las cortinas. Retiré los cristales que quedaban con el codo y miré para abajo. La caída era de cinco pisos sobre un suelo de cemento; para mí el salto era imposible. Pero Louis-Cesare sí podía hacerlo.

—Puedes darme un... —comencé yo a decir, girándome hacia él.

Justo a tiempo de verlo desaparecer por la puerta de la izquierda.

—¿Adónde demonios va? —preguntó Ray.

Yo simplemente sacudí la cabeza y corrí tras él. La puerta daba a una especie de salón con una enorme ventana y un montón de sillones de aspecto cómodo.

No había nadie, pero frente a la puerta de la biblioteca había otra puerta más que estaba abierta. La atravesé también y encontré a Louis-Cesare, que estaba a punto de abrir una tercera puerta cerrada.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté con un tono exigente.

Se oían los golpes de alguien que llamaba a la puerta de la biblioteca.

—Buscar a Christine.

Louis-Cesare le dio una patada a la puerta y desapareció.

—¿Ahora? ¡Cómo te encuentren aquí te van a matar!

—¡Pero si no me la llevo de aquí la matarán a ella en tres días!

—¡Pero si ni siquiera sabes si está aquí! ¡Elyas podría tenerla en cualquier parte!

Louis-Cesare ni siquiera dejó de correr. Desapareció en una habitación que me pareció un baño mientras yo miraba a un lado y a otro entre esa estancia y el despacho. ¡Maldita sea! Me di la vuelta y seguí corriendo.

La puerta de la biblioteca temblaba con los golpes que recibía desde fuera, pero debía de tener un hechizo de protección porque de momento aún no se había derrumbado. Yo no sabía cuánto tiempo más iba a aguantar, pero tenía que echarle otro vistazo al cuerpo. Sólo Dios sabía en qué condiciones estaría cuando se presentara la gente del Senado allí, y siempre era mejor tener a una testigo dhampir que no tener ningún testigo en absoluto.

El enorme sillón de piel tenía ruedas, así que no me resultó difícil retirarlo un par de centímetros de la mesa para echarle un vistazo al cuerpo por debajo. Las únicas luces de la biblioteca eran la escasa claridad que entraba por la rendija de la puerta, procedente de los apliques del pasillo que llevaban horas ardiendo, y el reflejo gris de la ciudad que entraba por la ventana. Al principio no vi nada excepto la forma poco

natural en que se ladeaba la cabeza y la raja de sangre coagulada y húmeda del cuello cortado. Pero entonces saqué un lápiz y le retiré el cuello de la camisa. Y ahí estaba: un brillo de oro.

—No lo pillo —dijo Ray—. Tiene la runa, eso lo sé. Pero entonces, ¿cómo es que está muerto?

Tiré de la cadena y deduje por el peso que Ray tenía razón antes incluso de mirar en el interior del colgante. No me pareció tan llamativo como había dicho Ray, aunque lo del tamaño sí era cierto. Era grande, puede que midiera unos diez centímetros de diámetro y estaba bellamente elaborado. La estrella de oro y sus puntas captaban la luz de tal modo que reflejaban un arco iris en el suelo.

—¿Por Jókell? —sugerí yo, alzando el colgante.

—Sí, eso es —confirmó Ray.

Se oyó un fuerte crujido. Alcé la vista hacia la puerta y comprendí que alguien había tratado de abrirla de una patada. No lo había conseguido, pero la madera comenzaba a inclinarse por la parte del centro y a astillarse. Sólo el hechizo evitaba que cediera por completo, pero hasta el mismo hechizo comenzaba a fallar. Se nos acababa el tiempo.

Le saqué el colgante por la cabeza y lo metí en el petate. Perdí un segundo comprobando la forma en que le salía el cuchillo por la espalda, tratando de asegurarme de que comprendía lo que había ocurrido. Y luego salí corriendo justo en el mismo momento en que oía cómo estallaba la puerta en mil pedazos.

Mientras tanto un par de vampiros habían sido lo suficientemente inteligentes como para tratar de llegar a la biblioteca por el camino más largo. Supongo que el salón o sala de espera también debía de tener un hechizo de protección, porque me encontré con ellos en el baño. Uno de ellos era maestro de grado medio, quizá de un nivel cinco. Intentó darme un puñetazo en la cabeza. Me aparté a un lado y le dio a un espejo. Los cristales rotos salieron disparados por todas partes, lo cual me dio una oportunidad para hincarle profundamente un palo ardiendo en los pantalones.

Los rasgó y produjo una llamarada y un silbido, y él cayó dentro de la bañera chillando y buscando a tientas el lavabo. El bebé vampiro que estaba con él se quedó ahí de pie por un segundo y después levantó las manos. Yo puse los ojos en blanco y lo empujé para apartarlo de mi camino y salir corriendo.

El baño daba al pasillo, donde a esas alturas ya se agolpaba una multitud de gente apelotonada junto a la puerta recién derribada. Y por supuesto una de esas personas me vio. Se produjo uno de esos momentos de perplejidad en los que todo el mundo se queda parado mirando a los demás, pero a continuación vino el estallido colectivo, por supuesto en mi dirección. Sin embargo Louis-Cesare asomó la cabeza por la puerta de un dormitorio pequeño, tiró de mí y volvió a cerrar.

Sí, como si eso fuera a servir de algo.

Un segundo más tarde alguien atravesó esa puerta con el pie y justo después de retirarlo yo arrojé una esfera por el agujero. Estaba diseñada para hacerles olvidar a los vampiros la razón por la cual estaban luchando. Pero o bien mi bola era defectuosa o bien aquellos vampiros estaban especialmente motivados, porque alguien metió la mano por el agujero, me agarró del brazo y me golpeó la cabeza contra la puerta.

Retorcí aquella muñeca hasta que me soltó y me giré hacia la habitación aunque aún seguía viendo las estrellas. Y entonces vi a Louis-Cesare, que tomaba a una mujer en brazos.

—Tenemos que sacarte de aquí —le decía él en voz baja.

No había luz en el dormitorio, pero la luz de la luna que se derramaba por una ventana abierta destacaba sus pómulos, sus sensuales labios y un brillante pelo negro recogido en un moño. Parecía una modelo, si es que en el siglo diecinueve existían ya las modelos, porque el camisón de cuello alto de lino blanco tenía todo el aspecto de haber sido confeccionado en ese siglo. Y la chica olía a manzanas: fresca y succulenta.

¡Oh, sí! Sí que había estado sufriendo, pensé yo malévolamente.

Pero entonces el brazo volvió a agarrarme.

Metí el cuchillo por el agujero justo cuando la mujer alzaba el rostro hacia él. Ella sonrió.

—¡Louis-Cesare!

La ventana daba a un balconcillo. Él la llevó hasta allí y miró para abajo.

—Es una caída importante —le dijo en francés—. Aterrizas de pie, en posición fetal.

Ella sacudió la cabeza y se aferró al cuello de él.

—Es demasiado alto para mí.

—No es demasiado alto —me contradijo él con paciencia—. Tienes que intentarlo.

Ella sacudió la cabeza con más violencia y comenzó a dar muestras de pánico al mirar para abajo.

—¡No! No, no puedo. ¡Por favor, no me obligues a...!

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó Ray—. ¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo de que se lastime?

Louis-Cesare me miró.

—En eso estoy de acuerdo con Ray —dije yo mientras alguien rompía la puerta a patadas.

La puerta cayó sobre una de las columnas del dosel de la cama, que la bloqueó en parte, pero de todos modos varios vampiros entraron por las rendijas abiertas a los lados. Louis-Cesare dejó a Christine en el suelo para enfrentarse a ellos, y ella salió corriendo hacia una estancia contigua. Yo la seguí y me la encontré pegada a la pared

del fondo de un diminuto vestido.

—¡Por favor, por favor, no permitas que me obligue a hacerlo! —me rogó.

Mi primer pensamiento fue que Louis-Cesare tenía razón: su halo de poder era tan débil, que podía decirse que era una recién nacida. De no haber estado atenta, quizá incluso hubiera podido confundirla con una humana. Mi segundo pensamiento fue que para tratarse de una persona que no le tenía miedo a nada, a mi juicio parecía condenadamente tímida.

Y mi tercera idea fue que su cabeza quedaría encantadora en lo alto de una pica. Sin embargo traté de olvidar eso último y la agarré de la muñeca.

—Vale —le prometí—. No pasa nada. Louis-Cesare no te obligará a hacer nada que no quieras hacer.

—¿Me lo prometes?

Estaba realmente despampanante con aquellas trémulas lágrimas vibrando en sus ojos negros y las mejillas ruborizadas.

—Te lo prometo —le dije al tiempo que tiraba de ella hacia la puerta.

La chica me siguió mansamente. Retrocedió cuando vio que Louis-Cesare rompía un poste del dosel de la cama de un golpe. Lo metió a presión contra la puerta, que de algún modo había conseguido colocar de nuevo en su sitio.

—¡Tenemos que irnos!

—¡No podría estar más de acuerdo! —contesté yo al mismo tiempo que empujaba a Christine por el balcón.

Louis-Cesare corrió a la barandilla para mirar para abajo.

—¿Qué has hecho? —me preguntó incrédulo.

—Era necesario.

Saqué un arma y la vacié contra el enjambre de vampiros que nos seguían. Y de pronto él me rodeó con el brazo por la cintura y estábamos cayendo.

Aterrizamos sobre algo duro aunque no tanto como el cemento, y enseguida salimos corriendo hacia Central Park con un fuerte chirrido de neumáticos. Íbamos en el Lamborghini. Christine iba delante, aferrada al asiento. Ray conducía.

—¡Tú no puedes conducir! —grité yo al mismo tiempo que trataba de meter las piernas dentro del coche.

El vehículo atravesó la calle en diagonal a toda velocidad, directo hacia la curva.

—¡Y una mierda!

Saltamos por encima de la curva y el traqueteo estuvo a punto de arrojarme fuera del coche. Me agarré al asiento de delante, donde iba sentada Christine, justo al caer sobre un sendero del parque en dirección a una fuente. Y entonces alguien comenzó a dispararnos.

Lo único bueno de todo el asunto fue que a medianoche incluso los más noctámbulos se habían ido a dormir la mona. Fue una suerte para ellos porque Ray

era el peor conductor que yo había visto nunca. Y eso fue después de que yo sacara su cabeza del saco y la dejara encima del salpicadero.

—¡Buah! ¡Así es todavía peor! —dijo Ray.

Y eso que yo trataba de que sus ojos miraran hacia delante.

—¿Cómo va a ser peor?

—¡Porque ahora tengo doble visión! ¡Quítala! ¡Quítala de ahí!

Ray le dio un golpe a su propia cabeza y la lanzó tambaleándose sobre el regazo de Christine. Ella se puso inmediatamente histérica y la lanzó lejos. La cabeza cayó fuera del coche. Ray frenó de golpe y el coche chirrió.

—¿Qué estás haciendo? —le grité yo. Él salió fuera de un salto—. ¡Nos están disparando!

¡Pong!, sonó por debajo del coche.

Louis-Cesare había sacado un arma del saco y les estaba devolviendo los disparos, y o bien era un buen tirador o bien tenía suerte porque la rueda delantera izquierda del coche que nos perseguía de pronto estalló. La explosión del neumático provocó que el coche comenzara a dar violentos bandazos y que terminara chocando contra un árbol y desapareciendo en el agua junto a un embarcadero.

Aproveché el respiro para tratar de meter la cabeza por debajo del coche y ayudar a Ray a buscar la pieza que le faltaba, pero el chasis quedaba tan pegado al suelo que apenas cabía. Estaba tanteando el hueco con el brazo cuando sentí que una ráfaga de disparos bombardeaba mi puerta. Me golpeé la cabeza contra el suelo. Un simple vistazo bastó para comprobar que los vampiros se asomaban por el embarcadero. El reflejo de la luz de una farola sobre los cargadores de sus armas demostraba que apuntaban hacia nosotros.

Y entonces el coche despegó, llevándome a mí medio colgada.

Por suerte Ray había decidido moverlo solo unos pocos metros. Según parecía tenía el mismo problema que yo para sacar la pieza que le faltaba de debajo. Frenó de golpe, pero arañó toda una pared de roca a lo largo y bloqueó todo intento de Christine por escapar fuera del coche. Entonces ella se giró hacia el otro lado y trepó al asiento de atrás justo en el momento en el que yo volvía a deslizarme dentro del coche, tras la protección del parachoques.

Louis-Cesare la sujetó con una mano mientras con la otra les devolvía los disparos a los vampiros, pero a juzgar por el número de balas que acribillaban el suelo a mi alrededor, la cosa no le estaba saliendo demasiado bien. Porque la mitad de esas balas eran de él.

—¿Quieres parar de una vez? —le solté yo de mal humor—. Si me van a disparar, preferiría que fueran los malos.

Él me miró por encima de la cabeza de Christine, que seguía histérica y que se aferraba a su cuello sin parar de llorar.

—¡Y si tú te dieras prisa podríamos salir de aquí antes de que terminen de arreglarnos el coche!

—¡Vaya! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

Las balas no cesaron de acribillar la parte posterior del deportivo de Radu mientras yo asomaba la cabeza por debajo. Pero al final pude ver el blanco de dos ojitos que me miraban de mal humor desde muy cerca de la rueda trasera derecha. Barri el espacio con una pierna y la golpeé por un lado. La cabeza salió rodando de debajo del coche en el instante justo en el que pasaba una bala, que la taladró por la frente.

—¿Qué...? ¿Qué ha sido eso? —exigió saber Ray con los ojos bizcos.

Yo pillé la cabeza por las puntas de los pelos para mantenerla bajo control.

—Nada —le dije, lanzando la cabeza al asiento de atrás.

Arrancamos al instante.

Los vampiros dejaron el coche abandonado en el agua y nos siguieron a pie, lo cual fue una estrategia inteligente teniendo en cuenta la cantidad de obstáculos que nos encontramos por el camino. Nos iban alcanzando y Ray no hacía más que maldecir. Mientras tanto Christine gemía:

—¡Por favor, por favor, dejadme salir!

—¡Si te dejas salir te dispararán! —le dijo Louis-Cesare en francés.

—¡No me dispararán! —exclamó ella sacudiendo con fuerza la cabeza. Una cascada de pelo negro como el ébano flotó sobre sus hombros—. Los conozco, ¡puedo hablar con ellos!

—No creo que ahora tengan ganas de hablar —dije yo.

Louis-Cesare la empujó hacia mí y yo se la devolví de otro empujón.

—Tú no puedes manejar la palanca de cambios —me recordó él.

—Ni tampoco puedo disparar y sujetar a tu amiga al mismo tiempo —dije yo bruscamente, trepando por encima del asiento.

—Tranquilos, enseguida los perderemos de vista —dijo Ray. Yo traté de manejar el volante—. Tengo un portal ahí delante, aquí mismo.

—¡No podemos atravesar otro portal! —exclamé yo.

Íbamos rebotando por encima de colinas de hierba, y según parecía no nos saltábamos ni una sola piedra ni bache.

—Yo tampoco estoy ansioso por atravesarlo, pero ¿se te ocurre algo mejor?

—¡Cualquier otra sugerencia es mejor! —contesté yo. Dejé caer la parte que le faltaba sobre su regazo y traté de sentarme detrás de él—. Si atravesamos un portal estallaremos.

—La última vez no estallamos.

—¡La última vez yo no llevaba encima el saco!

—¿Y qué pasa con eso? —preguntó Ray con la mejilla aplastada contra el



volante.

—Que llevo masilla.

—¿Qué masilla?

—La masilla que iba a usar para volar el portal de tu despacho —dije yo, jadeando hasta que por fin me di cuenta de que él llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Una bala me cortó el pelo mientras trataba de quitárselo.

—Pues no la actives y así no esta...

—¡No hace falta activarla! —grité yo. Por fin conseguí soltar el cinturón de seguridad—. Detonaría automáticamente en cuanto entrara en contacto con la energía del portal. Y no solo nos mataría a nosotros, sino que volaría una manzana entera de edificios.

Ray se puso pálido.

—Entonces puede que prefieras girar aquí —dijo Ray justo en el instante en el que una grieta de luz que yo conocía bien se abría ante nosotros.

Torcí el volante con fuerza a la derecha. El velludo culo de Ray salió disparado hacia el asiento del copiloto. Arañamos toda la madera de un banco y entramos derrapando por una calle, pero conseguimos volver de nuevo al asfalto aunque no hubiéramos resuelto todos nuestros problemas.

Me incliné sobre el asiento de atrás y grité:

—¿Adónde?

Louis-Cesare me lanzó una mirada lastimera y contestó:

—¡Exijo la audiencia de los vampiros!

—¡Viva la adrenalina humana! —grité yo a mi vez con la misma fuerza—. ¿Adónde?

Louis-Cesare tragó y miró de frente hacia lo inevitable.

—Tenemos que informar de esto.

Yo asentí y cambié de marcha. Por primera vez en mi vida me sentía verdaderamente aliviada por dirigirme a la central de los vampiros.



Había transcurrido una hora y Elyas seguía todavía muerto. Estábamos de vuelta en el mismo edificio y las cosas comenzaban a ponerse un tanto espeluznantes. Aunque no por el cuerpo muerto sino por los que seguían vivos. Por decirlo de algún modo.

La prueba número uno estaba en el pasillo justo ante la puerta del despacho. El vampiro debía de ser muy joven y tener muy poco poder por sí solo, porque sin la ayuda de su maestro apenas era más que un autómata. Llevaba una escoba en una mano y un recogedor en la otra y se había pasado barriendo el mismo trozo de suelo perfectamente limpio y brillante al menos diez minutos.

Yo tuve una extraña visión de él ahí de pie, barriendo una y otra vez el mismo pedazo de suelo hasta quedarse seco y comenzar a desmoronarse. Hasta convertirse él mismo en polvo. Si los brazos eran lo último que se convertía en polvo, entonces podría incluso barrerse a sí mismo.

—¿Cuánto tiempo se tarda en encontrar una bala perdida? —preguntó una voz malhumorada, sacándome de la neblina del agotamiento.

Ray fue la prueba número dos de lo tenebroso que era ese apartamento de no muertos. Él, Christine y yo estábamos en el salón que había junto a la biblioteca, esperando a que los peces gordos decidieran cuándo nos necesitaban. Yo trataba de aprovechar la oportunidad para sacarle la bala del cráneo a Ray antes de que se le cerrara la herida. Pero hasta ese momento no había tenido demasiada suerte.

—Estoy intentándolo —le dije.

Lo tenía maliciosamente arrinconado sobre mi regazo, encima de una toalla. Pero si él se esforzaba podía alzar la vista para mirarme. Y había estado esforzándose mucho.

—Vale, pues date prisa. Empiezo a tener migraña.

—No es culpa mía. La hoja del cuchillo no es lo suficientemente larga. No consigo llegar hasta el fondo.

—¡Pues utiliza otra cosa!

—¡No tengo ninguna otra cosa! —contesté yo, sacándole la bala del cráneo justo en ese momento. De pronto Christine saltó y se marchó del salón—. ¿Qué le pasa a esta ahora?

Ray puso los ojos en blanco.

—¿Y a quién le importa? Lo mío sí que es una emergencia. Como no encuentres esa maldita cosa voy a tener que ir a ver a un bokor. Y odio a esos hechiceros.

Se refería al tipo legal del nigromante. Trabajaban para los vampiros: les curaban el cuerpo del mismo modo que un panadero amasa la masa del pan.

—¿Y qué tienen de malo los bokors?

—No son más que haraganes. Y no te creas nada de lo que te cuentan en los anuncios.

—¿Qué anuncios?

—Pues éstos que salen en la parte de atrás de todos los periódicos.

—No he leído nunca ninguno.

—Sí, los que te prometen que te van a poner las cosas más grandes.

—¿Qué cosas?

—Pues ya sabes, las cosas. El que fui yo a ver quiso cobrarme una fortuna y no hizo más que dejármelo lleno de bultos.

—¡Ah!

Ya había visto a su Señor Bulto. Ray debería de haberlo demandado. Christine volvió un minuto más tarde con una cesta de lana del brazo, ofreciéndonos unas agujas de hacer punto.

—Puede que te ayude.

—Mal no me va a hacer.

Nuestros dedos se rozaron al pasarme las agujas y ella apartó la mano como si se hubiera quemado.

—No voy a morderte —le dije yo con impaciencia.

—Lo siento.

Christine parpadeó varias veces y se llevó la mano al pelo con nerviosismo. Pareció horrorizada al notar que lo llevaba despeinado y a toda prisa volvió a recogerse en un moño. El peinado le despejaba la cara y no le sentaba mal.

—Es que... nunca antes había conocido a una dhampir.

—¡Qué suerte! —musitó Ray.

—¿Y cómo sabes que lo soy? —exigí saber yo.

—Me lo ha dicho Louis-Cesare.

—¿En serio? ¿Y qué más cosas te ha dicho?

—¡Ay! ¡Cuidado! —se quejó Ray.

Bajé la vista y comprobé que le había metido una aguja en un ojo.

—No me ha dicho nada más —dijo Christine, volviendo a sentarse.

Nada más volver se había quitado el camisón manchado de sangre, demostrando unos escrúpulos que resultaban extraños en un vampiro. El traje que llevaba en ese momento era de un color rosa fuerte con mucho encaje hecho a mano alrededor del cuello. Le sentaba bien a su pelo negro y brillante, a sus finos rasgos y a sus enormes ojos marrones.

Volví a las agujas pero sentí aquellos ojos fijos sobre mí como un gran peso.

Suspiré. Sabía que esto iba a ocurrir. Probablemente ella captaba la fragancia de Louis-Cesare en mí de la misma manera que yo captaba esa misma fragancia en ella. Y aunque es cierto que un siervo no debe criticar a su maestro ni aunque sea el

favorito, era lo justo.

Alcé la vista esperando el comentario, pero ella no dijo nada. Se quedó simplemente sentada, con los ojos fijos sobre los míos y sin vacilar. Y lo más extraño de todo era que su expresión no parecía desafiante. Si acaso encerraba cierta admiración infantil.

—Haz una foto; siempre dura más —le aconsejó Ray.

Ella parpadeó.

—Lo siento —volvió a disculparse conmigo—. No pretendía quedarme mirando. Pero es que tengo que admitir que te encuentro fascinante.

Yo lo que encontraba fascinante era que la aguja no dejara de avanzar. La mitad había desaparecido ya en el interior del cráneo de Ray, pero de momento no se había topado con nada. Es decir, con nada duro. Traté de girarla pero entonces los ojos de Ray dejaron de bizquear.

—¿Por alguna razón en particular? —le pregunté a Christine.

—Matas vampiros.

—Sólo a los malos —puntalicé yo, tratando de evitar que volviera a asustarse.

—Todos son malos.

De no haber sido por la seriedad de su bello rostro, habría creído que me estaba tomando el pelo.

—Tú eres un vampiro.

—Sí.

—¿Entonces eres mala?

—Sí.

—Bueno, esa sí que es una novedad —dije yo. Ella ladeó la cabeza hacia un lado, adoptando una expresión interrogativa—. La mayor parte de los vampiros que yo conozco son como el resto del mundo —expliqué yo—. Buscan el modo de justificar lo que hacen para ser los héroes de su propia historia.

Por un momento aquellos encantadores ojos me miraron extrañados, frunciendo el ceño.

—Pero eso es inútil. Negar lo que uno es no cambia en nada las cosas. El mal es el mal, y da igual la apariencia externa.

La conversación comenzaba a adquirir un tono ligeramente surrealista. Y eso que yo estaba acostumbrada a mantener conversaciones con Radu.

—Entonces, ¿te proclamas a ti misma como un vampiro malo? —pregunté yo. Ella asintió—. Yo mato vampiros —añadí yo. Otro asentimiento—. ¿Así que debo matarte?

—Sí, pero todavía no —me contestó ella seria—. Todavía tengo que redimirme a mí misma.

—El ascensor no sube hasta arriba del todo, ¿verdad? —musitó Ray. Bajó la vista

a media asta y comenzó a esbozar una perezosa sonrisa—. ¡Oh, sí, nena! Justo ahí. Ése es el punto. Dale un poco...

Empujé precipitadamente la aguja otro poco más y Ray se calló.

—Creía que pensabas que los vampiros habían perdido el alma —le recordé a Christine—. ¿Cómo vas a redimirte si no tienes alma?

—No es fácil —me contestó ella muy seriamente—. Durante años no podía comprender cómo Dios había permitido que me ocurriera esto a mí. Me sentía traicionada, perdida, no sabía qué camino seguir. Odiaba a mi maestro por haberme hecho así, por darme estos deseos tan terribles...

—Pero eso ya lo has superado —afirmé yo sin molestarme en ocultar el sarcasmo.

Christine, sin embargo, no pareció captarlo.

—Sí. Él no pretendía hacerme un mal, sólo convertirme en lo mismo que era él. Porque él no se ve a sí mismo como un monstruo, ¿lo sabías? —preguntó, aparentemente sorprendida.

Yo me quedé mirándola.

—¡Pero de no haber sido por ese supuesto monstruo, tú estarías muerta hace muchos años!

Ella se irguió hacia delante y asintió con firmeza.

—Sí, sí, precisamente. De eso es delo que me di cuenta al final. Louis-Cesare estaba haciendo el trabajo de Dios aunque él no se diera cuenta. Yo tenía que vivir esta vida, tenía que tener esta oportunidad. Me comprendes, ¿verdad?

—Bueno, me alegro de que hayas superado toda esa asquerosa culpa —le dije yo.

De pronto la punta de la aguja salió por la parte de atrás de la cabeza de Ray con una gota de sangre.

Christine y yo nos quedamos mirándola un momento.

—¿Es para...? ¿Para qué se supone que es? —preguntó ella.

—¿Para qué es qué? —preguntó Ray, mirándome y poniendo los ojos en blanco—. ¿Me has sacado ya la bala?

—Mmmm.

—¡Dorina!

La voz menos agradable de Mircea interrumpió mi dilema. Había estado de un humor de perros desde que nos habíamos presentado en su casa con un tipo desnudo y sin cabeza, una rehén aterrada y un montón de vampiros persiguiéndonos y gritando que Louis-Cesare era un asesino.

Imagínate.

Cogí la cabeza de Ray, me la metí debajo del brazo y me dirigí lentamente hacia la puerta, donde Mircea, Marlowe y otro vampiro viejo que yo no conocía trataban de sujetar al hombre muerto. Louis-Cesare estaba sentado a un lado de un sofá con la

cabeza entre las manos. Por su aspecto se diría que sentía lo mismo que yo. Dudo que se tratara de una pose anticuada de buena educación con la cual pretendía demostrar meramente fatiga; más bien creo que por fin veía de frente la profundidad de la mierda en la que estaba metido.

*Guay*, pensé yo funestamente.

Mircea ese día tenía un aspecto campechano. Llevaba un traje azul claro con el toque gris perla de la corbata. Se había quitado la chaqueta y se había remangado las mangas de la camisa. Había examinado al hombre muerto, pero no había querido arruinarse el Armani, supuse yo.

—Estamos preparados para conocer tu prueba —me dijo Mircea.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Marlowe, pasándose una mano por la masa de rizos ya de por sí enredados.

Marlowe iba vestido con su color favorito, el granate oscuro, aunque llevaba el traje tan arrugado que tuve que preguntarme si se había vestido a toda prisa.

—Tenemos que tomarnos nuestro tiempo —dijo Mircea con severidad—. Necesito algo, Kit. No puedo presentarme delante del Senado y defenderlo satisfactoriamente solo con lo que tenemos.

Marlowe sacudió la cabeza con tal violencia, que los rizos se menearon y bailaron.

—La única prueba que ella puede proporcionarnos no hará sino estropear más el caso; no va a ayudarnos. Ella se llevó lo único que él tenía para intercambiar por Christine. Y la actual prohibición de los duelos implica que no hay ningún otro medio para salvarle la vida a un siervo que no sea matar al hombre que le mantiene cautivo.

—Louis-Cesare no tiene por costumbre apuñalar a la gente por la espalda — señalé yo.

—Razón por la cual habría sido un modo muy inteligente de matarlo —soltó Marlowe.

Su tono de voz indicaba que él claramente habría preferido poder echarme a mí la culpa del asesinato, así que, ¿cómo me había atrevido yo a estar con otras personas en el escenario y en el momento del crimen?

—Yo tenía una cita... —comenzó a decir Louis-Cesare.

—Una cita para entregarle lo que te había pedido como precio por Christine, precio que tú ya no podías pagar —dijo Marlowe.

—¡Llamé a la puerta principal y me abrió uno de sus sirvientes! ¡Y aunque hubiera perdido todo el sentido del honor y hubiera decidido asesinar al tipo a sangre fría, difícilmente habría elegido esas circunstancias para hacerlo!

—Puede que no, si hubieras sido capaz de pensar con claridad. Pero tú mismo has admitido que estabas alterado —contraatacó Marlowe.

Era bueno haciendo el papel del abogado del diablo, pero incluso yo me daba

cuenta de que no sería él el único en hacer ese tipo de comentarios. Las cosas se estaban poniendo feas.

—Cuéntame otra vez qué ocurrió —dijo Mircea.

Entre los gritos, las acusaciones y el apuntarse los unos a los otros con un arma, en la central de los vampiros no habíamos tenido tiempo de hablar con detalle acerca de los acontecimientos ocurridos esa noche.

—Después de hablar con Dorina volví para enfrentarme cara a cara con Elyas y desenmascarar su mentira —dijo Louis-Cesare tenso—. Me hicieron pasar a la sala de espera —añadió, asintiendo en dirección a la pequeña estancia llena de cómodos sillones—. Estuve esperando. Pero después de un rato me puse nervioso y...

—¿Cuánto rato?

—Un minuto, quizá dos. No estaba de humor para soportar las demostraciones de poder de Elyas. Al final entré sin que nadie me acompañara y me lo encontré tal y como lo habéis visto.

—¡Entonces explícame cómo es que murió justo en el momento en el que tú estabas de pie, sujetando el cuchillo que habías utilizado para cortarle las venas! —exigió saber Marlowe.

—No puedo explicarlo. Olí la sangre en cuanto abrí la puerta, pero no sabía que era la suya. No descubrí lo que había pasado hasta que no me incliné sobre su cuerpo. El cuchillo estaba en el suelo. Lo recogí para apartarlo de la mancha de sangre. Y entonces, al ponerme de pie, él murió. Lo sentí al producirse la oleada por toda la casa, y un segundo después su familia estaba aquí junto con la mitad o más de sus invitados.

—¡Exacto! ¡Docenas de testigos y una historia que no creería ni un niño! —exclamó Marlowe, alzando ambas manos—. Si vas a mentirle al Senado, al menos cuéntales una historia plausible.

—No estoy mintiendo.

De nuevo Louis-Cesare hablaba como el rey dirigiéndose a sus siervos. Y no parecía que a Marlowe le gustara el tono mucho más que a mí.

—Tenía el cuchillo de madera en el corazón, Louis-Cesare —dijo Marlowe, señalando una cosa llena de sangre y vísceras que en ese momento estaba sobre la mesa.

No era la típica estaca vulgar, sino un cuchillo tallado a mano con una hoja larga y fina y un dibujo nítido. Incluso me pareció captar un brillo metal en la punta, puede que de acero o de plata.

Elyas había sido apuñalado con una estaca de lujo.

Siempre lo mejor para un senador.

—Murió nada más penetrar la madera en el músculo —continuó Marlowe—. La reacción no es retardada. ¡Tú lo sabes!

—Hay dos formas de entrar en el despacho, como tú mismo puedes ver —dijo Louis-Cesare con un tono de voz helado—. Alguien debió de entrar por el pasillo, matarlo y marcharse mientras yo estaba esperando. El despacho está insonorizado. De otro modo yo habría oído algo.

—¿Y dices que ese misterioso asesino hizo todo eso en cuánto tiempo? —exigió saber Marlowe, incrédulo—. ¿En los treinta y dos segundos que tuvo de oportunidad?

—Es posible —comentó Mircea—. Elyas estuvo haciendo el papel de anfitrión durante la mayor parte de la noche. Sin duda se retiró a su despacho para ver a Louis-Cesare minutos antes de que lo asesinaran. Es perfectamente posible que fuera la primera oportunidad que tenía el asesino para quedarse a solas con él.

—Pero también era la primera oportunidad para Louis-Cesare.

—El maestro no se retiró al despacho ni diez minutos antes de ser asesinado —intervino entonces el viejo vampiro a pesar de que nadie le había preguntado nada.

Iba vestido de mayordomo y además tenía vagamente aspecto de serlo. Tenía un abundante pelo moreno y canoso, llevaba unas patillas exageradamente largas, pobladas y abultadas al estilo antiguo y un mostacho con el que parecía querer compensar alguna otra carencia. Probablemente era el vampiro sénior de la casa de Elyas.

Di la vuelta a la mesa mientras Marlowe y Louis-Cesare se miraban con hostilidad el uno al otro.

—¿Qué pasa? —me preguntó Mircea al verme inclinarme sobre el cuerpo.

—¡No lo toques! —ordenó Marlowe nada más ver lo que yo estaba haciendo.

—No pensaba tocarlo.

Nadie había tocado el cuchillo de madera que le había penetrado el corazón, de modo que la parte más ancha de la hoja que no había tocado siquiera la carne seguía siendo una prueba muy reveladora: sobre esa parte había un diminuto anillo de un color pálido y casi translúcido.

—¿Dorina? —preguntó Mircea, mirando alternativamente la empuñadura del cuchillo y después a mí con ojos penetrantes.

Él sabía que yo estaba a punto de enseñarle algo. Y maldita sea, así era.

Me puse en pie y di un paso atrás.

—Elyas pudo haber sido asesinado en cualquier momento durante esos diez minutos —afirmé yo.

—¡Imposible! —soltó Marlowe—. Nosotros sabemos cuándo murió. La reacción la sintió todo el mundo en el apartamento... hasta tú.

Yo suspiré. Revelar aquel detalle iba a costarme una fortuna.

—Hay un modo de retardar la muerte.

Los ojos de Marlowe se entrecerraron de inmediato sin abandonar mi rostro ni un segundo.



—¿Cómo?

—Ayer me hiciste una pregunta. Me preguntaste cómo consigo salir de las discotecas y de las casas después de matar al maestro sin que sus siervos se me echen encima de inmediato.

—¿Y?

Los ojos de Marlowe se habían puesto de un negro lustroso, brillante.

—Primero le corto la cabeza, porque... bueno, a mí no me importa quiénes sean, siempre es un *shock* para el sistema.

—Jodidamente cierto —comentó Ray.

Marlowe ni siquiera desvió la vista hacia él.

—¿Y luego?

Era como un condenado perro con su maldito hueso, pensé yo con resentimiento.

—Luego les ato las manos a la espalda y les clavo la estaca en el corazón. Pero les clavo una estaca especial que he preparado previamente, untándola con una fina capa de cera.

Marlowe abrió los ojos inmensamente.

—No veo qué diferencia puede suponer eso en cuanto al momento de la muerte —dijo Mostacho.

—El calor del cuerpo derrite la cera —dije yo, deletreando cada palabra en especial para él—. Pero no de inmediato. Cuento con entre treinta segundos y un par de minutos para salir del lugar de los hechos antes de que la madera de la estaca toque de hecho el corazón.

—Y puedes controlar la cantidad de tiempo de la que dispones por el espesor de la capa de cera —añadió Marlowe, parpadeando—. Es endiabladamente sencillo. ¿Cómo no se me había ocurrido a mí?

—Quizá porque tú no matas a tantos vampiros como yo —dije yo en un tono agrio—. El hecho es que cualquiera podría haber terminado con Elyas; cualquiera puede preparar el cuchillo tal y como lo he descrito yo. Después saldría corriendo al pasillo y o bien se marcharía del apartamento o...

—O se uniría al resto de los invitados como si no hubiera ocurrido nada.

—E incluso podría quedarse para ver cómo alguien encontraba el cuerpo y así cerciorarse de que todo salía bien —añadió Mircea, que desvió la vista hacia Mostacho—. Apreciaría mucho que me dieras una lista de todos los invitados que ha habido aquí esta noche. Invitados o no invitados.

El vampiro se sintió ofendido en su dignidad:

—¡No puedes creer que ninguno de ellos sea responsable del crimen! Te lo aseguro, todos los que estaban invitados aquí eran vampiros de la más alta...

—Por supuesto —murmuró Mircea en tono tranquilizador—. No esperaría otra cosa de una casa tan ilustre. Sin embargo se trata de un protocolo habitual, y antes o

después se te exigirá esa lista.

El vampiro asintió tenso, pero no hizo el menor amago por marcharse. Se concentró por un momento, probablemente pensando en llamar a un siervo fiel, pero todos parecían haber desaparecido. Esbozó una mueca de desagrado al tiempo que emitía un sonido igualmente expresivo y se dirigió a la puerta para comenzar a soltarle órdenes al primer sirviente humano que encontró.

Mircea le dio las gracias y se volvió hacia el cuerpo con una expresión seria aún.

—Fue así como lo hicieron —le dije yo—. Te lo aseguro.

—No dudo de tu palabra, Dorina —dijo él con énfasis.

—¿Es que no crees que el Senado vaya a creerme?

—Yo no te creo —declaró Mostacho—. Es absurdo. Jamás había oído decir una cosa así. Un maestro de primer nivel sencillamente rompería la cuerda y se sacaría la estaca.

—No si acaban de cortarle la cabeza y de atravesarle el corazón con esa estaca —contesté yo con sequedad.

Él me miró con una expresión de odio y dijo:

—Yo puedo hacerlo. Y soy de segundo nivel.

—¿Quieres probar?

—¡Dorina! —exclamó Mircea, lanzándome una mirada que venía a decir algo así como: «Así no nos ayudas».

—Créeme, lo sé porque lo he hecho muchas veces —insistí yo—. Funciona. Quizá, si el vampiro en cuestión tiene más tiempo, puede que se invente un modo de apañárselas. Pero sólo cuenta con unos segundos. Puede luchar un poco, por supuesto, pero en general se quedan paralizados y la mayor parte de ellos ni siquiera se dan cuenta del peligro que corren. Creen que he errado con la estaca, que no les he atravesado el corazón, que me he marchado dándolos por muertos y que uno de sus siervos los encontrará enseguida. Y mueren antes de darse cuenta de su error.

Mostacho se giró hacia Mircea.

—¡Pero incluso en el caso de que creas en el testimonio de esta criatura, de todos modos nadie tenía ninguna razón para matar al maestro!

—¡Y una mierda! —exclamó Ray.

Yo le di un porrazo con fuerza, y Ray se calló. Pero Mircea me lanzó una miradita.

—Puedes señalarle al Senado que Louis-Cesare tenía el resto de la semana entera de plazo —le dije yo—. Si planeaba matar a Elyas, lo mejor era que lo hiciera más tarde, después de agotar las otras alternativas. No tenía ninguna razón para hacerlo esta noche, y menos de una manera tan pública.

—Eso es lo único que vamos a conseguir —dijo Marlowe mirando a Mircea—. ¿Crees que bastará?

Mircea cerró los ojos. No parecía optimista.

—El Senado va a reunirse dentro de una hora en una sesión de emergencia. Pronto lo sabremos.

Un par de vampiros enormes se acercaron con una camilla, pero Marlowe los despidió con un gesto de la mano.

—Puede que el Senado quiera ver el cuerpo in situ.

—¡Pero pronto amanecerá! —exclamó Mostacho algo escandalizado.

Estaba exagerando porque era solo la una de la madrugada. Pero lo cierto era que Mostacho estaba molesto porque no sabía durante cuánto tiempo pensaba el Senado tener a su maestro ahí, expuesto.

Aquel tipo de cosas constituían un gran tabú en el mundo de los vampiros. La protección contra el sol desaparecía en el mismo momento en el que un vampiro perdía su poder. Y cualquier rayo perdido podía freír el cuerpo hasta dejarlo crujiente en cuestión de segundos. El último servicio que un vampiro le ofrecía a su maestro era proporcionarle a su cuerpo un lugar a buen recaudo, de modo que el sol no lo tocara jamás.

La expresión de Marlowe estaba clara: el asunto no podía importarle menos. Mircea, en cambio, trabajaba con argumentos razonables y tranquilizadores, y su voz tenía tal cadencia que resultaba evidente que estaba ejecutando su poder, aunque muy sutilmente. Mostacho dejó de fruncir el ceño y en cuestión de minutos comenzó a asentir como si dejar ahí el cuerpo sanguinolento de su maestro, tirado encima de la mesa, fuera la mejor idea que hubiera oído en mucho tiempo.

Marlowe me miró a los ojos y yo supe que él estaba pensando exactamente lo mismo que yo: lástima que ese tipo de cosas no funcionaran con el Senado.



Mostacho se marchó instantes después para ir a buscar cortinas especiales que amortiguaran la luz. Nada más cerrarse la puerta, yo me puse en pie y dejé el colgante sobre la mesa. De ninguna manera iban a permitir que una dhampir se dirigiera al Senado, que ni siquiera me reconocía oficialmente como a una persona. Pero Mircea estaría allí, y él necesitaba algo más que una mancha de cera.

—Mucha otra gente tenía razones para matar a Elyas —dije yo sencillamente.

Mircea encendió la lámpara y se inclinó sobre la mesa para examinar el colgante. Después sus ojos penetrantes y oscuros se giraron bruscamente hacia mí.

—¿De dónde has sacado esto?

—Del cuello de Elyas.

Marlowe abrió la boca para chillar algo, pero Mircea alzó una mano y lo hizo callar.

—Cuéntamelo todo —me dijo con tranquilidad.

Louis-Cesare se acercó a la puerta para comprobar que disponíamos de unos momentos de relativa intimidad.

—Elyas trató de comprar la runa antes de la subasta, pero le dijeron que tenía que pujar por ella como todo el mundo. Al ver que era Ming-de la que se la llevaba, se puso furioso...

—Mucha gente se puso furiosa —intervino Marlowe con resentimiento—. Es evidente que la subasta estaba amañada.

—Sí, sólo que Elyas no estaba dispuesto a conformarse sin protestar. Se presentó en la discoteca, mató al fey y la robó...

—¿Y eso lo vio Raymond? —preguntó bruscamente Marlowe.

—No, lo olió. Puedes preguntarle por los detalles si quieres, pero tampoco hay tantos. En resumidas cuentas el fey apareció, Ray lo dejó solo unos minutos y al volver estaba muerto. El aire en el despacho olía a Elyas, y el colgante había desaparecido.

—¡Qué encantador! —exclamó Christine, suspirando con el rostro iluminado.

Había entrado en el despacho con tanto sigilo, que ni siquiera los vampiros la habían oído. Vi cómo Marlowe incluso se sobresaltaba.

Ella no se dio cuenta; estaba demasiado ocupada contemplando el colgante con admiración. La fría luz eléctrica incidía sobre la pieza de joyería y hacía de su compleja superficie tallada una fuente de prismas que, a su vez, bañó el rostro de Christine con un arco iris al inclinarse sobre él, aparentemente hipnotizada. Y antes de que nadie pudiera detenerla, ella recogió el colgante de la mesa.

—¡Suéltalo! —gritó Marlowe.

Ella alzó la vista, perpleja y con los ojos como platos. Entonces se le cayó el colgante de las manos, que fue a caer sobre la mesa y siguió rodando hasta el borde, lanzando destellos sobre el hombre muerto. Ella se quedó mirándolo.

—*Je le regrette!* No pretendía...

—¡Eres una chica estúpida! —continuó Marlowe, que parecía ansioso por zarandearla.

Christine entonces lo miró a él. Parecía en parte humillada y en parte confusa.

—No pasa nada —la tranquilizó Mircea.

Mircea recogió el pesado disco con un pañuelo.

—¿Que no pasa nada? —repitió Marlowe de mal humor—. ¡Ahora ya es imposible sacar nada en claro de él!

La sociedad sobrenatural no tiene por costumbre tomar huellas porque hay muchas cosas que no dejan ninguna huella en absoluto. Pero un buen clarividente sí que podía averiguar muchas cosas si el objeto en cuestión había permanecido relativamente intacto desde el momento del crimen. Ésa era la razón por la cual yo había puesto tanto cuidado para no tocarlo.

—Eso ya lo veremos —dijo Mircea con tranquilidad.

Christine se echó atrás y se quedó pegada a la pared, aparentemente ansiosa por desaparecer. De nuevo parecía a punto de llorar. Louis-Cesare se acercó a ella y la llevó a un sillón.

—*Ça ne fait rien.*

Marlowe pareció molesto.

—¡Oh, claro que no! ¡No tiene ninguna importancia! ¡No es más que una prueba que podría haberte salvado la vida!

—¿Aquí dentro estaba la *Naudiz*? —me preguntó Mircea, envolviendo la joya con cuidado en el pedazo cuadrado de lino—. ¿Estás segura?

—En origen estaba ahí. Ray la vio nada más llegar el fey. Pero cuando yo le quité el colgante del cuello a Elyas, estaba vacío. Hay un hueco por detrás donde debería estar la runa, pero no está.

Mircea frunció el ceño.

—Pero... ¿Elyas robó el colgante vacío, o robó la runa y por eso es por lo que lo han matado esta noche?

—Si hubiera tenido la runa, entonces ahora no estaría muerto —señalé yo.

—No necesariamente. He visto otras runas del mismo ajuar. Si funciona igual, hay que hacer el hechizo primero para que surta efecto. Puede que no baste solo con llevarla puesta, y menos si ni siquiera toca la piel.

—¡Pero si estaba luchando por su vida, lo lógico es que hubiera hecho el hechizo!

—Sí, pero ¿luchó de hecho por su vida? —preguntó Mircea, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al cuerpo—. No ha muerto en una posición de lucha ni

tiene ninguna otra herida aparte de las que lo mataron. Parece que lo pillaron desprevenido.

Marlowe asintió y dijo:

—Si conocía a su asesino o si no esperaba que lo atacaran cuando estaba rodeado de toda su familia...

—Algo que jamás antes le había ocurrido —musité yo.

—... entonces, puede que en ese caso prefiriera no activar la piedra. Es un talismán que dispone de una cantidad limitada de poder. Gastarlo inútilmente sería una tontería —terminó Marlowe.

—¡Sí, no como llevarla encima justo cuando alguien te asesina! —exclamé yo con sarcasmo.

Louis-Cesare había dicho que a Elyas le gustaba correr riesgos. Según parecía esa noche se había arriesgado demasiado.

—Bien, ya robaran la runa ayer por la noche o esta misma noche, el hecho es que tenemos algo que ofrecerle al Senado —dijo Mircea—. Cualquiera de los que acudieron a la subasta es sospechoso...

—Y al menos hay uno que no lo es —añadí yo de mala gana.

No sabía cómo demonios iba a contarles lo de Ésubrand sin terminar metiendo a Claire en medio de todo aquel asunto. Pero tenían que saberlo. El príncipe del hielo de los feys era probablemente el principal sospechoso.

Mircea se estaba guardando el colgante en el bolsillo de la chaqueta, pero al oír mi tono de voz preguntó:

—¿Dorina?

Fui indultada porque Mostacho eligió ese preciso momento para volver con la lista de los invitados a la fiesta y todo el mundo se apiñó alrededor de la mesa.

—¿Alguien de los de esta lista estaba en la subasta? —le pregunté yo a Ray.

—No hace falta que fuera alguien que estuviera invitado —señaló Marlowe.

Mostacho sacudió la cabeza.

—Al contrario. Teníamos un portero en la puerta. No se le permitió el paso a nadie que no estuviera en esta lista. A excepción de Louis-Cesare, por supuesto, pero a él se le esperaba.

—¿Qué nivel? —preguntó Marlowe.

—¿Cómo? —preguntó Mostacho.

—¿Qué nivel de maestro tenía el vampiro que estaba de portero?

—Por lo general no utilizamos a un maestro para esas menudencias —le contestó.

—¿Menudencias? ¿Así es como consideráis vuestra primera línea de defensa?

El trocito de mejilla que permitía ver el enorme mostacho se puso colorado.

—¡Esto es una casa, no una fortaleza!

Marlowe desvió la vista significativamente hacia el hombre muerto y comentó:

—Eso está claro.

—Así que podría haber sido cualquiera de los de la subasta —concluyó Mircea con calma—. Ninguno de ellos habría tenido la menor dificultad en enturbiar la mente de un maestro de menor nivel que el suyo.

—Pero es válido también para un montón de gente —señalé yo.

Mircea sacudió la cabeza y añadió:

—No creo que ninguno de los participantes estuviera ansioso por hablar de la subasta. Sin duda las familias de algunos de ellos sabían que iba a celebrarse, pero estaban bajo el control del maestro que se presentaba a pujar. Y habría sido una tontería contárselo a nadie más y aumentar de ese modo el número de participantes y de pujas.

Y de paso incrementar además las posibilidades de que el fey se enterara y viniera después a cortarte la cabeza, añadí yo para mis adentros.

—Cualquiera de ellos podría haber decidido hacer lo que hizo Elyas —musitó Mircea—. Cualquiera podría haberse presentado en la discoteca para ir a buscar al fey, tanto para hacer un trato como para matarlo.

—Sólo que cuando llegaron, descubrieron que alguien se les había adelantado —afirmé yo—. Y o bien olieron a Elyas en el aire, o bien lo vieron marcharse. Pero entonces, ¿por qué no atacarlo ayer por la noche? ¿Por qué esperar a hoy?

—Quizá porque la idea de matar a un miembro del Senado lo intimidaba más que la de acabar con un guardia fey —sugirió Louis-Cesare.

Marlowe le lanzó una mirada cínica y añadió:

—O quizá porque había sido invitado aquí esta noche y pensó que la fiesta sería una buena tapadera. Si el culpable está en la lista de invitados, ni siquiera tenía que enturbiar la mente de nadie para entrar.

Ray seguía sin decir nada, así que le di un puñetazo y le pregunté:

—¿Quién estaba en la subasta?

Se lamió los labios y miró alternativamente a Mircea y a Marlowe.

—Yo no... no tendré que testificar, ¿verdad?

—Sí —afirmó Mircea, alzando la lista para que él lo viera.

—Pero... pero... ¿delante del Senado? —siguió preguntando Ray, cuya voz se había convertido en un mero susurro.

Parecía aterrado.

—Yo sólo puedo contarles rumores. Tú estabas allí —señaló Mircea.

—Sí, pero...

—Testificar puede ayudarte en tu caso.

—¿Mi caso?

—El caso de contrabando contra ti.

Ray parecía haber olvidado casi por completo ese pequeño detalle.

—También tiene problemas con su maestro —señalé yo.

Mircea torció los labios.

—Veremos qué se puede hacer. Suponiendo que recuperes la memoria.

—Ming-de, Elyas, Radu, Geminus y Peter Lutkin —se apresuró a citar Ray.

—Un grupo cosmopolita —comenté yo—. Ming-de de la corte de china, Elyas del Senado europeo, Radu pujando por Mircea y Geminus...

—También del Senado norteamericano —dijo Mircea algo serio.

—Ah, sí. Ese imbécil.

Era uno de los senadores más viejos. Rivalizaba con el cónsul en edad pero no en poder ni en ninguna otra cosa excepto en el ego. Se creía un regalo de Dios para las mujeres y no sabía aceptar un no por respuesta. Me había agarrado del culo a los treinta segundos de conocerme, y no se había tomado nada bien que de resultas yo le hubiera rajado la muñeca.

—No conozco a ningún vampiro llamado Lutkin —dijo Marlowe, pensativo.

—Es un mago —dijo Ray. Todo el mundo lo miró—. Su dinero también vale —añadió a la defensiva.

—Lutkin estaba aquí anoche —señaló Louis-Cesare, dando golpecitos sobre su nombre, vi su nombre escrito casi al final de la lista—. Y Geminus. Pero los otros no.

El rostro de Marlowe se iluminó.

—Podemos echarle la culpa al mago. De todos modos los otros son demasiado importantes; son intocables.

—¿Y si no fue él? —preguntó Louis-Cesare.

Marlowe lo miró como si no comprendiera la pregunta.

—¿No hubo nadie que pujara en secreto? —le pregunté yo a Ray—. ¿Nadie pujó por teléfono?

—No. El vendedor insistió en hacer un hechizo sin falta. Y ningún hechizo funciona a menos que la gente esté físicamente presente.

—¿Le preocupaba un posible fraude? —seguí preguntando yo, incrédula—. ¿Con ese grupo de personas?

—No estaba preocupado por un posible fraude, simplemente estaba preocupado, y punto. El tipo estaba paranoico —explicó Ray.

—Porque sabía quién lo perseguía. No quería arriesgarse a que nadie utilizara el glamour para hacerse pasar por uno de los que pujaba —concluí yo.

—Eso es lo que yo me figuré —confirmó Ray.

Fruncí el ceño y añadí:

—Así que él sabía que lo perseguían, sabía que corría un serio peligro, y sin embargo bajó la guardia en un momento dado y...

De pronto se hizo un repentino silencio alrededor de la mesa. Alcé la vista y vi que todos me miraban a mí: un círculo de ojos entrecerrados y brillantes.



—¿Sabía que lo perseguía quién? —preguntó Mircea con calma.

No tenía sentido seguir posponiéndolo.

—¿Subbrand.

Louis-Cesare ladeó la cabeza como si se hubiera quedado atónito.

—*Comment?*

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó Marlowe con una expresión enigmática.

—Se dejó caer por casa anoche.

—¿Se dejó caer? —preguntó entonces Mircea con brusquedad.

—Por decirlo de algún modo.

Marlowe se quedó mirándome de mal humor.

—Nuestros espías no nos han informado de que se haya escapado.

—Entonces vais a tener que contratar a otros nuevos —alegué yo.

—No necesito espías nuevos. Es evidente que has visto a otro fey y lo has tomado por él —afirmó Marlowe.

—Lo dudo —contesté yo secamente.

—¿Estás segura? —insistió Mircea—. ¿Lo viste claramente?

—Tenía su cara a unos dos centímetros y medio de la mía en el momento en el que intentaba matarme —expliqué yo con sarcasmo—. Así que sí, estoy bastante segura.

—Trató de... —comenzó a decir Mircea muy tenso, e inmediatamente se interrumpió.

—¿Por qué no habías dicho nada de eso?

Esa pregunta la había hecho Louis-Cesare.

Yo me encogí de hombros.

—No surgió la oportunidad.

—¿No surgió la oportunidad? —repitió Louis-Cesare.

—¿Qué ocurrió? —siguió preguntando Mircea en tono exigente.

—Ya te lo he dicho. Trató de matarme, pero falló. El asunto es que está aquí y que tiene un interés muy concreto en la runa. Fue su madre la que la robó la primera vez...

—¿Robársela a quién?

Ése había sido Marlowe, y de no haber estado yo tan cansada, le habría restregado la pregunta por las narices. El tipo se creía siempre que lo sabía todo.

—La robó de la casa real de los *blarestris*.

—¿De dónde? —volvió a preguntar Marlowe.

Era el único tipo que conocía capaz de gritar con un tono de voz grave. Lo miré con poca paciencia.

—Bueno, ¿de dónde diablos te creías que la habían sacado, Marlowe? ¿O es que papá y tú ni siquiera os habéis molestado en preguntar?

Marlowe se sonrojó y preguntó:

—¿Me estás diciendo que la runa que se sacó a subasta es una verdadera reliquia fey?

—Sí. Y quieren que la devolváis.

—¿Y eso tú cómo lo sabes? —siguió preguntando Marlowe.

—Represento a la familia.

—Otro hecho que has olvidado mencionar hasta este mismo momento —señaló Mircea.

Yo sonreí.

—¿Igual que tú olvidaste mencionar para qué querías realmente a Ray?

—No es lo mismo ni mucho menos —se defendió Mircea.

—¡Es exactamente lo mismo! Me mandaste a buscarlo con una excusa.

—No era una excusa.

—Me hiciste creer que era un contrabandista.

—Y lo es.

—Pero eso no tiene nada que ver con la razón por la cual tú andabas buscándolo.

Si vamos a seguir trabajando juntos, tienes que...

—Tú no trabajas con lord Mircea —me informó entonces Marlowe, interrumpiéndome—. Tú trabajas para él. No tienes derecho a poner en duda sus órdenes. No es asunto tuyo.

—¿Y tú piensas lo mismo? —le pregunté yo a Mircea.

La puerta se abrió justo antes de que él pudiera responder. Varios vampiros entraron como si fueran los dueños de la casa. Y uno de ellos de hecho lo era, comprendí yo al ver cómo Mostacho inclinaba la cabeza ante él.

—¡Maestro! —exclamó el viejo mayordomo.

—Anthony —lo saludó Mircea, que simplemente se irguió. Mostacho estuvo a punto de caerse al apresurarse a dar la vuelta a la mesa—. Creía que no nos veríamos hasta dentro de una hora.

—Sí, he recibido tu mensaje —contestó con descuido el vampiro de cabello oscuro.

No era alto, debía de medir un metro setenta y cuatro y sus facciones eran bonitas, pero no alucinantes. Parecía como si le hubieran roto la nariz y tenía la piel avejentada. Eso significaba que no ejercía su poder para alterar su apariencia, y eso era extraño teniendo en cuenta el enorme caudal de energía de la que disponía. Sentí como si ese poder me chamuscara la piel a pesar de la distancia.

—¿Anthony? —le pregunté yo a Louis-Cesare, que de pronto parecía como si se sintiera mal.

—Es mi cónsul.

¡Ah! Ese Anthony.

Los vampiros rodearon la mesa y se tomaron su tiempo para examinar el cuerpo.

—Por mí no os preocupéis —dijo el cónsul, alzando la vista y sonriendo—. Continuad con lo que estabais haciendo.

—Nosotros ya hemos examinado el cuerpo —le dijo Mircea—. Pero por supuesto no tenemos inconveniente en que tú también lo examines.

—¡Qué amable! —murmuró Anthony.

—Informaremos de nuestras averiguaciones en breve.

—¿En serio? ¿A quién?

—Al Senado.

—¿Y a qué Senado piensas informar, Mircea? —preguntó Anthony alzando unos ojos brillantes a causa del *whisky* y deteniendo por un momento su examen del cuello sanguinolento.

Sentí cómo Marlowe, que estaba de pie a mi lado, se ponía tenso. Mircea en cambio no mostró ninguna alteración en apariencia.

—Los hechos han tenido lugar en territorio norteamericano —alegó Mircea.

—Pero Elyas pertenecía al Senado europeo —sonrió Anthony—. Lo mismo que Louis-Cesare.

—Ese punto aún está por discutir —objetó Mircea ásperamente, cosa que no era ninguna novedad para mí.

—Sí. Pero tú todavía no me lo has robado —objetó Anthony sin dejar de sonreír. La tensión en el despacho escaló cien puntos de repente—. Por lo tanto será juzgado por sus pares, no por su familia.

—¿Y quién lo defenderá? —exigió saber Mircea.

—La persona que él quiera —dijo Anthony, que entonces hizo un gesto con la mano hacia su compañero, un vampiro joven de melena larga y negra que le caía suelta sobre el traje gris—. Como maestro de Elyas, Jérôme naturalmente será el fiscal.

Entonces no era tan joven como aparentaba, pensé yo mientras me quedaba mirándolo. Jamás lo habría imaginado. Tenía unos ojos grandes casi exactamente del mismo color que el traje, rasgos casi femeninos, unas delicadas manos blancas y un aura de poder muy semejante a la del vampiro al que había clavado a la pared del baño en la discoteca de Ray. Apenas se distinguía junto al ardiente e infernal halo de Anthony; no era más que una velita junto a una buena hoguera.

Pero si él iba a hacer el papel de fiscal, entonces tenía que ser miembro del Senado. Así que ese halo de poder era una farsa. Debía de ser uno de esos escasos vampiros capaces de ocultar su verdadera fuerza. De no haber sabido nada acerca del tema lo habría confundido con un recién nacido, algo que podría haberme matado muy deprisa... si es que tenía suerte.

—¿Y tú? —exigió saber Mircea.

—Ah, ¿es que no te lo he dicho? —preguntó Anthony, cuya sonrisa se amplió ligeramente, mostrando en parte los colmillos—. Yo seré el juez.

Nadie se movió: nadie parpadeó siquiera. Pero yo sentí que el aire se helaba en mis pulmones. De pronto sentí un verdadero deseo de estar en cualquier otra parte.

Por suerte Anthony estuvo de acuerdo en eso último.

—Y ahora, si no os importa, nos gustaría disponer de las mismas ventajas con el cuerpo de las que habéis disfrutado vosotros.

Nadie tuvo nada que alegar a eso, así que nos retiramos a la sala contigua. En realidad yo solo lo intenté, porque un vampiro de mal humor me salió al paso y me sacó al pasillo. Christine nos siguió y abrió la boca para decir algo, pero al ver la cara de cabreo de Louis-Cesare se asustó.

—Creí que... que podía ir con vosotros dos —se apresuró ella a decir en francés.

Louis-Cesare la miró y su expresión se suavizó al instante.

—Sí, sí, por favor.

Lo dijo con bastante dulzura, pero a pesar de todo, ella salió corriendo por el pasillo. Lástima que yo no pudiera largarme con ella, pero Louis-Cesare me tenía atrapada entre la pared y su propio cuerpo.

—¿Qué bicho te ha picado ahora en el culo? —le pregunté yo en tono exigente.

—¿Quieres decir que por qué estoy enfadado? ¡Me parece evidente!

Tardé un segundo en captarlo, pero al final lo comprendí.

—¡Venga, vamos! ¿No estarás enfadado por...? ¡Tú me hiciste exactamente lo mismo a mí!

Louis-Cesare tuvo los huevos de mostrarse ofendido.

—Yo no te he hecho nada pareci...

Me quedé mirándolo.

—¿Entonces cómo llamas tú a eso? Me pegaste el timo encima de la mesa, me dejaste con el culo al aire y me robaste el petate. ¡Y la ropa!

Alguien hizo como que tosía. Alcé la vista y vi que la puerta del despacho estaba abierta y que el viejo vampiro se mostraba escandalizado.

—¿Pegarte el timo? —repitió Anthony, aparentemente encantado.

Mircea cerró los ojos.

Louis-Cesare dijo algo confuso en francés y me arrastró un poco más allá por el pasillo. Había un dormitorio vacío así que me empujó dentro, lo cual fue un esfuerzo completamente inútil. Porque a no ser que estuviera completamente insonorizado, los demás podían oírnos. Y dudo que Elyas se hubiera molestado en gastar un hechizo tan costoso en una habitación de invitados.

Pero a Louis-Cesare no parecía importarle.

—Me refería a Ésubrand. Tú sabías que estabas en peligro y sin embargo no me dijiste nada.

—¿Y por qué iba a decírtelo? No era asunto tuyo.

—Si alguien trata de matarte, desde luego que es asunto mío.

—¿Por qué?

Él no dijo nada, cosa que me cabreó. Estaba cansada y hambrienta y debía de haberme golpeado la muñeca herida en alguna parte, porque el pulso me temblaba cada vez que me latía el corazón. No estaba de humor para juegos.

—¿Por qué es asunto tuyo, Louis-Cesare?

—¡Tú sabes muy bien porqué!

—No, no lo sé. Yo no sé ni una maldita cosa. Puede que por una vez no estuviera mal que me lo delectaras.

—Y tampoco estaría mal que vosotros dos aprendierais algo de discreción —dijo Marlowe medio siseando, que en ese momento entró en el dormitorio y cerró la puerta de golpe.

No contribuía mucho a crear más intimidad. Creo que sencillamente Marlowe estaba cabreado.

—Nos gustaría estar a solas —soltó Louis-Cesare.

—Me parece que vosotros dos ya habéis estado mucho a solas —contestó Marlowe, que nos miró alternativamente al uno y al otro—. No sé qué está ocurriendo aquí, aunque realmente tampoco quiero saberlo. Pero éste no es momento para darle a Anthony más municiones con las que disparar.

Louis-Cesare ni siquiera lo miró, pero sí preguntó:

—¿Qué te hizo?

—Quizá sea mejor que me lo ponga en una camiseta —dije yo, cruzándome de brazos—. No es asunto tu...

—Has estado haciéndolo todo con la mano izquierda durante toda la noche, ¿es por eso?

Un espadachín siempre se da cuenta de esas cosas.

Al ver que yo no decía nada, Louis-Cesare me atrajo hacia sí y comenzó a tocarme con las dos manos. Como si no lo hubiera hecho ya bastantes veces esa noche.

Yo estaba a punto de apartarle la mano cuando Marlowe se me adelantó. Los ojos de Louis-Cesare, por lo general de un azul brillante, se tornaron de un tono gris como el acero: fríos, inexpresivos y peligrosos.

—Cuidado, Kit.

—No soy yo quien tiene que tener cuidado. ¿Te has vuelto loco? ¡Ella es una dhampir! —exclamó Marlowe exactamente con el mismo tono con el que en la época medieval se hablaba de los leprosos en Europa.

Y la comparación era justa, ya que era eso precisamente lo que Marlowe quería expresar.

No sé qué podría haber ocurrido después, porque ambos hombres rebotaban de una energía vibrante y ninguno era de los que se echan atrás. Pero entonces Mircea entró en el dormitorio.

—Tu cónsul quiere hablar contigo —le dijo en voz baja a Louis-Cesare.

Louis-Cesare maldijo entre dientes y abrió la boca para decir algo, pero Mircea alzó una mano.

—Creo que de momento ya tenemos bastante. Provocar a un hombre sin motivo alguno sería una tontería, ¿no piensas tú lo mismo?

Aparentemente Louis-Cesare sí razonaba en ese momento y pensaba exactamente lo mismo, porque se marchó después de lanzarme una mirada que venía a decir que no había terminado conmigo. Apenas había salido del dormitorio cuando Marlowe dio la vuelta alrededor mío.

—¿A qué demonios de juego estás...?

—Kit. Creo que esta noche ya le hemos proporcionado divertimento suficiente a Anthony, ¿no te parece? —lo interrumpió Mircea.

—¡Más de lo que hubiera querido! ¿Sabes que esto va a...?

—Sí. Lo hablaremos dentro de un momento.

Marlowe me lanzó una última mirada airada y se marchó. Yo habría salido del dormitorio inmediatamente después de él pero Mircea me bloqueó el paso. Y no dio muestra alguna de querer quitarse de en medio.

—¿No crees que es hora de que hablemos? —me preguntó con una sonrisa.



—¿De qué? —le pregunté yo cautamente.

Mircea se inclinó sobre la puerta de un modo natural y elegante, tal y como llevaba comportándose toda la noche. Por suerte yo sabía que era mera apariencia. Solo que por desgracia tirarse de cabeza por la ventana no era una alternativa dada la altura. Quizá el tejado...

—No quiero empezar a hacer juegos de palabras contigo, Dorina. Cuéntame lo que ocurrió la noche pasada.

—Ya te he dicho...

—No me has dicho nada. No has mencionado más que el hecho de que una criatura muy peligrosa trató de matarte por segunda vez. Lo que no me has dicho es porqué.

—Trató de matarme antes...

—Porque te interpusiste en su camino. ¿Es por eso otra vez?

Jamás nadie había ganado una discusión verbal con Mircea poniéndose a la defensiva, así que me olvidé de su pregunta.

—¿Vas a contarme tú por qué ansias tanto esa runa que prácticamente has puesto la vida de Louis-Cesare en peligro?

—Yo no he puesto su vida en peligro en absoluto. Y no has contestado a mi pregunta.

—Quizá no con muchas palabras. Pero mi intención era hacértelo entender. Y tú tampoco has contestado a la mía.

—Cuando tú empieces a ser sincera conmigo, entonces quizá.

Me quedé simplemente mirándolo. Por un momento me sentí demasiado atónita como para responder. Porque de todas las personas que podían reprocharme mi falta de sinceridad o confianza, el nombre de Mircea sin duda alguna habría sido el último de la lista. De hecho ni siquiera habría figurado jamás en esa lista.

Su hermano Vlad había matado a mucha gente en su corto reinado de terror. Casualmente una de esas personas había sido mi madre. Mircea había borrado ese detalle de mi cabecita de adolescente, temeroso de que yo persiguiera al loco de mi tío para matarlo. O eso me había dicho él. Yo no tenía ninguna forma fiable e independiente de verificarlo, ya que los recuerdos borrados, borrados estaban para siempre. Y para bien.

—No creo que tú seas el más indicado para hablar, ¿no te parece? —dije yo al fin en voz baja.

—Jamás te he ocultado nada que fuera necesario que tú supieras.

—¿En tu opinión! ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que puede que yo no

estuviera de acuerdo, que puede que yo quisiera guardar esos recuerdos por deprimentes que fueran?

Mircea vaciló; se tomó un segundo para acomodarse al nuevo rumbo que tomaba la conversación. No es que fuera un gran rumbo. La historia de nuestro mutuo engaño había comenzado casi al mismo tiempo que nuestra relación.

—De poco te habrían servido si te hubieran llevado a la muerte.

—¡Esa decisión era mía!

—Eras demasiado joven para tomar esa decisión. Mi obligación era tomarla por ti.

—Una obligación que has seguido manteniendo desde entonces.

Me restregué los ojos. De pronto estaba cansada absolutamente de todo. Estaba hastiada de los constantes juegos y de las luchas verbales, de querer confiar en él y no saber si podía hacerlo o hasta qué punto. Me había pasado años intentando evitar mantener una relación con él precisamente por todas esas razones. Tendría que haberme dado cuenta de que nunca nada iba a cambiar.

Había contado todo lo que sabía acerca del ataque de Ésubrand. No podía añadir nada más.

—Esto es una pérdida de tiempo —dije yo.

Acto seguido me dirigí hacia la puerta.

Mircea no se movió, pero puso los dedos sobre mis brazos.

—¿Otra vez vas a escapar, Dorina?

Alcé la vista hacia él, furiosa, cansada y dolida.

—¡Yo no huyo de mis problemas!

—A menos que se relacionen conmigo. En ese caso no haces otra cosa que huir.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? —pregunté en tono exigente y airado—. Nunca cambia nada, Mircea. Estamos siempre jugando a este mismo juego una y otra vez hasta que me mareo. Me manipulas, me mientes...

—Jamás te he mentado.

—Sólo retuerces las cosas para que parezcan lo que tú quieres que parezcan en lugar de la verdad.

Mircea tensó la mandíbula.

—A veces la verdad puede ser peligrosa. Si te hubiera permitido guardar tus recuerdos sobre Vlad ahora estarías muerta. No habrías sido más que otra de sus víctimas.

—¿Y ahora cuál es la excusa? Porque estoy segura de que tienes una, y también estoy segura de que sonará perfectamente plausible. ¡Y de que será una pura basura!

—¿Y no haces tú lo mismo conmigo? —me preguntó él. Una chispa de ámbar iluminó el marrón oscuro de sus ojos. Ésa no era buena señal, pero yo estaba demasiado cabreada como para que me importara—. Anoche estuviste a punto de



morir prácticamente delante de mis narices, ¿y tú no me dijiste nada?

—Hay circunstancias atenuantes.

—Por lo que parece, siempre las hay entre tú y yo.

Estuve a punto de responder, pero me callé. De pronto él pareció cansado, deslucido y vacío en cierto sentido que yo conocía demasiado bien. Podía tratarse de otro juego; probablemente no era más que otro juego. Pero de todos modos cedí.

—Si no empiezas a confiar en mí, esto jamás va a funcionar —le dije simplemente.

—¿Y qué es esto? —preguntó él con prudencia.

—Lo que sea que estemos haciendo tú y yo aquí. Querías que trabajara contigo, o al menos eso me dijiste. Pero ahora Marlowe dice que en realidad yo solo trabajo para ti. Y creo que puede que él tenga razón, porque lo único que hago es siempre la misma tarea sin importancia, y para eso podrías mandar a cualquiera de tus chicos. ¡Jamás me cuentas nada de ninguno de esos asuntos! ¡Hace ya un mes, y tú y yo todavía no hemos trabajado juntos ni una sola vez!

Esperaba que me saliera con otra excusa, que me soltara un discurso y me diera calabazas con elegancia. Mircea era un maestro en esas prácticas y lo hacía con tal finura, que la mayor parte de las veces la gente a la que le daba la patada ni siquiera se daba cuenta. Con los vampiros lo más inteligente es siempre prestar atención a lo que hacen en lugar de a lo que dicen. Sobre todo con éste.

Pero me sorprendió. Se giró sin decir una palabra, abrió la puerta y me hizo un gesto para que fuera yo delante. Salí y él me guió de vuelta a la sala de espera insonorizada, en donde Marlowe caminaba nerviosamente de un lado para otro. Al ver que se abría la puerta Marlowe alzó la cabeza, pero al comprobar que era yo, su expresión se oscureció.

—Es una pésima idea —dijo en voz baja pero con ardor.

—Y no decírselo sería aún peor —contestó Mircea, que se acercó a las altas ventanas y echó las cortinas que las cubrían de suelo a techo.

Por si acaso alguien había escalado por un lateral del edificio con la intención de leernos los labios, me figuré yo.

—No comprendo en qué sentido.

—Tú no tienes una hija, Kit.

—Yo no... —Marlowe se interrumpió. De pronto su rostro esbozó una expresión de incredulidad—. ¿Ésa es tu razón? ¿Vas a arriesgar...?

—No voy a arriesgar nada. Creo que Dorina ha demostrado que sabe mantener un secreto.

Mircea sacó una de las sillas que había junto a una mesita redonda y se quedó ahí de pie, esperando a que yo me sentara.

Yo me acerqué con cautela, preguntándome si aquello era algún tipo de prueba.

Hasta hacía muy poco tiempo Mircea y yo habíamos hablado quizá una vez por década, pero esas conversaciones terminaban siempre igual: yo gritaba cada vez más y más y él se mostraba cada vez más y más frío hasta que yo salía pitando furiosa de allí. Así era como funcionaba el mundo: era el orden natural de las cosas. Pero esto... esto no lo era. Y eso me preocupaba.

Mi vacilación pareció molestarlo.

—¡Quiero hablar contigo, Dorina! Por favor, deja de mirarme como si sospecharas que he planeado una emboscada.

Una emboscada podía ser algo fácil de superar, pensé yo mientras tomaba asiento sobre la suave piel de la silla. Sabía manejarme con las emboscadas. Pero con lo que estaba ocurriendo ya no estaba tan segura.

—¿Hablar de qué? —pregunté yo con prudencia.

Tenía un montón de preguntas, pero sabía de sobra que no iba a obtener ninguna respuesta. Mircea jamás se sinceraba por completo con nadie. Todos los vampiros son reservados, dados a los secretos, precavidos. Pero en su caso se trataba de algo más que una simple preferencia personal; se trataba de su profesión.

Era el jefe de la diplomacia del Senado, lo cual significaba mucho más que únicamente presionar a las partes para llegar a un acuerdo. Por supuesto él hacía su trabajo en ese tema pero también era responsabilidad suya buscar el punto débil de la gente, averiguar qué podía motivarlos, saber dónde presionar para lograr el resultado deseado. Y por eso Marlowe y él habían sido prácticamente como gemelos siameses desde la guerra. Marlowe recopilaba la información; Mircea la explotaba. Y los dos eran muy buenos en lo que hacían.

Pero en el caso de Mircea el trabajo había tenido un efecto colateral. Llevaba tanto tiempo haciéndolo, viviendo con mentiras, medias verdades y objetivos ocultos, que todo eso se había diluido con el resto de su vida. Yo misma a veces no sabía si él comprendía la diferencia entre la verdad y la mentira.

—¿Qué es lo que querías? —preguntó él a su vez.

Mircea se sentó frente a mí y cruzó las piernas con elegancia, como si él y yo nos sentáramos y habláramos cara a cara a diario; una conversación natural entre padre e hija. ¡Por supuesto!

—Te escucho.

—Esto no puede salir de esta habitación —me dijo—. Ni una sola palabra, a nadie, en ninguna parte, por muy seguro que te parezca el lugar en el que estás.

Yo habría hecho un comentario acerca de lo exagerado que se estaba poniendo, pero un solo vistazo a su rostro bastó para que me callara. Estaba serio.

—Vale.

—Me figuro que conoces el campeonato mundial.

Yo asentí.

—El Senado patrocina al equipo este año. En parte para reforzar nuestra nueva alianza con los magos, pero sobre todo como tapadera.

—¿Tapadera de qué?

—De una reunión de delegados de muchos Senados para hablar sobre la guerra. Si nuestros enemigos supieran que se trata de una estrategia, harían de ella su blanco. Pero todo el mundo va a las carreras, que a su vez suscitan una interminable lista de fiestas y bailes, y por lo tanto numerosas oportunidades de convocar encuentros que no lo parecen.

—Hasta ahí te sigo.

—No se trata solo de discutir sobre la guerra. Como sin duda tú ya sabes, nuestro Senado ha perdido recientemente a cuatro miembros y el quinto ha quedado previsiblemente incapacitado para el futuro. Incluso en tiempos de paz eso sería intolerable, ya que supone una pesada carga de trabajo extra para los senadores que quedamos. Pero si lo añadimos a la carga que implica además la guerra... resulta imposible de soportar.

—Eso lo veo.

Los miembros del Senado tenían cada cual su cartera ministerial igual que los miembros de un gabinete presidencial. Pero después de haber perdido a tantos compañeros, suponía una enorme responsabilidad para los que quedaban.

—El Senado quiere utilizar la tapadera de las carreras para promocionar reuniones con los maestros de alto rango que todavía no tienen una silla en el Senado pero sí la suficiente fuerza como para luchar por ella. Serán puestos a prueba y se seleccionará a los nuevos senadores entre aquéllos que la superen.

—No comprendo qué tiene que ver eso con la runa.

—¿No lo comprendes? La prueba será un combate, como es tradicional.

Una bombilla se encendió en mi cabeza.

—Así que quien tenga la runa estará automáticamente entre los ganadores — deduje yo.

—Exacto.

—Bueno, esa explicación es demasiado simplista —dijo Marlowe, levantándose de la silla. Según parecía, al final había decidido intervenir en la conversación. Supongo que ya que Mircea estaba cantando, él no tenía ninguna razón para permanecer callado—. De poco serviría esa runa en la batalla, que es para lo que fue diseñada, si su energía se agotara tan fácilmente.

—Crees que podría volver a usarse otra vez —sugerí yo, que ya veía adónde quería ir a parar.

—¡Una y otra vez! —exclamó Marlowe, desplomándose sobre la silla con una expresión severa.

—Podría proporcionarle a aquél que la tuviera la posibilidad de controlar además

el resultado final de toda la selección de candidatos —añadió Mircea con más calma.

—Pero Ming-de ya es la cabeza rectora de otro Senado —dije yo, que de pronto tuve un mal presentimiento—. Ella no tiene ninguna razón para querer unirse al vuestro.

—¡No quiere unirse al nuestro! —exclamó Marlowe con furia—. ¡Quiere controlarlo!

—Eso quizá sea presuponer demasiado —dijo Mircea con calma.

Sin embargo su voz no pareció surtir efecto tampoco en Marlowe.

—¡Y una mierda! —exclamó Marlowe, que se levantó y colocó las manos en esa posición tan poco británica y tan propia de él—. Como mucho queda vacante quizá una silla senatorial cada cien años entre todos los Senados de todo el mundo —me explicó a mí—. Cada vez que queda una vacante, los Senados compiten para intentar colocar a uno de los suyos en ella; me refiero a un miembro leal a ellos, es decir, alguien que les proporcione ojos y oídos para enterarse de qué están haciendo los Senados rivales.

Yo asentí. En realidad jamás se me había ocurrido pensar en ello; la política de altos vuelos quedaba fuera de mi competencia. Pero la cosa tenía sentido. Los vampiros habían inventado la paranoia: por supuesto que querían vigilar a la competencia.

—¡Y ahora de pronto hay cinco vacantes! ¡Cinco sillas vacías de golpe en el mismo Senado! ¡Es una oportunidad única para reformar nuestro Senado de arriba abajo, minando nuestra soberanía y convirtiendo a nuestro cónsul en una marioneta!

—Así que Ming-de quiere la runa para estar segura de que sus candidatos salían ganadores, y condicionar de ese modo vuestra selección de nuevos senadores para que salga gente leal a ella —deduje yo.

—Sí.

—Pero aunque ella consiguiera ocupar esos cinco asientos, a pesar de todo no tendría la mayoría —puntualizó Marlowe.

—No, pero sí contaría con una facción poderosa —me dijo Mircea antes de que Marlowe pudiera volver a ponerse a despotricar—. Y con una importante capacidad para influir sobre el voto de otros, y por tanto para llevarnos a nosotros constantemente a un punto muerto en el caso de que ignoráramos sus peticiones.

—¿Y los otros nombres que mencionó Ray? ¿Pretenden ellos hacer lo mismo?

—En cuanto al mago, no sé qué pretende. Geminus pertenece a nuestro Senado, pero es de una facción rival a la mía. Si consiguiera colocar a sus candidatos en esas sillas, me llevaría una gran ventaja —dijo Mircea.

—Por eso es por lo que me preguntaste si había visto a Louis-Cesare —dije yo, que de pronto encaje varias piezas del puzle—. Quieres que él ocupe una de esas sillas.

—Digamos más bien que quería —puntualizó Marlowe con aspereza—. Louis-Cesare prometió cambiarse de Senado hace un mes, pero de repente salió corriendo detrás de Christine y desapareció. Se acercaba el momento y no sabíamos nada de él: ni una palabra. Y entonces, cuando por fin aparece, resulta que está implicado en este asunto.

—¿Crees que eso lo descalifica para el puesto?

—¿El qué? ¿Matar a otro senador? ¡Oh, no! —contestó Marlowe con un gesto despectivo de la mano—. Le darán una maldita medalla, ¿verdad?

—No fue él, Marlowe —aseguró Mircea.

—Eso poco importa teniendo en cuenta que en esta ocasión el juez encargado del caso es el mismo cónsul al que tiene pensado abandonar —argumentó Marlowe.

—¿Y eso lo sabe Anthony? —pregunté yo.

Mircea suspiró antes de contestar:

—Louis-Cesare insistió en decírselo. En su opinión, era una cuestión de honor y no podía quedarse callado.

—No consigo sacar nada en claro con ese hombre —dijo Marlowe con disgusto—. En serio, no puedo.

—Louis-Cesare será declarado inocente —me dijo Mircea—. Anthony utilizará este asunto para obligarlo a permanecer en el Senado europeo. No quieren perder a su campeón.

—¡Lo cual no ayuda en absoluto a Mircea! —exclamó Marlowe.

Por mucho que detestara tener que admitirlo, en cierto sentido comprendía el punto de vista de Marlowe. El mundo de los vampiros funcionaba porque tenía una jerarquía muy definida: todos sabían cuál era su puesto y jamás lo abandonaban. No tenían elección porque siempre había alguien superior en rango y en poder que se encargaba de garantizar que el de más abajo ocupara su lugar. Excepto los cónsules, que venían a ser como la misma ley. Los únicos que los controlaban, si es que podía hablarse así, eran los otros cónsules.

Por supuesto, eso convertía al resto de los cónsules en los únicos y verdaderos rivales. La cosa se estaba poniendo realmente espeluznante. A marchas forzadas. Pero al menos yo comenzaba a explicarme por qué todo el mundo se había vuelto tan loco por la maldita runa.

—Así que por eso estabas tan enfadado con Louis-Cesare antes, esta misma noche. Creías que te había abandonado para... ¿para qué? ¿Para jugar su propio juego? —pregunté yo.

Mircea se encogió de hombros.

—Me parecía poco probable. Él no había sido invitado a la subasta, así que no alcanzaba a comprender cómo se había enterado de la existencia de la runa. Y además algo así habría sido absolutamente impropio de él. Pero lo cierto es que...

—Que ese tipo de poder corrompe muy fácilmente —dijo Marlowe, terminando la frase por él.

—Verdaderamente.

—Y por eso le pediste a Radu que pujara por la *Naudiz*; queríais constituir un Senado a vuestro gusto.

—No solo a nuestro gusto —dijo Mircea—. Sino conforme a nuestras necesidades. No podemos permitirnos esa constante lucha por el poder y esas discusiones interminables durante la guerra. Tenemos que estar unidos, y eso no será posible si los candidatos que ocupan las sillas de nuestro Senado tienen obligaciones en otra parte.

—Pero tú no sabías nada de la runa hasta hace unos pocos días. ¿Qué era lo que tenías planeado hacer antes? —pregunté yo.

—Kit y yo hemos estado trabajando para conseguir un resultado favorable en la selección de candidatos. Hemos elegido a personas que no solo tienen ideas políticas parecidas, sino que además no tienen lazos externos y cuentan con el suficiente poder como para ser buenos competidores. Ha sido una búsqueda difícil, pero creo que hemos encontrado a nuestros campeones.

—¡Y sin embargo ninguno de ellos podrá mantenerse en pie si hay un candidato invencible! —le recordó Marlowe—. No importa lo buenos que sean; si alguno de los que acudió a la subasta tiene la runa, lo echará todo a perder.

Ming-de no es la única que puede jugar con el poder.

—Si encontramos la runa encontraremos al asesino —comprendí yo—. Y eso le dará a Louis-Cesare libertad para ocupar uno de tus asientos vacíos.

—Eso sería estupendo si las carreras no comenzaran mañana por la noche —señaló Marlowe.

—Pero la lista de sospechosos también es corta —puntalicé yo—. Creo que podemos eliminar a Ming-de. Ella ganó la subasta. No tendría ningún sentido que ella misma robara algo que ya es de su propiedad.

—A menos que conociera de dónde procede la runa —argumentó Marlowe—. Puede que dude de su capacidad para conservarla en el caso de que el fey se la reclamara, por mucho que le pagara. Pero si supuestamente se la han robado antes incluso de que llegara a sus manos... —terminó, encogiéndose de hombros.

—Eres una víbora y un hijo de puta —le dije yo a Marlowe.

—Gracias —sonrió él.

—Ming-de tampoco puede decirse que sea una ingenua —comentó Mircea con sarcasmo—. De momento, según parece, no podemos descartar a nadie. Excepto a Radu, que acudió a la subasta por nuestra parte.

—Pero tenemos que volver a añadir a Cheung —dije yo—. Él no acudió a la subasta, pero pudo haber matado a Elyas. Estuvo persiguiéndonos a Louis-Cesare y a

mí la mitad de la noche para tratar de recuperar a Ray. Pudo volver a la discoteca nada más perdernos para interrogar a alguno de los siervos de Ray. Y cualquiera de ellos podría haberle mencionado a Elyas. Le habría dado tiempo de sobra para venir aquí.

—Entonces son cinco los sospechosos —dijo Mircea—. Ming-de, Geminus, Lord Cheung, el mago Lutkin y Ásubrand.

—Yo necesito unas seis horas para dormir; luego empezaré con la lista —le dije a Mircea.

—No —negó Mircea con sencillez—. Te he contado todo esto para que no te impliques más en el asunto, no para pedirte ayuda. Tenías que saber cómo están las apuestas; ahora que lo sabes, tienes que comprender que...

—¡Lo único que yo comprendo es que necesitas toda la ayuda que te pueda prestar!

—¡Tú tienes tus talentos y son útiles, pero ninguno de ellos funcionaría con ninguno de la lista! —exclamó Mircea, enfadándose de pronto. O quizá estuviera enfadado desde el principio pero no lo hubiera demostrado hasta entonces. Yo jamás había sido capaz de interpretar con precisión los sentimientos de Mircea—. No conseguirías ni siquiera verlos, y si por casualidad lo consiguieras, ninguno te diría nada.

—Tal vez sea cierto para los vampiros. Pero puedo hablar con el mago... —sugerí yo.

—El mago no me preocupa. Si quiere la piedra para su protección personal, pues muy bien. Porque en ese caso no interfiere con el resultado de la selección. Pero te mantendrás alejada del resto y del príncipe fey en particular —me ordenó Mircea.

—¿Por qué todo el mundo piensa que persigo a Ásubrand? ¡No estoy loca ni soy una estúpida! —exclamé yo.

—Jamás he pensado que seas ninguna de las dos cosas. Pero quieres ayudar a tu amiga —objetó Mircea.

—No recuerdo haber mencionado a ninguna amiga.

Y si Louis-Cesare la había mencionado, tendría que arrancarle la piel a tiras.

Dos ojos negros me miraron de frente.

—Yo tampoco soy estúpido, Dorina. Cuando recuperemos la piedra, si es que la recuperamos, se la devolveremos a sus legítimos propietarios. No tengo intención de hacerme enemigos entre los feys. Pero, mientras tanto, tú te quedas al margen de este asunto. Ásubrand no tendrá ninguna razón para causarte problemas en el momento en el que dejes de luchar por la runa.

No había ninguna respuesta prudente, así que no dije nada.

—Pondré a la gente a trabajar —dijo entonces Marlowe—. Aunque con ese grupo de sospechosos no va a ser fácil. Puede que lo mejor sea esperar a ver qué candidatos

van saliendo vencedores de las pruebas. Aunque no sé qué se supone que vamos a hacer entonces. Porque a excepción del mago, que tiene otros intereses, no creo que ninguno renuncie a su asiento.

Era curioso, pero eso era exactamente lo que había estado pensando yo a propósito de Marlowe.





Momentos después Anthony hizo su espectacular salida rodeado de su corte de siervos que no paraban de hacer genuflexiones.

—¿No vienes? —le preguntó a Mircea, asomando la cabeza por la puerta.

—Voy dentro de un momento.

—Ah, bien. Detestaríamos tener que empezar sin ti.

Anthony se marchó a grandes pasos charlando animadamente con Jérôme, y de pronto yo me di cuenta de que llevaba puesta una toga. Su personalidad resultaba tan exuberante, que había eclipsado todo lo demás. Sencillamente no me había dado cuenta.

No obstante tampoco caí en que Louis-Cesare no había venido a hablar conmigo otra vez. Pasó por delante acompañando al cortejo de Anthony. Según parecía, después del todo los comentarios de Marlowe habían surtido efecto. Pasar un rato en los bajos fondos con una dhampir estaba bien siempre y cuando nadie te viera, pero aquél era un momento delicado en el que había que controlar los posibles perjuicios.

No sé por qué eso me sorprendió. Ningún vampiro tenía una amante dhampir. A lo largo de los años algunos habían tratado de seducirme sólo para fanfarronear o por la emoción que supone vivir al borde del peligro. ¿Pero pasar más de una noche seguida con una dhampir? Nunca.

Y eso no iba a cambiar. En el mejor de los casos sería un suicidio social y político. En el peor, alguien con influencia podía empezar a preguntarse por la salud mental de un vampiro que tuviera semejante amante. Y sólo había una solución para los vampiros con problemas de salud mental. Yo lo sabía mejor que nadie: era a mí a quien llamaban para quitarlos de en medio.

Y sin embargo me sorprendió. Y también me dolió, lo cual para mí era inaceptable. Estaba cansada, completamente borracha y un tanto sensiblera. Así que había llegado la hora de marcharme.

Iba a ponerme en pie cuando una mano helada se posó sobre mi muñeca sana.

—¿Podrías dejarnos un minuto, Kit? —preguntó Mircea.

Marlowe ni siquiera se molestó en protestar. Tuve la sensación de que no estaba precisamente ansioso por enfrentarse al Senado. Salió por la puerta y entonces entró Christine. Arrastraba dos enormes maletas y llevaba una tercera bolsa debajo del brazo.

—Christine, Dorina y yo queremos mantener una corta charla. ¿Te importaría esperar en el despacho? —le preguntó Mircea educadamente.

Christine alzó la vista, lo miró y parpadeó confusa. Entonces esbozó esa sonrisa que las mujeres lucen siempre para Mircea.

—Por supuesto.

—¿No hemos terminado? —pregunté yo, cauta.

Habíamos hablado más de lo que... bueno, más que nunca. Al menos de una sola sentada.

Mircea eligió un cigarrillo pequeño de una pitillera. Turco, a juzgar por el olor, y luego me ofreció.

—No, aún no.

—Es una mala costumbre —dije yo, declinando el ofrecimiento.

Yo sólo fumo marihuana.

—Las hay peores.

—¿A qué te refieres?

Mircea dejó la pitillera y volvió a sentarse en la silla al tiempo que encendía el cigarrillo con un movimiento natural y sin prisas.

Durante un rato no dijo nada, lo cual no era bueno. Mircea jamás necesitaba reflexionar para ordenar sus pensamientos. Siempre tenía demasiados pensamientos y todos perfectamente elaborados y ordenados. Ése es su problema.

Bueno, uno de ellos.

—Nunca he hablado mucho contigo sobre tu madre, ¿verdad? —preguntó él finalmente.

Por un minuto me quedé ahí sentada, helada. De todas las cosas que yo esperaba que él sacara a relucir, ésa era sin duda la última. Hacía años que me había dado por vencida y había dejado de preguntarle por ella porque el resultado era siempre el mismo: él me contaba escuetamente y con una fría indiferencia unos cuantos hechos pasados de los que yo no sacaba nada en claro que no supiera ya antes. Ella había sido una campesina; habían tenido un breve romance; él la había abandonado al descubrir que había pasado a formar parte de ese segmento de la población cuya vida es infinitamente más estimulante, cosa que, casualmente, había ocurrido más o menos en el mismo momento en que ella había descubierto que estaba embarazada. Y punto.

Después, hacía ya un mes, Mircea me había soltado la bomba de que mi madre no había muerto por culpa de una plaga tal y como yo siempre había creído. Vlad, el hermano loco de Mircea, la había asesinado torturándola lentamente. Y después Mircea había convertido a Vlad en vampiro para poder torturarlo a él a su vez... durante quinientos años.

No se podía decir que la familia no supiera cómo superar el rencor.

No había sido una conversación agradable y yo no estaba ansiosa por repetir la experiencia. Pero sabía jodidamente poco de mi madre gracias a él y a su borrado de memoria. Tampoco es que yo hubiera podido recordar gran cosa de esos tiempos; era demasiado pequeña cuando me separaron de mi madre. Pero sí había podido ir uniendo retazos de recuerdos aquí y allá con lo poco que me habían contado los que

sí se acordaban de ella. Sin embargo casi ninguna de esas personas vivía ya.

Si había alguien que conocía el punto débil de cada persona, ese era Mircea. Podía señalarlo con la precisión de un cirujano. Él sabía qué frase me retendría allí, sabía qué tenía que decir para que yo no diera un salto de la silla y me marchara, fuera lo que fuera lo que hubiera que discutir. Porque yo no me marcharía si había alguna posibilidad de saber algo más de ella.

—¿Qué pasa con ella? —pregunté yo con severidad.

—Era una mujer muy bella —me dijo él con calma—. Tú te pareces mucho a ella.

—¿Haces esperar al Senado sólo para decirme eso?

—Ella vino para quedarse con nosotros cuando tenía diecisiete años —continuó él sin hacerme caso. Mircea iría al grano cuando le diera la real gana—. Su padre tallaba la madera pero murió pronto, y su madre lo pasó muy mal después. Al final encontró trabajo como cocinera con nosotros y cuando Helena alcanzó una edad apropiada, comenzó a trabajar en nuestra casa también.

—Y tú la viste y te la quedaste.

No era difícil de imaginar. Por aquel entonces las sirvientas eran presas fáciles y más si no tenían un pariente masculino que las defendiera. Y la mayoría de ellas se habrían considerado afortunadas de poder atraer la atención del hijo mayor de la familia, que además era guapo.

—No fue tan simple como eso. Cuando la vi por primera vez, admito que traté de robarle un beso.

—¿Y?

Mircea soltó un río de humo largo y delgado que fue levantándose lentamente hacia el techo.

—Y ella me dio una bofetada. Fuerte.

Yo parpadeé.

—Podrías haberla hecho azotar por eso. O algo peor.

Las mujeres de Rumanía en aquella época tenían muy pocos derechos comparados con los que tenían los hombres. Una mujer no podía sentarse a la mesa con su marido; tenía que quedarse de pie detrás de él, esperando para servirlo. Comía lo que sobraba, que en las casas de los campesinos no era mucho, cuando él había terminado. Si salían a la calle juntos ella caminaba detrás de él, y si ella salía sola y se cruzaba con un hombre por la calle tenía que pararse y esperar a que él pasara. Incluso aunque ella fuera rica y él fuera pobre.

La libertad de las mujeres en la antigua Rumanía era escasa.

Mircea echó la ceniza en un cenicero de cristal, pero al oír mi comentario se olvidó del cigarrillo y alzó la vista hacia mí con una expresión inescrutable en el rostro, como si no comprendiera.

—A veces, Dorina, me pregunto qué piensas de mí.

No contesté a esa pregunta porque la mitad de las veces ni yo misma lo sabía.

Y la respuesta que habría podido darle la otra mitad no nos habría llevado más que a discutir.

Tras unos momentos, él continuó:

—Ella me dijo que no estaba allí para ser el juguete de ningún caballero, sino que su intención era ahorrar para casarse con un hombre respetable. Y que no estaba dispuesta a perder su preciada virginidad conmigo.

Yo casi me había olvidado de la vieja costumbre de recompensar a las vírgenes por su castidad al lunes siguiente después del matrimonio. Ese día recibían joyas, ropa y a veces hasta dinero que se les permitía conservar incluso aunque el matrimonio acabara en divorcio. La costumbre había resultado mucho más efectiva para asegurar la abstinencia que los modernos pactos de virginidad.

Bueno, eso y el miedo a los padres rumanos.

—¿Y qué le dijiste tú?

Mircea se encogió de hombros antes de contestar:

—Yo era joven y estúpido, y todavía no me había dado cuenta de que mi tan cacareado éxito con las mujeres se debía tanto a mi nombre y a mi posición como a mi persona. Le dije que con gusto la recompensaría por cualquier pérdida que pudiera sufrir.

—Y supongo que ella aceptó.

Él arqueó una ceja muy expresivamente.

—No. Volvió a darme otra bofetada.

—¿Y eso te pareció atractivo?

—Es extraño, pero sí. La mayor parte de las mujeres que conocía eran dóciles hasta el aburrimiento. Sólo conseguir que me miraran a la cara mientras hablábamos me resultaba ya tedioso. He mantenido relaciones íntimas con mujeres que no creo que hubieran podido describir con detalle mi rostro ni aunque su vida hubiera dependido de ello. Y eso era especialmente cierto de las mujeres de la nobleza, a las que se les había enseñado desde la infancia que la buena educación consistía en mantener una pasividad completa.

—Así que ella era un reto para ti.

—Ella estaba viva, Dorina, en un sentido en el que ninguna otra mujer e incluso pocos hombres de los que conocía en aquella época lo estaban. Me fascinaba. Me ponía furioso... Y al final me embrujó.

—Así que me figuro que al final ella superó la etapa de las bofetadas.

—No del todo —dijo él, sonriendo otra vez.

Se trataba de una sonrisa leve, de un gesto extraño en un rostro que apenas expresaba nunca nada.

Me quedé mirándolo. Jamás se me había ocurrido imaginar que él hubiera podido

sentir algo por ella; me había figurado que mi madre era solo una más de la larga lista de conquistas que él había hecho y olvidado con la misma facilidad. Aunque quizá sí hubiera sido solo una más. Puede que fuera yo la que quería creer que la expresión de Mircea significaba algo. Puede que fuera yo la que quería creer que al menos uno de los suyos era capaz de sentir verdadero afecto.

¡Dios!, debía de estar más borracha de lo que creía.

—Cuando finalmente iniciamos una relación —continuó él—, le compré una casa en su pueblo e iba allí a visitarla en lugar de mantenerla a ella en el castillo.

—Porque te avergonzabas de tener a una sirvienta por amante.

—¡No, Dorina! —exclamó Mircea, mirándome a través de una nube de humo con impaciencia—. Yo jamás me avergoncé de tu madre. Tenía miedo por ella. Y al final mis temores se vieron confirmados.

—Tú no podías saber que Vlad iba a hacer lo que hizo.

Yo le echaba la culpa a Mircea de muchas cosas, pero no de ésta.

—No. Pero sabía que al enterarse de lo importante que era ella para mí, podía convertirse en un blanco. Unos podían querer utilizarla para intentar influir en mí; otros podían querer hacerle daño para hacérmelo a mí. Era una época despiadada y ningún miembro de la familia estaba a salvo. Yo no estaba dispuesto a permitir que las circunstancias me dictaran cómo tenía que vivir hasta el punto de que eligieran a mi amante por mí, pero sí tenía cuidado. Tenía cuidado y era discreto.

—Ah, llega el amanecer, ya comprendo.

—Louis-Cesare tiene que ocupar una de esas sillas vacantes del Senado —dijo Mircea, dejando a un lado la analogía—. Necesito tener a alguien en quien pueda confiar y necesito su voto para ayudarme a persuadir a otros durante la guerra. No estoy dispuesto a tolerar que nada me lo impida.

—Creía que ya estabas decidido a desechar ese plan.

—El incidente con Elyas ha sido desafortunado, pero unos cuantos miembros del Senado europeo me deben favores, y el cónsul me debe muchos más.

—¿Crees que podrás convencerlos para que lo dejen competir?

—Es posible. El hecho de que él no haya querido nunca unirse a ninguna facción y de que prefiera actuar siempre según su propia conciencia en cada asunto nos beneficia. A lo largo de los años eso ha hecho de él un peligroso cabo suelto según los cánones y ha dejado a muchas personas poderosas de su Senado tirándose continuamente de los pelos. Creo que muchos de ellos preferirían verlo lejos. Aunque, por desgracia, esas mismas personas también preferirían verlo muerto. Lo malo es que si no es para el Senado europeo, Anthony sin duda hará todo lo que esté en su mano para evitar que sea para nosotros. No consentirá que llegue el día en el que Louis-Cesare use toda su capacidad en su contra.

—¿Y en qué sentido se relaciona eso conmigo? —pregunté yo, convencida de

conocer la respuesta.

—Una alianza con una dhampir destruiría la credibilidad de Louis-Cesare en un momento tan delicado como éste —me explicó Mircea con franqueza.

—Por si no te habías dado cuenta, Louis-Cesare tiene una amante —le recordé yo.

—Sí, me he dado cuenta. Pero también me he dado cuenta de cómo te mira, y he oído el escándalo.

—¿Y has caído en la cuenta de que se ha marchado sin decirme nada?

—¡Como si hubiera podido, después del jaleo! Esto puede arruinarlo, Dorina. De hecho nos ha perjudicado en el caso contra él considerablemente.

—Pero Anthony no ha oído tanto como para...

—Ha oído lo suficiente como para que yo ahora no pueda presentar las pruebas que tú me has proporcionado sobre la forma en que ha muerto Elyas.

Yo fruncí el ceño.

—¡Pero Louis-Cesare jamás lo habría asesinado así! Él no habría podido aunque hubiera querido. No habría sabido cómo hacerlo hasta que yo...

Me interrumpí. De pronto me sentí un poco mareada.

—Exacto —dijo Mircea serio—. Si presento nuestra prueba principal para la defensa, Anthony alegará que Louis-Cesare fue instruido sobre la forma más creativa de asesinar a un vampiro por su amante dhampir. Los oponentes políticos de Louis-Cesare aprovecharán la oportunidad para manchar la reputación de una persona que, hasta el momento, tiene un historial intachable. Y hasta sus amigos del Senado comenzarán a dudar. Porque si es capaz de algo así, pensarán algunos, entonces es capaz de cualquier cosa.

—Como por ejemplo asesinar a un compañero senador.

—Exactamente —confirmó Mircea, que se reclinó sobre el respaldo de la silla mientras el humo de la colilla de su cigarro hacía dibujos en el aire a su alrededor—. Louis-Cesare es poderoso y eso hace de él una buena arma, pero también es un peligroso enemigo. Él y Elyas han mantenido una larga historia de enemistad que se prolonga en el tiempo algo más de un siglo atrás. Pero él jamás había hecho ningún movimiento en su contra. Ahora por fin lo ha hecho, pensarán algunos, y aquéllos que también mantengan disputas con él comenzarán a preguntarse si no serán los siguientes.

—Pero sin duda ha habido muchos senadores que han muerto antes —protesté yo.

—En los golpes de estado, sí. En las revoluciones sangrientas, cuidadosa y políticamente planeadas y cuyos objetivos son comprensibles. Pero no por razones personales cuando uno está en su casa. Eso es algo que se ve raramente y que le permite a Anthony describir a Louis-Cesare como un vampiro peligroso, que se sale del canon y que está fuera de control. Y si el Senado vota contra Louis-Cesare,

Anthony como juez puede imponerle la sentencia que él desee.

—Pero tú has dicho que no lo mataría.

—Y no lo hará, siempre y cuando Louis-Cesare esté dispuesto a doblegarse y a atarse a él a perpetuidad.

—Y así consigue un poderoso maestro de primer nivel siempre a su disposición sin tener que ceder ningún poder por su parte —terminé yo la frase por él.

La situación en la que se había encontrado con Tomas se perpetuaría para siempre, con la diferencia de que a mí me era imposible concebir que Louis-Cesare accediera a semejante esclavitud. Pero si no lo hacía...

—¡Detesto la política! —exclamé con fervor.

—En este preciso momento yo tampoco la adoro —dijo Mircea con cinismo—. Pero la situación es la que es, y tenemos que enfrentarnos a ella.

—¿Cómo?

Desde mi punto de vista, Anthony era el dueño y señor de la situación.

—Aún puedo sacar a colación la runa y mostrarle al Senado el colgante vacío. Al menos todo el mundo comprenderá que es un buen móvil para asesinar a Elyas. Louis-Cesare puede ser poco astuto en cuanto a política se refiere, pero no necesita la runa para batirse en duelo.

—¿Y si Anthony me menciona a mí?

Mircea me miró seriamente.

—Diré que Louis-Cesare te engañó. Que quería atrapar a Raymond pero no luchar contra un miembro de la familia, y que por tanto te hizo creer que te quería para arrebatártelo.

—Eso justificará el escándalo que he montado yo —convine. Y puede que incluso fuera la verdad—. Pero ¿y su forma de actuar?

—¡Por eso es por lo que tienes que mantenerte alejada de él! Ante todo Louis-Cesare es un guerrero. Y como tal es franco, directo y poco dado al compromiso. Ha llegado a tomarte cariño; eso está claro. Hasta dónde llega ese cariño, no lo sé. Pero no conseguirá ocultarlo en público. ¡Y desde luego no comprenderá las razones por las que debe hacerlo!

No, yo tampoco creía que él fuera a comprenderlas. Podía imaginármelo de pie frente al Senado, diciéndoles con arrogancia de que su vida privada no era asunto suyo. Y el Senado interpretaría que tenía una tórrida aventura con una criatura a la que muchos de ellos veían casi como a Satán. No lo beneficiaría en nada.

—Comienzas a comprender —murmuró Mircea.

—Quizá. Pero ¿y Anthony y Jérôme? Ellos ya han oído su... indiscreción.

—Por suerte son precisamente las personas que más razones tienen para interpretar cualquier cosa de la peor manera posible. Yo pondré de relieve que durante el mes pasado Louis-Cesare y tú habéis estado luchando juntos contra

¿Subbrand y que él estaba preocupado por el hecho de que esa criatura pudiera volver a aparecer entre nosotros otra vez. Él quería que tú le informaras al respecto, nada más.

—¿Sabes?, a veces me das un poco de miedo —le dije yo con franqueza—. Porque yo estaba presente, y sin embargo tu historia me suena extrañamente verosímil.

—Esperemos que el Senado piense lo mismo. Pero aunque tú te creas que tengo una gran capacidad para la persuasión, tienes que comprender que yo no puedo estar continuamente inventándome excusas plausibles para este tipo de incidentes. Esto tiene que...

Alguien llamó a la puerta. Un segundo después Marlowe asomó la cabeza de pelo rizado. Lo inoportuno del momento me hizo entrecerrar los ojos con suspicacia, pero la expresión de su rostro no delataba que hubiera estado escuchando furtivamente; al contrario, parecía muy furioso y frustrado.

—¡Tenemos que marcharnos, Mircea, a menos que quieras que Louis-Cesare se defienda solo!

—Desde luego que no —dijo Mircea, poniéndose en pie—. Dorina...

Yo me puse en pie también.

—Fue un asunto de negocios —le dije—. Él me robó; yo le devolví el favor. Eso fue todo.

Mircea no pareció tan complacido por mi respuesta como a mí me habría gustado.

—Esto no es... —comenzó él a decir.

Se interrumpió, y una vez más pareció tratar de ordenar sus pensamientos.

Yo no comprendí por qué se molestaba; yo ya había accedido a lo que él quería. No es que fuera mucho. Louis-Cesare había recuperado a Christine; tampoco era tan probable que fuera a verlo mucho más.

—Quiero que seas feliz, Dorina —dijo él de pronto... con un tono de voz extraño.

Escuté su rostro, preguntándome a qué nuevo juego estábamos jugando, qué diablos quería de mí. Como siempre, su rostro era perfecto: una bella máscara que no me decía nada.

Él alzó una mano vacilante hacia mi cara, y yo retrocedí inconscientemente. Mircea jamás me había hecho daño, pero toda una vida luchando contra los de su especie me había proporcionado ciertos instintos. Una emoción cruzó sus ojos, veloz como el rayo. Pero desapareció antes de que yo pudiera darle un nombre, y él dejó caer la mano.

Y algo me atravesó entonces a mí, breve y afilado como la punta de una aguja.

*La luz del sol entraba a raudales por la diminuta ventana sin cristales y dibujaba una acuarela de colores sobre la mesa de madera. Había una mujer de pie junto a*



esa mesa, haciendo movimientos circulares con los brazos para amasar un montón de mezcla a un ritmo incansable. A cada rato alzaba la vista hacia la ventana y contemplaba las encrespadas almenas del horizonte montañoso de rostros blancos por la nieve que el sol iluminaba por la espalda.

Era el sol que salía, deduje yo al verlo hincharse, brillante y rojo, en el momento en que se liberaba del paisaje para viajar a la deriva por un cielo de un azul acuoso. La cabaña estaba al final del pueblo, cerca ya del camino que penetraba entre los árboles. Pero en el sendero no había nadie y tampoco había polvo excepto por el poco que levantaba el viento.

El aire que venía de las montañas era fresco, le volaba el pelo mientras ella estiraba la masa hasta formar un cordón que luego transformaba en una hogaza. La dejó a un lado y comenzó otra vez todo el proceso. El viento se paró y la harina quedó suspendida en la habitación como la niebla. Se posaba sobre sus pestañas negras y sus cejas, sobre el ligero vello de sus brazos, y en volvía sus manos como polvo de oro.

Dos brazos la rodearon por detrás y la arrastraron contra un cuerpo cálido que ella reconoció.

—¡Para! —lo regañó ella con una voz apenas audible, sin parar de reír—. Si no cuezo el pan, no tendrás pan para desayunar.

—Pero es que yo tengo hambre ahora —dijo él, sonriendo y alzando la mano de ella hasta sus labios para trazar con la lengua las durezas de la piel producidas por el trabajo.

Ella levantó la mano hasta la mejilla de él, embadurnada de harina, arenosa y cálida de tanto moverla.

—Marido —respiró ella contra su nuca—. Mi Mircea.

Y el amor y el sentimiento de pérdida que brotaban dentro de él era tan dulce y tan doloroso, que literalmente se tambaleaba.

—¡Mircea! —gritó Marlowe, cuya voz comenzaba a sonar un tanto aterrada—. ¡Están empezando ya!

El recuerdo se rompió en mil pedazos y quebró la voz de Mircea. Yo me derrumbé en la silla. Me incliné hacia abajo con las manos en las rodillas y tragué aire. Me escocían los ojos a causa de las lágrimas. La soledad y un frío y vasto eco se abrían a mi alrededor, pero era la resignación la que cavó un hoyo en mí, lo que me vació. Y ni siquiera estaba segura de si esos sentimientos eran suyos o míos.

¡Oh, Mircea!, pensé. ¡Oh, Dios mío!

Sentí una mano sobre mi hombro, pálida y fría. Alcé la vista hacia él, incrédula y con la mente en blanco. No sé qué expresaba mi rostro, pero él frunció el ceño y se agachó junto a mi silla.

—Dorina, ¿qué...?

—¿Te casaste con ella?

Se interrumpió, su rostro delató el profundo *shock*. No dijo nada, pero tampoco lo negó. Y eso fue...

—Tengo que marcharme —le dije, saltando de la silla y tropezándome con todo.

De algún modo logré encontrar el picaporte de la puerta. Lo abrí y me escurrí fuera. Me apoyé contra la puerta cerrada. Por suerte él no trató de seguirme.

Me quedé ahí de pie, mirando el espacio vacío sin ver nada. Nada más que el rostro de una mujer a la que yo jamás había visto, una mujer campesina sin familia, sin dinero, sin nada... excepto un príncipe por marido.

Sentí como si la sala se tambaleara. No era tanto un movimiento físico real como un devaneo de mi mente que trataba de asir una idea imposible. Yo siempre había dado por sentado que él jamás hablaría de ella sino con indiferencia. Él era el primogénito, el heredero indiscutible del trono. Era la última persona de la tierra que podía permitirse el lujo de correr un riesgo en la elección de esposa. Y sin embargo se había casado con una chica que no podía ayudarlo en el plano político, que no podía sellar ningún trato, que no podía ofrecerle ejércitos, que no podría llegar a ser nunca nada más que una responsabilidad.

Porque la amaba.



—¿Podemos salir ya de aquí? —preguntó alguien en tono enfadado.

Alcé la vista medio mareada y vi el saco encima de la mesa del despacho. No quedaba ningún pedazo de vampiro muerto por ninguna parte, así que más de un sirviente debía de haber estado trabajando. Excepto el pedazo junto al petate, claro.

Ray seguía encima de la mesa a modo de grotesco pisapapeles. Por un momento no le hice ni caso. El pasado tiraba de mí y un millón de preguntas revoloteaban de pronto por mi inquieta mente.

Podía tratarse de una farsa, de un cuento inventado con un propósito concreto. Mircea era perfectamente capaz de manipular mentalmente a las personas y yo lo sabía mejor que nadie. Había utilizado esa técnica conmigo antes e incluso él mismo lo había admitido delante mí. ¿Por qué iba a creer que esta vez era diferente?

Pero lo que yo había visto eran recuerdos borrosos, no una implantación artificial de recuerdos. Y aunque es cierto que algunos vampiros pueden crear ilusiones y engañar a la mente para que llegue a creer todo tipo de cosas con casi tanta verosimilitud como un mago, yo jamás había oído decir que Mircea tuviera esa capacidad. Aunque tampoco es que los vampiros tuvieran por costumbre revelar todos sus secretos. Probablemente Mircea tenía un montón de habilidades de las que yo no sabía nada. Pero si él podía hacer algo así, ¿por qué no lo había hecho hacía años? ¿Por qué dejar todos esos espacios en blanco en mi memoria sobre los que él sabía que yo sentiría curiosidad cuando podía haber esparcido unos cuantos recuerdos falsos al azar?

Yo ya había sido víctima de ese tipo de ilusiones en una ocasión o dos, y a veces podían parecer terriblemente reales. Pero lo que había visto ese día no era real, sencillamente era perfecto hasta en el más mínimo detalle: el olor de la levadura, el zumbido de los insectos fuera de la ventana, la aspereza de la harina contra la piedra. Si era una ilusión, era la ilusión mejor inventada que yo hubiera visto nunca.

De pronto ya nada tenía sentido. Si Mircea me estaba engañando, aunque no comprendía cómo, el asunto era peligroso. Y si no...

Pero tenía que ser un engaño. La gente no cambiaba. No tanto. Ni tan deprisa. Y eso era sobre todo cierto de los vampiros. Eran lo que eran, y permitirme a mí misma el lujo de creer lo contrario solo porque ansiaba de todo corazón creerlo era un completo error.

Me había pasado toda una vida peleándome con los vampiros; los conocía, los comprendía tan bien como podía comprenderlos cualquiera que no fuera uno de ellos. Eran egoístas, egocéntricos, estaban obsesionados con el poder, eran hipócritas. Estaban dispuestos a decir o hacer cualquier cosa con tal de conseguir lo que querían,

y Mircea no era ninguna excepción. En todo caso él personificaba al vampiro ideal: era la cabeza fría y calculadora que gobernaba una casa importante y que había destruido a sus enemigos, que recompensaba a sus aliados y que jamás permitía que algo tan inútil como un sentimiento se interpusiera en su camino.

Aunque por supuesto en aquel entonces él no era un vampiro. La escena había tenido lugar a plena luz del día, con la luz del sol filtrándose por la ventana como una niebla. Para un vampiro recién nacido eso habría sido como quedarse bajo una lluvia de fuego. Habría estallado en llamas de inmediato, y sin embargo en el recuerdo ni siquiera había retrocedido un paso. Así que entonces era humano. Se trataba del Mircea que yo no había conocido; del hombre que él había sido antes de que la maldición surtiera efecto, deformándolo y cambiándolo por completo.

Pero aquellos sentimientos no podían formar parte del recuerdo; imposible.

Se trataba de un momento de felicidad, de una mañana robada a la dura responsabilidad. No había ninguna razón para el dolor, para el sentimiento de pérdida. No cabía nada de eso cuando él no tenía ningún modo de saber lo que le deparaba el futuro. Y cuando por fin el futuro se presentó, él era ya un vampiro. Y no obstante los vampiros no sentían, no podían sentir ese tipo de...

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

La estridente voz de Ray interrumpió el bucle interminable de devaneos de mi cabeza. Por una vez casi me sentí agradecida.

—Creía que ibas a ser testigo —le dije yo mientras abría la puerta—. ¿Por qué sigues aquí?

—Me han dicho que al final no me van a necesitar. No sé qué han dicho acerca de que tienen un montón de pruebas más de las que hablar.

—Apuesto a que sí.

—Vale, entonces, ¿nos vamos? Este sitio me está dando escalofríos.

—Es inquietante —afirmó alguien desde la puerta que daba al pasillo.

Asomé la cabeza y vi a Christine sentada sobre una montaña de equipaje. Había estado tan callada que ni siquiera había notado su presencia.

—Te han dejado aquí, ¿eh? —le pregunté yo mientras metía a Ray dentro del petate.

¡Qué demonios! Ray no ocupaba tanto espacio.

—Dicen que mi testimonio no sería de gran ayuda —dijo Christine—. No vi nada y estoy relacionada con Louis-Cesare. Creo que piensan que mentiría por él.

—Así que tanta maleta al final para nada —dije yo.

—¡Ah, no! ¡Para nada no! —negó ella mientras yo rebuscaba por el saco alrededor de la cabeza sanguinolenta de Ray. Como siempre, las llaves se habían escondido en el último rincón—. Me han informado de que la familia no me quiere aquí. Me han... ¿cuál es el término? Eliminado.

—Te han dado la patada —la corregí yo—. Entonces, ¿adónde vamos ahora?

—No lo sé. ¿Adónde vas tú?

Yo no había encontrado las llaves pero al oír la pregunta alcé la vista.

—¿Cómo dices? —Louis-Cesare ha dicho que debería quedarme contigo.

—¡Oh, Dios! —musitó Ray.

—¿Ha dicho eso? —pregunté yo, prestando mucha atención.

—Estoy segura de que él volverá a por mí cuando termine el juicio. ¿Vives muy lejos?

—No puedes venir conmigo —le expliqué yo.

Por fin encontré las llaves en el fondo del petate.

Ella frunció el ceño ligeramente y se le formó un pequeño hoyuelo entre los dos preciosos ojos.

—Pero tengo que ir contigo. Louis-Cesare...

—No me importa qué haya dicho Louis-Cesare. Y a ti tampoco debería importarte. ¡Tienes trescientos años, por el amor de Dios! Adelante, vive un poco por tu cuenta.

Cogí el saco y me dirigí a la puerta, pero de inmediato sentí que una delicada mano me agarraba de la muñeca tras un movimiento tan rápido que ni siquiera había podido verlo. Hasta ese momento era el primer vestigio que veía de lo que era ella realmente. Bueno, eso y la fuerza con la que me agarró.

Sin embargo la expresión de su rostro era de estar perdida, aterrada e inocentemente angustiada.

—Pero... ¡Pero yo no puedo fallarle! No en esta primera orden y... ¡No puedo!

—Probablemente has interpretado mal sus palabras —dije yo, tratando de mantener la paciencia.

—¡No, no! ¡Sé muy bien qué me ha dicho! ¡Y pronto amanecerá, no tengo adónde ir, me echarán a la calle!

¡Dios!, ya estaba llorando otra vez.

—Louis-Cesare probablemente quería que te dejara en su casa.

Aunque el muy bastardo no se había molestado ni en pedírmelo. Ni tan siquiera en mencionarlo.

—¿Su... su casa?

—Él ahora está en el club. Vamos, te llevo.

—¡Oh, gracias!

Christine parecía tan aliviada, que de pronto me sentí un tanto culpable. ¿Qué se sentiría viviendo durante todo un siglo a las órdenes de alguien hasta en el más mínimo detalle? Tras un determinado lapso de tiempo tenía que borrar por completo la confianza de una persona en sí misma. Y no era culpa de Christine que su maestro fuera un completo...

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté en tono exigente. De un salto Christine se había puesto a recoger la montaña de equipaje. Me miró con una expresión vacía—. Todo eso no cabe en el coche.

Ella se quedó mirando el montón de maletas que no hacían juego entre sí.

—Pero... ¿qué puedo hacer?

—Elige lo que necesites para hoy y la gente de Elyas te enviará el resto.

—No, ellos no me lo enviarán. ¡Se han portado fatal conmigo! ¿Y si lo tiran todo? ¿Y si nunca más...?

Su labio inferior comenzó a temblar.

—¡Ay, mierda! —exclamó Ray—. Mételo todo como sea. ¡Como sea!

Nos metimos todos a lo bruto. Después de tres viajes, un montón de tacos y ninguna ayuda por parte de la familia, por fin conseguimos meter a Ray, el cuerpo de Ray, Christine y sus posesiones mundanas y yo dentro del coche. Por suerte el club no estaba lejos y tenían porteros.

O más bien digamos que los habían tenido.

Un cuarto de hora más tarde estaba sentada contemplando la mole quemada de lo que una vez había sido un gran hotel de lujo, preguntándome por qué el universo entero me odiaba. No se veía gran cosa porque aún quedaban vehículos de emergencia aquí y allá, aunque parecía que la mayor parte de ellos se habían marchado. Pero el olor acre y húmedo del aire bastaba.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ray.

—Ha sido una maldición —musité yo—. Es la única explicación.

—No, lo ha quemado el maestro, ¿no te parece? —preguntó él—. A él le encanta quemar cosas.

Era él quien lo decía.

—Voy a tener que llevarte a un hotel —le dije a Christine.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿A un hotel de humanos? —preguntó como si le hubiera sugerido que se arrojara a un pozo lleno de víboras.

—Hay unos cuantos muy bonitos en...

—¡No! —susurró horrorizada.

—Muchos vampiros se quedan en hoteles humanos —dije yo.

Era cierto, pero solo cuando no podían pagarse las elevadas tarifas del club.

—¡El sol... no puedo... me moriría! ¡Me moriría!

Me agarró del hombro con tal fuerza, que creí que me rompería un hueso. Le abrí uno a uno los dedos pero ella se quedó ahí sentada, acurrucada en el asiento de atrás, horrorizada. Y yo comencé a pensar si al fin y al cabo era una buena idea.

Los vampiros utilizaban los hoteles humanos solo cuando no tenían más remedio. Era peligroso. Las cortinas raramente estaban diseñadas para bloquear por completo

los peligrosos rayos del sol durante el día. E incluso dormir en el baño, por incómodo que fuera, podía ser insuficiente. Bastaba con que una sirvienta descuidada no hiciera caso del cartel en el que ponía «no molestar», y Christine se tostaría.

Podía llevarla a la central de los vampiros y arrojarla fuera del coche en plena curva. Técnicamente hablando, eso era exactamente lo que yo debía hacer. Pero Louis-Cesare se enfrentaba a un juicio por asesinato y era el peor momento para darle otro quebradero de cabeza. Y Radu había dicho que no quedaba ninguna habitación libre en casa de ningún vampiro amigo en todo Nueva York por culpa de las malditas carreras.

—Estaré muy calladita —susurró ella como si de alguna manera supiera que yo me estaba ablandando—. Ni siquiera notarás mi presencia.

—No es por mí por quien tendrás que preocuparte —contesté yo, acordándome de cierta media mujer medio dragón que sufría de una seria fobia a los vampiros.

Esperaba que no tuviera mucha hambre.



Cuarenta y cinco minutos más tarde llegaba a mi calle. Había viajado apretujada entre maletas y estaba agotada, y encima una bolsa o algo se había movido al detenerme bruscamente ante un semáforo, y desde entonces no había hecho más que golpearme en la espalda. Quería tomarme una copa o dos... o tres y necesitaba una cama. Y la necesitaba ya.

Sólo que la cosa no parecía muy probable.

—¡Maldita sea! —exclamé yo con un mal presentimiento, casi poniéndome de pie encima del freno.

—¿Qué? ¿Y ahora qué pasa? —preguntó Ray en tono exigente.

Ray llevaba el cuerpo aplastado entre media docena de maletas, dos bolsas con prendas de vestir, un baúl y cinco sombrereros, y encima del regazo la bolsa.

—Tenemos un comité de bienvenida.

Nos faltaba más o menos un tercio de la manzana para llegar a casa, así que yo no podía verlo demasiado bien. Pero allí había alguien, de eso no cabía duda. Se trataba de unas cuantas personas, pensé al ver cómo varias sombras salían de la casa a la calle, tratando de adivinar quiénes éramos nosotros.

El cuerpo de Ray alzó la cabeza para poder ver y casi se le saltan los diminutos ojos.

—¡Mierda! ¡Es el maestro!

—¿Cheung?

Casi me había olvidado de él. Lástima que, según parecía, él no se hubiera olvidado de nosotros.

—¿A qué estás esperando? —preguntó Ray, cuya voz comenzó a sonar un tanto desesperada—. ¡Venga, vamos, vamos!

—¡No puedo marcharme! —solté yo—. Tu maestro tiene a una docena de tipos esparcidos por la calle.

—No me refería a que entraras —dijo Ray, como si yo fuera lenta en comprender—. Me refería a que nos saques de aquí.

—Tampoco puedo hacer eso.

—¿Por qué diablos no?

—De momento los hechizos han funcionado, pero al menos faltan un par de horas para el amanecer.

—Razón por la cual lo mejor es no quedarse ahí atrapado.

—Pero ya hay gente ahí atrapada. Y Cheung lo sabe. Sus sabuesos pueden olerlos desde fuera.

—La vida apesta —afirmó Ray con indiferencia.



—Más te va a apestar si se hace con rehenes.

—¿Es que ibas a entregarme a cambio?

—En un nanosegundo —dije yo, cambiando de marcha.

—¡Creía que tú y yo éramos amigos!

No me molesté en responder a eso.

—Prepárate para correr —le dije.

Justo en ese momento uno de los hombres de Cheung se acercó lo suficiente a nosotros como para reconocermé. El momento de tomar una decisión ya había pasado.

Una docena de sombras negras como rayos se precipitaron sobre nosotros. Yo me lancé con el coche por la carretera y contra los vampiros esparcidos por ella. No es que pensara realmente que iba a poder cruzar; no es una buena idea jugar a ser el pirata aventurero frente a un pelotón de maestros. Pero tampoco tenía que atravesar su línea. Sólo necesitaba acercarme a la casa lo suficiente como para entrar dentro de la protección de sus hechizos antes de que me pillaran.

El par de vampiros que estaban más cerca cogieron la puerta del copiloto y la arrancaron a medias de las bisagras. Christine gritó, cosa que no ayudó mucho, y el pesado baúl cayó encima de ellos, lo cual si nos benefició. Sin embargo el resto de los chicos de Cheung cayeron entonces en la cuenta de adónde íbamos, y se dirigieron todos en tropel hacia el camino de entrada a la casa para servir de refuerzo a sus compañeros. Así que en el último minuto yo me desvié y atajé por el césped. A mi paso dejé una estela de hierba y polvo hasta que me detuve dando múltiples bandazos justo dentro de los hechizos de protección.

Los dos vampiros que se habían agarrado a la puerta del copiloto se toparon de cabeza con el escudo invisible que rodeaba la casa mientras nosotros lo atravesábamos limpiamente. Chorrearon barro ante la barrera como jugosos insectos que hubieran chocado contra un parabrisas. Otros pocos vampiros más corrieron a agarrarse al parachoques trasero del coche por la parte izquierda, que había quedado justo fuera de los hechizos de protección de modo que les proporcionaba un punto al que asirse para tirar de nosotros hacia fuera.

Apreté el acelerador, pero después de tantos días de lluvia e inesperada ventisca el césped delantero de la casa se había convertido en un barrizal. No tenía tracción. Tuve la satisfacción de ver a los hombres de Cheung completamente cubiertos de barro, pero si conseguían arrastrarnos fuera serían ellos los últimos que reirían.

Christine luchaba por soltarse el cinturón de seguridad. Yo arrojé el saco a los escalones de la entrada y me puse a ayudarla sin dejar de pisar a fondo el pedal del acelerador. Esperaba que el coche excavara un hoyo profundo porque eso nos concedería unos segundos más. Pero de eso nada. Los vampiros consiguieron sacar toda la parte posterior del coche fuera de los hechizos de protección justo cuando yo

por fin soltaba el cinturón de seguridad.

No había tiempo para salidas airoas. Agarré a Christine con una mano y a Ray con la otra y los arrastré fuera del coche por encima del capó. Conseguimos liberarnos justo en el momento en el que nos arrebataban el coche, y por supuesto aterrizamos de bruces sobre un mar de barro. Pero era el mar de barro que quedaba dentro de los hechizos de protección, y eso era lo único que importaba.

Me puse en pie chorreando fango. Me había arruinado el precioso vestido y ni siquiera había tenido una oportunidad de ponérmelo para ir a ninguna parte. Y en algún momento durante la persecución había perdido un zapato.

Estaba verdaderamente cabreada, y eso fue antes de que viera a un tipo acercarse para venir a hablar conmigo justo cuando yo llevaba mi mejor vestido hecho una porquería. Él llevaba un traje que hasta Mircea habría envidiado. La fina lana negra le sentaba como un sueño y la corbata de seda naranja oscuro le añadía el toque justo de color. Y además le pegaba con el tatuaje del tigre negro y naranja que saltaba desde su nuca a la mejilla izquierda.

Aunque también hacía juego con la desastrosa figura en bata que llevaba agarrada del brazo.

—¡Radu! —exclamé yo, parpadeando por la sorpresa—. ¿Qué diablos...?

—¡Sí, sí, gracias! Eso mismo pienso yo —contestó él, lívido.

—Dijiste que no te pasaría nada.

—¡Y no me habría pasado nada si no llega a ser por este loco! —exclamó Radu, que no dejaba de luchar inútilmente contra quien lo llevaba secuestrado del brazo.

No hubo presentaciones, pero lo cierto era que no hacían falta. Radu, a pesar de las apariencias, era un maestro de segundo nivel. Y no era buena idea cabrearlo a menos que uno fuera maestro de primer nivel.

—Mircea te matará por esto —dije yo como quien no quiere la cosa.

Cheung siguió sacándole brillo a la punta de su zapato justo al borde de la barrera de protección.

—Si él no se hubiera metido en mis negocios yo no habría tenido necesidad de molestar a su hermano.

Hablaba en voz baja, en un tono agradable y sin ningún acento, cosa que no casaba con su aspecto, que era de cualquier cosa menos de un tipo blando: piel del color del bronce, pómulos altos, moreno, ojos almendrados y una nariz aguileña con la punta orgullosamente levantada.

—¿Molestar? ¿Es así como llaman al secuestro hoy en día?

—Tú secuestraste primero a mi siervo —señaló él—. Devuélveme mi propiedad y yo te devuelvo la tuya.

—Eso me suena —dije yo, examinando el aspecto de Du de arriba abajo.

La bata rajada por una de las costuras; el pelo, que por lo general él llevaba

lustrosamente peinado y brillante, estaba todo enredado, y no sé cómo había conseguido mancharse la nariz de barro. Tenía un aspecto patético y miserable. Le sonreí con compasión. Él me devolvió la sonrisa.

—Ahora Ray es propiedad del Senado —le dije a Cheung—. Si quieres que te lo devuelvan, tendrás que hacerles la petición a ellos.

—¿Qué? —preguntó Radu, cuya sonrisa se desvaneció.

La frente de Cheung se arrugó ligeramente.

—Puede que no me hayas comprendido.

—Te comprendo perfectamente.

Una gota de barro resbaló por mi sien. Me tomé un segundo para limpiarme.

—Entonces suelta a mi siervo.

—¿O qué? —pregunté yo en tono exigente—. Yo juego limpio. Ray juega limpio. Pero tú no puedes hacerle daño a Du, y tú lo sabes. Sería violar la tregua, y aunque no lo fuera, Mircea te mataría. Muy despacio.

—¿De qué estás hablando? —preguntó entonces Radu en tono exigente. Sus zapatillas de satén bordadas se iban hundiendo lentamente en la hierba—. ¡Llevamos aquí casi media noche! ¡Dale a este hombre lo que te pide, Dory!

—No puedo —dije yo mientras iba pasando las llaves una a una dentro del anillo del llavero, buscando la de la puerta principal que jamás usaba—. Pero no te preocupes, Du. Informaré a Mircea de esto la próxima vez que lo vea.

—La próxima vez...

Radu se interrumpió y se quedó mirando algo por encima de mi hombro. Yo me giré y vi a Christine, debatiéndose en medio del barro. Sus delicadas zapatillas no parecían capaces de ejercer una gran tracción, y cada vez que se levantaba volvía a caerse.

—¿Ésa es... Christine? —preguntó Radu, horrorizado.

Ella se puso en pie lentamente, ayudándose con las manos como si fuera un niño que estuviera aprendiendo a andar.

—Lord Radu —lo saludó Christine con timidez justo antes de que se le escurriera el pie y se cayera de espaldas en el charco.

Nos salpicó barro tanto a Radu como a mí.

—Bueno, eso lo explica todo —musitó Radu.

—Crees que estoy fanfarroneando —dijo finalmente Cheung.

Yo suspiré.

—O estás fanfarroneando o eres un idiota, y no tienes reputación de serlo —dije yo, que al fin había localizado la llave de la casa—. Hazle daño a Du y lo pagarás con tu vida. Suéltalo y quizá Mircea te deje libre después de humillarte, no lo sé.

—Veo que voy a tener que demostrarte que soy sincero —dijo Cheung, que no se movió.

Dos de sus hombres, sin embargo, se acercaron con sendos mazos y comenzaron a destrozar el Lamborghini.

Radu se quedó ahí de pie, aterrado y mudo, observando cómo aquel precioso pedazo de la ingeniería italiana era reducido en un momento a basura. No tardaron mucho. Yo abrí la puerta principal de la casa, arrastré el cuerpo cubierto de barro de Ray dentro y volví a por Christine y el petate.

—¿Esto no te conmueve? —preguntó Cheung.

Uno de sus hombres lanzó volando una de las ruedas en medio de la noche.

Radu soltó un pequeño lloriqueo.

—Es el coche de Du —le dije yo justo antes de cerrarle la puerta en las narices.

Puede que la casa estuviera reparándose sola, pero no lo hacía muy deprisa. Aún quedaban agujeros en el suelo, en las paredes y en el techo, y el pasillo principal parecía un atrio de tres plantas. La luz de la luna entraba en cascada a través del enorme hueco abierto de tres pisos y bañaba los viejos revestimientos con una luminiscencia pálida que parecía extrañamente de otro mundo.

Eso me proporcionó claridad suficiente para atravesar el vestíbulo repleto de muebles carcomidos por los gusanos. No derribé ni una sola pieza, y eso a pesar de que arrastraba a Ray. Fue una suerte porque había otra cosa en el pasillo, también de otro mundo, encajada en el extremo opuesto, junto a la puerta trasera. Me detuve en seco.

Todo lo demás parecía normal. La casa estaba a oscuras, silenciosa y tranquila. Pero eso no era de extrañar. Claire debía de haberse cansado de esperarme hacía mucho tiempo, así que se habría ido a la cama. Y aunque mis compañeros de piso tenían por costumbre volverse muy activos de noche, tampoco eran muy caseros. No era tan raro volver a casa y encontrarla en el más absoluto silencio.

Pero sí lo era encontrarme con ese olor profundo a cueva, con esa humedad y ese frío helado, con esa mandíbula inferior curiosamente afilada que mi cerebro había catalogado bajo la categoría de «¡Oh, no!».

Supe que eran *svarestris* aunque no pude verlos. No es que eso significara una mierda. De pronto me pregunté si quedaba alguien vivo en casa al que Cheung pudiera atacar.

—Eh, ¿podemos...?

Tapé la enorme boca de Ray con una mano y saqué mi espada de hierro nueva de su funda. Me gustó sentirla en la mano: era sólida, fría, tenía el peso justo y costaba levantarla. Sólo esperaba que al fey no se le hubiera ocurrido otra forma más de luchar sin estar presente. Porque si le había hecho daño a Claire y a los niños, yo quería derramar su sangre.

Christine me agarró del brazo. No dijo nada, pero la expresión de su rostro era ya

bastante significativa.

—Quédate aquí —le dije en voz baja.

En circunstancias normales contar con un vampiro de trescientos años habría sido una ventaja en un caso como éste, pero no creo que ella asustara al fey con sus llantos.

Ya tenía arruinado el vestido, así que entretejé el cuchillo por la seda de la espalda y me até otro trozo de tela a una de las medias. Dejé el saco debajo de una mesa en el vestíbulo y coloqué el resto de Ray de guardia, custodiándolo. Y entonces me dirigí cautelosamente hacia el pasillo, pegada a las paredes hechas jirones.

El papel pintado no debía de ser una prioridad para la casa, porque había trozos rasgados revoloteando por todas las paredes que me rozaron las mejillas al pasar. Era como estar en un bosque en el que las ramas se movieran lentamente, cubiertas de pesado musgo. La cola seca del reverso era como los dedos escamosos al contacto con la piel y su movimiento constante atraía demasiado mi atención.

No es que se movieran furiosamente. La luz caía en cascada por los tres pisos a través del tejado destrozado. Pero era escasa y como de plata antigua: una combinación de la luz de la luna y del vago resplandor de la calle. Habían instalado farolas nuevas de bajo consumo en el barrio residencial que ahorraban dinero y no iluminaban de hecho nada.

Y la fina y fría lluvia que comenzó a caer no contribuyó a mejorar las cosas.

Producía extrañas sombras ondulantes sobre las ventanas y sobre los reflejos rectangulares de luz gris que se dibujaban en el suelo justo debajo. Noté cómo se me aceleraba el corazón y cómo se me erizaba el vello. Los malditos *svarestris* me estaban empezando a hacer detestar el tiempo.

El reverso blanco del papel pintado brillaba a la luz de la luna y se balanceaba ante mi vista como una larga cabellera blanca. Mirara donde mirara, por un segundo creía que era un fey. Constantemente. Pero no veía a ninguno. Porque cuando por fin atisbé a uno fue inconfundible. Algo negro se retorció en mi interior al verlo, de la cabeza a los pies, más frío que el aire nocturno al fondo de un profundo barranco.

No duró más que un breve parpadeo en mi visión periférica; una visión vaga y poco nítida. Mi sombra se deslizó como un fantasma pegada a mis talones al ritmo al que yo me movía hacia delante muy lentamente, pero el fey no arrojaba sombra alguna. Alrededor de él no había más que un vacío vibrante, como una especie de espacio negativo.

Debía de ser algún tipo de camuflaje, me imaginé yo, y funcionaba bastante bien. Yo no parecía capaz de verlo en absoluto ni siquiera aunque lo mirara de frente. Él solo se me mostró por el rabillo del ojo entre un vistazo y otro, serpenteando entre las sombras de la lluvia y el suave aleteo de los jirones de papel pintado.

Pero a ese fey se unió otro y luego otro. El aire alrededor de ellos prácticamente

soltaba chispas con la luz fantasmal que envolvía sus cuerpos. Hasta que comenzó a parpadear y por fin se apagó, reduciéndose paulatinamente hasta quedar en la nada del principio. No sé si se trataba de un hechizo o del paso amortiguado que todos ellos sabían dar, pero yo no volví a oír nada. Ni una pisada, ni un solo respiro: nada. El silencio inundó la vieja casa como si fuera agua helada; un silencio que solo rompían las gotas de lluvia al caer.

Un cuarto intruso se unió a la creciente multitud. Y a menos que los feys fueran tan fantasmales como parecían y pudieran atravesar las paredes, adiviné enseguida por dónde había entrado. Se había colado por la despensa, por la puerta que daba al pasillo. Habían entrado todos por el portal.

Pip había situado el portal principal en el sótano, pero había esparcido unos cuantos portales más por el resto de la casa por motivos de seguridad y conveniencia. No llevaban a ningún lugar exótico. El de la despensa simplemente daba al jardín de atrás de la propia casa, junto al viejo montón de compost que acumulaba siempre Claire. Más que nada habíamos estado usándolo para tirar la basura.

Pero según parecía el fey había descubierto que tenía otra utilidad mucho mejor.

No había hechizos de protección custodiándolo porque sencillamente no existía cuando no lo abríamos para usarlo. Al menos en teoría. De algún modo los feys habían descubierto que estaba ahí y habían estado enredando con el hechizo hasta conseguir abrirlo por el otro extremo, accediendo de ese modo con toda libertad al corazón de la casa.

Lo que yo no comprendía era por qué los malditos hechizos internos de la casa no estaban funcionando. Pip no se había conformado solamente con los hechizos exteriores. Había añadido también un puñado de desagradables hechizos internos a los cuales yo misma había visto en acción en una ocasión. Olga y yo recientemente habíamos tapado con otra capa más ese hechizo en cuestión.

Con cuatro feys en el pasillo y Dios sabía cuántos más entrando, en ese momento hubiera debido de estar desatándose una lucha infernal. Y no obstante los hechizos ni siquiera se habían inmutado. ¡Malditas cosas!, pensé yo malévolamente. Gastar tanto dinero y tanto tiempo, ¿para qué? Cuando aparecían los malos ni tan siquiera sonaba una sirena. Si vivía lo suficiente iba a decirle a Olga exactamente lo que pensaba de...

Alguien me agarró por detrás y tiró de mí hacia la cocina. No habíamos dejado de movernos cuando yo le clavé el codo en las tripas y le hincé el tacón en el pie. Tuve que reprimirme para no jurar. Había olvidado que estaba descalza, y eso hacía daño.

Pero él lo dejó pasar. Yo me giré y alcé la corta espada en alto en posición de ataque... para golpear al papel pintado. Fuera quien fuera se había movido a la velocidad del mercurio, haciendo un quiebro para evitar la hoja de la espada y volver a lanzarse sobre mí. Me agarró y me empujó contra la nevera. Me clavó allí con el

esbelto y cálido peso de su cuerpo, sujetándome las manos y haciéndome su prisionera.

Así que alcé una rodilla con fuerza y oí un segundo gruñido justo en el momento en el que reconocía una fragancia que conocía bien. Los feys no olían a *whisky* de caramelo y mantequilla. Al menos ningún fey que yo hubiera conocido. Alcé la vista y vi un par de ojos azules furiosos. Louis-Cesare.

—¿Cómo demonios has entrado tú aquí? —susurré yo.

—Por la puerta —dijo él en voz baja aunque un tanto tensa.

Retiré la rodilla.

—Lo siento.

Y entonces oí realmente lo que él había dicho.

—¿A qué te refieres con eso de por la puerta? Los hechizos están hechos para excluir a todo el mundo excepto a la familia.

—Yo soy de la familia, Dorina.

Eh... sí.

No le pregunté qué hacía allí en lugar de estar donde se suponía que debía estar porque en ese momento me importaba un bledo.

—Han venido a por Aiden —le dije yo—. Tenemos que atraparlos antes de que suban las escaleras.

No me preguntó qué quería decir. Supongo que ya le había echado un vistazo al pasillo o que quizá esa aguda nariz suya había olido algo.

—Yo he contado ocho. Pero puede que haya más —me dijo él serio.

—¿Ocho? —repetí yo.

Guay. Aunque en realidad daba igual.

—Da igual cuántos haya. Tenemos que detenerlos.

Eché a caminar de nuevo hacia el pasillo. O lo intenté, porque me agarraba con tal firmeza que no pude moverme.

—No vamos a detener a ocho guerreros feys sólo con la fuerza bruta —me dijo él con severidad—. La diferencia entre el éxito y el fracaso estriba en tener un plan.

—¡Pero eso nos va a retrasar!

Me solté, pero él se colocó delante de la puerta que daba al pasillo para bloquearme el paso. Tratar de moverlo habría sido como atravesar una pared. De hecho habría sido más difícil aún: yo había atravesado una pared, pero jamás había conseguido arrastrar a Louis-Cesare cuando se empeñaba en no moverse. Así que me giré y abrí la puerta de la cocina. Daría la vuelta por detrás de la casa y con un poco de suerte pillaría al fey por sorpresa.

Pero me quedé ahí de pie, mirando.

Había estado oyendo ruidos extraños procedentes del jardín, pero no había tenido tiempo de prestarle demasiada atención. Sonaba como si alguien estuviera tirándose

por un trampolín, lo cual era extraño a las tres de la madrugada. Sin embargo mis suposiciones no estaban lejos de la verdad.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Louis-Cesare, que se acercó a mí.

Me pareció que la escena se explicaba por sí sola. Louis-Cesare llegó justo a tiempo de ver cómo otro grupo de los chicos de Cheung se arrojaba contra la barrera de los hechizos. Algunos de ellos debían de tener bastante poder porque de hecho lograron abollar la superficie unos cuantos centímetros. Las caras se les retorcían horriblemente al apretarse contra la barrera invisible.

Pero al instante los hechizos se corregían solos; acumulaban más poder en los puntos de contacto y los vampiros salían tambaleándose hacia atrás. O salían disparados, dependiendo de lo lejos que hubieran llegado. La reacción parecía estar en proporción directa a la amenaza.

Podría haberles dicho que estaban perdiendo el tiempo. Los hechizos de la casa no eran como un talismán cuya fuerza se iba perdiendo a medida que se le aplicaba otra energía en contra. Sacaban su fuerza del abismo de caminos prehistóricos, cuya energía es ilimitada. Los chicos de Cheung podían darse de cabezazos contra la barrera hasta hacerse sangre: jamás lograrían pasar.

—¡Idiotas! —dije yo, sintiéndolo de corazón—. Les estaría bien empleado que pudieran entrar. Me encantaría ver cómo se las apañan con...

Me interrumpí y me quedé contemplando todo ese poder que estaban malgastando inútilmente contra la barrera de los hechizos, cuando en realidad podían colaborar con nosotros.

Me quedé observando por un momento a nuestros contrincantes cubiertos de barro y me pregunté si estaba volviéndome loca. Louis-Cesare y yo no habríamos podido de ningún modo con aquellas dos docenas de maestros de nivel sénior. Pero tampoco dos docenas de vampiros habrían servido de nada contra Ésubrand y sus matones de no haberse tratado de maestros. Y era muy posible que al verlos entrar al asalto, los feys se figuraran que venían en nuestra ayuda, y viceversa. Si arremetían los unos contra los otros yo tendría tiempo para buscar a Claire y a los niños.

Aunque por supuesto, si no se lanzaban los unos contra los otros, la había cagado. Pero dada la situación, de todos modos la había cagado, y puestos a elegir entre lo malo y lo peor, lo malo empezaba a presentar cierto atractivo. Al menos era una oportunidad. De otro modo no había ninguna.

De pronto sentí que una mano me agarraba con fuerza del biceps. Alcé la vista y vi la misma idea dibujada en los ojos de Louis-Cesare.

—¿Puedes hacerlo? —me susurró él.

—Sí. Pero Cheung saldrá corriendo en cuanto vea a los feys.

Si es que le quedaba algo de sentido común.

—No saldrá corriendo —negó Louis-Cesare con una leve sonrisa.



Seguí la dirección de su vista hasta el jardín y allí vi alzarse la cabeza de Cheung. Miraba hacia la casa con un gesto de mal humor.

—¿Qué le has dicho? —le pregunté yo a Louis-Cesare en tono exigente.

—Le sugerí que podía recuperar a su siervo si no se comportaba como un cobarde y entraba en la casa a buscarlo.

—¿Has llamado cobarde a un maestro de primer nivel?

—Entre otras cosas.

—Y luego dicen que yo estoy loca.

Busqué mentalmente la brillante telaraña de poder que flotaba alrededor de la casa. Tenía que haber una telaraña paralela por el interior, pero su ausencia era más que notable. Alguien había echado abajo los hechizos internos y había cortado el lazo que los unía con la fuente de poder, el abismo de los caminos prehistóricos. Sin embargo había dejado los externos intactos, bien porque quería engañarme para que creyera que todo iba bien, bien porque sencillamente ni siquiera se había molestado en tocarlos, lo cual era más probable.

Tardé un segundo en enrollar mentalmente los filamentos de los hechizos externos alrededor de mi mano imaginaria y darles un tirón. En cuestión de segundos las largas madejas de energía se desenmarañaron y desaparecieron, y la casa se quedó desnuda e indefensa.

—Espero que funcione —dije con un mal presentimiento—. Porque si no, todo va a ir de mal en...

No tuve oportunidad de terminar la frase porque de repente me vi lanzada por encima de un hombro, arrastrada hasta la despensa y empujada de cabeza por el portal. Todo ocurrió tan deprisa, que por un segundo no comprendí lo que estaba pasando. Hasta que fui escupida por el otro lado.

Justo a los pies de Ésubrand.

—... en peor —terminé yo, sin comprender.



Creo que Ésubrand se sorprendió al verme casi tanto como yo, pero a él se le pasó de prisa. Enseguida metió la bota en medio del compost y de las hojas mojadas justo donde había estado tirada yo. Pero yo ya me había apartado de allí y me había lanzado por el portal que en ese momento funcionaba en los dos sentidos.

Me golpeé contra el duro suelo de la despensa y rodé hasta las piernas de Louis-Cesare. Y entonces el lunático me recogió e intentó volver a mandarme como un paquete de vuelta.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Trato de ponerte a salvo.

—¡Pues es un extraño modo de hacerlo! —jadeé yo.

Apoyé los brazos y los pies sobre los estantes a los lados de las fauces huecas del portal como un gato que intentara evitar que le den un baño.

—Te aseguro que voy a sacar al resto. Tienes mi palabra —dijo él mientras trataba de hacer palanca para volver a tirarme.

Pero cada vez que él me soltaba un miembro, yo curvaba los otros por los soportes de metal de los estantes para aferrarme a mi preciosa vida.

Trataba de recuperar el aliento para explicarme cuando él me dio la vuelta boca abajo y desgarró toda una estantería de la pared. La estantería se soltó, llevándose los clavos y parte del hormigón, pero yo me sujeté como si tuviera los dedos soldados al metal. Él juró desesperado.

—¿Por qué no te sueltas?

—¡Porque Ésubrand está justo ahí fuera, so lunático!

De pronto dejó de ser cierto porque súbitamente entró en la casa y se chocó conmigo.

No creo que esperara encontrarse a nadie bloqueándole físicamente la entrada por el portal, porque entró sin ningún arma. Pero eso fue lo único bueno. El portal lo trajo hasta mí, yo me solté de las estanterías y los dos caímos al suelo. Y de pronto él desapareció. Tardé un momento en comprender que Louis-Cesare lo había recogido y lo había lanzado otra vez de vuelta.

—¡No puedo creer que hayas hecho eso! —dije medio aterrada, medio impresionada mientras él se giraba hacia la puerta. Aparté la estantería de encima de mí y lo agarré del brazo—. Quédate aquí. Mantén lejos a Ésubrand.

—¿Adónde vas tú?

—A por mi bolsa.

—¿Ahora?

—¡Sí, ahora! ¡Ray está dentro! Si Cheung se hace con él antes que nosotros no

tendrá ninguna razón para quedarse aquí.

—Iré yo —dijo Louis-Cesare.

Se oyó ruido de espadas y de disparos en el pasillo.

Louis-Cesare se marchó antes de que yo tuviera tiempo de decirle que en realidad prefería enfrentarme a los hombres de Cheung que al príncipe fey frío como el hielo. Entonces el portal volvió a activarse otra vez. Me entró un poco de pánico al pensar en volver a luchar contra Ésubrand sin nada más que una corta espada como arma. Así que comencé a arrojar todo lo que pude por el ancho gazon del portal.

El agujero se tragó las pesadas bolsas de judías y de arroz que Olga compraba siempre de tamaño familiar, junto con los tarritos de condimentos, las latas grandes de sopa y de verduras, y una televisión rota que alguien había dejado abandonada en un estante. Esperaba que bastara con eso y que nadie pudiera cruzar por el portal si es que de hecho estaba abierto y activo por uno de los extremos. El razonamiento me pareció lógico y sensato, pero me olvidaba de que la magia raramente obedece a la lógica. Tal y como me demostró el hecho de que de inmediato asomara una pierna sanguinolenta por el hueco casi encima de mi cara.

No, la pierna no estaba sanguinolenta, comprendí. Era ketchup. Le di un tajo con la espada. Bien, eso ya sí que era sangre. Entonces apareció el dueño de la pierna, un fey, que me agarró por el cuello.

No era Ésubrand pero de todos modos era muy fuerte. Le corté la mano con la espada y él se echó atrás mientras decía algo en su lengua que sonó bastante obscuro. Aproveché esos escasos segundos para arrojar el estante por la boca del portal.

No fue tan útil como a mí me habría gustado. No era más que un estante de metal vulgar abierto por la parte trasera, así que el fey aprovechó ese hueco para luchar conmigo con su espada, que tampoco era más larga que la mía. Brillaba ligeramente, lo cual le permitía asesinar a diestro y siniestro. Sólo que yo no iba a ponérselo fácil.

Yo también aproveché que la estantería no tenía tapa trasera para meter la mopa y empujar al fey de vuelta por las fauces del portal. ¿Desde cuándo teníamos mopa? El truco funcionó más o menos: de cintura para abajo el fey desapareció en el torbellino de color de la pared, pero se agarró al estante con una mano y evitó que el agujero se lo tragara entero. Con la otra mano intentó pegarme una estocada, y de pronto me vi sin nada más que la cabeza de la mopa.

Me eché atrás para ponerme fuera de su alcance justo en el momento en el que me asestaba un segundo golpe, esta vez en el pecho. Eso le permitió derribar todo el estante y quitárselo de encima. Pero entonces apareció Louis-Cesare con el petate. Mantuvo al fey a distancia con una espada que debía de haberse encontrado en alguna parte y que brillaba ligeramente, así que me figuré que se la había quitado a uno de nuestros enemigos. Mientras tanto yo rebusqué por el petate.

—¡Eh, que ése es mi ojo! —se quejó Ray.

Por fin di con la masilla explosiva.

La cogí y arranqué un trozo considerable.

—¡Apártate! —le grité a Louis-Cesare.

Él se giró hacia el pasillo y yo arrojé el pedazo por encima de mi hombro como si fuera una pelota de béisbol. Acto seguido me tiré de cabeza en dirección a la cocina. El explosivo estalló y reventó el portal con el fey todavía a medio camino.

Era el tipo de imagen que resultaba preferible evitar, y lo mejor de todo fue que no lo vi. Al destruir el portal la despensa explotó y provocó una granizada de pedazos de estanterías y latas voladoras, pero conseguí meterme debajo de la vieja y pesada mesa de la cocina antes de que me cayera nada encima. La volqué, saqué las armas de la bolsa y las cargué con los últimos cargadores hechos en casa que me quedaban. Y justo entonces dos feys entraron corriendo desde el pasillo.

Los recibí con un despliegue de balas de las dos armas. El primero de ellos tenía una especie de escudo que levantó justo a tiempo, pero el segundo no llevaba nada y se tambaleó hacia atrás, contra la pared, para caer después al suelo sobre una mancha de sangre. De resultas que al final los feys sí podían sangrar, pensé yo. El primero saltó sobre mí.

Me había quedado sin balas y el arma del fey era más larga que la mía, pero poco importó porque de pronto una espada reluciente le desgarró las tripas. Alcé la vista esperando ver a Louis-Cesare, pero en su lugar a quien vi fue a un vampiro al que apodaban Caramarcada.

El apodo resultaba menos apropiado en casa que en el club, donde su rostro me había recordado al de Frankenstein. Las cicatrices fruncidas y lívidas resultaban menos visibles en la cocina; solo eran un poco más oscuras que el resto de la piel. Sin embargo sus ojos negros no tenían una expresión menos salvaje.

Supongo que había recogido la espada de un fey caído, porque se quedó contemplándola con admiración.

—Atraviesa los escudos como si fueran de mantequilla —dijo él, mirándome a los ojos—. Vamos a ver qué puede hacer contigo.

—Mejor no —dije yo instantes antes de que mi cuchillo le rebanara el cuello.

El corte habría bastado para descorazonar a un vampiro joven, pero Caramarcada simplemente se sacó el cuchillo sin hacer caso del río de sangre que nos duchó a los dos.

—Ésa ha sido una mala idea —gruñó él—. Pensaba hacerlo deprisa.

El vampiro sacó la espada de las tripas del fey. Yo me eché atrás, hacia el soporte de los cuchillos de la pared. El acero inoxidable no tenía efecto sobre un fey, pero sí funcionaba con los vampiros. Cogí el hacha con una mano y el cuchillo de sierra del pan con la otra, y entonces me di cuenta de que Caramarcada ya no me perseguía.

Contemplaba al fey caído.

—¿Pero qué le pasa? —preguntó él en tono exigente.

Yo no contesté porque no lo sabía. Por lo general los feys se curaban tan deprisa como los vampiros, pero aquél se debatía en el suelo como un pez al que hubieran sacado del agua. Y no parecía que estuviera curándose. Trataba de ponerse en pie, pero enseguida volvía a dejar caer una rodilla. Hasta que finalmente cayó de bruces al suelo.

Caramarcada le dio una patada y yo contuve el aliento. A esas alturas hubiera debido de quedarle una pequeña herida o quizá ya nada en absoluto. Pero en lugar de ello tenía medio pecho carcomido. Por debajo del pecho estaba rojo y lívido, y le asomaban los bordes blancos de las costillas. Sin embargo los bordes de la herida se extendían rápidamente como si se tratara de papel ardiendo: primero la carne se le ponía dorada, luego marrón y por último se convertía en cenizas y desaparecía.

Caramarcada alzó la espada en alto. La hoja desnuda brillaba a la escasa luz como el engañoso fuego, blanco con los bordes de un azul pálido luminiscente.

—Deben de haberlas hechizado.

Había que fastidiarse, pensé yo sin comprender. El fey comenzó a gritar y arañar las tablas de madera del suelo con las uñas con tanta fuerza, que dejó señales. Me puse en pie lentamente sin apartar la vista de la espada que sostenía Caramarcada en la mano. Pero él no la alzó. Parecía tan hipnotizado como yo con lo que le estaba ocurriendo.

En cuestión de segundos el extraño fuego le había quemado todas las costillas hasta llegar a la columna vertebral. De pronto dejó de moverse; se quedó inmóvil en el sitio igual que el bebé vampiro al que yo había clavado en la discoteca. Pero a diferencia del bebé vampiro, no creo que el fey fuera a recuperarse.

Sus ojos estaban fijos sobre los míos. La expresión de odio fue desapareciendo de ellos, reemplazada por una especie de súplica desesperada. Pero yo no podía hacer nada. Excepto observar cómo el fuego iba invadiendo su pecho hacia arriba, en dirección al agitado corazón.

Yo jamás había visto ningún arma que pudiera hacer algo así; que pudiera sobrepasar las defensas del cuerpo y su capacidad natural para la curación tan deprisa y de una forma tan devastadora. El fey no había tenido absolutamente ninguna posibilidad. Su corazón ardió en llamas un segundo después: una llamarada brillante repentina, y todo había terminado. El cuerpo se había consumido en menos de un minuto. Y lo único que quedaba de él era una forma negra y carbonizada en el suelo, como el recorte de la escena de un crimen.

—¿Qué diablos de trampa nos has preparado? —le preguntó Caramarcada de mala manera, mirando a los restos abrasados y luego a mí.

Su tono de voz era tan beligerante como siempre, pero además parecía asustado. La espada colgaba flácida a su costado; casi parecía como si tuviera miedo de tocarla.

Yo misma lo hubiera tenido de haber sido él: los vampiros ardían por menos de nada.

—Yo no he preparado ninguna trampa —dije yo con la boca seca—. ¿O es que todavía no te has dado cuenta de que él trataba de matarme?

—¿Por qué? ¿Es que también le has robado algo a él?

—Yo no le he robado nada a nadie. Trabajo para la familia propietaria de la runa. Quieren que se la devuelvan.

—Será de quien la encuentre.

—Sí, solo que vosotros todavía no la habéis encontrado.

—Dame un minuto —gruñó él, que entonces levantó la cabeza.

Y saltó, pero no sobre mí. Tardé un segundo en darme cuenta de que había salido corriendo al pasillo, pero no creo que fuera por miedo a mis cuchillitos.

Solté el cuchillo del pan, que de todas formas había sido una mala elección, y recogí mi versión auténtica de hierro del suelo, donde la había arrojado Caramarcada. La espada estaba sanguinolenta, pero me la guardé en el cinturón por la espalda. Luego recogí el petate y me lo metí debajo del brazo. Así tenía libre una mano para la espada y la otra para el hacha. Era lo mejor que podía hacer.

Llovía con más fuerza en ese momento. Las gotas de agua tamborileaban sobre las ventanas y sobre el techo. Pero no hacían tanto ruido como para ahogar el sonido del choque de espada contra espada. Corría la puerta del pasillo y entonces vi dos cosas: por un lado, Cheung y Caramarcada subían las escaleras espalda contra espalda luchando contra tres feys, y estaban ya a medio camino; por el otro, Louis-Cesare se peleaba con Ásubrand en medio del vestíbulo.

Alrededor de todos ellos no había más que extrañas manchas negras: sobre las tablas de madera del suelo, sobre las escaleras e incluso una con forma humana en la pared. Sospeché que se trataba de los restos de los hombres de Cheung. Alcé la vista hacia el techo medio derruido y vislumbré otras batallas que tenían lugar más arriba, pero parecía que había más feys que vampiros.

Y después dejé completamente de pensar porque mis ojos captaron el brillo de la espada de Ásubrand. Mi corazón dio un vuelco de miedo y se me hizo un nudo como un puño helado en el estómago. Comencé a arrojar todo lo que pude pillar del petate a cualquier cosa que viera moverse, pero más que nada a él.

Tenía una pequeña fortuna en armas tanto legales como ilegales y las gasté todas. El par de esferas desorientadoras no sirvieron de nada; no volvería a comprar esas malditas cosas inútiles. Sin embargo, con el alterador tuve más suerte. Contenía en sí el poder de media docena de granadas humanas y ajusté el tiempo perfectamente: golpeó el suelo a los pies de Ásubrand y estalló casi al mismo tiempo. Demasiado rápido incluso para los reflejos de un fey, que fue incapaz de reaccionar a tiempo y apartarla de sí.

Cuando por fin se despejó el polvo después de la explosión, vi que se había abierto un abismo donde antes estaba el suelo, que había agujeros nuevos en el tejado y que la mitad de la escalera se había esfumado. Cheung y Caramarcada tenían un contrincante menos, que se había transformado en una mancha en la pared de detrás de las escaleras. Pero *Ésubrand* seguía vivo.

No había logrado traspasar sus defensas.

—¡Vaya con los escupitajos y gruñidos de la criaturita! —exclamó él en tono burlón—. Vamos, dhampir. ¿Es eso lo mejor que sabes hacer?

—¡Atrás! —le grité a Louis-Cesare, que en un momento de locura estuvo a punto de saltar el abismo.

Louis-Cesare comprendió lo que tenía en mente y abrió los ojos como platos justo antes de cambiar de dirección y decidir saltar mejor hacia la puerta del salón. Caramarcada juró, agarró a Cheung por la cintura y se lanzó con él hacia el segundo piso. Y entonces yo arrojé el arma más cochina que tenía.

No vi cómo el dislocador golpeaba el objetivo porque salté hacia atrás, hacia la cocina, en el mismo momento en el que mi mano lo soltó. Tampoco lo oí porque ese tipo de cosas no estallan en un sentido convencional. Pero sí sentí pasar la onda de corriente mortal. Me agazapé detrás de la pesada mesa de la cocina y me acurruqué encima de la bolsa mirando al vacío.

—¿Qué mierda ha sido eso? —preguntó Ray en susurros debajo de mí.

¡Dios, Ray!

—Dime que estabas detrás de algo —le dije yo, dándome cuenta con retraso de que no lo había comprobado.

—¡Joder, sí, estaba detrás de algo! —susurró él cabreado mientras las vibraciones iban reduciéndose.

Respiré aliviada. Los dislocadores producen exactamente lo que su nombre indica: dislocan miembros. Y de nada le serviría a Ray que volviéramos a unir sus dos partes si las piezas andaban revueltas por ahí.

Después de un minuto rodeé la mancha negra del suelo, cuyos bordes aún chisporroteaban, y salí sigilosamente de la cocina. Todo estaba en silencio, en paz. Saqué la cabeza por la puerta y miré con precaución a mi alrededor. No vi nada.

Eso me desilusionó. Esperaba ver un brazo colgando de la pared o quizá un torso donde solía estar la barandilla de las escaleras. Mientras fuera el torso de *Ésubrand*, no me habría importado. Pero no había nada.

Debía de haberle dado tiempo a salir por la puerta de atrás, pensé furiosa. No debí de vacilar esperando a que saliera Cheung. Aunque por mucho que el tipo no me cayera bien, dislocarle la mitad de los miembros era un exceso. No obstante lo único que había conseguido era que ese completo bastardo estuviera ya a media manzana de...

Alguien me cogió por detrás.

—¡Deja ya de hacer eso! —grité mientras daba un salto hacia atrás y tropezaba contra un duro pecho—. ¡Vas a darme un susto de muerte!

Entonces Louis-Cesare salió del cuarto de estar por la puerta que había frente a mí.

—Sería una forma novedosa de morir —me dijo Æsubrand mientras me rompía la muñeca como quien no quiere la cosa.

La espada que yo llevaba en la mano cayó al suelo con gran estruendo.

Contuve el aliento y luché por no gritar mientras mi cerebro farfullaba en lo más recóndito de sus profundidades que aquello era imposible, que no había defensa posible contra un dislocador, que por eso esas malditas cosas eran ilegales y te condenaban a cadena perpetua solo por tenencia ilícita. Yo siempre había estado dispuesta a correr el riesgo de ir a prisión basándome en el razonamiento lógico de que siempre es mejor toda una vida encerrada que ninguna vida en absoluto. El dislocador era mi último recurso cuando todo lo demás fallaba.

Así que estábamos jodidos, pero que bien jodidos, me informó mi cerebro amablemente. Porque no tenía nada peor. Ni siquiera sabía que existiera nada peor.

—¡Suéltala! —ordenó Louis-Cesare.

Æsubrand soltó una carcajada. Sentí cómo vibraba al apretarme fuertemente contra sí.

—¿O si no? —preguntó en un tono que demostraba que le resultaba divertido.

Bajé la vista hacia la delgada mano que me sujetaba con la mayor facilidad. Sólo utilizaba una. Con la otra aún sostenía la maldita espada. Observé el pálido brillo de los bordes y me pregunté si sería capaz de hacer tanto daño.

El fey no parecía haber disfrutado mucho, recordé.

—Te mataré —le dijo Louis-Cesare con sencillez.

Æsubrand suspiró.

—Traspasar los hechizos de protección ha sido un desafío intelectual, pero ahora que ya está hecho empiezo a aburrirme —contestó Æsubrand, que alzó la mano para volver a colocarla alrededor de mi cuello, manchada de barro y de la sangre de otra persona—. Dame lo que quiero o morirás aquí mismo —añadió con calma.

—Sabía que eras un sinvergüenza —le contestó Louis-Cesare—, pero lo que no sabía es que fueras además un cobarde.

A diferencia de Cheung, Æsubrand no le hizo ni caso. En lugar de ello me apretó con más fuerza. Louis-Cesare hizo un pequeño movimiento y él siguió apretando hasta impedirme el paso del aire por completo. Pero enseguida paró.

Yo no hacía más que pensar en las alternativas posibles, pero el verdadero escollo era el tiempo. Oía como el reloj de la cocina marcaba los minutos tan lentamente, que estaba convencida de que le pasaba algo. ¿Cuántos minutos faltaban para que los



hechizos de protección volvieran a ponerse en funcionamiento? ¿Dos, tres?

Porque el problema era que no creía que a mí me quedaran tantos.

Pero entonces Æsubrand se volvió bruscamente y me tiró contra la pared sin dejar de dar estocadas al aire con la espada a nuestra espalda. Hubiera debido de cortarle la cabeza a quien fuera que le hubiera atacado, pero el tipo en cuestión, que acababa de clavarle en la sien mi zapato de tacón perdido, no tenía ninguna. Así que alcé en posición de ataque el cuchillo que llevaba guardado a la espalda.

Æsubrand se giró en el último segundo; de otro modo lo habría apuñalado. Tal y como ocurrieron las cosas, el frío hierro solo le hizo un surco sanguinolento que le atravesó el pecho. Según parecía sus escudos de defensa lo protegían de todo excepto de una cosa, pensé yo. Dos feys se dejaron caer desde arriba hasta el suelo.

Aterrizaron casi encima de Louis-Cesare. Otros cuantos más fueron saliendo poco a poco de entre los restos de la despensa. Trataban de sobrepasar a Louis-Cesare en número, pero Caramarcada soltó un grito desde arriba y se lanzó como una bomba sobre ellos con una espada en cada mano y una sonrisa en los labios. Yo no vi nada más porque me dediqué a evitar por todos los medios recibir el mismo tratamiento que había recibido el fey en la cocina.

No fue fácil. Æsubrand no vaciló ni ante la sangre que le corría por la sien ni ante el profundo corte del torso. Tampoco empezó a luchar más despacio; incluso parecía moverse más deprisa en persona de lo que lo había hecho su doble, la imagen borrosa de plata ante el oscuro pasillo.

Yo me había tirado al suelo nada más ver que fallaba al intentar darle en el corazón. Había recogido la espada caída y había rodado a un lado. Pero no había tenido tiempo de ponerme otra vez en pie cuando él ya estaba de nuevo lanzando estocadas con tal fuerza, que clavó la espada al suelo. La sacó y un segundo después de nuevo comenzaba a batir el aire una y otra y otra vez mientras yo seguía rodando hasta el vestíbulo, dando quiebros bruscos para evitar la hoja de su espada y escapando apenas de ella. No pude alzar la mía más que una vez.

Como resultado mi espada se partió en dos, cosa que me iba a ocurrir a mí también de un momento a otro. Sin embargo, entonces Æsubrand se tambaleó y juró. Era el primer síntoma de dolor que veía en él. Por supuesto era comprensible teniendo en cuenta que llevaba una cabeza de vampiro pegada al tobillo como si él fuera el hueso de un toro rabioso.

El resto de Ray seguía en el vestíbulo oculto detrás de unos muebles que comenzó a lanzarnos. Una mesita de salón le dio a Æsubrand en el pecho; una lámpara en el hombro, y entonces la cabeza de Ray salió despedida hasta el pasillo con un ruido acuoso. A partir de entonces su cuerpo se puso como loco y comenzó a lanzarle todo lo que encontraban sus manos. Y ya ni siquiera se molestó en apuntar.

O quizá sí, solo que no veía tan bien como antes; no lo sé. Pero en resumen y por

orden nos arrojó una silla de madera, un jarrón, la otra mesita de salón a juego y un enorme espejo que a duras penas tuve tiempo de evitar. Ésubrand se había estado dirigiendo hacia mí, pero tuvo que echarse atrás para evitar el espejo, y eso me concedió un segundo para asestarle el golpe. Sólo necesitaba ese segundo.

Lo embestí: alcé la espada rota que seguía teniendo en la mano y apunté al torso. Yo jamás fallo desde tan cerca a menos que esté usando la mano izquierda y lleve un vestido largo que se arrastre. Me pisé el bajo con el pie y caí de bruces contra la pared. Por eso yo siempre llevaba vaqueros, pensé furiosa mientras me daba la vuelta e hincaba la espada a ciegas en la carne cálida y blanda que enseguida cedió.

No tuve tiempo de ver exactamente dónde le había dado porque un segundo más tarde él me lanzaba a más de cinco metros en dirección al vestíbulo. Choqué contra Ray y ambos caímos al suelo en medio de un lío de miembros retorcidos. Otra vez me puse en pie de un salto con la espada en la mano y entonces descubrí que la batalla había terminado.

De pronto los únicos feys que quedaban en el pasillo eran cuatro cuerpos abandonados y despatarrados sobre las tablas de madera llenas de barro. Corrí hacia el que estaba más cerca, me tropecé otra vez con el vestido, juré y seguí tambaleándome hasta llegar a él.

Giré el cuerpo flácido y empapado en sangre. El rostro era irreconocible, pero no tenía heridas en el pecho: ni la profunda raja dentada, ni la más mínima marca.

Con el siguiente ocurrió lo mismo. Y con el otro y el otro. Me puse en pie y di una patada a la pared. Estaba tan furiosa que apenas podía ni ver. Lo había tenido en mis manos. ¡Maldito sea, lo había tenido en mis manos!

Y lo había perdido.



La falda del vestido estaba medio rasgada y colgando, de modo que a cada paso que daba corría el peligro de tropezarme con ella. Terminé de rasgar lo que faltaba y arrojé el pedazo de tela sobrante al suelo. Jamás volvería a llevar otra maldita falda mientras estuviera viva. Aunque probablemente no sería mucho después de haber dejado escapar la oportunidad de librarme de una vez por todas de ese increíble bastardo...

Alguien silbó. Alcé la vista y de pronto me di cuenta de que tenía audiencia.

Un pasillo lleno de vampiros.

El que había silbado era Caramarcada, que se apoyaba sobre la barandilla de la escalera y sonreía en dirección a mí. Balanceaba una cabeza sujetándola por los pelos, pero no era la de Ray. Los largos rizos rubio platino estaban manchados de vísceras y de sangre, y del cuello mismo colgaban venas y ligamentos que no habían sido seccionados limpiamente con una espada. Tardé un segundo en darme cuenta de que le habían arrancado literalmente la cabeza de los hombros a un fey.

Bien, me dije con malicia. Le devolví la sonrisa.

Él le dio unos cuantos golpecitos a la cabeza.

—Pienso colgarme esto del cinturón en la próxima convocatoria.

Yo no estaba segura de si me hablaba a mí o a su jefe. Cheung estaba de pie en medio del pasillo justo debajo de la barandilla. Se había quitado la chaqueta y llevaba la elegante corbata naranja torcida, pero por lo demás su aspecto seguía siendo el mismo de antes. Excepto por el arma que llevaba en una mano y la espada que sujetaba con la otra. Y excepto por su expresión, que encajaba más con las armas que con el Armani.

Conté las cabezas y me di cuenta de que nos sobrepasaban en número y con creces. En resumidas cuentas, según parecía habían sobrevivido ocho de sus vampiros. A excepción de Caramarcada, todos estaban apretujados en el pasillo respaldando a su jefe. Y a diferencia de su compañero, ninguno de ellos sonreía.

Para empeorar un poco más las cosas, debía de haber pasado ya la hora de que los hechizos de protección volvieran a ponerse en marcha, si es que la casa tenía pensado ponerlos otra vez en funcionamiento. Los feys debían de haber trastocado todo el sistema para que no pudieran activarse durante la lucha. La estrategia era buena, pero para nosotros solo podía significar una cosa.

Si Cheung decidía atacar, estábamos perdidos.

Cheung me miró y Louis-Cesare dio un paso y se interpuso entre los dos.

Entonces Cheung desvió la vista hacia él con impaciencia y con una expresión en el rostro más salvaje y más dura que nunca.

—Esta noche he perdido a siete hombres —dijo con brusquedad—. Creo que ya basta.

Louis-Cesare asintió también con brusquedad, pero no soltó la espada. Cheung emitió un sonido desagradable y le tendió sus armas a sus chicos. Se metió una mano en el bolsillo, cosa que puso nervioso a Louis-Cesare, pero no sacó más que un pañuelo para limpiarse la sangre de la mejilla. De haber sido sangre humana él mismo la habría absorbido, pero la sangre de fey no supone ningún alimento para un vampiro. Y por lo que yo había oído decir, tenía un sabor asqueroso.

—Yo no tengo la runa —le dije yo, aprovechando la oportunidad.

—Sé que no la tienes —contestó él con mucha calma, dadas las circunstancias—. He visto tu cara cuando te estaba atacando el fey. De haber tenido la piedra, la habrías usado. O si no sabías cómo usarla, se la habrías dado.

Louis-Cesare frunció el ceño y preguntó:

—¿Estás acusando a Dorina de cobardía?

—No. Yo habría hecho lo mismo. La piedra es valiosa, pero yo no moriría por ella. ¡Así que quiero una explicación de por qué mis hombres han muerto por nada!

Louis-Cesare y yo nos miramos. Yo no veía razón alguna para corregir el juicio de Cheung acerca de los motivos del fey para invadir mi casa. Y además estaba segura de que encontrar la *Naudiz* figuraba sin duda en la lista de esos motivos.

Sólo que no era el principal.

—Jókell, que es el fey con el que tú te pusiste en contacto, le robó la piedra a los *svarestris* —le dije yo.

El gesto de mal humor de Cheung se acentuó y el tatuaje del tigre pareció alzar los ojos verde esmeralda.

—¡Él me aseguró que era una herencia familiar!

—La próxima vez pregunta de qué familia. La runa pertenece a la casa real de los *blarestris*. Los *svarestris* se la robaron con su ayuda y luego él los engañó.

El rostro de Cheung perdió en parte el color.

—¿Me estás diciendo que hay dos casas reales feys implicadas en este asunto?

—Y al menos tres Senados. Ahora mismo esa runa es el objeto más famoso y peligroso de todo Nueva York, solo que nadie sabe dónde está. Y no podemos preguntárselo a Jókell porque está muerto.

—Sí. Encontramos su cuerpo, pero no la runa. Se la habían quitado.

—Fue Elyas, del Senado europeo —le informó Louis-Cesare.

—¡Elyas! —repitió Cheung, cuya mano seguía aferrada al pañuelo—. ¡Ése me las va a pagar por las bajas que me ha causado esta noche!

—Eso es dudoso —aseguró Louis-Cesare.

Cheung se encolerizó.

—¿Crees que ese peso ligero puede compararse conmigo? Lo habría desafiado

hace años si supiera que él personalmente iba a encargarse de librar sus propias batallas.

—Lo que creo es que no puedes vengarte de un cadáver.

Cheung pareció confuso.

—Está muerto —añadí yo sin dar más rodeos—. Lo han matado esta noche y se han llevado la piedra. Y no, no sabemos quién ha sido.

—Pero tú eres uno de los sospechosos —añadió a su vez Louis-Cesare, amablemente.

Cheung se le quedó mirando por un momento.

—¿Cómo dices?

—Creo que ya no —objeté yo entonces—. Él estaba aquí esperándome mientras Elyas era asesinado. Y lo mismo sus hombres.

—Ésa no es ninguna coartada —argumentó Louis-Cesare—. Pudo habernos seguido hasta la casa de Elyas, asesinarlo y llegar aquí a tiempo de impedirte entrar.

—Si hubiera sabido que Elyas tenía la piedra. Pero no lo sabía. Ni siquiera estaba en Nueva York cuando Jókell fue asesinado —dije yo.

—Puede que sí o puede que no. Solo tenemos su palabra de que llegó a Nueva York cuando él dice que llegó. Pero supongamos que dice la verdad. A pesar de todo podía haberse imaginado que era Elyas quien había robado la piedra. Elyas había estado llamándolo por teléfono durante todo el día; él mismo me lo dijo antes de morir. No es difícil deducir que Cheung puede ser el responsable de la desaparición de la runa.

El rostro de Cheung se iba poniendo cada vez más colorado conforme oía hablar a Louis-Cesare.

—¿Me estás acusando?

—Tenías un excelente motivo —dijo Louis-Cesare con toda la calma del mundo, como si ellos no nos superaran en número de ocho a uno—. Probablemente más motivos que ninguno. Los otros que pujaron simplemente estaban interesados por la piedra. Tú la necesitabas para evitar la ira de tu señora.

—Pero ha estado aquí toda la noche —insistí yo—. Desde poco después de que escapáramos de él en el club.

—¿Y eso cómo lo sabes? Un hombre en su situación sería capaz de decir cualquier cosa —dijo Louis-Cesare, haciendo un aspaviento con la mano, por suerte con la que no sujetaba la espada—. Es evidente que está desesperado.

—No parece desesperado.

Más bien parecía confuso y cabreado.

—Por supuesto que está desesperado. ¡Se enfrenta a una ejecución!

—¿Ejecución? —repitió Cheung bruscamente, mirándonos alternativamente a Louis-Cesare y a mí.

—Violar la tregua del Senado se castiga con la pena de muerte. Y asesinar a un senador, si no es en un duelo, también se castiga con la muerte. Elyas fue sacrificado como un animal —le informó Louis-Cesare.

Cheung perdió al instante el poco color que le quedaba en las mejillas.

—Pero él estaba aquí —insistí yo—. Tiene testigos.

—¿Te refieres a sus hombres? —soltó de mal humor Louis-Cesare—. Ellos dirían lo que él les pidiera.

—No. Uno de los nuestros. Secuestró a Radu para averiguar quién era yo y conseguir hablar conmigo. Está por ahí, en alguna parte...

—¿Has secuestrado a mi padre? —preguntó Louis-Cesare en tono exigente, dando una vuelta alrededor de Cheung, que debía de sentirse ya acosado.

—No le hemos hecho daño.

—¡Eso no tiene la menor importancia! ¡Solo el secuestro es ya un acto de violencia y una violación evidente de la tregua!

—¡Ella ha secuestrado a mi siervo! —exclamó Cheung, señalándome a mí.

—Ella no es un vampiro. La tregua no le afecta.

—¡La envió un vampiro!

—La envió el Senado, que sin duda recibirá una queja formal de lord Radu en breve —continuó Louis-Cesare, mirándome a mí significativamente.

—Sí, es cierto —confirmé yo, esperando poder enterarme de adónde quería llegar a parar—. Aunque puede que haya mencionado que tú estabas aquí cuando llamé para decirles que ya tenía a Raymond.

—Tienen hombres que vienen de camino —añadió Louis-Cesare con mucha seguridad—. ¿Es que no lo percibes?

Ésa me pareció una estrategia arriesgada, pero pareció funcionar. Cheung comenzó a ponerse nervioso. Por supuesto, el hecho de que se alterara no era necesariamente bueno para nosotros: podía decidir matar a los testigos y echarle la culpa a los feys.

—No mencioné el secuestro —me apresuré yo a añadir—. Pensé que cabía la posibilidad de que Radu quisiera olvidarse del asunto.

—¿Y por qué iba Radu a olvidarse del asunto? —preguntó Louis-Cesare en tono exigente—. Como mínimo puede exigir el castigo oficial en estos casos.

Yo no sabía cuál era el castigo oficial del Senado para el secuestro, pero a juzgar por la expresión del rostro de Cheung no debía de ser nada bueno.

—Bueno, técnicamente hablando no le ha hecho ningún daño —señalé yo—. Y ellos están del mismo lado que nosotros en esta guerra.

Cheung se agarró a esa idea.

—Sí, somos aliados —le recordó a Louis-Cesare.

—¡Pues tienes una extraña forma de demostrarlo!

—Ha sido un... un malentendido. Me han robado. Yo sólo le pedí a lord Radu que me acompañara hasta aquí para recuperar mi propiedad.

—¿Es eso lo que piensas decir ante el Senado?

Cada vez que Louis-Cesare mencionaba al Senado, Cheung se echaba atrás imperceptiblemente.

—No hay ninguna razón para que ellos se enteren de esto.

—Puede que Radu piense de otra forma. No me gusta hablar mal de mi padre, pero a veces tiende a mostrarse un tanto... vengativo.

—Tú podrías hablar con él —señaló Cheung.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—¡Hemos peleado por ti!

—Sin saberlo —dijo Louis-Cesare.

—Pero el resultado es el mismo. Sin nosotros, no habríais podido ganar la batalla. Y por tanto la deuda es la misma que si lo hubiéramos hecho para ayudarte. Tu familia tiene reputación de saber hacer honor a sus deudas.

—Igual que la tuya.

Cheung frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué más quieres?

—Protección para esta casa durante los próximos días hasta que yo pueda hacer los arreglos pertinentes.

Abrí la boca para decir algo, pero me interrumpí. Había cosas peores que cabrear a Claire por el hecho de que un montón de vampiros se encargara de la seguridad. Eso suponiendo que primero pudiera averiguar dónde estaba.

—De acuerdo. Pero es imprescindible que a los *blarestris* les quede claro que yo no sabía nada de su relación con la piedra en el momento de arreglar la subasta.

—Vale, pero nos quedamos con Ray —dije yo, aprovechando para negociar—. Pero prometo devolvértelo.

Cheung puso los ojos en blanco antes de contestar:

—Ray ya no me interesa para nada. ¡Ojalá no hubiera oído hablar nunca de él ni de esa maldita piedra! —exclamó, dirigiendo la vista entonces hacia Louis-Cesare—. ¿Hacemos el trato?

Louis-Cesare asintió.

—Haré lo que pueda con lord Radu. Pero quizá sea mejor que no estéis aquí cuando tengamos esa conversación. Vuestra presencia podría... irritarlo más.

Cheung no llegó hasta el punto de darle las gracias, pero sí asintió. Le quitó la funda de la espada a un fey caído y se la tendió a un siervo, que la guardó con mucho cuidado. Después él y la mitad de sus chicos salieron sigilosamente por la puerta de atrás.

El resto de los hombres de Cheung se quedaron, aunque parecían incómodos.

—¿No tendrías por casualidad... té? —me preguntó uno de ellos instantes después.

—Ah, sí, creo que sí —dije yo. Claire me había dicho que había visto té en alguna parte—. Pero no estoy muy segura de cómo se hace.

—Si me enseñas dónde está la cocina, ya me las apaño yo.

—Es por ahí —le dije, señalándole la puerta—. Lo que queda de la cocina.

Él asintió y todos se fueron detrás de él. Excepto Caramarcada, que siguió observándonos desde la escalera.

Yo dejé escapar un suspiro; ni siquiera sabía que hubiera estado conteniendo el aliento. Y me apoyé sobre la pared de puro agotamiento. ¡Dios! Todo podía haber salido... bueno, mucho peor.

Louis-Cesare me miró y sonrió.

—Lord Cheung es un hombre de honor.

Lord Cheung estaba metido en un pozo de mierda y sencillamente quería salir. Pero no lo dije. Porque tampoco habría sido muy divertido cabrear a Caramarcada precisamente cuando yo estaba a punto de derrumbarme de un momento a otro.

Y cuando todavía tenía que enfrentarme a un verdadero lío. Me despegué de la pared.

—¿Dónde están tus amigos? —me preguntó Louis-Cesare como si hubiera estado leyéndome la mente.

—No lo sé.

Miré hacia donde hubieran debido de estar las escaleras. Todavía colgaban de la pared unos cuantos peldaños aquí y allá, y los últimos escalones seguían en pie. Pero no me habrían servido de gran cosa incluso aunque no hubiera tenido una mano fuera de servicio.

—Puede que arriba.

—Iré a ver.

Louis-Cesare se agarró al borde cortante del suelo que sobresalía por encima de nuestras cabezas y trepó. Caramarcada entrecerró los ojos de forma que no eran más que dos ranuras y se quedó esperando de brazos cruzados hasta que Louis-Cesare se puso en pie. Entonces ambos se miraron con una actitud combativa. Yo contuve el aliento. Quizá al final sí surgieran problemas.

Entonces Caramarcada sonrió.

—Nunca antes había tenido oportunidad de verte luchar —comentó Caramarcada, apretando los labios—. No lo haces mal.

Yo no sabía de qué estaba hablando; había estado tan ocupada tratando de salvar la vida, que no había tenido tiempo de fijarme en la técnica de lucha de los demás. Louis-Cesare también se quedó perplejo. No sé si por el hecho de oír un halago o porque le sorprendía quién lo hacía. Pero asintió brevemente.



Caramarcada comenzó a darse palmaditas a sí mismo, pero se enganchó con su trofeo. Así que lo ató por los pelos a lo que quedaba de la barandilla para rebuscar algo por los bolsillos. Yo no tenía ni idea de qué estaba haciendo y a juzgar por la cara que ponía Louis-Cesare, él tampoco.

Por fin Caramarcada encontró una pluma e instantes después arrancó un trozo del papel pintado que colgaba de la pared. Se lo tendió a Louis-Cesare con una expresión extraña en el rostro, medio esperanzada, medio violenta.

—Toma, por si no te veo durante el desafío.

¡Oh, Dios mío!, pensé yo sin terminar de comprender.

Louis-Cesare me lanzó una mirada acalorada y yo me mordí el labio, pero al final escribió su nombre. Dudo que resultara muy legible dada la naturaleza del papel, pero Caramarcada pareció quedar satisfecho. Dobló el papel cuidadosamente y se lo guardó en el bolsillo de atrás.

—¿Vas a competir? —pregunté yo a Caramarcada, que volvió a desatar su trofeo.

—Exacto, voy a competir. Estás viendo a un futuro senador.

Y lo más aterrador de todo era que él no era el candidato más extraño que yo hubiera visto.

Caramarcada se quedó mirando la cabeza del fey y me preguntó:

—¿No conocerías tú por casualidad a nadie que pudiera reducirme esto para esta noche, verdad?

—Creo que eso lleva tiempo. Primero hay que sacarle la calavera y después hervirlo... —me interrumpí porque Louis-Cesare me miraba muy divertido.

—¡Maldita sea! —exclamó Caramarcada, ladeando la cabeza—. Aunque bueno, puedo llevarlo así. ¿Crees que intimidará a mi contrincante?

—A mí desde luego me asusta —le dije con sinceridad.

Ésa pareció ser la respuesta correcta. Caramarcada se echó a reír, le pegó un tortazo amistoso a Louis-Cesare en el hombro y dio un salto mortal desde el balcón. El horripilante trofeo se balanceó contra su pierna. Yo esperé a que él pasara en dirección a la puerta principal y después fui a por el mío.

Ray había acabado apretujado en un rincón junto a la puerta de atrás. La huella de bota llena de barro le cruzaba la cara y se le había roto uno de los colmillos. Pero aparte de eso parecía estar bien.

—¿Ahora ya sí somos amigos? —preguntó Ray en tono exigente.

—Empezamos a serlo.

Me guardé la cabeza debajo del brazo y fui a la caza del resto. Estaba tratando de sacar el cuerpo de entre un montón de muebles rotos cuando volvió Louis-Cesare.

—No están arriba —me dijo—. Por el aspecto de las habitaciones parece como si los hubieran despertado de repente, pero no hay nadie aparte de nosotros.

Solté el aire contenido con un suspiro de alivio. Había un enorme agujero en el

suelo, otro en la pared donde antes estaba la despensa y por último las escaleras habían desaparecido. Era imposible que nadie hubiera seguido durmiendo arriba. De haber encontrado Louis-Cesare a alguien, seguro que las noticias no habrían sido buenas.

—Además, no siento su presencia —añadió él, aguzando el oído.

Me concentré yo también en ese momento, pero tampoco pude sentirla. No se oían pisadas amortiguadas, latidos acelerados del corazón ni respiraciones asustadas. Solo la vieja nevera soltando cubitos de hielo, el leve sonido del té en suspensión y el gotear de la lluvia.

—Puede que hayan vuelto a Fantasía —dijo Louis-Cesare.

—Quizá.

Pero no me parecía probable. Claire se había mostrado categórica acerca del hecho de volver allí sin la piedra, y de todas formas no habría conseguido más que volver a meterse en el mismo lío del que pretendía escapar.

Aunque por supuesto, si tenía que elegir entre Ésubrand y un palacio repleto de asesinos, yo sabía muy bien cuál sería su elección.

Seguramente había otra explicación, sólo que a mí en ese momento no se me ocurría. Después de la descarga de adrenalina a la que había estado sometida y del lento desvanecimiento de la tensión de todo mi cuerpo me sentía un poco mareada, y además el hecho de no haber comido nada en algo así como catorce horas me estaba produciendo tembleques. Y encima Ray se había enganchado con algo y yo no podía sacarlo solo con una mano...

Louis-Cesare sacó a Ray y lo puso en pie, pero al hacerlo me dio accidentalmente un golpe en la muñeca herida. Inspiré aire con fuerza y apreté los dientes.

—¿Qué pasa?

—La muñeca.

—No me has contado qué te pasaba —dijo él, tomando mi muñeca y envolviéndola con su larga mano.

—Ésubrand —dije yo sencillamente—. Anoche también me la rompió.

Louis-Cesare hizo una pausa, pero no dijo nada.

Sin embargo al cabo de un rato comencé a sentir calor por los tejidos heridos; un calor que envolvió mis huesos como una telaraña de energía que, colaborara o no con el proceso de curación, al menos me hacía sentir mejor. Aún podía notar el pulso en la herida con cada latido del corazón, pero era ya algo distante, tolerable. Todo volvería a unirse en unos pocos minutos, pero de momento me conformaba con eso.

—Gracias.

Él no contestó, sólo me atrajo hacia sí. Puso una mano sobre mi pelo. Yo oía los latidos de su corazón; lo tenía justo debajo del oído. El sonido me resultó extrañamente tranquilizador. Pero todavía era más extraño el hecho de que él siguiera

de una sola pieza. No sabía cómo lo había conseguido, pero me aferraba a esa idea.

Tenía cientos de cosas que hacer en ese preciso instante, pero por un momento me quedé ahí de pie. Me palpitaba la muñeca, sentía las piernas flojas como la gelatina y notaba que comenzaba a formárame un fuerte dolor de cabeza detrás del ojo derecho. Sin embargo él estaba cálido, olía maravillosamente bien y su camisa era suave. Sentí cómo todo mi cuerpo se relajaba.

Él no dijo nada, pero me apretó con los brazos con fuerza. Y a pesar de mis estrictas órdenes en contra, yo cerré los ojos. De repente solo quería acurrucarme y...

—¡Vaya, qué cómodo! —dijo Ray, que todavía seguía debajo de mi brazo.

Louis-Cesare se echó atrás con un suspiro justo en el momento en el que la puerta se abrió de golpe y Christine entraba dando trompicones. Llevaba el vestido rosa generosamente manchado de barro y el valioso encaje no era sino un enredo sucio. Arrastraba un par de maletas cubiertas de barro y musitaba algo apenas sin aliento. No pareció vernos siquiera. Dejó caer las maletas junto al cuerpo, se giró y volvió a salir.

Louis-Cesare la miró sin comprender.

—¿Qué está haciendo Christine aquí?

—Dice que tú le dijiste que viniera conmigo.

—Dice... —repitió Louis-Cesare, cuya mandíbula se puso tensa—. Me temo que me ha malinterpretado.

—Si no has venido por ella, ¿por qué has venido?

—¡Por *Ésubrand*! —dijo él como si de alguna manera hubiera debido de ser evidente.

—¿Cómo sabías que iba a atacarnos?

—Os atacó anoche y no consiguió su objetivo. ¿Por qué no iba a volver?

—¿Te has escapado de tu propio juicio por asesinato solo por si acaso él volvía? —pregunté yo, incrédula.

Él frunció el ceño. Según parecía, esa no era la respuesta que él esperaba.

—Pues parece que ha sido una suerte que viniera.

—¡Se suponía que ahora mismo tenías que estar ante el Senado! ¿Qué has pensado decirles?

—Nada. Da igual. Diga lo que diga, la sentencia ya está decidida.

—Mircea no piensa lo mismo.

—Mircea no conoce a Anthony tan bien como yo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté yo en tono exigente. Alguien comenzó a llamar al timbre insistentemente. Y yo comencé a desesperarme—. ¿Y ahora qué?

—Probablemente serán los hombres del Senado.

—No hablas en serio.

—Yo no bromeo acerca de eso. Supongo que por eso *Ésubrand* se ha marchado

tan precipitadamente. Sus espías han debido de advertirle de que llegaban refuerzos.

Louis-Cesare echó a andar hacia la puerta, pero yo lo cogí de la camisa.

—¿Los has llamado tú? —pregunté yo, esperando que se me pasara cuanto antes la repentina sensación de que se me caía el alma a los pies.

—No.

—Entonces, ¿cómo es que están aquí?

—Para llevarme detenido, me imagino.



Louis-Cesare se marchó. Yo me quedé atónita por un segundo y después lo seguí por el vestíbulo destrozado. Fuera se había levantado viento. Las cortinas de encaje se mecían y el agua de la lluvia entraba por la ventana. Además había un montón de luces. Entraban de forma intermitente, coloreando el vestíbulo de azul y rojo como si fuera una discoteca y formando un rectángulo que se movía por las paredes y que hacía saltar de un lado para otro las sombras de los muebles.

Teníamos visita, pero no era el Senado. Al menos de momento.

Detrás de las huellas de los neumáticos en el barro, de los trozos de coche y de la media tonelada de trajes de alta costura esparcidos por lo que quedaba del césped como si fueran basura, vi a media docena de vecinos en pijama en fila en la calle. Contemplaban el desastre y el destrozo de la casa con esa especie de ojo entusiasta y horrorizado con el que la gente suele quedarse mirando los accidentes de tráfico. Junto a la acera opuesta acababa de aparcar el tercer coche de policía.

Hubiera debido de imaginármelo. Los hechizos de protección se habían venido abajo y con ellos el pretendido aspecto glamoroso. Además de que media docena de vampiros destrozando un Lamborghini tampoco era exactamente un espectáculo silencioso. Probablemente habíamos despertado a la mitad del vecindario.

—¡Christine! —la llamó Louis-Cesare con urgencia.

Ella estaba chapoteando por ahí, metida en el barro hasta el tobillo, tratando de rescatar el resto de su guardarropa. Pero al oír la voz de su maestro alzó la vista.

—Haz una pequeña maleta, si no te importa. Nos vamos.

Se quedó mirándolo confusa, con los brazos llenos de vestidos de alta costura chorreando barro.

—Pero... pero mi ropa...

—Te compraré ropa nueva. *Vite, s'il te plaît.*

Christine apretó los labios y por un momento pensé que Louis-Cesare tenía una rebelión entre manos. La noche se desvanecía, y con ella el buen humor de Christine. Pero después de un momento ella arrojó toda la ropa al suelo y pasó corriendo por delante de nosotros sin dejar de musitar.

Louis-Cesare echó a caminar al otro lado de la calle, donde Radu hablaba con una pareja de policías. Pero yo lo agarré de la camisa y tiré de él hacia atrás. No parecía que nos quedara mucho tiempo y quería que él me diera unas cuantas respuestas.

—¿Qué es lo que has querido decir acerca de Anthony?

Él me lanzó una mirada de fastidio que yo tuve que tragarme en dos vistazos consecutivos. Las luces de la policía lanzaban destellos intermitentes sobre su rostro y sobre la fachada de la casa destrozada. Pero él no se movió.

—¿Qué sabes del Senado europeo?

—No mucho, ¿por qué?

—Porque para comprender a Anthony tienes que comprender cómo funciona ese Senado.

—Explícamelo.

—No hay tiempo para entrar en detalles...

—¡Pues Cuéntame lo más importante! ¡Pero dímelo!

—A diferencia de otros cónsules que trabajan con sus senadores, Anthony gobierna el suyo —dijo apresuradamente Louis-Cesare—. Puede hacerlo porque los senadores saben que no perderán sus sillas mientras accedan a sus deseos. Cualquier nuevo aspirante a sus posiciones es automáticamente remitido a mí.

Yo me quedé mirándolo, convencida de que lo había oído mal.

—¿Me estás diciendo que tú te enfrentas a todos los desafíos?

—Sí.

—Pero cada vez que subes al cuadrilátero puedes perder. ¡No importa lo bueno que seas! ¡Basta un desliz para que...!

—Sí, pero entonces Anthony se buscará otro campeón para sustituirme —convino Louis-Cesare—. Eso todavía no ha ocurrido y mi reputación ha ido creciendo hasta el punto de que hay muy poca gente dispuesta a intentarlo.

—Como Cheung.

—Sí. Se rumorea que es bueno... muy bueno. Pero eligió no desafiarme aunque podría haber defendido fácilmente a Elyas e incluso a otros tres o cuatro más del Senado. Pero él sabía que no se enfrentaría a ellos; eligió no enfrentarse a mí.

—Pero... ¿por qué aceptar ese riesgo en nombre de Anthony? Es evidente que ese tipo no te termina de gustar porque de otro modo no estarías intentando marcharte.

—Tú no sabes cómo era el Senado cuando...

Louis-Cesare se interrumpió y se quedó mirando la acera de enfrente.

Radu parecía tener problemas con uno de los policías. El tipo debía de tener sangre de mago por alguna parte. O eso, o era excepcionalmente cabezota. De un modo u otro, parecía que no se creía una sola palabra de lo que le contaba Radu.

El resto de los policías asentían de vez en cuando, sobre todo en los momentos en que Radu levantaba la voz y usaba un tono estridente. Pero él no. Tenía la mano encima del arma, sacudía la cabeza y se echaba hacia atrás, hacia el coche de policía. Parecía como si de un momento a otro estuviera dispuesto a...

Por fin salió corriendo, pero Du fue detrás de él. En circunstancias normales no habría habido pega alguna, pero la lluvia, el barro y las zapatillas de satén no combinan bien. Du salió disparado en una dirección y sus zapatillas en otra, y por último su rostro aterrizó sobre el asfalto. De golpe.

—No lo pienses siquiera —le dije a Louis-Cesare.

Él suspiró y se apartó el pelo mojado de los ojos. No le quedaba nada del gel que usaba normalmente para mantenerlo en su sitio, y se le desparramaba por la cara con desaliño.

—Cuando me uní al Senado europeo era un caos constante —continuó él—. Las numerosas facciones y las continuas luchas internas casi habían terminado con su capacidad para hacer cualquier cosa, y como consecuencia reinaba el desorden en sus tierras y la rebelión entre sus subordinados. Algunos de los senadores más ancianos eran también los más intransigentes y los más difíciles de destituir de sus puestos. Y juntos tenían un poder tan formidable que suponían una amenaza para la autoridad de Anthony.

—Pero entonces te encontré a ti.

—Y junto conmigo descubrió el modo de salir del atolladero. Desafié a los senadores más ancianos uno por uno y fue reemplazándolos por otras personas más dispuestas a trabajar de acuerdo con sus planes. Durante un tiempo la estrategia dio lugar a un Senado más unido, más fuerte y a un gobierno mejor.

—¿Y ahora?

—Ahora Anthony lleva demasiado tiempo ostentando demasiado poder. Se ha acostumbrado a que el Senado acceda a cualquiera de sus estrategias políticas. Incluyendo las más cortas de vista e incluso las más perjudiciales para el propio Senado.

—En otras palabras: se ha convertido en un tirano.

—Digamos que algunas de sus decisiones habían comenzado a preocuparme —dijo Louis-Cesare secamente—. Y luego vine aquí hace dos meses para ayudar a vuestra cónsul en un duelo y me encontré con un Senado muy distinto. Los senadores eran ruidosos e ingobernables y la cónsul tenía que adularlos, engatusarlos y amenazarlos para obtener de ellos lo que quería. Cundían las facciones, todo el mundo se ofendía con facilidad y algunas medidas llevaban décadas atascadas, esperando un nuevo debate que probablemente jamás se produciría y del que tampoco podría sacarse nada en limpio. Era un caos.

—¿Y eso te hizo volver a replantearte la conclusión a la que habías llegado?

—No. Me hizo darme cuenta de... lo estéril que había llegado a ser nuestro Senado. Ya no hay debate, no hay discusión, no hace falta llegar a ningún compromiso. Los senadores solo necesitan saber qué quiere hacer Anthony. Y luego te conocí y...

Un grito llamó la atención de Louis-Cesare. Según parecía la caída había interrumpido la concentración de Radu, y con ella el control mental que ejercía sobre los policías. Tres de ellos echaban un vistazo por los alrededores de la casa igual que sonámbulos que caminaran por un lugar desconocido.

Pero otro par había conseguido liberarse ya de su estado. Uno de éstos agarraba a

Du del brazo mientras su colega iba a por una radio CB.

—¿Y? —pregunté yo.

—Y cuando llegó la hora de volver, descubrí que no tenía ningunas ganas de marcharme.

Las gotas de lluvia resbalaban por su rostro y se le quedaban en las puntas de las pestañas. Tenía la camisa más que empapada y el pelo pegado a la cabeza. Por primera vez me di cuenta de que su nariz era un poco grande y de que tenía un montón de pecas por encima de los pómulos tan pálidas, que por lo general no se le notaban. Pero no había astucia en sus ojos azules; solo esperanza, incertidumbre y quizá una pizca de miedo.

Alzó las manos para tomar mi rostro y me retiró el flequillo empapado de los ojos.

—Dorina, hay algo que...

Se oyó otro grito. Radu se había liberado del policía que lo sujetaba y se había lanzado sobre el que tenía la radio, que a su vez había sacado el arma y lo apuntaba a él. Así que por supuesto Du le quitó el arma y lo golpeó con la culata en la cabeza. Pero solo consiguió que otro poli semilúcido le hiciera frente. Se escondió detrás de la puerta abierta del coche de policía en medio de un revoloteo de seda naranja. Louis-Cesare suspiró.

—Espera —le dije yo, sujetándolo al ver que quería marcharse—. Todavía no me has dicho por qué crees que no puedes vencer a Anthony.

Él me miró con calma.

—Porque a menos que esté equivocado, fue él quien mató a Elyas.

La noticia me sorprendió tanto que le solté la camisa y él salió corriendo a rescatar a Radu. Yo eché a correr tras él pero enseguida me di cuenta de que iba en bragas, llevaba las medias colgando y por arriba solo tenía un montón de tirantes. Y medio vecindario me estaba mirando.

Entonces una ambulancia se detuvo con un fuerte chirrido de frenos y un par de enfermeros salieron de un salto y se acercaron por el camino hasta la puerta de la casa.

—Nos han informado de que ha habido un accidente de tráfico —me dijo uno de ellos—. ¿Ha habido algún...?

—¡Joder! —exclamó el otro, que se quedó mirándome.

O, para ser más exactos, miraba a la cabeza que llevaba debajo del brazo.

Yo decidí que los vecinos no iban a morderme así que salí corriendo detrás de Louis-Cesare.

—Anthony no estaba en la subasta —le recordé mientras él apartaba a uno de los policías de Du.

—No, pero es posible que la muerte de Elyas no tuviera nada que ver con la runa.



—Y eso, ¿cómo lo sabes?

—Si Anthony me pierde, perderá su dominio sobre el Senado. Habrá al menos cinco senadores a los que desafiarán para arrebatárles sus puestos casi de inmediato. Durante cientos de años Anthony ha podido promocionar a los candidatos que quería sin preocuparse por su habilidad personal para la lucha, porque sabía que ellos jamás tendrían que defenderse.

—Y ahora tiene un Senado lleno de gente que no puede defender sus puestos.

Él asintió y añadió:

—Esos cinco serían vencidos por otros a los que sin duda les importaría mucho menos la buena voluntad de Anthony. Y posiblemente luego habría más.

—Habláis de una de esas cosas de Halloween, ¿verdad? —preguntó uno de los enfermeros.

Me habían seguido desde la casa y uno de ellos en ese momento le daba golpecitos a tuestas a Ray en la mejilla con el dedo.

Ray abrió los ojos.

—Dame otra vez y te corto el dedo de un mordisco —lo amenazó Ray con malicia.

El tipo se echó atrás y gritó.

Suspiré. Yo no podía controlar las mentes. Al menos al nivel que hacía falta dadas las circunstancias. Pero allí había que poner orden.

—Pero ¿por qué matar a Elyas? —seguí preguntando yo—. ¡Jamás podría seguir formando parte de su Senado si lo mataba!

—Elyas era uno de esos cinco.

—¿Quieres decir que entonces mejor perder a uno que de todos modos habría resultado vencido en un desafío que perder a su campeón?

Louis-Cesare asintió.

Desde el estricto punto de vista de las pérdidas y las ganancias, el razonamiento tenía sentido. Si Louis-Cesare era declarado culpable de asesinato, Anthony podía hacer de él su esclavo y no volver a preocuparse jamás por la posibilidad de que pudiera desertar. Pero si simplemente lo dejaba marchar, Elyas de todos modos estaría muerto en cuanto fuera desafiado.

—¿Pero por qué Elyas?

Yo seguía empeñada en que el asunto estuviera relacionado con la runa. Porque la tarea de encontrarla se me había puesto excesivamente cuesta arriba.

El número de sospechosos del apartamento era limitado, pero por la discoteca podía haber pasado cualquiera. Eso por no mencionar que si Louis-Cesare tenía razón, entonces la había cagado. ¿Cómo podía alguien ganar un caso ante un tribunal cuando era el juez quien le había tendido la trampa?

—Anthony necesitaba a una persona con la que yo estuviera enfrentado, y sabía

que él tenía a Christine. Ningún senador habría accedido a hacerle semejante favor a un cónsul ajeno sin avisar primero al suyo. Una cosa así puede provocar fácilmente la división dentro del propio Senado.

Uno de los enfermeros trataba de hacer una llamada. Metí la mano por el lateral de la furgoneta, arranqué de un tirón el cordón del CB y se lo tendí.

—Vale, pero ¿por qué esta noche?

—Porque probablemente Anthony tenía espías en casa de Elyas que le informaron de que esperaban mi visita.

—Pero tú llegaste tarde. Si Anthony lo arregló todo justo para la hora en que se suponía que ibas a llegar, entonces Elyas hubiera debido de estar muerto antes de que tú llegaras.

—Sí, pero pudo esperar escondido en alguna parte y ponerse en marcha nada más verme llegar.

Yo fruncí el ceño.

—Pero has dicho que estuviste en la sala de espera solo un par de minutos como mucho.

—Alrededor de un par de minutos, sí.

—¿Así que en menos de dos minutos Anthony mató a Elyas, te tendió la trampa y todavía le sobró tiempo para robar una runa que ni siquiera sabía que existía?

Louis-Cesare me lanzó una mirada de frustración.

—¿Por qué discutes sobre este tema con tanta vehemencia?

—¡Porque sería un desastre si fuera verdad! ¿Por qué estás tú tan empeñado en mantenerlo?

—Porque lo olí nada más entrar en el despacho.

—¿Oliste a Anthony?

—Sí. Vagamente, solo un leve rastro. Pero probablemente se fue por la ventana. Estaba abierta. El olor no podía durar mucho.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—¡No tengo pruebas, Dorina! Y ni tu padre ni Kit pueden hacer nada contra un cónsul. No quiero que se hagan un enemigo inútilmente solo por mi culpa.

—Pero... si no se puede demostrar, ¿cómo vas a...?

—Yo no he dicho que no se pueda demostrar, solo que ellos no pueden demostrarlo. Cabe la posibilidad de que...

Louis-Cesare alzó la cabeza.

—¿Ahora qué?

—Los hombres del Senado. ¿Dónde está Christine?

—En casa, supongo.

Louis-Cesare se lamió los labios.

—Dorina, me sería mucho más fácil esquivarlos si ella no viniera conmigo. Sé

que es mucho pedir...

—Puede quedarse aquí —dije yo sin dejar de preguntarme si me había vuelto loca—. Se lo explicaré a Claire. Suponiendo que la encuentre. Pero eso no...

—Prométeme que la cuidarás, que no la dejarás sola. Queda solo una hora o así hasta el amanecer, y luego ella dormirá todo el día. Le buscaré un sitio seguro para mañana por la noche.

—¿Por qué necesita...?

—Prométemelo.

—Sí, bien. Pero todavía no me has dicho lo que piensas hacer con...

Parpadeé y me di cuenta de que le estaba hablando al aire. Louis-Cesare se había marchado.

Dos largas furgonetas negras chirriaron al llegar a la esquina y comenzaron a patinar hasta parar en la curva. Ni siquiera habían dejado de moverse cuando unos veinte guardias salieron en tropel. Los observé con una extraña especie de distanciamiento. La noche había alcanzado ese punto en el que ya es muy difícil que las cosas vayan a peor.

Una cabeza llena de rizos a la que yo conocía bien asomó por la ventana delantera de la furgoneta que iba delante.

Vale. Sí, podían ir peor.

—Es por culpa de esa mujer —me informó Du—. Ha vuelto hace menos de un día, y mira cómo estamos. Para mañana ya estaremos muertos.

—Tú ya estás muerto —le contesté yo.

—No hace falta que seas tan graciosa, Dory —soltó él.

Mientras tanto Marlowe se detuvo muy serio frente a mí.

—¡Lo sabía! —dijo Marlowe de mal humor.

—¿Sabías qué? —pregunté yo cauta.

—Sabía que estarías implicada en esto. ¿Dónde está?

—¿Ahora mismo? —seguí preguntando yo, encogiéndome de hombros.

—Señor, ¿podemos...? —comenzó a decir uno de los vampiros, que inmediatamente cerró la boca.

Las luces giraban y pintaban el pelo de Marlowe de color, y hacían brillar sus ojos marrones entrecerrados como dos rendijas.

—Lo estás ocultando.

Sacudí la mano con la que no sujetaba a Ray.

—Sí, claro. Porque éste es el lugar al que uno viene cuando quiere pasar inadvertido.

—¿Niegas que haya estado aquí?

—Puedes olerlo. Sabes muy bien que ha estado aquí.

—¡Sí, en lugar de presentarse ante un tribunal para salvar la vida!

—Creo que él piensa que el juicio no va a llevarlo a ninguna parte.

—¿Y venir aquí sí?

—Si encuentra al asesino...

—Louis-Cesare será declarado fugitivo de la justicia y el Senado tendrá que dictar una sentencia en su contra en veinticuatro horas —me dijo Marlowe con severidad—. Huir es como admitir la culpa. Si quieres ayudarlo, dime dónde está.

—Él es un maestro de primer nivel. Estará donde diablos quiera estar.

Marlowe alzó la vista hacia el enorme guardia que asomaba la cabeza por encima de él.

—Registra la casa.

Entonces me miró como si estuviera esperando mi reacción. Pero yo me quedé mirándolo a él. Por una vez no había grandes secretos ocultos en la casa. Los que tenía se los había arrojado todos al fey.

—Te destruiré por esto, aunque solo sea por venganza —dijo Radu entre dientes.

Marlowe se dio por vencido y se marchó apresuradamente en dirección a la casa.

Yo me encogí de hombros, eché a caminar tras él y añadí:

—Demasiado tarde.



Marlowe me observó con suspicacia al entrar por la puerta principal, pero a mí no me interesaba ni lo más mínimo mirarlo de arriba abajo. Me figuré que quería colocar micrófonos ocultos en la casa que yo quitaría en cuanto él se marchara. Yo solo quería ponerme ropa seca.

Me dirigí a las escaleras y entonces recordé que ya no había. Así que me desvié hacia el cuarto de estar en busca de una sábana. Encontré una que no olía demasiado a trol. Me la enrollé como si se tratara de un sarong y volví al pasillo. Y me detuve en seco.

Me fijé en algo diminuto que se movía junto a la puerta. Me incliné y comprobé que se trataba de un solitario guerrero de unos cinco centímetros de alto. Era una de las piezas del ajedrez de Olga.

El detalle en sí mismo era perfectamente natural en la casa: las piezas se dispersaban por cualquier parte. Pero no solían llevar antorchas encendidas ni ondearlas de un lado para otro con vehemencia. Y una vez que hubo captado mi atención, aquella diminuta cosa echó a correr y atravesó un bosque de ropa.

Finalmente se detuvo en lo alto de las escaleras que bajaban al sótano. Alzó la vista hacia mí. La minúscula visera de su casco brilló y reflejó la luz de la antorcha. Al ver que yo me quedaba donde estaba, la figurita volvió a sacudir la mano con impaciencia y a señalar hacia la negrura del sótano.

Me quedé ahí un minuto, balanceándome suavemente sobre los pies y preguntándome hasta qué punto tenía que estar paranoica una persona para llegar a creer que los juguetes la perseguían. Pero al final me encogí de hombros y le seguí el juego. Recogí la cosita y la bajé por las escaleras.

Al llegar abajo vi que otro diminuto guerrero estaba haciendo algo extraño junto al enorme y oxidado alambique de Pip. En el sótano no había luz y la antorcha de juguete arrojaba sombras ondulantes sobre las paredes que solo lograban confundirme más. Pero cuando me acerqué más me resultó evidente que estaba empujando palitos y trocitos de musgo, formando una especie de dibujo con ellos.

El primer guerrero comenzó entonces a darme golpecitos con la espada en la mano, así que lo dejé en tierra firme. Cruzó por encima del dibujo hecho en el suelo con los desconchones y acercó la punta de la antorcha al pie de la pila de palitos que tenía más cerca. El fuego se extendió por el pavimento de cemento, formando por un momento letras de bordes irregulares. Finalmente el combustible se agotó después de iluminar la palabra «Abierto».

Me quedé mirándolos. Después permanecí con la vista perdida y la mente fija en la ondulante huella que habían conseguido dejar en mis retinas. El mensaje estaba

bastante claro: lo habían dejado delante de la pared donde se manifestaba el conducto que había creado Pip hacia Fantasía. Pero si Claire estaba al otro lado, ella misma podía abrirlo. Y si no estaba allí...

Porque Ésubrand jamás habría dejado un mensaje así. Había estado demasiado poco tiempo en el sótano como para preparar semejante artimaña, y además estaba demasiado ocupado tratando de matarme. O al menos eso esperaba yo con verdadero ardor.

Alargué la mano sin dejar de preguntarme si estaba a punto de cometer un terrible error, y apreté el pequeño talismán que cargaba de energía el enlace entre el abismo de los caminos prehistóricos y el portal. Di un salto atrás, pero no fui lo suficientemente rápida. Por la pared apareció un torbellino de luz y de color que inundó el sótano oscuro y feo con una iluminación dorada y densa. Y algo grande entró tambaleándose procedente de la nada, que me dio un manotazo que me tiró al suelo.

Me golpeé el cráneo con tal fuerza contra el cemento, que vi las estrellas. Pero era difícil concentrarse en ellas cuando sentía cómo me aplastaban hasta arrebatarme la vida. Aquel enorme peso se movió un poco, y entonces pude respirar a pesar de seguir aplastada.

Sólo que eso fue peor.

Tenía espacio en los pulmones para inflarlos, pero los tenía encogidos de miedo dentro del pecho. En una ocasión me había quedado enterrada bajo un montón de cuerpos en descomposición, de carne gelatinosa y miembros gangrenados, pero el hedor que soltaban no era tan pestilente como ése. Sentí arcadas, pero no tenía nada en el estómago que vomitar. Suerte que no me había comido ese sándwich, pensé mientras oía que alguien comenzaba a dar palmadas sobre carne de trol.

—¡Apártate de ella! ¡Muévete, Ysmi! Dorina, ¿estás bien?

No contesté. No estaba segura de que pudiera hablar y, de todas formas, tenía miedo de abrir la boca y dejar que me entrara otro poco más de ese hedor. Pero alcé la vista.

Una uña gorda, resquebrajada y amarilla me miraba a la cara. Iba pegada a un pie lleno de callos y verrugas y a una piel más dura que una roca, y todo ello en conjunto formaba parte de algún tipo de hongo de un verde amarillento muy sucio. Mi último pensamiento consciente fue que, después de todo, tener el pie de un trol encima de la cara era lo peor que me había pasado en todo el día.

Me desperté no sé cuánto rato después en mi propia cama. La lluvia azotaba la ventana. Había una nota sobre la puerta. Eché un vistazo y comprendí que alguien, probablemente Claire, me había puesto una camiseta y me había vendado la muñeca. Pero a juzgar por la roña general, no se había parado a darme un baño.

Me preparé uno con muchas pompas de jabón; un lujo poco frecuente para mí. Me metí en la bañera con la nota de la puerta. Tenía dos páginas. Claire había sido incapaz de resumirlo todo en una sola o de esperar hasta el momento de vernos. Tenía que recuperar el tiempo perdido.

*¿Quién es ese tipo, Marlowe? Es un gilipollas. Échalo. Como vuelva, lo amenazaré con sentarle encima a Ysmi.*

Sonreí. Me hacía realmente falta dormir pero ¡maldita sea...! Lamentaba de verdad habérmelo perdido.

*¿Cómo es que «vampiros no» acaba convirtiéndose en una casa abarrotada de vampiros? Tienes unos amigos muy raros. Esa Christine me asusta. Métela en el armario grande de la habitación de invitados de la planta baja, que no tiene ventana, ¿vale?*

Sin duda Christine apreciaría que le pusieran la cama en un armario. Por otro lado las únicas habitaciones que quedaban sin vistas eran la despensa, que ya no existía, y parte del sótano, que estaba lleno de trols. Bien mirado, creo que se llevaba la mejor parte.

*¿Por qué hay dos cabezas rodando por toda la casa? Los gatos han tratado de comerse una de ellas. Se lo he impedido lo mejor que he podido.*

Me pregunté qué quería decir con eso de «lo mejor que he podido». Pero decidí que prefería no saberlo.

*El tipo sin cabeza está en el armario de las escobas del pasillo, con la cabeza que creo que es la suya. Lavé el cuerpo en el jardín de atrás; estaba lleno de porquería. La cabeza suelta muchos tacos. Pero no tantos como los que soltó Radu cuando descubrió que no incluiste un coche nuevo en el trato con ese tipo, Cheung. Dijo que lo llamas.*

Ups. Sabía que olvidaba algo. Tomé nota mentalmente de evitar a Radu en un futuro inmediato. Quizá también en un futuro lejano. Me pregunté si habría algún modo de reclamarle a Mircea un Lamborghini a cuenta y a mis expensas. Probablemente no.

*Para tu información, Olga ha creado un nuevo portal. Bueno, no es nuevo. Es el viejo con un destino nuevo. Ahora tiene dos colores: el verde va a Fantasía, el azul al salón de belleza. Pero lo ha abierto hoy mismo y no tenemos modo de volver a menos que se abra por este extremo. Lo siento. La próxima vez enviaremos a alguien más pequeño por delante.*

*Llama a la puerta de mi habitación cuando te levantes.*

La última frase me dio mala espina, pero no iba a evitar también a Claire. Salí chapoteando del baño e hice recuento de mi colección de heridas. Después de todo no había añadido tantas como esperaba. Me puse una camiseta y un par de suaves pantalones de chándal grises y me dirigí a la habitación de Claire mientras me secaba el pelo con una mano.

No podía haber estado durmiendo mucho tiempo porque fuera todavía era de noche. Claire estaba despierta. O al menos salía luz por la rendija de la puerta. Llamé y ella abrió. Llevaba el largo pelo pelirrojo enrollado en rulos de tela. Según parecía no había perdido el tiempo en el salón de belleza.

—No sabíamos que estabas en casa; de haberlo sabido te habríamos esperado —dijo Claire muy seria antes de que yo pudiera decir nada—. Pero es que cuando oímos el caos de los hechizos de protección...

—¿Quieres decir que de verdad sirvieron para algo? Ya empezaba a dudar.

—Durante alrededor de un minuto. ¡Hasta que esos malditos *svarestris* los desactivaron!

Claire se echó a un lado y yo entré. Había trasladado una cama igual a la suya a la habitación, y Aiden y *Apestoso* estaban tumbados encima como dos bultos gordos sin parar de roncar. O al menos *Apestoso* no paraba de roncar, despatarrado en la cabecera de la cama igual que un marinero borracho con las piernas en jarras. Aiden estaba acurrucado a un lado como un querubín. Era de los que se chupaban en pulgar, noté yo contenta. *Apestoso* jamás lo había hecho. No le interesaba nada que no pudiera comerse.

—Los *svarestris* han tenido que manipular las protecciones desde dentro —dije yo, sentándome en la cama de Claire. Se las podía tratar de derribar desde fuera, pero solo se podían anular teniendo acceso a la fuente de poder desde dentro—. ¿Cómo consiguieron revertir la entrada de los portales?

Claire se sentó en la silla del tocador, levantó los pies, los apoyó sobre el edredón y continuó con lo que estaba haciendo, que era pintarse las uñas.

—He estado pensando en ello. Por lo general usan a los manlíkans para explorar por las tierras de los feys de la oscuridad y como muñecos de pruebas en los campos de prácticas. Pero no suelen usarlos como guerreros. No creo que *Ésubrand* los mandara para luchar contra nosotras, sino para que buscaran el modo de entrar en la



casa. Debería de haber estado más atenta a ver qué hacían los otros que andaban por ahí mientras unos pocos nos entretenían.

—¿Y no habría sido más sencillo que ellos mismos anularan las protecciones?

Claire sacudió la cabeza.

—Las protecciones no tienen en cuenta a los manlíkans. Para ellas, ni siquiera existen. Pero un portal es distinto; es otro tipo de magia. Y no sé cómo, pero los *svarestris* sabían que había uno en la despensa...

—Lo vio *Æsubrand* la última vez que estuvo aquí —dije yo, que me acordé de cómo Louis-Cesare y yo habíamos escapado de él utilizando ese portal.

—Sí, eso también había estado preguntándomelo: no son tan fáciles de detectar a menos que estés justo delante de uno. De todas formas lograron revertir el sentido, sólo que para entonces estaban agotados por la tormenta y la lucha contra nosotras...

—Así que esperaron hasta esta noche para entrar, mientras estábamos durmiendo —terminé yo la frase por ella.

El razonamiento era lógico.

—Sí. Atacar a mujeres y niños cuando están durmiendo en la cama, ¡a eso es a lo que *Æsubrand* llama honor!

Yo personalmente pensé que *Æsubrand* llamaba a eso inteligencia. A mí no me gustaban sus tácticas, pero desde un punto de vista estrictamente militar la estrategia era perfecta. Y si no se hubiera presentado Cheung, le habría dado un buen resultado.

Lo dije en voz alta y Claire frunció el ceño muy enfadada.

—¡Caedmon debió de matarlo cuando tuvo oportunidad!

Yo parpadeé. Era exactamente lo que yo había pensado, pero me resultaba desconcertante oírsele decir a ella. La mujer a la que yo conocía había plantado caléndulas en el jardín para evitar que los bichos se comieran las plantas porque no le gustaba tener que aplastarlos. Se había pasado una semana entera sin hablarme después de verme golpear a una rata hasta matarla con el palo de una escoba. Era de las que comían tofu, detestaba las pieles de animales y estaba a favor de la idea pacifista de llevar zapatos de plástico. Pero según parecía las cosas estaban cambiando.

Claire se ruborizó, pero no bajó la vista.

—Es cierto. ¡Es así!

—Yo no tengo nada que alegar. Lo que no comprendo es por qué *Æsubrand* esperó tanto tiempo para atacar. Habría tenido muchas más oportunidades de vencer de haber atacado mucho antes, antes de que yo llegara con refuerzos... por decirlo de algún modo.

Claire alzó la vista de los dedos de los pies. Se estaba colocando un algodón entre los dos últimos.

—Sí, y hablando de esos refuerzos...

—Ya sé que no querías vampiros en casa —dije yo, tratando de ordenar mis argumentos a favor.

—No, si la idea empieza a gustarme —me dijo, sorprendiéndome—. Me parece que no estamos en posición de rechazar ninguna ayuda. Es solo que no estoy muy segura de esos vampiros en concreto. Ese tipo, Cheung, estuvo horas apostado en el exterior de la casa, esperando a que tú llegaras. Y no tenía buena pinta. Traté de llamarte media docena de veces para advertirte...

—Apenas he tenido el móvil conmigo durante toda la noche.

Claire alzó una ceja, pero no me hizo preguntas.

—Supuse que lo sabías y que por eso precisamente no volvías. Te dejé un mensaje y nos fuimos a la cama en cuanto resultó evidente que era incapaz de atravesar la barrera de protección. ¿Y ahora, de repente, confías en él y permites que se encargue de nuestra seguridad?

—Yo no confío en él —le dije, estirándome encima de la cama—. Confío en el sistema. Es bastante duro con los maestros que se pasan de la raya. Y Cheung dio su palabra.

—¿Y eso cuenta?

—Si te la da a ti o a mí, no. Pero se la ha dado a un miembro del Senado, y eso ya es muy distinto.

—¿Quieres decir que si no hace honor a su palabra se enfrentará a alguna clase de castigo?

—A bastante más que eso. Antes de que existieran los Senados había una guerra casi constante entre las distintas casas de los vampiros; las alianzas se cambiaban continuamente, se apuñalaban los unos a los otros por la espalda y se traicionaban. Piensa en la Italia de la Edad Media, con cada pequeña ciudad estado apropiándose ambiciosamente de los territorios de los vecinos, intentando expandir sus tierras a sus expensas. Era un derramamiento de sangre completo que diezmaba a todas las casas. Pero una vez que se organizaron los Senados se establecieron leyes muy duras a propósito para que ni siquiera el botín más rico mereciera la pena pagar el precio.

—¿Entonces podemos fiarnos de que Cheung nos ayudará?

—Sí, durante los próximos días. Hasta que llegue Heidar —dije yo. Me erguí en la cama y me senté mientras soltaba un largo bostezo que dividió mi rostro en dos. O me iba a la cama, o me dormiría allí mismo. Pero primero tenía que hacer una cosa—. Y hablando de ayuda, ¿todavía quieres hacer algo para ayudar a la investigación?

El rostro de Claire se iluminó.

—Sí, aunque tengo que decirte que las cosas por aquí no han estado tan aburridas como yo esperaba.

—No, somos una panda muy divertida.

Claire soltó un bufido antes de preguntar:

—¿Qué quieres?

—Necesito que me hagas una receta.

*Lluvia. Comenzó de camino, pero él agachó la cabeza y siguió adelante. Los cascos del caballo removían el barro. La lluvia le había obligado a ir más despacio; no le quedaría mucho tiempo hasta la mañana. Hasta que llegaran otros para quedarse mirando y hacerse preguntas, para lamentarse e interrogar y borrar las pocas pruebas que pudieran quedar.*

*El jinete desmontó. El ruido de las espuelas era el único sonido artificial en la callada noche. La luna estaba alta, medio llena y rebosante de una luz acuosa. Transformaba todo el universo en platas brillantes y negros. A la izquierda una antigua arboleda de manzanos recortaba el oscuro cielo con tracerías de ramas más oscuras todavía. Los manzanos estaban desnudos; la temporada había terminado y el viento frío tiraba las pocas hojas que quedaban o las pegaba a la corteza. Las que ya habían caído crujían bajo sus pies, muertas como todo lo demás en aquel lugar.*

*Ató el caballo a uno de los árboles, al resguardo de cualquier peligro, y siguió adelante. Le preocupaba la proximidad del amanecer pero era imposible moverse más deprisa. Sería irreverente, como echarse a reír delante de una tumba.*

*A la derecha estaba la capilla, todavía parcialmente protegida por un tejado de pizarra. Se detuvo ante la puerta o más bien ante el lugar en el que hubiera debido de estar la puerta. Había ardidado hasta las mismas bisagras. Desenterró las piezas de metal con el pie de entre las hojas y las cenizas empapadas sobre la piedra fría. Tampoco quedaba nada del tejado, que era de madera igual que el altar. Pero si estaba el crucifijo, en cierto sentido. La plata había ido goteando por las paredes, pintando las antiguas piedras con un barniz de belleza.*

*Entró por el oscuro pasaje. En una ocasión había estado radiantemente iluminado con candelabros que en ese momento, con su débil brillo en medio de la oscuridad reinante, no eran sino meros indicios del pasado que solo despertaban a la realidad cada vez que los rayos de la linterna incidían sobre ellos. Encontró al primero de ellos allí, acurrucado y con una forma irreconocible en aquella oscuridad.*

*Se arrodilló junto a él. Una tenue luz se filtraba a través de la estrecha ventana y junto con ella un soplo de aire frío y el amortiguado sonido de la lluvia. El cuerpo estaba carbonizado, irreconocible. Pero la cruz que llevaba al cuello había quedado atrapada debajo y solo estaba negruzca. Era pequeña y sencilla, y estaba hecha con un metal más sólido que el oro. Así que entonces no era el que buscaba.*

*El pasaje terminaba en lo que debía de haber sido el refectorio. Como no tenía tejado la niebla lo cubría todo, pero a pesar de ello pudo reconocer las formas rectangulares de las largas mesas donde se servían las frugales comidas. Allí*

*también había cuerpos. Pero el que buscaba no estaba entre ellos.*

*A lo largo de otro oscuro pasillo y tras pasar otras salas encontró por fin la pequeña estancia llamada Misericordia. Era allí donde se impartían los castigos a aquellos que habían violado la estricta regla. Pero ningún castigo concebido por el hombre habría podido hacer eso.*

*El cuerpo estaba extendido en el suelo. Los ojos muertos miraban al techo. A diferencia de los otros, no se había quemado. No había señales en absoluto de carbonización en la estancia, e incluso el techo había aguantado. Quizá por eso estuviera tan bien conservado: la lluvia no lo había tocado, el viento no lo había azotado.*

*Pero de nada había servido. El rostro estaba irreconocible, seco y marchito; los ojos blancos; el pelo una vez castaño, quebradizo y sin color; la boca abierta en un grito mudo. La mano medio cerrada, como si se hubiera aferrado a algo.*

*Tiró suavemente de los huesos que apenas sostenían juntos la piel. El delicado movimiento provocó el reacomodo del cuerpo con un susurro seco; la muñeca rota se soltó y desgarró la quebradiza piel del brazo. El sonido pareció repetirse como un eco en su mente, y el frío de muerte lo penetró.*

*Tiró con más fuerza; obligó a la mano a soltar su secreto. Y de pronto estaba simplemente agazapado tras el refugio de una pared quemada con la palma de la mano abierta y una cruz de brillante de oro macizo entre los dedos. Dibujó la forma de las piedras preciosas sin tallar que decoraban la pieza, relucientes y calientes por el contacto de su mano, y sintió cómo la tensión salía de su vientre para enroscarse alrededor de la espalda. Escuchó la sangre cantar en sus oídos, sintió el dolor apuñalarlo como un millón de hojas afiladas y la amargura de la culpa volver a posarse en su lugar bajo las costillas, donde la llevaba siempre.*

*Donde la llevaría ahora y siempre.*

Rodé por la cama hasta ponerme boca arriba, di una patada a las sábanas y emití un gruñido de pura rabia. Las sábanas viejas estaban húmedas y se me quedaban pegadas. Hacía calor en mi cuarto y el ambiente era incómodamente bochornoso. Me quité la camiseta, me puse una limpia y abrí la ventana.

Esperaba un poco de brisa fresca, pero terminé empapándome la cara con una ráfaga de lluvia. Por supuesto me colgué del marco de todos modos, sin importarme si me mojaba o no. Mientras pudiera refrescarme...

La tormenta me hizo volar el pelo húmedo y me abanicó las acaloradas mejillas. Fue maravilloso. Oí a alguien tocar la escala musical con un instrumento de viento cuyas notas débiles y distantes cabalgaron con la brisa. Incliné la cabeza contra la pulida madera del marco de la ventana y observé cómo la luz lamía el cielo.

Durante nuestro último trabajo en equipo un accidente mágico había tenido como

consecuencia que yo compartiera los recuerdos de Louis-Cesare. Todos ellos. Y como él tenía casi cuatrocientos años, era mucha la información que había que asimilar. Al principio la mayor parte de ella no era más que una neblina; toda una vida de impresiones que se habían derramado sobre mi cerebro de una sola vez. Era demasiado: demasiado deprisa, demasiado abrumador para cualquiera. Pero desde entonces yo no hacía más que tener *flashbacks* de su vida pasada.

De no haber sido por el vino, puede que al final se hubieran asentado en alguna parte junto con el resto de mis monstruos para salir a acechar solo a mi subconsciente. Pero dadas las circunstancias, yo veía casi cada noche un desfile de imágenes. Algunas estaban fragmentadas y no tenían sentido, pero otras eran tan reales como si yo misma las hubiera vivido. Y ésta era de esas últimas.

Todavía podía oler el hedor acre del fuego, notar en la lengua el sabor como de papel, sentir el fuerte estallido de dolor como si hubiera sido mío. Él no creía... algo... no esperaba... ¡Joder! Se me estaba escapando.

Un repiqueteo de lluvia me golpeó la pierna que tenía colgando, pero me quedé ahí sentada un buen rato. Contemplaba el jardín de atrás a oscuras. Saboreaba la amargura, la fruta destinada a pudrirse, las esperanzas perdidas y los sueños arruinados. Aunque no sabía qué significaba nada de eso. Era como ver una película sin saber el final. O el comienzo. O quiénes eran los personajes principales.

A sabiendas de que probablemente nunca lo descubriría.

«Sé lo que quiero», había dicho él. Y evidentemente quería a Christine. Porque a pesar de sus principios yo no podía concebir ninguna razón por la que tuviera que quedarse con ella si no quería hacerlo. Si no había decidido hacerlo. Ciertamente, había jodido unas cuantas cosas, pero también las había pasado canutas para volver a encontrarla e incluso se había dejado consumir por completo a manos de los mismos magos que retenían a Christine a cambio de su libertad. Él no le debía nada de nada.

Así que la quería. Y tenía razón. Porque a pesar de lo que decían los cuentos, el amor, el enamoramiento o lo que diablos fuera que había entre nosotros no salía victorioso siempre por encima de todo. No cuando dos personas procedían de mundos tan distintos como los nuestros. Y menos cuando estábamos genéticamente diseñados para matarnos el uno al otro.

Desde el principio había sido una mala idea. Y menos mal que al menos uno de los dos se había dado cuenta antes de que las cosas llegaran todavía más lejos. Fin del juego, fin del cuento, se acabó. Excepto por los malditos recuerdos que no me dejaban en paz.

Llovía cada vez más y yo estaba casi empapada. Por no hablar del suelo, la mesilla de noche y mi bolsa de trucos sucios. Tiré del petate que guardaba debajo de la cama, lo saqué todo y lo dejé en fila sobre la cómoda para que se secara. Eran cosas caras y salían de mi presupuesto.

La segunda camiseta mojada fue a la cesta de la ropa sucia. Me puse otra y me dejé caer sobre la cama caliente y arrugada. Me aferré viciosamente a la almohada buscando algo fresco. Al día siguiente tenía un trabajo que hacer; no tenía tiempo para eso. Me concentré en el ruido intermitente de la lluvia y me esforcé por volver a dormir.



Nueve horas más tarde seguía teniendo calor. Y con menos de seis horas de sueño en el cuerpo me había convertido en un bicho más raro todavía de lo normal. Por supuesto las circunstancias no colaboraban tampoco.

Una ráfaga de viento estuvo a punto de tirarme al suelo y el pitido de una bocina me estalló en los oídos a quemarropa. Me giré y vi mi propio reflejo mirándome en un brillante guardabarros cromado. Me sorprendió teniendo en cuenta que el guardabarros se levantaba a casi un metro ochenta y tres centímetros del suelo.

Yo estaba junto a un polvoriento camión blanco de la basura que se balanceaba en el aire adelante y atrás muy despacio como un barco en una marejada. El iracundo conductor se asomó por la ventana para mirarme de mal humor y me gritó:

—¡Apártate de la carretera!

—No estoy en la carretera —señalé yo—. La carretera está por ahí.

A unos tres y pico metros por encima de nosotros se extendía una fila de coches que viajaban alegremente haciendo caso omiso de la ley de la gravedad. Sus sombras se ondulaban sobre el paisaje, bloqueándome la vista del sol de forma intermitente y haciéndome pasar del sol a la sombra a cada instante. Me costaba acostumbrar los ojos al cambio constante de luz, pero a pesar de todo estaba claro que el gracioso conducía muy por debajo de la pista de tráfico.

Se lo indiqué, pero a pesar de tomarme la molestia sólo conseguí que volviera a pegarme otro bocinazo.

Así que por supuesto le enseñé el dedo corazón apuntando hacia arriba.

Él me contestó con un taco, echó marcha atrás y luego pasó rozando por delante de mí, lo cual me obligó a agazaparme. Se desvió para evitar a otro vehículo, giró a un lado y a otro para encajarse entre un par de autobuses y desapareció en el deslumbrante brillo del sol de agosto. El estruendo que provocó hizo vibrar hasta la tierra.

¡Gilipollas!

No tuve tiempo ni de recuperar el aliento cuando el aire a mi alrededor comenzó a fusionarse y a reconcentrarse; parecía contraerse como una estrella en el último minuto del proceso de colapso. Salté a un lado al sentir el chisporroteo de una luz blanca y caliente sobre los ojos. Un ruido ensordecedor irrumpió en el aire. Otro vehículo saltaba a la existencia con un estallido de chispas que formaban la silueta de un coche.

Un niño iba con la cara pegada a la ventanilla del asiento de atrás. Me miró sombríamente por un instante y después me sacó la lengua. Su padre pisó el acelerador, dio nueva vida al motor y cambió de marcha, y el coche se alzó desde el

suelo como el pájaro que en realidad no era.

Comprendía el principio: siempre era más fácil hechizar un objeto inerte que algo cuyo campo de energía cambiaba constantemente como el cuerpo de un humano. Ésa era la razón por la que los hechizos de levitación requerían invariablemente de algún tipo de plataforma. En los malos tiempos del pasado se usaban escobas porque siempre estaban a mano y nadie alzaba una ceja inquisitiva cuando la veía en un rincón. El equivalente moderno era el coche, que indudablemente era mucho más cómodo para el trasero.

Pero verlo en la realidad todavía me producía dolor de cabeza.

Los tronadores crujidos de los recién llegados sacudían el aire en todos los sentidos del espacio, mezclando el rugido de los motores, el repiqueteo de la música de la radio y un montón de risas inducidas por el alcohol. Observé la distancia de aire que me separaba de mi destino, la mansión situada en la siguiente colina en la que un mago estaba a punto de conceder una entrevista, al otro lado de la alocada extensión de coches.

¡Ya la tenemos!

Había supuesto que llegar hasta Lutkin no sería fácil. En ese momento era el campeón del mundo y por tanto el centro de todas las atenciones. Pero me había figurado que el principal problema sería atravesar los mecanismos de seguridad, no llegar hasta el tipo en cuestión.

Entre la mansión y yo se interponía algo más que un atasco de tráfico aéreo. Habían elevado los coches para apartarlos del mar de puestos ambulantes blancos y deslumbrantes que se desparramaban por la colina. Los puestos estaban todos apretujados y entre ellos había gente dedicada a la reventa de entradas, gente vendiendo comida grasienta y más gente, toneladas de gente deambulando. Atestaban hasta el último centímetro de espacio libre comprando recuerdos, haciendo cola para comprar regalos o apostando. Jamás llegaría a tiempo.

—¿Quieres que te lleve? —gritó alguien.

Alcé la vista y vi un descapotable azul cielo planeando a un metro ochenta por encima de mí.

Un simple vistazo al coche me bastó para decidir que, después de todo, caminar no estaba tan mal.

—Gracias, pero solo voy a esa casa.

La rubia que me había invitado se alzó con muy poca precaución por encima del asiento del copiloto para sonreírme.

—¡Es demasiado peligroso! —exclamó, haciendo un gesto con su largo cuello y arrojando un amplio arco de cerveza al aire—. La mitad de la gente que anda por aquí ni siquiera debería conducir.

Lo dijo sin ninguna ironía a pesar del hecho de que la capota de tela negra de su



coche no hacía más que levantarse y bajarse como si fuera un extraño pájaro dispuesto a levantar el vuelo. El conductor, un joven rubio tirando a pelirrojo, tiró de una palanca para fijarla atrás, pero en lugar de eso puso en marcha el limpiaparabrisas.

—Se me dan bien las situaciones peligrosas —le aseguré yo.

Ella sacudió la cabeza un tanto achispada.

—Te van a atropellar —insistió, abriendo la puerta y casi cayéndose fuera del coche. El cinturón de seguridad la retuvo. Eso pareció dejarla perpleja—. ¿Todavía se dice que te van a atropellar aunque te den un golpe en la cabeza?

—Preferiría no tener que descubrirlo —dije yo.

Me aparté para no seguir justo debajo de su coche. Es cierto que la magia es mágica, pero mi cerebro seguía pasándolo mal a la hora de aceptar que esas enormes moles de metal pudieran colgar de esa forma del aire. Seguía esperando que una de ellas me cayera en la cabeza y me aplastara igual que el dedo pulgar aplasta a un mosquito.

—Pues entonces súbete aquí —dijo la chica, que se volvió hacia su compañero—. Ronnie, baja.

Ronnie examinó nerviosamente las palancas y por fin tiró de una que hizo que el coche saliera disparado casi otros dos metros hacia arriba.

—¡No, no, abajo! —gritó ella.

Estaban a un pelo de chocar contra la carrera oficial de coches con sus números pintados en los laterales.

Muerto de miedo, Ronnie viró violentamente a la derecha. Se desvió de la carrera, pero se tragó un Volkswagen Escarabajo que se había quedado atascado en medio del aire. Tenía el capó levantado y el culo del dueño sobresalía por un lado del motor con las piernas colgando. O al menos colgaban hasta que el golpe provocó que el Escarabajo saliera rodando en una dirección y el propietario en otra. Tras unas cuantas vueltas finalmente el propietario comenzó a descender de cabeza hacia el suelo, pero la carrera lo pilló en medio del aire para gran satisfacción del público.

Por su parte el hombre rescatado no parecía tan encantado. Le oí gritar mientras el rubio del descapotable volvía a bajar lentamente a mi nivel.

—¡Oh-oh! —exclamó la rubia.

El conductor del coche de carreras que había realizado la hazaña comenzó a sacudir la cabeza y a señalar en nuestra dirección.

Ronnie me miró y gritó:

—¡Bueno!, ¿vas a subir de una vez o no?

Yo había rechazado la oferta pensando en la base sobre la que se asentaba la carretera: en este caso el aire. Pero el tráfico comenzaba a acumularse alrededor del accidente, de forma que cada vez había más y más gente conduciendo por fuera de

los carriles de tráfico de seguridad. Y comenzaba a dudar que la mayor parte de ellos supieran conducir incluso en tierra.

Me agarré a un lateral del coche, esperé a que la parte más alta volviera a descender y subí al asiento de atrás. Ronnie pisó a fondo el acelerador antes incluso de que me hubiera sentado; me vi proyectada hacia los brazos de un tipo con el pelo de un rubio sucio, vestido con una camiseta azul de tirantes.

—¡Hola! —sonrió él.

Traté de apartarme de sus brazos sin clavarle el codo en ningún punto sensible.

—Toni y Dave —me dijo la rubia, inclinándose por encima del asiento de delante.

Supuse que Toni era la joven morena que me estaba echando mal de ojo. Me aparté de su novio y ella me recompensó con una Bud chorreante de la nevera que llevaba a los pies. Por el suelo traqueteaban tantas latas vacías que comprendí al instante por qué Ronnie sufría de falta de coordinación.

Pero como yo no tenía que conducir, bebí. El aire ardía repleto de gases de combustible y pesaba debido a la humedad, y yo sentía que necesitaba respirar a través de una toalla. Diez minutos bajo el resplandeciente sol me habían dejado la camiseta sudada y desagradablemente pegada a la espalda. Ojalá me hubiera puesto pantalones cortos y sandalias en lugar de vaqueros y botas.

—Yo soy Lilly —añadió la rubia para terminar las presentaciones—. Es el diminutivo de Lilith, pero nadie me llama así.

Yo asentí. Jamás había visto a nadie que tuviera menos pinta de llamarse Lilith. Llevaba un top ajustado y pantalones cortos, los dos blancos, y encima una blusa a cuadros blanca y rosa. Tenía unos rizos rubios muy bien definidos; es decir, los que no se le habían escapado y pegado a la nuca o al rostro sudoroso, y los llevaba en dos coletas a los lados con gomas de Hello Kitty que hacían juego con el brillo de labios y con el color de uñas Pepto Bismol. Si la verdadera Lilith seguía existiendo en alguna dimensión, sin duda estaría planeando la venganza.

—Dory —dije yo, saludándola con la mano vacía con la que antes había sostenido la cerveza.

La había perdido un segundo después de que un par de chicos montados en monopatines Boogie pasaran volando como si tuvieran motores atados a la espalda. Se habían dedicado a girar por encima y alrededor de nosotros para hacer la figura de un ocho. Uno de ellos me había quitado la cerveza y luego habían salido todos disparados, lanzando hurras como locos.

—¡Vale, ya está bien! —gritó la rubia—. Esos bastardos ya me tienen harta. ¡A por ellos!

Me pareció poco probable que los pilláramos porque los chicos parecían tener bastante más control de sus diminutos soportes que Ronnie de su cochazo. Pero de todos modos obedecimos la orden. Dimos media vuelta por entre el pendenciero

tráfico y aceleramos para dirigirnos directamente hacia un enorme roble. Los chicos descendían en picado hacia él mientras se reían del Escarabajo clavado justamente sobre la cima.

El conductor de una grúa también se había parado al lado del accidente e intentaba enganchar un cable terminado en gancho al parachoques trasero del Escarabajo. Nosotros pasamos por delante precisamente en el momento más inoportuno, porque el tipo enganchó el cable a nuestro coche.

—¡Oh, Dios! —gritó Lilly al ver que el cable nos lanzaba a dar vueltas alrededor del árbol, arrastrando de paso a la grúa con nosotros.

—¡Frena! —grité yo.

Nuestro coche fue arrojado por el aire como una bola, con la grúa al otro extremo del cable haciendo de contrapeso.

Era el tipo de situación que habría desconcertado hasta al conductor más experto, cosa que Ronnie no era. Se cagó de miedo y comenzó a agarrarse a todas partes. En rápida sucesión, abrió el maletero, consiguió cerrarlo y puso la radio. Eso sí, no hizo absolutamente nada para impedir que fuéramos a parar directamente al centro de los carriles de tráfico.

Por la radio comenzó a sonar una dulce música de reggae. Trepé por encima de Toni para intentar soltar la capota, pero estaba enganchada al marco metálico de la parte superior del deportivo y como toda la tela estaba arrugada, yo ni siquiera pude verlo. Y de todas formas llegó un momento en el que ya no importó, porque el tipo de la grúa pisó el freno y nosotros comenzamos a girar a su alrededor en una órbita frenética. El marco superior se desgarró con un chirrido metálico agonizante y salió volando, y nosotros seguimos dando vueltas en el sentido contrario.

—*Don't worry* —cantó cadenciosamente la radio mientras nosotros nos dirigíamos directos a la carrera oficial de coches esta vez—. *Be happy*.

Sin embargo Ronnie no parecía muy contento, a pesar de que consiguió agacharse justo a tiempo al pasar a toda velocidad con un chirrido estridente. Luego volvió a sacar la cabeza inmediatamente. Parecía cabreado. Y lo mismo el tipo de la grúa, que venía en nuestra dirección siguiendo el rastro de los restos voladores del descapotable. Por fin Ronnie consiguió encontrar el freno y entonces nos pusimos a girar como una peonza. Dimos muchas vueltas porque no había nada que nos frenara. Por último pisó el acelerador y salimos del bucle.

Seguimos la pista de nuestra propia estela de gases del tubo de escape y nos colamos entre nuestros perseguidores. El humo acre nos hacía a todos toser y llorar. El tipo de la grúa tenía la ventanilla bajada, así que probablemente tenía... los mismos problemas que nosotros y no nos vio cambiar de rumbo. O puede que sus reflejos no fueran tan buenos. Porque siguió adelante y nos perdió de vista. Sin embargo los coches de la carrera sí giraron y continuaron persiguiéndonos.

Lilly observó la grúa e inmediatamente abandonó la actitud temerosa para mostrar indignación.

—¡Eh, ese tipo se ha llevado mi capota!

—Ya no —dijo Toni.

Los restos se habían soltado del cable y siguieron volando como un enorme murciélago hasta aterrizar sobre el parabrisas de uno de los coches de carreras.

El conductor, cegado, pisó el freno y el coche que iba detrás chocó contra su maletero y se quedó como un acordeón. El que iba a continuación terminó de hacer papilla al segundo. Mientras tanto el gancho suelto de la grúa había caído sobre un puesto ambulante. El golpe rasgó la lona y soltó su anclaje al suelo, y la gente que andaba por allí tuvo que tragarse la cerveza al sol. No pareció que eso les gustara mucho, porque se pusieron a perseguir la lona como un enjambre de abejas a través de la multitud hasta que alcanzaron el cable. Seis o siete tipos grandes lo agarraron y comenzaron a tirar de la grúa hacia tierra.

—¡Uau! —exclamó Toni.

Los tres que íbamos en el asiento de atrás nos inclinamos por encima del maletero para verlo.

—¡La he jodido pero bien! —se quejó Ronnie, que observaba la carnicería por el retrovisor.

—¿Habéis visto dónde ha aterrizado la capota? —preguntó Lilly, que no dejaba de examinar cada centímetro de tierra.

Mientras tanto y para terminar de arreglar la situación, el acordeón de los tres coches unidos llegó flotando por encima hasta los carriles del tráfico, llevándose tras de sí los restos del precioso accesorio de nuestro descapotable, que no dejaban de revolotear arriba y abajo como si fueran alas.

—Apuesto veinte pavos por los borrachos de ahí abajo —dijo Dave.

Muchos otros se unieron a la guerra de tirar del cable. Pero entonces el tipo de la grúa pisó el acelerador y salió disparado, llevándose con él de paseo a los forzudos más cabezotas.

Uno de esos fortachones obligados a hacer autoestop por el aire aterrizó sobre la lona de otra tienda, que naturalmente derribó, mientras otros dos eran arrastrados entre la multitud para dibujar su autógrafo. El hecho provocó unas cuantas peleas porque la gente perdió su puesto en la cola, pero yo no conseguí ver cómo acababa la cosa porque Ronnie hizo un ejercicio de valor y nos sacó de allí. Momentos después nos unimos a una cola de vehículos que iban pisando huevos hacia las casetas de venta de entradas que se alzaban por encima del portón doble de entrada a la casa.

La mansión era despampanante: brillaba a pleno sol sobre lo alto de la colina como una tarta de bodas de mármol. A pesar de estar situada en la parte norte del estado de Nueva York parecía sacada directamente de la Roma antigua, con sus

columnas, sus pórticos y su enorme terraza. La mayor parte de la gente estaba reunida al aire libre en medio del lujo, bebiendo en altos vasos congelados como si tuvieran alguna posibilidad de deshidratarse y contemplando el caos desde arriba.

Me pregunté qué pensaría la cónsul acerca del desastre en que habían convertido los magos su césped perfectamente recortado. Aquél era solo el tercer día de un acontecimiento que iba a durar toda la semana. Pero los terrenos estaban ya cubiertos de desperdicios y estropeados con las huellas cruzadas de los neumáticos de los coches que habían tenido el sentido común de permanecer donde Dios, o al menos la industria del automóvil, pretendía desde el principio que estuvieran.

Me figuré que los maltratados coches pertenecían a los vendedores ambulantes, porque los coches de los miles de aficionados a las carreras eran dirigidos a un lado, donde se producía la explosión de color que los hacía flotar como nubes gigantes de formas extrañas por encima del paisaje. Iban organizándolos por pisos como en el aparcamiento de un garaje pero sin garaje, y los más altos llegaban a poco más de nueve metros. Sólo que no había escaleras.

La moraleja más evidente era que si uno no conseguía apañárselas bien con el hechizo de levitación más básico, lo mejor era no ir. Era lo típico de siempre: los magos actuaban como si controlaran por completo el mundo sobrenatural y el resto de nosotros simplemente viviéramos en él. Pero teniendo en cuenta quién patrocinaba ese año el evento, la cosa se estaba poniendo un tanto difícil.

Nos dirigieron hacia la cola que estaba más cerca, alineada alrededor de un estanque ornamental. Entre los rosales y asomando al lado de la fuente diseñada a imitación de Bernini había botellas de cerveza, latas de refrescos y bolsas vacías de aperitivos. Cerca había un enorme conjunto de gradas avejentadas por el tiempo colocadas de cara a la casa. Estaban llenas de gente que observaba en estado de trance el enorme espacio vacío sobre la calzada circular que llevaba a la mansión.

Cada pocos minutos una cola de naves variadas, en su mayor parte coches pero también extrañas motos, aviones e incluso barcos, salían levitando del enjambre hacia la zona acordonada junto a la casa. Se alineaban a la altura de la terraza y se quedaban ahí un momento para dejarse bañar por el frenesí que reinaba en el lugar. Algunos de los conductores saludaban e incluso se ponían de pie para incitar todavía más a las masas de aficionados ya de por sí excitadas. Cuando la histeria de gritos, ondear de banderas y pancartas llegaba al punto culmen, la cónsul se levantaba de su silla en medio de la terraza y dejaba caer un pedazo de seda. Un segundo más tarde estallaba un ensordecedor crujido y toda la fila de vehículos desaparecía.

Era el momento que se les concedía a las hordas para dejar sus puestos, descansar las cuerdas vocales e ir a comprar más cerveza. Y luego el proceso volvía a comenzar. Yo lo encontré monótono, pero nadie parecía estar de acuerdo conmigo. El hecho se producía solo una vez al año y todo el mundo sobrenatural se volvía loco.

Estábamos en guerra, pero a nadie le importaba durante esa extravagante semana.

—Así estarás mañana —me dijo Dave con la vista fija en el espejo del tamaño de una piscina que flotaba por encima de la casa.

Ronnie se giró para ver cómo cambiaba el espejo.

—No es probable.

Había estado reflejando la imagen de los cielos azules, los campos verdes y las gradas avejentadas repletas de aficionados saludando. Pero luego se onduló y cambió a una escena de llamas saltarinas de color púrpura. Junto a esa fiera montaña de fuego serpenteaban los mismos corredores que acababan de saludar y desaparecer: surgían y salían de la escena como imposibles hormigas diminutas alrededor de la hoguera del infierno.

—¡Oh, venga, no me digas que ha vuelto a decepcionarte! —se quejó Dave.

—¡Es el campeonato! —contestó Ronnie con los labios apretados.

—¡Pero si tú eres el mejor! —exclamó Lilly indignada.

—No cuando hay diez millones de dólares en juego —le dijo Ronnie, cuyos ojos reflejaban, sin embargo, que se sentía herido.

Lilly me pasó otra cerveza de la nevera que tenía a los pies.

—El padre de Ronnie es Lucas Pennington —afirmó con orgullo, como si yo tuviera que conocerlo.

Puede que tuviera que conocerlo, pero la locura anual del campeonato mundial jamás había significado gran cosa para mí. Era un asunto de magos y yo no tenía mucho trato con ellos, aparte de hacerles algún que otro encarguito ocasional cuando algún trabajador mago estaba en apuros. En general los magos tenían tendencia a mostrarse bastante extraños, igual que sus deportes favoritos.

En el mundo sobrenatural no existía la Asociación Nacional de Carreras de Automóviles de Serie o Nascar. Ni tampoco el fútbol o el tenis. En lugar de eso tenían la locura conocida como la carrera de los caminos prehistóricos.

Hacía mucho tiempo que a los magos se les había ocurrido que, con la debida protección, podían surfear a lo largo de esos caminos, conduciendo su propia energía para llegar de un punto a otro. Y como los caminos prehistóricos unen el mundo entretejiéndolo por fuera del espacio real, eso significaba que podían atravesar grandes distancias en muy poco tiempo. Suponiendo que uno lograra salir vivo, claro está.

Todos los años era la misma historia. De los doscientos o más participantes capacitados para competir en el campeonato mundial, solo un veinte por ciento más o menos la terminaba. De ese ochenta por ciento que se quedaba atrás, la mayoría volvía cojeando otra vez a la línea de salida contando un complicado cuento acerca de cómo la naturaleza, su vehículo o los dioses habían conspirado en su contra. Pero los caminos se cobraban cada año su buen cinco o diez por ciento.

Al día siguiente todos los periódicos sacaban un editorial sobre el asunto para denunciar en voz alta la barbarie que significaba la carrera. Algunos funcionarios del gobierno incluso ponían cara de disgusto. Pero nunca cambiaba nada. Formaba parte de la carrera.

Supongo que yo no puse una cara lo suficientemente neutral, porque Ronnie se sonrojó.

—La carrera es mucho más que conducir, ¿sabes? —me dijo a mí.

—Pues no, la verdad es que no lo sé.

—¿No sigues las carreras? —me preguntó Lilly atónita e incluso ligeramente asustada, como si yo acabara de admitir que comía serpientes vivas.

—Pues no, lo siento.

Por fin nos llegó el turno ante la caseta flotante de venta de entradas, en donde la gente pagaba sumas exorbitadas por entradas para tres días.

—Tú no deberías tener que comprar una entrada —le dijo la rubia a Ronnie muy indignada, de camino al aparcamiento flotante—. ¡Deberías estar en los boxes!

—¡Detesto estar en los boxes! —admitió Ronnie. Entonces me miró a mí—. La última vez llevaba nuestra bandera, me distraje y la bajé demasiado pronto.

—No me parece tan terrible.

—¡Pero papá se marchó sin la rueda de atrás!

—Bueno, tampoco es que fuera a necesitarla.

—¡Ah, claro que la necesitó! —dijo Ronnie con amargura—. La carrera se desarrolla más que nada sobre los caminos, pero no todos se cruzan, ¿sabes? A veces hay que viajar un kilómetro o dos para llegar de uno a otro...

—¡Ay! —exclamé yo, compadeciéndome.

Él asintió con desánimo.

—¡Pero no era para eso para lo que tú estabas entrenado! —insistió Lilly con inquebrantable lealtad.

—¿Y para qué te habías entrenado? —pregunté yo.

Porque desde luego no era para conducir.

—Soy hechicero.

Lilly asintió con entusiasmo y afirmó:

—¡Es el mejor!

—No estoy muy segura de saber qué es eso exactamente —dije yo.

Cuatro pares de ojos incrédulos se giraron hacia mí.

—¡Es cierto que no sigues las carreras! —exclamó Lilly como si no lo hubiera creído la primera vez.

—¿Qué es lo que sabes de las carreras? —me preguntó entonces Ronnie con curiosidad.

Parecía fascinado. Igual que un científico que se enfrentara a una especie nueva y

extraña: la de «Me importa un bledo», de la familia de los «A tomar por culo las carreras».

Yo me encogí de hombros antes de contestar:

—Bueno, sé que primero hay que ser mago, luego hay que pagar una cuota que te cagas, y además hay que estar loco.

De hecho estar loco no entraba dentro de los requisitos imprescindibles, pero era muy conveniente. Porque nadie en su sano juicio se apuntaría voluntariamente para participar en una trampa mortal.

Lilly me miró frunciendo el ceño y bueno, la verdad es que yo no había tenido mucho tacto. Pero Ronnie simplemente sonrió.

—¿Estás completamente segura de que no sigues las carreras?

—Creo que una vez vi parte de una carrera en un bar —admití yo.

—En un equipo por lo general hay cuatro personas —me explicó Ronnie—. El conductor, que dirige a todo el equipo; el navegante, que le ayuda a buscar la ruta mejor; el maestro protector, que protege al equipo de... ejem... de cualquier cosa de la que haya que protegerlos...

—Se refiere a la competición —dijo Toni con cierta pereza.

—... Para conseguir que superen todos los obstáculos —dijo Ronnie, terminando la frase.

Entonces se quedó callado, mirándome expectante, y yo mordí el anzuelo.

—¿Qué obstáculos?

—No hay ninguna senda trazada, así que el único modo de asegurarse de que todo el mundo da la vuelta a la Tierra es obligarlos a hacer paradas a lo largo del camino —me explicó.

—Con obstáculos en cada parada —supuse yo.

Él asintió con entusiasmo. Evidentemente las carreras eran su pasión. Su delgado rostro se iluminaba al hablar de ellas, y sus ojos azul claro brillaban.

—Puede ser cualquier cosa. Nunca se sabe, porque todos los años cambia. Barreras físicas, barreras mágicas e incluso laberintos...

—Aparte de la propia competición —dijo Toni con una voz cantarina un tanto cascada.

—Sí, los participantes siempre andan a la caza de los grandes corredores —confirmó Lilly—. Y no hay ningún control fuera de las paradas, porque como no hay ruta, los coches son libres de ir por donde quieran. Los hechiceros tienen que contrarrestar los ataques de los otros equipos y conseguir que el suyo supere los obstáculos. ¡Es la tarea más importante de toda la carrera!

—Suena divertido —mentí yo.

Observé por el rabillo del ojo la aglomeración de coches por delante de nosotros.

La mayor parte de los vehículos se apiñaban alrededor de una gran congestión de



tráfico aéreo a la espera de que uno de los hostigados guardias del aparcamiento les indicara dónde aparcar. Pensé que llegaría antes andando.

—Puedes dejarme aquí —le dije a Ronnie—. Puedo...

No terminé la frase porque de repente él aceleró. El coche salió disparado fuera de la cola con desenvoltura o más bien con temerario desenfreno; todo depende de si Ronnie pretendía realmente o no colarse por el estrecho espacio entre dos filas de coches ya aparcados. El movimiento me lanzó hacia atrás y hacia Toni.

—No hay prisa —dije yo, perdiendo toda esperanza de llegar de una sola pieza.

—¡Me vas a decir que no! —soltó Lilly, que luego añadió, mientras señalaba con la lata de cerveza—: ¡Todavía nos siguen!

Giré el cuello y vi a nuestro viejo amigo el conductor del coche de carreras. Salía de la caseta de venta de entradas y nos seguía a toda velocidad con el cabreado propietario del Escarabajo al que había rescatado sentado en el asiento del copiloto.

—¡No ha sido culpa mía! —insistió Ronnie, que iba dejando que el coche descendiera peligrosamente.

Volví la vista al frente y vi que Ronnie también miraba para atrás, en dirección al coche que nos perseguía. Pero la tribuna repleta de gente se extendía ante nosotros.

—¡Las tribunas! —grité yo, señalándolas.

—¿Qué?

—¡Las tribunas! —repetí al tiempo que le giraba la cabeza con ambas manos.

Ronnie se quedó helado, parado, observando nuestra perdición.

—¡Oh, por el...! —exclamó Lilly.

Lilly se subió por encima de Ronnie y pisó a fondo el freno. Paró al llegar a la parte trasera de las tribunas pero se quedó tan cerca, que yo podría simplemente haber sacado la mano para tocar la madera vieja. Por suerte los varios miles de personas allí reunidas bajo un sol de justicia miraban en la dirección contraria, excepto un niño pelirrojo que se asomaba por entre los listones.

Tenía una sonrisa manchada de azúcar de algodón rosa y se aferraba a su golosina con su diminuto puño. Pero se la embadurnó toda en el pelo a Lilly, que se puso a chillar y se olvidó del coche. Entonces el vehículo comenzó a flotar arriba y abajo por encima del público como una pelota de acero. Aparentemente eso estaba prohibido, porque casi de forma inmediata un mago de uniforme y con aspecto enfadado salió de un lateral para dirigirse hacia nosotros.

—¡Maldita sea! —exclamó Toni un poco nerviosa.

A mí personalmente el asunto no me inquietó lo más mínimo. Y aunque comprendía la razón por la cual las patrullas no iban en vehículos tan voluminosos como un coche cuando tenían que andar de un lado para otro por encima de las cabezas de los asistentes, la elección que habían hecho en sustitución del coche me parecía muy desafortunada.

—¿No podrían haberos puesto una moto por lo menos? —le pregunté yo al mago montado en un patinete eléctrico Segway.

Él esbozó un gesto de mal humor y le dirigió la palabra a Ronnie.

—Está prohibido levitar por encima de la tribuna.

Ronnie no le respondió. Estaba demasiado ocupado observando al dúo iracundo del coche de carreras. Se habían detenido detrás de la tribuna y ambos asomaban la cabeza por donde sobresalían los banderines para gritarnos obscenidades.

—Vas a tener que quitar tu vehículo de aquí —insistió el policía, que en esa ocasión se dirigió a Lilly.

Pero el esfuerzo volvió a ser en vano.

—¡Mi pelo! —gritó ella, roja de ira—. ¡He pagado una fortuna por este color! ¡Arreste a ese niño!

El mago no contestó porque entonces llegó volando una lluvia de cristales verdes junto con una botella de cerveza que estalló contra el lateral de nuestro coche.

—¿Qué diablos...?

El policía contratado únicamente para las carreras miró a su alrededor. Trataba de adivinar de dónde procedía toda aquella basura. La gente de las tribunas que estaba por debajo de nosotros gritaba furiosa.

Dudo que la mayor parte de los cristales dieran en el blanco, porque un chico había aparcado su monopatín Boogie por el lado del que procedían las botellas y nos protegía además del sol. Flotaba por encima de la multitud y había desviado la mayor parte de la lluvia verde hacia las tribunas. Pero eso no pareció importarle a nadie de los que estaban allí sentados. Nosotros estábamos a unos tres metros y medio por encima de las tribunas, así que los espectadores no podían alcanzarnos. Pero eso no significaba que no pudieran lanzarnos un hechizo. Y me figuro que eso fue lo que nos golpeó y casi nos hizo volcar.

—¡Bueno, ya está bien! —exclamó el poli, que descendió para ir a llamar la atención al juerguista de más abajo.

Justo entonces yo cogí al vuelo otra botella que venía directa hacia mí.

Se la arrojé de vuelta a quien me la había tirado: un tipo joven que estaba de pie en lo alto de las tribunas. Él y su grupo de amigos estaban hablando con el conductor del Escarabajo, que seguía señalando en nuestra dirección y gritando. Pero de pronto todos ellos se quedaron inmóviles y boquiabiertos, mirando algo que había detrás de mí.

Me giré y comprendí que la multitud observaba el enorme espejo. Aparte de las escenas de la carrera, el espejo reflejaba también entrevistas a conductores famosos, a patrocinadores de coches y anuncios. Solo que costaba imaginar qué pretendía vender aquella imagen en particular.

Pero una cosa era segura: el hombre que estaba sentado en el enorme sillón no iba

a conceder ya ninguna entrevista más.



El hombre estaba sentado frente a la cámara en un enorme sillón orejero con las piernas cruzadas y ligeramente inclinado hacia un lado. Sobre un cenicero junto a su codo ardía un cigarrillo, cosa que resultaba extraña porque el tipo parecía llevar muerto al menos un siglo. Tenía la piel oscura y marchita como el cuero viejo, el pelo completamente blanco y los labios arrugados hacia arriba y apergaminados a mucha distancia de la dentadura, de modo que su sonrisa era espantosa.

—Y ahora unas palabras del varias veces campeón del mundo, ¡Peter Lutkin! — anunció a borbotones el presentador, que parecía que no se había enterado de nada.

Lilly gritó.

No fue la única. Momentos después el caos cuidadosamente controlado dejó de estar controlado. Algunas personas se quedaron sentadas, conmocionadas, contemplando la horrorosa imagen del hombre muerto. Pero muchas otras se pusieron en pie para exigir una explicación, llamar a los niños o reunir sus pertenencias. No quedó ni rastro del alegre y estridente ambiente de un segundo antes.

Y eso fue particularmente cierto después de que dos corredores atónitos chocaran cerca ya de la línea de meta. Al coche de uno de ellos debía de ir saliéndosele la gasolina o el aceite o algún otro líquido inflamable, porque inmediatamente una tienda de lona que había cerca ardió en llamas. Por si a alguien se le había olvidado que estábamos en guerra, la columna de humo negro que subió hasta el cielo le sirvió de recordatorio. La multitud ya de por sí asustada echó a correr.

Yo salté fuera del coche haciendo caso omiso de la voz realzada mágicamente que nos instaba a mantener la calma y permanecer en nuestros asientos. E igual que yo, el resto de la gente. El chico del monopatín Boogie detuvo mi caída en medio del aire y el instante del aterrizaje se postergó al comenzar a deslizarme con él hacia la parte más baja de las gradas. Ya estaba felicitándome a mí misma por haber encontrado una manera tan rápida de salir de allí cuando una corriente de aire frío volcó la tabla y me dejó boca abajo sobre la carretera. Tenía los dedos pringosos y no pude evitar soltar el monopatín más o menos al mismo tiempo que un camión pasaba volando justo por debajo. Caí sobre el cargamento y usé el camión como plataforma para lanzarme sobre el parachoques de un coche de policía que se dirigía hacia la mansión a toda prisa con la sirena encendida. Viajé con ellos, que no dejaban de mirarme con los ojos atónitos, directa hasta la terraza de la casa.

Por supuesto no llegué mucho más lejos. A diferencia de Elyas, la cónsul no estaba dispuesta a correr riesgos con su primera línea de defensa. El guardia que me capturó al vuelo era al menos maestro de segundo nivel, y sospecho con fundamento que su compañero era de primer nivel. Mi viaje había terminado.

Hasta que la providencia en forma de humanidad aterrada acudió en mi ayuda. De repente los carísimos coches de carreras no eran los únicos que invadían las pistas; al ver que no podían salir todos al mismo tiempo por la puerta principal, la gente comenzó a coger atajos. Media docena de coches surcaron el cielo sobre nuestras cabezas. Giraban justamente alrededor de la casa para dirigirse hacia la carretera y hacia el camino prehistórico que la atravesaba.

Uno de esos coches pasó tan cerca de la mansión, que desgarró un cartel oxidado con el nombre de «El Camino» del enlucido de la villa. Provocó una nube de partículas en el aire y dejó al descubierto los ladrillos. El vampiro que me sujetaba juró. Yo casi podía oír sus pensamientos. Si bastaba una sola pasada por encima para provocar ese daño, ¿qué pasaría si se producía un choque frontal? Sobre todo si alguno de los coches en cuestión llevaba lleno el tanque de gasolina.

De pronto yo perdí todo interés. Por lo que él sabía, yo no era más que una humana asustada. Me empujó en dirección a un joven sirviente que se resguardaba a la sombra del pórtico romano y que asomaba la cabeza con su juego de esposas mágicas, y luego él y su compañero despegaron hacia los arietes voladores.

El vampiro sirviente tenía una melena castaña que le llegaba a los hombros, ojos azul claro y labios de un rosa pálido que no terminaban de ocultar los brillantes colmillos. Y si asomaban era sin duda porque tenía hambre. Teniendo en cuenta su nivel, hubiera debido de estar a salvo en alguna habitación, soñando con muñecas sonrosadas. Sin embargo tenía que estar manos a la obra en las carreras, lo cual dado su nivel de poder suponía un fuerte desgaste de recursos.

Estaba claro que se consideraba con derecho a tomarse un aperitivo. Me sonrió amablemente y me tendió la mano.

—Tranquila, esto no te va a doler.

Yo le devolví la sonrisa.

—De hecho estoy convencida de que sí.

Instantes después los brazos del atónito vampiro estaban cuidadosamente esposados alrededor de una de las columnas romanas y yo entraba por la puerta principal. Tal y como esperaba, no había hechizos de protección; con tanta gente entrando y saliendo con motivo de las carreras, habría sido imposible mantenerlos activos. Pero era extraño que la cónsul, que era conocida por su prudencia, estuviera dispuesta a renunciar a un mecanismo de protección tan básico...

Lo sentí de repente: fue como si me dieran un puñetazo en el estómago y me lanzaran contra la pared. No se trataba ni de un hechizo ni de un arma, sino de una inmensa sensación de presencia. Yo había vivido rodeada de vampiros toda mi vida, pero nunca de cientos de ellos juntos, jamás de tanta cantidad de maestros de nivel sénior, y menos todavía bajo el mismo techo. Aquella sensación de estar en presencia de tantos vampiros casi me vuela la cabeza.

Por supuesto que ella no necesitaba ningún hechizo de protección, pensé mientras me aferraba a la pared para mantener el equilibrio. ¿Quién diablos podía atreverse a entrar en un lugar así? Sólo yo lo había hecho, y de ninguna jodida manera iba a meter el rabo entre las piernas y salir corriendo solo por culpa de una sensación, por muy incómoda que fuera.

Pero si no iba a huir, entonces tenía que moverme. A esas alturas el bebé vampiro tenía que haber llamado ya para pedir ayuda, y yo estaba de pie en medio del maldito vestíbulo. Un sirviente como Horatiu ya me habría visto, y mucho más el tipo de guardias delos que sin duda dispondría la cónsul. Y por allí no había ningún Mircea para decirles a todos que a esa dhampir no había ni que tocarla.

Sólo respirar ya me costaba; de hecho pensar en ir a cualquier parte me sonaba absurdo. El aire me resultaba denso y pesado dentro de los pulmones; era como si de repente tuviera un par de atmósferas más de lo normal que presionaran todo mi peso hacia abajo. Respiraba trabajosamente y sentía como si los pies me pesaran al menos una tonelada cada uno. Incluso estar de pie era toda una lucha.

Tenía que conseguir llegar al siguiente salón, me dije con cabezonería. No había más que unos cuantos metros, eso era todo. Entonces podría plantar la cara sobre el precioso suelo de mármol.

No sé cómo conseguí llegar; no recuerdo en absoluto que me moviera. Pero de pronto estaba tambaleándome en lo que parecía una armería, con grandes ventanales cubiertos con largas cortinas drapeadas a lo largo de una de las paredes y una enorme vitrina de cristal a lo largo de otra. Y definitivamente lo de plantar cara quedaba descartado.

Un par de sirvientes estaban sentados a una mesa, sacándole brillo a unos cuantos utensilios. Si era para utilizarlos en el desafío de esa noche, quedaba claro que allí nadie estaba bromeando. Entre las armas no había ninguna espada para hacer prácticas. Yo prefería que nadie probara ninguno de esos utensilios conmigo, así que salí de allí tambaleándome con mucho sigilo y sin detenerme.

Salí por la puerta situada frente a la que había entrado, pero no tenía ni idea de adónde demonios llegaría. En la imagen proyectada en el espejo del hombre muerto no había demasiadas pistas acerca de dónde podía estar ese salón dentro de una mansión que tenía las proporciones de un campo de fútbol. Lo único que recordaba de la imagen era el borde de una chimenea y un trozo de alfombra que podían estar en cualquier parte.

No obstante la media docena de escurridizos sirvientes con los que me tropecé en el estrecho pasillo se dirigían hacia el ala izquierda de la casa. No parecían asustados, pero es que un buen sirviente jamás lo parece; sin embargo tampoco perdían ni un segundo. Ni yo, que seguí el repiqueteo de sus tacones hasta un enorme salón situado al final del corredor.

Aquella sala era una sinfonía de amarillos: desde las cortinas de seda y la tapicería de brocado, hasta el tono apagado de la piel del hombre muerto. Bingo. Entré con sigilo. La docena de gente allí presente apenas me miró un instante. Pero una cabeza de pelo rizado sí se giró hacia mí con brusquedad.

—¿Cómo demonios has entrado tú aquí? —me preguntó Marlowe en tono exigente.

Su aspecto era el de un vampiro angustiado que hubiera permanecido despierto durante todo un día y toda una noche. Seguía llevando el mismo traje de la noche anterior, que ya entonces estaba arrugado y que en ese momento comenzaba a dar hasta vergüenza.

—Por la puerta principal.

Por una vez mi intención no fue contestar con ligereza; sencillamente no tenía energías para explicarme.

Pero Marlowe, por supuesto, esbozó un gesto de mal humor.

—Mircea va a tener que comenzar a poner en práctica sus propios consejos y a ejercitar un poco la discreción. ¡Traerte aquí no ha sido nada inteligente por su parte!

—¿Qué le ha pasado a Lutkin? —pregunté yo, que olvidé repentinamente mencionar que no había sido Mircea quien me había dejado entrar.

—¿A ti qué te parece?

Marlowe hizo un gesto hacia los sirvientes que me bloqueaban el paso para que se echaran a un lado. Probablemente esperaba alguna sabrosa pista como la de la última vez, solo que yo no estaba nada receptiva. Y ya que iban a sacarme de allí a patadas en cuanto él se diera cuenta, ni siquiera me molesté en examinar el cadáver.

Desde luego había visto muertes más repugnantes. No había ni una gota de sangre que contrastara delicadamente con la decoración en amarillo brillante. De hecho el cuerpo estaba en los huesos; no solo le habían succionado la sangre, sino además cualquier otro fluido. Hasta los ojos estaban secos, recostados sobre los pómulos y apenas sostenidos en su lugar por los párpados apergaminados.

Era extraño, pero me seguía pareciendo como si me estuviera mirando. Busqué inmediatamente el objeto al que hubiera podido quedarse mirando y encontré las heridas producidas por los dedos que lo habían agarrado del cuello.

¡Mierda!

—Ningún fey ha podido hacer esto, por muy poderoso que sea —dijo Marlowe mientras yo me inclinaba para examinar esas heridas de cerca.

Y maldito fuera, pero tenía razón. Aquéllas eran las delatadoras señales de un vampiro que le había sacado la sangre y al que no le importaba si le dejaba marcas o no.

—Parece que es obra de un resucitado —dije yo.

Los resucitados jamás se saciaban y a veces se dejaban llevar por la pasión. Pero

¿para qué tomarse la molestia de entrar en la mansión cuando disponía de un océano de presas justo ahí fuera?

—Ninguno de esos animales estúpidos habría podido atravesar jamás ni la barrera de los guardias, ni los escudos de los hombres —contestó Marlowe, que pareció hacerse eco de mis pensamientos.

—Bueno, pero al menos con esto Louis-Cesare queda fuera de sospecha —señalé yo.

—¿Y cómo es que llegas a esa conclusión?

Yo fruncí el ceño.

—Tú mismo lo has dicho: no ha podido ser ningún resucitado. Así que es evidente que a Lutkin lo mataron por la runa. Él debió de asesinar a Elyas con esa misma intención, y ahora le han devuelto el favor.

Marlowe siguió frunciendo el ceño.

—Pero si tenía la runa, ¿por qué no la utilizó? Era un mago poderoso de una familia de renombre. Y a diferencia de Elyas, no podemos creer que no supiera cómo usarla.

—Quizá no tuviera oportunidad —sugerí yo, observándolo despacio—. Míralo.

Las manos de Lutkin parecían más bien garras, los protuberantes huesos y los ligamentos sobresalían de la piel consumida. Pero eso no afectaba a su posición. Una mano colgaba por un lado del sillón con un vaso de vino apretujado todavía entre los dedos sin vida. La otra se doblaba inofensivamente sobre el regazo. Y lo que resultaba todavía más revelador era que seguía teniendo los pies cruzados a la altura de los tobillos; no había tenido tiempo siquiera de ponerse en pie.

—Eso no ayuda en nuestro caso —afirmó Marlowe irritado—. La única criatura que podría haber consumido a alguien así de deprisa es un maestro de primer nivel o quizá uno de segundo nivel muy fuerte. Como Louis-Cesare.

—¡Y como la mitad de la gente que está en esta casa ahora mismo! Vuestra energía unida casi me tira nada más atravesar la puerta. ¿Están alojados aquí todos los aspirantes?

—Una tercera parte más o menos. El resto están repartidos por los alrededores de Nueva York.

—¿Pero la mayor parte de ellos, si no todos, están aquí, no es eso?

Era una buena apuesta teniendo en cuenta que fuera era pleno día. Un maestro de primer nivel podía soportarlo con facilidad, pero la pérdida de poder era inmensa. Y nadie se expondría a una pérdida así justo antes de enfrentarse a un combate. Y menos cuando lo que estaba en juego era tan importante.

Marlowe se quedó mirando el cadáver con frustración y de muy mal humor.

—¡Claro que están aquí, pero tienen un motivo! Y ni estaban en la subasta ni tenían modo de saber que el mago podía ser importante.



—¿Quién más ha podido entrar aquí?

Marlowe emitió un gruñido de disgusto.

—¿Te refieres aparte de Lutkin y de la docena de magos que insistieron en conceder sus entrevistas en la terraza bajo el ardiente sol? Entonces solo quedan los aspirantes y sus sirvientes, pero todos ellos están en la lista de invitados. Y la prensa y su personal de apoyo, que sin duda se lanzarán sobre nosotros como los buitres que son...

—¿Y Geminus y Ming-de? —lo interrumpí yo. Porque supuestamente ninguna de las personas que había mencionado conocían tampoco la existencia de la runa—. Cualquiera de los dos podría haber hecho esto sin sudar una sola gota.

—Geminus tiene un apartamento en Nueva York y Ming-de se ha traído a la mitad de su corte. No podíamos acomodarlos a todos, así que decidió alquilar una casa para las carreras.

—Cualquiera de los dos podría haberse colado aquí —señalé yo—. Seguramente Geminus conoce esta casa como la palma de su mano, y Ming-de es lo suficientemente fuerte como para nublar la mente incluso de un maestro de primer nivel.

—Igual que Louis-Cesare.

—¿Y para qué iba Louis-Cesare a matar a Lutkin? ¡Y una mierda! ¡Él no tenía ningún motivo, Marlowe!

—Sí, ese argumento le será muy útil a Mircea. Lutkin estaba en la subasta. No estaba en la fiesta de Elyas. Pero ahora está muerto. O bien él mató a Elyas para conseguir la runa y ahora lo han matado a él por el mismo motivo, o bien alguien creyó que la tenía y lo ha matado en vano. De un modo u otro, Louis-Cesare es inocente.

—A mí me parece lógico.

—¿En serio? —preguntó Marlowe con aspereza—. Pues a ver qué te parece esto otro. Louis-Cesare mata a Elyas por Christine. Lo pillan con las manos en la masa, así que teme por su vida. Entra en un estado de pánico y huye en lugar de presentarse ante el tribunal, y por último asesina a un chivo expiatorio que pueda apoyar su defensa.

—¡Eso es ridículo! Ha huido, ¿crees que se le ocurriría venir precisamente aquí? Si quería ver muerto a este tipo, ¿por qué no lo mató en su propia casa?

—Lutkin es un mago poderoso y rico. Sin duda su casa está plagada de hechizos de protección que Louis-Cesare desconoce por completo. Sin embargo sí conoce la casa de la cónsul, y puede eludir fácilmente los mecanismos de seguridad.

—¿Sin ser visto? —pregunté yo en tono exigente—. ¿Ni al salir, ni al entrar?

Marlowe alzó una ceja.

—Parece que no conoces a Louis-Cesare tan bien como yo creía.

No tuve tiempo de preguntarle qué quería decir con exactitud porque una bandada de periodistas eligió precisamente ese instante para entrar por sorpresa en el salón. Una tonelada de ellos había estado rondando por el lugar para cubrir el evento de las carreras, y según parecía todos sin excepción pretendían entrar en el limitado espacio de aquel salón. Yo comprendí la razón un segundo después, cuando el portavoz oficial de la cónsul entró también con aspecto de sentirse muy violento.

Y al ver el cadáver se sintió todavía más violento. El elegante Mircea Basarab se detuvo en medio del salón sin inmutarse ante los clics de las cámaras, los *flashes* o la horda de expectantes periodistas. Y dijo una palabra malsonante.

—Lord Mircea, ¿qué puede decirnos del inusual estado del cuerpo?

—¿Hay alguna razón para que las medidas de seguridad pertinentes no estuvieran funcionando como debían de modo que hubieran podido prevenir este...?

—¿Cómo cree usted que afectará esto a las actuales relaciones del Senado y el Círculo?

—¿Puede hacer algún comentario acerca de los rumores que circulan sobre usted y la nueva...?

—¡Despejen la sala! —gritó Mircea.

Una docena de vampiros se desvivieron por obedecer al instante. Yo me sorprendí un poco. Los periodistas vampiros publicarían lo que la cónsul les dijera que tenían que publicar, pero los magos no tenían semejante restricción. Y por eso Mircea solía andarse con más cuidado con ellos. Aunque también es cierto que darle un giro positivo a aquel asunto podía quedar fuera del alcance incluso de su capacidad.

—¡Esto es intolerable! —exclamó Mircea, mirando el cuerpo como si fuera culpa suya que estuviera muerto—. No hay manera de disimular una cosa así. Elyas por lo menos era de los nuestros, pero ahora ya está el Círculo exigiéndonos una explicación por la muerte de Lutkin. Acaban de informarme de que han mandado una delegación... —Mircea se interrumpió al verme—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—¿No la has traído tú? —preguntó Marlowe, poniéndose colorado.

—¡Yo ni siquiera sabía que estuviera aquí!

Marlowe se giró hacia mí.

—Me has dicho...

—Que he entrado por la puerta principal, lo cual es cierto.

—¿Que has entrado... cómo?

—Andando.

Marlowe se puso colorado y bueno, quizá esa última salida no hubiera sido tan inteligente. Yo comencé a explicarme y entonces Mircea me interrumpió.

—Me prometiste que te apartarías de todo esto, Dorina.

De hecho yo no recordaba haberle prometido nada semejante, pero no me pareció el momento más apropiado para obligarlo a rectificar.

—Has dicho que a ti no te importaba si Lutkin tenía o no la runa, pero a Claire sí le importa. Quiere la runa a toda costa. Vine aquí con la esperanza de hacerle a Lutkin unas cuantas preguntas, y me lo encontré así.

—¡Tú no te lo has encontrado así, en medio de esta fortaleza de vampiros! ¡Tú ni siquiera puedes estar aquí! —exclamó Mircea—. ¿Es que no comprendes...?

—Yo lo que comprendo es que la lista se va reduciendo. Lutkin está muerto y Ásubrand no ha podido matarlo. No así. Y Cheung también está limpio, al menos en el caso de la muerte de Elyas. Anoche estaba en mi casa...

—Junto con muchos otros. ¿Por qué no me dijiste que alojabas nada menos que a la realeza? —preguntó Mircea.

—¿Se me pasó?

A Mircea la broma no pareció hacerle ninguna gracia. Un segundo después sentí que dos largas sombras se me aproximaban por la espalda.

—¿Me estás echando?

—Me prometiste permanecer alejada de esto —afirmó Mircea muy serio al mismo tiempo que alguien me cogía del brazo—. Y eso es lo que vas a hacer.

—¡Puedo ayudarte, Mircea!

—¡Sí que puedes! —gritó colérico Mircea—. ¡Puedes ayudarme...!

Súbitamente Mircea se interrumpió. Los rostros de los dos vampiros perdieron al instante el color. Fue casi cómico porque ocurrió muy deprisa. Pero de repente algo que no me resultó en absoluto cómico me hundió a mí también.

Yo jamás había comprendido la analogía acerca de «la tonelada de ladrillos» que se te caía encima, pero en ese momento la comprendí. Porque eso fue exactamente lo que sentí: como si un enorme peso acabara de aplastarme y me hundiera. Ni siquiera intenté seguir de pie; caí de rodillas, rogando para no tener que apoyar la cara en el suelo.

Pero lo peor de todo no fue la presión.

—Bonito monstruito. Me había olvidado de ella, Mircea —comentó una voz femenina.

Al mismo tiempo que sonaban aquellas palabras, cientos de voces se deslizaron entre mis pensamientos para reptar como bichos por los oscuros rincones de mi mente. Podía sentirlos, notaba cómo se retorcían dentro de mi cráneo.

Arañas, serpientes; se trataba de animales pequeños y tenebrosos, figgoneando por cada diminuto y oscuro espacio de mi interior. De no haber estado ya de rodillas, eso me habría fulminado.

—Ya se marchaba —dijo Mircea tenso.

—No, deja que se quede —contestó la cónsul, inclinándose hacia mí—. De todos modos parece que conoce todos nuestros secretos.

—Ella no sabe nada que no sepa el más insignificante de nuestros siervos.

Una lustrosa cabellera morena se deslizó sobre un hombro desnudo y yo sentí unos cuantos rizos colgar junto al sudor de mi rostro. Hasta que una delgada mano de bronce los apartó suavemente de mí. Su piel era como de papel, como escamas delicadamente ásperas. Casi podía sentir cómo se me iba poniendo la carne de gallina en toda la cara al tratar de apartarme de aquel contacto inhumano.

—Ella no es un siervo, Mircea —contestó mientras alzaba mi barbilla con un solo dedo, de modo que tuve que mirar aquel rostro de bronce bello y frío al mismo tiempo—. Y sin embargo puede sernos útil.

Me quedé mirando aquellos ojos negros perfilados con kohl y sentí cómo la tensión salía de mi estómago para agarrotarse alrededor de mi espina dorsal. Sentí el sabor de la sangre en la boca y oí cómo cantaba en mis oídos mientras mi sentido de dhampir llegaba a cotas jamás alcanzadas antes. Mi sentido me estaba gritando; no se trataba de una simple advertencia. En esa ocasión era el canto de una sirena, un canto de pura necesidad impresionante por su misma simplicidad. Por un breve instante no tuve otro deseo, otro propósito ni otra razón de existir que clavar los dientes en aquel delgado cuello.

Y eso no tenía ningún sentido. Yo sólo había visto a la cónsul una vez antes, y no había tenido esa reacción. Ni siquiera me había acercado a ella. No sabía por qué, pero la cónsul estaba tratando de estimularme para que tuviera uno de mis ataques. Y desde luego estaba haciendo un buen trabajo. Tenía tantas ganas de matarla, que incluso podía saborear ese deseo.

Ella se echó a reír y su risa sonó como si unas garras escarbaran un cristal.

—Sí, creo que lo hará muy bien.

—¿Hacer qué? —preguntó Mircea.

El adorable rostro de la cónsul se giró hacia él.

—Ayudarnos a localizar a nuestro problemático francés, por supuesto.



La presión me liberó de un modo tan brusco, que me derrumbé. Pero nada más caer al suelo eché a rodar, metí una mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar una estaca y puse los pies en el suelo para... Pero entonces alguien me cogió por la cintura y me aplastó contra su cuerpo inflexible.

Yo no sabía de quién eran los brazos que me sujetaban. Ni me importaba. Sólo quería matarla como no había deseado jamás matar a nadie en toda mi vida. Quería sentir cómo aquella suave carne se desgarraba bajo mis manos, quería saborear su sangre, quería...

—¡Dorina! ¡No...!

—¡Silencio!

Mircea guardó silencio, pero me apretó con más fuerza por la cintura. Pude sentir su poder, su efecto calmante, tranquilizante, pero él no podía alcanzarme, su energía no era suficiente; no bastaba contra la marea roja que me poseía. Mi fuerza de dhampir que surgía solo durante los ataques estaba despertando. Y con toda esa fuerza unida en una sola embestida rápida y brutal yo podía hacerme con ella. ¡Yo podía hacerme con ella!

Nada más hacerlo moriría. La idea penetró entre los ecos retorcidos para dirigirse directamente al centro de mi mente. No sé si fue idea mía o de Mircea, pero de todos modos era cierto. Ella me mataría, y si no lo hacía ella lo harían los guardias. Los sentía rondando a mi alrededor. Diez, doce; no sabía cuántos eran exactamente, pero había de sobra. Más que de sobra.

Sin embargo, me costaba trabajo que eso me importara.

—Estoy aquí.

Las provocadoras palabras pronunciadas en voz baja y susurrante se abrieron camino por mi cerebro: lo rasgaron, lo invadieron como hormigas ardientes, como metralla. Cerré un ojo con fuerza y me tapé un oído con una mano, pero no sirvió de nada: las palabras estaban dentro de mi cabeza.

—Es más fuerte de lo que esperaba. O quizá es que tú la estás ayudando, Mircea.

—No, mi señora.

—Entonces suéltala. Veamos cuánto control tiene en realidad —dijo ella. Mircea no soltó los brazos—. ¿Me desafías en esto?

—Lamentándolo mucho, señora.

De pronto las serpientes volvieron, pero esa vez se trajeron amigos. Sentí como si un mar de arañas diminutas invadiera mi cuerpo. Noté cómo lo abarrotaban todo bajo mi piel, dentro de mi cabeza; sentí cómo cada movimiento de sus patas delgadas como un cabello desplazaba mi carne. Aquellas erosiones infinitesimales se

multiplicaron por varios miles, por millones, hasta que mi piel se desgarró y abrió, y mi carne se soltó de los huesos.

Alguien me apretó el hombro y las arañas se apresuraron a salir de ese lugar de contacto para trepar por las ranuras hechas en mi carne y escabullirse por mi piel. Consideré la posibilidad de gritar, pero mis pulmones rebosaban de bichos también. Los tenía tan inundados como el resto del cuerpo, e inhalar aire sólo habría servido para rajarme en dos como una fruta podrida. Así que las arañas siguieron trepando y no grité.

—¡Basta!

Esa única palabra penetró la neblina negra de mi visión. No sé cómo acabé en el suelo, tratando de recuperar el aliento. La cónsul volvió a reír, pero esa vez el sonido no resonó. Fue simplemente una risa. Igual que la alfombra sobre la que se me caía la baba era simplemente una alfombra.

Arañé a duras penas un soplo de aire, tosí y lo expulsé, y ni siquiera intenté ponerme en pie. Sencillamente me quedé ahí, parpadeando para soltar las lágrimas. Tenía que sudar, me dije a mí misma con firmeza mientras mi corazón latía al ritmo de un staccato dentro de mi pecho.

Alguien se arrodilló frente a mí.

—¿Estás bien?

Emití un débil sonido. Supuestamente tenía que ser una risa, pero hasta yo tuve que admitir que sonó más bien a un lamento. Patético, dijo una parte de mi mente.

Le dije a esa parte de mi mente que se fuera a tomar por culo.

—Ésta es la razón por la que nunca serás cónsul, Mircea —le dijo la cónsul a Mircea mientras él me ayudaba a levantarme—. Por muy fuerte que llegues a ser, jamás conseguirás ser implacable.

—Puedo ser implacable, señora.

—Pero no con todo el mundo.

El salón dio unas cuantas vueltas a mi alrededor. Sentí mi piel sudorosa y fría. Pero los brazos de Mircea eran cálidos y su presencia a mi lado me serenaba.

—No. No con todo el mundo.

—A diferencia de Anthony —continuó ella con un tono de voz ya más formal—. Hay que encontrar a Louis-Cesare. En cuanto Anthony comprenda que lo ha perdido, sabrá que ha perdido también nuestro caso.

—Lo encontraremos.

—¿A tiempo? Tenemos que presentarlo esta noche después de los desafíos.

—Hacemos lo que podemos. Tú conoces las dificultades.

—Y también la solución. Él ha demostrado interés por ella. Acudió en su ayuda anoche.

—Fue a recoger a su amante...

—No me tomes por tonta, Mircea —dijo la cónsul, cuya voz quebró el aire como un látigo—. No me importa qué tipo de perversiones se conceda Louis-Cesare, sólo que luche para mí cuando tenga que hacerlo. Nosotros no lo encontramos, así que por lo tanto es él el que tendrá que venir a nosotros. Si mantiene un lazo con esta criatura, su dolor lo traerá aquí más rápido que cualquier cebo con el que intentemos atraerlo.

—No mantienen ningún lazo. Así que esa táctica no te servirá de nada y será una pérdida de recursos —dijo Mircea. Hablaba con calma, pero me apretaba el brazo con la suficiente fuerza como para hacerme daño—. Acuérdate de Tomas.

No hubo respuesta a ese comentario, pero el salón de pronto se quedó notablemente más frío.

Conseguí fijar la vista sobre la cónsul, que estaba de pie a un metro escaso de mí. Había muchos asientos a su alrededor, pero probablemente temía aplastar a sus pequeñas mascotas. Yo había observado cómo se retorció el enjambre de diminutas serpientes que llevaba colgando a su alrededor desde la nuca hasta los pies como si fuera un vestido; era una masa brillante en constante movimiento. La primera vez que vi el truco me pareció de lo más guay.

Pero en ese momento no pensé lo mismo.

—El bolsillo de arriba —jadeé yo un tanto desesperada.

En serio: no quería de ninguna forma volver a sentir esas cosas serpenteando por dentro de mí. Pensé que si volvía a ocurrirme una vez más me volvería loca para siempre.

Tres pares de ojos se fijaron en mí, pero fue la mano de Mircea la que se deslizó dentro del bolsillo de mi chaqueta. Sus ojos oscuros resbalaron rápidamente por la escueta carta que me había dado Claire. La expresión de su rostro no cambió, pero su cuerpo, con el que todavía me sujetaba, se relajó un tanto.

—Me temo que vamos a tener que encontrar otro método, señora —dijo Mircea, tendiéndole la carta.

Marlowe se la quitó.

—¿Qué es?

—Una carta de la princesa real de los *blarestis* nombrando a Dorina su enviada para todos los asuntos relacionados con la piedra. Cualquier acto cometido contra su representante será considerado un atentado contra su propia persona.

La expresión de la cónsul no varió, pero sus serpientes se retorcieron más deprisa.

—¡Encuétralo! —gritó la cónsul, que acto seguido salió a grandes pasos del salón.

No utilizó la puerta. Según parecía, la chimenea también era una ilusión porque la atravesó. Yo comenzaba a preguntarme si algo de aquella casa de los horrores era real.

A excepción del cadáver.

—¿A qué ha venido eso? —exigió saber Mircea nada más marcharse ella.

—La cónsul comienza a mostrarse... preocupada... por el hecho de que el problema de Louis-Cesare puede salpicarla a ella —explicó Marlowe con tacto.

—Explícate.

—De perder a Louis-Cesare y llevárselo Anthony, sería una derrota para ella en su propio terreno y delante de sus colegas. Una pérdida semejante podría dañar el prestigio que tanta falta le hace para liderar la guerra. Aunque si gana... —Marlowe respiró hondo un aire que no necesitaba—. Ella sabe que necesitamos ser fuertes dada la coyuntura, pero teme que algunos de nosotros podamos serlo en exceso.

Mircea había estado limpiándose la cara con un pañuelo, pero al oír el comentario alzó la vista y preguntó:

—¿Sospecha de mi lealtad?

—La ambición ha cegado a hombres mejores.

—Y a hombres más estúpidos. No tengo intención de desafiar su autoridad.

—Quizá ahora no. Pero con la Pitia bajo tu control...

—Ella está bajo el control del Senado —argumentó Mircea, que entonces hizo una pausa—. Más o menos.

—Está bajo tu control, Mircea —insistió Marlowe—. Su lealtad es para contigo. Ella recela de la cónsul...

—¡Y con razón! Ese truco con Tomas no estuvo bien planeado. Yo se lo advertí en su momento.

—¡Le sugeriste que lo utilizara!

—Que lo utilizara; no que abusara de él, Kit. ¡Jamás le sugerí que llegara a esos extremos con él! Y eso la salpicó a ella como habría adivinado cualquiera que conociera el carácter de Cassie.

—Pero nosotros no conocíamos su carácter. Tú sí. Y ya entonces eras bastante fuerte. Y ahora, con la pitia bajo tu control además de la lealtad de Louis-Cesare a través de su lazo con Dorina...

—¿Y cómo ha descubierto ella eso? ¿Qué le has contado, Kit?

—Sólo lo que me ha preguntado. Ya se lo había oído decir a Anthony. Él está convencido que es la mejor broma que ha oído en todo el siglo.

—¡Tú no eres Anthony! ¡Podías haberlo negado!

—¿Quieres decir que podría haber faltado a mi deber para salvar a esta...?

—¡Cuidado!

—Mircea, ¿qué diablos te pasa? Estoy empezando a pensar que esa maldita *geis* te reblandeció el cerebro.

—O me lo esclareció.

Yo me quedé tumbada sin moverme, satisfecha de poder dejarles creer que estaba desmayada. Lo cual tampoco estaba tan lejos de la verdad. Entre el ambiente opresivo



de la casa en general y la extraña idea de pasatiempo de la cónsul, me encontraba un tanto pachucha. Cada vez que abría los ojos veía que el salón seguía dando vueltas como si fuera una bailarina ejecutando la danza del vientre, así que mejor no intentarlo.

No entendía toda la conversación, pero sí la idea fundamental. Mircea se estaba haciendo tan poderoso que la cónsul comenzaba a sospechar de él. Y dada la forma que tenía ella de solucionar los problemas, no creo que eso resultara muy saludable para él.

Ni Mircea tampoco, según parecía.

—¿De verdad cree que yo haría un movimiento en contra suya?

—Se pregunta si alguien con tanto poder como tú se conformará con servirla durante el resto de su vida —dijo Marlowe.

—Me conformo con vivir, Kit. Aunque quizá eso sea algo que tú hayas olvidado hacer.

—Lo que dices no tiene ninguna lógica —contestó Marlowe, cuya voz sonó confusa y resentida—. ¿Te das cuenta?

—Entonces dile a tu señora lo siguiente. Dile que el ansia de poder destruyó a mi familia una vez; que no quiero ver cómo se repite la historia. Dile que la serviré con lealtad hasta el momento en el que ella haga un solo movimiento en contra de los que considero los míos.

—¿Quieres que le de un ultimátum a la cónsul?

—No. Sólo que le pidas que me haga una concesión. Para un viejo amigo y aliado de confianza.

—Los hay que la sirven sin semejantes concesiones.

—Sí. Siempre es fácil encontrar aduladores. Y también es fácil perderlos en cuanto otro poderoso les promete algo mejor. ¿Cuántas ofertas he rechazado para permanecer a su lado? —preguntó Mircea, enfadado de pronto—. ¿Por qué tiene que ocurrir esto? ¿Por qué ahora?

—Por Anthony —admitió Marlowe—. Al menos en parte. Desde que llegó ha estado susurrándole cosas al oído, advirtiéndole de que Louis-Cesare suponía demasiado poder personal para ti.

—¡Pero ella tiene que darse cuenta de por qué razón se lo dice!

—Por supuesto, pero las palabras de Anthony refuerzan sus propias sospechas. Esto ha sido solo una... prueba.

—Completamente innecesaria.

—¿Lo crees? —preguntó Marlowe con una expresión seria en los ojos negros—. Has elegido a la familia por encima de las necesidades del Senado. Por encima de ella.

—De todos modos la táctica no le habría servido de nada, como creo haber dejado

claro.

—Y encima además ahora otro miembro de tu familia se ha convertido en un sinvergüenza. Hay que recuperarlo, Mircea. Ella no puede permitir semejante desafío a su autoridad.

—¡Yo no tengo a ese hombre escondido en el armario, Kit! ¡No sé más de su paradero de lo que sabes tú!

—¿Y si lo supieras?

Mircea lo miró a los ojos con calma.

—Una vez, hace mucho tiempo, abandoné a un miembro de mi familia. Juro que jamás volveré a repetir ese error.

—¡Entonces confío en que estés preparado para afrontar las consecuencias! —soltó Marlowe, que salió del salón hecho una furia.

Los periodistas intentaron apretujarse para entrar por la puerta recién abierta, pero un golpe de poder los abofeteó en la cara. Oí a alguien gritar.

—Casi se puede verla mano de la cónsul metida en el culo de Marlowe —dije yo, parpadeando y abriendo los ojos.

El salón seguía tambaleándose un poco por las esquinas, pero mucho menos que hacía un minuto. Decidí que estaba bastante bien y me senté.

—Puede que lo parezca —dijo Mircea, que se levantó y atravesó el salón hasta un pequeño bar de un rincón—. En realidad es más bien que los dos piensan de un modo muy parecido. Siempre ha sido así.

—Sabes que ahora mismo ha ido a informar a la cónsul.

—Dudo que sea necesario —dijo Mircea con ironía—. En esta casa hay muy pocas habitaciones, si es que hay alguna, que se puedan considerar verdaderamente privadas.

Supuse que eso era una advertencia, aunque de todos modos yo no tenía ningún secreto oscuro y profundo que revelar. Pero aunque lo tuviera, sin duda no hablaría de ello allí.

—Sin embargo, tiene razón. Arriesgarte por mí no ha sido muy inteligente.

Mircea sirvió dos copas. Esperaba sinceramente que se tratara de *whisky*.

—Cuando uno sirve a una señora como ella, de vez en cuando es útil hacer una demostración de fuerza —dijo Mircea, tendiéndome una de ellas—. De otro modo ella podría olvidar cuáles de sus siervos son cortesanos útiles y cuáles son sólo un cero a la izquierda.

—Pues te has arriesgado mucho solo para recordárselo.

Mircea se sentó a mi lado en el sofá. Estaba justo enfrente del sillón con el tipo muerto; casi parecía como si los tres estuviéramos tomándonos la copa juntos tranquilamente. El tercer invitado desde luego estaba muy tranquilo.

—No suelo hacerlo en circunstancias normales —dijo él—. Pero ella no debería

esperar que yo entregara a un miembro de alto rango de la familia por un crimen que no ha cometido.

—A mí me parece que eso es exactamente lo que esperaba.

—Está asustada. Y cuando alguien tiene tanto poder como ella, su miedo puede ser muy peligroso. Por eso es por lo que quiero que te apartes de esto, Dorina. Hay criaturas involucradas en este asunto de las que no puedo protegerte.

Me mordí la lengua para no soltarle la respuesta refleja de que yo no necesitaba protección. En general era cierto. Pero también era cierto que no había demasiadas criaturas sobre la tierra capaces de enfrentarse a la cónsul cuando ella estaba de mal humor. Y de salir vivas, por supuesto.

Lo cual me hizo preguntarme por qué Mircea lo había hecho.

Estuve a punto de preguntar, pero algo me detuvo. Probablemente lo mismo que me impedía preguntarle por la visión que había tenido, por la madre que yo no recordaba. Quería saber y no sabía nada. Pero mientras no sacara el tema a colación, mientras no lo mencionara, ese breve atisbo de ella permanecería como algo real y vívido en mi memoria, y eso era algo que yo jamás antes había tenido. En cambio si lo pillaba contándome una mentira, si descubría que no era más que otra trampa para conseguir que yo hiciera lo que él quería, entonces lo perdería todo. La perdería a ella.

De igual modo si trataba de profundizar en aquella nueva actitud que mostraba Mircea hacia mí, podía descubrir que no era sino otra máscara más de sus viejos esquemas. ¿Se debía; su repentina preocupación a que Louis-Cesare había demostrado interés por mí? ¿Se trataba meramente de lo que Marlowe había dicho, de una forma de entablar un lazo más estrecho con un aliado poderoso? Pero si era así, a mi juicio Mircea hubiera debido de alentar nuestra relación en lugar de advertirme que me apartara de él. A menos que él pensara que sería eso lo que pensaría yo, en cuyo caso...

¡Maldita sea! Me di cuenta de que quería que fuera real, que todo fuera real: que él la hubiera amado, que él se preocupara por mí. Y tenía un miedo atroz a que no lo fuera. Era más fácil no preguntar, dejar que la ilusión se prolongara un poco más aunque eso significara no preguntar y no averiguar nada más.

¡Dios!, a veces podía ser realmente cobarde.

—¿Crees que la cónsul te tiene miedo? —inquirí en lugar de lo que quería preguntar.

—Quizá, en parte. Se trata de un equilibrio que todo soberano debe aprender a mantener; cuanto más poderoso sea el cortesano que la sirva, más útil pero también más peligroso. Nadie puede sostener su autoridad confiando únicamente en hombres que responden a todo que sí, pero si te rodeas de muchos cortesanos muy poderosos y ambiciosos...

—Y algún día uno de ellos la sustituirá.

Era extraño, pero a mí jamás se me había ocurrido pensar en el poder que tenía Mircea. Todos los senadores me parecían grandes dioses: todos vivían en algún lugar en lo alto de las nubes y tomaban las decisiones para nosotros, los mortales. Y comparados con cualquier vampiro de la calle, eso es lo que eran. Pero de hecho los senadores eran muy diferentes entre sí tanto por su poder personal como por las alianzas a las que su casa podía acudir en caso de emergencia.

Y a Mircea siempre se le había dado bien establecer alianzas.

—Ése no seré yo —afirmó él con rotundidad—. De vez en cuando ella también necesita oírlo.

—¿Y la otra parte?

—La situación actual nos tiene a todos al límite. No recuerdo ninguna otra época en la que hubiera tantas cosas cambiando al mismo tiempo. Casi con toda seguridad, la corte de Anthony está a punto de enfrentarse a numerosos desafíos; la de Alejandro se viene abajo después de años de mal gobierno y negligencia; y nuestro propio Senado, devastado por la guerra, está a punto de reconstruirse.

—Puede reconstruirse para mejor.

Yo desde luego veía posible una gran mejora.

—Quizá. Pero una cosa es segura: será diferente. Las lealtades se pondrán a prueba. Las antiguas alianzas de hace siglos tendrán que empezar a ganarse nuevos miembros si es que pretenden sobrevivir. Y el cambio no es algo que nuestra gente afronte con ecuanimidad.

—De ahí el miedo.

—Sí.

Alguien llamó a la puerta. Un sirviente asomó discretamente la cabeza.

—El Círculo está aquí —dijo Mircea, poniéndose en pie. Me miró y la expresión de su rostro se hizo completamente inescrutable—. Quería mandarte esto hoy —añadió, sacándose algo de la chaqueta—. No puedo devolverte tus recuerdos, Dorina. Pero sí puedo darte los míos.

No comprendí aquella frase críptica y no tuve tiempo de preguntarle qué quería darme porque la gente del Círculo entró como una avalancha en el salón y rodeó a Mircea.

De pronto me vi en el pasillo. Los voraces periodistas me habían agarrado del codo y me habían sacado de la sala. Según parecía el Círculo se había traído sus propios reporteros además de un par de tipos vestidos con traje y médicos, aunque estos últimos llegaban un poco tarde.

Bajé la vista hacia el pequeño libro que Mircea había puesto en mi mano. La cubierta de piel parecía nueva, pero el interior no lo estaba. Tenía unas cuantas docenas de hojas de papel gordo y bueno que con los años se habían puesto de un

color dorado. Me quedé mirándolas sin comprender durante unos instantes.

Había dibujos por ambas caras. Algunos eran simplemente bocetos hechos con precipitación aunque con mano firme y tinta oscura; rápidos trazos que ponían de relieve rasgos delicados. Otros eran dibujos completos en miniatura sobre papel avejentado y manchado por el tiempo pero con los colores todavía tan vibrantes como el de las piedras preciosas que se habían molido para hacer los pigmentos. Y en todos ellos el motivo era el mismo: una joven mujer de cabello moreno.

Al principio pensé que esas imágenes eran de mí, pero yo jamás había llevado esos vestidos ni jamás había posado para esos bocetos. Y entonces encontré un dibujo de ella delante de una ventana con las mangas remangadas y los brazos cubiertos de harina, y mi mente retrocedió. Rocé con los dedos la superficie del viejo papel y tracé la silueta de tinta con incredulidad. Aquéllos no eran unos pocos dibujos hechos apresuradamente y reunidos en unas cuantas horas para servir como prueba en apoyo de algún malévolo plan. Hacerlos todos debía de haberle costado meses, años...

De pronto ya no supe qué pensar. Era todo como una neblina brillante y difuminada, como tratar de ver algo cuando lo tenía justo delante de los ojos. Entonces volví a mirar a Mircea y conseguí enfocarlo todo otra vez.

Me miraba en silencio por encima de las cabezas de los magos que se arremolinaban a su alrededor. Su deber en ese instante era esbozar una máscara de preocupación en su exquisito rostro para aplacar los ánimos del Círculo. Pero en su semblante no había ninguna expresión; sus ojos oscuros no delataban emoción alguna.

Quizá él tampoco supiera cómo hacer esto, pensé sin comprender.

Entonces llegó una legión de magos malhumorados y en pie de guerra que me empujó por el pasillo.

El pelotón de hombres vestidos con abrigo de cuero echó un vistazo a Lutkin y comenzó a manosear y a jugar con las armas. Lanzaban miradas suspicaces en todas direcciones como si esperaran que les saltara encima cualquier cosa de la pared. Mircea se lo iba a pasar en grande tratando de mantener la paz además de inventarse algo para defender a Louis-Cesare.

Las reglas del mundo de los vampiros no son tan arbitrarias como la gente piensa. Los maestros tienen en sus manos un poder que puede suponer la vida o la muerte para su propia familia, pero si fallan con cualquier otro tienen que pagarlo con un infierno. Y para bien o para mal, Louis-Cesare estaba unido a la poderosa, disfuncional y odiosamente vengativa línea de los Basarab.

Ni siquiera Anthony podía dar la orden de que fuera hecho esclavo o ajusticiado si cabía una duda razonable acerca de su culpabilidad; Mircea se encargaría de ello. Pero su elocuencia no llegaría más allá. Necesitaba algo en lo que apoyarse y mi tarea consistía en proporcionárselo le gustara o no. Sólo que yo no estaba segura de cómo.

Guardé cuidadosamente el librito y traté de esquivar posibles nuevas visitas. Nadie sonreía y todo el mundo parecía pensar que yo estorbaba. Yo estaba tratando de averiguar cuál sería el camino más corto hasta la puerta principal cuando Marlowe se acercó a mí con sigilo y puso un papel en mi mano.

—No me obligues a lamentar esto —me susurró, medio siseando.

Bajé la vista. En el papel había dos direcciones garabateadas con letras mayúsculas. Una de ellas estaba cerca y parecía el número de una casa, la otra era una dirección de Manhattan. No había nombres, aunque en realidad tampoco me hacían falta.

—Debes de estar quedándote conmigo.

—El talón de Aquiles de Mircea es su familia —me dijo Marlowe en voz baja—. Hay que encontrar a Louis-Cesare esta noche ya sea con una prueba de su inocencia o sin ella, porque de otro modo me temo que tu padre estará arriesgando su posición para salvarlo. Y la cónsul no va a respaldarlo, ¿comprendes?

—Lo que yo comprendo es que tú quieres que arrastre a Louis-Cesare hasta aquí para hacer con él una carnicería. Pero él no va a aceptar el trato de Anthony, Marlowe.

—¡Eso ya lo sé! Pero mientras esté aquí podemos ir dando largas hasta que encontremos algo que pueda demostrar su inocencia. El juicio puede prolongarse durante días. Sin embargo, si sigue sin presentarse, lo declararán fuera de la ley y lo sentenciarán a muerte. Esta noche.

—¿Y por qué confías en mí para este asunto?

—Yo estoy obligado a seguir ciertas pautas al menos en lo que concierne a las personas de ese nivel. Tú no. Y ahora mismo no hay tiempo para sutilezas. Por algún lado hay que salir. Ya.

No podía arriesgarme a decir nada en el territorio de la cónsul, así que no dije nada. Salí por la puerta y me puse en marcha.



Salí al calor del camino que llevaba a la puerta principal de la casa y al mar de plásticos blancos de las tiendas ambulantes. Deseé haberme comprado un par de gafas de sol, pero no había tenido tanta suerte. Así que le compré unas a un vendedor que se alegró de hacer negocio después de que todos sus clientes hubieran salido huyendo.

O al menos lo intentarían. Todavía quedaba un buen atasco de coches que trataban de salir de las inmediaciones llenando el aire y las carreteras secundarias. Decidí dejar el Camaro donde estaba y dirigirme a pie a mi primer destino.

A mi lado y resguardados cuidadosamente del brillante sol venían dos vampiros de aspecto poco feliz. Me figuré que los enviaba Marlowe porque en ningún momento intentaron atacarme, pero tampoco estaba segura. No se presentaron a sí mismos ni se dignaron percatarse de mi presencia. Pero cada vez que yo daba un paso, ellos me seguían.

Tres kilómetros y alrededor de una tonelada de sudor más tarde me encontré contemplando una laberíntica mansión que rivalizaba con la de la cónsul en tamaño aunque no en elegancia. Pero claro, era de alquiler. Mostré la nota de Claire ante la puerta y me dejaron esperando media hora en el enorme vestíbulo revestido de paneles de madera.

Por supuesto, no había aire acondicionado. Yo estaba convencida de que la casa tenía que estar bien equipada, pero los vampiros no lo necesitan. Sólo lo encienden en general cuando tienen a humanos a su alrededor a los que quieren impresionar, pero según parecía yo no pertenecía a esa categoría.

Por fin me hicieron pasar a un cuarto de estar. O al menos eso me figuré yo que había sido antes de transformarlo completamente, llenándolo de seda roja y de braseros. Los braseros estaban encendidos y hacía más calor que en el infierno, pero no fue ésa la razón por la que me tambaleé y casi me caí. El poder que irradiaba de la sala fue como un puñetazo en el estómago. Sentí algo parecido a lo que había experimentado al entrar en la casa de la cónsul, sólo que la mayor parte de ese poder procedía de una diminuta mujer sentada en un trono feo y enorme.

Cuando yo nací la altura media de los hombres era de un metro sesenta y cuatro, así que para esa época y siendo chica a mí se me consideraba bastante alta. Luego los tiempos habían cambiado, las dietas habían mejorado y yo había acabado comprando la talla pequeña de las tiendas. Pero un solo vistazo a Ming-de me bastó para decidir dejar de quejarme durante una buena temporada. De haber tenido ella que ir a comprar al centro comercial del barrio, habría tenido que entrar en las tiendas de niñas.

Aunque no parecía que ella tuviera ese problema. Sus quimonos de seda amarillos de un tono brillante apenas dejaban tres escasos centímetros sin bordar con una espléndida variedad de fantásticas fieras. Llevaba un tocado en la cabeza con perlas del tamaño de cerezas y un montón de borlas doradas que reflejaban la luz cada vez que se movían. Y sus piecitos de unos ocho centímetros de largo iban revestidos con unos zapatos tan repletos de bordados, que ni siquiera se veía la tela.

Tenía los diminutos e inútiles pies colocados tiernamente en alto sobre un reposapiés bien almohadillado, y a cada lado había arrodillado un centinela. Por qué, no lo sé. No es que fuera a necesitarlos.

Finalmente conseguí levantarme del suelo y me tambaleé hasta el pie de las escaleras que llevaban al estrado donde estaba colocado el monstruoso trono. Estaba plagado de bestias míticas doradas que no dejaban de serpentear. O puede que fueran de oro sólido, ¡demonios, no lo sé! Pero no parecía que Ming-de anduviera escasa de dinero. Tras el estrado había un par de pantallas altas decoradas de una manera muy similar de modo que toda la sala era una explosión de oro.

Me quedé ahí de pie con mi camiseta sudada y cierta sensación de desentonar en aquel lugar.

Pero entonces ella alargó hacia mí una diminuta cabeza en lo alto de un palo y yo me alegré. La mía era más grande.

La diminuta cabeza reducida era la del que había sido el intérprete de Ming-de durante unos cuantos cientos de años, porque desde luego ella no iba a rebajarse a aprender una lengua bárbara. Según los rumores Ming-de se la había cortado al capitán de un navío inglés hacía mucho tiempo, aunque después de reducirla y de la expresión que se le había quedado era difícil saberlo con precisión. Estaba polvorienta.

—Por favor, dile a su serena alteza que vengo en representación de una princesa de los feys —le informé yo a la cabeza, satisfecha de haber encontrado el modo de comunicarme con ella.

—Ella lo sabe —me dijo la cabeza en tono de queja. Era más o menos del tamaño de una manzana silvestre, y según parecía su personalidad encajaba a la perfección dentro de ella—. Has traído una nota, ¿no es así?

—Dile que he venido a preguntar por un objeto perdido propiedad de los feys.

—Eso también lo sabe. Me ha dicho que te informe de que ella lo compró de buena voluntad y en la creencia de que pertenecía al fey que se lo vendió. Se lo devolvería a la princesa, pero jamás llegó a estar en su poder, así que de nada sirve discutir. Que tengas un buen día.

—Por favor, dile a su serena alteza que la princesa aprecia su cooperación. Ella intenta evitar por todos los medios un posible encuentro desagradable cuando su familia llegue mañana. De recuperar la piedra antes de entonces, todo el asunto



quedaría olvidado. En caso contrario...

—¿En caso contrario qué?

—El asunto dejará de estar en sus manos. Su familia se hará cargo de la búsqueda de la piedra. Y puede que ellos se pregunten cómo una persona tan astuta como la emperatriz ha podido dejarse embaucar en semejante fraude. Puede que se pregunten también por qué todavía tiene que tomar represalias contra ciertas personas por su duplicidad.

—Ella no pagó nada por la piedra —dijo Malhumorado con el ceño fruncido—. Desapareció antes de ser autenticada y la transferencia de fondos jamás llegó a realizarse. Ella no perdió nada.

—Perdió un valioso objeto que tenía todo el derecho a considerar como suyo. Perdió su imagen frente al resto de los que pujaban, que en su mayoría saben que la piedra ha desaparecido. Y también perdió la ventaja que le habría proporcionado en el desafío de esta noche.

—¿Estás acusando a la emperatriz de engaño? —preguntó aquella diminuta cosa con expresión de ira.

Había un par de cosas que aquella cabecita todavía no le había comunicado a la emperatriz, cuyo bello rostro seguía tan sereno como siempre. No obstante sus uñas no paraban de hacer clac, clac, clac sobre los brazos del trono. Yo comenzaba a pensar que quizá la palabra «intérprete» no fuera la más exacta.

—Sólo estoy señalando lo que puede que piensen los feys —dije yo, observando a la cabeza con suspicacia—. Todo quedará olvidado si la piedra es devuelta antes del desafío de esta noche.

—¿Y ahora de qué la acusas? ¿De robar algo de su propiedad?

—No es de su propiedad; es propiedad de los feys. Y tu señora es sabia. Puede que lo haya descubierto y que se haya dado cuenta de que el único modo de retener la piedra es...

No conseguí terminar la frase, pero sí descubrí para qué servían los dos centinelas. Segundos más tarde mi culo aterrizaba en el suelo ante el elegante camino circular que llevaba a la puerta principal. Frick y Frack me esperaban justo fuera del portón de entrada, incómodamente acurrucados bajo la sombra de un pequeño arce. Ya no se molestaban en ocultarse, supongo que porque sabían que yo los había visto. Echaron un vistazo a mi desaliñado aspecto y sonrieron.

Les devolví la sonrisa y alcé la vista hacia el deslumbrante sol.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Nos queda una caminata de cinco kilómetros hasta el coche.

Un chico joven y guapo, de cabello rubio y sedoso y grandes ojos azules, que además tenía pulso, me abrió las puertas dobles del dúplex de tres pisos de Manhattan. Yo no

esperaba a una legión de guardias; aquélla era una residencia privada, no la central de los vampiros, pero el portero humano fue una novedad.

—Llegas tarde —me reprochó en buen tono, haciéndose a un lado.

Como yo no me había molestado en avisar de mi visita, lo encontré un tanto extraño.

—Lo siento.

Me cedió el paso, pero no a mis sombras. Así que los dejé en el vestíbulo, figurándome que Geminus no querría hablar delante de los hombres de Marlowe. Los últimos rayos del sol poniente entraban a raudales por los altos ventanales que recorrían el vestíbulo de suelo a techo.

En contraste, la nueva oficina del Senado en Nueva York resultaba pobre. Un candelabro de cristal brillaba colgado del techo a más de seis metros de altura e iluminaba una inmensa escalera de peldaños de mármol de Carrara con su barandilla de hierro forjado. Hacia la izquierda el espléndido suelo de mármol daba a un salón de baile de dos alturas que pude atisbar tras pasar por delante de un grupo de puertas.

—El salón principal —me dijo el portero, que me indicó la sala de baile con un movimiento de la mano.

Atravesé el pasillo a la espera de caer en una emboscada, pero no me tendieron ninguna. La sala era extensa y tenía grandes ventanales con magníficas vistas sobre el ocaso en Nueva York. La decoración me recordó mucho a la de la central de los vampiros: toda en madera antigua, molduras de bordes dorados y, en este caso, un esquema de color en blanco, negro y oro. Era el tipo de salón que requería un gran maestro, con grandes y pesados marcos en cada pared. Y sin embargo, a pesar de haber espacio de sobra no había ni un solo cuadro.

Pero lo cierto era que había una razón.

De pie junto a la chimenea había un vampiro cuyo pelo de color castaño rojizo brillaba con la luz. No alzó la vista al acercarnos; centraba su atención en una joven mujer que se retorcía de cara a la pared. Ella lucía un vestido largo y rojo que le caía hasta los tacones altos, pero no llevaba nada debajo y su piel desnuda resplandecía con la tenue luz.

El pelo le caía por la espalda a excepción de unos cuantos mechones que se le pegaban a las mejillas debido al sudor. Caía en cascada y le llegaba casi hasta la cintura, pero entonces el vampiro se lo retiró suavemente a un lado. Flotó por sus hombros como una avalancha de seda rojiza y dejó al descubierto un lazo de color escarlata atado a la nuca. El lazo iba enhebrado a lo largo de ocho diminutas presillas doradas y brillantes que sobresalían de un corsé tremendamente ajustado a la espalda.

El vampiro se quedó de pie ante ella, jugando con las presillas. Recorrió con los dedos cada uno de aquellos diminutos ganchos arriba y abajo para asegurarse de que estaban bien apretados a la piel, para ajustarlos otro poco más, más de lo normal, y

arrancarle un gemido de los labios. Él estaba de espaldas a mí, así que yo no podía verlo bien; sólo veía sus rizos de un castaño rojizo haciéndole cosquillas en la nuca y la espalda de un esmoquin. Se había quitado la chaqueta y la había dejado bien doblada sobre una silla que había cerca, de modo que iba con la camisa perfectamente blanca y los pantalones negros impecables.

Al principio pensé que lo había pillado en medio de la cena. Los vampiros pueden alimentarse sólo con el contacto, extrayendo moléculas de sangre a través de la piel o incluso por el aire en el caso de un maestro. Y desde luego a juzgar por su reacción, aquella mujer estaba sirviendo de alimento. Se aferraba a la pared y jadeó al comenzar él lentamente a sacar la cinta de las presillas.

La llevaba atada tan fuerte, que se escurría hacia fuera con la mayor facilidad y tenía la piel ya tan sensible, que cada pequeño tirón la hacía temblar. Él trazó con un dedo la línea de su médula espinal. Ella respiró hondo y se estremeció sin querer. No sé si de placer o de dolor, porque él había dejado de tratarla con suavidad. Cada vez que la tocaba le hacía un moratón, pero él dejaba que la sangre se acumulara bajo la piel y no se molestaba en absorberla en absoluto.

Y entonces ocurrió algo que transformó por completo mi creencia de que lo sabía casi todo acerca de los vampiros. Aquel montón de pequeños cardenales de la espalda de pronto comenzaron a cambiar, a fusionarse, a unirse formando dibujos. Donde antes solo había fealdad, un defecto en medio de tanta belleza, surgió una cresta de montañas con almenas.

Él pasó la mano una segunda vez y los cardenales que quedaban se convirtieron en un complicado dibujo de celosía con ramas retorcidas en marrón y negro que enmarcaban las montañas. Y yo por fin adiviné qué estaba haciendo: pretendía curar algunos de esos cardenales en unos pocos días, otros en una semana y otros en dos, de modo que al final adquirieran el matiz de color que él quería.

Aquello le daba un sentido completamente nuevo a la expresión «color vivo».

—Bonito —comenté yo.

El efecto final era sorprendentemente atractivo si no se hacía el menor caso a la forma en que estaba hecho. Y si en realidad eso no importaba, una vez pasada la euforia de la voracidad por la sangre, la mujer sin duda iba a sufrir dolores tremendos.

—Sí, es un objeto bonito —convino él.

Un vistazo a mi alrededor me bastó para comprobar que ella no era la única «obra de arte» de la sala. Había más lienzos luchando débilmente sobre las paredes; cuerpos desnudos, extendidos por toda la sala y expuestos contra el ladrillo. Muchos de ellos estaban esposados con grilletes para mantenerlos en pie, pero la mayoría colgaban flácidos de sus cadenas, desmayados a causa de la pérdida de sangre. Me figuré que eso sería lo peor que podía pasarles. La muerte provocaría que la sangre fluyera hacia

las extremidades y por lo tanto arruinaría la obra del artista.

Casi todas eran mujeres jóvenes. Ésa era la razón por la que me había resultado tan fácil entrar.

El maestro dibujó una serie de líneas lívidas en cascada por aquella pálida nalga que prolongó hasta un muslo, formando un desenfrenado dibujo abstracto que imitaba el de las pinceladas. Estaba firmando su obra.

—Geminus —lo llamé yo mientras observaba cómo grababa aquellas líneas en la piel de la mujer.

—A tu servicio.

Por fin él alzó la vista. A pesar de todo el tiempo transcurrido, a mí me causó verdadera impresión volver a comprobar lo bello que podía ser un monstruo.

Éste en concreto tenía los ojos de color avellana, los rizos alborotados de color castaño y el rostro de un querubín, que se iluminó al reconocermelo. De pronto sentí que los pies se me escurrían por el suelo encerado y que mis brazos se alzaban hasta clavar las manos a la pared.

Geminus tiró de mi chaqueta, la dejó caer al suelo y pasó una mano por toda mi espalda hasta el culo. Antes de que pudiera darme cuenta de qué estaba ocurriendo, él me había desabrochado los vaqueros como si tal cosa y me los había bajado por debajo de las caderas. Luché, pero dudo que él se diera cuenta siquiera y yo desde luego no conseguí nada.

No es algo que suela ocurrirme con frecuencia. Tengo más fuerza de lo normal y cuento con una resistencia natural a los poderes de los vampiros. Pero lo cierto es que la mayoría de los vampiros con los que trato no tienen dos mil años.

Me agarró una nalga y recorrió cuidadosamente con un solo dedo la piel justo por debajo de la línea del tanga.

—Me preguntaba si es cierto lo que dicen de los dhampir.

Apretó con la suficiente fuerza como para dejarme una marca. No me hacía falta ver para saber qué estaba pasando: yo no me curo tan deprisa como un vampiro, pero tampoco soy tan lenta.

—Interesante —dijo él. Me rodeó con rostro pensativo—. No puedo utilizar vampiros para mi trabajo —añadió en dirección a mí—. Se curan demasiado deprisa. Incluso los nuevos. No hay tiempo para exhibir la pieza, siempre se borra antes por completo; es como si jamás la hubieran tenido.

—¡Qué lástima!

—Lo es, realmente. Son capaces de soportar mucho más daño que un humano.

—Parece que has estado trabajando bastante —dije yo.

Miré a la mujer de rojo. Se había desmayado casi al final del trabajo y colgaba flácida de sus invisibles esposas. Un fino hilo de baba le caía de los labios. Su pecho apenas se alzaba y desinflaba, y su piel estaba mortalmente blanca, a excepción del

colorido hematoma. Ése lo llevaría encima durante bastante tiempo.

—En cambio los humanos son lienzos maravillosos —afirmó él—. Aunque tienen sus limitaciones. Aparte de necesitar ciertos cuidados, se curan tan despacio que mis creaciones resultan demasiado estáticas. Igual podría estar pintando en la pared.

—¿Y por qué no lo haces? Bueno, claro, no sangran.

—Pero tú me ofreces ciertas posibilidades que me intrigan mucho. Te curas deprisa, pero no tan deprisa. Ya veo el paisaje. Cambiaría igual que las estaciones durante el transcurso de una sola noche, paso a paso, según te vayas curando. Puede que pinte la pieza central durante la fiesta, ya veremos —dijo él. Miró a su alrededor, hacia la gente que comenzaba a amontonarse, gente que iba de un entretenimiento a otro en grupos de dos o de tres—. Igual que ésta otra.

—Lástima que yo tenga una cita esta noche.

Él tiró de mi camiseta y me la sacó por la cabeza.

—Vamos a ver si podemos anular esa cita —me dijo amablemente.

—¿No temes las represalias?

Me miró inocentemente y comenzó a desabrocharme el sujetador.

—Has venido aquí sin invitación y completamente armada. Y eres una dhampir.

—He venido a hablar —dije yo con brusquedad.

—Pero yo no tenía medio de saberlo —contestó él. Me arrancó la pieza de algodón y la tiró a un lado de cualquier modo. Aterrizó en el suelo junto con la camiseta, y allí se quedaron las dos hechas un higo, como si yo no fuera a necesitarlas ya más—. Y no me ha quedado más remedio que defenderme, claro.

—Te lo estoy advirtiendo. Suéltame, Geminus.

En lugar de soltarme de pronto él se apretó contra mí. Sentí una fuente de calor a lo largo de toda la espalda. Sin previo aviso me agarró los pechos. Lo hizo con firmeza pero sin brusquedad, tratando de humillarme más que de causarme dolor. Su postura era de dominación: apretaba su bajo vientre vestido contra mi culo desnudo, deslizaba lentamente las manos por mi cuerpo inmóvil, me rozaba los pezones para endurecerlos. Pretendía decirme sin palabras que podía hacer conmigo lo que quisiera, que yo no era rival para él: que no era más que otro lienzo que moldearía a su antojo.

Apoyó la barbilla sobre mi hombro sin dejar de acariciar perezosamente mi pecho.

—Tienes una boca muy grande para el poco poder del que dispones.

—Pues tú tienes mucho valor teniendo en cuenta que estás atacando a la representante oficial de una princesa fey.

No me tembló la voz, pero sí comenzaba a sentirme realmente molesta en buena parte porque sus hombres me observaban. Se habían arremolinado a los lados, evidentemente para disfrutar de la nueva diversión que se le había ocurrido al jefe.

Sus pensamientos resbalaban por mi piel como manos, y sólo el eco de lo que ya planeaban hacer conmigo me avergonzaba. Hasta ese momento había estado demasiado enfadada como para tener miedo, pero algunas de esas imágenes me aceleraban el corazón de tal modo dentro del pecho, que me dolía.

—Yo no conozco a ninguna princesa —dijo Geminus muy divertido—. Pero la próxima vez que venga a Nueva York, dile que se pase por aquí.

La multitud pareció encontrar la broma muy graciosa. Yo no estaba tan divertida. Creía tener pocas posibilidades con Ming-de. Era tan poderosa que hasta los feys se lo pensarían dos veces antes de desafiarla, sobre todo teniendo en cuenta que no tenían pruebas de que hubiera hecho otra cosa más que pujar. Pero con Geminus tenía más esperanzas.

Él era un senador, no un cónsul, y por lo tanto contaba con muchos menos poderes a los que atraer personalmente para sí. Y era poco probable que su propio Senado lo protegiera si, jugando con el fuego del poder, cometía un desliz y el asunto se le iba de las manos. Creía que tenía al menos una oportunidad decente de que él sintiera miedo ante la idea de que un fey lo pillara con la runa.

Sólo que la idea no parecía asustarlo.

—Puede que no la conozcas, pero sí sabes algo de cierta pieza de joyería de su propiedad —dije yo—. Tú estabas en la subasta...

Una mano invisible me agarró de pronto del cuello, restringiendo el paso de aire. No me apretó como para ahogarme; se trataba solo de una advertencia.

Yo no tenía planeado mencionar a la *Naudiz*. Ni siquiera había pensado hablar de los feys. Y menos delante de la audiencia. Pero tampoco iba a quedarme ahí, esperando a que me sacaran la sangre... o lo que tuviera planeado hacerme. Mejor dejarlo a él explicarse: que dijera él mismo qué podían querer los feys de él.

Tras una pausa la presión cesó un tanto.

—¿Qué princesa has dicho?

—Lee la nota. Bolsillo izquierdo de la chaqueta.

La recogió del suelo y buscó por el bolsillo. Se tomó el tiempo suficiente como para leer la nota dos o tres veces. Finalmente se apartó. En ese preciso momento el poder que me sujetaba se quebró tan bruscamente, que caí de rodillas.

—¿Y qué quiere esta princesa de mí?

—Hacerte un favor.

Yo me había dado la vuelta y estaba de espaldas a la pared antes incluso de subirme los vaqueros.

—Me gusta que las mujeres guapas me hagan favores —me dijo él tranquilamente—. Ven.

No me molesté en ponerme la ropa interior. Me metí la camiseta por la cabeza de cualquier modo, recogí la chaqueta y lo seguí por una puerta del extremo contrario

del salón. Seguimos andando por un corredor. Aproveché esos instantes para recuperar el aliento y recordarme a mí misma que no tenía permiso para matarlo. Todavía.

Finalmente nos detuvimos en un despacho. O al menos supongo que ésa era su función. Estaba tan lleno de armas, que resultaba difícil de saber con precisión. Aparté un escudo antiguo de una silla y me senté. Geminus se sentó detrás de la mesa.

—¿Qué es lo que va a hacer esa princesa por mí?

—Se llama Claire y es medio humana —le dije escuetamente—. Ella creció aquí y sólo muy recientemente ha reclamado como suya la herencia que adquirió al acceder a casarse con un príncipe *blarestri*. En realidad jamás ha llegado a acostumbrarse a la forma en que los feys hacen ciertas cosas. Por ejemplo es pacifista y vegetariana: detesta la violencia innecesaria.

—Me dejas fascinado.

—Y con razón. Cualquiera otra simplemente te habría mandado a su familia para que te castigaran.

—No recuerdo haber enfadado a ningún fey. A ninguno de la casa real, al menos.

—No les hace mucha gracia que les roben.

—Entonces soy afortunado porque yo no he robado nada.

—Te vieron en la discoteca justo después de que el fey muriera y la piedra desapareciera.

Era mentira, pero me pareció que el intento merecía la pena. Sin embargo él no mordió el anzuelo.

—¿En serio?

—Y desde luego eres lo bastante fuerte como para matar a un fey guerrero.

—Me halagas.

Alcé la vista hacia la espada de madera colocada sobre la chimenea. Era vieja y se habría desmoronado de no ser por el hilo de bramante sucio que la ataba. Estaba cuidadosamente guardada en una urna de cristal. Dos mil años antes Geminus había comenzado su carrera como gladiador; en aquella época ésa era una de las escasas formas de alcanzar la fama y la fortuna para un chico joven y pobre. Se rumoreaba que por entonces no tenía miedo a pesar de la profecía de una pitonisa según la cual él moriría en la arena. Pero no había sido así. En vez de eso había conquistado esa espada y su libertad tras derrotar a numerosos contrincantes.

Y según parecía desde entonces no había hecho otra cosa.

—No lo creas —dije yo lisa y llanamente.

Él se echó a reír.

—Lo bastante fuerte, pero no lo bastante estúpido. Ninguna reliquia merece ese tipo de problemas.

—¿Ni siquiera si te proporciona poder sobre el Senado?

—Pero yo no quiero controlar el Senado —me contestó él tranquilamente—. Déjalos que discutan y se peguen, que hagan planes y urdan tramas todo lo que quieran. A mí me interesan otros asuntos.

—¿Y esperas que mi jefa se crea que lo que ocurrió en la subasta te da igual? ¡Vamos, Geminus! ¡Ése no es tu estilo!

—Por supuesto que no me dio igual.

—Y entonces, ¿qué hiciste?

Él suspiró y se echó atrás contra la pared para poner un pie sobre la mesa.

—Al ver que Cheung hacía trampa en la subasta me sentí... ofendido. Era evidente que no tenía intención de darle la piedra a nadie más que a Ming-de. No me gusta que me tomen el pelo, así que mandé a mis siervos a hacer unas cuantas averiguaciones. Descubrieron con quién suelen tratar los vendedores para autenticar los objetos. Y por suerte para mí, el muy bastardo estaba hasta el cuello de deudas.

—Te refieres al luduan.

—Sí. Le ofrecí un trato. Yo le pagaba las deudas si él cambiaba la piedra por una falsificación en el momento de examinarla.

—¿Y cuando lo descubrieran y le siguieran la pista?

—Ése era problema suyo. Él siempre podía negarlo. Nadie tenía ningún modo de saber en qué momento exacto había desaparecido la piedra auténtica.

—Pero entonces, ¿por qué fuiste a la discoteca de Ray, si ya tenías un plan?

En esa ocasión Geminus respondió sin inmutarse un ápice.

—Quería asegurarme de que el luduan no me engañaba. La piedra valía considerablemente más de lo que yo le estaba pagando por sus deudas. No confiaba en él.

—¿Qué ocurrió?

—Mis hombres y yo rodeamos el edificio y el luduan entró. Se suponía que él tenía que salir y darme la runa, pero jamás apareció. Por fin mandé a uno de mis chicos para comprobar qué pasaba, y descubrió que el luduan había desaparecido y que Raymond no hacía más que gritar algo de un fey muerto. Decidí que era el mejor momento para desaparecer.

—¿Me estás diciendo que un luduan mató a un guerrero fey?

—Los dos eran feys, y puede que el guardia no lo estuviera esperando.

—Si yo hubiera sido él y tuviera en mi poder algo que mereciera el rescate de un rey, sí habría estado esperándolo.

—Sí, y sin embargo alguien logró matarlo —afirmó Geminus. En eso tenía razón—. Yo no sé si el luduan mató al guardia. No sé si tiene la runa. Solo sé que no lo sé. Díselo a tu señora.

—Lo haré. Y puede incluso que te crea; Claire es de las que confían en todo el



mundo —dije yo, poniéndome en pie y metiendo mi tarjeta de visita debajo de un taco de papel que tenía sobre la mesa—. Pero por desgracia su familia no es así, y llegará mañana. Y conociendo a Caedmon, puede que decida recuperar la runa del modo más rápido y eficaz posible.

—¿Y cuál es ese modo?

Yo me encogí de hombros antes de contestar:

—Atacando a todos los que estuvieron en la subasta y esperando a ver cuál de ellos no se muere.



Cinco minutos más tarde estaba de patitas en la calle frente al edificio de Geminus. No en sentido literal en esa ocasión; él no me había echado, pero tampoco había admitido absolutamente nada. Faltaban solo unas cuantas horas para el juicio, y no me quedaba ni una sola idea.

Dos sombras silenciosas se despegaron de los ladrillos y me siguieron calle abajo. No dijeron absolutamente nada; ni siquiera me preguntaron qué había ocurrido. Por supuesto, por mi forma de soltar tacos debían de haber adivinado que no me había ido del todo bien.

Me apoyé contra un edificio unas cuantas manzanas más lejos y encendí un porro arrugado que me encontré en el bolsillo de la chaqueta. Inhalé hondo y retuve el humo por un segundo antes de soltarlo. Las drogas no me hacen mucho efecto debido a mi metabolismo acelerado, pero mejor eso que nada. Y aquélla era una marihuana excelente.

Después de unos instantes me pegó el subidón. Sentí que se me despegaban los huesos unos de otros y que, como consecuencia, se me relajaban los tendones del cuello, de los hombros, de las muñecas y de las manos. Era como flotar sobre la marea. La tensión desapareció desde la espalda hasta los dedos y me sentí relajada, si no más feliz.

Aunque no era precisamente calma lo que necesitaba sentir. La escena con Geminus me había alterado, pero no tanto por la razón que él pretendía. No era la primera vez que me agredían; sí era, sin embargo, la segunda de las dos únicas veces en mi vida que deseaba que me diera un ataque de dhampir y no lo conseguía.

La otra había sido justamente el día anterior, al atacarme *Æsubrand*.

Tendría que haber roto el control que Geminus mantenía sobre mí. Aunque solo fuera por un momento, al menos para recuperar las armas. Y cuando apuñalé a *Æsubrand* debí darle en un órgano vital. Pero en vez de eso en ambas ocasiones había quedado como una imbécil. Y comenzaba a sospechar cuál era la razón.

El vino fey me había parecido un regalo de los dioses, pero no es oro todo lo que reluce. Todo lo que provenía de Fantasía me había parecido siempre mejor, más bonito, más excitante de lo que luego era en realidad. Brillaba como el oro, pero si arañabas la superficie lo que aparecía debajo era mucho más oscuro. Así que tenía que tomar una decisión: seguir tomando el vino y apechugar con unos recuerdos que no me gustaban y con una pérdida sustancial de mi poder, o dejar de tomarlo y padecer ataques asesinos.

Maravilloso.

El reloj que seguía su curso regular dentro de mi cerebro tampoco contribuía

mucho a mejorar mi estado de ánimo. Geminus tenía mi número, pero no parecía tener ganas de usarlo. O bien realmente no tenía la piedra, o bien era lo suficientemente estúpido como para creer que podía vencer a un fey. Así que no quedaba nadie de la lista que no estuviera o bien muerto, o bien con las cuentas bien ajustaditas. Al menos en lo que a mí me concernía. Puede que Caedmon tuviera más suerte, pero él no estaba en Nueva York. Y para cuando llegara Louis-Cesare ya estaría sentenciado y posiblemente ejecutado.

Marlowe tenía razón: por algún lado había que salir. Y había que salir ya.

Llamé a un taxi. Había una persona que no estaba en la lista y que podía saber algo. Ya había disfrutado de mi ración diaria de vampiro viejo y chulo en busca de pelea, dispuesto a contarme una mierda. Pero siempre era mejor hablar con Anthony que no intentarlo.

Aunque tampoco es que fuera mucho mejor.

Un taxi amarillo se detuvo frente a mí y el dúo silencioso se subió. Yo iba a hacer lo mismo cuando sonó mi teléfono.

—¿Sí?

—¿Quién diablos te ha enseñado a contestar al teléfono? —preguntó una voz alegre.

No estaba segura de haberla reconocido; hacía mal tiempo y la señal se perdía.

—¿Fin?

—El mismo que viste y calza. ¿Sigues interesada en ese inútil?

—Sí, ¿por qué?

—Porque acaba de aparecer por su apartamento. Mis chicos están esperándolo abajo. Si quieres hablar con él antes de que lo despedacen, ahora sería el momento.

—Ahora es un buen momento —afirmé yo con ardor—. Gracias, Fin.

—¿Adónde? —preguntó el taxista.

—Chinatown.

Un cuerpo cayó al suelo a mis pies con la suficiente violencia como para lanzarme un chorro de sangre a la cara. Me la limpié y alcé la vista. Detestaba que me ocurriera eso.

—Tu muerte será todavía peor como no abandones mis dominios —tronó una voz desde la tercera planta del edificio de pisos de alquiler—. Soy siervo del Fuego Sagrado, soy el que empuña la llama de Arnor...

—¿Entonces debo llamarte Gandalf? —pregunté yo.

Metí la punta de la bota en una raja de la pared. Por un momento se hizo un silencio completo, a excepción del ruido que hacía yo al escarbar con la bota y desgajar un trozo de ladrillo en busca del premio. Justo en el momento en el que se soltaba la sujeción, puse una mano en el oxidado peldaño inferior de la escalera de

incendios. Me bastó con un meneo y un empujón para llegar al primer descansillo de la escalera, donde un gato con aspecto fiero me maulló y luego saltó al siguiente descansillo.

Hubiera preferido usar la puerta, pero estábamos tratando de cubrir todas las salidas. Los chicos de Fin estaban en el portal, y Frick y Frack vigilaban los laterales. Aquélla era la única salida que quedaba, y yo no estaba dispuesta a dejarle usarla.

—¡Vaya tonterías! —exclamó la voz desde el tercer piso al tiempo que se asomaban un par de ojos dorados por la ventana—. Eres una de esas frikis dhampir. ¿Por qué lees a Tolkien?

Me encogí de hombros y luego esquivé la maceta de geranios que me arrojó.

—Después de quinientos años, acaba por darte tiempo a leerlo casi todo. Además, tiene una increíble habilidad para inventarse mundos fantásticos.

—¿Tienes quinientos años? —preguntó la cabeza, asomando un cuerno curvo—. ¡Imposible!

—Sí.

Seguí al gato escaleras arriba. Salté el hueco de dos escalones juntos que faltaban y subí al segundo piso. Se me iban quedando las escamas del metal oxidado en las palmas de las manos.

—Bueno, pues no parece que tengas más de cuatrocientos —me dijo en el preciso momento en el que una lámpara de cerámica estallaba contra la barandilla de la escalera justo a mi lado.

Uno de los pedazos rotos debió de golpear al gato, porque comenzó a maullar muy alterado. De pronto mi objetivo asomó la cabeza entera por la ventana a pesar del peligro.

—¡Oh, no! ¡Mini!

—¿Mini? —repetí yo.

La rechoncha criatura trepó hasta el poyete de la ventana y alargó una patita con un gesto suplicante.

—¡Ven con papá! —canturreó la cabecita.

Pero el gato no estaba de humor. Nos maulló a los dos y trató de escabullirse corriendo por entre mis piernas. Sólo que yo lo cogí y lo levanté con cuidado de mantener lejos de mí aquellas uñas.

—¿Tienes un gato? —le pregunté alzando una ceja.

Aquella bola de pelo que tenía en las manos no dejaba de maullar y sisear.

—¿Y por qué no iba a tenerlo?

El rostro de aquella criatura no era realmente muy expresivo, pero por su tono de voz se notaba que estaba a la defensiva.

—Porque tú eres un perro.

—¡Soy un luduan! —dijo la cosa muy enfurruñada.

Yo lo miré de arriba abajo. Puesto de pie sobre sus patas con calcetines debía de medir quizá unos noventa centímetros de alto. Eso de haber tenido pies, cosa que no tenía, y de haber sido diseñado para andar sobre dos piernas, que tampoco era el caso. Su cuerpo, cubierto de un pelo marrón dorado, se parecía al de un perro, a excepción de la enorme cabeza con forma de león y de la melena rizada castaña. Y para complicar un poco más las cosas, tenía un cuerno al estilo de un unicornio justo en el centro de la frente.

—Un luduan de aspecto perruno —me corregí yo.

—¡Dame a mi gato! —me exigió la cosa.

—¿O si no qué? ¿Vas a pegarme como un balrog?

La cosa entrecerró los ojos dorados antes de contestar:

—He citado a Tolkien porque él dice las cosas mejor que yo. Pero todavía puedo abrir una lata de mierda y lanzártela.

—Tienes razón —le dije yo—. Él habla mejor.

La criatura utilizó el cuerno para enganchar la radio por el asa, listo para lanzármela. Yo dejé colgando al gatito fuera de la barandilla de la escalera.

—Inténtalo.

Él arrugó toda la cara.

—¡Oh, vamos! No hagas eso. ¡Vas a asustarla!

—Puede que se nos ocurra alguna solución —ofrecí yo.

Él suspiró resignado.

—No tengo dinero, ¿vale? Así que ya puedes decirle al que sea de los tiburones para el que trabajas que está perdiendo el tiempo.

—No vengo a por dinero.

—¡Pues no te vas a llevar tampoco ni una tajada de mi carne!

—No he venido a darte un mordisco.

La enorme cabeza se ladeó.

—Entonces, ¿a qué has venido?

Volví a dejar a la gata en la ventana. No parecía que me tuviera mucho miedo. Quizá porque el «cuerpo» que había caído abajo se había desvanecido como la ilusión que era.

—Sólo quiero hablar contigo.

—¿De qué?

—De lo que pasó anoche en la discoteca de Ray.

Aquellos enormes ojos parpadearon sin dejar de mirarme.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído.

—No, no te he oído. Es el tipo de conversación que puede dejarme clavado al suelo por el cuerno —contestó el luduan, dándose golpecitos cariñosos en el cuerno

—. Se supone que este cuerno es un afrodisíaco, ¿sabes? Aunque no es que últimamente me haya procurado mucho placer. ¿Tienes idea de las pocas damas luduans que existen hoy en día?

—Pues no.

—Ni yo —negó él amargamente—. Sólo sé que por aquí no hay ninguna.

—Es un asco. Y ahora, ¿vas a ayudarme o no?

—¡No!

—¡Eh, gatito, gatito!

—¡Basta ya!

—Escucha: puedes hablar conmigo o con los chicos de Fin. Están esperándote abajo. Pero yo soy mucho más simpática —le dije. Él me lanzó una mirada mortal—. Vale, eso es mentira. Pero puedo ayudarte a salir.

—¿Cómo?

—Dime lo que sabes y te saco del lío con Fin.

Yo no podía permitirme pagarle las deudas, pero no creía que Mircea me pusiera muchas pegas por un pequeño desembolso en su cuenta corriente si eso ayudaba a Louis-Cesare.

Él me miró durante un buen rato con sus ojos dorados más brillantes que las farolas de la calle.

—Toca mi cuerno —me dijo al fin.

Entonces fui yo la que se mostró cauta.

—¿Eres un pervertido?

—No, pero hagamos como que sí —dijo él, olfateando el aire—. No eres mi tipo. Tenía que darle las gracias a Dios por esas pequeñas clemencias.

—Si me envenenas no podré ayudarte con Fin —señalé yo.

Él bostezó y enseñó una boca llena de dientes afilados como agujas. Hacían juego con las garras de las patas.

—Tranquila. Solo estaba fardando. Aunque no es que no me sepa unos cuantos trucos, ¿eh?

—Como el de la llama de...

—Cállate.

Decidí que no tenía tiempo para andarme con suspicacias. Subí al descansillo de la escalera de la tercera planta y toqué el cuerno. Y en cuanto mi dedo rozó la punta, él me la clavó.

—¡Auj!

—¡No seas niña! —exclamó él mientras su cuerno, aparentemente poroso, absorbía mi sangre.

Él puso los ojos en blanco y se quedó ahí sentado, murmurando y poniendo caras raras. Yo lo dejé en paz un minuto y le di un achuchón a la gata. La malcriada gata

maulló y él abrió los ojos.

—Eres toda una tía, ¿lo sabías?

—Ya te he dicho que más vale que no seas un perverso.

—¡No es eso!

—Pues casi me engañas.

—Como si fuera difícil —se rió él—. Y ya puedes soltar a Mini. Sé que no vas a tirarla.

—¿Quieres apostar?

Él suspiró.

—Señorita... ¿o puedo llamarte Dorina?

—¡No!

—Vale, Dorina, te lo voy a explicar. Soy un luduan. Al saborear tu sangre sé qué tipo de persona eres: si me estás mintiendo, bla, bla, bla —dijo, haciendo un gesto con la pata—. Ya sabes cómo funciona esto, de otro modo no estarías aquí. Así que no me hagas perder más el tiempo.

Yo suspiré y saqué el arma.

—Tienes razón. Soy incapaz de matar a una criatura simplemente por diversión. Por otro lado tú...

—¡Eh! —exclamó él, entrecerrando los ojos—. No hace falta ponerse agresivos. ¿Te he dicho yo que no íbamos a hacer el trato?

—¿Entonces a qué ha venido todo eso de la sangre?

—Es para dejar las cosas claras. Ahorra tiempo. De otro modo la gente intenta mentirme y eso me produce verdaderos dolores de cabeza —dijo el luduan, tocándose la frente junto al cuerno—. Justo aquí.

—Entonces, ¿hacemos un trato?

—No lo sé. ¿Qué es lo que quieres saber exactamente?

—Bueno, para empezar podrías decirme quién mató a Jókell.

La criatura echó las orejas atrás, abrió los ojos inmensamente y después empezó a hacerme señas desesperadamente con la pata.

—¡Entra aquí!

Podía ser una trampa, pero no lo creía. Él parecía estar realmente asustado. Antes de que pudiera dar un paso me enganchó por la chaqueta con el cuerno y me arrastró dentro. Inmediatamente cerró la ventana. Me encontré en un estrecho pasillo en el que olía a moho, a pis y a condimentos.

No tuve tiempo de observar a mi alrededor porque me arrastró al apartamento antes de que mis ojos se ajustaran al cambio de luz y cerró la puerta.

—¿Está muerto? ¿Estás segura? ¿Qué ocurrió?

El luduan movía la cola adelante y atrás con mucho nerviosismo y caminaba de un lado para otro por el apartamento. Parecía aterrado.

—Sí, sí, estoy segura. Alguien le sacó las tripas —dije yo.

Busqué a mi alrededor una silla, pero no había ninguna.

—¡Pero él tenía la protección! —exclamó la cosita verdaderamente angustiada.

—¿Te refieres a la *Naudiz*?

—¡Sí, esa cosa! —volvió a exclamar, arrugando toda la cara para esbozar lo que yo supuse que era un gesto de mal humor—. ¡Ojalá no hubiera oído hablar jamás de ella!

—Todo el mundo dice lo mismo. Pero entonces, ¿qué pasó?

Él suspiró y se sentó sobre las patas de atrás, pero según parecía a su juicio la cabeza le quedaba aún demasiado baja con relación a mí.

—Siéntate, ¿quieres?

—¿Dónde?

Era evidente que el apartamento estaba pensado para seres no humanos. La escasa luz de las farolas que entraba formando un ángulo por las rendijas de las persianas dibujaba rayas sobre un nido de mantas colocadas en el suelo, una cuerda de cuero sin curtir que servía de hueso para afilar los dientes con un extremo mordisqueado y un par de platos. Supuse que los platos eran para el gato, porque también había montones de envoltorios de comida basura por los rincones.

—Las sillas están allí —dijo él, captando el lenguaje de mi cuerpo—. Las tengo para mis clientes bípedos.

Usó el cuerno para señalarme una pila de sillas plegables amontonadas en la zona del comedor, y yo fui a por una. Por fin nuestros ojos estuvieron a un nivel más similar.

—Cuéntame.

—Fue la peor noche de mi vida: estaba convencido de que me moriría.

—¿Estabas allí? ¿Estabas en el despacho cuando lo atacaron?

—Sí. Llevaba allí como un minuto. Llegué tarde porque tuve que esperar a que se marchara el vampiro propietario de la discoteca. Se suponía que iban a entretenerlo para que saliera de la oficina, pero no hizo falta. Se marchó por su cuenta y yo entré. Y unos segundos más tarde llegó el matón.

—Tú trabajabas para Geminus. —Yo no quería hacerlo, pero necesitaba el dinero. Estaba en deuda con él; una deuda de aúpa. Y los chicos de Fin iban a descuartizarme; me habrían matado.

—¿En deuda? ¿Por qué?

El luduan parpadeó varias veces sin dejar de mirarme.

—Estás de broma, ¿verdad? Geminus es el propietario de la mitad de los garitos de pelea ilegales de por aquí. Peleas entre un fey y un humano, entre un fey y un fey, entre un humano y un humano; cualquier cosa. En serio: todo vale mientras la gente pague por verlo. O apueste.



Me quedé mirándolo. Algunas piezas del rompecabezas iban encajando en su lugar. Aparte de las drogas y de las armas, otra de las cosas que se importaban ilegalmente de Fantasía eran las peleas sin cuadrilátero. Era irónico, porque era precisamente de esas peleas de lo que huían los feys de la oscuridad cuando escapaban de Fantasía y de sus oponentes, los feys de la luz, y llegaban a Nueva York en busca de una vida mejor. Algunos feys de la luz los trataban como a animales, pero al llegar aquí se encontraban con que no tenían ni contactos, ni elección.

Las autoridades impedían las peleas siempre que se topaban con una, pero tampoco era para ellos una prioridad. No era un asunto importante y menos en plena guerra, y al fin y al cabo eso era lo único que le importaba a la gente. O puede que hubiera otra razón.

—¿Me estás diciendo que un senador está implicado en el contrabando de las peleas?

—¿Implicado? ¡Él es el que lo dirige todo! Lleva haciendo contrabando más tiempo que nadie. Comenzó trayendo a gente para las peleas que había ya montadas aquí, y luego se separó y se montó su propio tinglado. Ahora mismo está metido en un poco de todo.

Me quedé ahí, sentada. Me estaba poniendo cada vez más furiosa. No era de extrañar que estuviera costándonos tanto trabajo acabar con los contrabandistas. Geminus debía de andar soplándoles a los suyos cada uno de nuestros movimientos. Y mientras tanto nosotros íbamos quitándole de en medio a sus competidores como Vleck o Ray. Así que él se llevaba cada vez una porción más grande de la tarta.

Debía de ser verdad que no le interesaba la política.

—¿Para qué quería él la runa?

—No me dio detalles, pero supongo que la runa le permitía controlar las peleas. Si le daba la piedra al luchador que quería que ganara, podía saber el resultado con antelación. Y así se llevaría más tajada de la que se lleva ya. Mi deuda no era nada comparada con eso.

—Así que accediste al cambio.

—Me pareció sencillo: un pequeño truco de manos que no hacía daño a nadie. Jókell se llevaría su dinero y yo me libraría de todas las deudas que tengo con todo el mundo y me quitaría de encima a Geminus. No esperaba que nos atacaran.

—¿Qué ocurrió?

—Yo apenas acababa de llegar. Jókell había sacado la runa del colgante y estaba a punto de tendérmela cuando de pronto la puerta se abrió de golpe y alguien me lanzó volando por el despacho.

—¿Quién te atacó?

—No lo sé. No lo vi.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que no lo viste? ¡Tú estabas allí!

—Justo allí. Y casi inconsciente. Me di un golpe contra la pared y no me abrí la cabeza de milagro. Oí que peleaban detrás de mí, me di cuenta de que algo estaba saliendo mal y comprendí que tenía que largarme. Pero sólo había una ventana y estaba tapiada, y esos dos se estaban peleando en medio del despacho. Imposible llegar hasta la puerta.

—¿Qué hiciste?

El luduan encogió sus lustrosos hombros perrunos o lo que fuera.

—Lo único que podía hacer. Traspasar el portal de Fantasía. Pero allí el tiempo ahora va más despacio, así que por eso he tardado tanto en volver. Yo había dicho que era como si el luduan hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Solo que no sabía que fuera verdad en sentido literal.

—¿No viste nada?

—Volví la vista justo al atravesar el portal para ver si alguien me seguía. Y vi a alguien con una capa oscura. Pero no le vi la cara.

—Pues dime lo que viste. ¿Era gordo o delgado? ¿Alto o bajo? ¿Viste el color del pelo?

—Vi la espalda de la capa, y vi que llevaba la capucha puesta; no sabría decirte más. Además a mí todos vosotros me parecéis altos.

Él musitó algo que sonó a «planeta de mutantes».

—Olores, entonces. ¿Cómo olía? O sonidos. ¿Dijo algo?

Llegados a ese punto, yo me conformaba ya con cualquier información que pudiera darme.

—Yo no tengo esos sentidos tan desarrollados como vosotros, y en esa discoteca hay demasiados olores y demasiado ruido. Además, me parece que no dijo nada.

Me quedé mirándolo con frustración. Tenía un testigo que no se había molestado en mirar... ni en ninguna otra cosa. Perfecto.

—Tú sabías que yo era una dhampir antes incluso de que abriera la boca —le recordé yo—. Debiste de notar algo.

—Sé distinguir las especies incluso aunque disfracen su aspecto con glamour. Es la verdad —dijo meneando una pata.

—Entonces, ¿qué era?

Él abrió la boca para decir algo, pero enseguida se interrumpió y frunció el ceño.

—¿Sabes? Es extraño.

—¿El qué?

—No había pensado en ello. Pero ahora que lo dices, yo juraría que era humano.



La conversación con el luduan no me había ayudado todo lo que yo esperaba porque el único humano involucrado en el asunto estaba muerto. Pero los vampiros tienen siervos humanos e incluso los magos los tienen de vez en cuando. Y el luduan me había proporcionado una diminuta pepita de oro.

Antes de llegar al portal ya tenía el teléfono en la mano.

—Geminus —dije.

—El maestro...

—Va a lamentarlo mucho si no atiende a esta llamada. Puedo hablar con él o con Marlowe acerca del contrabando de peleas que dirige. Él decide.

En menos de un minuto Geminus se puso al teléfono, lo cual era ya bastante significativo. El procedimiento estándar en estos casos consiste en dejar a la gente como yo esperando, aunque claro, él probablemente temía que luego yo hiciera lo mismo. Una llamada al Senado y Geminus sería un chico de lo más infeliz.

—¿Qué quieres? —me soltó en el oído sin darme tiempo siquiera a decirle hola.

—Ya te lo he dicho.

—¡Yo no la tengo!

—¡Lástima! No cabe duda de que hasta ahora has conseguido ocultar tus huellas muy bien, pero eso es porque nadie se ha molestado en observarte de cerca. Lo malo es que ahora eso va a cambiar, no creo que sea difícil encontrar pruebas de tus operaciones de contrabando. Y eso sin tener en cuenta que probablemente los feys...

—¿Dónde estás? —me interrumpió él bruscamente.

—En Chinatown. ¿Por qué?

—Quédate ahí y no te apartes del teléfono.

—Si me estás dando largas...

—No es eso. En serio que no tengo la piedra. Pero puede que sepa quién la tiene.

—¿Quién?

—Eso no tienes porqué saberlo. Iré a por ella y me reuniré contigo. —La conexión se cortó.

Alcé la vista. Frick y Frack me miraban.

—Ése era el senador Geminus —dijo Frick.

—¡Entonces sí que hablas!

—¿Le estás haciendo chantaje?

Aparté el teléfono antes de decir:

—Hemos llegado a un acuerdo mutuamente ventajoso.

—¿Y el contrabando?

Según parecía alguien había estado escuchando. No era de extrañar; ésa era

probablemente la razón por la que Marlowe los había enviado.

—Si él se aviene al trato yo tendré que guardar silencio con respecto a ese tema. Aunque, por supuesto, lo que hagáis vosotros no es de mi incumbencia.

Frick y Frack sonrieron.

Media hora más tarde estaba buscando otro diminuto bollito de cerdo a la barbacoa por la escueta y barata bandeja de bambú y observando la escena que se desarrollaba delante del escaparate del restaurante. Chinatown siempre me ha resultado interesante, pero aquella noche estaba especial. Ante mi desfilaba un río de brillante lapislázuli con todas sus escalas de color; un río que giraba y se retorció en el tradicional baile del dragón con la larga espalda serpenteante casi negra salpicada con las manchas de color de las luces de neón de los alrededores.

El improvisado desfile había pasado ya dos veces por allí. Una multitud de gente seguía a los bailarines como si fuera la marea y bloqueaba la puerta de entrada del restaurante. El propietario no hacía más que quejarse desde su puesto detrás de la caja, pero las camareras y los clientes disfrutaban de su butaca en primera fila. El festival de la Luna de agosto era un acontecimiento importante, y todo el mundo estaba de buen humor.

Todos menos yo. Geminus no me había llamado y su teléfono me mandaba directamente al buzón de voz. Me bebí la cerveza a ver si conseguía calmar los ansiosos latidos del corazón y observé el espectáculo como todo el mundo.

Los palitos de cerdo traqueteaban dentro del cuenco de bambú. Añadí otro trozo de pan rancio a la torre que había montado encima de la mesa. El camarero me miró abriendo enormemente los ojos. Era evidente que se preguntaba dónde metía yo todo eso;

—Es mi metabolismo —le expliqué.

Estaba pensando si pedir más bollitos o el surtido mongol a la barbacoa cuando sentí una carga de energía estática erizarme el pelo de la nuca. Giré la cabeza y vi a un vampiro bajando por la calle y parpadeando por un momento ante la brillante fila de culos de pato del escaparate. Se paró en la esquina. Las sombras se alargaban y se acortaban a su alrededor según incidieran sobre él las luces intermitentes de neón que tenía encima.

No era Geminus. Vi un rostro agradable de rasgos bastante normales bajo una franja de cabello oscuro. No tenía absolutamente nada de extraordinario, excepto la sensación de poder que irradiaba de él como si se tratara de un pequeño sol. Observé cómo su figura se iluminaba y se desvanecía, se iluminaba y se desvanecía, hasta que pareció como si fuera su rostro mismo el que fluía en lugar de la luz.

No había muchos vampiros con un aura de poder tan fuerte, y la mayor parte de ellos estaban en ese momento en el desafío. El tráfico se detuvo y él cruzó la calle. Y

yo entrecerré los ojos.

A pesar de los estereotipos hay muchos chinos altos. Y también los hay que rellenan muy bien los vaqueros, cada uno a su manera. Pero hay pocos de cualquier raza o condición que se muevan entre la multitud con la gracia de un bailarín en una pista de baile. Conocía esa forma de moverse.

Y conocía ese inconfundible culo.

Me tragué lo que quedaba de la Kirin, le di un billete de cincuenta al camarero y salí a toda mecha a la brillante y colorida noche.

El vampiro iba ya casi una manzana por delante de mí. Se movía con agilidad entre la masa de gente del barrio con sus bolsas de la compra y los turistas con sus cámaras de fotos. Al llegar al atasco formado alrededor del dragón conseguí acercarme a él lo suficiente como para ser capaz de olerlo. La distancia era la correcta. Inhalé una vez, pero solo capté el olor acre de la pólvora de los petardos prohibidos que tiraban los adolescentes. Entonces el viento cambió y comenzó a soplar en mi dirección. Me eché atrás rápidamente.

Pero alguien me agarró del brazo.

Me giré, tiré a mi agresor contra el escaparate negro de una tienda cerrada y le puse un cuchillo en la garganta.

—Tttu cambio.

—Lo siento —musité nada más reconocer los asustados ojos negros del camarero del restaurante.

Me puso unos billetes en la mano y salió corriendo.

La distracción había sido breve, pero cuando se trata de perseguir a alguien que corre como el viento basta con eso. Corrí por la calle hasta un callejón y me encontré con lo que esperaba. La luna llena colgaba gorda y naranja del cielo, brillante como una lámpara entre las rendijas de los edificios. Iluminaba bloques de cuatro y cinco pisos, cubos de basura y un riachuelo de agua que bajaba por el centro mismo del callejón. Pero nada más.

¡Maldita sea!

De todos modos seguí adelante. Paraba cada pocos pasos para oler el aire. No había conseguido captar su olor, pero tampoco me importaba. Aquella fragancia en particular estaba bien grabada en mi mente. No obstante lo único que pude oler fue a meada de perro, a gasolina y a basura. Esta última tenía un fuerte pestazo a pescado podrido. Probablemente porque al final del callejón había un mercado de pescado, y sus luces eléctricas penetraban la oscuridad como un faro.

El vampiro se había marchado en esa dirección. Finalmente lo capté en el aire. No era más que un sutil hilo de fragancia mezclado con el olor de los limpiadores que usaban los propietarios de los puestos, el cloro del agua y el olor de la vida marina recién pescada. Sin embargo no lo veía por ninguna parte.

Pero sí vi otra silueta.

Di un paso atrás para esconderme entre las sombras. Una figura alta con capa y capucha bajaba por el callejón. En Nueva York, en pleno agosto, no hace falta llevar abrigo a menos que uno quiera ocultar algo. En mi caso ese algo son las armas. Pero no creo que fuera ésa la razón de llevar capa.

Por debajo de la capa, el asfalto iba iluminándose con una débil luz blanca al paso del encapuchado. La silueta también irradiaba un fino halo de luz; era como si la fibra de la capa no fuera lo suficientemente gruesa como para evitar que la luz se esparciera. Probablemente no se notara en la calle, en medio de la claridad y del color, pero en la oscuridad del callejón la figura brillaba.

Frick y Frack se pegaron a mí, cada uno a un lado, como si fueran mis columnas de apoyo.

—Es un fey —dijo uno de ellos.

No necesitaba que me lo dijera.

Un poco más adelante apareció por fin la figura oscura bajo la luz de una farola. Desapareció de la vista al girar en una esquina. El vampiro surgió de la noche y siguió caminando, y el fey lo siguió como un fantasma. Con nosotros a la cola se trataba ya de un desfile. Habría resultado divertido de no ser porque yo estaba convencida de que se nos unirían muchos más.

—¿Podéis distraerlo? —le pregunté a Frick.

—No tenemos órdenes de ocuparnos de ningún fey.

—No te pido que te ocupes de él, sólo que lo distraigas. Asegúrate de que pierda a su objetivo —dije yo. No se molestaron en contestarme y tampoco se movieron—. ¿Cuáles son exactamente vuestras órdenes?

—Ayudarte y protegerte.

—¡Dios!, Marlowe debe de estar desesperado —dije yo. Frick permaneció impassible, pero Frack curvó ligeramente los labios. Lo vi—. Escuchad, no tengo tiempo para explicaciones. Pero si hay un fey, probablemente habrá más... puede que muchos más. Y a ellos no les molestará ni lo más mínimo ocuparse de nosotros.

Frick siguió en silencio, pero Frack se inquietó ligeramente y por fin dijo:

—Si la pillan siguiéndolos no tendremos más remedio que defenderla. Y si hay más no tendremos muchas posibilidades de salir airosos.

Frick siguió sin responder, pero después de una pausa suspiró. Un segundo después se internaban en la noche detrás del fey. Les concedí una pequeña ventaja y después los seguí.

Lejos ya de las mareantes luces del mercado apenas podía distinguirse nada en medio del enredo de las siluetas apresuradas y los extraños ángulos en que se convirtió la calle. La capa no era sino un tenue brillo y las profundas y asfixiantes sombras de ambas aceras se tragaban su escaso resplandor. El vampiro era sólo una

textura diferente de la misma noche.

No vi con exactitud lo que ocurrió. Al principio la capa iba alcanzando al vampiro, pero al segundo siguiente simplemente desapareció. Puede que hubiera torcido por otro callejón o que hubiera cruzado a la otra acera, pero no me lo pareció. Visto desde donde yo estaba, pareció simplemente como si desapareciera.

Los chicos de Marlowe eran buenos. Me pregunté qué estarían planeando hacerle. Y decidí que me daba igual.

Llegué al cruce de una calle llena de gente justo a tiempo de ver al vampiro entrar en un garito oriental de sopa de fideos en una esquina. Lo seguí. Entre los camareros que gritaban los pedidos en dirección a la cocina, la gente de pie ante el mostrador haciendo cola para pedir y las pequeñas mesas abarrotadas, estaba todo repleto. Pero un rápido vistazo me bastó para comprobar que ninguno de mis dos objetivos estaba allí.

Crucé la puerta batiente en dirección a la cocina. Esperaba que me llamaran la atención, pero solo me gané una mirada indiferente por parte de los empleados, que sudaban a mares tratando de preparar todos los pedidos. Salí por la puerta de atrás, abierta sin duda con el objeto de ventilar la cocina.

La pared exterior estaba pintada con grafitis. La salida daba a un pequeño hueco en el que había una mesa de piedra, un montón de colillas en el suelo y una pila de bolsas de basura. Un andrajoso toldo se mecía al son de la escasa brisa. Sobre la mesa las moscas husmeaban los restos de una cena.

Estaba oscuro. En silencio. Y parecía de lo más aburrido.

Volví la vista hacia la cocina, en donde los empleados seguían apresurándose de un lado para otro sin hacerme el menor caso. Parecían cómodos con el hecho de que los clientes rondaran por aquel espacio privado. Me dio la sensación de que por allí pasaba mucha gente. La cuestión era: ¿adónde iban?

Me detuve junto a la mesa. A pesar de que la escena resultaba de lo más normal había algo que no encajaba. Tardé un minuto en darme cuenta de que se trataba de la basura.

Las moscas se estaban comiendo la cena, pero no hacían el menor caso del generoso regalo de bolsas de basura que tenían delante. Me acerqué al montón y retorcí la nariz. No por lo que olí, sino por lo que no olí.

Esperaba la peste penetrante de la cerveza amarga, la acidez de las verduras podridas, el hedor de la carne putrefacta. Esperaba que olieran mal. Pero no olían mal. En realidad no olían a nada y no me extrañó porque la verdad era que no estaban allí.

No es buena idea dejar algo que uno teme perder en medio de un hechizo opaco. Volví a la cocina, donde se apilaba una montaña de bolsas de basura de verdad en un rincón. Por fin detrás de la tercera bolsa encontré un contenedor vacío de aluminio de

tamaño industrial. Dentro no había más que un tubo largo de cartón que saqué y me llevé al hechizo de fuera.

Como periscopio provisional no era nada del otro mundo, pero me permitió asomarme sin arriesgar la cabeza. El tubo no ardió ni se partió en dos inmediatamente, lo cual también fue una ventaja. Por supuesto eso no significaba que no hubiera trampas explosivas; sólo que si las había, estaban colocadas más abajo.

A través del tubo vi un tramo de escalones que daban a una cancela de seguridad. Por la rejilla ornamental de la cancela salía una luz que dibujaba sombras con forma de arabescos negros sobre las escaleras. También arrojaba la sombra de una silueta pegada a la pared con un objeto que tenía todo el aspecto de ser un rifle sujeto a la altura del codo. No pude captar el olor con la suficiente claridad como para averiguar quién era, pero no por culpa del hechizo. El olor dulce y acre de una marihuana de la mejor calidad subía por las escaleras e inundaba mis vías respiratorias con exclusión de cualquier otro aroma.

El hecho de que tuviera un rifle no significaba que no fuera un vampiro, pero la marihuana sí. Las drogas no tienen efecto sobre los vampiros porque carecen de metabolismo; son algo que por lo tanto no les interesa. Tienen otros vicios para compensarlo.

Me erguí, me guardé el tubo por dentro de la chaqueta y salté a través del hechizo. Cualquier ligera duda que me hubiera quedado con respecto al tipo de portero con el que iba a enfrentarme desapareció al ver que no se producía ninguna respuesta inmediata ante el pitido que emitió el hechizo nada más atravesarlo. La sombra de la bota de tacón del portero incidió por fin sobre el cemento cuando yo ya había bajado toda la escalera y había metido la mano por la rendija de arabescos para agarrarlo de la camisa. Le golpeé la cabeza a toda prisa contra la cancela de dos hojas firmemente cerrada y él se derrumbó. Llevaba las llaves en el bolsillo.

Sencillo.

Lo que no fue tan sencillo fue soportar la reverberación de las paredes. Sonaba como a tambores o como a latidos rápidos de muchos corazones. No pude descifrar qué era, pero me alteraba la presión sanguínea. Entré y salté por encima del portero inerte. Me tomé un segundo para esposarlo a la cancela con las esposas que él tan precavidamente llevaba en el bolsillo de atrás.

Entonces vi que se me habían pegado un par de puntos rojos a los vaqueros. Me despegué uno con el dedo. Dijo «Cuarenta y dos». Me despegué unos cuantos más. Llevaban números escritos. Procedían de una caja en la que había muchos puntos rojos, bastantes naranjas y un par de círculos amarillos brillantes. Todos tenían números escritos encima excepto los amarillos.

Cogí uno de cada, me apoderé de la linterna del portero y seguí andando por el pasillo. Se inclinaba hacia abajo con una fuerte pendiente; no tanta como la de las



escaleras, pero casi. El sonido era cada vez más atronador a medida que bajaba porque se producía un extraño eco en aquel lugar cerrado. Y sin embargo me sonaba de algo, había oído antes ese ruido, solo que no conseguía localizarlo.

Hasta que de pronto no necesité darle más vueltas.

Al final del pasillo se abrió de golpe una puerta y un tipo salió, evidentemente en estado ebrio. Al mismo tiempo una ola de luz, ruido y olores penetraron en el pasillo. Sujeté la puerta antes de que se cerrara y vi que me hallaba en la parte trasera de una sala grande con asientos corridos al estilo de gradas repletos de gente. No podía ver gran cosa porque un par de tipos enormes me bloqueaban la visión.

Los dos vampiros me miraron. Uno tenía pinta de aburrido; el otro simplemente de malévolo. El aburrido dijo algo, pero no comprendí qué. Tengo un oído excelente, pero el nivel acústico del local era increíble. El jolgorio que se desarrollaba a sus espaldas había alcanzado su culmen y la multitud charlaba y daba golpes en el suelo con los pies.

Ése era el extraño sonido que había oído: el golpear rítmico y colectivo de cientos de pies sobre el suelo sucio. Aquel lugar parecía un sótano: uno de esos locales de los que hay miles en los viejos edificios de Chinatown. Esos sótanos, junto con los túneles que los conectan, los utilizaban en su día las mafias chinas como ruta de escape en sus constantes rencillas. En la actualidad se han convertido en su mayoría en centros comerciales y en almacenes para guardar las falsificaciones de Gucci de contrabando.

Pero éste tenía otra función.

A lo largo de una mugrienta pared había un grafiti dorado, pero a diferencia del que había en el local de Fin no avanzaba. En su lugar una serie de contornos abstractos enmarcaban una lista de nombres con números en la columna de al lado. Eran apuestas, comprendí.

El vigilante aburrido señaló el punto amarillo pegado a mi ropa yladeó un dedo a la izquierda. Yo no sabía qué significaba el gesto, pero seguí su indicación. Al menos podía pasar.

Rodeé a la multitud sin alejarme de la pared en busca de la figura a la que había estado persiguiendo por la calle. No fue fácil, porque yo estaba al fondo y mi cabeza quedaba a la altura de los hombros de muchos de los clientes. Pero aquí y allá capté lo que me pareció una versión en vivo y en directo de los enormes pechos de Olga.

Un enorme ogro con un taparrabos de piel pinchaba con una lanza a un trol vestido con la misma escasa indumentaria. El trol tenía una porra, pero no la usaba. La tenía tirada en el suelo; la pesada madera era un pobre sustituto de sus propias manos, que eran como piedras.

Parecía como si el trol quisiera cascarle la cabeza al ogro como si se tratara de una nuez. La idea no hacía muy feliz al ogro, que no dejaba de pinchar al trol con la

lanza en los diminutos ojos. Pero teniendo en cuenta lo inútiles que son los ojos de los trols, la estrategia me pareció poco eficaz. Y además tenía el contraproducente efecto de cabrear al trol.

Por suerte para el ogro, que debía de ser la mitad de grande que el trol, las montañas de carne de trol no se mueven con demasiada rapidez. No hacía más que mantener las enormes manos alzadas hasta que una de ellas cayó al suelo con un tremendo golpe. Según parecía comenzaba ya a sentirse frustrado, pero también el ogro empezaba a hartarse. Aquello no duraría mucho más.

Vi una especie de asientos contruidos con cajas por encima de nuestras cabezas. Formaban una plataforma pegada a la pared. Parecía como si la hubieran construido para tapar la entrada de otro túnel por el que atisbé un montón de desvencijados peldaños de madera que se perdían en la oscuridad.

Me dirigí allí. Esperaba que las escaleras me proporcionaran un punto de vista ventajoso desde el que examinar toda la sala. Al pie de las escaleras había un vampiro que vigilaba el paso, bloqueado con una cuerda. Al ver que llevaba la etiqueta amarilla pegada a la camiseta me dejó entrar. Había subido la mitad del tramo de escaleras, que vibraban suavemente con el entusiasta repiqueteo de la multitud, cuando de pronto se sacudieron violentamente.

Un hombre salió tambaleándose de la oscuridad en lo alto de las escaleras. Por la pechera de su camisa blanca se derramaba una cascada de sangre roja brillante. Apenas conté con unos segundos para reconocer a Geminus; ver como se balanceaba sobre el descansillo superior de las escaleras, la herida abierta en el cuello, el cuchillo clavado en la espalda y la expresión de incredulidad en su rostro. Después cayó al suelo en medio de sus dos agresores, sangrando y manchando la arena.

Según parecía, al final, aquella antigua profecía era cierta.



Por un momento pude ver cómo el cálido brillo del poder de Geminus se disolvía y dispersaba a través de su piel igual que la luz del sol se disipa a través de un paño. Todo se tornó blanco y dorado; toda la sala se bañó de un fuego rojizo e intermitente. Fue extrañamente bello, pero a diferencia del resto de los presentes yo no perdí el tiempo y no me quedé a verlo. Había visto morir a demasiados vampiros y sabía qué ocurriría después.

Los jóvenes no resultan tan llamativos en el momento de la muerte porque tienen poco poder que expandir. Pero Geminus tenía dos mil años de energía acumulada, y esa energía tenía que ir a alguna parte. Y a diferencia de Elyas, sus maestros no estaban allí para absorberla.

Alcancé el descansillo superior de las escaleras justo en el momento en el que se producía un repentino y fuerte resplandor ya casi a mi espalda. Volví la vista atrás para ver serpentear los cálidos hilos blancos alrededor del cuerpo tendido en el suelo. Después se produjo el relámpago... y por un momento Geminus se convirtió en una antorcha humana de una brillantez imposible. Aceleré al sentir que algo enorme azotaba todo el lugar: una energía invisible que hacía temblar el aire y que provocaba una lluvia de polvo procedente de las vigas. Después el mundo desapareció con el estruendo de un trueno.

Yo iba por la mitad de un pasillo que descendía, pero la reacción fue lo suficientemente violenta como para lanzarme media docena de metros más allá. Aterricé de lado y rodé, me aparté del resplandor y me tapé los ojos con las manos. No sé si al liberar Geminus su poder las escaleras se vinieron abajo o si a la gente le entró pánico y trató de salir por la puerta principal, pero a mí nadie me siguió por las profundidades del túnel excepto el polvo ondulante y muchos gritos.

Por un segundo permanecí en el suelo respirando pesadamente, cubierta de polvo y llena de heridas. Hasta que parte del techo se derrumbó y tuve que salir corriendo a cuatro patas para alejarme de la lluvia de cascotes. Sentí como si una docena de puños me cayeran encima y vi cómo se abrían rápidamente las rajaduras del techo.

Había un túnel lateral más adelante así que me lancé hacia allí, temerosa de convertirme en una residente permanente de los bajos fondos de Chinatown. Pero al final no se produjo la esperada destrucción completa. Aquellos túneles llevaban en pie desde el siglo diecinueve; supongo que habían aguantado cosas peores.

De todos modos me aferré a la pared. Oía mi propia respiración trabajosa en los oídos. No me gustan los sitios oscuros. De verdad: no me gustan los lugares cerrados, oscuros y bajo tierra. Y el hecho de que acabara de producirse un asesinato allí mismo no contribuía a calmar mi fobia.

Saqué la linterna del bolsillo de la chaqueta. Tengo bastante buena vista y por lo general no la necesito, pero la había cogido por si acaso. Aquella herramienta de acero servía también como porra y me resultó reconfortante sentir su solidez en la mano al encenderla.

Al principio lo único que vi fue el ladrillo deshecho, la suciedad, el polvo y una piedra cubierta de telarañas a un lado. Pero luego el rayo de luz alumbró una mancha oscura en el suelo. Sangre. Fresca.

Me agaché, escuché atentamente y oí una débil voz que juraba desde algún lugar al fondo de aquel laberinto. Podía ser cualquier cosa o cualquier persona. Yo sabía que mucha gente usaba esos túneles, pero sin duda los asesinos no querrían llamar la atención y procurarían no hacer ruido. Además no había ninguna pista en absoluto en la dirección contraria y tampoco tenía ni idea de cómo era aquel laberinto. Así que seguí la pista de la sangre.

No fue difícil. Además de la mancha de sangre había una ancha franja de suelo malamente fregado cerca de la pared con marcas a su alrededor. No parecían marcas de zapatos o de botas, sino más bien el rastro que deja algo al arrastrarlo por la mugre. Algo o alguien que podía haber luchado, porque también había señales con aspecto de huellas de dedos.

Y después había más sangre. Probablemente habría podido seguir el rastro sin la linterna porque el olor era fuerte. Demasiado fuerte para un rastro tan débil.

Me arrodillé y tomé una muestra de la porquería centenaria del suelo con un dedo. Me lo acerqué a la nariz. Y lo aparté corriendo al sentir una carga eléctrica recorrerme toda la espina dorsal. Sangre de vampiro. De un vampiro viejo, a juzgar por la sensación. Era una sangre densa y oscura, más negra que roja y con una textura extraña, casi como de terciopelo. Muy viejo, pensé alzando la vista.

La idea me hizo vacilar. No me tengo por una persona particularmente cobarde y, por una vez, llevaba un montón de armas y no sentía el menor reparo en utilizarlas. Pero en su desesperación por curarse un maestro herido podía succionarme toda la sangre antes incluso de que a mí me diera tiempo siquiera a verlo. Y en ese caso de nada me serviría ningún arma.

Aunque por otro lado él tenía que saber que yo andaba por allí: estaba tan cerca que sin duda él podía oler mi aliento y oír los latidos de mi corazón. Y todavía no se había alimentado. Seguía maldiciendo cada vez más. Pero no en inglés. Escuché, fruncí el ceño, di un paso adelante y adiviné qué lengua estaba corrompiendo más o menos en el mismo instante en el que giraba en una esquina y lo veía.

Estaba tirado en el asqueroso suelo, reptando apoyándose sobre los codos, arrastrando las piernas por la mugre. La túnica, una vez blanca, estaba empapada en sangre que aún no había tenido tiempo de secarse. Había ido limpiando con ella la capa gris de mugre que se había ido acumulando por las paredes igual que la espuma

se acumula en el mar. El resultado era impactante: era como una especie de bollo de polvo al que yo me quedé mirando por un segundo, paralizada del susto.

—¿Anthony?

El estimado cónsul del poderoso Senado europeo alzó la vista por encima del hombro sucio. Y una expresión de profundo alivio relajó sus rasgos antes tensos y casi aterrados.

—¡Oh, gracias a los dioses!

Parpadeé. No era ésa la recepción que solían otorgarme los vampiros y mucho menos los maestros. Me acerqué y él me cogió de la mano. Balbuceaba antes incluso de que yo hubiera podido pronunciar una palabra.

—Tenemos que salir de aquí. ¡Tenemos que salir de aquí ahora mismo!

—Tranquilo —le dije. Traté de soltarme porque me agarraba con tal fuerza, que estaba a punto de romperme los huesos de la mano—. El techo se sostiene.

No creo que estemos en peligro de...

—¡Ah, claro que estamos en peligro, sí señor! —exclamó él, soltando casi una risita tonta que me hizo sospechar que lo decía con un doble sentido.

Los cónsules jamás se ríen de esa forma. Yo creía que ni siquiera sabían cómo reírse.

—¿Peligro de qué? —le pregunté cauta—. Geminus está muerto.

—¡Geminus! —silbó él el nombre entre dientes—. Ojalá pudiera matarlo por haberme metido en esto.

—¿Es que no has sido tú quien lo ha matado?

No había mucha gente que pudiera vencer a un maestro de primer nivel en la arena de combate, pero yo estaba delante de una de esas personas. Según parecía, después de todo, Louis-Cesare tenía razón.

Sin embargo Anthony me lanzó una mirada irritada y exclamó:

—¡No seas ridícula!

—Entonces, ¿quién ha sido?

Sus ojos se lanzaron como flechas a un lado y a otro. Vi el blanco alrededor de sus pupilas. No sé si el gesto se debía al nerviosismo o a la forma en que su piel parecía haberse desprendido un tanto de los huesos. El viejo Anthony no tenía muy buen aspecto.

—Ha sido esa cosa —susurró él.

—¿Qué cosa? —le pregunté yo mientras él luchaba por ponerse en pie.

No lo conseguí.

—¡Esa horrible cosa! Está por ahí, y nos va a pillar a nosotros también. ¡Oh, sí, porque no creo que te desperdicie a ti tampoco! —añadió, señalándome con un dedo—. Tú eres medio vampiro, ¿no?

Yo no tenía ni idea de qué diablos estaba hablando o si todavía seguía cuerdo;

parecía haberse vuelto un poco loco. Pero en ese momento me preocupaba menos cualquier posible monstruo mítico que la razón por la que él no podía ponerse en pie. Hace falta mucha fuerza para derribar a un maestro vampiro, y Anthony estaba gravemente herido.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté.

Tiré de los pliegues de la túnica que todavía tenía medio enrollada alrededor del cuerpo. E inhalé profundamente.

Ya sabía de dónde procedía la sangre, pensé con cierta sensación de mareo. Anthony no tenía clavada una estaca. Ni siquiera una docena. Tenía todo el cuerpo acribillado con ellas como un puercoespín humano. Después de observar la sangre y las vísceras me fijé. No parecían estacas normales. Eran más bien trozos de madera arrancados de alguna tabla. Pero habían servido para su fin. Algunas le habían atravesado todo el cuerpo y le llegaban a la parte trasera de la toga.

Y una de ellas le atravesaba directamente el corazón.

—¿Por qué no te has sacado esto? —le pregunté con desagrado y con cierta sensación de malestar.

—¡No las toques! —me gritó con fiereza—. ¡Bastante me ha costado metérmelas! Tardé un segundo, pero por fin capté lo que quería decir. O eso creí.

—¿Te has apuñalado a ti mismo?

—No tenía elección. La estaca que me atraviesa el corazón está untada con cera. Tenía que vaciarme de sangre para que me bajara la temperatura del cuerpo. De otro modo ya se habría derretido.

—Y como el cuerpo de un vampiro no sangra mucho por una sola herida, por eso...

—¡Tuve que seguir apuñalándome! De no haber tenido cerca unos viejos cajones de madera, ahora mismo estaría muerto.

—Tratas de ganar tiempo para que se te cure el cuello —dije yo, impresionada muy a mi pesar.

Yo había matado a muchos vampiros, pero a ninguno de ellos se le había ocurrido jamás nada semejante. Por supuesto la mayoría se quedaban paralizados con la estaca clavada en el corazón. Me pregunté cuánto poder tenía que tener Anthony para ser capaz de moverse a pesar de las estacas y de la inmensa pérdida de sangre.

Y luego me pregunté qué habría ocurrido de haber actuado Anthony de otro modo. Geminus casi había tirado abajo el techo. Anthony era al menos tan viejo como él y bastante más poderoso.

—Tenemos que salir de aquí —dije yo, tratando de ponerlo en pie.

—¡Vaya! ¿Cómo no se me había ocurrido a mí antes? —comentó él con cierto malévolo sarcasmo.

Dadas las circunstancias decidí dejarlo pasar y concentrarme en buscar un sitio

por el que agarrarlo. No le quedaba mucho hueco libre en el cuerpo, así que al final lo rodeé por la cintura con un brazo. Lo puse en pie de un tirón sobre las temblorosas piernas. Habría estado bien poder apoyarlo contra la pared, pero eso le habría producido más daño. Y no parecía que él pudiera soportar mucho más.

—¿Conoces estos túneles? —le pregunté.

Necesitaba saber cuál era la salida más cercana.

—¿Tú no?

—¿Por qué iba a preguntártelo si los conociera? —contesté yo. No quería gritarle, pero pesaba una tonelada y él apenas cargaba con nada de su propio peso—. Nunca había estado aquí.

—Pero tú vives aquí. ¿Es que no vas nunca de exploración?

—¿Bajo tierra? No.

—Bajo tierra es donde ocurren las cosas divertidas.

—Bajo tierra es donde viven los monstruos.

Anthony soltó una carcajada sorprendentemente estridente que reverberó por las paredes. Y luego se agarró a ellas musitando otra frase soez en latín. Mis conocimientos de latín no son muy extensos, pero creo que dijo algo acerca de la abuela de alguien y de un burro con una sola pata.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

Me sentí un tanto estúpida incluso en el momento en que le hacía la pregunta. Porque era evidente que no. Pero su salud no parecía ser una prioridad en su mente.

—¡Ha vuelto! —siseó, mirando a su alrededor muerto de miedo.

—¿Qué es lo que ha vuelto?

—¡Esa cosa! ¡Dioses! ¡Creí que se había ido!

Me quedé mirándolo. Me preguntaba cómo iba a sacar de aquel laberinto subterráneo a un cónsul gravemente herido cuando estaba claro que el tipo se había vuelto medio loco.

Y entonces yo también lo oí: el eco lejano de un suspiro.

—¡Anthoniiiiiii...!

—¡No me digas que no lo has oído! —me dijo Anthony, mirándome con ojos de loco.

—He oído algo.

Hice una pausa para tratar de oír algo más aparte de los acelerados latidos de mi corazón dentro del pecho... El nerviosismo de Anthony era contagioso. Pero el sonido no volvió a repetirse.

—¿Dónde está? ¿De dónde procede? —me preguntó él en tono exigente.

—No lo sé.

—¡Oh, dioses!

Los maestros vampiros detestan que nadie les vea perder la sangre fría, y además

se supone que los cónsules están muy por encima de semejantes asuntos humanos. Pero evidentemente Anthony estaba aterrado. Decidí que no quería saber qué podía asustar a un tipo que podía apuñalarse a sí mismo dos docenas de veces sin vacilar.

—Vamos.

Lo arrastré por el túnel más rápidamente de lo que sus pies estaban dispuestos a andar. Él no dejaba de tambalearse de un lado para otro y estuvo a punto de empujarme de cabeza contra la pared en más de una ocasión. Finalmente lo levanté y me lo cargué al hombro. Al fin y al cabo la mayoría de las estacas le habían traspasado ya todo el torso y le habían llegado a la espalda después de haberse arrastrado por el suelo.

Llegamos al túnel principal unos pocos minutos más tarde: Anthony colgado de mi hombro como un borracho y yo sudando. Apoyé la mano en la pared por un momento y traté de recuperar el aliento. Cuando la aparté, vi que había dejado una silueta de sudor. Me quedé mirando la huella con resentimiento, respirando trabajosamente y preguntándome por qué nunca me tocaban los sinvergüenzas flacos. Y entonces oí ese sonido otra vez. Y a menos que me equivocara, estaba más cerca que antes.

Sin embargo seguía sin poder descifrar la dirección de la que procedía. Había demasiados túneles laterales y demasiados ecos. Incluso nuestras propias voces sonaban de una forma extraña, como si vinieran de muchos sitios al mismo tiempo.

—¡Vamos, vamos!, ¿a qué estás esperando? —me preguntó Anthony en tono exigente y con mucha ansiedad.

Estaba decidiendo si dejar el culo de aquel gilipollas allí o no, pero eso no se lo dije.

—¡Hay que moverse! —añadió Anthony, dándome golpecitos con el dedo.

Me aparté de la pared y volví a cargármelo al hombro.

—Lo haré si me dices qué estabas haciendo aquí.

—Geminus me llamó por teléfono muerto de miedo, despotricando acerca de un fey, de no sé qué venganza y Zeus sabe de qué más. Resulta que alguien le estaba haciendo chantaje por culpa de esa maldita runa y a él se le había metido en la cabeza que la tenía yo. Me amenazó con ir al Senado a menos que se la diera.

—¿Y se la diste?

—¿Cómo iba a darle una cosa que no tengo? —dijo Anthony irritado.

—Entonces, ¿por qué creía él que la tenías?

—¿Quién sabe? Ya sabes cómo son los gladiadores. En cuanto se les mete una cosa en la mollera...

—Claro, no son como los senadores —dije yo, haciendo una parada—. A esos sólo se les va un poco la lengua.

Anthony esperó medio minuto a ver si yo decía algo más y por fin se desmoronó.



—¿Serías capaz de dejarme aquí tirado? ¿Dejarías tirado a un hombre herido?

—Tú no eres un hombre y te aseguro que no tardaría ni un latido.

Entonces él me dio una clase acelerada para aumentar mi vocabulario de tacos en latín antiguo. Yo me quedé ahí escuchando.

—¡De acuerdo, muy bien! —exclamó Anthony resentido—. Ayer por la noche Geminus me vio entrar en el despacho de Elyas momentos antes de que él muriera.

—Así que Louis-Cesare tenía razón. Tú lo mataste.

—Puede que yo no sea perfecto, pero soy leal con aquéllos que lo son conmigo. Y Elyas era una vieja alianza. ¡Yo no entré ahí para matar a ese hombre!

—¿Y para qué entraste?

—Fui a por Christine. Louis-Cesare llevaba un siglo buscándola; tiene una extraña obsesión con esa mujer. Pensé que si conseguía tenerla bajo mi control lo atraería también a él. Fui a hacer un trato con Elyas. Estaba dispuesto a protegerlo de cualquier venganza de Alejandro si él me daba a la chica.

—Pero no conseguiste a la chica —dije yo.

Por fin eché a caminar medio tambaleándome en dirección a la arena donde había caído Geminus. Solo esperaba que las escaleras siguieran en pie.

—¡No, gracias a los dioses!

—¿Qué ocurrió?

—Cuando llegué a la casa para ver a Elyas me dijeron que estaba en su despacho. Fui allí y llamé a la puerta, pero no respondió. Entré y me lo encontré atado como un ganso de Navidad.

—¿Y por qué no hiciste algo? Podías haberlo salvado...

—¡No podía hacer nada! Ya he visto el truco una o dos veces y me basta con un simple vistazo. La cera estaba blanda. De haberme puesto a revolver la hoja no habría conseguido más que acelerar la muerte.

—Pues haberlo curado.

Él emitió un gemido de desesperación.

—Puede que tú sepas hacer esas cosas, pero yo no estoy tan bien dotado. Y aunque lo hubiera estado, dudo que hubiera podido ayudarlo. Ya le viste la garganta: no tenía una raja, tenía el cuello seccionado en dos. Le quedaban unos segundos para morir; era inevitable.

—¿Y eso fue lo que hiciste? ¿Nada?

—Lo interrogué para tratar de averiguar quién había sido, pero estaba grogui. No conseguí sacarle nada con sentido, y estaba a punto de arrancarle una segunda palabra cuando llegó Louis-Cesare.

—El despacho estaba insonorizado —señalé yo—. No pudiste oírlo llegar.

—El encantamiento no funciona cuando la puerta no está cerrada, y para mi sorpresa resulta que no me había molestado más que en entornarla.

Traté de recordar y me pareció que me decía la verdad. Al menos de momento. La puerta del despacho estaba entreabierta cuando yo llegué; recuerdo que salía luz del despacho hacia el pasillo. Por eso es por lo supe adónde dirigirme.

—Oí que el sirviente lo precedía por el pasillo —continuó Anthony—. Y... se me presentó la oportunidad ella solita.

—Dejaste allí a Elyas a sabiendas de que moriría y que le echarían la culpa a Louis-Cesare.

—Y a sabiendas también de que yo lo salvaría. Louis-Cesare jamás estuvo en un verdadero peligro: solo su orgullo lo estuvo. Pero su orgullo bien podía soportar una mancha o dos, digo yo.

Anthony suspiró tristemente y continuó:

—El plan era demasiado perfecto. Debería de haberme dado cuenta: las Moiras jamás han estado de mi parte.

Me detuve porque habíamos llegado a la puerta que daba a la arena, o al menos yo supuse que debía de estar al otro lado. Una montaña de cascotes, ladrillos y rocas nos bloqueaban el paso. Puede que solo esa zona se hubiera derrumbado por ser un punto más débil o puede que todo el sótano se hubiera desplomado. Solo había un modo de averiguarlo.

Juré entre dientes y enfoqué con la linterna hacia el techo irregular; es decir, hacia lo poco que se podía ver de él a través de la nube de polvo suspendida en el aire. Veía por qué lugar habían cedido los viejos ladrillos, dejando caer una tonelada de tierra y una cascada de raíces largas y blancas. A la escasa y oscilante luz casi parecían dedos dispuestos a agarrarme, dedos que se extendieran...

Sí, bien. Ya era suficiente. Llevaba allí abajo demasiado tiempo, escuchando a Anthony despotricar. Tenía que salir de allí y sacarlo a él de inmediato, aunque lo que veía no resultaba nada prometedor. El único modo de atravesar el montón de cascotes caídos, si es que había alguno, era subiéndome encima.

De pronto tuve una visión de mí misma penetrando por el hueco boca arriba, bailando y meneándome con las rocas a unos centímetros de la nariz justo cuando estaba a punto de producirse otro derrumbamiento...

¿He dicho ya que de verdad, en serio que detesto los sitios pequeños y oscuros?

Pero en este caso no había otra alternativa. Me guardé la linterna en el cinturón para tener las dos manos libres.

—Voy a ir a echar un vistazo —le dije a Anthony—. Quédate aquí.

—¿O si no? —preguntó él con ironía.

—Vuelvo volando —le prometí.

No sé a quién pretendía reconfortar: si a él o a mí misma. A juzgar por la expresión de Anthony, creo que él sí lo adivinó, pero no me dijo nada. Comencé a escalar.

Resultó tan divertido como yo esperaba. Todo estaba completamente negro a excepción del rayo de luz saltarín de la linterna, que jamás parecía enfocar donde yo lo necesitaba. Y cuando por fin lo hacía en realidad no iluminaba más que la nube de polvo que se me pegaba a la garganta, lo cual no me ayudaba en absoluto ni a ver ni a respirar. Calculé mal una distancia y me di con la cabeza en el destartado techo, y después metí el pie por un agujero en la tierra que cedió y provocó una miniavalancha.

En el último segundo encontré apoyo en un trozo de pared de ladrillo que se había caído entero y de una sola pieza. Me sujeté y me protegí la cara tapándome con la chaqueta para tratar de no respirar los kilos de polvo que flotaban a mi alrededor. Finalmente todo se quedó quieto, alcé la vista y parpadeé para quitarme la suciedad y el polvo de los ojos.

Prácticamente estaba enterrada; solo mi cabeza sobresalía de aquel agujero. Tosí, me armé de valor y traté de salir de allí, pero solo conseguí remover más los escombros. Por desgracia la mayoría de ellos volvieron a caerme encima. Me revolví tratando de salir y creí ver un agujero más arriba, por encima de mí. Pero, de pronto, una cascada de piedras me hizo resbalar y caer de bruces para abajo, y luego un montón de rocas, raíces y afilados ladrillos me aporrearón por todas partes.

Caí a los pies de Anthony. El aire había vuelto a llenarse de polvo igual que si hubiera neblina y yo jadeaba y tosía.

—¿Y ahora qué? —preguntó él exigente.

No parecía que la paciencia fuera la mejor cualidad del cónsul.

Le hice un gesto de mal humor con la cara arañada y sucia.

—Ahora vamos a tener que encontrar otra...

—¡No! —gritó él, de nuevo aterrado—. No hay tiempo. Tenemos que salir de aquí.

—No llevo ninguna grúa en el bolsillo —solté yo de mal humor.

Me puse en pie y traté en vano de sacudirme el polvo de la ropa, pero entre mi sudor y su sangre la suciedad se me había pegado de tal modo, que formaba un bonito pastel. Sólo conseguí extender más la porquería. Decidí que quizá eso podía esperar y alcé la vista hacia Anthony, que se había quedado mirándome.

Él no iba a rogar; no estaba a punto de suplicarme nada. Pero su rostro lo hacía por él. La fría luz de la linterna alumbró unos rasgos apagados y una tez sin color. Alrededor de sus muchas heridas tenía círculos oscuros y brillantes como bocas voraces que le teñían la ropa y la piel. Sin embargo no parecía que le siguiera saliendo sangre. Me figuré que no le quedaba mucha más.

Se le acababa el tiempo.

Observé la negrura del túnel a nuestra espalda, pero no vi nada. Mi cerebro no obstante me proporcionó una imagen de esa oscuridad, de esos desconocidos túneles

que probablemente se abrían a más cavernas y más túneles... a vueltas e infinitas vueltas más para penetrar todavía más profundamente en la silenciosa oscuridad. Antes o después yo acabaría por encontrar la salida, de eso no me cabía duda. Pero no arrastrando a Anthony, y no estaba muy segura de qué me iba a encontrar cuando volviera a buscarlo.

—Lo intentaré otra vez —dije reacia.

Él asintió ligeramente aliviado. Puso una mano en mi espalda y me empujó, y yo trepé por la resbaladiza pendiente una vez más.

No sé si el corrimiento anterior había terminado de derribar la mayor parte de los cascotes sueltos o si es que yo comenzaba a hacerme con la situación, pero en esa ocasión llegué a la cima con escasa dificultad y puse una mano en el techo para no golpearme la cabeza. Me metí en un hueco entre el techo y la pared y lancé un pálido rayo de luz sobre el pequeño espacio que había podido atisbar momentos antes.

Sin duda era un agujero. Pero no pude ver nada al otro lado. No sé si porque la luz de la linterna no llegaba tan lejos o porque no había nada que ver. Podía deslizarme hasta allí y encontrarme con que solo había otra pared de suciedad y roca. O puede que se me viniera encima otra avalancha.

Me dolían los dedos de agarrar la linterna con tanta fuerza y de todos modos tampoco iba a servirme de gran ayuda. Me la guardé en el cinturón y comencé a reptar antes de cambiar de opinión. El agujero sobre la cima de la montaña de cascotes era claustrofómicamente pequeño y el aire resultaba casi irrespirable. Y cuanto más avanzaba yo más pequeño se hacía, hasta el punto de que me rozaba los codos por los dos lados e iba raspando la pared con la barbilla.

Resultaba casi impensable arrastrar a Anthony por allí incluso aunque hubiera una abertura al otro lado. Lo más inteligente era dar la vuelta, buscar otra salida lo más rápidamente posible y enviarle ayuda. Él era más duro que una piedra, tal y como ya había demostrado; quizá aguantara una hora más o dos...

De repente saqué la cabeza por un hueco abierto en el que el aire estaba repleto de polvo. Me resultó tan inesperado que me pilló por sorpresa y no fui capaz de parar con la suficiente rapidez. Caí por otra pendiente de cabeza en la oscuridad.

Me quedé allí un momento, aplastada sobre un montón de duros escombros que había al fondo, tratando de respirar. Al principio me costó porque me había quedado sin aliento. Apenas había podido inhalar algo de aire al ver a alguien de pie, justo en la sombra de una puerta.

Aquella figura estaba cortada por bandas diagonales de luz rojiza que procedían de algún lugar por detrás de él. Creí reconocer vagamente que se trataba del marco del grafiti; su luz se filtraba a través de la neblina de polvo. No podía distinguir mucho ni siquiera con esa luz: el aire estaba enrarecido. Pero una monstruosa sombra se extendía en el suelo a su lado.

Observé, apenas sin aliento y sintiéndome momentáneamente impotente mientras trataba de ponerme en pie. Entonces me enganché el pie izquierdo con algo y antes de que pudiera comprender con qué, la silueta indescriptible se echó hacia delante. Levantó la mano llevándose consigo el negro apéndice del suelo, ondulante, gigante y aterrador.

Venía a por mí.



Sentí tanto pánico que inmediatamente sacudí el pie con fuerza para liberarme de la gruesa y vieja raíz en la que me había enganchado. Procuré no hacer caso del dolor del tobillo y me incorporé con el arma en la mano. Sólo conseguí que algo me agarrara con fuerza de la muñeca.

La retorcí, pero no logré soltarme, así que hice la segunda cosa que mejor se me daba: arrojar a mi agresor contra la pared. Se estrelló con un fuerte golpe que provocó que nos cayeran encima más polvo y más cascotes a los dos, pero siguió sin soltarme. No sé cómo me dio la vuelta en sus brazos y me agarró de ambas muñecas. Así que yo le pise ambos pies tratando de hacer palanca para...

—¡Por favor!, no me des un golpe por debajo de la cintura —se oyó que decía la voz de un hombre con verdadero pesar—. Todavía estoy tratando de recuperarme de la última vez.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —pregunté yo, relajándome por fin en los brazos de Louis-Cesare.

—He estado siguiendo a Anthony. Quería saber qué era tan importante como para perderse el desafío del siglo. ¿Por qué estás tú aquí?

—Te he seguido a ti —contesté yo. Retorcí las muñecas otra vez para soltarme y él me dejó ir un tanto reacio, creo yo. O quizá es que me gusta pensarlo—. Todo el mundo te está buscando. A la cónsul casi le da una rabieta, Marlowe se está tirando de los pelos y Mircea...

—Lo sé. Lo he llamado hace una hora para informarle de que asistiré al juicio. En ningún momento fue mi intención no presentarme, pero tenía que seguir libre para recabar pruebas, si es que queda alguna.

—Creo que de eso ya se encarga Marlowe.

—Sí, pero hay sitios a los que ni siquiera él puede llegar.

—¿Como por ejemplo?

—Las habitaciones privadas de Anthony. Quería registrarlas para ver si encontraba la piedra...

—¿Has estado registrando mis habitaciones? —preguntó una voz débil y airada desde el otro lado de los escombros.

Louis-Cesare alzó bruscamente la cabeza.

—¿Qué ha sido eso?

—Anthony —dije yo amargamente—. Me lo encontré hace un rato.

—Te lo encontraste... —Louis-Cesare me miró incrédulo—. ¡Podía haberte sacado toda la sangre! ¡Si él es el asesino...!

—No creo que lo sea —dije yo. Quería preguntarle cómo se las había apañado

para registrar las habitaciones de Anthony cuando ni el mismo Marlowe podía hacerlo. Pero decidí dejarlo para más adelante—. ¿Encontraste algo?

—No —reconoció él con frustración—. ¡Pero de todos modos es peligroso!

—Ahora mismo no —contesté yo secamente.

—¡Ha matado a Geminus!

—Él dice que no.

—He visto el cuerpo, Dorina. Hay muy pocos contrincantes que puedan hacerle eso a un luchador del calibre de Geminus.

Era exactamente lo mismo que había pensado yo, pero a pesar de todo no tenía sentido.

—A él también lo atacaron.

—Fue Geminus quien lo atacó; sin duda tratando de defenderse.

—Yo pensé lo mismo, pero sus heridas no eran las de una persona que se defiende. Anthony dice que algo mató a Geminus y luego lo atacó a él.

—¿Algo? —repitió Louis-Cesare en un tono de voz sumamente significativo.

—Eso es lo que dice, pero no termina de encajar con...

El grito que rasgó la quietud reinante nos sobresaltó a los dos; nos puso tensos y ambos dimos un paso atrás. Pero el ruido no procedía de nuestro lado de la montaña de cascotes.

—¡Anthony! —gritó Louis-Cesare al tiempo que se lanzaba a escalar por la pendiente.

No hubo respuesta, pero de pronto un extraño olor invadió el aire; una especie de olor dulce al borde de la putrefacción, fuerte y penetrante. Yo lo había olido antes en alguna parte, pero no lograba recordar dónde. Y tenía algo de repugnante, algo que estaba profundamente mal.

Atravesar el diminuto túnel sobre la cima de la pendiente a toda velocidad fue todavía más difícil. Conseguí hacerlo, pero dejándome la piel de ambos codos y dándome varios cabezazos contra el techo. Supongo que fue por eso por lo que me quedé mirando la escena del otro lado un rato. Por un momento creí haberme dado un golpe demasiado fuerte en la cabeza.

Anthony estaba apoyado en la pared con la vista alzada y una expresión de verdadero terror. Le habían sacado media docena de estacas del pecho. Yacían esparcidas por el suelo, señalando con sus sanguinolentas puntas hacia la criatura de tiernas manos rojas que se inclinaba sobre el torso de Anthony.

Aquellos dedos diminutos y delicados se deslizaron por la resbaladiza sangre para palpar los bordes de las heridas mortales casi como si estuvieran jugando.

Pero esas manos eran más fuertes de lo que parecía. Una de ellas de repente giró el rostro de Anthony con el dorso y sus uñas pintadas comenzaron a desgarrar la mejilla y a golpear la cabeza a un lado y al otro para aplastarle la cara contra la tosca

pared. Él trató de alzar la cabeza y movió la mandíbula ausente. Un río de sangre recorrió su mejilla e inmediatamente comenzó a curarse.

Eso pareció enfurecer a su torturadora, que entonces soltó otro de esos gritos sobrenaturales. De nuevo comenzó a rebanarlo con las uñas y le abrió el pecho.

Pero aunque Anthony se estremecía de dolor, apretó los dientes y reprimió un grito. Así que aquellas uñas siguieron escarbando y perforando sin piedad para llegar más hondo, hasta que Anthony se retorció impotente de dolor y echó la cabeza atrás de golpe contra los duros ladrillos.

—¡Carroña podrida! ¿Cuántas veces voy a tener que matarte?

—Unas cuantas más, parece —dijo Anthony con una mueca.

Y entonces Anthony tuvo que apretar los dientes para soportar aquellas uñas como cuchillos que fueron desgarrándolo hacia abajo con penetrantes y fuertes tirones.

Esto último me sacó de la conmoción. Un segundo después me deslicé pendiente abajo por la masa de cascotes. Anthony alzaba unos ojos de pesadilla y gruñía. Yo estaba tensa, tenía el arma en una mano y la pesada linterna en la otra. Pero, justo entonces, los labios fijos en un rictus esbozaron una sonrisa y el brillo de odio de los ojos se derritió y desapareció como si jamás hubieran expresado semejante sentimiento. De no haber sido por la sangre del vestido azul claro, el aspecto de aquella mujer me habría parecido absolutamente normal.

—¿Christine?

—Hola, Dory.

Su voz sonaba serena e incluso agradable. De no haber estado observando la escena jamás habría creído que sus dedos pegajosos de sangre habían trazado esos surcos en el pecho de Anthony.

Yo había acabado precariamente de pie sobre un montón de ladrillos caídos, así que di un paso a un lado con mucha precaución. Ella no reaccionó de ningún modo.

—Eh... ¿Qué estás haciendo? —le pregunté con la misma calma de la que hacía alarde ella.

—¿A ti qué te parece? —preguntó Anthony con voz ronca.

Me pareció que lo más inteligente era que Anthony dejara de llamarle la atención. Nada más volverla vista hacia él, los ojos de Christine se llenaban de odio y se reconcentraban tanto, que yo podía sentir cómo pulsaba esa emoción. Entonces ella agarró con fuerza la estaca clavada al corazón y se la sacó antes de que yo pudiera detenerla.

Anthony reprimió un grito. Christine se inclinó sobre él con la sanguinolenta estaca en la mano. La alzó y la examinó con una expresión de confusión en el rostro.

—¿Por qué no se ha muerto? —me preguntó a mí.

Yo estaba haciéndome la misma pregunta. Hasta que vi el cuello de Anthony.



Sólo tenía una línea irregular y fruncida donde antes, hasta hacía solo un momento, había un corte abierto. Se había curado, comprendí incrédula. El muy testarudo hijo de puta se había curado de una herida mortal en el cuello y con una estaca clavada en el corazón. Jamás lo habría creído de no haberlo visto con mis propios ojos.

Era un truco impresionante, pero no creí que Anthony dispusiera de muchos más. La expresión de resignación de su rostro era bastante clara. Anthony se había dado por vencido: estaba convencido de que ése era su final. Y yo no tenía ni idea de por qué.

Hubiera debido de partir a Christine en dos como si se tratara de una ramita; sacarle la sangre, defenderse de mil modos distintos de una persona que apenas tenía más poder que un humano. Pero ni siquiera lo intentaba. Y eso no podía ser bueno.

—La madera lo ha atravesado —se quejó Christine antes de que yo pudiera llegar a alguna conclusión. Me tendió la estaca—. No lo entiendo. La última vez funcionó.

—¿La última vez?

—Con Elyas —dijo ella en tono impaciente.

Me acerqué para coger la estaca. A cada paso que daba iba soltando polvo. Trataba de respirar lentamente y de mantener la calma. No comprendía lo que estaba pasando y eso era malo. Pero el brillo inconfundible de locura de los ojos de Christine era peor. Si su cabeza no regia, entonces cualquier desliz podía suponer un grave problema para mí.

Y matar a Anthony.

Cogí la estaca y la examiné. Me agaché junto a Christine y su presa. Giré la estaca en las manos.

—A mí me parece que a esta estaca no le pasa nada malo —dije yo—. ¿Utilizaste una del mismo tipo con Elyas?

—Sí —dijo ella con ansiedad—. Se las mandé hacer a un orfebre de Zurich siguiendo una serie de características específicas. Es de madera de manzano, pero le dije que incrustara una punta pequeña de plata, ¿lo ves? —me explicó, señalando la punta afilada como una cuchilla con la uña pintada. Habría resultado bonita de no haber tenido un trozo de Anthony pinchado—. Así se clava con más facilidad.

—Apuesto a que así es más fácil que no la desvíe ninguna costilla —dije yo.

Era evidente que ella esperaba que le dijera algo. Ella asintió y añadió:

—Desde luego no es tan afilada como un cuchillo, pero corta.

—Yo probé una vez con una de hierro —dije yo—. Hace mucho de eso, pero descubrí que...

Me interrumpí al recibir una patada en la pantorrilla derecha. Bajé la vista y vi que Anthony me agarraba. Bien.

—Eh... bueno. Entonces, ¿por qué mataste a Elyas?

Christine alzó sus adorables ojos de la estaca y me miró.

—Lo siento. ¿Querías matarlo tú? —me preguntó amablemente.

—No especialmente, no.

—No me extraña. No era un gran reto.

—No como Geminus, ¿no?

—No, desde luego. Él podría haber resultado interesante, pero no se lo esperaba, ¿comprendes? Nunca se lo esperan.

No, nunca se lo esperaban. Yo me había puesto de pie y estaba frente a ella, observando cómo le goteaba la sangre de Anthony de las manos, y sin embargo todavía me costaba creer que fuera una asesina. El olor había desaparecido y su aspecto era el mismo de siempre: dulce, inocente y tan bello, que todo el mundo giraba siempre la cabeza para mirarla.

Pero entonces volvió a clavarle la estaca a Anthony en el pecho y la idea me resultó más fácil de creer.

En esa ocasión Anthony gritó. Emitió un ruido patético parecido a un maullido que me incitó a coger a Christine de la muñeca sin pensármelo dos veces. Ella, en cambio, se quedó ahí agachada, mirándome con una expresión inquisitiva.

—Eh... No puedes matarlo —dije con una voz débil tras unos instantes de vacilación.

Ella ladeó la cabeza con curiosidad.

—¿Por qué?

Mi mente se puso en marcha: trataba de buscar una razón, cualquier razón que pudiera salvar a Anthony. El asunto era complicado porque ni siquiera sabía por qué Christine deseaba tanto verlo muerto. Pero entonces una voz dijo con calma detrás de mí:

—Porque la energía que se liberaría al morir Anthony derribaría el techo. Moriríamos todos.

Christine frunció el ceño y soltó la estaca. Se puso lentamente en pie y se alisó la falda arrugada con las manos sanguinolentas.

—¡Louis-Cesare!

—Christine.

Los miré a los dos. Louis-Cesare parecía sentirse vagamente enfermo. Observaba la escena con una terrible tristeza. Pero no estaba atónito.

No parecía sorprendido.

—¿Qué demonios pasa? —pregunté yo en tono firme y exigente.

Me puse en pie. Él me miró y vaciló. Pero luego tensó la espalda y contestó:

—Convertí a Christine tal y como te conté. Le habían arrebatado la mayor parte de la magia y casi la vida. Estaba al borde de la muerte. Tanto, que de hecho no sabía si el proceso tendría éxito —explicó Louis-Cesare, que se humedeció los labios y continuó—: Al despertar de inmediato fue evidente que... que algo había salido mal.

Ella estaba lúcida. Me conocía, pero estaba... perturbada.

—Perturbada en el sentido de...

—Era violenta. Estaba alterada. La eché a dormir. Esperaba que se tratara solo del trauma por lo ocurrido. Pero a la noche siguiente, cuando volví a verla, se había marchado. La seguí hasta el convento en el que había sido novicia, donde la habían dado de latigazos. Me encontré con que había ardidado hasta los cimientos y que la madre superiora...

De pronto recordé la visión del edificio carbonizado, de las montañas de cenizas y de los cuerpos secos, delicados y frágiles como el exoesqueleto de un insecto.

—¿Christine?

Louis-Cesare asintió y tragó.

—A otras les había sacado la sangre. Seguí a Christine a lo largo de kilómetros y kilómetros, y finalmente me la encontré con un grupo de peregrinos. O... lo que quedaba de ellos.

—¡Oh, dioses!

Ése había sido Anthony. No sé si gritaba de dolor o porque estaba llegando a la misma conclusión que yo.

—Desde entonces no ha vuelto a hacer nada igual —se apresuró a añadir Louis-Cesare nada más ver el horror reflejado en mis ojos—. Yo la vigilaba y era fácil mantenerla controlada. Su poder es mínimo: no supone un peligro más que para los humanos, y no le está permitido...

—¿Mínimo? —repitió Anthony, tosiendo con una tos húmeda y áspera—. Es una maldita maestra de primer nivel. ¡Debería de haberme dado cuenta!

Christine le metió el delicado zapatito de piel modelo patentado en el pecho como si nada. Oí cómo se le rompían las costillas. Anthony juró.

—Tú no quieres matarlo, Christine. ¿Te acuerdas? —le dijo Louis-Cesare bruscamente.

—¡Ah, ah, sí! Lo siento.

Ella sacó mansamente el pie y Anthony se retorció en el suelo.

Yo me quedé ahí, mareada.

—Es una resucitada —dije medio paralizada.

Louis-Cesare no lo confirmó, pero tampoco lo negó. Simplemente se quedó mirándome con el rostro inexpresivo y pálido de un hombre que estuviera a punto de enfrentarse a la horca.

O con el rostro de un hombre que fuera el padre de un monstruo.

No ocurría a menudo, pero de vez en cuando, si un joven maestro le daba sangre demasiadas veces muy seguidas a una misma persona, le transmitía el virus metafísico que constituía la esencia del vampirismo. Sólo que como esas donaciones no tenían la intención de transformar a esa persona, la sangre que compartía el

maestro con el hijo no siempre era la suya, y por lo tanto no se establecía ese lazo de poder entre los dos.

También se creaban resucitados cuando algo salía mal durante el proceso de cambio; o bien por culpa de un error por parte del maestro, o bien por un problema con el sujeto al que había elegido, generalmente la edad o una enfermedad. Si el sujeto era débil, el lazo entre los dos también lo sería y jamás le proporcionaría al maestro el control que necesitaba para guiar el desarrollo del nuevo vampiro.

De una forma o de otra, los resucitados recién nacidos constituían siempre un problema desde el principio. Anhelaban el fuerte lazo con su maestro y el poder que les habría proporcionado de haberlo establecido. Se volvían locos y voraces sin él, atacaban todo lo que se les ponía por delante y buscaban ciegamente algo que jamás lograrían hallar.

De vez en cuando alguno de ellos sobrevivía unos pocos meses; puede que incluso un año si permanecía en un lugar aislado como una cadena montañosa con multitud de escondites. Pero yo jamás había oído hablar de ninguno que hubiera sobrevivido más. Y menos aún había oído decir que alguno hubiera alcanzado una edad suficiente como para aumentar su poder. Jamás se me había ocurrido pensar, ni a mí ni a nadie que yo conociera, que un resucitado pudiera aumentar su poder.

Supongo que todo el mundo daba por sentado que como eran unos inútiles mentales, también tenían que ser unos inútiles físicamente hablando. Y en general era cierto. La idea arquetípica de la leyenda del vampiro pálido, jorobado, al que se le caía la baba, con los colmillos demasiado grandes como para cerrar la boca y una desmesurada voracidad por la sangre, posiblemente provenía de las visiones casuales de los resucitados.

Pero ¿y si una de ellos lograba sobrevivir gracias a su poderoso protector, un protector tan angustiado por la culpa que ni siquiera se sentía capaz de obedecer la ley y destruirla? ¿Y si la resucitada sí ejercía sus habilidades hasta el punto de que, con la debida supervisión, parecía solo una excéntrica en lugar de una verdadera loca? ¿Y si aquella pesadilla se prolongaba durante otros trescientos años?

¿Qué era capaz de hacer una resucitada maestra de primer nivel, aparte de camuflar sus habilidades incluso ante su propio protector que, después de todo, llevaba ya un siglo sin verla?

Desvié la vista hacia Anthony. Creo que sabía qué era capaz de hacer.

—Ella no es... Ella no tiene por qué ser un peligro —dijo Louis-Cesare con desesperación—. Puede ser...

—¡Es una jodida resucitada! —soltó Anthony—. Es peligrosa para todo el mundo. ¡Tú lo sabes! ¿Por qué diablos no dejaste que la mataran cuando te diste cuenta?

—¿Cómo iba a hacerlo? ¡La he matado ya dos veces! La primera cuando se la

ofrecí al bastardo del mago, y luego cuando la convertí en vampiro. ¿Cuántas veces tengo que matar a esta pobre mujer? ¿Cuánto daño tengo que hacerle?

A mí no me parecía que ésa fuera la cuestión. La cuestión más bien era: ¿qué más era capaz de hacer él? Igual que los niños humanos, los bebés vampiros tienden a copiar los atributos de los padres. Tanto es así que las líneas sucesorias a menudo llegan a ser conocidas por determinado rasgo. Mircea, por ejemplo, es especialmente bueno en el arte de curar tanto a los demás como a sí mismo. Louis-Cesare había heredado ese don de su padre Radu, pero al hacerse maestro eran sus dotes y sus intereses en particular los que pasarían a sus hijos.

Y como todo el mundo sabía, su gran habilidad era el combate.



Observé cómo las palmas de las manos y luego los brazos de Christine iban poniéndose colorados. No creo que le gustara que habláramos de ella como si no estuviera presente. Y tampoco creo que le gustara recibir órdenes. No dejaba de mirar a Anthony, y en su rostro comenzaba a dibujarse otra vez esa expresión de voracidad.

Anthony no se dio cuenta. Había dejado caer la cabeza sobre el pecho acribillado. No sé si lo hacía de un modo deliberado para ocultar el hecho de que el cuello se le había curado o simplemente porque estaba demasiado cansado como para sujetar la cabeza. Pero a juzgar por la forma en que su piel comenzaba a encogerse y a pegársele otra vez al hueso, yo votaba por la segunda.

Anthony tenía que salir de allí y reunirse con su familia, y tenía que hacerlo ya. Pero de ningún modo podía hacerlo solo. Miré a Louis-Cesare para ver si él se había dado cuenta, y me lo encontré mirándome fijamente.

¿Dorina?

Estuve a punto de saltar del susto al oír el suave eco de esa palabra en mi cerebro.

¿Qué?, pensé yo instintivamente. De inmediato sentí un arrebato de profundo alivio al comprender que la voz que me había llamado no era mía. Aunque en realidad no me sentía aliviada. Estaba aterrada. *¿Desde cuándo has sido capaz de...?*

*¿Puedes hacerlo?*, me preguntó él en silencio, interrumpiendo el ritmo de mis pensamientos.

¿Que si puedo hacer qué?

*No voy a dejarte aquí con ella*, respondió Louis-Cesare, que entonces miró significativamente hacia Anthony.

¡Me dejaste con ella anoche!

Era casi la hora del amanecer y entonces yo creía que no tenía más poder que un niño. Tú no puedes sujetarla.

No, pensé amargamente. No creía que pudiera sujetarla. Durante todo el día mi culo había pasado de mano en mano y de vampiro en vampiro, y después de ver a Christine en acción con Anthony, dudaba que la escena fuera a ser muy distinta. Pero tampoco podía arrastrar un peso casi muerto por la pendiente, cruzar el hueco repleto de raíces y subirlo por el largo túnel. Y luego nublar la mente de la gente que hubiera al otro lado una vez que lo hubiera conseguido.

Lo pensé en dirección a él con tanta fuerza como pude, y vi que Louis-Cesare hacía una mueca. Probablemente había aplicado la energía de un grito, pero yo no llevaba siglos de entrenamiento como él. Las únicas veces que habíamos establecido algún tipo de contacto mental yo había estado demasiado ocupada como para prestar atención.

También en ese momento estaba muy preocupada, pero había asuntos prioritarios. Como por ejemplo qué sería lo primero que me mataría si Anthony por fin fallecía: si moriría por la tormenta de energía que se liberaría o por el aplastamiento al caérseme el túnel encima. La elección no era nada agradable.

*Si Anthony muere yo también estoy muerta. Y si se queda aquí morirá. ¡Sácalo ya!*, le dije con el pensamiento.

*Si ella te hace daño...*

*No me lo hará. Soy su compi asesina de vampiros, ¿no te acuerdas? Tú date prisa.*

Louis-Cesare me envió de vuelta un tumulto de emociones que me hizo abrir los ojos como platos. No sé silo hizo intencionadamente o no. Por fin añadió: *No te mueras.*

*Sí; bueno, ése era el plan.*

—¡Christine! —la llamé yo. Mi voz la sobresaltó un poco—. Estás acabando con Anthony. Y si él muere, nosotros también moriremos, ¿te acuerdas?

Christine se quedó mirándome con ojos brillantes durante un largo rato. Y luego asintió muy despacio.

—Todavía no puedo morir —confesó ella—. No he terminado.

Era increíble cómo tres sencillas palabras podían ponerme la carne de gallina de arriba abajo.

—¿No has terminado?

—Me has preguntado por qué maté a Elyas. Fue por eso —dijo escueta y oscuramente.

—¿Porque era un vampiro malévolo?

—Bueno, sí, por eso también —convino ella. Se apartó un mechón de cabello de la cara. El dorso de la mano rozó la mejilla y dejó una mancha roja que parecía colorete mal aplicado—. Pero por esa razón podría haberlo matado en cualquier otro momento.

—Entonces, ¿por qué ahora? ¿Para evitar al verdugo de Alejandro?

Yo sabía que esa no era la respuesta correcta antes incluso de que ella contestara. Daba igual a quién mandara Alejandro; quien quiera que fuese, habría despertado muy bruscamente.

—No, fue por la runa.

—La runa.

—Sí. Yo sabía que la tenía Elyas —continuó ella, frunciendo el ceño—. O pensé que la tenía. Cuando maté al fey yo no sabía nada del colgante, ¿comprendes? Le registré los bolsillos, pero no se me ocurrió mirar dentro del colgante. Y luego noté que Elyas estaba cerca y tuve que huir. No pude seguir buscando. No podía permitir que él me viera. No quería que me descubriera. Era demasiado pronto. Pero después

lo vi salir con el colgante en la mano y me di cuenta de mi error.

—¿Y cómo sabías tú nada de la existencia de la runa? Tú no estabas en la subasta.

Yo quería saber, pero además quería mantener la atención de Christine fija en mí. Louis-Cesare había dado la vuelta y se había colocado detrás de ella mientras nosotras hablábamos.

—Elyas no hablaba de otra cosa. Estaba todo el día colgado del teléfono hablando con lord Cheung. Hizo de todo menos suplicarle. Tenía miedo de no poder conservar su silla en el Senado una vez que Louis-Cesare abandonara el Senado europeo y dejara de apoyarlo.

—Así que por eso cogiste el colgante cuando estábamos en el despacho.

Ella asintió y continuó:

—Cuando maté a Elyas lo registré. Me acordé de no tocar directamente los cuchillos en el momento de asesinarlo, pero pensé que no quedaría ninguna huella en el colgante porque estaba todo tallado. No me acordé de los videntes.

—¿Y cómo aprendiste a matar vampiros así? No es que sea un conocimiento muy común.

—Tuve que aprender muchos métodos nuevos de caza —explicó ella con cierta frustración—. Louis-Cesare estaba siempre tremendamente atento y alerta; me era casi imposible hacer nada cuando estuve con él. Y con Alejandro no me fue mucho mejor. Me vigilaba constantemente, temeroso de que pudiera escapar. Pero cuando me fui con Elyas todo me resultó mucho más fácil. Jamás sabía dónde estaba.

*Ni él ni nadie*, pensé yo sería.

—¿Por qué esperaste hasta la fiesta para matar a Elyas? —seguí yo preguntándole—. Podías haberlo matado en cualquier momento.

—Porque antes de la fiesta en casa solo estaba la familia —dijo ella con mucha lógica—. Necesitaba que hubiera otros sospechosos; de otro modo todo el mundo me habría mirado a mí.

—Así que esperaste a que el apartamento estuviera lleno de gente para pillar a Elyas a solas.

—Sí. No pretendía que le echaran la culpa a Louis-Cesare. Yo sabía que esa noche tenía una cita con él; oí que Elyas se lo decía al portero. Pero la cita era mucho antes de mi plan. Esperé para matarlo hasta mucho después de que mi maestro se hubiera marchado.

—Sólo que Louis-Cesare se retrasó —dije yo. Ella asintió—. ¿Y por eso es por lo que mataste a Lutkin? ¿Para que dejaran de sospechar de Louis-Cesare?

—No, ese mago estaba en la fiesta de Elyas. Los vi hablando juntos. Puede que eso no significara nada; a Elyas le gustaban las carreras y además Lutkin era un campeón. Pero pensé que cabía la posibilidad de que un mago poderoso como él le hubiera robado la piedra a Elyas.



Tuve un último pensamiento para el pobre Lutkin, que había muerto solo porque a Christine se le había ocurrido que había una posibilidad de que tuviera la piedra. Probablemente ni siquiera la había visto nunca.

—Pero a Lutkin lo mataron a la luz del día.

—Llevo dos siglos de trotamundos a la luz del día.

Eso de «trotamundos a la luz del día» era una expresión antigua que se utilizaba para cualquier maestro que estuviera por encima del tercer nivel, porque eran los únicos que podían soportar la luz directa del sol durante un tiempo indefinido. Según parecía Anthony sabía muy bien de qué hablaba.

—¿Cómo entraste? Las medidas de seguridad en casa de la cónsul son bastante estrictas.

—Me dejaron pasar. El nombre de Louis-Cesare figuraba en la lista de invitados, y yo soy su sierva —contestó Christine, encogiéndose de hombros.

—Así que sólo quedaba Geminus.

—Sí. Yo estaba segura de que él tenía la piedra. Estaba en la discoteca esa noche. Lo vi al marcharme, pero en ese momento no se me ocurrió pensar en él. Y además Geminus estaba en la fiesta. Pero al final resultó que él tampoco la tenía.

—Por eso con él utilizaste el cuchillo recubierto de cera.

Había estado dándole vueltas al asunto. Había maneras mucho más eficaces de matar a la gente.

—Quería registrarlo antes de que muriera y de que se produjera la reacción. Pero entonces llegó Anthony, así que por supuesto tuve que matarlo a él también. Con Anthony mi intención no era usar la hoja recubierta de cera, pero fue la primera que cogí.

Tomé nota mentalmente. Tenía que decirle a Anthony que quizá las Moiras no lo detestaran tanto como él creía.

—Lo mataste porque él podía delatarte.

—Sí. Lo até, lo apuñalé y me marché, pero al ver que no se producía el segundo derrumbamiento supe que algo había salido mal.

—Inteligente.

—Puedo ser inteligente —confirmó ella. Christine miró detrás de sí, hacia la pendiente de cascotes por donde se habían marchado Anthony y Louis-Cesare—. Sé que ahora ellos dos se han ido. Pero no me importa. Anthony tiene que salir de aquí. Puede que con él haya cometido un error, y eso no puedo permitírmelo. Esta noche no.

—¿Qué tiene de especial esta noche?

—¿Pero es que todavía no te has dado cuenta? Por eso es por lo que no me importa si se van o se quedan. Voy a matarlos esta noche. Esta noche voy a matarlos a todos.

—¿Matar a quién? —pregunté yo muy despacio.

Christine no respondió. Había bajado la vista al reloj y había abierto los ojos inmensamente.

—¡No sabía que fuera tan tarde! Tengo que irme.

Christine se giró y echó a caminar por el túnel en dirección contraria a la pendiente. Yo la cogí del brazo. No conseguí siquiera aminorar su ritmo; más bien fue ella la que me arrastró a mí de paseo.

—¡Espera! Todavía no me has dicho para qué querías la runa. Porque no creo que tú necesites protección.

—¡Ah!, claro que la necesito. Por eso he venido aquí esta noche. Era mi última oportunidad de... —Su voz se desvaneció, pero al poco rato volvió a sonar con más fuerza, más resuelta—. Aunque también puede que sea la forma de Dios de decirme que ya basta. Puede que quiera decirme que una vez que haya terminado con todo esto, por fin ya me habré redimido.

—¿Una vez que termines con todo esto?

—He rezado durante tanto tiempo para que se produjera un milagro... pero nada. Durante años pensé que Dios me había abandonado, que estaba manchada. ¡Sucia! —afirmó, mirándose las ropas manchadas de sangre y retorciendo la nariz con desagrado—. Pero luego Él te mandó a ti a mi lado y todo quedó claro.

—¿Todo quedó claro? —seguí yo repitiendo en tono de pregunta, jadeando en mi esfuerzo por mantener su paso.

—También ha sido la tarea de tu vida: eliminar esta mancha de la humanidad. ¡Pero hay tan pocos como tú! Demasiados pocos dhampirs y demasiados como ellos. Y se reproducen a su antojo; constantemente hacen más y más. Necesitas ayuda.

—¿Y tú vas a ayudarme?

—Voy a hacer algo más que eso. Después de esta noche el mundo de los vampiros será un caos: las familias se alimentarán unas de otras como hacían antiguamente, maestro contra maestro, línea sucesoria contra línea sucesoria. Se destruirán a sí mismos y los que queden serán aniquilados en la guerra. Y tú podrás sentarte a observarlo todo. Solo desearía poder estar contigo.

—¿Y por qué no ibas tú a quedarte a verlo conmigo?

Christine me lanzó una mirada confusa.

—¡Porque yo estaré muerta! La runa era mi última oportunidad de sobrevivir a lo que todavía queda por delante. Pero comienzo a comprender que quizá yo no estaba destinada a sobrevivir a algo así. En cuanto el trabajo esté hecho, podré despojarme de esta horrible piel, de estos deseos infundados...

—Si me cuentas algo más de lo que planeas hacer quizá yo pueda ayudarte.

Las líneas de ladrillos colocadas en el siglo diecinueve dieron paso al hormigón moderno.

—Ya me has ayudado bastante. Me diste la clave.

Christine agachó la cabeza para entrar por un túnel lateral y yo me encogí para seguirla.

—Creo que yo me acordaría de haber hecho una cosa así.

—Durante mucho tiempo yo no alcanzaba a comprender por qué Dios había permitido que me ocurriera una cosa así; por qué me había elegido precisamente a mí para cumplir este destino —me explicó Christine—. Pero a lo largo de los años todo se fue aclarando poco a poco: tenía que convertirme en uno de ellos para poder destruirlos. Porque sólo una persona que los conociera íntimamente podía concebir el modo de acabar con ellos.

—Así que llevas planeando esto mucho tiempo.

—Más o menos —convino ella—. Pero me faltaba el elemento clave. Matar a uno o dos vampiros aquí y allá no significa nada. Es mejor matar maestros, porque entonces se debilita toda la línea familiar. Y matar senadores es realmente fructífero, porque mina la estructura política y social e inicia un proceso que lleva a la anarquía. Pero no basta con un senador o dos. Porque los sustituyen, y ya está. Para destruir verdaderamente su sociedad es necesario encontrar el modo de matar a muchos grandes líderes juntos, de una sola vez, y preferiblemente que pertenezcan a varios Senados distintos. Sólo que la empresa me parecía desesperada. ¿En qué momento se reúnen todos?

—Durante un desafío —contesté yo a la pregunta.

Comenzaba a sentir frío.

—Comprendí de inmediato que el desafío constituía mi mejor oportunidad, pero no sabía cómo sacarle partido. Debería de haberme dado cuenta de que Dios jamás me habría permitido llegar tan lejos si no pensaba proporcionarme luego los medios que iba a necesitar.

—¿Entonces Dios te proporcionó la runa?

—¡No, Dory! —rió Christine—. Te trajo a ti. La tarea me parecía imposible, pero tú me enseñaste el camino.

A lo lejos, la oscuridad reinante se fracturaba en mil pedazos al filtrarse una docena de débiles rayos de luz por el fondo del túnel. Resultó que era la boca de una alcantarilla a la que se accedía por una escalera. Cogí a Christine de la manga con ambas manos para retenerla.

—¿Y cómo es que yo hice eso exactamente?

Ella ladeó la cabeza.

—¿Pero es que no lo comprendes? De no haber pasado por el parque aquella noche jamás se me habría ocurrido utilizar el portal.

—¿Qué portal?

—El que está cerca del cuartel general del Senado de la Costa Este. Yo había

estado pensando en el modo de poner una bomba en el desafío, pero sabía de antemano que era imposible. Los hechizos de protección la habrían detectado de inmediato y la habrían detonado en un campo de fuerza. Y todos mis esfuerzos habrían sido inútiles.

—Pero entonces me conociste a mí —dije yo con ganas de vomitar.

—Tú me hiciste comprender que no hacía falta poner la bomba en el cuartel general. En realidad ya había una allí: una con la forma de portal.

Christine se metió la mano en un bolsillo de la falda y sacó una bola gris pequeña. Reconocí los restos de mi masilla explosiva.

—Por eso insististe en venir conmigo a casa —dije yo en un tono aburrido—. Querías robármela del petate.

—Lo siento —se disculpó ella con aparente sinceridad—. Te la habría pedido, pero pensé que no me confiarías una cosa así. Después de todo yo soy un vampiro.

—Pero podías habérmela robado en casa de Elyas —continué yo, buscando desesperadamente el modo de retenerla. Jamás lograría alcanzarla en plena calle. Además el cuartel general estaba demasiado cerca: para cuando yo hubiera hecho la llamada telefónica, ella ya estaría allí—. Te quedaste sola con el petate en el despacho mientras yo hablaba con Mircea.

—No, estaba Raymond. Él me habría visto. Sin embargo en tu casa, con la confusión después de que atacaran los feys, fue muy fácil.

Sí, muy fácil. Igual de fácil que dirigirse al cuartel general de la Costa Este. Christine no era una sucia dhampir ni una criminal a la que estuvieran buscando. Probablemente ni siquiera nadie le pondría ninguna objeción para entrar. Y un montón de explosivo como ése, colocado en un portal grande y activo...

Ella tenía razón: era inteligente.

Una cascada de imágenes pasó por delante de mis ojos, solo que en esa ocasión eran todas mías. Radu con su ridícula bata; mi madre, vista a través de los ojos de Mircea en una escena inundada de un amor que yo jamás había creído que existiera; Louis-Cesare con la cabeza echada hacia atrás en el momento de la pasión, aferrándose a mis brazos con dedos firmes como si no quisiera dejarme marchar jamás.

Y Christine iba a destruirlo todo.

Sólo quedaba una solución, aunque eso significara defraudar a Louis-Cesare. No tenía otra alternativa. Si la dejaba marchar todo habría terminado.

Saqué el arma de mi chaqueta. Christine ni siquiera se dio cuenta. Estaba en mitad del tramo de las escaleras, tendiendo la mano hacia la boca de la alcantarilla, contenta y confiada con su nuevo propósito recién descubierto. Y con la masilla explosiva en la mano derecha.

Ni siquiera traté de disimular. ¿Para qué? Si la explosión no me mataba, lo haría

la energía que se liberaría al morir Christine. O si no el túnel se derrumbaría y me aplastaría. Lo mirara como lo mirara, yo no iba a salir viva de allí. Pero al menos podía hacer algo. Por una vez no me hacía falta ser más fuerte, más rápida o tener mejores armas para competir. Sólo tenía que apretar el gatillo.

Y eso hice.

## Epílogo



—Te dije que era malvada —dijo alguien nada más verme parpadear e intentar abrir los ojos.

Estaba en mi dormitorio. Sobre la cama incidía una estela de luz del sol poniente que teñía de amarillo las sábanas viejas. A mi vera había un vampiro sentado que también iba vestido de amarillo. Yo sabía quién era antes de que mis ojos pudieran enfocar su rostro. Ni siquiera en el mundo de los vampiros había mucha gente que creyera que el satén del color de los narcisos resultara apropiado para vestir de día.

Radu cruzó las piernas y pasó la página de la revista que estaba leyendo: «Coches y conductores». Un tema arriesgado en el mismo momento en el que yo comprobaba mi estado de salud. Las partes de mi cuerpo que sobresalían de la descolorida camiseta azul parecían funcionar bien, aunque la mayoría debían de estar decidiéndose entre los esquemas de colores morados o azules oscuros. No obstante otras veces había estado peor, y ciertamente me había encontrado en situaciones infames. Y francamente, estaba agradecida de poder al menos sentir algo.

Aunque no comprendiera cómo era posible.

Me coloqué otra almohada debajo de la cabeza, me incorporé y me senté.

—Quizá tú puedas aclararme una cosa que me he preguntado siempre —dije yo, enfocando aquellos famosos ojos azul turquesa que enseguida se fijaron en los míos.

—¿Sí?

—¿Por qué te empeñas en vestirte como el friki de D'Artagnan cuando tú naciste doscientos años antes que él?

Radu frunció el ceño.

—La ropa formal de mi época eran las batas, Dory.

—¿Y?

—Esas horribles, largas, tórridas y asfixiantes batas son buenas en invierno, por supuesto, y el resto del tiempo...

—Los vampiros no sudan.

—No, es cierto, pero los pantalones hasta las rodillas resultan mucho más favorecedores. Así puedes verme las piernas.

—¿Quieres que la gente te vea las piernas?

—¡Tengo unas piernas muy bonitas!

Los dos nos callamos un momento para admirar sus piernas.

—¿Has venido a sacarme la pasta del coche? —pregunté yo, cambiando de tema —. Porque yo no tengo trescientos mil dólares.

Du echó un vistazo a los muebles viejos y al edredón usado.

—¡Jamás me lo habría imaginado!

—Ni creo probable que los tenga en un futuro próximo tampoco.

Du frunció el ceño.

—¡No he venido por el coche, Dory! Además, lo compré por Gunther. Yo no conduzco.

—¿Gunther?, ¿tu guardaespaldas?

—Es un buen guardaespaldas.

Yo lo miré con severidad.

—Du, te estás enamorando de un humano, ¿verdad? Ya sabes que eso es una horterada.

—¡Desde luego que no me estoy enamorando! —negó él, sacudiendo una manga—. Además, ya le he comprado otro.

Yo sonreí.

—¡Para ya!

—Si no has venido por el coche, ¿a qué has venido? —pregunté yo con curiosidad.

Sin duda Radu era lo suficientemente fuerte como para soportar la luz del sol, pero eso no significaba que le resultara cómodo.

Él me sirvió un vaso de agua de la botella que había sobre la mesilla y volvió a sentarse con aire de disgusto.

—¡Ah, no lo sabes, claro! Quizá porque se me ocurrió que a lo mejor querías saber cómo iba el juicio.

Me erguí un poco más.

—¿Todavía no ha terminado?

—¡Pues claro que todavía no ha terminado! Elyas sigue muerto, ¿no?

—Que yo sepa. ¿Qué ocurrió?

—Louis-Cesare fue absuelto por la muerte de esa criatura llorica —dijo él. Yo sentí que mi espalda se relajaba suavemente sobre la almohada—. Pero lo condenaron por ocultar a una resucitada a sabiendas y ponernos a todos en grave peligro.

Volví a echarme hacia atrás, tensa.

—¿Cómo?

—Bueno, ¿y qué esperabas? Casi hace una carnicería con Anthony.

—¿Cuál es la sentencia? —pregunté con el alma en los pies.

—A muerte.

—¿A muerte?

—Pero como Christine estaba bajo la tutela de Elyas cuando cometió los crímenes, y por lo tanto supuestamente bajo su supervisión, Mircea ha estado argumentando con gran éxito para conseguir que le transfieran la pena a él.

—¿A Elyas?

—Mmm... hmm.

—Pero Elyas está muerto.

—Sí, muy oportuno él.

—Así que... ¿van a soltar a Louis-Cesare sin más?

Una medida así no me parecía propia del Senado.

—No del todo. Al fin y al cabo él fue su creador y falló a la hora de solucionar el problema. Ha tenido suerte de que no lo trataran peor.

—¡Radu! ¿Qué le han hecho?

—Expulsarlo del Senado... a los dos. Y a él le han prohibido ocupar un puesto oficial durante al menos un siglo —me explicó Radu, que apartó las piernas del trozo donde daba el sol y las volvió a cruzar—. Por supuesto no es más que una solemne tontería. Pero era la única solución de compromiso a la que consiguieron llegar para solucionar el problema de cuál de los dos Senados se quedaría con él. Ninguno estaba dispuesto a ceder, y no podemos permitirnos el lujo de mantener otro conflicto más aparte de los que hay ya...

—¿Entonces Louis-Cesare tendrá que volver a luchar con la espada?

—Por decirlo de alguna manera. A mi entender, yo creo que debería de estar contento. Ahora mismo el Senado va a ser un infierno hasta que se decida quiénes van a ocupar las sillas.

—¿Entonces los desafíos han seguido adelante sin ninguna pega?

—De momento. Aunque por supuesto la prueba de esta noche ha sido solo el primer combate y nadie esperaba realmente que se presentara ningún problema.

—Y supongo que los candidatos de Ming-de estarán barriendo con los primeros puestos, ¿no?

—No. De hecho han tenido una actuación muy pobre. Los únicos candidatos de la delegación china que han pasado a la final son Zheng-ze y lord Cheung, pero estamos solo en los primeros días.

—¿Zheng-ze?

—Sí, aunque por muy poco. ¡Y lo creas o no, luchó durante toda la noche con una cabeza colgada del cinturón!

Así que después de todo Caramarcada iba directo hacia su silla del Senado. Yo sonreí.

—Lo creo.

Alguien llamó a la puerta. Instantes después una cabecita peluda se asomó y unos ojos grises grandes me miraron en silencio. A continuación *Apestoso* se subió a la cama trepando por el cabecero y se sentó a mi lado. Llevaba algo mojado que goteaba, y antes de que pudiera detenerlo me lo estampó en la frente.

—Gracias —le dije al sentir el agua helada goteándome por el cuello.

—Lo siento —se disculpó Claire, que entró seguidamente en la habitación con Aiden sobre una cadera—. *Apestoso* insistió. Creo que está convencido de que es una



especie de medicina mágica que lo cura todo.

Aquel día Claire llevaba el pelo especialmente voluminoso. Supongo que se había puesto rulos. Detrás de ella entró una persona rubia. Yo le pasé disimuladamente el chorreante regalo a Radu, que lo dejó sobre la mesilla.

—Creo que me estoy curando muy bien sin él, aunque no comprendo cómo.

—Yo sí —dijo el hombre rubio que había entrado detrás de Claire. Llevaba una silla en cada mano. Las dejó en el suelo para darme un beso—. Hola, Dory.

—¡Caedmon! ¿Cuándo has llegado?

—Anoche, en cuanto nuestras corrientes del tiempo coincidieron la una con la otra —dijo el rey fey.

—Heidar también está aquí —me dijo Claire—. Ha venido con cincuenta guardias. No te puedes imaginar la locura de casa que hay abajo.

—Podría ser peor. Heidar quería traerse a todo el ejército —comentó Caedmon secamente.

—No nos habría venido mal —dije yo—. ¿Cómo diablos consiguió escapar *Æsubrand*? Claire me dijo que era imposible.

—El truco fue inteligente —admitió Caedmon—. Mi hermana me escribió rogándome que la dejara ver a su hijo. Cometí un error tonto, según se ha visto después. Tengo que admitirlo.

—¿Por qué un error tonto?

—Efridís es muy hábil con el glamour. Tanto, que es capaz de engañar incluso a nuestra gente. Fue a visitar a *Æsubrand*, estuvieron un rato hablando y luego ella se marchó. Al menos eso es lo que dicen mis guardias que pasó.

—¿Quieres decir que ella se quedó en lugar de él? —pregunté yo. Él asintió—. Pero ¿cómo? Si sabías que *Æsubrand* tenía la misma capacidad que ella para...

—Al contrario. A él siempre se le ha dado mal el glamour. En eso se parece a su padre. Pero mi hermana llevaba un velo al llegar, así que al salir apenas le notaron la rudeza de los rasgos. Y debido al rango de mi hermana, los guardias tampoco lo examinaron muy de cerca. Y además, por otro lado, el aspecto del prisionero era perfecto.

—¿Así que tienes a tu hermana en prisión?

—De momento, sí. Recuperó su forma en cuanto su hijo estuvo lejos y a salvo. Sin embargo, la situación es insostenible. No puedo retener indefinidamente a la princesa *svarestri*, y ella lo sabe.

—¿Entonces ella está hospedada de balde, jugando a las cartas o lo que sea, mientras ese hijo de puta sigue tratando de matar a Aiden?

—Por lo que me ha contado Claire, *Æsubrand* no pretendía matar a Aiden en ninguno de esos ataques. De hecho ni siquiera lo buscó. En ambas ocasiones fue directamente a por ti. Incluso la segunda vez esperó a que tú llegaras a casa para

atacar.

—Porque quería que yo le dijera dónde estaba Aiden.

—¿Eso te lo dijo él?

Traté de recordar. No me resultaba nada fácil. Tenía la mente borrosa y la lengua como el papel de lija. Me bebí parte del vaso de agua que me había servido Radu.

—No con muchas palabras, no. Pero era la idea.

—¿Y no te parece significativo que en ningún momento centrara su atención en Claire? Ella suponía una doble amenaza para él. Primero porque su habilidad para anular hechizos le permitía destruir el encantamiento que él había creado, y segundo porque su herencia fey de la oscuridad hacía de ella un contrincante formidable, sobre todo a la hora de defender a su hijo.

—Puede que pensara que ella jamás le diría dónde estaba su hijo, y que creyera que yo sería un objetivo más fácil.

—Quizá, pero ya había luchado antes contigo y no había logrado vencerte. Yo en su lugar me habría centrado primero en matar a Claire, luego a ti y por último habría buscado al niño tranquilamente.

Claire lo miró horrorizada y preguntó:

—¿Tú harías eso?

—Sólo estoy hablando de cuál sería el procedimiento militar más correcto —contestó él con paciencia—. Y *Æsubrand* fue entrenado exactamente igual que yo para optar por la alternativa más lógica en la elección de los objetivos. No obstante su decisión no fue lógica... si es que su objetivo era Aiden.

—¿Es que no crees que los *svarestris* quieran matarlo? —pregunté yo.

—¡Ah, por supuesto que sí! Pero no creo que les corra tanta prisa. Pasarán décadas e incluso siglos antes de que Aiden tenga el suficiente poder como para suponer una amenaza para ellos.

—Ya han tratado de matarlo antes —dijo Claire en un tono enfadado.

—Sí, pero como colofón, digámoslo así, después de intentar asesinarme a mí. Él se convirtió en una prioridad en el momento en el que creyeron que yo estaba muerto. Entonces fue el único obstáculo que se interponía entre *Æsubrand* y el trono. Pero mientras yo viva, él está a salvo.

—¿Entonces crees que el ataque al castillo no tenía nada que ver con *Æsubrand*? —preguntó Claire con escepticismo.

—Sí y no. No creo que él ordenara ese ataque, pero el principal conspirador en ese asunto fue el padre de *Ölvir*, uno de los traidores al que me vi obligado a ejecutar después del reciente intento de golpe de Estado. Su padre se suicidó antes de que pudiéramos ponerle las manos encima, pero dejó una carta. Decía que como yo le había privado de su hijo, él iba a privarme a mí de mi nieto.

Claire se estremeció.

—De todos modos *Æsubrand* ha estado muy ocupado buscando la *Naudiz*. Habría podido ganar muchas causas para sí con semejante comandante invencible en el bolsillo, además de ser un poderoso símbolo. Esa piedra solo puede llevarla el heredero del trono —añadió Caedmon.

—Pero acabas de decir que venía a por mí —señalé yo.

—Sí.

Tardé un segundo, pero por fin caí.

—¡Yo no la tengo, Caedmon!

—Ya no —convino él.

Caedmon alzó la mano con la piedra toscamente cortada, de un blanco sucio, del tamaño de un dedo pulgar. Tenía unas rayas talladas por un lado que eran un glifo. Me abalancé sobre ella.

—¿De dónde la has sacado?

—La encontró el vampiro.

—¿Louis-Cesare?

—Sí. Ése cuyo ridículo nombre se escribe con guión.

—La encontró debajo de tu cuerpo cuando te sacó del derrumbamiento —explicó Radu, que le lanzó a Caedmon una mirada muy poco amistosa.

—¿Y qué hacía allí? —pregunté yo, incómoda.

Caedmon se encogió de hombros y contestó:

—Se te soltó de la piel después de expandir su energía para desviar la explosión.

—¿De mi piel?

—La *Naudiz* está hecha para llevarla encima durante la batalla. Cuando se invoca su hechizo, la piedra se derrite en la piel y es imposible quitársela.

—¿Igual que un tatuaje?

—No. Los tatuajes mágicos de los magos son visibles en el cuerpo. Una de las ventajas de la *Naudiz* es que es invisible. Por eso el enemigo nunca puede estar seguro de cuando su contrincante está o no protegido, y sabe que cualquier ataque a esa persona es muy arriesgado.

—Por eso todo el mundo la quería para el desafío —intervino Radu—. Es posible detectar casi cualquier hechizo mágico, pero la *Naudiz* está diseñada para que nadie la detecte.

Me quedé mirando aquella diminuta cosa en la palma de la mano y sentí que la cabeza me daba vueltas.

—¿La tenía yo? ¿Todo el tiempo recorriendo Nueva York de un lado para otro, volviéndome loca buscándola, y resulta que la llevaba pegada a la piel?

—Por suerte. De no haber sido así, ahora sin duda estarías muerta —contestó Caedmon.

—Sí, pero... ¿cómo se me pegó?

—Tenemos una teoría acerca de eso —dijo entonces una voz que me sonó.

Tardé un segundo en reconocer al tipo que estaba de pie en el umbral de la puerta porque, por una vez, todas sus partes estaban donde tenían que estar.

—¡Ray! Así que han vuelto a reconstruirte, ¿eh?

—Estoy como nuevo —contestó él, que se acercó a la cama y se inclinó para enseñarme la cicatriz—. Incluso mejor —añadió en voz baja—. El Senado tiene buenos bokors en su nómina. Nada más terminar con el cuello les pedí que me echaran un vistazo a... otras partes.

—¿Así que ya no eres el Señor Bulto?

—¡Qué va! ¡Ahora soy todo un semental, muñeca!

—Te tomo la palabra —le dije yo.

Ray se hizo a un lado y se apartó del sol. Yo miré a Caedmon.

—¿Cómo es que al final acabé yo con la *Naudiz*? Yo no estaba en la subasta y jamás conocí a Jókell.

—Pero yo sí —dijo Ray.

—¿Y qué tiene eso que ver?

Ray se apoyó en la pared y se puso cómodo antes de explicar:

—Creemos que debió de ocurrir algo así: Jókell estaba en mi despacho, esperando a que el luduan autentificara la piedra para marcharse con la pasta. Se abrió la puerta, pero no sintió ningún peligro. No era más que una humana que buscaba a alguien.

—Porque el aura de poder de Christine era engañosa —lo interrumpí yo—. Era una de esas escasas vampiros capaces de ocultar su verdadero poder.

—Exacto. Así que él siguió tranquilo. Ningún humano podía suponer un problema para él. De modo que ella lo pilló por sorpresa y lo destripó.

—Eso no es mera especulación —afirmé yo—. Ayer hablé con el luduan y eso es exactamente lo que ocurrió.

—Sí, nosotros también hemos hablado con él esta mañana. Nos ha dicho que Jókell tenía la runa en la mano y que estaba a punto de dársela para que la autentificara cuando apareció Christine.

—Sí, a mí me dijo lo mismo —asentí yo.

—Vale, así que ahí estaba Christine, que debía de haber oído hablar a Elyas de la runa. Ella sabía que él iba a presentarse en cualquier momento a por la piedra, así que no tenía mucho tiempo. Registró a Jókell y le dio la vuelta a los bolsillos, pero no la encontró. Y entonces sintió que Elyas se acercaba y tuvo que marcharse para no delatarse tan pronto.

—Hasta ahí te sigo.

—Elyas entró en el despacho. Vio a Jókell tirado, medio muerto y con el colgante que había visto en la subasta al cuello. Cogió el colgante creyendo que la piedra estaba dentro y se marchó antes de que nadie lo viera. Y dejó a Jókell con la runa en

la mano —explicó Ray.

—Pero si en ese momento él tenía la piedra, ¿por qué no invocó el hechizo? —pregunté yo—. Él tenía que saber cómo funcionaba la runa para poder venderla. De otro modo no habría podido darle esa información al comprador.

—Es que sí la invocó.

—Entonces, ¿por qué está muerto?

—Porque cometió un error. Una vez pronunciado el encantamiento, la *Naudiz* tarda unos segundos en activarse. Él estaba medio inconsciente debido a la pérdida de sangre y al dolor. Cuando yo volví al despacho, él no pensaba más que en llamarme la atención para que lo ayudara.

Yo comenzaba a comprender.

—Y te agarró del tobillo —dije yo, que entonces recordé que él mismo me lo había contado.

En aquel momento el detalle no me había parecido importante.

—Con la mano en la que tenía la *Naudiz* —confirmó Ray—. Me transfirió la piedra y un segundo después murió.

—Pero eso no explica cómo llegó hasta mí.

—La *Naudiz* está diseñada para mantener la vida —intervino entonces Caedmon—. No puede funcionar adecuadamente en una criatura que, según su propia definición de los términos, ya está muerta. La piedra le proporcionó a Ray cierta energía adicional mientras buscaba otro cuerpo vivo con el que seguir funcionando, pero no podía hacer nada más por él.

—Los bokors dijeron que ésa es la razón por la que superé tan bien todo el desmembramiento —añadió Ray—. Según ellos, debería haber muerto.

Pensándolo bien, Ray me había parecido notablemente... resistente.

—¿Pero por qué transferírmela a mí?

—Por ninguna razón en especial: simplemente porque fuiste el primer cuerpo vivo con el que Raymond tuvo un largo contacto —explicó Caedmon.

—¡Sí, me pusiste las manos encima pero bien! —comentó Ray con una risita maliciosa—. Y en determinado momento..., ¡zas!, se transfirió. Probablemente durante la locura de la persecución. Quiero decir que... bueno, ¿quién iba a darse cuenta, no?

—Sí, pero me he hecho muchas heridas desde entonces —protesté yo—. ¡Ésubrand me rompió la muñeca!

—La *Naudiz* no es un escudo, Dorina —dijo Caedmon—. No te protege de todas las heridas. Sólo te garantiza que esas heridas no sean mortales.

Asentí y pregunté otra cosa, pero en medio de la frase tuve que bostezar.

—Está cansada —dijo Claire, poniéndose en pie—. Deberíamos dejarla descansar.

—Estoy bien —protesté yo.

Claire me lanzó una mirada severa.

—Los curanderos han dicho que necesitas mucho descanso. Probablemente tendrás que descansar durante toda la semana que viene. La runa te habrá mantenido viva, pero te has llevado una buena paliza.

—No ha podido ser tan terrible. Tenía...

—¡Louis-Cesare tuvo que sacarte de los escombros!

De pronto me alegré de no acordarme de nada.

—Vale, pero una cosa más —dije yo mientras todo el mundo se ponía en pie—. ¿Cómo sabía Ésubrand que yo tenía la runa? Ni siquiera lo sabía yo.

—La explicación más sencilla es que él siguiera al fey a la discoteca y viera a Christine salir del despacho —dijo Caedmon—. Por la descripción del luduan debía de llevar mucha ropa encima, y según tengo entendido se parece un poco a ti.

No se me había ocurrido pensarlo, pero vistas desde lejos es posible que Christine y yo nos pareciéramos: pelo oscuro, ojos oscuros, piel pálida y la misma estatura más o menos. Ella tenía el pelo más largo pero siempre lo llevaba recogido. Y el luduan había dicho que llevaba capucha. Me pareció verosímil. Aunque también poco convincente.

—Debe de haber miles de personas en Nueva York que se parezcan a mí —señalé yo.

—Sí, pero no hay miles de personas que puedan luchar contra un fey y salir vivas. Ésubrand vio que una mujer menudita de cabello oscuro y sin ningún halo de poder destacable salía del despacho poco antes de que encontraran muerto a Jókell. Él no conoce a muchos humanos, así que sin duda pensó inmediatamente en ti. Sus espías habían estado vigilando esta casa y sabían que Claire estaba aquí. La conclusión lógica era que ella te había pedido que fueras a recuperar la piedra, y que eso era lo que habías ido a hacer tú allí.

—¡Hijo de puta!

—Mi gente me ha dicho que ha vuelto a Fantasía. Sin duda al enterarse de que nosotros estamos aquí ha comprendido que de momento ha perdido la batalla —dijo Caedmon, que me miró muy serio—. Pero deberías de tener cuidado, Dory. Ésubrand no es el tipo de persona que se olvide de una derrota, y tú lo has vencido ya dos veces delante de sus hombres. Creo que es probable que vuelvas a verlo.

Me acordé del fey que había estado siguiendo a Louis-Cesare. ¿Esperaba Ésubrand que él lo condujera hasta mí? Decidí que les debía una copa a los chicos de Marlowe.

Claire se inclinó sobre la cama para llevarse a *Apestoso*.

—Ponte buena pronto —me dijo—. Quiero ir a ver unas cuantas películas, comer comida basura humana, ir de compras...

—Entonces, ¿no te marchas?

Ella sacudió la cabeza y dijo:

—Ya sé que por mi modo de hablar no lo parece, pero hay cosas que adoro de Fantasía. Sólo que también soy medio humana. Y me parece que he estado lejos mucho tiempo.

—Entonces puede que vengas de visita más a menudo.

—Puede —dijo ella con una sonrisa.

Radu fue el último en marcharse. Se sentó junto a mi cama con una cara muy seria.

—Louis-Cesare está abajo. Ha estado aquí desde que te traje.

—¿Y por qué no ha subido?

—Cree que tú no quieres verlo. Le he dicho que eso es ridículo, pero ya sabes como es.

—Sí, ya me voy dando cuenta.

—¿Quieres que le diga que suba?

—Sí.

Tenía que hacerle unas cuantas preguntas.

Radu asintió, pero no se marchó.

—¿Sabes? Aunque no hubiera sido una malévola mutante, esa mujer siempre fue mala para él. No es que yo me entrometiera en sus asuntos, claro.

—Por supuesto que no.

—Pero no era buena. Él necesita a una chica buena y sensata. Tú eres sensata, Dory.

—Yo estoy loca, Du.

—Bueno, no siempre. Y cuando no lo estás, eres una chica adorable... a tu extraña manera, claro.

—¡Vaya, gracias!

Radu me dio unos golpecitos en el brazo.

—De nada.

Nada más marcharse Radu cerré los ojos durante lo que me pareció un instante, pero cuando volví a abrirlos estaba todo oscuro otra vez. La luz de la luna entraba por la ventana y llegaba hasta mi cama. Dibujaba el rostro de Louis-Cesare con un suave trazo de plata.

—Supongo que Claire tenía razón —murmuré yo—. Debo de estar cansada.

—Y con razón —dijo él en voz baja.

—No hace falta que te quedes.

Él apartó un mechón sudoroso de pelo de mis ojos.

—Ya te he dejado dos veces, y en ambas ocasiones casi te matan.

—Entonces quizá sea mejor que no vuelvas a dejarme.

Sus dedos, suaves y ligeros como una pluma, rozaron mi rostro.

—No voy a ninguna parte. Pero tienes que dormir.

—Mm... hmm. Pero no vas a largarte así de fácil.

No tenía ganas de levantarme, así que lo agarré de su bonita camisa azul y tiré de él para que se tumbara a mi lado. Su pecho era una buena almohada, pensé mientras cerraba los ojos sin querer, muerta de sueño.

Me esforcé por abrirlos porque había un par de cosas que quería saber. Decidí empezar primero por la gorda:

—¿Es cierto que Christine era tu amante?

—Durante un breve período de tiempo, sí, antes de la transformación. Pero después... aunque yo me hubiera sentido inclinado a continuar la relación, ella detestaba a los vampiros. Jamás se habría mezclado con ninguno de nosotros.

—Entonces, ¿por qué le decías a la gente que era tu amante?

—Ella requería una vigilancia constante y no era una tarea que pudiera encargarle a nadie. De haberse escapado, las muertes que hubiera provocado habrían recaído sobre mí. Tenía que mantenerla a mi lado en todo momento, y necesitaba una razón verosímil para hacerlo.

—¿De modo que dejaste que todo el mundo pensara que sufrías cuando ella no estaba a tu lado?

—En resumen, sí. Pero cuando a Alejandro se le ocurrió que secuestrar a mi adorada amante sería el modo perfecto de obligarme a batirme con Tomas, entonces me salió el tiro por la culata.

—Por eso estabas tan desesperado por recuperarla. Sabías lo peligrosa que podía ser.

—No sabía hasta qué punto podía ser peligrosa —dijo él secamente—. Ella ocultaba muy bien sus habilidades. Me preocupaba más la posibilidad de que ella misma se delatara. Christine solía estar muy lúcida la mayor parte del tiempo, pero a veces...

—Sí, ya lo vi.

Tardaría en olvidar la imagen de Christine jugando con el pecho acribillado de Anthony. Parecía tan... feliz.

—Sin embargo en la corte de Alejandro la excentricidad está a la orden del día, así que nadie notó nada. Alejandro la mantenía bien encerrada porque sabía que yo buscaría el modo de recuperarla.

—Pero Elyas no era tan cuidadoso.

—No. Alejandro mandó trasladar a Christine allí en cuanto descubrió que Tomas había desaparecido. Temía que yo tomara medidas desesperadas ante su amenaza de matarla. Elyas accedió a tenerla en su casa, pero según parece la única medida de seguridad que tomó consistió en decirle al portero que no la dejara salir. Le pareció



una mujer tímida y sin ningún poder; no creyó que mereciera la pena preocuparse por ella, no reconoció el peligro.

—Y por eso a ella le resultó tan fácil matar. Todo el mundo pensaba exactamente lo mismo.

—Por suerte, parece que llegó a la conclusión de que matando vampiros de uno en uno no iba a acabar con toda la raza tal y como se proponía. Sólo que gracias a eso se delató y la ejecutaron antes de que llegara a poner en marcha su gran plan. Al menos Marlowe no tiene noticias de más muertes misteriosas ni aquí, ni en casa de Elyas. No sabemos qué ha podido ocurrir en la corte de Alejandro, pero me figuro que lo mismo.

—No, creo que ella estaba esperando el gran momento.

—Eso parece.

Rodé en la cama para verle la cara.

—Vale, ya basta de preguntas fáciles. ¿Qué estabas haciendo en mi cabeza?

—La comunicación mental es parte de tu herencia de tu mitad vampiro. Me imagino que el vino que has estado bebiendo ha permitido que esa habilidad se manifieste.

El vino fey: una maldición y una bendición al mismo tiempo, pensé. Entrecerré los ojos.

—Pero ¿cómo lo sabías? Yo no he estado comunicándome mentalmente ni contigo, ni con nadie.

Él apartó la vista y se lamió los labios con la lengua.

—Puede que tuviera unas cuantas pistas cuando capté ciertos... pensamientos.

—¿Pensamientos?

—Sentimientos, más bien.

—¿Sentimientos buenos?

Él volvió los ojos hacia mí y sus labios dibujaron una leve sonrisa.

—Muy buenos.

Teniendo en cuenta las cosas que había estado captando yo de él, decidí dejar el tema. De momento.

—Vale, pero ¿por qué me contaste toda esa milonga acerca de Christine y de ti? Me hiciste creer que ibais a volver a empezar juntos otra vez.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? Te has pasado la vida matando resucitados. ¿Cómo iba a decirte que yo protegía a uno de ellos?

—¿Tenías miedo de que la matara?

—Sí, de eso también. Pero luego además estaba tu reacción. Yo sabía que a ti te sorprendería, que te desagradaría, que te horrorizaría... todo lo que vi en tu rostro cuando estábamos en el túnel. No quería que pensaras mal de mí y sabía que...

—¿Sabías qué?

—¡Sabía que tú y yo no teníamos ninguna oportunidad!

Su rostro tenía una expresión seria, apasionada. Me daban ganas de darle un puñetazo.

—¿Por qué? ¿Sólo porque Marlowe lo desaprueba y al Senado no le va a gustar? Para mí, personalmente, eso es una especie de aliciente más.

Él me miró incrédulo.

—Te he robado. Te he mentado acerca de Christine. Te he dejado con esa loca...

—Dos veces.

—¡Tienes todo el derecho a no querer volver a verme nunca más!

—Sí. Pero también me has ayudado a luchar contra un montón de feys locos, has huido de tu propio juicio por asesinato porque creías que yo estaba en peligro y podía necesitar ayuda y, según he oído, me has sacado de debajo de los escombros.

Bostecé, y cuando volví a levantar la vista, Louis-Cesare tenía esa misma expresión que yo había visto ya una vez en él y que era una mezcla de esperanza, incertidumbre y miedo.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó él con precaución.

—Digo... —comencé yo.

Inmediatamente hice una pausa. ¿Qué estaba diciendo? ¿Estaba de hecho pensando en ese asunto? ¿En serio estaba pensándolo? Porque después de toda una vida de locura, una cosa así tenía que tener un precio. Los dhampirs no mantienen relaciones... al menos no a largo plazo. Y desde luego no con criaturas a las que se supone que tienen que cazar. No sabía qué diablos estaba haciendo, y probablemente todo acabaría en un desastre. Todo el mundo lo sabía: los finales felices no existen, y los príncipes no acaban formando una familia con un paria.

*Pero según parece yo ahora también soy un paria, se coló por mi mente.*

—¡Basta! —dije yo, reclinándome encima de él.

Sus brazos me sujetaban con fuerza, pero sus manos eran delicadas. Podía oír sus latidos en mi oído, que sonaban de lo más natural y me resultaban tranquilizadores.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quieres decir que no puedo corromperte? —preguntó él.

Rozó sus labios contra los míos con el más ligero de los contactos: su aliento contra mi piel.

—Pretendo darte todas las oportunidades para que lo intentes.

Sonreí y volví a dormir. Bien. Sí que iba a funcionar.





KAREN CHANCE nació en Orlando, Florida y ha vivido en Francia, Gran Bretaña, Hong Kong y Nueva Orleans, donde ha ejercido la enseñanza como profesora de historia. Actualmente vive en DeLand, Florida.

Hasta que un buen día se planteó dedicarse a la novela romántica y de aventuras hasta que consiguió que publicaran la primera entrega de una serie paranormal en donde sumergió a los lectores en un fascinante mundo lleno de vampiros.

Con sus libros ha conquistado a los lectores de habla inglesa permaneciendo durante muchas semanas en las listas de los libros más vendidos en el *New York Times* y el *USA Today*.